

# **DRAGÓN**

**PETER STRAUB**

A Emma Sydney Valli Straub

Ahora, el tiempo y la tierra son idénticos.

Ligados para siempre.

Haunted Landscape, John Ashbery

El demonio es un espíritu tonto.

Todo cuanto sabe es lo que le cuentas con tu propia boca.

Frederick K. Price

## Introducción:

# LA MUERTE DE STONY FRIEDGOOD

### 1

#### **1962-1963**

Para Stony Baxter Friedgood, sus infrecuentes adulterios eran aventuras: conquistar a un hombre que pensaba que la conquistaba a ella daba a su vida un sentido dramático que había echado en falta desde que tenía veinte años y estudiaba en «Scripps-Claremont». Y no eran solamente aventuras, sino también la salvación de su matrimonio. En el college, había retozado con cuatro amiguitos, y sólo uno de ellos, un estudiante de matemáticas llamado Leo Friedgood, había conocido la existencia de los otros. A Leo había parecido divertirse su reserva, como le había divertido su apodo estudiantil. Sólo al cabo de unos meses se dio cuenta Stony de hasta qué punto la diversión disimulaba la excitación.

Se casó con él después de graduarse; no más estudios de posgraduación para Stony, y tampoco para Leo, que se afeitó la barba, se compró un traje y consiguió un empleo en «Telpro Corporation», que tenía una oficina en Santa Mónica.

### 2

#### **1969**

Tabby Smithfield se crió hasta los cinco años en una enorme casa de piedra de Hampstead, con 1,6 hectareas de terreno bien cuidado y un aparato de alarma contra los ladrones en la puerta principal. La vecindad, compuesta de dieciséis casas a lo largo de Long Island Sound, era lo bastante imponente para atraer a los turistas; quizá seis coches al día rodaban por Mount Avenue, y tanto los conductores como los pasajeros se asomaban para echar un vistazo a las mansiones situadas detrás de las verjas. En el lugar decían que Mount Avenue era «La Milla de Oro», aunque en realidad era dos veces más larga; era la antigua carretera entre Hillhaven, suburbio Victoriano de Patchin, y Hampstead. Mount Avenue, sede de los primitivos establecimientos agrícolas de Hampstead y Hillhaven, había sido antaño el principal camino de diligencias hacia New Haven, al norte; pero sus días de agitación habían pasado hacía tiempo. Fabricantes con industrias en Bridgeport o Woodville, un médico, y el jefe del principal bufete de abogados del Condado de Patchin, vivían en

casas imponentes, junto a otros como ellos, personas mayores que no querían alboroto en sus vidas privadas. Los que se besuqueaban a lo largo de «La Milla de Oro» raras veces les veían: podía haber una estrella de cine respirando el aire salobre en la carretera de la costa, o el decano de un colegio deteniéndose a cobrar aliento antes de empezar su petición de fondos, pero los dueños de las casas eran invisibles.

Sin embargo, los que echasen una rápida mirada a través de la verja abierta de la casa de piedra gris, en 1969 ó 1970, habrían podido ver a un hombre alto y de cabellos negros, con blancas prendas de tenis, jugando con un chiquillo. Tal vez una niñera uniformada habría estado plantada sobre la escalinata, frente a la puerta principal, en actitud inexplicablemente tensa. Y quizá la actitud del chico habría parecido también rara, provocada por la misma tensión, como si el pequeño Tabby Smithfield comprendiese a medias que no debía estar jugando con su padre. El padre, el hijo y la niñera componían una escena extrañamente estática e incompleta. Un cuadro defectuoso: faltaba un personaje.

### 3

#### 1964

La primera aventura de Stony Friedgood después de su matrimonio había sido en 1964, con el marido de una amiga, un vecino de la elegante hilera de casas; a diferencia de Leo, era jovial, rubio y campechano, un banquero muy joven, y Leo hablaba siempre desdeñosamente de él. Estos amoríos duraron sólo dos meses.

El rostro delicado de Stony, de vivas facciones y encuadrado en unos brillantes cabellos castaños, llegó a hacerse familiar en las galerías y museos de arte, así como en ciertos bares a determinadas horas. Considerado desde un punto de vista utilitario, que ni los padres de Stony ni los de Leo habrían comprendido, el matrimonio de los Friedgood fue feliz. Cuando Leo fue ascendido por dos veces y trasladado a las oficinas de «Telpro» en Nueva York, sus ingresos se habían doblado, y Stony sólo pesaba medio kilo más que cuando era estudiante en Scripps. Dejó atrás sus clases de yoga, medio curso de cocina selecta, cuatro localidades no usadas para una serie de conciertos, y el no digerido y ya vago recuerdo de seis o siete hombres. Leo no dejó nada atrás, pues la compañía había pagado el transporte al Este de su barca de vela y de las ocho cajas a las que él llamaba su «bodega».

### 4

#### 1968

Monty Smithfield, el abuelo, era el gran personaje de la primera infancia de Tabby. Era Monty quien lo besaba primero cuando volvía del parvulario, y Monty y

su madre le llevaron por primera vez a que le cortasen el pelo. Por sus cumpleaños y por Navidad, Monty le hacía estupendos regalos, grandes juegos de trenes y toda clase de vehículos preescolares, desde andaderas hasta bicicletas, e incluso un pony enano que le guardaban en una escuela de equitación. Éste le fue ofrecido, con gran prosopopeya, en su tercer cumpleaños. Esto era en agosto de 1968. Monty había preparado una fiesta para veinte niños, con una orquesta que tocaba piezas de los Beatles y tonadas de las películas de Disney, y un enorme helado en forma de brontosaurio. Tabby adoraba entonces los dinosaurios, y sólo la evolución impidió que Monty Smithfield comprase a su nieto un pequeño monstruo.

—Vamos, Clark —gritó el alegre anciano, cuando el jardinero trajo el peludo y pequeño pony—. Sube a tu hijo sobre ese gran animal.

Pero Clark Smithfield se había ido a su dormitorio y, en aquel momento, estaba lanzando una pelota de tenis con una gastada raqueta «Spaulding» contra la cabecera de la cama, tratando de desconchar la pintura de una de las espirales de madera.

Como cualquier chiquillo, Tabby no tenía la menor idea, de lo que hacía su padre para ganarse la vida, ni de por qué tenía uno que ganarse el sustento. Clark Smithfield estaba en casa cuatro o cinco días a la semana, escuchando sus discos en el cuarto de estar de sus dependencias en la enorme casa, o saliendo a jugar al tenis siempre que podía. Si alguien hubiese podido preguntar a un niño de tres o cuatro años lo que hacía su padre, Tabby le habría respondido que se entretenía con juegos. Clark no le llevó nunca a la compañía de la que era vicepresidente nominal; lo hizo su abuelo, que lo presentó a las secretarías, anunciando que era el futuro presidente del consejo de administración de «Smithfield Systems, Inc.». Antes de mostrar a Tabby la sala de computadoras, el viejo abrió una puerta y dijo:

—Por si te interesa, éste es el despacho de tu padre.

Era una pequeña y polvorienta habitación, en la que había una mesa casi desnuda y muchas fotografías del padre de Tabby con trofeos de campeonatos estudiantiles de tenis; también un blanco para dardos con el retrato de Richard Nixon, tan polvoriento como todo lo demás.

—¿Trabaja aquí mi papá? —preguntó Tabby con dulce inocencia, y una de las secretarías rió entre dientes—. Sí que *trabaja* —insistió valientemente Tabby—. *Trabaja* aquí. ¡Mira! ¡Juega al tenis aquí!

Un rictus de disgusto se dibujó en las delicadas facciones de Monty Smithfield, y el viejo no volvió a sonreír durante el resto de la visita.

Siempre que su padre y su abuelo estaban en la misma estancia —en las comidas familiares que Clark no podía evitar o en cualquier otra ocasión en que Monty iba a casa de su hijo—, una atmósfera casi invisible de antipatía enfriaba el aire. En estas circunstancias, Tabby tenía la impresión de que su padre se encogía y era un niño sólo un poco mayor que él mismo.

—¿Por qué no quieres al abuelo? —preguntó una vez a su padre, cuando Clark le estaba leyendo un cuento para que se durmiese.

—¡Oh! Esto es demasiado complicado para ti —suspiró Clark.

A veces, y más frecuentemente cuando se acercó a los cinco años, Tabby les oía discutir.

Clark y su padre discutían sobre la longitud de los cabellos de Clark, sobre las pretensiones de Clark como jugador de tenis (de las que su padre se burlaba), sobre la actitud de Clark. Normalmente, Clark y Monty Smithfield se mantenían fríamente distanciados; pero cuando Monty decidía sermonear a su hijo, los gritos sonaban en el comedor, en los dos cuartos de estar, en el pasillo y en el jardín. Estas discusiones terminaban siempre con Clark alejándose furiosamente de su padre.

—¿Qué vas a hacer? —le gritaba Monty, después de una pelea presenciada por Tabby—. ¿Marcharte de casa? No *puedes* hacerlo, no *encontrarías* otro empleo.

Tabby palidecía; no comprendía las palabras, pero percibía escarnio en ellas. Y aquel día, no hablaba hasta la hora de comer.

La esposa y la madre de Clark eran la cola que mantenía a las dos familias unidas en su inestable armonía: Monty apreciaba sinceramente a Jean, la madre de Tabby, y Jean y su suegra mantenían a Clark en su empleo. Quizá si Clark Smithfield hubiese sido un veinte por ciento mejor de lo que era como jugador de tenis, o un veinte por ciento peor, la aflicción de la vieja casa de Mount Avenue se habría disipado. O si él hubiese sido menos intransigente, y su padre menos duro. Pero Jean y su suegra, pensando que, con el tiempo, Clark se reconciliaría con su empleo y Monty con su hijo, mantenían unida la familia. Y así continuaban, en su a veces casi cómodo antagonismo. Hasta que ocurrió la primera cosa realmente terrible a Tabby y a su familia.

## 5

### 1975

Los Friedgood, que parecían ser una pareja modelo, se trasladaron a una casa de estilo colonial en Hampstead, en 1975, cuando Tabby Smithfield tenía diez años y vivía con su padre y su madrastra en el sur de Florida. Mientras Leo Friedgood ascendía en el mundo que ambicionaba, Clark Smithfield parecía perder la poca suerte que tenía: tuvo un empleo en un bar, lo dejó para trabajar como vendedor para «Hollinsworth Vitreous», le despidieron cuando se emborracho en el yate del presidente y vomitó sobre las zapatillas trenzadas de Robert Hollinsworth, trabajó otra temporada en un bar, y después consiguió un empleo como guardia de seguridad. Trabajaba por las noches y le daba un tiento a la botella siempre que su ronda le llevaba de nuevo al cuartelillo de seguridad. Como su primera esposa, su madre había muerto. Agnes Smithfield había sufrido una hemorragia cerebral una cálida mañana de mayo, mientras discutía la instalación de un jardín rocoso con el jardinero, y su vida se había extinguido antes de tocar su cuerpo el suelo. Monty Smithfield había vendido el caserón de Mont Avenue y se había trasladado, con el ama de llaves y la cocinera, a una casa llamada «Cuatro Corazones», en Hermitage Road, cinco minutos tierra adentro. Su extremo de Hermitage Road estaba a sólo dos manzanas, boscosas y empinadas, de la casa comprada por los Friedgood.

Leo era ahora vicepresidente de sector de «Telpro», y ganaba casi cincuenta mil dólares al año; compraba sus trajes en «Tripler» y «Paul Stuart», se dejó un grueso y agresivo bigote, y permitió que el cabello le creciese lo bastante para tenerlo enmarañado. Siempre entrado en carnes, había aumentado ocho kilos a pesar de la diaria carrera de un kilómetro y medio, y ahora —con sus ojos arrogantes, su negro bigote y sus cabellos largos— tenía el aspecto ligeramente desaforado, como de bucanero, de muchos ejecutivos que se consideran depredadores en una selva llena de depredadores.

En 1975, su primer año de residencia en Cannon Road, de Hampstead, Stony ingresó en los Nuevos Vecinos, en las Mentes Distinguidas —grupo crítico de libros—, en la Liga de Sufragistas y en una clase de cocina, en la YMCA y en la biblioteca. Habría buscado un empleo, pero Leo no quería que trabajase. Habría querido estar encinta, pero Leo, cuya infancia había sido un poema de agresividad maternal, se volvía loco cuando ella trataba de plantear la cuestión. Un día leyó en la *Hampstead Gazette* un anuncio de unas clases de yoga, y se dio de baja en los Nuevos Vecinos. Poco después, abandonó las Mentes Distinguidas y también la Liga.

La *Hampstead Gazette* salía dos veces a la semana. El pequeño periódico era la principal fuente de información de Stony sobre su nueva ciudad. Por ella se enteró de la existencia de la Liga Femenina de Arte, y se inscribió allí, pensando en que conocería a pintores (uno de los chicos de California había sido pintor). Y, como lo quería, se salió con la suya. Pat Dobbin era una celebridad local, ni muy bueno, ni muy malo; vivía solo en una casita del bosque; hacía ilustraciones —mucho mejores que sus cuadros— para ganarse la vida. Durante uno de los viajes de negocios de Leo, asistió a una cena de la Liga de Arte con el pintor. Advirtió que la menuda pelirroja que llevaba una libreta de notas en su mano era Sarah Spry, autora de la columna semanal «¿Qué ha visto Sarah?» en la *Gazette*, pero no pensaba ver esta gacetilla en la columna de la semana siguiente:

Sarah vio: Al brillante pintor e ilustrador de esta ciudad, PAT DOBBIN (¿Qué decir de este muchacho! ¿Habéis visto sus asombrosos y nuevos paisajes abstractos en la GALERÍA PALMER?) en el banquete de la Liga Femenina de Arte, luciendo una elegante corbata negra y acompañando a una adorable y misteriosa mujer. ¿Quién es la belleza desconocida, Pat? Ven y díselo a Sarah.

Cuando Leo volvió de su viaje, leyó este párrafo y preguntó:  
—¿Te divertiste el viernes por la noche en esa fiesta de la Liga de Arte? Lástima que no pudiese ir contigo.  
Sus ojos eran brillantes e irónicos.



### *Noviembre de 1970*

A diferencia de su marido, Jean Smithfield conducía con precaución. Cuando ella y Clark dejaban a su hijo con los abuelos para una noche, insistía siempre en conducir de vuelta a casa, si Clark había rebasado su límite normal de dos copas antes del almuerzo y dos vasos de vino mientras comían. En las noches en que Clark se quejaba más que de costumbre de su padre, o recordaba antiguos partidos de tenis, ella conducía también, aunque esto significase tener que escuchar los improperios de Clark sobre las relaciones de ella con su suegro:

—¿Quieres realmente a ese viejo buitres? ¿Sabes lo que me está haciendo? Dios mío, a veces pienso que te chifla, que te encanta con sus trajes a rayas finas, ¿no? Te gustan los pelos blancos. ¿Es ésta tu lealtad para conmigo? ¡Dejarte hechizar por un viejo truhán!

Si Clark estaba realmente furioso, se apeaba antes de cruzar la verja.

—Nunca tendrá a Tabby —murmuraba—. Nunca olvidará que existo y convertirá a Tabby en su hijo. ¡Nunca!

Jean se esforzaba en hacer oídos sordos a sus imprecaciones.

Generalmente comían en un restaurante francés de Post Road, en dirección a Patchin. Una noche, a finales de noviembre de 1970, Jean sacó un dólar del bolso cuando salieron, y se detuvo donde el mozo pudiese verla.

—Puedo conducir —gruñó Clark.

—No esta noche —dijo ella, y entregó el billete al mozo cuando éste se apeó del automóvil.

—Tendríamos que tener un maldito «Mercedes» —dijo Clark, dejándose caer en el asiento de pasajero.

—Sólo hace falta dinero —declaró ella.

Jean sacó el coche por el paseo de entrada y lo dirigió hacia Pigeon Lane, donde estaba el primer semáforo.

—Ya vuelve a las andadas —murmuró Clark—. Quiere enviar a Tabby a la Academia. La escuela pública no es bastante buena para su nieto.

—Tú fuiste a la Academia —dijo Jean.

—¡Porque mi padre podía *permitírselo*! —chilló Clark—. Maldita sea, ¿no lo comprendes? Yo soy el padre de Tabby, maldita sea, y...

Jean le estaba mirando y vio que su cara se aflojaba sin terminar la frase. Clark ya no parecía irritado ni borracho. Daba la impresión de estar preocupado.

Ella estiró la cabeza y vio una furgoneta que se deslizaba sobre la línea divisoria, en dirección a ellos. «Hielo —pensó—, una capa de...»

—¡Gira! —gritó Clark.

Y Jean giró el volante hacia la derecha. Otro coche que había salido del restaurante detrás de ellos golpeó con tal fuerza el parachoques de atrás, que Jean soltó el volante.

La furgoneta, que llevaba una velocidad de casi ochenta por hora antes de llegar a la capa de hielo, embistió directamente la portezuela de Jean. Jean Smithfield

trató de decir «Tabby» antes de morir, pero la portezuela le había aplastado el pecho y no pudo pronunciar palabra.

En la mansión de Mount Avenue, su hijo se despertó chillando.

El conductor de la furgoneta, un chico de dieciocho años, saltó del vehículo y trató de arrastrarse sobre la helada carretera. Le sangraba el cráneo. Clark Smithfield, completamente ileso, miró a su esposa y se irguió en su asiento. Después saltó del coche y cayó de rodillas. Vio al muchacho que había matado a su mujer y le gritó que se detuviese. Se puso trabajosamente en pie. El muchacho se quedó sentado a siete metros de su destrozado vehículo, cubierto de nieve y de un barro negro que había sido nieve. Le goteaba sangre de la nariz y del mentón. Clark reconoció inmediatamente a otro borracho.

—¡Animal! —gritó.

Tabby corría por la habitación sin dejar de chillar, buscando a tientas el interruptor de la luz. No sabía dónde estaban las cosas; vivía en un mundo vuelto del revés. Chocó contra la cama, resbaló en una vieja alfombra y sus gritos subieron una octava. A los pocos segundos, su abuelo y su niñera estaban en la puerta.

La Policía de Hampstead tardó diez minutos en llegar a la maraña de coches de Post Road.

## 7

### *17 de mayo de 1980*

Esto ocurrió el 17 de mayo de 1980, el día en que el dragón vino al Condado de Patchin..., no, no el día en que vino, porque había estado todo el tiempo allí, sino el día en que el dragón decidió mostrarse. Richard y Laura Allbee, después de doce años en Londres, acababan de llegar aquel mediodía a su casa alquilada en Fairytale Hollow, Hampstead. Estaban cansados y confusos, desorientados después de dos días en Nueva York, y más desorientados al encontrarse de pronto en la situación que habían estado proyectando desde hacía meses. Sólo hacía dos semanas que Clark Smithfield había trasladado a su esposa y a su hijo a «Cuatro Corazones», la vieja casa colonial de Hermitage Road, y estaba ya practicando el engaño que destruiría la fe de su hijo en él. Patsy McCloud pasaba la mayor parte del día leyendo *Guerra y recuerdo*. ¿Y qué hacía Graham Williams? Lo mismo que hacía cada día de abril y de mayo de 1980. Se había levantado de una olorosa cama a las siete, se había puesto una bata sobre el pijama, rociado la cara con agua, sentado a su mesa escritorio y apoyado la cabeza en las manos. Cuando oyó la camioneta del cartero en el exterior, no le hizo caso. Lo más probable era que hubiesen volado su buzón. Después de treinta minutos de orar en silencio, ¡ja, ja!, escribió una frase. Quince minutos más tarde, decidió que era vulgar y la borró. Así era cómo solía pasar Graham Williams sus horas de vigilia.

Los Allbee simulaban ser más felices de lo que eran; el viejo Williams se engañaba diciéndose que su libro podía seguir adelante; Patsy McCloud pretendía

que, en el momento menos pensado, se levantaría y haría algo; la pretensión de Clark Smithfield era particularmente complicada. El engaño de Leo Friedgood era más sencillo, pues no estaba en Nueva York, sino a veinte minutos de Hampstead por la I-95, en una fábrica de «Telpro» en una pequeña ciudad llamada Woodville. Su esposa acababa de decidir que debía tener una aventura.

Stony encontró un sitio en el aparcamiento, entró en «Franco's», se sentó a una mesa cerca del bar y abrió un libro. Antes de quince minutos, un hombre le dijo: «¿Me permites?», y se sentó a su lado. Ella lo conocía, pero, aunque era respetado en Hampstead, ningún otro hombre del bar habría querido tener tratos con él. Su profesión le privaba de la compañía de los hombres. Guapo aunque gastado, profesionalmente discreto, era el hombre perfecto para Stony. No tardaron en salir del bar, y el «Toyota» verde de Stony se dirigió al puente sobre el río Nowhatan y descendió por las frondosas y ya veraniegas calles.

## 8

### *Navidad de 1970*

Después del entierro de Jean Smithfield, el último día de noviembre de 1970, Clark se quedó toda una semana en casa con Tabby, y, por una vez, su padre no insistió en que fuese a la oficina. Ni reprendió a Clark por emborracharse demasiado para asistir a las exequias. «Hubiese tenido que conducir yo —repetía Clark—. Yo quería hacerlo... y ella quiso protegerme, ¿sabes? Quiso protegerme.» Después del día del entierro, no volvió a beber hasta Navidad.

Para Tabby, el mundo quedó como había sido la noche de la muerte de su madre: vuelto del revés, desconocido, oscuro. Su abuelo le había llevado a la casa mortuoria y había dejado que tocara el ataúd, y cuando lo hizo, delante de Monty y de los vecinos y de todos los parientes adultos, algo le sucedió. *Vio*. Vio oscuridad a su alrededor, y, sobre su cabeza y en todos lados, brillaba una felpa azul oscura en la sombra. Sabía que estaba en aquella caja con su mamá. Lanzó un alarido de ciego terror, y su abuelo le sostuvo.

—Eres un buen chico, querido Tabby —le arrulló su abuelo, apretándolo sobre la fina tela azul de su traje—. Te pondrás bien, querido.

Tabby pestañeó y volvió la cabeza, dejando de mirar el ataúd. No dijo una palabra durante las honras fúnebres, y cuando llegaron a casa, él y Monty encontraron a Clark desmayado en un sillón de brocado frente al ruidoso aparato de televisión, con lágrimas brillando en sus mejillas sin afeitar. Tabby se acurrucó en el regazo de su padre, y no quiso hablar ni moverse.

Pasados los primeros días, Clark Smithfield fue a trabajar con su padre cinco días a la semana, hasta Navidad.

Permanecía en su despacho, firmaba papeles y leía informes. Redactaba memorias y asistía a reuniones. Los sábados y los domingos bajaba con Tabby y le lanzaba pelotas de tenis sobre el suelo de hormigón; Tabby trataba de devolverlas

con su pequeña raqueta. Por la tarde, daban paseos arriba y abajo, a lo largo de la animada y fría Mount Avenue.

—Mamá murió —declaraba Tabby con su cantarína voz infantil—. Mamá murió y no volverá, porque ahora está en el cielo. —Señalaba al cielo con su manita enguantada—. Está allá arriba, papá.

Clark lloraba de nuevo, pero ahora por su hijo, por su valiente hijito, con su anorak azul y su mano enguantada señalando al aire y sus botas Snoopy hundidas en la nieve helada.

El día de Navidad, Monty anunció durante la comida que tenía otro regalo para Tabby, el mejor de todos. Sentado en la cabecera de la mesa, parecía gentil y refinado, y también orgulloso de sí mismo.

—Nadie en el mundo puede dar algo mejor que una buena educación —dijo, y sorbió su borgoña—. Por consiguiente, tengo el placer de anunciaros a todos que Mr. Cathcart, director de la Academia Greenbank, ha accedido a que nuestro Tabby ingrese en su parvulario en cuanto se reanuden las clases en enero.

—Bravo —dijo su esposa.

Clark iba a decir algo, pero cerró la boca, y Tabby pareció confuso.

—Podrás ir al colegio con sólo cruzar la calle —dijo Monty—. ¿No te parece estupendo, hijo? E irás al mismo colegio al que fuimos tu padre y yo.

—Bueno —dijo Tabby, mirando primero a su abuelo y después a su padre.

—Bien, me alegro de que esto esté arreglado —dijo la madre de Clark.

—No quiero pisarte el terreno, Clark —dijo Monty—. Sólo dejaremos aparte la cuestión de la enseñanza. Pero creo que el chico se merece que le demos lo mejor.

—Tú siempre lo haces —murmuró Clark.

Después de la comida se sirvió una copa, por primera vez desde el entierro de su esposa.

## 9

### *17 de mayo de 1980*

Stony esperó en el paseo a que el hombre se apease de su coche. Eran las seis menos un minuto, y si Leo se hubiese encontrado en casa, habría estado arrellanado delante del televisor, en su cubil, con papeles sobre el regazo, una copa sobre la mesa a su lado, dispuesto a enterarse de las noticias locales de Nueva York.

El hombre se apartó de su coche y miró la casa.

—Bonita —dijo.

Sus cabellos se erizaron un poco bajo la suave brisa del Sound. Sus ojos parecían amables y vacíos. Se abrochó el impermeable, aunque no llovía ni hacía frío.

—No hay nadie en casa —dijo.

Se acercó a Stony en el paseo enarenado y le tocó una mano. Se besaron.

**6 de enero de 1971**

A las once del 6 de enero de 1971 —el día anterior al ingreso de Tabby en su nuevo colegio—, Clark Smithfield condujo el coche de su padre a través de la verja y lo detuvo delante de la casa, en vez de llevarlo al garaje. Entró apresuradamente, miró a ambos lados y subió los escalones de dos en dos.

Oyó que Tabby y la niñera estaban hablando en la habitación de aquél, y abrió suavemente la puerta. Su hijo le dirigió una amplia sonrisa divertida.

—¡Papá, papá, papá! —canturreó—. ¡Un hombre y una señora se estaban besandol

—¿Qué? —preguntó Clark a la chica.

—No lo sé, señor. Sólo dijo esto.

—¡Se estaban *besando*, papá! ¡Así!

Tabby frunció los labios y movió la rubia cabecita de un lado a otro. Después soltó una alegre carcajada.

—Sí —dijo Clark—. Emily, déjanos un rato solos. Tengo que hablar un poco con Tabby.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó ella, levantándose del suelo lleno de juguetes.

—Sí, por favor —dijo Clark—. Estaremos ausentes un par de horas. No te preocupes.

—Está bien —dijo la chica—. Dale un fuerte beso a Emily, Tabby.

Se inclinó sobre él.

—Un *beso*, papá —gritó Tabby, inclinando la cabeza para recibir el beso de Emily.

Cuando la niñera hubo salido, Clark cogió una bolsa verde para libros de un estante —Tabby la empleaba para todo—, y empezó a llenarla de juguetes y de libros.

—¡Eh! ¡No hagas eso, papá! —exclamó Tabby.

—Sólo haremos un pequeño viaje en avión —dijo Clark—. ¿Te gustará? Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa para el abuelo? —gritó Tabby.

—Una sorpresa para nosotros.

Sacó una pequeña maleta azul del armario de Tabby y metió en ella ropa interior, calcetines, camisas y pantalones.

—Necesitarás alguna ropa. Después podremos marcharnos.

Durante diez minutos, Tabby supervisó la operación, asegurándose de que su padre pusiera sus camisas de manga corta predilectas en la maleta. Después se puso el abrigo, los guantes y el gorro de lana. Clark sacó su propia maleta de debajo de la cama.

—Bueno, Tabby —dijo, arrodillándose delante de su hijo—. Ahora bajaremos la escalera, saldremos y subiremos al coche. Sólo por esta vez, no te despidirás de Emily. ¿Comprendido?

—Ya me he despedido de Emily —dijo Tabby.

—Muy bien. Sé bueno y no hagas ruido.

—No haré *ruido* —gritó Tabby.

Bajaron la escalera y se dirigieron a la puerta principal. Las voces de Emily y el ama de llaves sonaban débilmente en la cocina.

Clark abrió la puerta. El aire frío de enero se ensañó con ellos. El suelo estaba tapizado de blanco, mostrando aquí y allí las huellas de ardillas y de mapaches.

—Papá —murmuró Tabby.

Clark miró una vez más el interior de la casa, el vestíbulo de mármol, las gruesas alfombras y los mullidos sillones, y las grandes pinturas de barcos.

—Papá.

—¿Qué? —preguntó Clark, cerrando la puerta.

—Aquel hombre era malo.

—¿Qué hombre, Tabby?

Tabby pareció confuso y aturrullado durante un momento, una expresión del semblante de su hijo que Clark había llegado a conocer muy bien.

—No importa, Tabby —dijo—. No hay hombres malos. Arrojó las maletas sobre el asiento de atrás, arrancó y cruzó la verja abierta.

Cuando giraron hacia el oeste en la carretera, Tabby gritó:

—¡Vamos a Nueva York!

—Vamos al aeropuerto, ¿no te acuerdas?

—¡Sí, sí! El aeropuerto. Un viaje en avión. Era la sorpresa.

—Sí —dijo Clark, y puso el coche a ciento diez.

## 11

### *17 de mayo de 1980*

Cuando Stony abrió la puerta del dormitorio con la cadera, vio que el hombre estaba ya en la cama. Estaba reclinado sobre dos almohadas. Su piel era muy blanca, en contraste con las sábanas de color de rosa, y su pecho lampiño tenía el color del queso de las granjas. Toda su cara parecía vidriosa. Ella dijo:

—No pierdes el tiempo.

—¿El tiempo? —preguntó el hombre—. Nunca lo pierdo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

La ropa estaba tirada en el suelo, junto a la cama. Stony le tendió su vaso, pero el hombre no pareció advertirlo —miraba fijamente los ojos cristalinos de ella—, y Stony dejó el vaso sobre la mesita de noche.

—Estoy perfectamente.

Stony se encogió de hombros, se sentó y se quitó los zapatos.

—Estuve aquí antes de ahora —dijo el hombre.

Stony se arremangó la falda.

—¿Quieres decir en esta casa? ¿Antes de que nosotros viniésemos a ella?  
¿Conociste a los Allenby?

Él meneó la cabeza.

—Yo estuve *aquí* antes.

—¡Oh! Todos hemos estado *aquí* antes —dijo Stony—. Esto es más grande que un campo de fútbol.

## 12

### 17 de mayo de 1980

Estuviste soñando largo tiempo y después dejaste de soñar. Estabas dormido en un sitio que no conocías y, cuando te despertaste, eras otra persona. Tenías una copa en la mano, una mujer te miraba, y *el Dragón*, el mundo, volvía a ser tuyo.

## 13

### 6 de enero de 1971

«Avión», dijo Tabby una vez, con voz maravillada, y después guardó silencio mientras el coche de Monty Smithfield rodaba por la autopista, dejando atrás el extremo inferior de Hampstead, campos y casas, Norrington, los edificios de oficinas y los moteles de varios pisos de Woodville con sus brillantes rótulos, pasando por debajo de puentes y por los puestos de peaje, dejando Kingsford atrás y entrando en el Condado de Westchester, donde la carretera estaba sucia y con bastantes hoyos, hasta Queens.

—¿Qué te pasa? —preguntó bruscamente su padre, al entrar en la desviación que conducía a Long Island. Hacía rato que todos los sitios por donde pasaban parecían fríamente amenazadores. De los bellos montones y brillantes paisajes del Condado de Patchin habían pasado a una tierra extraña. Tabby sentía que éste era el mundo que había matado a su madre—. ¿No quieres hacer un viaje?

—No.

Su padre lanzó una maldición. Coches manchados de barro grisáceo chirriaban a su alrededor.

—Quiero ir a casa —dijo Tabby.

—Ahora tendremos una casa nueva. Todo será diferente, Tabby.

—Ya lo es.

—No puedo elegir, Tabs... Tengo un nuevo empleo.

Era la primera vez que decía esta mentira; después se convertiría en hábito.

Clark dejó el coche en el garaje-aparcamiento. Grandes bloques de cemento gris se alzaban como mausoleos en todos los lados; el aire era también gris y olía a polvo

y a grasa. Cuando Tabby abrió la portezuela y se apeó, vio una mancha grande sobre el cemento, a su lado, y pensó que era una cosa viva. Un grito ronco sonó en el piso inferior. Portentos de un mundo sin amor y sin gracia.

—Muévete, Tabby. No puedo evitarlo..., estoy nervioso.

Tabby se movió. Trotó al lado de su padre hasta el ascensor y se resguardó detrás de sus piernas.

El ascensor descendió velozmente. Rótulo de inspección. Uso autorizado. En caso de emergencia, empleen el teléfono.

—La emergencia nos lleva al aeropuerto —dijo un hombre con botas de cowboy y chaqueta de cuero.

Una mujer de melena leonina se rió, mostrando unos dientes de fiera manchados de lápiz de labios. Cuando vio que Tabby la miraba, le acarició los cabellos y dijo:

—¡Qué mono!

—Basta de soñar despierto —dijo Clark, empujándole hacia el aire frío.

Se abrieron unas puertas con un zumbido; entraron en la terminal. Clark puso las maletas sobre la báscula; sacó la cartera.

—No fumadores —dijo.

—Papá —dijo Tabby—. Por favor, papá.

—¿Qué? ¿Qué diablos te pasa ahora?

—No hemos traído a *Spiderman*.

—Compraremos otro.

—Yo no quiero...

Clark le agarró de la mano y tiró de él hacia la escalera automática. Tabby gritó de miedo y desesperación, pues, en aquel instante, le pareció que la atestada terminal estaba llena de muertos: cadáveres desparramados aquí y allá, y un hombre desnudo cubierto de grandes llagas blancas. Fue una visión momentánea que no duró ni un segundo; pero, cuando hubo pasado, su boca siguió haciendo el mismo ruido.

—Tabby —dijo su padre, más amablemente—, tendrás uno nuevo.

—¡Huy, huy! —exclamó Tabby.

No sabía qué le había pasado, pero sí que en los bordes de lo que había visto estaba un chiquillo con la ropa ardiendo, y que este niño era lo que importaba más en su visión. Porque era él mismo. Luces rojas y amarillas llenaron su campo visual, y se tambaleó sobre los pies. Las manchitas de luz hormigueaban.

Su padre se había arrodillado a su lado, y le sostenía. Ya no estaban en la escalera automática, y la gente se apresuraba a su alrededor.

—¡Eh, Tabs! —decía su padre—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres un poco de agua?

—No. Estoy bien.

—Pronto estaremos en ese viejo avión. Tendremos un vuelo magnífico y llegaremos a Florida. Es un lugar muy bonito, y hace calor. Brilla el sol, y hay palmeras y sitios donde nadar. Y pistas de tenis donde podremos jugar. Todo será estupendo.



Tabby miró por encima del hombro de su padre y vio un pasillo interminable donde algunos medio dormían y otros se dejaban llevar por la cinta móvil.

—Claro —murmuró.

—Necesitarnos esto, Tabby.

El niño asintió con la cabeza.

—¿Sabes cómo son las nubes por encima? Podremos mirar hacia abajo y ver lo que hay sobre las nubes.

Tabby levantó la cabeza, con una chispa de interés.

Su padre se irguió; pasaron a la cinta móvil. Tabby pensó en las cimas de las nubes, en un mundo al revés.

Ahora había ante ellos una pared de luz, una pared curva llena de ventanas, de brillo cegador por los rayos del sol, y con grandes números resplandecientes: 43, 44, 45. La gente inundada de sol hacía cola ante las ventanillas. Bolsas de mano ocupaban las butacas. Pasaban animados uniformes bajo un arco de sombra.

Tabby vio un cuerpo familiar, una mata de cabellos de plata.

—¡Abuelito!

## 14

### *17 de mayo de 1980*

Vuelcas descuidadamente la copa y derramas su contenido sobre el suelo. Ves cambiar la expresión de la mujer y le ases la muñeca, no sin ternura.

## 15

### *6 de enero de 1971*

—Pensé que intentarías una gansada como ésta —dijo el viejo—. ¿Creíste realmente que te saldrías con la tuya?

Tabby se quedó inmóvil entre los dos hombres.

—Vendrás conmigo, Tabby —dijo su abuelo, extendiendo una mano—. Todos volveremos a casa y olvidaremos esto.

—¡Al diablo contigo! —dijo su padre—. Quédate aquí, Tabby. No... Ve a sentarte en una de esas butacas.

—No te muevas, Tabby —dijo su abuelo—. Te compadezco, Clark. Esta estúpida gansada no podría salir bien en modo alguno.

—Deja de llamarlo una gansada —dijo Clark.

El viejo se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras. El chico se quedará aquí. Tú puedes hacer lo que te dé la gana.

—Siéntate allí, Tabby —ordenó Clark, pero Tabby era incapaz de moverse—. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Hablas como un chiquillo. Nada más fácil que imaginar lo que ibas a hacer. Bueno, Clark. ¿Estás dispuesto a abandonar esta ridícula idea?

—¡Vete al infierno! ¡No te llevarás a mi hijo!

—Ven conmigo, Tabby. Si tu padre quiere hacer locuras, que lo decida él.

Tabby tomó su propia decisión; atraído por aquella voz consoladora, por la suavidad del abrigo de cachemira y del traje rayado. De este modo pensó que decidía por los dos, en favor de un presente que era como el pasado. No esperaba más.

Dio un paso en dirección a Monty Smithfield y oyó que su padre chillaba:

—¡TABBY!

El abuelo se inclinó y le tomó de la mano.

—¡Suelta a mi hijo! —gritó el padre.

Tabby sintió que su mundo se hacía pedazos.

—¡No te acerques a él, estúpido! —chilló su abuelo.

Y el alma del niño, lo que parecía ser su alma, se partió por la mitad como hendida por una cuchilla. En tanta confusión, era imposible razonar. La mano de Monty se cerró con fuerza sobre la suya, con una fuerza que le hizo gritar.

—Suelta a mi hijo —gruñó Clark—, ¡viejo bastardo!

Asió la otra mano de Tabby y tiró del muchacho.

Durante lo que pareció una eternidad, ninguno de los dos soltó su presa. Tabby estaba tan espantado e impresionado que no podía decir nada. Su padre y su abuelo tiraban de sus brazos como si quisieran descuartizarlo. Percibió vagamente otras personas que corrían hacia ellos.

—¡Suelta! —ladró su abuelo, en una voz que no era la suya.

—No puedes llevártelo, no puedes llevártelo —dijo su padre.

Y oyó en sus voces que, realmente, iban a descuartizarlo.

—Papá, ¡VEO algo! —chilló.

Y era verdad. Veía algo que ocurriría nueve años, cuatro meses y once días después.

## 16

### *17 de mayo de 1980*

Por un momento, interrumpiste lo que hacías; tenías un testigo.

La última burbuja de vida se extinguió en Stony Baxter Friedgood.

*6 de enero de 1971*

—¡VEO algo, papá! —aulló Tabby, incapaz de añadir nada más.

Se dio cuenta de que su abuelo le había soltado la mano. Cuando abrió los ojos, vio a un hombre alto y de uniforme azul que agarraba el hombro de su abuelo; él estaba de rodillas delante de su padre, mirando confusamente, viendo al irritado piloto y a su abuelo y otros detrás de ellos. La cara de su abuelo estaba muy enrojecida.

—¿Vamos a arreglar esto ahora, o llamamos a la Policía? —preguntó el piloto.

Tabby se puso en pie.

—Estoy harto de ti —dijo el abuelo—. Eres completamente irresponsable. Vete. Apártate de mi vista.

—Es lo que pensaba hacer —dijo el padre, con voz áspera.

—Te mereces todo lo que te sucede. Pero mi nieto no se lo merece. Sería una lástima... que él tuviese que pagar tu estupidez.

—Al menos será algo que tú no pagarás.

El viejo se apartó del piloto.

—Si te imaginas que esto es una respuesta, lo siento por ti.

—¿Solucionado? —preguntó el piloto.

—No —dijo Monty Smithfield.

—Sí —dijo Clark—, si él se marcha de la terminal.

Había triunfo en su voz.

Tabby retrocedió y se apoyó en un cenicero lleno de arena. Observó que su abuela sacudía las mangas y se volvía hacia el largo pasillo.

—Esa zorra de Emily le avisó —dijo Clark.

A Tabby le temblaban las piernas.

—¿Qué dijiste que veías? —le preguntó su padre, mientras ambos contemplaban al viejo que caminaba muy erguido por el pasillo, en dirección a la cinta móvil.

—No lo sé.

Estuvieron veinte minutos sentados en la sala de espera, sin hablar. Los hombres de uniforme los miraban inquietos de vez en cuando, como si pensarán que, a fin de cuentas, habría sido más prudente llamar a la Policía.

Cuando el «Eastern 727» hubo despegado, Clark Smithfield se desabrochó el cinturón y se volvió a su hijo.

—A partir de ahora, seremos un par de chicos pobres.

Primera parte:

ENTRADA

¿Sucedieron aquí las cosas tal como las contamos?

William Shakespeare, Macbeth

## UNO: LO QUE SARAH NO VIO

### 1

17 de mayo de 1980. Un día maravilloso, habríais dicho, si hubieseis vivido en el Condado de Patchin. Sin nubes, sin humedad que estropease los almuerzos campestres este sábado; había sequía, pero ahora la hierba estaba todavía verde y lozana. En «Franco's», Pat y sus compañeros tomaban unas cuantas cervezas antes de almorzar, miraban a través de la ventana a la estación del ferrocarril, y compadecían a los tercos viajeros que iban a Nueva York a trabajar en un sábado como éste. (Dobbin se marchó antes de que llegase Stony Friedgood; tenía que volver a sus dibujos para un libro infantil titulado *Cuentos del Águila y el Oso*.) Bobby Fritz, jardinero de casi todas las grandes mansiones de Gravesend Beach, accionaba su gigantesca segadora de césped y empezaba adquirir el color tostado propio del verano. Graham Williams borró una frase, la cambió y sonrió. Patsy McCloud salió con su novela de Hermán Wouk y se sentó en un sillón de jardín para leer a la luz del sol. Cuando su marido, Les, pasó trotando, en su traje deportivo rojo, bajó la cabeza y concentró la atención en la página; y cuando Les la vio sentada en el sillón, con el cuello torcido como un pájaro extraño, le gritó: «¡El almuerzo, chica! ¡El almuerzo! ¡Date prisa!» Patsy siguió leyendo hasta terminar el capítulo. Les no volvería a Charleston Road hasta dentro de media hora. Después se metió en casa, no para hacer el bocadillo de rosbif y cebolla que pediría su marido, sino para escribir en su Diario.

Pues estamos en compañía de diaristas, Graham Williams escribía un Diario, y Richard Allbee lo hacía también desde que era un chico de doce años famoso, una de las estrellas de *Papá está aquí*, que llegaba a varios millones de hogares americanos gracias a la «National Broadcasting Company», «Ivory Soap», pasta de dientes «Ipana» y «Ford Motor Company». Richard no anotaba nada hasta las diez de la noche. Laura yacía ya en la cama, agotada por el traslado, cuando él escribió: *Hogar. Pero esto no es un hogar. Ojalá llegue a serlo. Hizo una pausa momentánea, miró por la ventana la noche que se desplegaba, y prosiguió: Sin embargo, esto es hermoso. Casa nueva, vida nueva. Y, después de otra pausa: Que Dios nos ayude a los dos.*

Si aquel día, que fue el último de Stony Friedgood y el primero de Allbee en el Condado de Patchin, hubiésemos tomado una vista aérea de Hampstead, Connecticut, lo primero que habríamos advertido habría, sido la profusión de árboles; Greenbank, donde vivirían los Allbee, parecía particularmente boscoso. El Sound ceñía el borde oriental de la ciudad, y aquí se veían dos franjas de oro

brillante: Sawtell Beach, cerca del club de campo, que era donde iba a nadar y a bañarse la mayoría de la población; y Graye-send Beach, más pequeña y un poco más rocosa. Aquí vienen los pescadores a las seis de la mañana en busca de peces azules, desde junio hasta finales de setiembre: es la playa local de Greenbank. Más arriba, sobre un escarpado cantil, se alza la vieja casa Van Horne. A lo largo de lo que debería ser el borde meridional de la ciudad, discurre el río Nowhatan, de quince metros de anchura antes de estrecharse en la zona de aparcamiento del distrito comercial de Hampstead. (En realidad, la ciudad se prolonga dos o tres kilómetros al sur del río.) El «Yacht Club», vasto conjunto de embarcaciones amarradas, se encuentra en la curva del estuario, frente al club de campo y su pequeña flota; desde el aire, todas estas barcas parecen pequeñas banderolas oscilantes, pardas, rojas, azules y blancas. La propia Hampstead, toscamente trapezoidal, está dividida por la vía férrea, la carretera I-95 y la Post Road. Las tres pasan por Hillhacen y Patchin, y a través de Norrington y de Woodville, en su camino a Nueva York; pero, desde el nudo de esta ciudad, nadie diría que Nueva York existe. En el borde noroccidental de Hampstead se encuentran plácidos y pequeños lagos y depósitos de agua contruidos por el hombre. Las grandes y frondosas copas de los árboles ocultan a medias las casas y los caminos, y también los «Mercedes» y los «Volvos», los «Datsuns» y los «Toyotas» y los «Volkswagen» que circulan por ellos. Al encenderse las luces, puede verse el gran pórtico de blancas columnas de la «Congregational Church», en Post Road, antes de que ésta penetre en el distrito comercial; está flanqueada, a ambos lados de su extenso prado, por un Banco (que ha copiado su estilo) y por un centro comercial cubierto en el que hay una tienda de discos, un teatro, una heladería, un establecimiento de alimentos de régimen, un local de objetos de artesanía (asas de laca para vasijas y gigantescas efigies de Snoopy) y una tienda donde se pueden comprar jerseys y gorros de lana por el doble de lo que costarían en Norrington o en Woodville.

Y muy tarde, el mismo día en que Richard Allbee escribió *Dios nos ayude a los dos* en su sencillo Diario, habríais visto los potentes faros y los focos intermitentes del techo de los dos coches patrulla saliendo a toda velocidad del puesto de Greenbank Road, hacia la casa de los Friedgood. Todas cuyas ventanas estaban iluminadas.

Segundos antes de que llegasen a la casa Friedgood, una luz se apagó de las oficinas de la *Hampstead Gazette*, en Main Street, exactamente enfrente de la librería. Sarah Spray había terminado su columna para el periódico del miércoles y se marchaba a casa. Una vez más, los famosos, los casi famosos y los oscuros de Hampstead, habían sido inmortalizados en *la Gazette*.

## 2

Esto es parte de lo que Sarah escribió en la columna de aquel miércoles:

¿QUÉ HA VISTO SARAH?

Esta ciudad ofrece un caleidoscopio cambiante de talentos e impresiones. Esta ciudad nos brinda recuerdos, alegrías y bellezas siempre cambiantes. Nuestros maravillosos pintores y escritores y músicos dan olor a nuestro ambiente... ¿Cuántos de ustedes sabían que el famoso F. SCOTT FITZGERALD (el autor de El gran Gatsby) y su familia vivieron a un tiro de piedra de Sawtell Beach, en la casa de Mr. y Mrs. Irving Fisher, de Bluefish Hilt, en los años veinte? ¿O que EUGENE O'NEIL y JOHN BARRYMORE y GEORGE F. KAUFMAN residieron también aquí durante un tiempo, en las playas de Long Island Sound? Si preguntáis a Ada Hoff, de esa grande y antigua institución que es la gran librería emplazada al otro lado de Main Street, delante de las oficinas de este gran periódico (risas), os dirá que un día el gran poeta W. H. AJJDEN entró allí para comprar un libro de cocina de nuestro conciudadano TOMMY BIGELOW, ¡nada menos que Tommy!

Pensé que debía mencionarlo, queridos amigos. Esta semana mi pobre y viejo cerebro vaga por las delicias de esta ciudad, admirando nuestra hermosa y vieja Main Street, nuestras grandes y viejas iglesias de todas las confesiones, nuestra preciosa costa y nuestro pasado colonial que se conserva en muchos de nuestros hogares. Bueno, una semana como ésta hace que vuestra ruda y vieja escriba se sienta positivamente bicentenaria.

Y como dijo el otro día a Saráh este audaz y joven abogado enderezador de entuertos, ULICK BYRNE. ¿No es estupendo vivir en un sitio donde, al menos dos veces a la semana, no ocurre absolutamente nada?

Pero decís que queréis saber lo que pasa, ¿no?

Sarah vio: que RICHARD ALLBEE, el querido muchacho de PAPÁ ESTÁ AQUÍ (ver una reposición de la serie nocturna y sabréis lo mono que era), llegará con su esposa, Laura, que es uno de mis personajes predilectos de todos los tiempos. ¿Volveremos a verte en el Teatro, Richard? (Pero, ¡ay!, se rumorea que ya no actúa...)

Sarah vio: una larga y deliciosa carta de los antiguos residentes Bunny y Thaxter Bainbridge, desde Los Claros, California, donde encontraron a Jix y Pete Peters, de esta ciudad, que estaban visitando a sus nietos...

Una semana tranquila para Sarah.

### 3

Para Leo Friedgood, no volvería a haber semanas tranquilas, aunque él lo ignoraba, afortunadamente, cuando recibió la llamada telefónica en el «Yacht Club» aquel sábado por la mañana. Estaban trajinando en su barca, como hacía la mayoría

de los templados sábados. Su balandra «Lightning», *The Juicy Lucy*, había sido botada hacía sólo una semana, y quería repintar algunos de los adornos interiores. Bill Terry, cuya lancha *Grand Banks* estaba atracada en el embarcadero contiguo, le gritó: «Para ti, Leo.» Leo dijo «Mierda», dejó la brocha y bajó por la oscilante pasarela. Estaba sudoroso y le dolía el brazo derecho. A pesar de su hirsuta apariencia, Leo no era en el loado un atleta. Su vieja camiseta se hinchaba sobre el estómago, y sus vaqueros llevaban una constelación de manchas blancas. Le hacía falta otra botella de «Coors», del paquete de seis que tenía en la balandra.

—¿Sí? —dijo por el teléfono.

El micrófono olía a cigarrillos.

—¿Mr. Friedgood? —dijo una voz femenina anónima.

—Sí.

—Soy la secretaria del general Haugejas —dijo la mujer.

Leo sintió que algo helado se agitaba en sus tripas. Sólo había visto una vez al general Haugejas, en una asamblea general de «Telpro», y era como una tabla de franela gris, con cara de color de acero frío y que también parecía una tabla. Había sido un héroe de la guerra de Corea, aunque esto no parecía complacerle más que cualquier otra cosa; una onda de fuerza y de dominio, de severidad y de disgusto, brotaba del rígido semblante y de la armadura de franela gris.

—¡Ah, sí! —exclamó Leo, lamentando que persistiese aquella sensación de agua helada.

—El general Haugejas quiere que vaya usted inmediatamente a nuestra fábrica de Woodville.

—No tenemos ninguna fábrica en Woodville —dijo Leo.

La secretaria replicó vivamente:

—La tenemos, si el general lo dice. Comprendo que esto sea nuevo para usted. Le indicaré el camino. —Le dio un número de salida en la I-95 y, después, una complicada serie de instrucciones que parecían más encaminadas a confundirle que a aclararle las cosas—. El general quiere que esté usted allí dentro de media hora —concluyó.

—¡En, espere! —gimió Leo—. Esto es imposible. Estoy en mi balandra. Tengo que cambiarme de ropa. Ni siquiera llevo encima mi documento de identidad. No podré entrar sin...

—Tendrán su nombre en la puerta —dijo ella, y Leo habría jurado que estaba sonriendo—. En cuanto se haya enterado del asunto, el general quiere que le llame a este número.

Dio un número de teléfono que empezaba por 212. Él no lo reconoció y lo repitió. Después, la secretaria colgó.

Leo se perdió en Woodville. Siguiendo las indicaciones que le había dado la secretaria, se encontró en los grandes suburbios de la ciudad, pasando por delante de casas arruinadas, estaciones de gasolina abandonadas y pequeños bares, donde grupos de negros se concentraban en las aceras. Leo tenía la impresión de que todos lo miraban; era blanco y viajaba en un coche resplandeciente. Rodaba trazando



círculos, porque todos los giros a la derecha y a la izquierda que le había indicado la secretaria se confundían irremediablemente en su memoria. Empezó a sudar de nuevo, sabiendo que había pasado la media hora que le había dado el general. Durante un tiempo, pensó que iba y venía entre dos polos: la autopista y la Red Devil Lounge, con su multitud de negros haraganes y ya embriagados.

Al pasar por tercera vez por una sucia calle, advirtió un estrecho callejón entre dos casas, que al principio había tomado por una salida de coches; pero ahora, al mirarlo mejor, vio que había en él una verja de hierro en la abertura de una alta pared gris. Al cruzar por delante del callejón, vio también que había la casilla de un guarda detrás de la verja. Invirtió el sentido de la marcha y se introdujo entre las casas, sintiéndose como un intruso.

Por un segundo pensó que había vuelto a equivocarse y sintió el furor de la frustración. Pero había un rótulo sobre la verja que decía: WOODVILLE SOLVENT. Un hombre uniformado salió de la caseta y abrió la verja. Cuando se acercó al coche, Leo bajó el cristal de la ventanilla y preguntó:

—¡Oiga! ¿Sabe usted dónde está la fábrica de «Telpro»...?

—¿Mr. Friedgood? —preguntó el guardia, mirando recelosamente la tosca ropa de Leo.

—Sí —dijo éste.

—Le esperan en Investigación. Llega con retraso.

—¿Dónde está Investigación? —preguntó Leo, reprimiendo su impulso de mandar a aquel hombre al infierno.

El guardián, con cara de luna y cuerpo de iguales características, señaló hacia el otro lado de una zona de aparcamiento casi vacía. Su panza se hinchó al levantar el brazo. Los únicos coches que había allí estaban cerca de una puerta metálica y sin ventana en la alta y desnuda fachada.

—Entre por allí.

Leo cruzó la zona y aparcó su «Corvette» en diagonal, entre dos espacios.

## 4

Un hombre de chaqueta blanca, cabellos rubios y dientes de conejo, se acercó rápidamente a él cuando acabó de subir la escalera de hierro.

—¿Es usted el hombre de «Telpro»? ¿Mr. Friedgood?

Leo asintió con la cabeza. Miró hacia el grupito de hombres y mujeres con los que había estado hablando el tipo que ahora se dirigía a él. También llevaban chaquetas blancas, como los médicos. Advirtió que había una serie de monitores de televisión.

—¿Quién es usted? —preguntó, sin mirar al hombre.

—Ted Wise, director del servicio de Investigación. ¿Le lia identificado alguien al entrar?

Leo pensó en su camiseta y en los jeans manchados de pintura. En uno de los monitores que había delante de él apareció su mata de pelo y la espalda de su camiseta sudada, mostrando la piel. Esto aumentó su irritación por verse introducido en una fábrica «Telpro» cuya existencia no le había sido confiada antes del actual desastre. Se metió la camiseta debajo del cinturón. Pensaba que el general Haugejas le había enviado a este sitio como habría podido enviar a un teniente a tomar una colina..., porque su vida importaba poco.

—Mire usted, el general ha dicho que me presente a él —dijo Leo—. Por consiguiente, no se preocupe de lo que sé y de lo que dejo de saber, y déjeme pasar.

Contempló la estancia. Paredes blancas, baldosas blancas y negras en el suelo, como un tablero de ajedrez. Los monitores de televisión estaban colocados sobre una mesa, en la que había también una tabla de registro de entradas y salidas, un teléfono y una pluma. Una chica de aspecto nervioso estaba sentada detrás de la mesa. Tragó saliva al mirarla él.

En realidad, todos los reunidos en aquella estancia del segundo piso estaban nerviosos como gatos... o más que nerviosos, pensó Leo. Incluso mientras Ted Wise buscaba las palabras, los otros tres hombres y las dos mujeres allí presentes parecían respirar temor y pánico. Estaban rígidos como estacas, y se contenían porque había aparecido él. Aunque poco sensitivo, Leo era un hombre inteligente, y pudo ver que estaban crispados y que, si cedían, rodarían por el suelo como canicas.

En cuanto Wise, haciendo acopio de valor, pidió a Leo algún documento de identidad, éste empezó a comprender la clase de abismo que podía abrirse ante él.

—¿Qué dice que quiere?

—Es sólo una precaución, señor.

Se estaba cubriendo; como se cubría el general al enviar a Leo Friedgood a este... manicomio. Pues era esto lo que parecía. Leo, disgustado, sacó su cartera del bolsillo de atrás y mostró a Wise su permiso de conducir.

—El general me ha sacado de mi balandra —dijo, con elocuencia—. Quería que me encargase de esto lo más rápidamente posible. Expóngame el problema y después podrán tomar todos un «Valium» o lo que les haga falta.

—Por aquí, Mr. Friedgood —dijo Wise, y el tenso grupito de cinco se dividió, franqueándole el paso hacia la puerta.

—Estamos aquí desde 1978 —dijo Wise—. Después de que «Woodville Solvent» se hundiese un par de años antes, los síndicos de la quiebra vendieron los edificios y el nombre comercial a «Telpro».

—Sí, sí —dijo Leo, como si ya lo supiese.

—Se tardó casi seis meses en hacer las reformas necesarias. Cuando nos trasladamos aquí, puede decirse que recogimos lo que habíamos dejado en Wyoming. Todos nosotros, los que ha visto aquí, habíamos estado trabajando allí en otros artículos de «Telpro». Hasta que tuvimos que cerrar.

—¿Algo marchó mal también allí? —preguntó Leo.

Wise estaba abriendo otra puerta y pestañeó al oír la pregunta.

—Habíamos estado instalados en una fábrica de productos químicos, y las tuberías del sistema de drenaje estaban desgastadas. Parte de los residuos penetró en el estrato portador de agua en pequeña cantidad, dos partes por millón. No fue un problema grave. Hubo muy poco retorno.

Leo miró en la habitación de detrás de la puerta. Unos monos de aspecto enfurruñado lo miraron a su vez desde sus jaulas. Un olor a zoo salió por la puerta abierta.

—Sección de los primates —dijo Wise—. Tenemos que cruzarla para ir al sector de pruebas.

—¿Por qué no me cuenta algo de su trabajo? —dijo cansadamente Leo.

Desde luego, sabía que «Telpro» tenía ciertos contratos con el Departamento de Defensa. Una de las secciones que había supervisado, una fábrica de Trenton, manufacturaba el mecanismo de cierre empleado en las cadenas de los tanques; otra fábrica, en Nueva Jersey, montaba paneles de circuitos que más tarde formaron una pequeña parte del misil *Minuteman*.

—Pero nosotros somos «Armas Especiales» —dijo Wise, estando los siete plantados en la habitación llena de monos enjaulados.

«Armas Especiales» era una organización autónoma que sólo tenía que dar cuentas al general Haugejas y a su Estado Mayor. Había dos microbiólogos, un físico, un químico y un ayudante de laboratorio. Otros ayudantes y técnicos de laboratorio habían sido contratados entre el personal local. Desde hacía dieciocho meses, trabajaban en un solo proyecto.

—Física y químicamente, es algo más complicado; pero, para entendernos, lo llamaremos gas —dijo Wise—. Es inodoro e invisible, como el monóxido de carbono, y muy soluble en el agua. Todavía no tiene nombre, pero, en clave, lo llamamos DRG. Es una..., usted lo llamaría una carta loca. Hemos estado trabajando con vistas a aumentar el factor de posibilidad de predicción.

Entonces supo Leo que la posibilidad de predicción era el problema. El Pentágono y el Departamento de Defensa se habían interesado mucho por el DRG desde que había sido sintetizado, a principios de los años cincuenta, por un bioquímico alemán llamado Otto Bruckner y que trabajaba en el MIT. Bruckner no había sabido qué hacer con su invento, el Gobierno se había hecho cargo de éste con gran satisfacción por parte de aquél.

—Durante mucho tiempo, el proyecto estuvo en el limbo —dijo Wise—. El Gobierno poseía una serie de conceptos más sencillos que trataba de desarrollar, casi siempre sin éxito. A finales de los años setenta, renació el interés por el DRG. Y a nosotros, «Armas Especiales», todos los que estamos aquí, nos fue encargada la tarea de determinar el efecto del invento de Bruckner. Lo sometimos a una docena de cambios, desde ADG 1 y 2 hasta lo que tenemos hoy. Pero el efecto sigue siendo muy aleatorio. Algunas personas, aunque muy pocas, no son afectadas en absoluto por él. En algunos casos, la inhalación es inmediatamente fatal. El efecto negativo y el fatal se hallan dentro de parámetros aceptables, de un cinco a un ocho por ciento cada uno. Y, como cuestión adicional, puedo asegurarle que los agentes mortales tienen una vida relativamente corta. El riesgo inmediato de la población expuesta no dura

más de veinticinco minutos. Los efectos a medio plazo son los que más nos preocupan. ¿Ha oído hablar de los experimentos del Ejército con el LSD?

Leo asintió con la cabeza.

—Desde luego, esto fue sumamente lamentable. Nosotros nos hemos esforzado en evitar cualquier cosa parecida, y, en todo caso, nuestras instrucciones no llegan a tanto. El DRG, originariamente ADG, produce efectos mucho más variados que el LSD, y todo nuestro trabajo ha sido tratar de aislar un elemento que produjese siempre el mismo efecto. —Wise parecía ahora muy nervioso—. Se nos presentaron muchas alternativas. Algunos de los efectos más violentos tardan meses en aparecer: lesiones cutáneas, alucinaciones, locura, dolencias del aparato respiratorio, incluso narcotización... Un porcentaje de la población tratada sólo se tranquilizará ligeramente. Incluso pueden haberse dado pruebas de estados de ausencia y de capacidad telepática... Si he de decirle la verdad, el material es tan variado que, después de un año y medio, sólo empezamos a saber cómo manejarlo.

—Muy bien —dijo Leo—. Pasemos a lo que interesa. ¿Qué ocurrió?

—Barbara —dijo Wise, y una joven alta, de cabellos negros y ojos hinchados, pasó por delante de la pared de jaulas y abrió otra puerta.

Leo vio una habitación dentro de una habitación; la mitad superior de la habitación interior estaba recubierta de cristal. Entró detrás de Barbara y vio vagamente varias mesas de laboratorio, muestras de tejidos, proyectores, hornillos de gas. Pero su atención se centró en tres cuerpos que había dentro del recinto de cristales. Los dos más lejanos yacían despatarrados y un poco separados sobre el suelo negro. Tenían los ojos y la boca abierta. Sus caras estaban limpias y carecían de expresión.

Wise tosió, tapándose la boca con un puño; se había puesto colorado.

—Esa gente estaba preparando la cámara para una infusión de DRG-16. —Se enjugó el rostro con mano temblorosa—. El hombre más próximo a la pared es Frank Thorogood, y el que está junto a él es Harvey Washington. Eran técnicos investigadores. Thorogood era estudiante graduado en la Universidad de Patchin, y Washington no tenía título académico. Realizaba tareas vulgares para todos nosotros. Uno de ellos tenía que conectar una línea del generador eléctrico al vaporizador, que a su vez está conectado a la máscara que puede usted ver en el suelo. En vez de esto, lo enchufó accidentalmente en la línea de descarga inmediatamente debajo del vaporizador, y DRG sin diluir inundó la cámara. Washington y Thorogood murieron instantáneamente.

Leo contemplaba ahora horrorizado el tercer cuerpo en la cámara de cristal. Estaba hinchado..., hasta el punto de que Leo creyó al principio que había reventado. Una espuma como el jabón cubría sus manos. La cabeza del hombre, una esponja blanca, parecía chorrear en dirección a un desagüe en el centro del suelo de la cámara. Leo tardó un poco en darse cuenta de que la espuma que había sido piel se movía. Mientras observaba —era incapaz de apartar la mirada—, la espuma de la cabeza se vertió en el desagüe.

—El tercer hombre era Tom Gay, uno de nuestros mejores investigadores, aunque sólo hacía unos seis meses que trabajaba con nosotros.

La mujer llamada Barbara se echó a llorar. Uno de los hombre la rodeó con un brazo.

—Puede usted ver el efecto de las lesiones. Murió sólo minutos antes de llegar usted. Tuvimos que presenciar su muerte. Él sabía que no podíamos abrir la cámara.

—¡Jesús! —exclamó Leo, perdiendo su aplomo—. Mire lo que le pasó.

Wise no dijo nada.

—¿Se puede entrar ahora sin peligro? ¿Pueden quitar todo eso? Quiero decir que me importa un bledo el lío en que ustedes se hayan metido, pero yo no entraré ahí.

Leo se metió las manos en los bolsillos. Vio mechones de cabellos castaños flotando sobre la espuma y se volvió de espaldas al cristal, sintiendo una sacudida en el estómago.

—Será más seguro dentro de quince minutos. En todo caso, trataremos que sea lo más seguro posible.

—Entonces, entre usted.

Wise adquirió de pronto un alarmante color escarlata.

—Siento decirle que esto no es todo. Los circuladores absorberán más o menos los restos de DRG-16.

—Eso es cuenta suya, hijito.

—Iba a decirle que Harvey Washington habría sustituido los filtros de las aberturas de salida en cuanto la cámara hubiese estado vacía. Pero Bill Pierce accionó los circuladores sin darse cuenta de que los filtros estaban aún en sus cajas.

—¿Por qué diablos no dejan siempre los filtros puestos?

Ahora habló Bill Pierce. Era más alto que Leo, fornido como un jugador de rugby, y el único de los científicos que llevaba barba.

—No lo hacemos porque desprenden un olor muy fuerte que vuelve rápidamente a la cámara. El olor perjudica los experimentos. Nuestro procedimiento consistía en cerrar herméticamente la cámara, hacer nuestras observaciones y dejar que Harvey Washington instalase los filtros mientras nosotros disecábamos el sujeto. Entonces hacíamos funcionar los circuladores. —Miró fijamente a Leo, con expresión de culpa y de desafío—. Pero cuando vi que Tom Gay se volvía loco ahí dentro, sólo pensé en eliminar el DRG. Pensé que si podía renovar el aire con bastante rapidez, todavía salvaría a Tom..., pues los otros dos habían caído fulminados. Creo que tenía nuestro viejo procedimiento en mi subconsciente.

—¿Y adonde fue esa sustancia? —preguntó Leo—. Espere. Deje que lo adivine. Los circuladores lo expulsaron directamente al exterior. Esto es lo más bueno, ¿no? Ustedes, estúpidos, bombearon una buena porción de esa sustancia al aire inmediatamente después de que hubiese despachado a tres individuos en esa cámara de los monos. Así, en un segundo y medio, tendremos un millón de *shwartzes* muertos en Woodville. ¿Es eso? ¿Es eso? —Leo respiró profundamente—. Y lo que es más: tendremos un millón de reclamaciones judiciales..., y yo soy el encargado de sacarles del apuro.

Leo se tapó los ojos con las manos.

—Mr. Friedgood —dijo Wise—, acabamos de perder a tres de nuestros colegas. Bill actuó de acuerdo con el procedimiento establecido... Durante meses tuvimos los filtros en su sitio.

—¿Piensa que esto es una defensa? —rugió Leo—. ¿Quiere que les compadezca?

—Lo siento —dijo Wise, entre sus dientes de conejo—. Estamos un poco fuera de control. Pero la cosa puede no ser tan grave como usted se imagina. Permita que le explique.

Las palabras eran confiadas, pero Leo no había visto nunca un hombre de aspecto más espantado que Ted Wise.

## 5

—Haré algo mejor que redactar un informe —decía Leo por teléfono al general, media hora más tarde—. Haré que salgamos de este lío. «Telpro» no entrará en esto. Ante todo, esos genios que tiene usted aquí dicen que, como ese DRG salió por el tejado de la fábrica, recorrerá kilómetros antes de posarse. Precisamente sopla ahora una brisa bastante fuerte... —Leo recordó las balandras, *Marlins* y *Lightnings*, que salían del Sound mientras él trabajaba en su barca esta mañana— ...y la sustancia viajará. Puede llegar a Rhode Island antes de caer. O tal vez llegue al Canadá. Nadie en el mundo podrá relacionarla con «Telpro»... y, si tenemos suerte, caerá sobre el Sound y matará unos cuantos peces. Y si llueve fuerte en algún momento de la próxima semana, lo peor no ocurrirá jamás. El agua diluye fantásticamente el efecto. ¿Que qué puede pasar? En alguna parte, al norte de aquí, podrían producirse unas pocas muertes casi inmediatamente. Dentro de un mes o dos, algunos ciudadanos de Pawtucket o de Stowe podrían dar señales de chifladura... Wise dice que los efectos mentales pueden tardar este tiempo en manifestarse. Nosotros no corremos peligro, y esto es definitivo.

Escuchó un rato la voz del general.

—Meses. Es lo que dice Wise.

El general habló de nuevo.

—Él lo asegura, señor.

Leo volvió a escuchar la voz del general.

—Está bien. Nuestro problema es arreglar la situación aquí. Le expondré mi idea. Uno de esos genios me la dio cuando dijo que ese DRG se parece al monóxido de carbono. Pues bien, lo camuflaremos con eso. Para la gente, esto no es más que «Woodville Solvent». Haremos que siga siéndolo. Y efectuaremos una llamada telefónica anónima a las emisoras de Televisión de Nueva York, llamaremos al *Times* y haremos que venga toda la gente de sanidad, y cuando lleguemos, el lugar estará limpio y con todo el aspecto de una fábrica.

Pausa.

Leo volvió los ojos a las seis personas que lo miraban fijamente desde el otro lado de la mesa.

—No, no dirán nada. Mientras se realice la inspección de sanidad, anunciaremos que la fábrica va a cerrar, y podrá trasladarlos a otra parte y empezar de nuevo cuando todo el mundo haya olvidado esto. Mientras tanto, podemos hablar con ese tal Bruckner en Boston, y ver si puede echarnos una mano. Él inventó esa porquería y debe de saber si podemos hacer algo.

Pausa.

—Gracias, señor. —Colgó el teléfono y se volvió a los científicos—. Bajemos y echemos un vistazo a su horno. Vamos a ocultar este follón a plena luz. Algunos de sus yo-yos van a ser noticia en las emisiones de las once.

Una hora y media después de su llegada a la fábrica, Leo Friedgood estaba sentado sobre una caja de madera en el sótano, observando cómo Ted Wise y Bill Pierce trabajaban en el horno. Dos camiones verdes sin distintivos de una base del Ejército en Nueva Jersey se hallaban parados en la zona de aparcamiento, y un equipo de soldados sacaba del edificio las jaulas de los monos, botes, cajas de útiles de laboratorio y paquetes de material de archivo. Lo que quedaba del cuerpo de Thomas Gay había sido metido en un saco cerrado con una cremallera y sacado de allí.

Dos horas después de esto, Leo estaba plantado detrás de una ventana y observaba cómo un coche de la «CBS» se detenía en el aparcamiento exactamente detrás de un automóvil de la Policía. La temperatura era de más de treinta grados en la oficina. Todos sabían su papel. Leo volvió a la mesa y llamó a la Agencia de Protección del Medio Ambiente y al Departamento de Sanidad del Condado de Patchin. Al iniciar ambas conversaciones se presentó como doctor Theodore Wise. Volviendo a la ventana, vio que el director de investigación y Bill Pierce salían del edificio para enfrentarse con la Policía. Una figura alta y vestida de azul —el reportero—, un técnico y un hombre que llevaba una cámara de vídeo y un micro se apearon del coche de la «CBS». El reportero se acercó a Wise y al policía. Cuando un camión de sonido cruzó la verja, Leo se apartó de la ventana, dispuesto a bajar.

Barbara, el ayudante de investigación y dos de los científicos estaban de pie junto a la mesa de la sala de descanso. Leo les sonrió, bajó la escalera y salió del edificio.

El famoso reportero de la «CBS» estaba plantado frente a Bill Pierce y sostenía un micrófono entre los dos.

—¿Existe alguna confirmación del rumor de que esta tragedia se ha producido por intoxicación con monóxido de carbono?

—Que yo sepa... —empezó a decir Pierce.

Así pasaron varias horas. Cuando terminó la Policía su labor era ya de noche, una noche tranquila y silenciosa. Y cuando emprendió el camino de regreso a casa, Leo Friedgood casi se había olvidado de la nube invisible e inodora de algo llamado DRG-16, que flotaba en las altas corrientes de aire sobre el Condado de Patchin.

En definitiva, cuando Ted Wise y Bill Pierce rompiesen su silencio, ellos y un centenar de periódicos culparían a esta nube casi consciente de todo lo sucedido en Hampstead y Patchin y la vieja Sarum, y en Witchley y Redhill y King George, excelentes poblaciones entre Norrington y New Haven, con sus viajeros diarios y sus artistas y sus clubs de campo y sus colinas de granito y sus casitas de dos pisos. Habría investigaciones, acusaciones, instancias, manifestaciones y pleitos. Habría discursos pomposos, interesados y bien intencionados. Todo esto sería natural, pero equivocado. Pues la culpa de los meses agitados que se avecinaban no la tenía aquella nube productora de sensaciones.

La teníais vosotros, los que yacéis ahora en la cama, deslumhrados y satisfechos, que teníais que empezar a descubriros una vez más.

Vuestra historia, la historia de Hampstead...

Hace doscientos años, Hampstead no existía; sólo existía Greenbank, un grupo de casas de campo y una iglesia encima de Gravesend Beach. El Camino de Beachside (hoy Mount Avenue) unía Greenbank con Hillhaven y Patchin, de los que era considerado como una extensión. Así, cuando el general Tyron zarpó de New Haven para incendiar Patchin y desembarcó en Kendall Point en 1779, un pequeño destacamento de soldados, sólo diez u once, bajaron por el Camino de Beachside para incendiar también Greenbank. Los hombres de Patchin dispararon a bulto sobre setos y vallas con una «Brown Bess»; las mujeres, los niños y los animales se refugiaron en Fairlie Hill o en los bosques de Patchin, y algunos chicos y mujeres se quedaron rezagados en su pueblo. Según rumores, uno o dos residentes varones participaron en la destrucción. Así, el reverendo Eliot, vicario de Patchin, dijo: «Los grupos de incendiarios realizaron su tarea con espantoso celo, dirigidos por una o dos personas que habían nacido y se habían criado en pueblos aledaños.» Un muchacho (una de las nueve bajas) fue muerto a tiros, desde tan cerca que ardieron sus ropas. Y es cosa sabida que las otras ocho bajas fueron causadas por Jaegers — mercenarios alemanes— y soldados británicos; la muerte del muchacho no fue observada por nadie y sigue siendo un misterio.

Este suceso, el asesinato de un niño de trece años en medio de la destrucción general, es la segunda mancha del país.

Diez años más tarde, George Washington, presidente de los trece Estados Unidos, visitó Patchin. Su Diario menciona que a lo largo de su ruta —pasó por el Camino de Beachside— vio muchas chimeneas en pie entre las ruinas de casas incendiadas.



Durante los siguientes doscientos años, los mismos nombres se repiten en el registro parroquial: Barr, Wakehouse, Jennings, Annabil, William, Winter, Alien, Kent, Moorman, Buddington, Smithfield, Sayre, Green, Tayler. Los apellidos se remontan también a tiempos anteriores; los cuatro primeros colonos junto al Camino de Beachside, establecidos en 1640, se llamaban Williams, Smyth, Green y Tayler. En 1645 se les unió un terrateniente llamado Gideon Winter. (La mansión de Monty Smithfield en Mount Avenue fue construida en el emplazamiento de la casa de campo de Gideon Winter.)

Y algunos de estos apellidos aparecen en los archivos penales de Hampstead. En 1821, un viandante que había acampado como un gitano en los bosques colindantes con los campos de cebollas de Anthony Jennings asesinó a dos niños llamados Sara Alien y Thomas Moorman, y quemó los cuerpos en una zanja antes de ser capturado por un pelotón de granjeros capitaneados por Jennings. Alumbrándose con antorchas, le llevaron al campo comunal de Hampstead (hoy desaparecido, partido por la mitad por la Post Road) y, en presencia del sheriff, le echaron una cuerda al cuello y lo juzgaron en el acto. Desde su elegante casa de Patchin, el juez Thaddeus Barr bajó por el Camino de Beachside montado en su caballo bayo. Llevaba su ropa y sombrero rituales y condenó al hombre a muerte; sabía que no habría podido llevar al acusado al juzgado de Norrington. Al interrogarle Barr, el asesino se negó a decir su nombre, limitándose a responder: «Soy uno de los suyos, juez.» Después de su muerte, fue reconocido por uno de la muchedumbre como un primo, débil mental, de la familia Tayler, que había sido enviado como mozo a la granja de los pobres.

En 1904, Robertson Green —llamado *Príncipe* por sus amigos—, joven de veintidós años que había abandonado la escuela de teología de New Haven y vivía en dependencias separadas, en el caserón de sus padres en Gravesend Avenue, fue juzgado y condenado por el asesinato, en la primavera de aquel año, de una prostituta de Woodville. Durante el juicio, salieron a la luz detalles de la vida del Príncipe lo bastante curiosos para que fuesen recogidos por los periódicos sensacionalistas de Nueva York. Sus costumbres habían cambiado desde su regreso de New Haven: se había empeñado en dormir en un ataúd de roble que había encargado a «Bornley & Holland», empresarios de pompas fúnebres de Hampstead. Nunca recorría las cortinas; vestía siempre de negro; era adicto al láudano, que a la sazón podía conseguirse fácilmente en cualquier farmacia. Según se decía en Hampstead, había frecuentado a las prostitutas de Norrington y de Woodville desde su regreso de New Haven, y cuatro de estas mujeres habían sido asesinadas por una persona desconocida desde mayo hasta setiembre de 1903. *Príncipe* Green no confesó jamás estos crímenes, pero fue condenado a muerte por aquellos asesinatos, así como por el de una mujer sobre cuyo cuerpo fue descubierto en un callejón de los barrios bajos de Woodville: Redbone Alley. El *Journal American* de Nueva York, periódico que más tarde publicaría el editorial «Sí, Virginia, existe un Santa Claus», dijo que el padre del joven había declarado que su hijo se había desequilibrado al absorber demasiados versos de los poetas decadentes Dowson y Swinburne. Al principio, habían llamado a Green *El Desiripador de Connecticut*, y en ediciones ulteriores le

llamaron *El Destripador-Poeta*. «Había días —dijo su padre al reportero—, en que no parecía recordar el nombre de su madre ni el mío.»

En 1917 se produjo en Francia el asesinato legalizado, y muchachos llamados Barr y Moorman y Buddington fueron muertos en las trincheras. Sus nombres figuran en el monumento a la Primera Guerra Mundial erigido en Post Road, precisamente delante de donde está ahora el «Lobster House Restaurant».

El modelo del soldado que aparece en el monumento, un esbelto y guapo joven con polainas y gorro de campaña, fue un tal Johnny Sayre, que en 1952 se quitó la vida con una pistola del «45» en el prado de detrás del «Sawtell Country Club». De momento, nadie comprendió qué móvil había podido impulsar a John Sayre, de cincuenta y tres años, abogado influyente y admirado en la ciudad, a quitarse la vida. Aquella mañana había cancelado sus citas; su secretaria dijo a la Policía que Sayre parecía distraído y malhumorado desde hacía algunos días. Bonnie Sayre dijo a la Policía que John no quería ir al club aquella tarde, pero que ella había insistido; hacía dos semanas que se habían citado con los Annibils y Graham Williams, para celebrar anticipadamente el cumpleaños de John. El verdadero día de su cumpleaños debía estar en Londres. La secretaria dijo que había rehusado el almuerzo y se había quedado en su despacho; Bonnie Sayre declaró que sólo había pedido una ensalada para la comida. Mientras los demás bebían, John se había excusado. Había salido al exterior... y sin duda había llevado todo el tiempo su pistola en el cinto. Habían oído el disparo unos minutos después, pero les había parecido una explosión producida por el motor de uno de los coches del aparcamiento o el ruido de una puerta al cerrarse de golpe en la parte de atrás del restaurante del club. Un camarero había descubierto el cadáver al terminar su trabajo.

Ni Bonnie ni la secretaria pensaron que valiese la pena decir a la Policía que John Sayre había escrito dos nombres en un bloc junto al teléfono de su mesa, en la mañana del día en que se suicidó: *Príncipe Green* y Bates Krell.

La secretaria, que sólo llevaba dos años en Hampstead, no conocía aquellos nombres. Bonnie Sayre sólo recordaba vagamente los crímenes de *Príncipe Green*. Antiguamente, había habido en Gravesen Avenue un caserón al que Bonnie y sus hermanas tenían prohibido acercarse; vivían en él una pareja de ancianos que nunca salían a la calle. Era un sombrío recuerdo de vergüenza, de deshonor, de escándalo. Pero Bates Krell... Cuando Bonnie Sayre vio el nombre garrapateado con fuerza en el bloc, dos días después de la muerte de su marido, vibró en su interior un sentimiento casi irreal, que pronto reconoció como de inquietud. Aquel hombre pertenecía a la generación inmediatamente anterior a la suya, es decir, la generación que siguió a la de *Príncipe Green*. Bates Krell había poseído una barca de pesca de langostas, que atracaba en el río Nowhatan, donde estaba ahora la «Spaulding Oil Company». Había sido un hombre repelente, tal vez amenazador, corpulento, sucio, barbudo, con ojos de ágata, que contrataba a muchachos para que lo ayudasen con sus redes y les pegaba por cualquier nimiedad. Un día desapareció. Su barca permaneció atracada en el río Nowhatan hasta que el Estado la embargó y la vendió. Circuló una historia en el colegio de Bonnie, sobre un marido o un padre que habían ordenado a

Bates salir de la ciudad; un cuento de esposas o hijas saliendo de noche en la barca... Pero ¿por qué había invocado su marido este nombre antes de matarse?

*Príncipe Green*, Bates Krell. La pluma de John Sayre casi había rasgado el papel.

Ahora ya no hay barcas para la pesca de la langosta en el río, ni siquiera pescadores donde había habido tantos; ahora están «Spaulding Oíl» y el Riverside Building, y en éste, varios dentistas y una compañía de seguros; el «Seagull Restaurant» y el «Blue Tern Bar», donde van a beber los adolescentes; el «Marina Restaurant», y las oficinas del movimiento Cientista, en un pequeño y sucio sector de almacenes.

Ahora nadie conoce los viejos nombres de Hampstead; ahora ha desaparecido el odioso antisemitismo de los años veinte y treinta en Hampstead, y más de un cuarto de la población es judía; ahora viene gente de Nueva York y de Arizona y de Texas, y se traslada a Washington y a Virginia y a California. El editor que compró la casa Green no sabe que, hace sesenta años, los padres ordenaban a sus hijos que pasaran de prisa por delante de la parda casa de madera con seis dormitorios, ni que en su oficina de un lado de la casa solía un chico perturbado dormir en un ataúd y soñar que viajaba por el cielo con alas de gaviota y con la boca y las manos manchadas de rojo.

Ahora Hampstead tiene un aparcamiento para caravanas (cuidadosamente oculto detrás de una cortina de árboles en Post Road), dos robos cada hora, cinco cines, dos tiendas de alimentos dietéticos, más de una docena de tiendas de licores y veintiún trenes al día con destino a Nueva York. Trece millonarios viven al menos parte del año en Hampstead. Hay cinco Bancos y tres actores famosos, y una clínica psiquiátrica privada, con un programa activo de rehabilitación de drogadictos. En 1979, sólo se produjeron en Hampstead dos violaciones, y ningún asesinato. Hasta 1980, los asesinatos habían sido casi desconocidos desde los tiempos de Robertson *Príncipe Green*, que había tenido el decoro de cometer sus crímenes en Woodville.

El primer asesinato de 1980 fue descubierto poco después de las nueve cuarenta y cinco de la noche del diecisiete de mayo, cuando el marido de la víctima entró en su dormitorio. Tenía que pasar mucho tiempo antes de que alguien se parase a recordar a *Príncipe Green* y a Bates Krell, o incluso a John Sayre, ante la estatua del cual (a sus diecisiete años) pasaban cuatro o cinco veces a la semana, viéndola o no, todos los que están relacionados con este relato.

## 8

La nube pensante, a trescientos metros sobre Woodville y Norrington, precedió a Leo Friedgood en su camino a Mampstead. Se movía sin prisa y, en definitiva, sin dirección. Cuando un remolino de aire la empujaba hacia abajo, segaba casualmente alguna vida.

Un niño de una semana que dormía cerca de una ventana abierta aquella cálida noche de mayo, quedó súbitamente yerto y dejó de respirar, mientras sus padres

veían la televisión en una habitación de la planta baja. A seis manzanas de allí —ahora estamos en Norrington, en una zona llamada Cumberland Acres—, un chico de catorce años que pasaba frente a una hilera de buzones de correo sobre estacas cayó de su bicicleta y quedó inmóvil sobre un montón de grava, con la bici tirada a pocos palmos detrás de él.

Joseph Ricci, tercera víctima accidental del Dragón, se dirigía a su casa en Stratford —más tarde que de costumbre—, desde un bar próximo a las oficinas de «Loewen & Loewen», sociedad de peritos mercantiles en cuyas oficinas de Kingsport estaba trabajando. Era un trayecto de cincuenta minutos en coche, en ambas direcciones, pero Joe Ricci se había criado en Stratford y aún no podía permitirse tener una casa en Kingsford, ya que, por su proximidad a Nueva York, era la población más cara del Condado de Patchin. Joe tenía veintiocho años; él y su esposa, Mary Louise, tenían un hijo de tres años que había heredado los cabellos negros y los ojos de color azul oscuro de su padre.

Joe llegó al primero de los dos puestos de peaje por los que tendría que pasar antes de llegar a casa. Estaba en el borde sudoeste de Hampstead; el peaje siguiente estaba exactamente antes de la salida que debía tomar él. Joe bajó el cristal de la ventanilla, tendió su librito de billetes y la mujer uniformada de la cabina arrancó uno de ellos. Eran las ocho y diez; había dicho a Marie Louise que llegaría a las ocho y todavía le quedaba media hora de trayecto. Joe Júnior estaría ya en la cama. Y a Joe le irritaba no estar en casa cuando se acostaba su hijo, especialmente si esto se debía a una razón tan desagradable como la de esta noche. Su superior inmediato, Tony Filippo, le había pedido el día anterior que le reservase la tarde del sábado. Tenían que hablar de algo importante. Al pedirle Tony que viniese a Kingsport, Joe había presumido que su jefe y amigo quería hablarle de negocios. En tiempos pasados, habían hablado ya de montar una oficina propia. Pero esta tarde, Tony no había querido hablar de la propiedad inmobiliaria del Condado de Patchin, en la que deseaba ardientemente invertir, ni de la compañía *leasing* que era una de sus otras fantasías: había querido lamentar su matrimonio. Necesitaba ensayar los argumentos de que se valdría para el divorcio. Tony estaba ya medio enamorado de Michelle Sparks, una de las mecanógrafas de la empresa.

Había sido una tarde perdida. Joe Ricci dejó bajado el cristal de la ventanilla y salió disparado por el carril de la izquierda. Dos automóviles corrían velozmente delante de él, y el espejo retrovisor le mostró un grupo de coches y un camión que se dirigían al noroeste. Sin ninguna razón, pensó en una amiguita que había tenido en la escuela superior.

De pronto, cambió el casi vacío escenario que tenía ante él. Su primera impresión fue que la I-95 estaba llena de coches destrozados y que gente ensangrentada avanzaba tambaleándose en su dirección; vio un enorme camión volcado sobre la baranda protectora, y las luces intermitentes de coches de Policía y de ambulancias. Esta visión se impuso a sus ojos con toda la fuerza de la realidad, y por un instante no pudo respirar ni pensar.

Pisó el freno y se desvió a un lado, dándose cuenta de que podía esquivar el horrible espectáculo pasando por el arcén. La cabeza le zumbaba de un modo

extraño y doloroso; durante una fracción de segundo, sintió vibrar los empastes de sus dientes. Sin embargo, a pesar del dolor y de los zumbidos, comprendió que nada de lo que veía delante de él podía ser real. Quitó el pie del freno y pisó el acelerador, pensando únicamente en dejar atrás lo que hubiese en la autopista, y la cola del coche osciló.

Al ver sus manos sobre el volante, se mordió la lengua. La mordió tan fuerte que sus labios se mancharon de sangre. Tenía las manos cubiertas de insectos blancos. Era lo único que podía imaginar, al ver la movediza y casi fluida superficie blanca que cubría sus dedos y el dorso de sus manos. Joe abrió la boca pero no pudo gritar. Su coche rodaba hacia un enjambre de luces. Ruidos fantásticos, gritos irreales, atacaban sus oídos.

El camión que iba detrás de él y que no paraba de tocar el claxon golpeó el costado de su coche y lo lanzó contra el raíl protector. Otro coche golpeó la parte de atrás del automóvil, arrancándole el techo. Empezó a arder sin ruido, casi como disculpándose, debajo del camión. Un «Ford» verde dio una vuelta de campana, como una ficha de dominó, y el coche que lo había golpeado se estrelló contra el camión y el automóvil que ardía debajo de él.

Cuando cerraron la estación de peaje de Hampstead, había ocho muertos en total. Cuatro coches, incluido el de Joe Ricci, habían ardido. La Policía del Estado y dos agentes de la Policía de Hampstead observaban impotentes el humo y las chispas de los automóviles incendiados. Veinte minutos más tarde, una grúa del garaje de turno empezó a separar los escombros.

Un policía de Hampstead, llamado Bobo Farnsworth, que había respondido a la llamada de la Policía del Estado, miró a través de la destrozada ventanilla del arruinado «Le Barón» y se sorprendió al ver únicamente la tapicería quemada y el volante doblado y medio derretido: ningún cadáver carbonizado sobre el asiento. Bobo había visto bastantes vehículos incendiados para saber que en éste era inevitable la presencia de un cuerpo asado, con las manos pegadas al pecho y encogido hasta el tamaño de un perro grande. Miró más de cerca el interior del coche y vio brillar la hebilla de un cinturón sobre un líquido negro, cerca de un muelle descubierto. Mary Louise Ricci, que todavía no sabía nada de esto, se quedó dormida en el sillón más cómodo de Ricci, precisamente en el instante en que Butch Cassidy y el Sundance Kid volaban un tren y se erguían sobre el polvo boliviano entre una lluvia de billetes de Banco.

## 9

Leo estaba sentado en su coche, gastando gasolina inútilmente y avanzando un par de palmos cada quince minutos. Ante las dos casillas de peaje que, de cinco que había, permanecían abiertas, se habían formado sendas hileras de coches que llegaban hasta la mitad del trayecto entre Norrington y la Salida 16. Conductores desaprensivos rodaban por los dos carriles de la izquierda que habían sido cerrados

y trataban de meterse en las filas y ganar espacio. Leo advirtió con satisfacción que los coches de las filas mantenían sus parachoques casi pegados, negándose a ceder el paso a los intrusos. Más allá, al otro lado de la estación de peaje de Hampstead, veía de vez en cuando destellos de luces rojas. Era evidente que se había producido un accidente grave.

A las nueve, todavía a cincuenta coches de la casilla de peaje, encendió la radio y conectó con la emisora de Wood-ville. El servicio de noticias describió la confusión reinante en Irán y anunció el número de días que habían permanecido encerrados los rehenes americanos. Después pasó al alboroto resultante de la revisión del amillaramiento en Hampstead. Leo escuchó todo esto con muy poco interés. Entonces, el locutor pronunció las palabras «Woodville Solvent». Leo se irguió en su asiento y aumentó el volumen. «En esta extraña tragedia han resultado muertos dos hombres, Frank Thorogood, de Patchin, y Harry Washington, residente en Woodville. Las investigaciones realizadas por el Departamento de Sanidad indican que las muertes se produjeron por intoxicación con monóxido de carbono. La fábrica ha sido cerrada definitivamente, para que puedan tomarse las medidas de seguridad y realizarse las reparaciones necesarias.» Entonces sonó la voz nerviosa de Ted Wise, silbando entre sus dientes de conejo. «Nos dimos cuenta del problema cuando... Nadie puede lamentar tanto como yo esta pérdida... Es posible que nuestros propietarios decidan terminar...» Esto era nuevo para Leo: sin duda había estado escuchando a Pierce cuando Wise resolvió mostrarse astuto y referirse a *nuestros propietarios*. Desde luego, él no había decidido ser astuto: estaba demasiado trastornado para ser algo, salvo estúpido. Pero esto era un lapsus que sólo Leo advertiría. Cuando el locutor pasó al estado del tiempo y al informe de tráfico, Leo casi sonreía, satisfecho de sí mismo.

Todo el tráfico fue canalizado hacia un solo carril. Un policía autoritario agitaba una linterna eléctrica; brillaban faros; de los techos de los coches de la Policía brotaban destellos azules, blancos y rojos. La grúa se había llevado casi todos los automóviles destrozados, pero el camión de dieciséis ruedas seguía tumbado sobre la valla de protección; como un elefante recostado. Los tres carriles cerrados sobre conos de color naranja estaban llenos de cristales rotos, cubos de ruedas y neumáticos sueltos, y había también un parachoques doblado por la mitad como una enorme «V» de plata. Un olor a metal y a caucho quemados flotaba sobre todo aquello. Al ocupar Leo su sitio en la hilera única de coches, miró hacia un lado, más allá del policía de la linterna, y vio un automóvil imposible de reconocer embutido debajo de la caja del camión. Todo el techo estaba rajado hasta los tiradores de las portezuelas. Dentro de aquel inverosímil montón de chatarra había estado un ser humano. «Stony», pensó Leo, y entonces recordó con terrible claridad los dos jóvenes muertos, tumbados de espaldas en la cámara de cristal, con los ojos y la boca abiertos; y una vez más vio una espuma blanca que se deslizaba hacia un desagüe. Apartó estas visiones, recluyéndolas en una cámara oscura y vacía de su mente, y adelantó la cabeza al agitar el alto agente la linterna junto a su ventanilla.

La Salida 18 estaba sólo a cinco kilómetros. Ahora sudaba él de impaciencia por llegar a casa. Le parecía que una enorme y cruel ráfaga de mala suerte le había tocado al pasar a toda velocidad; o tal vez no había pasado, sino que se había pegado a él como si fuese su epicentro. Dardos de luz alarmante se reflejaban en el espejo y le quemaban la cara. A paso de jumento, recorrió los cinco kilómetros hasta la salida.

Como hombre racional que era, Leo sabía que nada le había ocurrido a su esposa; comprendía que su miedo era producto de su trabajo en la fábrica de Woodville y del recordatorio de la muerte del hombre que había dejado atrás en la autopista. No era tan duro como había tenido que mostrarse en Woodville, y ahora su mente pagaba el precio de su dureza. Te librate de aquello, le decía su mente, pero no te librarás tan fácilmente de *esto*. Y a fin de cuentas, ¿no demostraban las noticias que acababa de oír que su estrategia había dado resultado? Su mente le castigaba por aquel triunfo.

Todo irá bien, todo irá bien; todo se arreglará.

De nuevo vio a los dos jóvenes, Washington y Thoro-good en el suelo de la cámara de cristal. Se apartó de la fila de coches al llegar a su salida, dio impulso a su «Corvette» en la bajada y fingió detenerse en la señal de Stop.

Leo rodó por las calles tranquilas de Hampstead. Brillaban luces en las grandes casas de madera; la vida cotidiana de familia proseguía. Un hombre paseaba a un perro; una mujer robusta, con traje deportivo, corría por Charleston Road. En su esquina, un adolescente de aire despistado estaba plantado en la orilla de la calle, mirando al cielo como para orientarse. Durante un segundo, menos de un segundo, Leo pensó que conocía a aquel chico; tenía los cabellos rubios, era tal vez más bien bajito y llevaba un jersey a rayas de rugby, con las mangas arremangadas sobre los delgados brazos. La luz de los faros le alcanzó, el muchacho saltó atrás, y Leo entró en Cannon Road.

En sus solares de 0,60 hectareas, las casas se sucedían cuesta arriba; se veía que eran buenas inversiones, aunque no tanto como las casas de Hermitage Avenue, más arriba; pero sus ventanas iluminadas daban testimonio de sólida opulencia. En este mundo, todos los niños eran rubios, todos los frigoríficos estaban llenos de agua mineral, y en todos los armarios había costosos zapatos de *jogging*, usados o por estrenar. Cuatro casas más arriba, Leo vio aparcado el coche de Stony en la senda de entrada. Después vio que todas las ventanas estaban a oscuras. El coche dejado fuera del garaje, las ventanas negras y vacías: Leo suspiró al ver estas primeras señales de desorden. Sintió frío en el cráneo. Entró y pasó por delante del coche de su esposa.

Al dirigirse a la puerta principal, se detuvo en el paseo enarenado y miró a su alrededor. El muchacho había desaparecido de la esquina de Charleston Road. Los grandes árboles se erguían en la oscuridad, donde se confundían en un solo árbol. Todo era silencio y sombra en aumento. Mr. Leo Friedgood vuelve a su hogar una tarde de sábado, después de una noble jornada de trabajo. Mr. Leo Friedgood vigila su hacienda. Sintió un peso en el pecho. Se volvió en redondo y se dirigió rápidamente a la puerta de entrada.

No estaba cerrada con llave. La casa estaba más oscura que el exterior, y Leo encendió la luz del vestíbulo.

—Stony.

Silencio.

—¿Stony?

Siguió andando, pensando todavía que habría una explicación satisfactoria, que habría salido a dar un paseo y habría ido a la casa contigua a tomar una copa. Pero Stony no solía hacer nada de esto, y menos por la noche. Leo encendió las luces del comedor y vio la mesa desnuda, con las sólidas sillas en su sitio.

—¿Stony?

La convicción de que había ocurrido algo terrible, iniciada al pasar por delante de los coches destrozados en la autopista, se fortaleció ahora de modo apremiante. Tenía miedo de entrar en la cocina.

*Muy bien. Pasemos a lo que interesa. ¿Qué ocurrió?* Esto lo había dicho junto a un montón de jaulas de monos malhumorados.

Abrió la puerta de la cocina.

Una habitación dentro de una habitación, una estructura como un cubo de cristal, un suelo embaldosado...

La muda presencia de la cocina económica y del frigorífico destacaba en la oscura pieza. El suelo de baldosas rojas era como un mar umbrío. Leo encendió la luz. Vio la botella de «Johnny Walker», la única cosa fuera de su sitio, junto al sumidero. Sus dedos tocaron ligeramente la botella y la empujaron hacia el rincón que formaba la tabla del fregadero con la pared.

Leo salió despacio de la cocina y volvió al comedor. Echó una mirada a la escalera y pasó al cuarto de estar. Había en él un par de canapés plateados, sillones con cojines y una mesa de vidrio mugriento, todos cuyos colores eran absorbidos por la luz de la luna que entraba a raudales por la ventana abierta. Un alto reloj desgranaba con fuerza su tictac en el rincón. Desde el momento de entrar se había dado cuenta de que la estancia estaba vacía. Sin embargo, encendió la lámpara más próxima, y la habitación cobró vida.

En una pequeña alcoba, al fondo del cuarto de estar, había un «cubil» con estantes de libros y una mesa. Un inquilino anterior había instalado en la alcoba unas luces que Leo no usaba nunca. Encendió la lámpara de encima de la mesa. Aparecieron diplomas en sendos marcos y una fotografía tomada cuando su ingreso en «Telpro», cerca de Red Buttons. Naturalmente, Stony no estaba en aquel rincón.

Leo volvió, indeciso, a la entrada. Miró escalera arriba. Llamó de nuevo a su esposa. Subió tres escalones, mirando a la oscuridad. Se enjugó las palmas de las manos en la pechera de la camisa. Después, agarrando el pasamano, subió hasta arriba y encendió la luz. La puerta de su dormitorio estaba cerrada.

Leo fue por el pasillo hasta la puerta y agarró el tirador de bronce. La habitación está vacía, se dijo. No ha pasado nada, todo está igual. Cuando abra la puerta, sabré que no ha pasado nada y que Stony estará de vuelta dentro de unos minutos. Hizo girar la manija y abrió la puerta. En cuanto se inclinó hacia delante y metió la cabeza en la habitación, percibió un denso olor a whisky. Los planos zapatos negros de Stony estaban tirados en el suelo junto a su ropa amontonada. Por último, Leo sintió al olor a sangre, que en realidad era muy fuerte en la habitación. Miró lo



que había sobre la cama y se encontró de nuevo en el descansillo del piso alto, sin darse cuenta de cómo había salido del dormitorio.

## 10

A las diez menos diez, las luces de dos coches de la Policía iluminaron las frondosas calles en dirección a Greenbank y el Sound. Terminada su columna, Sarah Spry salió por fin del edificio de *la Gazette*, sin saber que la primera página tendría que componerse de nuevo el domingo por la tarde. Richard Allbee dejó su periódico, se desnudó, se metió en la cama, tocó el hombro de Laura y vio que estaba temblando. Graham Williams oyó sonar las sirenas en la calle de detrás de su casa y se volvió en el lecho. Tabby Smithfield, todavía fuera de casa, vio pasar los coches y permaneció clavado en el césped delante de una casa desconocida de Cannon Road, incapaz de moverse porque un recuerdo largo tiempo olvidado había fijado sus pies en el suelo.

Patsy McCloud no oyó las sirenas ni vio los coches. Como hacía varias veces al año, su marido la estaba pegando en los brazos y los hombros y, cada tres o cuatro golpes, en la cara con la palma de la mano, y ella hacía demasiado ruido para oír otras cosas que no fuesen sus propios gritos. La paliza duró hasta que ella dejó de ofrecer resistencia y se limitó a protegerse la cabeza con los antebrazos levantados. Por último, los golpes no fueron más que una serie de palmadas.

—A veces me vuelves loco —dijo Les McCloud—. Por el amor de Dios, ve y lávate la cara.

## 11

Leo Friedgood, que estaba siendo todavía interrogado por la Policía, se perdió las noticias de las once. No le dejarían en paz hasta después del mediodía. Entonces tomaría una habitación en el «Colonial Motel» de Post Road y se echaría a dormir sin desnudarse, tan tranquilizado por el médico de la Policía que los ruidos de la discoteca del sótano del motel no turbarían su sueño. Pero, en el noticiario local, Ted Wise pronunció su discurso, y Pierce el suyo, y el famoso reportero se mantuvo elegantemente erguido al anunciar que todas las agencias habían atribuido la muerte de los dos operarios a los vapores de monóxido de carbono expulsados por un horno defectuoso. El famoso reportero no dejó de recordar a su auditorio un accidente parecido ocurrido en el Bronx cuatro meses antes.

La edición dominical del New York Times insertó un largo artículo necrológico sobre el doctor Otto Bruckner. Contenía anécdotas sobre su modestia y su carácter distraído, una lista de sus galardones y una justa afirmación del sitio que ocupaba en

el desarrollo de la bioquímica moderna. Después de muerto, el doctor Bruckner era tratado con justicia por el Times, lo cual quiere decir que le otorgaba más categoría de la que él mismo se habría atribuido. El obituario no mencionaba sus trabajos con el DRG.

Tampoco comentó el *Times* del domingo el asesinato de Stony Baxter Friedgood. Y el del lunes sólo publicó un breve artículo. Pero Stony no sería olvidada en la muerte. Su fotografía aparecería cuatro veces en el periódico, la primera en una hilera de fotos orladas de negro. En trece semanas, o sea lo que quedaba del mes de mayo y la totalidad de junio y julio, otras ocho personas fueron asesinadas como Stony. Después de esto, las noticias procedentes de este sector del Condado Patchin fueron confusas y poco dignas de confianza.

## DOS: LOS ALLBEE

### 1

Para Richard Allbee, la primera conmoción real provocada por el regreso a su país natal tuvo lugar a hora avanzada de la noche en la suite de hotel que ocupaba con Laura, en espera de poder disponer de la casa de Fairytale Lane. El traslado de casa puede situarse detrás del divorcio y de la muerte de la esposa en la lista de factores productores de angustia, y Richard no había podido dormir; tenía la impresión de que acababa de cometer el mayor disparate de su vida. Se había dirigido nerviosamente al cuarto de estar, conectado la televisión y enfrentado —de la manera más concreta posible— con su propio pasado.

*Papá está aquí* era televisado por una emisora independiente, corno lo era todas las noches a las 12:30 en Nueva York. En casi todas las ciudades importantes norteamericanas, la vieja serie era transmitida una vez al día por uno de los canales menos distinguidos y ofrecía su deformada visión de la vida familiar a las personas lo bastante desveladas para observar la televisión después de medianoche o antes de las seis de la mañana. *Papá está aquí* era el pan de cada día, material obligado de las programaciones más suaves, pero Richard no lo había visto desde los tiempos en que se había emitido por primera vez.

Era curioso y divertido que una serie de casi treinta años tuviese todavía vida en Londres, aunque nadie lo había visto y el programa era objeto de chanzas en las reuniones. «Mi persona de cuando tenía diez años todavía se mantiene firme. Y, lo que es más, todavía cobra.» El chico de diez años tuvo un buen abogado. Esto era más cierto de lo que había pensado entonces: junto con Cáster Oldfield, el otro único actor principal todavía vivo, y la estrella de la serie, Richard recibía un cheque todos los meses. El excelente abogado había sido el de Cáster Oldfield, y había persuadido a los padres de Richard de que aceptasen un salario más bajo a cambio de una renta, aunque no había esperado que durase toda la vida. «Allí nadie sabe cuánto tiempo van a trabajar; por consiguiente, una renta es más conveniente para el chico», había sido el convincente argumento. *Renta* era una palabra mágica de Mrs. Mary Allbee. Los otros dos protagonistas habían rechazado la sugerencia, pero Richard había empezado a recibir cheques diez años después de la terminación de la serie; él tenía entonces veinticuatro años, y el dinero inesperado le daba una libertad de la que estaba muy necesitado. Llegaba todos los meses y era suficiente para mantener a flote a una joven pareja en los primeros tiempos de su matrimonio. Richard había asistido a la escuela de arquitectura y trabajaba dos años en la oficina de un arquitecto; se

había trasladado a Londres y tratado de escribir una novela, y, por fin, había encontrado el trabajo que le satisfacía más. Desde hacía tres años, los cheques mensuales habían sido invertidos, no gastados; habían dado a los Allbee siete años de vagabundeo sin indebidas preocupaciones, y después de que Richard y Laura se estableciesen en Kensington, los cheques habían sido casi un engorro, como un hábito de juventud aún no superado. Richard tenía un trabajo, Laura era directora de una revista femenina, y el rectángulo verde que significaba que *Papá está aquí* iba por su enésimo año en Cleveland y en Little Rock, ingresaba en el «Lloyd's Bank» y se multiplicaba poco a poco.

El valor de seis años de episodios, más de doscientos, de los cuales giraban alrededor de los Estados Unidos y mostraban al laborioso Richard Allbee desde los ocho a los catorce años, viviendo una juventud muy diferente de la suya real. En el mundo de *Papá está aquí* no había problema que no fuese divertido y no pudiese ser resuelto por Ted Jameson —Carter Oldfield— en media hora. No había crímenes, ni muerte, ni enfermedades, ni pobreza, ni alcoholismo: los problemas se referían al trabajo de la casa, a las amiguitas y a los regalos de cumpleaños.

Con una especie de temor fascinado, Richard se sentó en el rígido diván de la suite y se observó en sus actitudes de profesional.

Se había perdido los primeros cinco o seis minutos, y también, gracias a Dios, el *latiguillo*. El *latiguillo*, frase que el personaje encarnado por él, Spunky Jameson, pronunciaba en tres programas de cada cinco, hacía que llegasen al estudio sacos llenos de golosinas que habían llegado a ser una pejuguera; a los catorce años, las había aborrecido, y ahora todavía le disgustaban. Las imágenes en blanco y negro de su pasado le ahorran al menos esto. Los Jameson estaban sentados alrededor de la mesa en su cocina de madera de pino y de fórmica, y la adorable Ruth Branden —Grace Jameson— estaba en un apuro porque había abollado el parachoques del coche familiar. Quería hacerlo reparar antes de decírselo a Ted. Aturrullada, echaba sal en el café de Ted y azúcar en el asado. Ted probaba el café, bizqueaba y ponía una cara extraña. «¡Eh! ¿Qué te pasa, papá?», preguntaba David Jameson, interpretado por Billy Bently.

«Este café no sabe bien —decía Carter Oldfield, rezumando amabilidad y sabiduría, y también un desconcierto momentáneo—. ¿Has cambiado de marca, querida?»

El pequeño Richard Allbee reía entre dientes, porque sabía lo de la abolladura del parachoques.

Todo marchó más o menos por este estilo durante seis años.

Richard no podía dejar de pensar en sus destinos, en lo que les había ocurrido a los cuatro. Ninguno de los otros tres se había hecho famoso en el cine, cosa que, en diferente grado, habían deseado. Ruth Branden, mujer hermosa, el intérprete más profesional de la serie, había contraído un cáncer de pecho un año después de terminar la serie; mientras trabajaba en otro programa, se había desmayado, y los médicos descubrieron la existencia de metástasis en los órganos internos. Murió a los tres meses. Carter Oldfield era el único de aquel reparto que todavía trabajaba en la Televisión; su aureola de amable sabiduría no se había extinguido, a pesar de las

crisis de depresión y de la afición a la bebida de Oldfield. Éste había pasado de *Papá está aquí* a otra larga serie sobre un bufete de abogado en una pequeña población del Medio Oeste. Ahora aparecía en continuos anuncios de una marca de zumo de naranja, «el zumo que despierta el cuerpo». Sus cabellos habían pasado del castaño oscuro al gris plateado, pero todavía conservaba su apariencia. En realidad, la edad le había mejorado: ahora parecía una mezcla de James Stewart y Melvin Douglas. Richard sonrió, recordando las muchas escenas en que Cáster Oldfield no había sacado las manos de los bolsillos, porque temblaban más que las hojas de los álamos. Sin embargo, había sobrevivido, y Richard no podía pensar en él sin afecto. No era el amor con que recordaba a Ruth Branden, pero el hombre era mucho mejor actor de lo que reconocía la gente; tenía un repertorio limitado, pero lo representaba magníficamente.

En cambio, Billy Bentley... Su recuerdo era doloroso, incluso más que ver de nuevo a Ruth Branden. En los días de *Papá está aquí*, Richard Allbee era un niño sin padre, sin hermanos ni hermanas; por lo visto, su padre había desaparecido a los pocos días de llegar el bebé del hospital. Richard había idolatrado a Billy Bentley. Tenía algo de James Dean, algo sensible y rebelde. Dos años mayor que Richard, parecía tener cinco más que éste, con su cara grande y morena y un mechón de cabellos cayendo sobre su frente. Billy era un gran bailarín, aunque sin escuela, y tenía un talento incipiente pero real para la música. Billy bebía cerveza, fumaba cigarrillos, circulaba con coche propio por el recinto del estudio y lanzaba cómicos piropos a las chicas. A los doce y a los catorce años, era inocentemente salvaje. Las drogas le arruinaron. Y arruinaron también a *Papá está aquí*. En una esquina del sector oeste de Los Ángeles, había tratado de comprar dos bolsitas de heroína a un detective de narcóticos; tenía entonces diecisiete años y parecía tener veinticinco. La publicidad dio al traste con la serie, y también con Billy Bentley. Billy había estado dos años en instituciones penales, en su ausencia, había sido como una importante factura sin pagar, como un culpable e inquietante centro de atención. Había escrito tres veces a su «hermano». *¿Todavía sigues prosperando, Spunky? Aquí tenemos toda la élite de los jóvenes drogadictos, pero la vida no es muy mala, Spunks, no es muy mala. Todavía no estamos acabados.* Durante su segundo año en la escuela superior, Richard leyó que Billy, a la sazón de veinticuatro años, había sido detenido de nuevo por una cuestión de drogas. Todavía era *Billy Bentley, actor y antigua estrella infantil de «Papá está aquí»*. Cuatro años después, ya en la calle, telefoneó a Richard en Nueva York: quería hacer una película sobre los drogadictos y estaba buscando dinero. Richard le envió dos mil dólares a pesar de la oposición de Laura. Lo más probable era que fuesen a parar a los brazos de Billy en forma de inyecciones.

A Richard no le había importado; pensaba que era lo menos que podía hacer por él. Había querido a Billy, le había querido como si hubiese sido un verdadero hermano. Pero se había negado a trabajar con él.

Esto había sido en París, donde Richard y Laura habían vivido seis meses. Billy había llamado en mitad de la noche, para exponerle una idea que podía ser su resurrección. «Mira, chico, ahora se han puesto de moda esos teatros donde también se cena, en toda la Costa Este. Nosotros somos del país. Se nos disputarán. Sólo

tenemos que encontrar la obra adecuada, y asunto concluido.» Richard pensó ahora en la última vez que había visto a Billy: había mirado por una ventana de «Horn and Hardart's», en la Calle 42 Este, y le había visto sentado a una mesa; todavía tenía la cara llena y morena, pero toda la inocencia había desaparecido de ella. Llevaba la ropa propia del vagabundo urbano: jeans de pana y una chaqueta del Ejército de Salvación demasiado grande para él. Tenía la cara como picada de viruelas, llena de pequeñas y oscuras cicatrices. Sentado a la mesa de «Horn and Hardart's», parecía un tipo peligroso, de los que huyen de la luz del día.

—¿Estás limpio ahora? —le preguntó Richard.

—No seas latoso. Ahora sigo el programa de la metadona. Puedo dejarlo cuando quiera. Estoy dispuesto a trabajar, Spunks. Hagamos algo juntos. La gente quiere ver de nuevo todas aquellas piezas viejas.

Richard le había dicho que no, y casi le había parecido otra traición. Durante su segundo año en Londres, recibió otra llamada a medianoche: Billy seguía pensando en el teatro con cena.

—Billy —le había dicho Richard—, yo fui actor porque mi madre quería ver la huellas de mis pies delante del «Teatro Chino». Fue divertido, pero esto terminó para mí. Lo siento.

—Te necesito, hombre —le había dicho Billy.

—Te enviaré algún dinero —había dicho Richard—. Es cuanto puedo hacer.

—No es cuestión de dinero, Spunks —había dicho Billy, colgando antes de que Richard pudiese pedirle su dirección.

Poco después, Richard leyó la noticia de su muerte en Newsweek. Le habían matado a tiros en lo que el periódico llamaba «un altercado por cuestión de drogas».

Richard pensó en todo esto mientras observaba los inofesivos veinte minutos de *Papá está aquí*. Sabía que, por «Billy no era nada tuyo, zoquete. Tú no arruinaste su vida; lo hizo él.» Esto era verdad, pero Laura no había oído aquel «te necesito» murmurado a media voz por Billy Bentley, ni le había respondido ofreciéndole dinero. Lo siento, Billy, ahora no puedo salvarte la vida, ¿qué te parece un bonito cheque a cambio?

Bien venido a casa, Richard.

## 2

Debió de ser por la casualidad de ver inesperadamente cómo eran él y Billy Bentley cuando niños, por lo que Richard soñó que volvía a la sería, la segunda noche de su estancia en Hampstead. Richard y Laura pasaron el domingo sacando su ropa de las maletas; sólo la de verano, toda la demás podía esperar hasta que tuviesen su propia casa. La de Fairytale Lane era suya sólo por dos meses. Y ya habían comprendido que eso era una suerte. Incluso ahora, Hampstead era muy húmeda, y la casa alquilada no tenía aire acondicionado: el ventilador del techo refrescaba el suelo del dormitorio, pero hacía tanto ruido como el motor de un avión

a reacción. La enorme chimenea del cuarto de estar, aunque impoluta, apestaba a ceniza. La cocina era diminuta. Lo que habría podido ser un sitio útil debajo de algunos armarios superiores estaba ocupado por un hornillo de microondas, el primero que veían los Allbee. Los cuatro dormitorios eran pequeños y oscuros, y la escalera, peligrosamente empinada. Si él se movía sobre la calentada cama de agua, la onda resultante amenazaba con arrojar a Laura al suelo. En el exiguo comedor, una gran mancha de humedad anunciaba que el lecho caería un día sobre la mesa. La instalación eléctrica, según la experta opinión de Richard, había sido realizada antes de la Segunda Guerra Mundial. Un tercio de los marcos de las ventanas estaba carcomido, y su pintura desconchada. En resumidas cuentas, la casa era un buen candidato a los servicios profesionales de Richard. Sabía restaurar esas arruinadas bellezas.

Había trabajado en una docena de casas grandes en Londres, empezando por la suya, y se había ganado una reputación basada en el cuidado, la exactitud y el trabajo duro. Le satisfacía devolver la vida a aquellas estructuras victorianas y eduardianas. Su trabajo revelaba que el hombre que lo hacía sabía dónde estaba la belleza de las casas y la manera de hacer que brillasen de nuevo. Richard se había enpenado en estudiar los edificios que una generación anterior había rechazado como monstruosidades, y en poco tiempo, guiado por un instinto que él mismo ignoraba, había aprendido sus secretos. En pocos años, había adquirido incluso cierta fama; dos revistas habían publicado artículos sobre sus casas, y había recibido más ofertas de trabajo de las que podía aceptar. Y esperaba que esto ocurriese también en América. Dos parejas, una de Rhode Island y la otra de Hillhaven, habían contratado ya sus servicios. Estos encargos... y el próximo nacimiento de su hijo lo habían impulsado a volver a América. Su hijo —o hija— sería americano y hablaría como tal. Antes de engendrarlo, no se había imaginado que esto fuese importante, pero lo era. El hijo suyo y de Laura no tendría el acento de Kensington, sino el de Connecticut, donde habían nacido los padres de él y los de Laura, donde también había nacido Laura y él, el mismo día, pero con un año de diferencia, Richard pensaba también que era más fácil matricular a *Bulto* —único nombre que le daban entonces— en una escuela del Condado de Patchin, que enviarlo —o enviarla— a un colegio de Londres.

¿Él? ¿Ella? Richard estaba convencido, aunque no lo decía, de que sería una niña, y le gustaba este convencimiento. Se alegraba de que su primer retoño con Laura fuese una niña, la parte de ellos que entraría en el futuro. Estaba seguro: un buen sueño, antes de pasar al malo.

Poco antes de que llegasen los de la agencia de mudanzas, cuando la casa de Londres podía aún reconocerse, Richard había soñado que paseaba por los jardines de Kensington. Era un día de cinco o seis años en el futuro. La luz que caía sobre el adorable y amplio césped era de un sol que aún estaba lejos en el espacio; las hierbas y las flores eran las nietas de las hierbas y flores que conocía él. Los árboles eran ligeros pero visiblemente más altos. Este ambiente de futuro alcanzaba a Richard, que en el sueño pesaba un poco más de sus setenta kilos actuales. Una criaturita tiraba de su mano. Llevaba a su futuro nietecito a jugar en un parque futuro, y esto estaba

bien. El Richard del sueño no se atrevía a mirar a la criatura, por miedo de llorar de gozo. *Bulto* tiraba de él hacia el Round Pond, y él se lo permitía, momentáneamente extasiado en una dicha sencilla y tranquila. Por fin, miraba hacia abajo. Era una niña menuda y vibrante, con los lisos cabellos rojizos de Laura. Llevaba un vestidito estampado y unos zapatos negros infantiles. El pecho de Richard estallaba de orgullo y de amor, y, abrumado por la fuerza de estas emociones y de su explosivo sentimiento, Richard se despertó. La había visto, y era perfecta. El tranquilo esplendor de este sueño le embargó durante días.

Pero no dijo a Laura que había visto a su hija en sueños.

Tampoco le habló de su otro sueño. Los maridos y las esposas se reparten las responsabilidades psíquicas, y era deber de Richard representar el lado optimista del forzado movimiento; sólo Laura podía expresar los temores y la dudas de los dos.

Por consiguiente, fue Laura quien preguntó:

—¿Crees que esto dará resultado?

Aquel primer domingo estaban dando un paseo, adentrándose en territorio desconocido. Habían bajado hasta el empinado extremo de Fairytale Lane y cruzado un puente y dejado atrás unos enormes árboles por los que trepaba las enredaderas, brevemente acompañados de un amistoso grupo de perros ruidosos. Todas las casas parecían enormes, separadas por grandes distancias. Una sierra mecánica roncaba y escupía detrás de una cortina de árboles.

—Claro que sí —dijo él, rodeando sus hombros con un brazo—. Puede ser un poco duro al principio, pero aquí va a ocurrirnos cosas buenas. Tengo ya dos clientes. Es un huen comienzo.

—Estoy impresionada —dijo Laura.

—Nos criamos aquí —observó Richard.

—Tú te criaste en Los Ángeles. Y yo en Chicago. Todo este Estado parece igual que Lake Forest.

—No puede ser tan malo. —Captó un destello en los ojos de ella y dijo—: Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Los dos habían nacido aquí, pero era un lugar extraño para ellos: el padre de Laura había sido trasladado a Illinois, y ella se había criado en una casa de ciudad parecida a la que habían tenido en Londres; él se había criado en una serie de apartamentos y de casitas de alquiler. Su primera casa había sido la que había comprado con Laura, estaban acostumbrados a las terrazas —casas en hilera— y las tiendas lo bastante próximas para ir andando a ellas; Miaban acostumbrados al tránsito rodado, a los pubs y a los parques. Hampstead, que no era ciudad ni pueblo, tenía una calidad disociada, irreal. El nombre les hacía evocar a los dos imágenes de «El Cine de Todos» y de «Holly Hill», la serena casa blanca y los paseos enladrillados de Galsworthy.

—Creo que tardaremos un año o dos —dijo él—, pero que acabaremos por adaptarnos a este extraño lugar.

—Yo no sé si deseo adaptarme —dijo Laura, y él la aplaudió en silencio.



En este momento, un grupo de hombres con shorts y camisetas manchadas de sudor doblaron una esquina y trotaron en dirección a ellos. «¡Eh!», gritó el que iba delante, un vikingo de cabellos largos y oscilante barba rubia. Richard, que llevaba chaqueta de *tweed* y corbata, se sintió de pronto demasiado vestido para esta soleada mañana de mayo.

Una de las cosas que aún no habían advertido era que el Condado de Patchin era un lugar muy saludable. No sólo bajaban los corredores a todas horas por Fairytale Lane sino que las lujosas tiendas de comestibles estaban llenas de gente que iba o volvía de partidos de tenis. El draugstore local tenía una asombrosa variedad de cigarrillos, pero él había sido la única persona que había comprado.

Desde luego, aquello producía un choque cultural. Cuando Laura entró en la tienda de comestibles, todos los parroquianos parecían exhibir modelos de prendas de tenis. La mayoría de los cereales para el desayuno estaban recubiertos de azúcar, Y los desconocidos le hablaban a uno con asombrosa franqueza.

—Mi hermana murió —dijo a Laura una mujer que estaba tomando un yogur helado—. Simplemente, cayó al suelo y se murió, y naturalmente, su marido no había cambiado unos pañales en su vida.

—¡Qué vergüenza! —respondió Laura, retirándose rápidamente.

Los hombres, como el corredor vikingo, le miraban a uno a los ojos y sonreían, mostrando un millón de dientes blancos, como deseosos de hablar. Y había una presunción de intimidad en aquella mirada alegre y como achispada.

Ya se acostumbrarían a estas cosas —por lo demás sin importancia—, puesto que no tenían remedio. Y Richard sabía que sus primeros días en América tenían que ser particularmente tensos, porque se suponía que todo lo de aquí debía parecerles normal. Y esperaban que así fuese.

Los Allbee se acostaron temprano aquella noche. Mientras leían sus libros, se daban de vez en cuando golpecitos en los muslos, caricia llena de simpática ternura marital. Ocasionalmente, Laura sonreía para sí cuando sentía moverse el niño, cosa que éste sólo había empezado a hacer recientemente. Esta noche estaba muy activo, y ella quería que Richard sintiese sus cabriolas. Este se durmió con la mano apoyada en el hinchado vientre.

A veces, por la noche, soñaba él que volvía a estar en el escenario de *Papá está aquí*.

Pero no era el niño de diez años, sino el hombre de treinta y seis. Recitaba *el latiguillo*. Billy Bentley, también adulto, sonreía afectuosamente, con su cara sombría y llena de hoyos. «Esta noche no, querido —decía Ruth Branden, entrando en el escenario por la puerta de la cocina— ¿No te acuerdas? Ha habido un terrible asesinato. Algo espantoso. No pude hacer pasteles, pensando en esto.»

«Oh, claro, mamá —decía él—. Ahora me acuerdo. Los pasteles serían una mala idea.»

«Ole, ole, ole —decía Billy Bentley—. Hay un terrible asesino y te va a pillar.»

¿Un episodio sobre un asesino? Sin duda era un error, Los directores no lo habrían permitido...

«Te atacará saliendo del armario —decía Billy Bentley, haciendo una mueca—. Se abrirá la puerta poco a poco y él se deslizará hacia ti, pequeño.»

«Basta, David —decía Ruth Branden—. Esto no está bien.»

«Huy-huy —gemía Billy, con voz de ultratumba, y después cambiaba de tono—. ¿Qué clase de basura tenemos esta noche para comer, mamaíta?»

«Carne picada —decía Ruth, con voz indiferente—. Ojalá vuelva pronto vuestro padre. Este suceso me tiene muy preocupada.»

«Últimamente, papá está un poco raro —decía Billy—. El viejo necesita que le sacudan. Creo que el doctor Fellgood debería darle una de sus pildoras. Tendremos suerte si termina bien la temporada.»

«No quiero que digas estas cosas de tu padre», decía Ruth Branden, siempre fiel a su personaje.

Por fin, Richard advertía que no se hallaban en el plató. Estaban comiendo en el diminuto comedor. No había cámaras ni montones de gente del estudio atisbando.

«Sí, mamá», decía él.

«Ahora quiero que vayáis a vuestra habitación —decía Ruth—. Cerrad la puerta. Y aseguraos de que las ventanas están también cerradas.»

«Esto no es...»

«¡Id arriba! —gritaba Ruth Branden, y, por un segundo, su rostro aparecía arrugado y contraído—. ¡Subid y cerrad la puerta si queréis seguir viviendo!»

La habitación tenía cuatro paredes, pero, de algún modo, la cámara las abarcaba todas. «Escena Segunda —gritaba una voz—. Cada cual a su sitio.»

Estaba en la habitación; en pijama; de noche. Modelos de aeroplanos cubrían la mesa; un gallardete del colegio estaba clavado en la pared encima de la cama. ARHOOLIE. (¿Arhoolie?) Era la habitación del plató, y él era realmente Spunky Jameson, pues volvía a tener diez años. Un par de esquís estaban apoyados en la pared junto al armario. Una raqueta de tenis en su funda con cremallera. Los trastos infantiles de siempre. Se tocó la cara y pasó la mano sobre los cabellos cortos. Sí, todo estaba bien.

Sabía lo que decía el guión. Spunky *se acerca a la ventana, mira ansiosamente al exterior, se vuelve a David*. Richard se acercó a la ventana. Recordaba esta vista. La pared posterior del estudio, cuarto sin usar, cuerdas colgantes. Miró al exterior. No era la vista del estudio, sino una calle, césped, la valla de un vecino. A la luz de la luna, las farolas se deslizaban por Maple Lane, una calle que nunca había existido. Pasaba un «Chevrolet 1958», con los faros trazando líneas de asfalto en la negruzca calzada.

Él se volvía en redondo, seca la boca. «¡Eh!», decía.

Spunky: ¡Eh!

Laura yacía dormida en la cama de agua, esparcidos los cabellos sobre la almohada. Bill Bentley, con la cara apenas visible en la oscuridad, yacía junto a ella, y le guiñaba un ojo. Richard sabía que Billy estaba desnudo debajo de la sábana.

«Ole, ole, ole —decía Billy, con voz diabólica—. Va a ocurrirte algo horrible.»

LA PUERTA DE LA ENTRADA SE CIERRA DE GOLPE.

La puerta de la entrada se cerró de golpe.

David: Adivina quién es, hermanito.

«Adivina quién es, hermanito —decía Billy—. ¿Seguro que han cerrado la puerta?»

«Adivina quién es, hermanito —decía Billy—. ¿Seguro que has cerrado la cama con Laura.» Había una atmósfera inconfundible de satisfacción sexual, Laura respiraba pausadamente entre los laxos, hermosos e inconscientes labios. «¡Vaya mujer tienes aquí!», decía Billy, y Richard, embargado por un resentimiento lacerante, sentía su impotencia ante el cuerpo adulto de Billy Bentley. «Esa mujer tiene de todo, si es que me entiendes.» La mano plana de Billy, negra en la oscura habitación, frotaba las nalgas de Laura por encima de la sábana. «Pero permite que te diga que ahora tienes otro problema, Spunks. A fin de cuentas, no estoy seguro de que cerrases la puerta.»

«¿La puerta?»

«La puerta del dormitorio, Spunks. El *malo* viene para acá.»

Richard podía oír ruidos terribles en la planta baja. Un objeto pesado cayó al suelo, acompañado del sonido de cristales y porcelana rotos. Ruth Branden chilló. Ahora se oía un fuerte ruido destructor, como de un hacha golpeando madera. Ruth chilló de nuevo. Se oyó una nueva serie de fuertes golpes, y Ruth dejó bruscamente de chillar.

«Será mejor que te muevas», dijo Billy.

Alguien gritaba abajo.

Richard se acercó a la puerta y apretó el botón del tirador.

«Parece que perdió los estribos cuando vio la abolladura en el parachoques.» Billy seguía sonriéndole y frotando las nalgas de Laura. «El viejo papá se ha puesto furioso, diría yo.»

CRUJE LA PUERTA DEL DORMITORIO.

La puerta cerrada crujió al ser empujada. La persona que estaba al otro lado llamó una vez, dos veces. «¿Spunky? ¡Eh, Spunky! Ábreme, ¿quieres?» Era la voz expresiva de Cáster Oldfield, pero la famosa voz parecía ronca y jadeante. «Yo pagué esta casa, y es mía. Ábreme, truhán.» La famosa voz parecía también la de un borracho; Richard había oído otras veces su tono pastoso.

«Vete», respondió él, y Billy Bentley rió en la cama.

«No me digas que me vaya —rugió Cáster Oldfield—. Tenemos que hablar de algo.»

El hacha empezó a golpear la puerta, astillando la madera.

Richard se estremeció y se despertó, palpitándole con fuerza el corazón. El reloj digital de la mesita de noche marcaba las cuatro y cuatro minutos. Laura rebulló en sueños, molesta por el ruido hecho por Richard al despertarse.

El papel rayado de la pared, que él nunca habría elegido, brilló un momento a la luz de los faros de un coche que pasaba por la calle.

El lunes por la mañana, los Allbee fueron a ver a la agente de la propiedad inmobiliaria, Ronnie Riggley, en su oficina situada en uno de los centros comerciales de Post Road, era una californiana alta y resuelta, de risa fácil y brillantes cabellos de platino. Tenía la gracia y la confianza física que las antiguas atletas suelen conservar durante toda su vida, y Richard presumió que había sido una buena nadadora o buceadora en la escuela superior del Condado de Marin. Cuando los Allbee, dos inocentes legos, habían llegado la primavera anterior en busca de alguna vivienda para alquilar, Ronnie les había tomado de la mano. A pesar de sus defectos, la casa de Fairytale Lane había sido la más adecuada de todas las que habían visitado aquella primavera. Ronnie les había tratado lealmente, incluso desaconsejándoles viviendas menos adecuadas y más caras. Y a ellos les había gustado: hacía que el fatigoso asunto de la busca de una casa fuese más divertido de lo que hubiese cabido imaginar.

—Vamos a empezar el recorrido. —Ronnie levantó un fajo de papeles correspondientes a otras tantas casas—. Veremos tres esta mañana, tomaremos un buen almuerzo en alguna parte, y visitaremos otras dos por la tarde. Quiero que se hagan una idea de lo que hay disponible dentro de lo que ustedes piensan pagar.

Subieron a su coche, un «Datsun» azul con placas de matrícula de RONNIE.

—Confío en que duerman bien —dijo ella—. A veces es difícil, en un sitio desacostumbrado.

—No muy bien —dijo Laura, desde el asiento de atrás—. Tengo la impresión de estar chapoteando en la cama.

Ronnie soltó una carcajada.

—¡Claro! Lo había olvidado... Esa casa tiene una cama de colchón de agua. Pero, ¿no cree que se acostumbrará a ella?

—Yo prefiero no acostumbrarme —dijo Richard—. El *surfing* es una cosa, y dormir es otra muy distinta. No creo que puedan coincidir las dos.

Cogió la primera hoja de papel del montón colocado entre él y Ronnie.

—¿Es ahí donde vamos primero?

Ronnie asintió con la cabeza.

—Oiga, tal vez sea una tontería que le pida esto, pero no puedo resistirme a hacerlo. ¿Podría..., quiero decir, le importaría decir aquello para mí? Ya sabe a qué me refiero.

Quería que dijese *su latiguillo*. Miró a Laura, que le sonreía maliciosamente desde el asiento de atrás.

—¿O quizá no le gusta que se lo pidan?

—Nadie me lo había pedido desde hace al menos diez años. Está bien. «Mamaíta, ¡quiero todo un plato de bollos!»

Las dos mujeres rieron.

—Bueno, mi voz ha cambiado un poco.

—No ha estado tan mal, ¿verdad, querida? —preguntó Laura.

—¿No tan mal? Ha estado maravilloso —dijo Ronnie—. Tenía que pedírselo..., no podía creer que fuese usted. Le dije a mi amigo, ya saben, Bobo, el policía, que iba a mostrarles unas casas, y Bobo me dijo: pídele que diga aquello. A veces, cuando Bobo tiene servicio de las ocho a las doce, vemos su programa cuando él vuelve. Ya sabe que lo dan casi todas las noches. Me parece estupendo que hayan vuelto ustedes a Hampstead.

—En realidad, apenas sí conocemos el sitio —dijo Richard—. Los dos éramos muy pequeños cuando salimos de aquí.

—¡Oh!, les encantará; aquí siempre pasa algo. Cuando dimos nuestra gran fiesta para los clientes, la pasada Navidad, Jane Frobisher, que trabaja conmigo, se dirigió a una pareja a la que yo acababa de vender una casa y dijo: «¿Acaban ustedes de venir a Hampstead? ¡Son demasiado jóvenes para divorciarse!»

»Oh, a propósito, ¿se han enterado ya del asesinato? —siguió diciendo Ronnie, interrumpiendo las risas de los otros—. Bobo me lo contó. Ocurrió el sábado por la noche, y cuando Bobo volvió a jefatura después del terrible accidente de la autopista, todo el mundo hablaba de ello. No me gusta hablar sobre el precio del pecado y todas esas cosas, pero sospecho que la dama recibió su merecido de manos de Mr. Goodbar mientras su esposo estaba fuera trabajando.

Ésta fue la primera noticia que tuvieron los Allbee de Stony Friedgood.

—Así, habrá otra casa en venta en Hampstead —dijo Richard.

—¡Oh! No es para ustedes —dijo rápidamente Ronnie—. Conozco la casa. No les conviene.

#### 4

Aunque, durante el almuerzo en el mismo restaurante francés que tanto había gustado a Clark y Jean Smithfield, entró quizá Ronnie Riggley en demasiados detalles sobre la muerte de Stony Friedgood; aunque estas circunstancias recordaron súbitamente a Richard Allbee su pesadilla sobre un Cáster Oldfield enloquecido, golpeando con un hacha la puerta de un dormitorio; aunque ninguna de las casas que habían visitado les había convenido —las que estaban dentro de su alcance necesitaban tantas reparaciones que Richard hubiese tenido que desatender a sus clientes— y las tres tendían a confundirse después de un «Martini» helado y de un vaso de excelente vino de la casa, y aunque el almuerzo que compartieron las tres buenas y amables personas estuvo un tanto ensombrecido por cuestiones que aún no podían comprender y por problemas más mundanos, a pesar de todo esto empezó a iniciarse entre ellos una buena amistad. Richard contó incluso unas cuantas anécdotas gastadas sobre las rabietas de Cáster Olfield en el plato de *Papá está aquí*. Laura describió con añoranza la casa de Kensington (lo cual dio a Ronnie algunas ideas muy concretas sobre lo que debía mostrar a los Allbee). Ronnie les hizo concebir la esperanza de que la vida en el Condado de Patchin podía ser satisfactoria, interesante e incluso divertida; sentada delante de ellos, con su sonrisa, sus hombros

de nadadora y su brillante casquete de cabellos, era como una señal indicadora hacia un futuro donde las cosas que les ensombrecían podían perder todo su peso. Incluso les ofreció un inicio de vida social al decir que podrían ir todos a cenar con Bobo alguna noche de la próxima semana.

—Entonces conocerán realmente las interioridades de Hampstead —dijo Ronnie—. Bobo lo conoce todo. Y además es un gran chico. Bueno, a mí me lo parece, porque estoy enamorada de él.

Y dio a Laura el nombre de un buen médico.

—Todo el mundo acude al doctor Van Horne —dijo—. Es el mejor ginecólogo de la ciudad. Es sumamente sensible, condición que le parecería muy especial si hubiese conocido a algunos de los patanes a quienes confié mi vida antes de pasarme a él. La tratará como a una reina, y también le recomendará una buena comadrona.

—Bultito. Me parece muy graciosa. Bultito Allbee, el bebé más sano del país.

Laura sacó una libreta del bolso y escribió: Doctor Wren van Horne, GIN.

## TRES: GRAHAM

### 1

El instinto me dice que ha llegado el momento de desprenderme de la capa del endiosado narrador que sabe todo lo que hacen y piensan sus personajes en todo momento, y que adopta una actitud imparcial a su respecto. Esta postura se me ha escapado ya, sobre todo cuando hablé de mí mismo. Soy yo, Graham Williams, quien escribe este relato. Llamadme Graham. No, será mejor que no lo hagáis. Llamadme Mr. Williams. So pena que estéis a menos de una década de mi propia edad, que es de setenta y seis años. He sobrevivido a todos los médicos que me advertían que el tabaco y la bebida me llevaban a una muerte prematura, y soy un viejo chiflado. Tengo criterios fijos y mis tripas siguen funcionando bien. Conservo doce dientes naturales, lo cual no es poco, y los demás postizos y muy caros. He escrito trece novelas, sólo tres de ellas porquerías, unas concienzudas memorias atormentadoras de mis años de alcohólico, y siete guiones. Al menos uno de éstos parece todavía bastante atractivo cuando dan la película por la tele. Fue protagonizada por Mary Astor, con Gary Cooper y James Cagney como amante y marido, respectivamente. Soy un fracasado y un cobarde. De joven, aprendí a burlar a mis enemigos noqueándome yo mismo antes de que ellos tuviesen oportunidad de hacerlo.

Desde luego, actualmente no tengo ya enemigos dignos de mención, lo cual es una vergüenza. Todas las pendencias son historia pasada cuando mueren los enemigos. Nadie se preocupa ya de ellos, y si les hablas a un grupo de muchachos de los tiempos en que te enfrentaste con algún craso y estúpido semidiós de los estudios, te miran con indiferencia. Igual podrías hablarles de los hombres de las cavernas o de tigres prehistóricos. Incluso aquella sudorosa comadreja que amargó mi vida, el joven senador por Wis-consin, aquel incordio de Joe, murió hace ya tiempo, igual que la mayoría de las otras comadreas de «HUAC». Sterling Hayden sí que era un hombre. Con él se podía hablar. La razón de que salga de mi escondite y hable francamente es que viví todo lo que sucedió en el bajo Condado de Patchin, y el libro que estaba escribiendo entonces se ha convertido en éste. Lo que no sabía tenía que inventarlo, pero todo pudo ocurrir, y tal vez ocurrió, tal como yo lo escribí. Tenía los ojos abiertos y veía muchas cosas. Al fin, Richard Allbee me dijo: «¿Por qué no se sienta y refiere toda la historia?» Y así terminará este libro, como veréis si sois uno de esos que tienen que mirar la última página para ver cómo acaba todo. Mis amigos me dejaron ver sus Diarios, y de ellos saqué mucho de lo que aquí se dice.

Pero, como he dicho, mucho salió también de lo que vi y oí. Pensad dónde vivía. Mi casa estaba en Beach Trail, en Greenbank, exactamente al otro lado de la calle, frente a la vieja casa de Sayre comprada en definitiva por los Allbee. «Cuatro Corazones», donde fue Tabby con su padre y su madrastra, está a dos minutos cuesta arriba. Patsy y Les McCloud vivían en una casa situada diagonalmente detrás del patio posterior de la mía. Mount Avenue, «La Milla de Oro», discurre hacia Hillhaven, precisamente al final de Beach Trail, y yo conocí a Monty Smithfield, aunque no muy bien, y también a Stony Friedgood cuando estaba en aquel grupo cultural, las Grandes Mentas. (Desde mi azotea, habría podido arrojar una piedra a través de la ventana de la habitación donde encontraron a Stony; al menos, habría podido hacerlo veinte años atrás.) Las Grandes Mentas hablaron de uno de mis libros aquella semana, *Corazones retorcidos*, y Stony me preguntó si el marido de la novela comprendía que estaba obligando a su esposa a tener una aventura con el protagonista de mi obra. «¿Obligarla? —le pregunté—. Precisamente se publicó una nueva edición en rústica de *Corazones retorcidos* porque un editor pensó que era un alegato feminista.» «Del cuello para abajo, no», replicó Mrs. Friedgood.

Gary Starbuck, el ladrón profesional que representó un papel secundario en algunas de nuestras vidas y que pronto aparecerá en estas páginas, alquiló una espaciosa y vieja casa de Frazier Peters a sólo dos manzanas de distancia, y, cuando murió, pude ver con muchos de mis vecinos una asombrosa colección de objetos de plata, aparatos de televisión, cuadros y muebles robados, antes de que Bobo Farnsworth y los otros polizontes sellasen el lugar. Y conocí al pillastre de Pat Dobbin, ya que le había visto crecer; su padre era amigo mío en los días de embriaguez de los que hablé en *Tiempo perdido*. Yo me regeneré, y Dan Dobbin, no; pero era mejor ilustrador que su hijo.

Pero más importante que todo esto —o al menos tan importante— era que no podía mirar hacia Mount Avenue sin ver a los Jaeger corriendo calle abajo con sus antorchas en 1779, ni podía mirar el caserón de Monty Smithfield sin ver la cabaña de madera que el enigmático Gideon Winter había edificado allí en 1645. Conocía la zona, como la había conocido mi padre y también mi tatarabuelo. Cuando veía algún chiquillo feliz llamado Moorman o Green, con jeans y tirantes, veía en él al correoso y viejo granjero o herrero que había llevado el mismo apellido y le había transmitido un dieciseisavo de sus genes.

Pero hay una cosa más importante que mi excéntrico conocimiento de la estructura genética de los tataranietos cuyos apellidos figuraban en las lápidas más viejas del cementerio de Gravesend. Yo fui uno de los primeros en ver los efectos



inmediatos de lo que llamé la nube pensante después de caer sobre nosotros. Desde luego, no hallé en ello más sentido que cualquier otra persona de la época, pues no tenía la menor idea de que pudiese tenerlo.

#### 4

He dicho efectos. Dos efectos. Descubrí el primero de éstos, y después el segundo diez minutos más tarde, cuando estaba dando un paseo por Beach Trail, el domingo 18 de mayo, por la mañana. Casi todas las mañanas soleadas suelo bajar hasta Mount Avenue, torcer a la derecha, pasar por delante de la verja de la Academia y seguir el corto camino público hasta Gravesend Beach. Allí contemplo el agua y observo a la gente que pasea por la playa. Respiro el aire salobre, que me ha mantenido vivo todo este tiempo. Nada de sal en la comida y mucho aire salobre en los pulmones. Si les veo, saludo generalmente a Harry y Babe Zimmer, que aparecen en su destartalada y vieja camioneta «Ford» alrededor de las ocho o de las nueve, para pescar desde el rompeolas. Harry y Babe son un par de chiquillos sesentones. Parecen dos viejos fantasmas del último carnaval. Harry y Babe me llaman Mr. Williams. Después vuelvo atrás. Todo el ejercicio debería llevarme diez minutos, pero tardo más de media hora en realizarlo.

Aquella mañana no llegué a la playa. Había interrumpido un momento el épico paseo para inspeccionar los últimos daños causados a mi buzón del correo: varias abolladuras y cortes que tomé como indicios de una tentativa de homicidio. Por lo visto, el asesino había empleado desde petardos hasta instrumentos contundentes. Después de la inspección, proseguí mi camino, desafiando a la muerte.

Pasaba frente al césped inmaculado de la última casa de mi lado de Beach Trail, cuando vi un cuerpo sobre la hierba. El césped inmaculado era obra de Bobby Fritz (Bobby conocía todas las hierbas, todos los árboles, todas las flores que rodeaban aquellas casas, salvo la pobre vegetación de mi jardín), y el cuerpo era el de Charlie Antolini. Charlie parecía más muerto que mi buzón, y eché a andar por el prado para verle más de cerca.

Charlie era un hombre de pelo en pecho, de unos cuarenta años, hijo de la familia propietaria de «Lobster House» y de otros dos restaurantes en los Condados de Patchin y de Wetchester. De chico había sido un buscavidas; a los nueve o diez años, antes de que empezase la guerra contra los buzones, él me traía el periódico. Ya entonces era un bullebulle, acuciado por la necesidad de ganar dinero, dinero, dinero. Por fin había reunido lo bastante para instalarse con su familia en una casa grande y verde de madera, en Mount Avenue. En el lado peor, no en el del Sound, pero a fin de cuentas en Mount Avenue.

—¿Necesitas ayuda, Charlie? —le pregunté.

En seguida había visto que no estaba muerto. Estaba muy quieto, pero tenía abiertos los ojos verdes y sonreía un poco. No era la sonrisa típica de Charlie. Era una sonrisa feliz. Llevaba un pijama azul pálido de seda.

—Vas a achicharrarte, Charlie —le dije.

—Hola, Mr. Williams —dijo él.

Charlie no me había llamado por mi nombre de pila desde 1955, aproximadamente. Yo tenía la impresión de que se imaginaba que un viejo escritorzuelo como yo hacía desmerecer el vecindario.

—¿Seguro que te encuentras bien? —le pregunté.

—Perfectamente, Mr. Williams —dijo, con aquella sonrisa que ni su madre habría reconocido.

—Has querido tomar un poco el aire, ¿eh? No es mala idea, Charlie. Mantiene limpias las cañerías. ¿Por qué no bajas a la playa conmigo y saludamos a Harry y a Babe?

—Esta mañana me levanté y me sentí estupendamente —dijo él—. Tan bien, que me pareció increíble. Y me sentí aún mejor. Demasiado bien para ir a trabajar.

—Hoy es domingo, Charlie —dijo—. En domingo, no se trabaja.

Entonces recordé que, probablemente, tenía que ir a «Lobster House» para ayudar a la multitud hambrienta.

—Domingo —dijo—. Ah, sí.

Miré hacia su casa. Su mujer estaba haciendo señales desde la ventana del cuarto de estar.

—Creo que deberías levantarte del césped, Charlie —dijo—. Florence parece muy inquieta.

Entonces vi su buzón, al que Charlie quería como a las niñas de sus ojos. Era de metal, como el mío, pero dos veces más grande, y estaba pintado con el mismo tono de verde de la casa. Sobre el verde, Charlie había hecho pintar un dibujo de flores y enredaderas que orlaban un gran ANTOLINI en letras rojas. Ahora esta obra de arte yacía en el arroyo, arrancada de su poste. Uno de los lados estaba aplastado, y el brillante aluminio aparecía entre la pintura.

—Mira —le dije—, la banda que asesinó a mi buzón la tomó también con el tuyo. Éste parece limpiamente decapitado.

—Goce de este sol —dijo Charlie.

Fio Antolini agitaba los brazos en la ventana, no sé si para decirme que me largase o que levantase a Charlie y lo llevase a casa. Pero esto último era imposible. Charlie debía pesar al menos cien kilos. Aunque llevaba un pijama de seda azul, todavía parecía el defensa del equipo de rugby de la «J. S. Hill High School» que había sido en 1959. Yo no habría podido levantar una de sus piernas. Encogí los hombros mirando a Fio, me metí las manos en los bolsillos, dije «Bueno, que te diviertas» a Charlie, y me dispuse a volver a la acera de la calle.

Acababa de hacer esto cuando oí a una mujer gritar el apellido de Charlie:

—¡Mr. Antolini! ¡Mr. Antolini!

—Será mejor que te metas en casa —pensando que alguna vecina podía ofenderse viéndole tumbado sobre el hermoso césped. En definitiva, estábamos en Hampstead, y no en Dogpatch.

Entonces vi que la mujer situada en el otro lado de la calle se dirigía hacia nosotros. Se trataba de Evelyn Hughardt, la esposa del doctor Hughardt. Llevaba

una bata rosa de estar por casa y zapatillas del mismo color. Tenía un aspecto terrible.

—Mr. Antolini, por favor —gritó ella y cruzó la calle, sin preocuparse de mirar a un lado ni a otro.

Cuando estuvo más cerca, vi lo terrible que en realidad resultaba su aspecto. Usualmente era una dama rubia de agradable apariencia, casi tan alta y fuerte como aquella mujer agente de la propiedad inmobiliaria: Ronnie Riggley. Esto lo lograban merced a jugar mucho al tenis.

Casi me derribó al ir a arrodillarse en la hierba junto a Charlie. Cogió vigorosamente una de las manos de él y trató de incorporarlo.

—Es el doctor Hughardt, mi esposo —explicó ella—. Oh, por favor, no sé qué hacer y él se sentirá tan avergonzado de mí...

—Vamos, Evvy —dijo Charlie, dedicándole una sonriente mirada con sus ojos verdes.

—Vamos, por favor, Mr. Antolini. Por favor, ayúdeme.

—¡Caray! —exclamó Charlie.

—Demasiado sol —dije yo—. Lo ha puesto fuera de combate. ¡Qué vergüenza! Tal vez pueda yo echarle una mano.

Ella pestañeó, rehusando, y empezó a tirar de una garra de Charlie.

—Ya he dicho que es inútil —expliqué—. Es como si acabase de nacer de nuevo. A un tío mío le ocurrió lo mismo en Fairlie Hill, en 1913. Se derrumbó como un buey. Pero me complacerá ayudarlo.

Ella dio otro furioso tirón a la mano de Charlie, y después me miró.

—Por favor, Mr. Williams —me dijo, con voz temblorosa—. Ayúdeme con el doctor.

—Vaya para allá —dije, y eché a andar detrás de ella por la calle. La puerta estaba abierta y ella me indicó con la mano que entrara antes de que yo llegara.

## 5

Norm Hughardt era lo que, según creo, hoy llaman un internista, ahora que la medicina general está pasada de moda; era muy buen doctor, así como un individuo muy presuntuoso. Su padre había sido igual que él. Cuando yo solía ser bastante calavera, al doctor Hughardt le gustaba hablar conmigo y aconsejarme que perdiera peso, cambiara de costumbres, etc.; sin embargo, cuando hube caído en desgracia, ya no le hacía tanta gracia mi compañía. Norm fue al «J. S. Mili» diez años antes de que lo hiciera Charlie Antolini. Después estudió en la Universidad de Virginia, así como en la Facultad de Medicina de Yale. Cuando tuvo una edad similar a la de Charlie, regresó a Virginia para participar en cierto seminario, conoció a aquella corpulenta jugadora de tenis rubia y la trajo aquí. Ejerció con su padre, pero después de que éste dejó de relacionarse conmigo (el viejo murió poco después), Charlie no me aceptó ni como paciente, porque me consideraba un comunista, lo cual resultaba terrible. De

todos modos, se le tenía como el segundo mejor doctor de Hampstead. El número uno era Wren van Horne, que cuidaba del aparato sexual de la mitad de las mujeres de la ciudad. Wren y yo nos llevábamos bien, pero no me convencía como médico.

Creo que Norm advirtió a su mujer que, delante de otras personas, lo llamara siempre doctor Hughardt. Su voluminosa y calva cabeza acababa en una barbita puntiaguda. No se ocupaba de uno a menos que fueras famoso o estuvieras a punto de serlo. Atendía a todos los actores e ilustradores que vivían en la ciudad. Cuando se le ocurría algo divertido, se lo comunicaba a Sarah Spry para que lo incluyera en su columna. Creo que en veinte años no me dirigió la palabra. Quizá fueron veinticinco años, en realidad.

Cuando llegué a la puerta de la casa, me pareció que Evelyn me siseaba. Debo decir que si bien se hallaba demasiado desconcertada como para tomar decisiones en aquel momento, ello no quería decir que estuviese dispuesta a dejarme entrar así como así en su casa. Yo era algo semejante al sobrino de Stalin, o cualquier tontería por el estilo. Por si ello fuera poco, yo no estaba correctamente vestido para presentarme ante aquella dama ataviada de rosa. Iba calzado con un par de viejos zapatos de baloncesto, llevaba unos lustrosos pantalones llenos de bolsas, un jersey verde de cuello de cisne con los codos destrozados, y, sobre todo, no me había afeitado. Casi nunca me afeito por la parte del cuello. No quiero cortarme la garganta.

—Bueno, Evelyn, ¿qué sucede? —pregunté. En el vestíbulo, las paredes estaban decoradas con caricaturas enmarcadas: reconocí los estilos de media docena de famosos dibujantes de Hampstead y de Hillhaven. El dibujo al pie del cual se leía «Espero que esto te haga más daño a ti que a mí. Pat Dobbin», mostraba a un individuo pequeño y calvo, con barbita, que abría el vientre de un sujeto parecido a Pat Dobbin, mientras que de la herida surgían billetes y monedas. Pat Dobbin se había dado el aspecto que con seguridad tenía al mirarse en el espejo del botiquín, lo cual lo favorecía sensiblemente.

—Por favor —dijo ella—. Venga a la parte posterior de la casa, Mr. Williams. El doctor Hughardt se disponía a salir para comprobar el sistema de riego por aspersión, cuando... lo vi caer, y... —Ella movía el cuello indicándome la parte trasera de la vivienda, a fin de que yo me apresurara.

—¿Se ha caído? —pregunté yo—. Habrá tropezado...

La mujer sollozó.

—Avisa a la ambulancia, Evelyn —dije yo—. Vendrán aquí en un periquete, —Le dije esto por propia experiencia, y además le di el número de teléfono—. Dígales que Norm está inconsciente, y deles la dirección. Conozco el camino hacia la puerta posterior. He estado en esta casa centenares de veces.

Claro que había estado yo allí infinidad de veces. Pero había sido en los años veinte. La cocina era ahora más grande a costa de la recocina, y los fogones parecían una nave espacial; una gran campana de hogar en cobre flotaba en medio de la estancia. De todos modos, la puerta posterior se hallaba en el mismo lugar. Oscilaba mecida por la suave brisa que teníamos aquella mañana. Oí cómo Evelyn llamaba por teléfono.

Salí fuera y me quedé allí, respirando a pleno pulmón. El sol parecía ahora brillar con más fuerza que cuando antes comprobé los desperfectos causados en mi buzón. Norm Hughardt yacía en la parte seca de su césped. El agua de los aspersores situados bajo tierra humedecía la mayor parte de la hierba, así como la pared de ladrillos rojos de la parte trasera de su vivienda. Sobre una de las fuentes se había formado un pequeño arco iris. Tres de los chorros de agua, los más cercanos, parecían surgir anárquicamente. Norm tenía el rostro sobre el césped, y las puntas de sus zapatos estaban clavadas en la tierra. No se parecía absolutamente en nada a Charlie Antolini, ni siquiera a mi tío Hobart, quien se desmayó en Fairlie Hill cuando descubrió a Jesús.

Me aproximé al yacente.

—¿Norm? —le pregunté—. ¿Cómo te encuentras?

Él no contestó. ¿Se trataría de un infarto? Me arrodillé trabajosamente a su lado. Llevaba una chaqueta y pantalones de color azul; su camisa estaba limpia y almidonada. Me incliné para mirar su cara y comprobé que tenía los ojos abiertos.

—¡Maldición! —exclamé, dándole la vuelta. Noté que llevaba una corbata de rayas rojas y azules.

Cuando, tras ciertos esfuerzos, conseguí que mirara hacia el cielo, le dije:

—Eres un maldito canalla, Norm. Despierta.

Me pregunté, y no por primera vez, por qué alguien tan derechista como él llevaba una barba como Lenin. Puse la cabeza contra su pecho. Dentro de su cuerpo no había señales de vida. Después pegué mi rostro a su boca. No respiraba; sólo percibí el olor a colonia y a elixir dental. Le apreté las ventanas de la nariz y respiré en su boca del modo como se ve en la televisión. Me puse a sudar. Me parecía terrible que estuviera muerto alguien mucho más joven que yo. Repetí la respiración artificial.

—¿Que está haciendo? —preguntó la esposa, que había aparecido en la puerta posterior.

—Todo lo que puedo, Evelyn —respondí—. ¿Les ha avisado?

Ella tragó saliva y asintió con la cabeza. Después se acercó a donde estábamos nosotros dos.

—Mr. Williams —dijo Evelyn respirando dificultosamente—, ¿cree usted que está..., cree que está..., lo cree usted?

—Será mejor que esperemos a ver qué dicen los de la ambulancia —contesté yo.

—Tiene un aspecto tan normal —comentó ella. Lo cual se ajustaba mucho a la realidad.

—Ayúdame a levantarme —le dije, estirando el brazo.

La mujer cogió mi mano como si ésta hubiera sido un excremento.

—Tire de mí, por el amor de Dios, Evelyn —insistí. Ella me agarró con fuerza y me puso de pie. Los dos nos quedamos mirando el rostro de Norm Hughardt, yacente sobre el césped.

—Lo está. Está muerto —dijo Evelyn.

—Eso es lo que parece —admití—. ¡Qué cosa más rara! No tiene ni una sola señal.

Es posible que mi comentario careciese de tacto. Evelyn Hughardt se apartó de mí, se cruzó de brazos y se metió en la casa. Pero quizás había oído el timbre, porque, unos instantes después, reapareció con mis viejos amigos del Servicio Médico de Urgencias.

Se quedaron petrificados al verme.

—¿Usted otra vez? —preguntó el viejo bigotudo.

El polizone que los acompañaba era un tipo llamado Tommy *Tortuga* Turk, el peor policía de Hampstead. Sólo le faltaban dos meses para retirarse, y tenía una tripa del tamaño de una morsa de mediana edad; pero aún le gustaba usar sus puños.

—No soy yo, *Tortuga* —dije—. Abre los ojos.

Suelo llamar a la ambulancia cuando siento dolores pectorales. En este momento, los muchachos se afanaban ya con Norm Hughardt, administrándole unas cosas que espero nunca deban utilizar conmigo. *Tortuga* se cansó de intentar dominarme con la mirada y se dirigió a la viuda, para freirla a preguntas. Observé que los chicos daban unas descargas a Norman con uno de esos trastos que parecen la batería de un coche. Norm se estremeció, pero no fue porque resucitase.

—Se ha ido al otro barrio —dijo el tipo grandote con bigote. Después levantó la vista hacia mí, y dijo—: Éste es el segundo caso que atendemos esta mañana, y la otra ambulancia está ocupada en un asunto similar. ¿Qué diablos está pasando aquí?

—¿Tres ataques cardíacos?

—¡Vaya usted a saber! —respondió, y envió a uno de los chicos a la ambulancia, en busca de una camilla y de una manta.

Me acerqué a *Tortuga* y a Evelyn. *Tortuga* le preguntaba si habían tenido una discusión antes de que él saliera. Me miró, y después volvió a dirigir la vista hacia Evelyn.

—No —respondió ella.

—De acuerdo. ¿Y qué está usted haciendo aquí? —me preguntó *Tortuga*.

—Esta señora me ha pedido ayuda. Di la vuelta a Norm. le dije a ella que avisara a la ambulancia. Yo sólo pasaba por aquí.

—¿Quiere decir que estaba...? —Se calló, y me pregunté qué palabra había evitado pronunciar. ¿Escabulléndome? *Tortuga* echó hacia arriba su tripa e hizo una mueca simiesca—. Yo le asusto a usted, ¿no es verdad? Yo sé que es así, Williams.

—Mr. Williams —corregí yo.

—Y conozco la razón. Es usted un cobarde, un rematado cobarde. Lo sé todo acerca de usted, «Mr.» Williams.

—Pamplinas —dije yo—. Adiós, Evelyn. Siento mucho lo que ha sucedido. Llámeme si necesita algo.

Ella parpadeó. Quise abrazarla. Pero *Tortuga* me habría detenido, probablemente, por intento de violación. Crucé lentamente la casa y me fui hasta la puerta principal.

Charlie Antolini se hallaba aún echado tranquilamente en su immaculado césped. Fio Antolini estaba agachada a su lado, llorando, pero sin dejar de hablar con rapidez. Atravesé la calle.

—Norm Hughardt la ha palmado en el jardín posterior de su casa —dije—. ¡Maldita sea! ¿Necesitáis alguna ayuda? —Aquello lo dije por decir, porque yo precisaba terriblemente descansar.

—No se quiere levantar, Mr. Williams —dijo Fio—. No consigo que entre dentro.

Me incliné para mirar a Charlie.

—¿Cómo te encuentras, Charlie?

—Bien.

—Es hora de que entres en casa. Pronto lloverá.

—Muy bien —dijo Charlie, y estiró los brazos como una criatura.

Yo le cogí de un brazo, Fio del otro. Casi nos hizo caer, pero Fio afirmó bien las piernas y mantuvimos el equilibrio.

—¡Vaya, qué bien! —dijo Charlie—. Nunca lo había hecho antes.

Fio me dio las gracias y empezó a conducir a Charlie hacia el interior de la casa. Él se detuvo para admirar el césped y los narcisos de los prados. Pero, finalmente, ella consiguió meterlo dentro. Después, corrió las cortinas.

*Tortuga* se marchó en su coche patrulla dando fuertes acelerones. Los enfermeros sacaban en aquel momento la camilla de la casa de Norm Hughardt.

Miré hacia arriba y hacia abajo Mount Avenue y, mentalmente, vi una multitud de *Jaegers* y soldados ingleses que se aproximaban corriendo; llevaban antorchas y mosquetes. Vi la tormenta, el relampagueo de aquella noche. Las casas grandes ardían. Entre los mercenarios alemanes y los soldados británicos había un individuo, mencionado, por el reverendo Andrew Eliot... «encabezados por una o dos personas que habían nacido y se habían criado en las localidades vecinas». Una persona, lo sabía, nacida y criada en Greenbank. (El reverendo Eliot, un buen hombre, había protegido a uno de sus feligreses.) Casi pude ver su cara. Se parecía mucho a mí. Fuera había un niño muerto, un niño de verdad, aunque no lo sabía entonces. La ambulancia pasó cerca de mí, desvaneciendo mi ilusión con su sirena. Me di la vuelta y fui de regreso a mi casa.

## 6

Ahora supongamos que la *nube pensante* hubiese nacido en Hampstead en vez de hacerlo en Woodville. Supongamos también que el doctor Wise supiese lo que se decía. Tenemos unos veinticinco mil habitantes en la población. Si el índice de mortalidad inmediato era de un cinco a un ocho por ciento, la noche de aquel sábado habrían caído muertas de mil doscientas cincuenta a dos mil personas. Las calles habrían estado llenas de cadáveres. En vez de esto, sólo cinco personas murieron en Hampstead entre la noche del sábado y la mañana del domingo. El asesinato de Stony Friedgood acaparó la atención de todos, en especial cuando fue seguido de otro crimen parecido, y nunca logramos relacionar las cosas.

La persona más vieja que se fue era un tipo de mi edad, negociante en barcas retirado, que vivía en Gravesend Road. El más joven, un niño de siete años. Esto es lo que me impresiona más. Ningún niño debería morir así. Podría haber sido Tabby, podría haber sido Tabby Smithfield. Los padres del chico se habían trasladado aquí hacía sólo dieciocho meses.

Entre el muchacho y el traficante en barcas, estaba una amiga mía. Me enteré al llegar a casa. El teléfono estaba sonando. Era Harry Zimmer. Babe había muerto, dijo. Tenía un pequeño enfisema, pero no era esto lo que la había matado. Había caído como fulminada al apearse de la camioneta en el aparcamiento de Gravesend Beach. ¿No era esto terrible? Harry lloraba.

—Quería que lo supiese, Mr. Williams —me dijo—. Babe decía siempre que usted era un verdadero caballero.

Yo dije lo que se suele en estas ocasiones.

¡Por todos los diablos! No puedo seguir escribiendo en primera persona. El salvaje del viejo *Tortuga* tenía razón, y estoy dando un tono sensacionalista a mi relato. En todo caso, es una manera muy jodida de escribir un libro.

Por consiguiente, voy a hablar de cómo compraron los Allbee la casa del otro lado de la calle y cómo conocieron a Patsy McCloud. «Los entremeses ante todo», como diría alguien. Poco después volveremos a Tabby y, a continuación, os hablaré de Gary Starbuck, el ladrón, y de la pequeña banda en la que Tabby estuvo a punto de entrar, y de los relatos que estaba ilustrando Pat Dobbin. Todo viene a cuento, tanto si me creéis como si no; ya os convenceréis, en todo caso.

Entonces pasaremos a la parte que no quisiera tener que escribir. Yo quería a Wren van Horne; sólo tenía ocho años menos que yo, y nos criamos aquí juntos. Pero también quería a Babe Zimmer, la simpática anciana de cara de calabaza que pensaba que yo era un verdadero caballero.

Si yo hubiese sido como Tabby cuando era niño, no habría terminado de esta manera.



## CUATRO: RECONOCIMIENTOS

### 1

—El marido no lo hizo —dijo Ronnie Riggley a los Allbee el miércoles por la mañana, al salir del centro comercial—. Había algo raro en esa dama. No quiero decir que fuese una cualquiera, pero sí que era amiga de hacer favores. Bobo piensa que su marido lo sabía. El sábado estuvo en «Franco's» y se encontró allí con un tipo. No se quedaron mucho rato, y ninguno de los que estaban en el bar reconoció al hombre.

—Sería forastero —sugirió Laura.

—Podría ser, pero es lo que decirnos siempre en Hampstead —dijo Ronnie, echándose a reír—. Si se produce un robo en una casa, como ocurre con frecuencia, la gente siempre dice que el ladrón venía de Norrington o de Bridgeport. Pero lo cierto es que los tipos del bar miraron a Stony y no se preocuparon de mirar dos veces al hombre. Bobo dice que la Policía tiene cinco descripciones diferentes de él. Igual podía ser un rubio de cuarenta años que un sesentón de cabellos blancos. Lo único en que están de acuerdo es en que no era un parroquiano de «Franco's». En cambio, supongo que unos cuantos reconocieron a Stony. No debería decirles esto antes de que ustedes se hayan establecido aquí, pero sospecho que algunas de nuestras esposas de ejecutivos frecuentan «Franco's». No sé lo que esperan encontrar allí, ¿Leñadores? Tal vez soy demasiado rígida, pero me parece de mal gusto.

—En todo caso, pudo ser el marido —dijo Laura—. Ha dicho usted que estaba enterado de sus aventuras.

—Oh, tiene una coartada —dijo Ronnie—. El bueno de Leo Priedgood estuvo en Woodville toda la tarde. Trabaja pura una gran corporación, y no sólo un par de personas pueden atestiguar que estuvo allí, sino que habló dos veces por teléfono con el general Haugejas.

—¿Henry Haugejas? —preguntó Richard, sorprendido—. ¿El que estuvo en Corea?

—¿Existe otro? —preguntó Ronnie—. Argolla de Hierro. Uno de los detectives habló con él personalmente. Dijo a Bobo que se mantuvo en actitud de firmes todo el rato que estuvo hablando por teléfono.

—Todo un carácter, supongo —dijo Richard—. ¿Va todavía rodeado de cañones?

—Hace dos años le pegó un tiro a un ladrón —dijo Ronnie—. ¿Se imagina? En el centro de Nueva York. —Ronnie se echó a reír—. Iremos primero a ver una casa de

cuatro dormitorios en el límite de Hampstead y Old Sarum. Tiene mucho carácter. Y después veremos otra en Greenbank. Creo que ésta les gustará.

## 2

Richard estaba convencido de que Ronnie hacía todo lo que podía. Cualquier agente de la propiedad inmobiliaria se ve limitado por las ofertas existentes en el mercado. Además, los precios de las casas se habían triplicado en los últimos diez años, los tipos de interés de las hipotecas eran los más elevados de la historia, y muchas de las casas que les gustaban a Laura y a él estaban fuera del alcance de su bolsa.

—Old Sarum es mucho más rural que Hampstead —dijo innecesariamente Ronnie, después de recorrer casi kilómetro y medio sin ver ninguna casa—. A mucha gente le gusta esto.

Laura emitió un sonido que no comprometía a nada desde el asiento de atrás.

—Desgraciadamente, la propietaria estará en la casa cuando yo se la muestre. Supongo que debió de ocurrir algo. En realidad, se empeñó en estar en casa. Es viuda.

Por fin llegaron a un camino cubierto de hierba. Era una casita de campo a la que diversos dueños habían añadido habitaciones. Un estudio con paredes de cristales se levantaba sobre el moderno garaje. Todo el edificio había sido construido en la falda de una colina muy boscosa, y parecía trepar por ella abriéndose paso hacia la cima como una masa de hiedra.

—¿Cree realmente que podríamos pagarla? —preguntó Laura.

—Mrs. Bamberger tiene prisa por vender —dijo Ronnie, al apearse todos del coche—. Se marcha a Florida dentro de un par de semanas. En todo caso, pensé que valía la pena echarle un vistazo. —Lanzó una mirada temerosa a Laura y a Richard—. Aunque tengo miedo de que les rompa los tímpanos con su garrulería.

Mrs. Bamberger, gruesa anciana de traje azul oscuro con pantalones, les recibió en la puerta. Unos lentes con montura de oro pendían de una cadena alrededor del cuello.

—Hola, Mrs. Riggley —dijo a Ronnie—. ¿Mr. y Mrs. Allbee? Pasen y vean la casa. Los dejaré solos.

Pero, tal como había predicho Ronnie, no les dejó solos, sino que les acompañó en su visita, describiendo la casa y cuanto había en ella. Todo era uniformemente excéntrico. Las habitaciones estaban tan atestadas de pesados muebles antiguos que Richard tenía que esforzarse para hacerse una idea de sus verdaderas dimensiones. Algunas habitaciones tenían comunicación entre ellas, de manera que pasar de unas a otras era como recorrer una hilera de vagones de ferrocarril. En algunos casos tenían que subir unos peldaños para entrar en la pieza contigua. Mrs. Bamberger no paraba de hablar. Aquella pantalla de la chimenea la compramos nosotros. La porcelana de Meissen fue un regalo de... ¿No les gustan las chimeneas? A mis hijos

les gustaban. Los techos de casi todas las casas eran sólo unos centímetros más altos que las cabezas de Richard y Laura. Mrs. Bamberger no cesó en sus comentarios hasta que llegaron al estudio de encima del garaje, donde pareció relajarse un poco.

—Ésta es la única parte que añadimos nosotros —dijo—. Es un sitio maravilloso para contemplar las bestezuelas del exterior. Y también los pájaros. Está en una zona separada, de modo que uno puede sentarse aquí en la estación fría, sin tener que gastar dinero en calentar el resto de la casa.

—Está muy bien —dijo Richard, absteniéndose de añadir; que se tendría que andar medio kilómetro para llegar a la cocina.

—Probablemente, a ustedes les gustaría que toda la casa fuese así —dijo Mrs. Bamberger—. La mayoría de los jóvenes piensan de esta manera. A mi marido y a mí nos gustaba la vieja casa de campo, con sus techos bajos y todo lo demás. Nos recordaba a Miss Marple.

Richard lanzó una carcajada; esto era perfecto. El edificio primitivo sólo necesitaba una cubierta de ramaje para que pareciese una casita de campo inglesa de las novelas de Agatha Christie.

—¿Quieren preguntar algo más a Mrs. Bamberger acerca de la casa? —terció Ronnie, con cierta impaciencia.

Los Allbee se miraron. «Marchémonos de aquí.»

—Desde luego, tengo demasiada imaginación —dijo Mrs. Bamberger—. Mi marido solía decírmelo. Pero sé algo que no es imaginación. Usted es Richard Allbee, ¿verdad?

—Sí —dijo Richard.

«Ya estamos», pensó.

—Nació usted en Hampstead al final de la guerra. Y le llevaron a California antes de que fuese a la escuela.

Richard, intrigado, asintió con la cabeza.

—Entonces, conocí a su padre —dijo ella.

Richard se quedó boquiabierto.

—Yo no —consiguió decir—. Bueno, quiero decir que no llegué a conocerle. Por lo visto no le gustaban mucho los niños.

Mrs. Bamberger lo miraba fijamente. De pronto, le recordó a su maestra de quinto curso.

—Nunca debió casarse, eso es todo. Pero le dio a usted su bella cara. Era también bajito, como usted. Y muy educado. Pero Michael Allbee era un mariposón. No podía apegarse a nada.

Richard sintió que el suelo oscilaba bajo sus pies. Sabía que siempre recordaría estos momentos, que serían parte de él en adelante: la gorda anciana con pantalones de poliéster plantada delante de una estantería de libros en una habitación con paredes de cristal. *Entonces, conocí a su padre.* Michael Allbee. Era la primera vez que oía el nombre de pila de su padre.

—¿Qué más puede decirme? —preguntó.

—Era bueno con sus manos. ¿Y usted?

—Sí. Sí, lo soy.

—Y era encantador. Sólo que andaba descarriado. Michael solía venir aquí para ayudarnos en las reparaciones y a cuidar el césped. Trabajaba en casas en toda la villa. Pero cuando conoció a Mary Green dejó de venir, y esto causó un gran disgusto a mi marido. íbamos a ayudarlo para que cursase estudios superiores. Pero entonces tenía el dinero de los Green para resguardarlo, y ya no nos necesitaba. —Sonrió a Richard—. En muchos sentidos, era un buen hombre. Nada de qué avergonzarse. No se casó por el dinero. Su padre no era de esta clase.

—¿Trabajaba en las casas? —preguntó Richard, casi sin creerlo.

—Hacía de todo. Mi marido siempre decía que habría podido ser arquitecto. Pero, sin duda, habría podido ser contratista, o algo por el estilo.

—¿Sabe usted si vive?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. Era uno de esos hombres que nunca pensaba en el futuro; por consiguiente, es posible que aún lo tenga. Hoy tendría poco más de sesenta años.

En algún lugar del mundo, un hombre de cabellos blancos y con su semblante estaría comprando un periódico o segando hierba. Viviendo en una pensión barata. Jugando con chiquillos que podrían ser sobrinos o sobrinas de Richard. Plantado en la cubierta de un buque de carga fumando una pipa. Durmiendo en una choza en una playa. Mendigando a desconocidos con el atuendo de Bill Bentley

—¿Vive todavía su madre? —preguntó Mrs. Bamberger.

—No. Murió hace seis años.

—Mary era muy enérgica. Apuesto a que le hacía trabajar. Debía de tener miedo de que le diese aquella ventolera irresponsable.

—Sí, sí. Yo trabajaba.

—Bueno, ha venido usted al sitio adecuado —dijo la vieja—. Por parte de su madre, se remonta aquí a los primeros tiempos. Un remoto antepasado suyo fundó esta población en 1645. Josiah Green. Uno de los primeros colonos. Tiene usted pura sangre de Hampstead en las venas. La sangre de Greenbank. Aquí es donde empezamos.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Richard.

—Sé de esta población más que cualquiera, excepción hecha del viejo Graham Williams y del bibliotecario Stanley Crane. Y tal vez sé casi tanto como ellos. Lo estudié, Mr. Allbee. Sé todo lo referente a los granjeros de Greenbank. Un vivales llamado Gideon Winter llegó y se hizo con la mayor parte de sus tierras, Tengo algunas ideas acerca de él, pero a usted no le interesarían. Está buscando una casa, y le tiene sin cuidado lo que pueda decirle una vieja en toda la mañana.

—No —dijo Richard—. No es verdad. Yo..., hum..., yo...

Ella irguió los hombros.

—¿Va a comprar mi casa?

—Bueno, tenemos que hablar de ello; hay muchos factores...

Ella siguió mirándole a los ojos.

—No —dijo Richard.

—Entonces, otro la comprará. Los acompañaré a su coche.

Al abrir la puerta, dijo a Richard:

—Su padre tenía mucho que ofrecer. Confío en que usted también lo tenga, joven.

Cuando estuvieron a salvo en el «Ford» de Ronnie, Laura preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Me alegro de haber venido. Pero estoy como aturdido.

—Bueno, volvamos al pueblo para almorzar o tomar café o alguna otra cosa — dijo Ronnie—. Me parece que le conviene.

Él asintió con la cabeza, y ella sacó el coche del camino. Justo antes de llegar a la calle, dijo Ronnie:

—¿Quiere que vaya en la otra dirección? Podría ver dónde vivió su padre. Sólo hay un par de casas más arriba. Tiene que ser una de ellas.

—No —dijo él—. No, gracias. Volvamos a la villa.

### 3

Así fue cómo llegaron los Allbee a Greenbank y a Beach Trail. Llegaron bajo la luz crepuscular de una revelación, y compraron la primera casa que vieron.

—Creo que ésta les gustará —dijo Ronnie, mientras bajaban por Sawtell Road. Torcieron a la derecha entre el vivo tráfico y entraron en Greenbank Road—. Pertenece a otra viuda, Bonnie Sayre. Sayre se marchó la semana pasada, y la casa sólo lleva un par de días en el mercado. La pusimos el lunes en nuestra lista. Tiene cuatro dormitorios, un cuarto de estar y un hermoso estudio que Richard podría emplear como oficina. Tanto el cuarto de estar como el estudio tienen chimenea. También hay un bonito porche. La casa fue construida en los años de 1870 por la familia Sayre, y nunca estuvo en el mercado antes de ahora. Sayre hijo está en Arizona, y su madre se fue a vivir con él.

Pasó por el puente que cruzaba la I-95 y después el más pequeño y un tanto convexo que pasaba por encima de la vía férrea.

—Y Greenbank es una zona especial. Tiene oficina de Correos y número postal propios, y es la parte más antigua de Hampstead. Bueno, esto ya lo saben ustedes. Incluso tiene quizá su nombre de alguno de sus antepasados.

—Mi madre nunca hablaba mucho de Hampstead —dijo Richard—. Lo único que yo sabía era que mi padre y yo habíamos nacido aquí. Y también los padres de Laura.

—¿De veras? —exclamó Ronnie, entusiasmada—. Entonces es como una vuelta a casa. Oh, miren a la derecha. Aquella casa grande junto al Sound es la del doctor Van Horne. Ahora estamos en Mount Avenue. La llaman «La Milla de Oro».

—¿Cuánto costaría una casa como ésa? —preguntó Richard.

La casa del doctor Van Horne, tres pisos de madera blanca inmaculada, era larga como un hotel. La fachada daba directamente sobre el último trecho de Gravesend Beach. Un largo paseo serpenteaba en lo que parecía un parque.

—En la actualidad, yo diría que unos ochocientos mil dólares. Y esto sin la pista de tenis ni la piscina.

—No nos conviene este barrio —dijo Laura, siempre práctica.

—La casa Sayre es más barata que la que estuvimos viendo antes —dijo Ronnie—. Tiene dos inconvenientes. Esperen. El primero es que la fachada está en la parte de atrás. El paseo de entrada lleva a la parte posterior de la casa. Hay una pequeña colina, y supongo que el primitivo Sayre, el que construyó el edificio, quería contemplar el bosque que había allí.

—¿Y cuál es el segundo? —preguntó Laura.

—Bueno, creo que Mrs. Sayre vivió mucho tiempo sola. Tenía una enorme cantidad de gatos. Supongo que se chifló un poco unos años después de la muerte de su marido. En realidad, daba albergue a todos los gatos que se presentaban. Debía tener un centenar. La gente la llamaba la dama de los gatos.

—¡Oh, no! —exclamó Laura.

—Bueno, ya no están allí —dijo Ronnie—. Pero el recuerdo subsiste. ¡Una suerte para ustedes! De no haber sido por todos aquellos gatos, la casa se habría vendido el lunes. Alguien estaba dispuesto a pagar el precio pedido, pero se echó atrás al percibir el olor.

—¿Tan malo es? —preguntó Laura.

—Sólo olor a gatos —dijo Ronnie, riendo.

—Sé cómo arreglar esto —dijo simplemente Richard—. Vino blanco, vinagre y bicarbonato sódico. Y, después, grandes cantidades de jabón y agua.

El coche subió por Beach Trail. Ronnie sabía, aunque no lo dijo a los Allbee, la razón de que todas las cortinas estuviesen corridas en la casa de Hughardt. Charlie Antolini, todavía demasiado feliz para ir al trabajo, les saludó con la mano desde la mecedora del porche. Se cruzaron con un individuo de mísero aspecto, con zapatos negros de tenis, gorro yanqui y una camiseta negra que le estaba grande. El viejo se dirigía a su casa a pata, en el último trecho de su paseo diario. Ellos no lo advirtieron, pero, como era curioso, él sí que se fijó en ellos.

Vi a tu madre, Bultito. Debiste de ser una belleza.

## 4

Momentos más tarde, los Allbee vieron su casa por primera vez.

## 5

Del Diario de Richard Allbee:

Volvemos a tener casa propia, o la tendremos en cuanto consiga una hipoteca. Esta tarde hemos firmado los documentos y pagado el primer plazo, muy módico, en la oficina de Ronnie. ¿Existe realmente alguien que, cuando compra una casa, sepa que hace lo más conveniente? Me imagino que esta noche me levantaré y empezaré a pasear arriba y abajo, preguntándome si la cocina es aún más pequeña y oscura de lo que me pareció. ¿Están rotos *todos* los cordoncillos de las ventanas? ¿Encontraré la manera de pasar los cables eléctricos por toda la casa sin agujerear las paredes? (La instalación es muy antigua.) ¿Cuánta agua debió pasar por el deteriorado tejado? ¿Habrá vigas podridas? ¿Habrá que derribar alguna chimenea? La lista de preguntas podría continuar indefinidamente. Y existe el olor, naturalmente. Lo bastante malo para dañar el cerebro. Toda la casa fue una enorme jaula de gatos.

Pero es una casa hermosa. Cuando Laura y yo entramos en ella, tuvimos uno de esos destellos de percepción extrasensorial marital y dijimos al unísono: «Ésta es.» Creo que a Laura le encantará, y esto hace que todo lo demás carezca de importancia. Es una casa Segundo Imperio; tejado a la Mansard, buhardas, columnas junto a la puerta, y buena y abundante ornamentación. La clase de casa que Laura y yo esperábamos encontrar, pero temíamos no poder pagar. La parte de atrás, que da a la calle, es muy vulgar, pero la fachada es asombrosa e incluso la vista de los campos y huertos de la pequeña colina es muy hermosa. Me gusta el lugar; incluso me complace la posición Invertida de la casa, que parece muy adecuada para mi trabajo. Y cuando miro al futuro —nuestro futuro, el de Laura y mío—, pienso que la vieja mansión de los Sayre será un lugar perfecto para criar a nuestros hijos. Habitaciones grandes, 0,80 hectáreas de terreno alrededor, un ático que puede convertirse en cuarto de jugar..., sí, ha sido una suerte fantástica, fantástica. Hace un par de noches pedí a Dios que nos ayudase, y creo que lo ha hecho.

Hoy he adquirido una casa y un padre, y no puedo mantener a éste alejado de mi pensamiento. Michael Allbee. Estoy seguro de que todavía vive. Y me pregunto si trabajaría en la vieja casa Sayre cuando vivió en Hampstead. Si era una especie de carpintero autónomo, es posible que lo hiciese.

Tal vez haya sido un golpe de suerte que marque el principio del fin de nuestras preocupaciones. Tal vez, por fin, dejaré de soñar en Billy Bentley.

Es un comienzo tan feliz que no quisiera mencionar el sueño que tuve la noche pasada, pero lo referiré, aunque sólo sea para que me haga sonreír dentro de unos años. Yo me hallaba en el cuarto de estar de una casa extraña. Totalmente desnuda de muebles. Fuera, rugía una violenta tormenta. Miré por la ventana y vi una figura que paseaba por el jardín, y, al observarla mejor, comprobé que era Billy Bentley. En aquel instante, giró en redondo y se puso de cara a mí. Me asustó. Es la manera más sencilla de decir el efecto que me produjo. Me estaba haciendo furiosas muecas. La lluvia había aplastado sus largos cabellos sobre el cráneo. Era la viva imagen de la mala suerte, de la perdición inminente. El cielo estaba enfurecido, y un rayo cayó en el suelo detrás de Billy. Éste sabía que yo no le quería en la casa..., que se convirtió de pronto en el elemento crucial. Él tenía que *quedarse* fuera en plena tormenta. Sumamente agitado, empecé a correr alrededor de la habitación vacía, y me desperté

casi incapaz de abstenerme de bajar corriendo la escalera para asegurarme de que las puertas estaban cerradas.

Pero basta de esto. En cuanto hayamos asegurado la casa, iré a Rhode Island a buscar un contratista que se encargue de las obras a realizar en ella. Tengo un par de proyectos...

## 6

«Telpro» había concedido una semana de licencia a Leo Friedgood, y él había pedido otra, prometiendo volver a la oficina el lunes 2 de junio. Durante siete días, había pasado casi todas sus horas de vigilia en compañía de policías, ya en su casa, ya en una oscura y pequeña habitación de la atestada y vieja Comisaría de Hampstead. Durante estas sesiones, se había visto obligado a confesar que su esposa había sostenido relaciones íntimas con otros hombres, y que él había consentido, sino fomentado, sus actividades sexuales. Esta confesión había hecho que Leo se sintiese como desnudo. Era una humillación peor que cuantas hubiese sufrido jamás. La Policía, al principio compasiva, se había vuelto fría, casi despectiva a su respecto. Un corpulento y viejo polizonte, a quien los otros llamaban *Tortuga*, chusco los labios la tercera o cuarta vez que fue él a la comisaría. Que este desastrado viejo bruto, un fracasado incluso a escala de la Policía, pudiese expresar la misma actitud de los otros agentes y detectives, incordiaba a Leo. Él había triunfado, y ellos no. (En opinión de Leo, ningún policía podía triunfar.) Él pagaba en impuestos sobre la renta más de lo que ganaban ellos en un año. Era más poderoso que ellos, contribuía más que ellos a mover el mundo. Su reloj de pulsera valía un tercio de su salario, y su automóvil, tres cuartos de lo mismo. Pero estas cosas, que significaban tanto para Leo, parecían contar muy poco para el policía que le interrogaba. Incluso cuando había dejado de ser ligeramente sospechoso, había sentido su desprecio. «¿Cuántas veces al mes iba su esposa a "Franco's"? ¿Cuántas veces fue el mes pasado? ¿No le preguntó nunca los nombres de los hombres que traía a casa? ¿Tomó alguna fotografía?»

La cara de aquel viejo y gordo desgraciado llamado *Tortuga*, frunciendo los carnosos labios..., ¡puah! Estaba seguro de que se reían de él en aquellas pequeñas habitaciones. Y esta convicción, tanto como su sincero dolor por la muerte de Stony, hacía que se quedara en casa, incapaz de trabajar.

Por primera vez en su vida, empezó a beber por la noche. Calentaba platos mientras veía la tele o quemaba hamburguesas en la parrilla, y buscaba en la bodega buenos vinos para malgastarlos con aquellas terribles comidas. Antes de cenar, se tomaba varios whiskies. Con un correoso y salado goulash en una fuente de latón, se bebía una botella de «Brane-Cantenac 1972 Margaux», mientras la televisión atronaba con melifluas estupideces. Después de arrojar la mitad de la horrible comida al cubo de la basura, empezaba con whiskie de malta o con coñac, hasta que se quedaba dormido. Un día descubrió un licor israelí a base de chocolate, y se zampó toda la



botella en dos noches. No podía llorar, como si la visión del cuerpo mutilado de Stony despatarrada sobre su cama hubiese evaporado todas sus lágrimas. A veces ponía un disco y evolucionaba en el cuarto de estar en una danza solitaria de borracho, con los ojos cerrados y vertiendo el contenido del vaso que llevaba en la mano, simulando que era un desconocido bailando con su esposa.

¿No le importa a tu marido que hagas estas cosas?

¿Importarle? Así se libra de mí.

Dormía en la habitación de los invitados. Si conseguía llegar a la cama antes de quedar inconsciente, llevaba un vaso consigo. En dos ocasiones, se despertó por la mañana y sintió un olor parecido al de la muerte, que brotaba de un vaso medio lleno y perfectamente equilibrado sobre su pecho. La colcha de color castaño claro tenía una mancha húmeda y en forma de riñon que olía también a destilería y a cementerio. El aparato de televisión, colocado delante de la cama, mostraba a enloquecidas parejas americanas saltando boquiabiertas delante de un engomado caballero con traje de carreras de caballos y cabello teñido. Todo un espectáculo. «¡Oh, Dios mío!», dijo Leo. Tenía la cabeza, la boca y el estómago revueltos. Tenía que ir a la Comisaría de Policía dentro de tres horas. Tal vez el llamado *Tortuga* volvería a estar allí, burlándose de él.

Saltó apresuradamente de la cama, apagó el televisor y entró en el cuarto de baño. Sus tripas soltaron un chorro de llamas en la taza. Graduó la ducha hasta una incómoda temperatura y se metió en ella. El agua cayó hirviendo sobre sus cabellos y su cara. Buscó a tientas el jabón. Se frotó el pecho, la panza y lo demás. El hedor de la noche pasada fluyó hacia el desagüe. Se enjabonó de nuevo, más concienzudamente, y no se sintió peor que en las nueve mañanas anteriores. Dejó que el agua repiquetease sobre su piel y le hiciese cosquillas en la lengua. Por un momento, se olvidó de *Tortuga* Turk, de Stony, del general Haugejas, de «Woodville Solvent» y del DRG.

Cuando cerró la ducha, advirtió las manchas en sus manos.

Las miro sin comprender, vagamente consciente de que la aparición de aquellas manchas blancas significaban algo importante para él, pero sin saber de momento cuál era su significado. Entonces recordó lo que le había ocurrido al cuerpo de Tom Gay.

«¿Eh?», dijo Leo, agarrando una toalla. Se secó rápidamente y mal, tratando de tener siempre las manos a la vista. Se puso el pantalón vaquero, la camisa polo, los zapatos de marinero. Se lamió las manchas y las encontró insípidas y resbaladizas. Se frotó el dorso de las manos en los jeans. Unas cuantas manchas eran ahora sonrosadas, como labios menudos. Después observó, atemorizado, que el blanco sustituía gradualmente al rosa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Tuvo la impresión de que su mente se helaba al contacto de un hilo frío que venía de su vientre. El pánico evocó en él la visión incongruente de un coche ardiendo debajo de un camión, y el recuerdo más pertinente de tres cuerpos en una cámara de cristal.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

El teléfono sonó cuatro veces detrás de él. Después, se quedó en silencio.

Leo siguió contemplando los dorsos de sus manos, planas ahora sobre la arrugada colcha. ¿Cuántas manchas había en ellas? ¿Diez, en total? En la izquierda, describían un óvulo irregular desde la base del dedo pulgar hasta la del meñique; en la derecha, se abrían en abanico desde la muñeca. Rascó con el índice: se desprendió una pizca de algo resbaladizo. Se estremeció. Todavía en las primeras fases del pánico, empezó a pasear arriba y abajo por la habitación, con las manos levantadas delante de él.

Sobre el tocador había monedas desparramadas, cajas de cerillas, botones de cuello, cinturones enrollados, un par de suspensorios y un cuchillo rojo del Ejército suizo que Stony le había regalado hacía años. Cogió el cuchillo y se sentó en la cama.

Sacó la hoja más corta de las dos que tenía el cuchillo y rascó con ella una de las manchas. Aquella cosa blanca pasó, transparente, a la hoja, pero volvió a formarse instantáneamente. Volvió a rascar, con el mismo resultado. Con más brusquedad, hincó la punta de la hoja pequeña en la mancha de la base del meñique y la revolvió. Una débil punzada de dolor, y salió sangre de la cavidad. La secó con el pañuelo y vio que había cesado la pequeña hemorragia. Un punto blanco aparecía en medio de la roja herida.

Leo corrió al cuarto de baño para observar su cara en el espejo. Un poco oscuras las ojeras, pero ninguna mancha blanca. Se quitó la camisa y se bajó los pantalones. Tenía una manchita exactamente sobre la clavícula izquierda, y otra en el antebrazo del mismo lado. Debajo de la cintura no había nada.

De nuevo, y con perfecta claridad, vio Leo la blanca y espumosa esponja que había sido la cabeza de Tom Gay... escurriéndose por el desagüe.

Pero aquello había sido instantáneo. Quizás estas poquitas manchas blancas de su cuerpo no tenían nada que ver con el destino de Tom Gay, quizá no eran más que síntomas de alguna clase de infección. A modo de prueba, apretó la mancha de la cara interna del brazo izquierdo. Una pizca de sangre apareció a través de la blancura, y esto no le dijo nada. Desnudo, volvió al dormitorio y cogió una caja de cerillas de encima del tocador.

Sentado a la mesa, encendió una cerilla y aplicó la llama en una de las manchas de la mano izquierda. El dolor le hizo estremecerse.

«Quémalo», dijo para sus adentros. Encendió otra cerilla y tocó con ella otras tres manchas. Sudando, empleó otra cerilla para cauterizar la última mancha de la mano Izquierda. Olió a carne quemada. La mano izquierda le dolía terriblemente. Parecía una ilustración de un texto de medicina. Con el semblante contraído, volvió al cuarto de baño y puso la mano debajo del grifo de agua fría. Cuando se hubo mitigado el dolor, se envolvió la mano lesionada con una toalla y se sentó en el borde de la bañera. Frialdad de porcelana en las nalgas. Cerró los ojos y sintió que le daba vueltas la cabeza. Amargor de bilis en la boca seca por la resaca del whisky. El suelo parecía también oscilar, igual que su cabeza.

Por fin se atrevió a desenrollar la toalla. El dorso de la mano le parecía espantosamente diferente de como solía ser. Había ampollas sobre la carne negruzca y rojiza, de la que manaba un fluido claro. Cerró de nuevo los ojos. No había visto

nada blanco. Al cabo de un momento, se levantó para vendarse la mano y volver a las cerillas.

## 7

Del Diario de Richard Allbee:

Hoy he tenido noticias del Banco; nos han concedido la hipoteca que necesitábamos, a un tipo de interés casi razonable para estos tiempos. Llamamos a Ronnie, que se alegró mucho, y lo celebramos con una botella de champaña. Así, pues, es cosa hecha: volvemos a estar en la tierra de nuestros padres y de nuestros abuelos.

Desgraciadamente, no he podido quitarme de encima lo que parece ser mi obsesión de *Papá está aquí*. Ahora sé lo que es: es volver adonde vivió Michael Allbee y despertar todo lo que yacía enterrado dentro de mí acerca de él, sin yo saberlo. Papá está aquí. Papá está *aquí*. Mirad si es sencillo. Pero el hecho de conocer la razón, no impide que siga teniendo esos sueños, el de Cárter Oldfield golpeando la puerta del dormitorio con un hacha, y el del pobre Billy plantado ahí fuera bajo la lluvia. Billy en la cama con Laura. Billy acercándose a la ventana para romperla. Siempre el mismo tema: caos, violencia, un trastorno que tengo que impedir que entre en mi casa.

Un pensamiento absurdo. Tal vez temo por Laura, no por mí. Encinta y en un lugar extraño..., debe de ser inquietante para ella.

Pero no sueño que Laura esté en peligro.

A menos, y ésta es otra idea, de que Laura sea la casa en estos sueños..., aunque no sé cómo interpretar esta idea. ¿Restaurar nuestra casa, igual a restaurar a Laura? ¿Salvar la casa, igual a salvar a Laura? Puedo ver que ella está a menudo a punto de llorar, en un estado en que el tedio y la depresión corren parejas. Cuando hablamos, sólo dice que añora Londres, una añoranza casi física, que quiere ver Kensington High Street y Rolland Park, y caminar por Ilchester Place. Quiere ir al «Standard Restaurant» para una comida india, tomar el Metro hasta el West End para almorzar, volver a su oficina en Covent Garden. Sabe el nombre del hospital donde debería nacer nuestro hijo, ese enorme y nuevo hospital de Holland Road. En esto pensaba ella mientras brindábamos con champaña por nuestra nueva casa.

No quisiera escribir esto, pero creo que tengo que hacerlo. El otro día, Laura y yo estuvimos en un supermercado de Port Road. Salimos cargados de bolsas de comestibles. Nos dirigíamos a nuestro coche y pasamos por delante de una especie de café, lo que yo suelo llamar un café. Una tasca. Un mostrador en la parte delantera, y mesitas al fondo. Miré al interior. Laura dijo: «¿Qué pasa?» Sacudí la cabeza. La seguí hasta el coche. No pasaba nada. Pero no le dije que, por un segundo, al mirar a través del cristal, había visto a Cárter Oldfield, a Ruth Branden y a Billy, sentados alrededor de una de las mesitas del fondo..., los había visto con toda

claridad. Habría podido describir la ropa que tenían puesta. Billy llevaba sus prendas de vagabundo urbano y un gorro de punto; y me había mirado.

Y la expresión de su cara era... de *triunfo*, de verdadero *triunfo*.

En cuanto sacudí la cabeza, mi pequeña familia se transformó en lo que era realmente, en un grupito de adolescentes. Uno de ellos, el que no era un monstruo, me miraba fijamente, pero, a fin de cuentas, yo le había mirado a él, sin duda con una expresión peculiar en el semblante. Ambos sostuvimos la mirada, y tuve la seguridad de que el muchacho, que era rubio y delgado, me conocía o creía conocerme; había reconocimiento en su rostro, pero también puro miedo. Uno de los monstruos gemelos, que llevaba mono con pechera, le pinchó la mano con el tenedor, y el chico dejó de mirarme.

Cuando acabe de escribir esta introducción, abriré una lata de cerveza y escucharé el disco de Warren Vaché que Laura me compró: *Polished Brass*.

Debería añadir aquí que Laura fue hoy a ver al doctor Van Horne, y piensa que es excelente. Por lo visto es un médico de la vieja escuela, muy serio y amable. Le dio el nombre de una tocóloga, a la que llamó Laura en cuanto llegó a casa. Por consiguiente, no le faltará asistencia médica.

Confío en no tener pesadillas esta noche.

## 8

Del Diario de Richard Allbee:

Días hermosos, noches terribles. Mi subconsciente no atiende mi súplica de que me libre de esas absurdas pesadillas sobre Cáster Oldfield y Billy Bentley. Evidentemente, todavía me preocupan, en cierto modo, los efectos que el traslado puede tener sobre Laura y sobre mí, el caos contra el orden, el legado de Michael Allbee..., que probablemente no perdió un minuto de su vida preocupándose por estas cosas. Ha habido dos casos de caos que han turbado nuestra pequeña versión del orden aquí; uno leve y el otro grave, pero ya llegaré a esto.

Conocí a la famosa Sarah Spry cerca de la sección de verduras del establecimiento de comestibles de Greenblatt. Me dijo: «Allbee. Richard Allbee. Es tal como me lo imaginaba. Pensaba llamarlo. Supongo que vio su nombre en mi columna.» Tiene unos cincuenta años, es menuda y enérgica, lleva gafas de buho, y sus cabellos, peinados hacia atrás, son más rojos que los de Laura. Sabía que comprábamos la vieja casa de los Sayre. «John Sayre se suicidó, ya sabe —me dijo—. Un hombre encantador. No es extraño que la pobre Bonnie se volviese loca después. ¿Cuándo podrá concederme una entrevista? Me gustaría celebrarla en cuanto se hubiese instalado en la casa.» No es mujer de la que pueda uno librarse con vanas excusas; por consiguiente, me entrevistará el día siguiente a nuestro traslado. Media hora, me dijo; ninguna vida era tan interesante que mereciese más de treinta minutos de su tiempo. Lo que no dijo fue que en media hora podía exprimirle completamente a uno. Pero tal vez la entrevista dará pie a algún nuevo negocio.

El domingo por la noche estamos invitados a una casa muy próxima a la que hemos comprado, para una velada organizada por Ronnie Riggley. Los dueños se llaman McCallum ¿O McClaren? Ronnie les vendió también la casa. Y por fin conoceremos a Bobo, cosa que me interesa mucho.

Y ahora pasemos a los dos incidentes. Nuestro buzón de correos en Fairytale Lane fue destrozado la noche pasada. Oímos el ruido a eso de las diez, y los dos nos alarmamos. Salí y vi un coche negro que se alejaba a toda velocidad. Además del buzón, los vándalos rompieron media docena de estacas de la valla, partiéndolas por la mitad. Debieron emplear un bate de béisbol o algo parecido. Es curioso lo mucho que le trastornan a uno los pequeños actos de violencia, como si fuesen anuncio de otros peores, cuando en realidad sólo se trata de muchachos que rondan las calles buscando algo que puedan romper. Pero tendré que reparar la valla y comprar un buzón nuevo.

Y, dejando lo peor para el final, ha habido otro asesinato. Éste se perpetró ayer, viernes 30. Como la otra vez, una mujer fue muerta en su casa. Ronnie conocía todos los detalles, que eran espeluznantes. Aparentemente, no había señales de que hubiese sido forzada la entrada. El cadáver estaba en la cocina, más o menos destripado. La mujer se llamaba Hester Goodall, tenía cerca de cincuenta años y desempeñaba muchas actividades en la iglesia. Esta vez no era cuestión de promiscuidad. Sus hijos estaban en el colegio, y su marido, ausente de la población. Según Ronnie, los Goodall vivían cerca del «Club de Campo» y Sawtell Beach.

Sea quien fuere el asesino, espero que lo apresen pronto.

## 9

Los Allbee pasaron de Mount Avenue a Beach Trail, cruzaron Cannon Road, miraron reflexiva y orgullosamente su nueva casa, entraron en Charleston Road y encontraron el número 3 en el sitio exacto que les había indicado Ronnie. Era una casa de dos pisos, de madera tosca y parda, y con una pequeña extensión de césped detrás de la herrumbrosa valla. El «Datsun» azul con placas de RONNIE estaba ya aparcado junto a la casa, y Richard detuvo su coche junto a aquél, de modo que también él quedaba frente a la doble puerta del garaje. Una magnolia junto al camino de entrada había alfombrado la hierba y el asfalto con sus pétalos en forma de lágrimas, y Richard y Laura caminaron sobre ellos al apearse del coche.

—¿Te contó algo Ronnie acerca de los McCallister?

—Su nombre es McCloud —dijo Laura—. Patsy y Les McCloud. Ronnie les vendió la casa y dice que «son muy divertidos», aunque no sé lo que esto significa. Creo que Les McCloud es una especie de ejecutivo, y que han ido mucho de un lado a otro.

—Verdadera gente del Condado de Patchin —dijo Richard, y tocó el timbre.

Un gigante abrió la puerta. Tenía al menos un metro noventa y cinco de estatura, y llevaba una chaqueta de pana y un jersey de color chocolate y con cuello

de cisne sobre el robusto pecho. Con su amplia y blanca sonrisa, su poblado bigote y sus cabellos crespos, no parecía tener más de veinticinco años.

—Hola —dijo—. Adelante.

—¿Mr. McCloud?

El gigante se echó a reír, estrechando la mano de Richard.

—¡Oh, no! No soy más que Bobo Farnsworth, el polizonte del barrio. Les está arriba en la cocina, y Patsy y mi amiga están en el cuarto de juego. —Les introdujo en el pequeño vestíbulo. Apenas si tenía un metro cuadrado; en realidad, era un descansillo en la escalera que subía a la parte principal de la casa y bajaba a un cuarto familiar contiguo al garaje—. Usted debe de ser Richard, el famoso actor. Y supongo que usted es Laura.

Le hizo una reverencia. Richard pensó que Bobo hacía buena pareja con Ronnie Riggley.

—Si es usted el policía del barrio, me siento ya más seguro —dijo Richard.

Bob rió de nuevo y les señaló la escalera.

—Tomo pildoras para crecer.

Richard subió el primero. En cuanto hubo entrado en el cuarto de estar —largo sofá funcional con rayas rojas y azules en zigzag, brillante mesita de café sobre una alfombra azul oscuro, y un póster con marco de una cubierta del *New Yorker*, de Steinberg— oyó una voz que gritaba:

—¿Es Dick Allbee? ¡Saldré en seguida!

Un hombre quince centímetros más bajo que Bobo Farnsworth entró en la estancia, tendiendo una mano húmeda. Llevaba muy corto el cabello de color de arena, y tenía la cara rolliza, de esas que parecen siempre tostadas.

—¡Patsy! —chilló—. ¡Dick Allbee está aquí!

La fría mano se cerró, y Les McCloud acercó la cara a diez centímetros de la de Richard, mientras le sacudía el brazo. Un inconfundible vaho de alcohol brotaba de él, así como un aire de intimidad posesiva.

—Me *encantó* tu serie, sencillamente me *encantó*. Es muy buena, ¿sabes? ¡Patsy! —gritó por encima del hombro—. Admiro lo que sois capaces de hacer, ¿sabes? Yo soy Les McCloud, y os doy la bienvenida. ¿Ya conoces a ese peludo? Bien. Y ésa debe de ser tu *Frau*. Me alegro de conocerla. ¿Laura? Estupendo. Patsy estará aquí dentro de un segundo y podréis hablar de cosas de mujeres. Bueno, Dick, te has puesto muy elegante.

Les llevaba un suéter colorado con cuello de marinero y unos pantalones desteñidos y con vueltas. Parecía un tipo de Darmouth, cosecha del 59.

—Quítate la corbata, Dick. ¿O quizá te llaman Dirkie?

—Richard.

—Lo mismo da. —McCloud soltó por fin la mano de Richard—. Patsy está poniendo cubitos de hielo en los vasos. ¿Qué prefieres? ¿Y tú, Laura? Yo hago los mejores «Martinis» de todo Connecticut.

—Nada para mí —dijo Laura.

—Sólo una cerveza —dijo Richard.

—¿Quieres esa nada con aceitunas o con unas pastas? ¿Trabajas también en el teatro, Laura?

—No; yo...

—Esta noche tenemos dos abstemios. ¿Qué hacéis para relajarnos? ¿Navegáis a vela o algún juego de pelota?

Seguía mirando directamente a Richard a la cara, con una cordialidad tan agresiva que era casi hostilidad.

—Nada de eso —dijo Richard—. No tenemos ninguna barca y hace mucho tiempo que dejamos de jugar al tenis.

—Es un alivio —dijo Patsy McCloud.

Los Allbee se volvieron a mirarla. Plantada junto a Ronnie Riggley, huesuda, rubia y rebosante de salud, parecía frágil, con sus delgados hombros descubiertos, sus enormes ojos castaños y sus cabellos negros, lisos y no muy aseados. Tenía finas facciones. Unas arrugas casi invisibles se formaban alrededor de su boca al sonreír. Y, al hacerlo, mostraba unos dientes pequeños, blancos y ligeramente irregulares. Hubiérase dicho el aperitivo de su marido.

—Ahora no me digáis que hacéis *jogging* juntos. Yo soy Patsy McCloud. Sed bien venidos, Richard y Laura.

Su apretón de manos fue rápido y gracioso.

—Yo no corro, y Laura no puede hacerlo —dijo Richard.

—Todo el mundo puede correr —afirmó Les.

—No las mujeres encinta —dijo Patsy—. Al menos, yo lo creo así. ¿Tenéis otros hijos?

A Laura le sorprendió la intuitiva observación de Patsy.

—No; es el primero.

Les volvió a meterse en la cocina, y Patsy besó a los dos Allbee.

—Me alegro muchísimo de que os trasladéis aquí.

—Gracias.

—Es verdad.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí tú y tu marido? —preguntó Richard.

—Dos años. Antes estuvimos un año en Los Angeles. Y con anterioridad en Inglaterra. Les ha sido muy afortunado.

Esta observación pareció ambigua a Richard, como si Patsy se distanciase de los viajes y de la carrera de su marido.

—Sí, en Belgravia —siguió diciendo Patsy—. Les lo aborrecía. Estaba impaciente por volver aquí. Detestaba Inglaterra. Y yo no estaba en condiciones de discutir con él. —Apretó los largos dedos sobre el vaso chato que llevaba en la mano—. Acababa de tener un aborto.

Incluso Bobo Farnsworth pareció un momento afligido. Les volvió con la cerveza de Richard y dijo:

—¡Qué caras tan lúgubres! Patsy debe de haber dicho algo. Mi mujer es capaz de matar la alegría como nadie. ¿Has dicho algo triste a esta buena gente, pequeña? —Tenía fus mejillas coloradas; Richard vio al fin que el hombre estaba ya borracho. La velada sería un tormento—. Hagámoslo ahora, querida. ¿Qué te parece?

Patsy asintió con la cabeza, con expresión sombría y distante.

Les McCloud miró fieramente a Richard. El bruto de la clase, pero ya maduro.

—Bueno Dick, haznos un favor, ¿quieres? Di lo que solías decir. Di «Oh, mamá, quiero todo un plato de caramelos».

—¡Oh, mamá, quiero todo un plato de caramelos! —dijo Richard, y agradeció la risa de Ronnie Riggley.

—Los tendrás —dijo Les, y corrió de nuevo a la cocina. Volvió con un tazón lleno de «Oreos»—. Vamos, toma uno. Los he comprado para ti.

—¡Oh, no! —exclamó Bobo Farnsworth.

Pero Les acercó el tazón a Richard, que tomó un «Oreo» y se lo metió en el bolsillo. Patsy McCloud, visiblemente contrariada, preguntó:

—¿Queréis ver la casa, como es de rigor?

La velada discurrió pesadamente. Vieron la casa, admiraron las máquinas eléctricas con bolas y el tocadiscos en el cuarto de jugar, e hicieron los adecuados comentarios durante la cena, de mediana calidad y preparada con prisa. Los «fetuccini» («La pasta es el prólogo», dijo Richard, ganándose una de las mejores sonrisas de Patsy McCloud) estaban demasiados cocidos, y la carne de cordero, demasiado cruda en el centor. Kes MacCloud bebía sin parar, llenando el vaso de Patsy casi con tanta frecuencia como el suyo. Laura empezó a cansarse pronto, y Richard sólo deseaba llevarla a casa.

Bobo Farnsworth casi salvó la velada. Con su inagotable buen humor, bebió «Coca-Cola», comió de lo lindo e hizo divertidos comentarios sobre el trabajo de la Policía. Como Ronnie, había simpatizado con los Allbee desde el primer momento. Las anécdotas fluían de su boca.

—Iba en el coche patrulla por Post Road, persiguiendo al caballo desbocado, y encendí los faros. Párate de una vez querido, le dije al caballo.

Bobo hacía todo lo posible por alegrar la velada, y los Allbee agradecían su presencia. Patsy McCloud respingó cuando Les, queriendo competir con Bobo, contó un chiste verde.

—Bueno, no te gustan los chistes —dijo Les— A mí me gusta el trabajo de la Policía. ¿Por qué no pilláis a ese tipo que anda por ahí matando mujeres? Para eso os pagan. A ti no te pagan para estarte aquí sentado zampándote mi comida, sino para que des caza a los delincuentes ahí fuera.

—Y hay mucho delincuente ahí fuera, Les —dijo Bobo en tono majestuoso—. Estamos trabajando en ello.

—Escuchad, ¿Por qué no solimos todos a hacer una excursión en barca de vela el próximo fin de semana? —preguntó Les—. Somos un grupo estupendo. Iremos en barca, y mi esposa hará su truco.

Patsy miró su plato.

—No os dirá lo que es. ¡Qué caray! Ni siquiera permite que os lo diga yo.

—Yo no hago trucos.

Patsy parecía realmente incomodada.

—Lo cierto es que Patsy es una hechicera —dijo Les, y sonrió como si hubiese dicho algo gracioso—. Dick, tú y Patsy tenéis algo en común. ¿No dijo Ronnie que tu



familia contribuyó a descubrir esta zona? Bueno, también lo hizo la familia de Patsy. Es una Tayler. Los suyos vinieron aquí antes de que la propiedad inmobiliaria tuviese el menor valor. Por esto es tan fachendosa, Pero no es la razón de que sea una hechicera. Escuchad esto. Cuando estábamos en el *college*, Patsy solía predecir la nota exacta que obtendría yo en los exámenes. Y cuando estábamos en la escuela superior, sabía que John Kennedy sería asesinado. Les miró a todos, inmóviles en sus sillas—. ¿Está esto en la sangre de las familias yanquis? ¿Hiciste algo parecido, Dick?

La incomodidad de Patsy McCloud se había convertido en verdadera turbación. Estaba pálida, parecía abrumada. Los enormes ojos castaños de su cara infantil parecían pedir ayuda a Richard. Éste pensó que iba a desmayarse o a gritar... Era como si su esposo la hubiese abofeteado.

Y Richard comprendió de pronto que lo había hecho. Este era el significado de la escena. Les McCloud pegaba a su mujer, y la pobre y atrapada Patsy se lo permitía. Y entonces se le ocurrió una segunda idea. No una idea, sino una imagen. La cara horrorizada de Patsy le recordó el semblante de un adolescente mirándole a través de los cristales de una tasca de Port Road.

—Quien calla, otorga. Otra bruja yanqui —gritó jubilosamente Les.

Richard tenía que reparar esto inmediatamente. También Laura estaba más inquieta de lo que requería la situación.

—No exactamente —dijo—. No, nada de eso.

—Entonces, ¿qué?

—Yo sólo tuve un par de pesadillas —dijo.

—Tendrías que ver al psiquiatra de Patsy —le dijo Les—. El bueno y viejo doctor Lauterbach. ¿Cuánto tiempo hace que le visitas, querida? ¿Cuatro meses? ¿Cinco?

—Lo siento, pero estoy muy cansada —dijo Patsy.

Se levantó. Sus largos dedos temblaban. Su mirada se cruzó con la de Richard, y también esta vez comprendió él su juego. «No nos juzgues por esto. No siempre somos tan malos.»

—Disculpadme, pero quedaos vosotros, por favor. Lo estábamos pasando tan bien...

Una brillante sonrisa dirigida a todos, y se fue. Les iba a detenerla, pero Bobo interceptó su acción.

—Yo también tengo que marcharme, Les. Esta noche estoy de servicio desde las doce hasta las ocho.

Y todos se pusieron en pie, sonriendo tan falsamente como Patsy, tratando de disimular su afán de llegar a la escalera.

—Lo repetiremos, ¿eh? Supongo que no hubiese debido..., bueno, ya sabéis. *In vino veritas*, etcétera, etcétera. Venid cuando queráis. Saldremos todos en barca algún fin de semana.

—Sí, desde luego —dijo Richard—. En cuanto hayamos arreglado nuestra casa. Tendremos trabajo durante muchos fines de semana.

Por fin salieron al exterior. Ninguno de los cuatro dijo nada hasta llegar a sus coches. Entonces, Ronnie murmuró:

—¡Caray! Siento haberos metido en esto. Siempre me habían parecido encantadores. No sé qué mosca le habrá picado a Les. Sinceramente, ha estado horrible.

Bobo dijo:

—Podemos reunimos los cuatro otro día, ¿no? Bueno, no conocía a ese tipo. No sabía que fuese un sádico.

—Sí —dijo Richard—. Sí, nos veremos. Y estoy de acuerdo en que es un sádico. ¡Pobre mujer!

—Lo único que tiene que hacer es dejarle —dijo Laura—. Vayamos a casa. Por favor.

Ronnie arrancó antes que ellos, y Laura se arrimó a Richard en el asiento delantero de su coche.

—No puedo soportarlo. No puedo soportarlo —dijo—. Ese hombre, ese gordo carnívoro. ¿Tendremos que vivir con esa clase de gente? Lo *odio*, Richard..., lo odio.

—Yo también.

—Quiero que nos amemos. Volvamos a esa horrible cama lo antes posible.

## 10

Así, aquella suave noche en Hampstead Connecticut, al menos dos parejas lo pasaron lo mejor posible. Mientras Bobo Farnsworth, de veintiocho años, se duchaba antes de ir a su trabajo, Ronnie Riggley, de cuarenta y uno, se despojó de su ropa y compartió con él el cálido rocío de la ducha. Reía entre dientes, y él soltó una carcajada. Juntos olvidaron el resabio de Les McCloud, y Bobo volvió jubiloso a su trabajo. Los Allbee se desnudaron al mismo tiempo en la habitación de Fairytale Road, pero a ambos lados de la cama, como suelen hacer los casados. Y, como suelen hacer los casados, colgaron su ropa.

—Él le pega, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Vi una moradura en su brazo cuando se le escurrió la manga. Le pega en los brazos para que nadie lo sepa.

—O tal vez a ella le gusta —dijo él, y le sonó como una traición.

Sabía que no era verdad.

Laura estaba en pie como un tótem de tribu, sueltos los claros cabellos, gordos y colgantes los senos, ligeramente abombado el vientre de piel tirante y surcado de venas azules. Richard no había sospechado lo atractiva que puede ser una mujer embarazada. La Naturaleza, cumplidos sus fines, recompensaba a sus siervos con su propia moneda.

Pero el semblante de Laura estaba tan tenso como el de Patsy McCloud. Le agarró de los hombros cuando estuvieron juntos, de frente, tocándose sus caderas, ligados en un estrecho abrazo. Respiraban al unísono, suavemente. La cama parecía bostezar cómicamente.

—Eres un encanto. Incluso dijiste que irías en su barca.

—Prefiero estar en la tuya.

Silencio durante un rato. Placer intenso, ardiente: un placer prolongado hasta el punto de parecer dolor y hacerles jadear.

—No tengas más pesadillas —murmuró Laura a su oído—. Quédate así, no tengas pesadillas. Me espantan.

Estaban en casa, juntos.

Richard se despertó horas más tarde, sintiéndose limpio y fresco en espíritu..., como si le hubiesen lavado el alma. Suavemente, retiró el brazo de debajo del hombro de Laura. Le besó la espalda y le supo a sal y a especias, y volvió a dormirse. Sin pesadillas: se habían acabado las viejas pesadillas, al menos por la noche.

## 11

Graham

Mi Diario me recuerda que consideré pacífica aquella noche de domingo, incluso aburrida, y así fue para mí, al menos hasta que, algún tiempo después, hice mi tardía entrada. Había leído la sección bibliográfica del *Times* en un complicado estado en el que se unían la ira y la incredulidad, y escrito después algunas páginas. Después de comer un bocadillo de queso y una naranja, me dormí sobre la mesa con el lápiz en la mano. Soñé en mis cuartillas y comprendí que no estaban bien. En ellas, una mujer acababa de encontrar al hombre que había sido su amante. El problema era explicar cómo lo había conocido. Tenía que haber una tendencia erótica, y en esto me había armado un lío. Desgraciadamente, mi propia experiencia de las tendencias eróticas, de la clase que fueren, era muy anticuada. Sin embargo, podía recordar cómo conocí a mi primera esposa y también a la segunda. Ambos acontecimientos tuvieron lugar en salas de tribunales. Las primeras emociones fueron de tedio y de lujuria. Lo otro vino más tarde. Cuando me desperté, volví a escribir la escena y guardé las cuartillas en una carpeta para transcribirlas más adelante. Es una manera elegante de decir para escribirlas a máquina.

Pero corrientes de otra clase, no eróticas, pasaban por Hampstead. Los bares estaban abiertos hasta la una, Tabby Smithfield rondaba con sus nuevos amigos, Bobo Farnsworth patrullaba satisfecho en su coche blanco y negro, y resolvió hacer una buena acción. Gary Starbuck había robado ya en una casa de Redcoat Lane y se disponía a robar en otra. El doctor Wren van Horne, mi viejo amigo y viudo como yo, estaba todavía levantado en su espléndida mansión, pensando en comprar un espejo para llenar un hueco de una pared del cuarto de estar. Charlie Antolini yacía en su hamaca, sonriendo feliz a las estrellas, mientras su mujer lloraba en el dormitorio. Esta noche, empezaron a caer pájaros muertos o moribundos desde el cielo. En mi imaginación, fantásticos mercenarios alemanes alborotaban en una Mount Avenue desprovista de sus grandes casas. Entre ellos estaba un tipo al que mi mente daba la cara plana y patilluda de Bates Krell, el pescador de langostas que, al parecer, se

había largado. Pero no se había largado. Yo lo había ahogado. Y Joey Kletzka, el jefe de Policía de aquellos tiempos, sabía que yo lo había hecho. No creía una palabra de lo que yo le decía acerca del caso, al menos no lo creía conscientemente; pero sí que pensaba que Bates Krell era responsable de la desaparición de cuatro mujeres, y veía las manchas de sangre en la barca cuando yo se las mostraba.

Otra persona supo pronto de mí y de Bates Krell. Tabby Smithfield. Lo supo porque lo vio como veo yo el incendio de Greenbank por los hombres del general Tryon: mentalmente. Tabby lo vio la primera vez que se encontró conmigo, aquella noche de domingo. Dicho lisa y llanamente, me reconoció, y esto nos espantó a los dos.

## CINCO: LOS SMITHFIELD Y LOS MCCLOUD

### 1

Skippy Peters se había vuelto loco, éste era el problema; aunque, si he de decir toda la verdad, siempre había estado un poco chalado. Cuando estudiaba sexto, se había afeitado las cejas, sustituyéndolas por betún de lustrar zapatos, y había hablado por teléfono con Dicky y Bruce Norman, los gemelos de la familia numerosa e irregular que vivía en el camping dirigido por Mr. Norman, tratando de persuadirlos de que hiciesen lo mismo. El día siguiente, los gemelos Norman (que habían dicho a Skippy que seguirían su consejo) se presentaron en el colegio con las cejas intactas en sus bulbosos semblantes, y se desternillaron de risa cuando el maestro envió a Skippy a casa. En el octavo curso, cuando estaban en la Escuela Media junto a J. S. Mili, Skippy Peters había sido sorprendido masturbándose en la ducha, por el profesor de gimnasia, extrañado de que tardase tanto rato: una suspensión de dos semanas. En su primer día de escuela superior, se había dado a conocer derrumbándose en «Cáncer Córner» —el rincón del fondo de la zona de aparcamiento, donde los chicos mayores iban a fumar— y simulando que echaba espumarajos por la boca. Una vez había tratado de que le tatuasen el trasero con la insignia del Cuerpo de Marina, pero el que hacía los tatuajes le había echado de su taller a cajas destempladas.

Los gemelos Norman apreciaban sobre todo a Skippy porque siempre estaba dispuesto a hacer cuanto ellos le sugerían. Cuando tenían quince años y estudiaban segundo en «J. S. Mili», los mellizos pesaban ochenta y cinco kilos cada uno y llevaban los negros cabellos de indio largos hasta los hombros. Tenían la cara redonda, cetrina y de gordas mejillas. De no haber sido por los ojos, astutos bajo los párpados fruncidos, habrían parecido retrasados mentales, con sus caras inhumanas, llenas de hoyuelos e inexpresivas; pero, en realidad, parecían malhechores natos. Se les achacaba, casi siempre con razón, todo lo que ocurría de malo cerca de ellos, y esto desde que habían salido de la primera infancia. Vivían por su cuenta en un remolque abandonado, en el hermoso camino y a cierta distancia de aquel en que sus padres y sus cuatro hermanos vivían sus turbulentas y desordenadas vidas. A veces comían en el remolque de sus padres, pero casi siempre lo hacían en «Burger King» o en «Carvel». Por la noche, cogían un herrumbroso «Oldsmobile» negro que habían reparado y se dirigían a Riverfront Avenue y al «Blue Tern Bar», donde obligaban a sus condiscípulos a traerles botes de cerveza, y es que los camareros y los mantenedores del orden en el «Blue Tern» los conocían y no les dejaban entrar en el

bar. Cuando Bobo Farnsworth u otro policía de Hampstead pasaba por las zonas de aparcamiento del «Blue Tern» y de los almacenes próximos, los gemelos se retrepaban en el asiento del viejo «Oldsmobile» y sonreían; pensaban que Bobo Farnsworth era un zopenco. Todos los polis de Hampstead eran unos zopencos, salvo *Tortuga Turk*, que una vez había asustado realmente a Bruce Norman levantándole del suelo y amenazándole con arrojarlo desde el paso elevado de la Salida 18. Odiaban a *Tortuga Turk*.

Nadie confiaba en Dicky ni en Bruce; atraían el recelo, como los boxeadores atraen las moraduras, y por esto un chico como Skip Peters les resultaba muy útil. Hijo de padres opulentos, muchas veces de viaje y siempre distanciados, Skippy era un proscrito que al menos parecía normal. En el colegio, Dicky y Bruce habían descubierto que podían enviar a Skip a Greenbatts con una lista de cosas a hurtar, y que éste volvía con el doble de lo que le habían encargado: magdalenas, botellas de «Coca-Cola», pastillas de chocolate, botes de nueces del Brasil; era como una cesta de la compra ambulante. Skip Peters parecía tan buen chico, y también tan nervioso, que incluso cuando lo pillaban, los tenderos se compadecían de él y lo despedían con una advertencia.

Pero, a finales de mayo, este ansioso y errático instrumento de los gemelos Norman empezó a perder tanto su eficacia como su valor de diversión. Un martes, durante el primer período de la clase de Geometría, Skippy se levantó de su asiento en la última fila y gritó a Mr. Nord, el maestro:

—¡Estúpido! ¡Es usted un estúpido! ¡Lo está haciendo mal!

Mr. Nord se volvió de la pizarra, entre aterrorizado y enfurecido.

—Siéntate, Peters. ¿Qué estoy haciendo mal?

—El problema, estúpido. ¿No ve que el ángulo es..., es...?

Y rompió en sollozos. Mr. Nord le dijo que saliese de la clase.

Entre dos clases, Skip esperó en el pasillo a los gemelos Norman.

—Eh, chico —dijo Bruce—. ¿Qué te pasa?

Skippy estaba aún más pálido que de costumbre y tenía los ojos rojos como los de un conejo.

—Que eres un cerdo imbécil. Esto es lo que pasa. Dime dos números para que los multiplique.

—¿Qué?

—Vamos. Dos números cualesquiera.

—Cuatrocientos sesenta y ocho y tres mil novecientos cuarenta y dos.

—Un millón ochocientos cuarenta y cuatro mil ochocientos cincuenta y seis.

Bruce le largó un puñetazo debajo de la oreja y lo lanzó contra una hilera de armarios.

Los gemelos Norman debieron de cambiar impresiones; cuando Jix y Peters sacaron a Skippy de «J. S. Mill» el día siguiente y le enviaron a un lugar que parecía un hotel de descanso, con campo de golf, gimnasio y piscinas cubierta y descubierta, los mellizos Norman se tumbaron sin duda en su remolque y hablaron del chico recién llegado. Mientras comían chocolate, se pasaban cigarrillos, bebían cerveza y

observaban *La Cosa* en su televisor robado, calcularon cómo podría serles útil, y concibieron un plan.

El mismo viernes en que un clérigo de Chicago llamado Francis Goodall, de vacaciones y ya tostado por el sol, entró en la lujosa cocina de su hermana y dejó caer, aterrorizado, una pesada bolsa de comestibles en lo que parecía un lago de sangre, Tabby Smithfield levantó la cabeza, sorprendido, cuando un vaso de «Pepsi-Cola», sostenido por una mano negra de grasa, fue rudamente depositado sobre la mesa delante de él.

—Eh, novato —dijo una voz desde arriba—, ¿tienes sed?

Tabby miró hacia arriba y fue incapaz de hablar. Los dos chicos más amenazadores de su clase le sonreían con sus caras monstruosas. Uno llevaba un mono sobre una camisa de manga corta, y el otro una sucia camiseta deportiva en la que aún podía leerse, aunque con dificultad, ROLL OVER. Pusieron sus bandejas sobre la mesa y se sentaron, uno a cada lado de Tabby.

—Yo me llamo Bruce, y éste es Dicky —dijo el de la camiseta deportiva—. Vamos, bebe; lo hemos traído para ti. Somos las damas del Comité de Recepción.

Mientras el jardín de Goodall se llenaba de vecinos, y Bobo Farnsworth trataba, simultáneamente, de impedir que *Tortuga* Turk le atizase un puñetazo en la mandíbula a un policía del Estado y de llevar a los dos aterrorizados niños Goodall a la casa de algún vecino al que pudiese arrancar de las ventanas de la cocina, Tabby Smithfield se sentaba en la última fila de la clase de Historia Universal. Dicky y Bruce Norman se colocaron a su lado como un par de enormes perros guardianes.

—Cuéntale lo de Skippy y las cejas —murmuró Bruce a Dicky.

Los dos hermanos olían —nostálgicamente, para Tabby— a cerveza.

## 2

Las relaciones entre Clark y Monty Smithfield se habían suavizado y mejorado al tocar los años setenta a su fin. Tabby era la razón de esto. Aunque Monty se había jurado, después de aquella terrible escena en el aeropuerto, que viviría como si su hijo hubiese muerto, era incapaz de imaginarse que también su hijo había dejado de existir. Soñaba con Tabby, y varias veces al mes se sentaba en la que había sido habitación del niño y contemplaba las hileras de juguetes que su nieto había dejado allí. Y como habían sido la causa de que perdiese a Tabby, llegó en definitiva a lamentar los insultos que había lanzado a su hijo. Tal vez no hubiese debido burlarse del tenis de Clark. Tal vez no hubiese debido insistir en que Clark colaborase con él en la compañía. Tal vez habría debido dejar que Clark vagase por el Oeste, jugando al tenis, tal como había querido hacer al salir del *college*. Tal vez había sido un error dar la mitad de la casa a Clark y a Jean..., tal vez aquella proximidad había sido la peor equivocación. Todas estas recriminaciones se sucedían en su mente.

Al cabo de un par de meses buscó a algunos amigos y condiscípulos de Clark. Les dijo que no intervendría en la vida de su hijo, que lo único que quería era

enviarle dinero de vez en cuando. Un viejo tendiendo su talonario de cheques como si fuese su corazón... Dos amigos de Clark se compadecieron de él, Uno de ellos tenía una dirección en Miami; el otro, un número en una calle de Fort Lauderdale. Monty llamó al servicio de información telefónica de ambas ciudades, pero Clark no tenía teléfono. El día del cumpleaños de Tabby, envió sendos cheques y notas a ambas direcciones, y dos semanas más tarde recibió una carta dándole las gracias, escrita en la caligrafía infantil de Tabby y remitida desde Fort Lauderdale.

El día del cumpleaños de Clark, Monty le envió mil dólares, pero la carta le fue devuelta sin abrir. A partir de entonces, Monty envió todos los meses un pequeño cheque a Tabby, y éste le escribió cada vez que hacía con su padre uno de sus frecuentes traslados. Al cumplir los ocho años, envió a su abuelo una fotografía desde Cayo Hueso: una foto de Tabby Smithfield, moreno y descalzo, plantado en el extremo de un muelle. Cabellos descoloridos por el sol y ojos deslumbrados.

Poco después del undécimo cumpleaños de Tabby —otra fotografía de Tabby, ahora en una espléndida mecedora de mimbre, y enviada desde Orlando—, Monty recibió una nota casi cablegráfica de Clark, diciéndole que tenía una nueva nuera. Se llamaba Sherri Stillwell Smithfield. Sherri y Clark llevaban un mes casados.

Monty, que había aprendido la lección, no perdió el tiempo. Envío una carta de felicitación y, con ella, un cheque muy generoso. Esta vez, la carta no fue devuelta. Dos semanas después de que el Banco le enviase el estado de cuentas en que figuraba el pago del cheque, Monty recibió al fin una llamada telefónica de su hijo. Monty dijo a Clark:

—Quiero que sepas una cosa. Te dejaré esta casa cuando yo me vaya; será tuya, limpia de polvo y paja. Y si quieres traer a Tabby y a tu esposa a vivir en ella, me parecerá estupendo.

Durante todos aquellos años, la vida de Tabby había sido más extraña de lo que los gemelos Norman podían imaginar.

Él y su padre habían vivido en habitaciones únicas, en apartamentos que apestaban a cerveza sobre tabernas baratas, en hoteles para transeúntes donde tenían que cocinar en un hornillo y expulsar las cucarachas de la mesa y, en la época peor, habían pasado una semana viviendo en el viejo coche de Clark. Había conocido a muchos chicos que prometían llegar a ser como los gemelos Norman: la violencia, la estupidez y las malas artes no eran nada nuevo para Tabby. Había visto a su padre nadar peligrosamente en el alcoholismo y excederse más de lo debido; había visto a su padre brevemente encerrado en la cárcel, no sabía por qué delito; a sus diez años, sólo había terminado un curso en la misma escuela donde lo había empezado. Una vez, había visto a su padre llegar a casa resplandeciente y triunfal, y poner sobre la mesa de la cocina los tres mil dólares que había ganado jugando al tenis. Había visto morir a dos hombres, uno acuchillado en el bar donde trabajaba Clark y el otro muerto de un tiro durante una reyerta en la calle. Y una vez, al abrir la puerta del cuarto de baño sin llamar primero, había visto a un amigo de su padre, un pellejudo y esquelético travestí llamado Poche o Poach, sentado en la taza del retrete inyectándose heroína en el brazo.



Cuando tuvo catorce años, anotó todas las direcciones que pudo recordar de los lugares donde él y su padre habían vivido, empezando por la casa de Mount Avenue; sin la menor vacilación escribió nueve direcciones, incluidos tres establecimientos que se hacían llamar hoteles, una casa de huéspedes y una casa de caridad. Después de pensar unos minutos, pudo anotar tres más.

Sherri Stillwell había cambiado en definitiva todo esto. Era una rubia enérgica y leal, medio cubana, cinco años más joven que Clark. Su primer marido la había abandonado, y ella había empezado a frecuentar el bar «No Name» de Cayo Hueso donde trabajaba Clark. El padre de Sherri había trabajado en los pozos de petróleo de Texas y estado largas temporadas ausente de su casa, y ella había ayudado a criar a tres hermanos menores; le gustaban los niños. Sherri conservaba aún muchas cosas de Texas. Cuando fue a vivir con Clark, insistió en que Tabby se quedase en casa con ella por la noche e hiciese sus deberes escolares, en vez de rondar por las calles o estar sentado como una mascota en un rincón del bar. Sherri llenó las declaraciones fiscales de Clark, le libró de inútiles y delincuentes parásitos, como Poche, e hizo prometer a Clark que nunca le mentiría.

—Mira, querido, mi primer marido me endilgó tantas mentiras que llegué a creer que el cielo era rojo. Con una vez tuve bastante. Si haces alguna tontería, dime de quién se trata y lo solucionaré en seguida. Sólo quiero una cosa: que seas franco conmigo. Dime una mentira, sólo una, y todo habrá terminado entre nosotros.

Con sus cabellos oxigenados y sus ojos negros, Sherri no se parecía a nadie que hubiese puesto los pies en la casa de Mount Avenue, pero Monty Smithfield habría reconocido lo que se proponía hacer en pro de su amante y del hijo de éste. Fomentaba los ocasionales arranques de Clark, porque podían traer dinero inmediato, pero quería que dejase de trabajar en el bar y empezase algún negocio. Marcaba los anuncios de demandas. Concertaba citas para él. En definitiva, gracias a Sherri obtuvo Clark un empleo como vendedor. En esta época estuvieron en Orlando, en una casita de dos habitaciones, con un mezquino jardín arenoso, y empezaron a ahorrar algún dinero. Con el cheque que Monty les envió como regalo de boda, compraron un coche nuevo y algunos muebles. En realidad, fue Sherri quien convenció a Clark para que telefonease a su padre.

Durante estos años, Tabby había conseguido reprimir todas las señales de las desdichas que habían precedido y acompañado a su partida de Connecticut. Pensaba en su madre, pero cuidaba muy bien de borrar la visión del interior del ataúd que tanto le había impresionado momentos antes de su entierro; las extrañas visiones que había tenido en el aeropuerto, parte de un pánico general y abrumador, de una confusión dolorosa, fueron auténticamente olvidadas. De su vida en Connecticut recordaba principalmente cosas tan opulentas que parecían inventadas: la fachada de su casa, su pony y una profusión de juguetes mecánicos, el aspecto y la manera de vestir de su abuelo. Justo cuando estaba temblando en el borde de la pubertad, le dio en la cabeza un bateador de Louisville cuando estaba haciendo de *catcher* en un partido de béisbol escolar, dejándole inconsciente, y cuando recobró el conocimiento sobre la seca hierba del campo, con todos los demás inclinados sobre él, recordó momentáneamente haber visto a un hombre cortando a una mujer con un cuchillo,

visión que tenía el sabor de la nostalgia. Una maestra arrodillada a su lado no paraba de decir: «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!» De momento no reconoció a la maestra ni a ninguno de los chicos. ¿Dos personas desnudas en una cama, chapaleando una de ellas en su propia sangre? En medio de un horrible dolor de cabeza, vio de nuevo la escena, como si hubiese llenado su mente mientras estaba inconsciente, y de nuevo le pareció que había estado allí y presenciado el suceso.

—¡Oh, Dios mío! —repitió la maestra, y de pronto recordó él su nombre.

La extraña y poderosa visión se desvaneció; él enfocó la mirada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la maestra.

—Mi papá dijo entonces que no había hombres malos —le contestó Tabby.

### 3

Y sólo otras dos veces, durante su vida en Florida, demostró Tabby Smithfield que podía ser algo diferente del chico tranquilo y normal, hijo de un errante mozo de bar, que parecía ser.

La primera fue inmediatamente después de comprar Clark la casita en Orlando. Se habían mudado a ella aquella mañana, y Sherri estaba trajinando en la cocina y en el cuarto de estar, fingiendo que hacía algo. El remolque de la agencia de mudanzas estaba todavía delante de la casa, desenganchado, porque Clark estaba en el trabajo, y el suelo estaba lleno de cajas de platos y de ropa. Sherri esperaba el camión de reparto de «Sears», que traía una cama nueva. Tabby había encontrado su juego del «Monopoly» en una de las cajas, y jugaba sobre el suelo desnudo de su nuevo dormitorio. Había cuatro Tabbys, y cuando uno de ellos arrojaba el dado, los otros esperaban que fuese a parar a uno de sus hoteles. Hasta ahora Tabby II iba ganando, y Tabby III sólo tenía penalizaciones. Sherri había entrado en la habitación y, al ver lo que estaba haciendo, había dicho:

—A fe mía que estás como una cabra.

Y había salido de nuevo. Ruido de cajones abriéndose y cerrándose, y de cajas reventadas.

—¡Maldita sea! —gritó Sherri desde el cuarto de estar—. ¡No puedo encontrarlo!

Él era entonces Tabby IV, un Tabby prudente, no un insensato como Tabby II, ni un desgraciado como Tabby III, con buenas posibilidades de alcanzar al II y, en definitiva, de ganar la partida. Gritó:

—¿Puedo ayudarte?

—¡No lo encuentro! —gimió Sherri, vivamente contrariada.

Tabby lo comprendió: mudarse de casa atacaba siempre los nervios. Y entonces, él, o para ser exacto, la parte de él que era el desgraciado Tabby III, comprendió aún más. Sherri había extraviado su cartera, y estaba nerviosa porque, si tenía que dar una propina a los hombres que traerían la cama, no tendría dinero para hacerlo. Comprendió todo esto en un instante, y entonces, como si Tabby III, con su menguante montoncito de dinero de juguete, se inclinase hacia él por encima de la

mesa y le murmurase al oído, vio lo que había sucedido: vio a Sherri sacar la cartera de su enorme bolso y dejarla distraídamente sobre el frigorífico.

Tabby no se detuvo a reflexionar sobre esta visión, ni a preguntarse de dónde venía. Dejó el dado y se dirigió al cuarto de estar, donde Sherri paseaba arriba y abajo, mesándose los cabellos.

—Tu cartera está encima del frigorífico —le dijo.

—¿Te burlas de mí? —preguntó Sherri.

Pero fue trotando a la cocina y volvió un momento después, con la cartera en la mano y una sonrisa agradecida en el semblante.

—Eres un genio, muchacho —dijo—. Ahora dime qué fue de aquel brazalete amuleto que perdí cuando tenía dieciséis años.

—Está bien —dijo Tabby—. Cayó detrás del asiento posterior del coche de tu primo Héctor. Era un «Dodge» del 49. El brazalete estuvo allí mucho tiempo, pero cuando Hector vendió el coche como chatarra, el muchacho del taller de desguace lo encontró al desmontar los asientos. —Toda esta información le venía de Tobby III—. Lo regaló a su amiguita, pero ésta lo perdió en una fiesta y, de algún modo, fue a parar a un vertedero...

Se interrumpió, porque Tabby III acababa de darle una imagen muy clara de Sherri a los dieciséis años, sin falda y sin sujetadores. Sus cabellos eran tan negros como sus ojos.

Sherri le estaba mirando boquiabierta.

—¿Mi primo Héctor? ¡Jesús! ¿Te hablé alguna vez de él?

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—Ya están aquí. Bueno, gracias, Tabby. Me estaba volviendo loca.

Se volvió, pero no antes de mirarlo desconcertada, casi espantada, con sus negros ojos.

El segundo suceso ocurrió tres años más tarde, en marzo de 1980, justo un mes antes de que volviesen a Hampstead. Monty Smithfield había muerto de un ataque al corazón, y su abogado había escrito a Clark para decirle que era dueño de «Cuatro Corazones». Clark quería marcharse inmediatamente; Sherri no quería moverse de donde estaban, y discutieron por esta causa. Además de la casa había de por medio una cantidad de dinero que a todos les parecía fabulosa: cientos de miles de dólares.

—¿Y tu empleo?

—Que se lo guarden. Conseguiré otro empleo allí, Sherri. E incluso puedo estar mucho tiempo sin necesitarlo.

—No quiero trasladarme al Norte.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿En esta pocilga?

—No sabría cómo comportarme. No me adaptaría. No tendría amigas. Quiero quedarme en mi ambiente.

Clark había vuelto en parte a las andadas, en la cuestión del alcohol, y estaba bebido. Como en los viejos tiempos de Mount Avenue, dejaba de trabajar dos días a la semana. Y había empezado a discutir con Sherri acerca de estas cosas.

—Tu ambiente está donde yo te lleve —chilló ahora Clark.

—Así, pues, soy como un objeto que metes en tu maleta, ¿eh?

Cuando Sherri se enfurecía, su voz sonaba más española.

Tabby salió de la casa, deseando alejarse del ruido de la disputa. Cruzó el pequeño jardín lleno de hierbajos. La voz de Sherri se elevó como una bandera en la casa a su espalda. Un cristal saltó hecho añicos.

Entonces volvió a ocurrir aquello, Él estaba en otra parte. Por primera vez, comprendió que preveía el futuro, que veía lo que iba a ocurrir. Era de noche, una noche unos grados más fresca que la actual. Los ruidos de la disputa se habían extinguido, y Tabby sabía, sin mirar atrás, que la casa se había desvanecido también. Le rodeaban unos árboles altos y oscuros: ante él había una encrucijada. La luz de varias casas grandes brillaba entre y alrededor de los árboles. Sabía que éste no era el paisaje que debía ser, sino un barrio rico propio de la tierra nortea. Antaño había conocido este lugar. Había ocurrido algo malo en él. Los faros de un coche, bajos sobre el suelo, giraron en su dirección. Al cabo de un momento, se echaron encima, deslumbrándole.

#### 4

Y allí estuvo plantado seis semanas más tarde, de tiempo real, en la noche del 17 de mayo. Su padre decía que había encontrado ya un empleo; cuando llegaba a casa por la noche, hablaba de los «pedidos» que conseguía y de las comisiones que ganaba, todo ello sin dejar de beber en exceso. Sherri se había vuelto huraña porque no se sentía bien aquí. Odiaba Connecticut y el desdén con que la miraban en todas partes. Tabby sabía que Hampstead era completamente extraña y cruel para ella. Aquella noche, para no oír los reproches de la nostálgica Sherri y los brotes de discusión entre la pareja, Tabby salió de casa después de comer.

Vagó por las calles, buscando algo. En dos ocasiones se encontró delante de la verja de Mount Avenue, contemplando la vieja casa de su abuelo. Todavía no acostumbrado a las dimensiones de su nuevo hogar, apenas podía creer que él y su padre hubiesen vivido antaño en semejante mansión. Tenía dos veces el tamaño de «Cuatro Corazones». Pasmado, dio media vuelta y se alejó de allí. Le invadió un sentimiento de inmanencia. Algo, no sabía qué, tenía que ocurrir: había que sellar algún contrato. En el colegio, permanecía silencioso e indiferente, pensando a medias que su verdadera vida estaba en otra parte, estaba en las tranquilas calles de Greenbank, de noche.

Este sábado, Tabby se había sentido atormentado por la certidumbre de que *aquello* estaba a punto de ocurrir. Todavía no tenía la menor idea de lo que era, pero se cernía sobre Hampstead como una nube de tormenta. Su angustia le había impedido comer su tostada con leche y huevo para el desayuno, y leer un libro o ver las «Películas Espaciales» por el Canal 9. Clark había dicho:

—Con un día tan bueno, ¿por qué no salimos y jugamos un poco a la pelota?

Pero aquella sensación de fatalidad inminente le privaba de todo acierto. Se le escapaba la pelota o la lanzaba de cualquier manera.

—¡Presta atención! —le gritaba su padre, que, por fin, había renunciado, con irritación y disgusto.

Tabby había caminado kilómetros, bajando hasta Sawtell Beach, donde había comprado un perro caliente en el quiosco de la concesión y contemplado las caras de las personas que haraganeaban al sol. ¿Te ocurrirá a *tí*? ¿Lo harás *tú*? Volvió a subir por Greenbank Road, mirando las caras en los coches que se cruzaban con él.

A la una se había sentado en Gravesend Beach y se había quedado dormido. Sueños vividos y ruidosos, llenos de gritos de auxilio habían pasado atropelladamente por su mente. Al despertar, se había encontrado mirando la casa Van Horne, resplandeciente de blancura sobre su cantil, dominando el rompeolas de hormigón. Y había gemido. Aquello se acercaba, y él no podría impedirlo. Las gaviotas que evolucionaban sobre las pequeñas olas imitaban los gritos que él había oído en sueños.

Había vuelto a casa, arrastrando los pies.

Después de comer, Tabby salió de nuevo. Esta vez no se dirigió a Mount Avenue, sino al pequeño laberinto de calles tierra adentro. Charleston Road, Hermitage, Beach Trail, Gravesend Avenue, Cannon Road. Miró por las ventanas, escrutando las caras. Un coche patrulla le adelantó y dio la vuelta para echar otro vistazo. Una mujer que hacía *jogging* se cruzó con él, y Tabby consiguió decirle «hola». Imperceptiblemente, se extinguió la luz.

Mientras subía por tercera vez por Charleston Road, le invadió una oleada de aturdimiento y de náusea. Olía la muerte, tan claramente como si estuviese junto a un cadáver, y, por un segundo, recordó una riña en una taberna de Fort Myers y un hombre clavando un cuchillo en el cuerpo de otro: *había* ocurrido, lo sabía, y entonces le asaltaron una serie de imágenes demasiado precipitadas e incoherentes para que pudiese entenderlas. Un jersey con el rótulo KEEP ON TRUCKING, un muchacho cayendo de una bicicleta sobre un montón de grava, un enorme camión volcado sobre un costado. Una mujer pidiendo auxilio con voz de pájaro.

*Esto, esto* estaba sucediendo y había sucedido detrás de él. Tabby se tambaleó, giró en redondo, corrió en sentido contrario por Charleston Road, y se encontró en una esquina, junto a un grupo de viejos robles, frente a unos litros que enfocaban el suelo y avanzaban en su dirección. Miró hacia Cannon Road. Allí estaba la casa, con sus ventanas iluminadas y la luz saliendo a raudales, estridente como los chillidos de las gaviotas: había ocurrido allí. Los faros del automóvil le iluminaron un momento, y después el «Corvette» dobló rápidamente la esquina. Por un instante, vio la expresión helada, desesperada, del rostro del conductor. Estaba donde le había llevado su sentido de inmanencia, en el sitio donde se había visto semanas antes. Tabby no pudo moverse hasta que los coches de la Policía pasaron zumbando por su lado. Entonces retrocedió, como espoleado, y corrió entre los árboles y las casas hasta que salió a la calle siguiente. Siguió corriendo, cuesta arriba, hasta el final de Hermitage Road. Una vez en casa, pudo oír a su padre y a Sherri en su dormitorio. Estaban copulando ruidosa y frenéticamente.

—Skippy solía acercar a veces la cabeza a los buzones —dijo Bruce Norman—, para ver si los petardos se habían apagado. ¡Caray! En más de una ocasión pudo volarse la cabeza. ¡Vaya una manía más descabellada!

Tabby Smithfield, que últimamente había intimado con los gemelos Norman, estaba colocado entre los dos en el asiento de atrás de su viejo y herrumbroso coche, en la zona de aparcamiento de «Blue Tern». Dicky Norman había puesto dinero en las manos de un súbitamente nervioso condiscípulo con jersey de marinero; le había dado instrucciones, y ahora estaban los tres un poco achispados —Tabby menos que los gemelos— por efecto de la cerveza. Eran las diez y media de la noche del domingo treinta y uno de mayo. Dicky y Bruce casi no habían perdido de vista a Tabby desde el viernes anterior. Al principio un poco temeroso de ellos, Tabby se había dado cuenta en seguida de que, si bien los gemelos estaban destinados a un fin nada glorioso, de momento no eran más que unos alborotadores infantiles. Su estatura y sus caras amenazadoras hacían presumir algo mucho peor. Hurtaban en las tiendas, causaban estropicios, fumaban porros y les gustaba la música estruendosa. Tabby había conocido a muchos como ellos. Él prefería la música de Ben Sidran y Steve Miller, pero se abstenía de decirlo.

—De todos modos, hemos dejado los petardos —dijo Bruce—. Ahora les atizamos con *el Devastador*. —Acarició el mango encintado de un bate de béisbol. Éste había sido revestido de laca negra, pero ahora se veían manchas blancas en sus melladuras—. Incluso el ruido es mejor, parece más decente. Pasas junto al buzón, le atizas un buen estacazo con *el Devastador*, y todo el costado de la caja se hunde. ¡Bang! ¿Quieres dar una vuelta con nosotros un poco más tarde?

—Muy bien —dijo Tabby—. Os acompañaré.

Dicky se incorporó, miró por la ventanilla de atrás y gruñó:

—Bobo el Payaso.

Los tres muchachos pusieron las latas de cerveza en el suelo, entre sus piernas.

Un momento más tarde, un coche de la Policía se detuvo a su lado. Bobo se apeó sonriendo y se acercó a su ventanilla.

—Vaya, los gemelos Bobsey. ¿No deberíais estar en casa durmiendo?

—Lo que usted diga, agente.

—¿Quién es vuestro compañero? Parece demasiado normal para ser amigo vuestro.

Tabby le dijo su nombre, y el agente le miró con expresión amistosa pero distante.

—Bueno, chicos, es hora de que os vayáis. Voy a echar un vistazo al bar y, cuando vuelva, no quiero ver vuestro coche aquí. Y os diré algo más. Siento que pronto tengáis que cumplir dieciséis años.

—Hacerse viejo es mala cosa —dijo Bruce.

—No creo que llegues tan lejos, Brucie.

Bobo dio una palmada en el techo del coche y se alejó.

En cuanto Bobo se hubo metido en el «Blue Tern», Bruce apuró su cerveza, y abrió la portezuela para pasar al asiento delantero.

—Ese idiota —dijo, haciendo girar la llave—. ¡Mira que llamarme Brucie! Es un maldito payaso. —Eructó con fuerza—. Vamos a dar unas vueltas por ahí. Dickie, ¿por qué no le das una explicación a Tabs?

—¿Has oído hablar alguna vez de un tipo llamado Gary Starbuck? —preguntó Dickie.

## 6

Cabía una remota posibilidad de que Clark Smithfield, ya que no Tabby, hubiese conocido a Gary Starbuck en Cayo Hueso a principios de los años setenta. El padre de Gary Starbuck había dicho a éste que la única manera de eludir la cárcel era cambiar continuamente de sitio, trabajar una temporada en una población y después hacer los bártulos y trasladarse al menos a setecientos cincuenta kilómetros de distancia. Siguiendo, a diferencia de Clark Smithfield el negocio de su padre, Starbuck había vivido de la rapiña en Cayo Hueso, mientras Clark trabajaba en el bar «No Name». En Cayo Hueso, Starbuck se llamó Delbert Tory; en Houston, Charles Beard; en Springfield, Illinois, Lawrence Ringler; en Cleveland, Keith Pepper. Cuando alquiló la casa de Frazier Peters en Beach Trail, se llamaba Nelson Sutter. De su padre había aprendido también a evitar el contacto con la gente, a sentarse solo en los bares, a cultivar una cortesía profesional. Este Starbuck era un joven rechoncho, de cabellos negros y anchos hombros, y no llevaba barba. Su cara era solemne y de larga nariz, en desacuerdo con su pesado cuerpo. Cuando no trabajaba, usaba camisas polo de color claro y pantalón bombacho. Conducía una furgoneta gris sin distintivos. Cuando trabajaba, llevaba una pistola.

Al llegar a Hampstead, alquiló una caravana en el solar próximo a Post Road. Los gemelos habían visto la camioneta aparcada junto a la caravana día tras día; a veces se iba los fines de semana, casi siempre por la noche. Por fin —aproximadamente cuando Starbuck encontró una casa para alquilar— Bruce y Dicky resolvieron echar un vistazo a la camioneta y a la caravana.

Bruce se metió un día en la camioneta, mientras Starbuck debía estar durmiendo. Estaba tan limpia por dentro como por fuera: limpia y vacía. Pero Bruce miró en la guantera y vio que el registro de California estaba a un nombre distinto de aquel con que había sido alquilada la caravana.

—Aquí hay algo raro, Dicky —dijo a su hermano.

La noche siguiente, emplearon una de sus llaves maestras para entrar en la caravana.

Y, superando todas sus esperanzas, vieron que estaba llena de aparatos de televisión, cubiertos de plata, montones de trajes y... media docena de cajas de zapatos llenas de dinero.

—Vaya, ese tipo es de mucha categoría —dijo Bruce, tan impresionado que se quedó de una pieza.

El día siguiente, al salir de la escuela, visitaron de nuevo la caravana. Pero esta vez llamaron. El ocupante abrió la puerta y les miró con recelo.

—¿Mr. Starbuck? —preguntó Bruce—. Perdón, quise decir, ¿Mr. Sutter?

Cuando salieron, tenían un nuevo aparato de televisión y un saquito de buena hierba mexicana. Gary Starbuck había recordado otro consejo de su padre: «Cuando tengas socios, aunque no los desees, trátalos bien. Un socio es un socio, aunque no sea bueno, y más pronto o más tarde, un poco de unto te librará de dar con tus huesos en chirona.» Además, estaba seguro de que los gemelos Norman podían serle útiles.

## 7

Patsy McCloud vivía con un temor muy grande, e incluso la noche de su fracasada cena con los Allbee y Ronnie Riggley, dominó todos sus otros temores más pequeños. Cuando tenía siete años, sus padres la habían llevado a la clínica mental donde vivía su abuela Tayler; sus padres visitaban a la abuela Tayler dos o tres veces al año, pero aquélla había sido la primera visita de Patsy. Su padre había gruñido durante todo el largo viaje de Hampstead a Hartford, pues no quería que su hija conociese a su madre; pero la madre de Patsy, que hasta entonces había respondido con incómodas evasivas a las cada vez más frecuentes peticiones de la vieja, se había mantenido firme.

Les habían hecho pasar a una amplia habitación pintada con colores primarios, como un parvulario. Las enfermeras sonrieron a Patsy, que estaba ya muy inquieta a causa de la tensión existente entre sus padres y de la gente extraña y trastornada que rondaba por el pabellón. Seres con la cabeza demasiado grande para sus cuerpos o sacando una lengua demasiado grande para sus cabezas. Un hombre que paseaba obsesivamente junto a una pared tenía una profunda cicatriz en forma de pala en la frente. Los cerrojos y las rejas que había visto al subir a esta habitación hacían que se sintiese como prisionera en el hospital. Tal vez había sido un truco, un ardid para llevarla allí, ¡y sus padres la dejarían en aquel lugar! Aunque era la única niña en la estancia, ésta parecía adecuada para los niños, con sus mesas llenas de lápices y con toscos dibujos infantiles enganchados en las paredes.

Su abuela entró por una puerta de brillante color naranja. La acompañaban dos enfermeros. Hablaba sola. La primera idea de Patsy fue que su abuela era la persona más vieja que había visto jamás; la segunda fue que estaba acorde con el ambiente. Sus cabellos blancos eran ralos y mates, y tenía los ojos vidriosos. Unos pelos blancos brotaban de su mentón. No prestó la menor atención a los padres de Patsy, sino que se sentó en el sillón que le acercaron los enfermeros, bajó la mirada y empezó a farfullar.



—Hemos traído a Patsy —dijo la madre de ésta—. ¿Recuerdas que preguntabas por ella? Queríamos que la conocieses, mamá Tayler.

El padre lanzó un gruñido de desagrado y les volvió la espalda.

Patsy contempló el vago y abstraído semblante de la anciana.

—¿No quieres decirle nada a tu nieta, mamá Tayler?

—Hay un ahorcado en el patio de atrás —murmuró la abuela, y Patsy se sobresaltó—. Colgado de una cuerda. Demasiadas facturas, facturas, facturas. Supongo que lo encontrarán la semana próxima. ¿Has traído a la niña de Danny?

Los vagos y pálidos ojos se alzaron y se encontraron con los de Patsy.

—Pobre niña —dijo la abuela—. Es otra. Muy bonita. Esto no le gusta, ¿verdad? Piensa que la dejaréis conmigo. Pobre niña. ¿Le encontrarán la semana próxima, pequeña?

Los pálidos ojos perdieron parte de su vaguedad, y Patsy vio en ellos el hombre colgando de la rama de un árbol. A través de una ventana, vio una mesa cubierta de papel.

—No lo sé —dijo, impresionada.

—Te querré mucho, si te quedas a vivir conmigo —dijo la abuela Tayler, y con esto terminó bruscamente la entrevista.

El padre agarró a Patsy y la llevó al coche. Diez minutos mas tarde, la madre se reunió con ellos. Ninguno de los dos volvió a sugerir la idea de llevar a Patsy a ver a mamá Tayler.

Dos días más tarde, había preguntado a su padre si habían encontrado ya al hombre. Su padre no había sabido de qué hablaba. Y Patsy había comprendido que se sentía profundamente irritado y avergonzado, tanto por él como por ella.

Pero recordaba la aceptación de la abuela Tayler. *Pobre niña. Es otra.* Cuando al fin se habían encontrado los ojos de la anciana con los suyos, los había visto transparentes como el cristal. En aquellos ojos había una desesperación total y una comprensión más allá de la muerte. La única diferencia entre Patsy y su abuela era que la abuela Tayler era mejor que ella. Antes de alcanzar la pubertad, Patsy era capaz de mover pequeños objetos sobre una mesa, de encender luces y de abrir puertas, sólo viendo estas cosas en su mente y rodeándolas de un fulgor amarillo de intención. Esta habilidad era su secreto, su secreto más grande. Inmediatamente había comprendido que la abuela Tayler podía hacer mucho más que esto; si hubiese querido, habría podido derruir las paredes del hospital a su alrededor y salir libre e indemne. Pero la abuela Tayler no quería hacerlo. Para Patsy, la anciana, con su semblante deliberadamente vago y su trastornada mente, era una imagen inexorable de su propio futuro.

Cuando tuvo su primer período, se extinguió su capacidad de mover objetos a voluntad. Sencillamente, la había perdido: la pubertad se la había llevado, dejando en su lugar calambres y hemorragias. Durante casi un año, fue una niña como todas las que conocía, y daba gracias por ello.

Entonces ingresó una chica nueva en su clase: Marilyn Foreman, una criatura de aspecto ratonil, con gafas, cabello mate y boca de rasgos duros. En el instante en que

Marilyn Foreman apareció en la puerta, Patsy la conoció. Y Marilyn la reconoció a ella de la misma manera. La otra muchacha había sido un hecho inevitable: Marilyn era su destino, como lo había sido su abuela. Durante el recreo, la otra chica se había acercado a ella, reclamándola. «¿Qué haces tú? Yo veo cosas, y siempre ocurren.» «Apártate de mí», le había dicho Patsy, pero débilmente, y Marilyn se había quedado. Patsy permaneció pasiva a pesar de saber que Marilyn Foreman se llevaría a todas sus otras amigas, y que las dos se pertenecerían. «Sucederá», había dicho Marilyn, con su voz áspera y lenta. «A ti te sucederá también. Lo sé.» Incluso sin ningún lazo afectivo entre ellas, porque la otra no quería afecto, Patsy y Marilyn intimaron tanto que empezaron a parecerse, a mitad de camino entre la lindeza de Patsy y la vulgaridad de Marilyn. A veces, Patsy advertía que hablaba con la voz de Marilyn. Los Tayler nunca comprendieron cómo su hija, tan popular y atractiva, se dejaba influir tanto por la estrambótica Marilyn Foreman.

*Viajaban* juntas: esta palabra había sido idea de Marilyn. Se sentaban una al lado de la otra, en noches en que hubiesen debido estar haciendo sus deberes en casa, se asían las manos y cerraban los ojos. Patsy sentía invariablemente un estremecimiento de miedo, aunque agradable en cierto modo, y sus mentes parecían unirse y volar hacia lo alto. Viajando, veían extraños paisajes, cálidos colores fundidos; nunca sabían lo que iban a ver. Podía ser simplemente unas personas comiendo en un restaurante, o un muchacho de su clase dando un paseo por Sawtell Beach. Una vez vieron a un maestro y una maestra, no casados, cohabitando en el suelo de una habitación vacía. Otra vez vieron a un hombre al que reconocieron como el profesor de artes y oficios del «J. S. Mill», en un verde bosque, tendido desnudo sobre un muchacho del equipo de rugby de la escuela superior. «Esto es una asquerosidad», dijo Marilyn. Pero, generalmente, a Marilyn no le importaba lo que veían mientras viajaban. Le encantaba tanto observar a unos desconocidos comiendo en cualquier restaurante unos platos que ella no podía probar como contemplar sus más abigarradas visiones.

Otra visión pareció estar situada en el pasado, y era desacostumbrada por esta misma razón. Las dos muchachas vieron una calle que era sin duda alguna Riverfront Avenue, pero la compañía petrolera y el edificio de oficinas no estaban allí. Cortas y panzudas barcas de pesca estaban amarradas a los muelles; unos viejos y chatos automóviles descansaban en un terreno herboso convertido ahora, desde hacía tiempo, en zona de aparcamiento. En una de las barcas, un hombre barbudo y con gorro de punto vertía vino en una taza de café y en un vaso. Una mujer vestida de seda se apoyaba en la barandilla de la embarcación. «Mala cosa —dijo Marilyn—. No me gusta.» Había tratado de retirar la mano, pero Patsy la había asido con más fuerza: Marilyn no iba a privarla de aquello, aunque fuese terrible. Porque sería terrible, lo sabía. El barbudo sonrió a la mujer y puso el motor en marcha. La barca se adentró en el río y se dirigió lentamente hacia el mar. El hombre agarró a la mujer y simuló que bailaba. Se tambaleaba y arrastraba los pies; la mujer le sostenía y se reía. Patsy vio que el pescador tenía el salvaje atractivo de un toro. «Puerco», dijo Marilyn. El hombre, sonriendo, acarició el cuello de la mujer con sus dedos romos. Después cerró las manos y apretó la suave carne del cuello con los pulgares. Le brillaban los

ojos. Se inclinó sobre la mujer y la hizo caer sobre la reluciente cubierta. Sus cuerpos se debatieron y rodaron hasta que el hombre levantó la cabeza de la mujer y la golpeó contra el suelo. Todos sus movimientos eran concienzudos, deliberados. Marilyn empezó a temblar. Cuando la mujer dejó de moverse, el hombre sacó un rollo de hule de un armario, la envolvió en él y la ató. Cuando hubo arrojado el cuerpo todavía vivo al Nowhatan, terminó su vino. Patsy sintió un escalofrío de asco: en cuanto la imagen del pescador plantado solo en su barca se confundió con la de otro desconocido, éste con americana cruzada y plantado en la que Patsy reconoció como playa del «Country Club», soltó la mano de Marilyn. Tenía la impresión de que estas escenas de muerte y violencia se sucederían cínicamente mientras ella las invitase a hacerlo. «¿Lo encontrarán la próxima semana, pequeña?» Cuando los Foreman se hubieron trasladado a Tulsa, Patsy no trató jamás de viajar por su cuenta. Ella y Les fueron al «State College» de Connecticut: presenciaron el largo drama del asesinato de Kennedy en el televisor de la hermandad escolar de Les. A veces, ella sorprendía a Les prediciendo correctamente las notas que obtendría en los exámenes. Si tenía sueños proféticos, los guardaba para sí. Les la llamaba *la yanqui de los pantanos*. Después de casarse, en 1962, vivieron en Hartford, Nueva York, Chicago, Londres y Los Ángeles, y fueron de nuevo trasladados a Nueva York. Compraron su casa en Hampstead, y Les viajaba diariamente a Nueva York para, según decía, «quemarse el trasero». Ahora no hablaban nunca de nada personal. En realidad, Les hablaba raras veces con ella. Había empezado a pegarle en Chicago, después de que su primer ascenso importante siguiese a los mejores informes de eficacia de su vida.

## 8

Les no pegó a Patsy aquella noche de domingo; sólo le dijo agriamente, con voz de borracho, que, comparada con Ronnie Riggley y con Laura Allbee, no era una mujer. Rondó por la casa, apurando una botella, mientras Patsy se retiraba al dormitorio. De vez en cuando le oía murmurar algo acerca de los «actores maricas». Cuando oyó que subía la escalera para ir a acostarse, Patsy huyó al dormitorio contiguo, donde había instalado unos estantes de libros, una mesa y una cama plegable. Un «Sony» en blanco y negro, con pantalla de seis pulgadas, estaba colocado sobre la estantería, y lo encendió para ver una película, mientras Les dormía profundamente.

A las doce y media, el ruido de algo que era golpeado y se rompía en el exterior la sacó de su modorra. A Les también le había despertado el ruido de la calle, y Patsy oyó que corría por el oscuro dormitorio. Después, la puerta se cerró de golpe. Ella lo llamó, pero, en vez de una respuesta, oyó que también se cerraba de golpe la puerta de la casa.

Miró por la ventana de su refugio. Al débil resplandor de las luces de seguridad de la mayor parte de las casas, vio un destartalado coche negro que doblaba a toda

velocidad la esquina de Charleston Road. Un segundo después, vio que Les corría detrás del automóvil, en albornoz y zapatillas. Llevaba una pistola en la mano.

Conocía lo bastante a Les para saber que, si Richard Allbee y Bobo Farnsworth no hubiesen estado en su casa, Les habría dejado el arma. Pero la juventud y la fuerza del segundo, y la fama, aunque fuese insignificante, del primero, le habían provocado. Patsy bajó al vestíbulo, abrió la puerta y salió a la calle, corriendo en pos de su marido.

Un gorrión moribundo aleteaba patéticamente sobre la reja de un desagüe, al pie de una farola. En circunstancias normales, Patsy se habría detenido, pero oyó el zumbido de una sirena de la Policía detrás de la esquina, delante de ella, y corrió en su dirección, abandonando al tembloroso pajarillo.

En la esquina de Charleston Road y Beach Trail había una segunda farola, y una criatura, una niña pequeña con gafas y lacios cabellos castaños, estaba plantada debajo de ella, y la miraba. De momento, Patsy pensó que era muy tarde para que una chiquilla estuviese fuera de casa, y después aquella niña le pareció familiar. Su angustia por Les hizo que siguiese corriendo hasta llegar a la altura de la farola. Entonces vio un coche patrulla parado en Beach Trail, en dirección al camino de entrada de una casa, precisamente la que estaba detrás de la suya. Un policía estaba de pie junto a un encorvado anciano y un delgado adolescente, y Les estaba agachado delante de ellos, apuntándoles con su pistola.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Patsy.

Les se había vuelto loco y mataría a alguien, a menos que el policía disparase primero.

Entonces se dio cuenta de que la niña al pie de la farola era Marilyn Foreman. Involuntariamente, dejó de mirar a su marido, que seguía apuntando con la pistola al policía, y se volvió hacia la niña. Marilyn Foreman, con su corbata de lazo, sus calcetines blancos enrollados y su rostro pálido e indomable, estaba bajo la luz del farol, pero no proyectaba sombra alguna.

—No —dijo Patsy—. No es...

Marilyn abrió la boca y habló, pero ninguna palabra brotó de sus labios. Patsy oyó el ruido de un disparo, muy fuerte en la calle silenciosa.

## 9

—Gary Starbuck es un profesional —dijo Dick Norman a Tabby, al girar hacia Bridge Road y cruzar el Nowhatan—. Todo un tipo. Nadie sabe su verdadero nombre, salvo nosotros. Ése sabe lo que se hace, chico.

—¿Qué quieres decir, con eso de profesional?

Los dos hermanos se echaron a reír. Ahora corrían por Greenbank Road, con el motor reconstruido del «Oldsmobile» haciendo todo lo imaginable, salvo lanzar llamas por el tubo de escape.

—Coge cosas —dijo Bruce—. De las casas de la gente. Cuando acaba con una casa, sólo quedan las termitas. Apuesto a que Gary Starbuck gana más dinero en un año que todos los de aquí. Apuesto a que es millonario, con todo lo que tiene.

—¡Oh! —exclamó Tabby.

—Y vamos a colaborar con él —graznó Dicky.

—Esto no es para mí —dijo rápidamente Tabby.

—¡Oh! No esta noche. Esta noche sólo vamos a utilizar el *Devastador*. En Greenbank. Lo tenemos todo previsto. Llegaremos a Greenbank exactamente diez minutos después de que Bobo *el Payaso* arranque en dirección a Post Road. Le hemos tomado la medida a ese imbécil. Conocemos todos sus movimientos. Y quedará como el imbécil que es.

—¿No os habéis cargado ya unos cuantos buzones en Greenbank? —preguntó Tabby, que había visto la prueba de las hazañas de los gemelos.

—Sí, pero esto es especial para Bobo —dijo Dicky, apretando el bate con la palma de la mano—. Y, después, quizá tengamos una pequeña charla con Gary Starbuck. A menos que pienses irte a casa, amiguito.

—Creo que lo haré.

—Más tarde hablaremos de esto —dijo Bruce, desde el asiento delantero.

—Yo no robo las casas de la gente, y no quiero tratos con los que lo hacen —dijo Tabby, con un nerviosismo que hacía que pareciese remilgado—. No quiero destrozarse los buzones de mis vecinos.

Dicky le dio unas palmadas en la cabeza.

—Vamos hombre.

—Es mi vecindario.

—Claro, es su vecindario —dijo Bruce.

Dicky bajó el cristal de la ventanilla y sacó el bate en el momento en que doblaban una esquina. Un buzón saltó de su soporte con un chasquido parecido al de un cuello al romperse. Dicky gritó, entusiasmado:

—¡Le he dado bien a ese mamón!

—Bueno, no queremos que hagas nada especial —dijo Bruce—. Sólo somos amigos, ¿de acuerdo?

—Sí.

—No sé, pero tú no pareces demasiado amigo nuestro —dijo Dicky, golpeándose la palma de la mano con el bate.

—El robo no entra en mis costumbres —dijo Tabby—. Sólo quise decir esto.

—Pero ese tipo corre con todo el riesgo —dijo Bruce—. No somos tan tontos como parecemos.

Tabby no dijo nada.

—Ahí viene otro —dijo Dicky.

Rodaban cerca de la verja de la «Academia de Greenbank». Dicky sacó el bate al reducir Bruce la marcha. Lo levantó con una mano y lo descargó con fuerza sobre el buzón de la Academia. Sonó un fuerte ruido, y Dicky gritó «¡le nuevo!» con entusiasmo al acelerar Bruce la marcha.

Cuando giraron Beach Trail arriba, Tabby protestó:

— Ahí es precisamente donde vivo, chicos.

— Empiezas a fastidiarme, Tabs — dijo Dicky.

¿Por qué estoy aquí?, se preguntó de pronto Tabby.

¿Porque Sherri y mi padre están disputando siempre? ¿Porque esos dos patanes me han pagado una «Coca-Cola»?

— Tal vez os parezca extraño — dijo —, pero ¿habéis pensado alguna vez en haceros policías? Apuesto a que seríais un par de buenos polizontes.

— Mierda — dijo Dicky.

Y Bruce respondió simultáneamente:

— No hay dinero en eso, Tabs, no hay di-ne-ro. Todos los polis de Hampstead viven en Norrington, hombre, ¿no lo sabías?

— Tú te cargarás el próximo, Tabs — dijo Dicky.

Rodaban distraídamente Cannon Road arriba, y no vieron el coche patrulla de Bobo Farnsworth, que estaba aparcado detrás de unos árboles en el camino de entrada de Leo Friedgood. Leo había apagado las luces del patio.

— ¿Sabéis lo que realmente me gustaría hacer? — preguntó Bruce—. Me gustaría liquidar un día a alguien muy importante..., como el presidente, chico, o a John Denver. Me gustaría ser el primero que tratase de cargarse de veras a John Denver.

Dicky puso el bate sobre el pecho de Tabby.

— Pasa al otro lado de la calle, Bruce.

— No al mío — dijo Tabby, viendo adonde iba Bruce—. No quiero hacerlo.

— Me fastidias.

— Bueno, está bien.

Bruce entró en Charleston Road, y pasó al otro lado de la calle, en contradi dirección.

— Arréale a ése, Tabs.

Furioso y desesperado, Tabby sacó el bate por la ventanilla, sosteniendo el mango encintado con ambas manos. Nunca había deseado nada menos que esto. El bate golpeó el buzón con una fuerza que pareció terrible, y a punto estuvo de saltar de las manos de Tabby.

— Está bien — suspiró Bruce—. Tienes sangre en las venas, hombre.

Dicky le golpeó la espalda. Le dolían los brazos a causa del choque, que parecía haberse transmitido con toda intensidad a lo largo del bate y hasta sus bíceps y sus hombros.

Bruce aceleró.

— Uno más para esta noche, pero deja que te diga lo que queremos hacer. ¿Conoces ese aparcamiento delante de la tasca, la que tiene un rótulo que da vueltas?

— ¡Eh! Alguien corre detrás de nosotros — gritó Dicky, divertido—. Se imagina que podrá tomar el número de la matrícula. Debe de estar majareta.

Tabby miró hacia atrás y vio un hombre en pijama que corría detrás del automóvil.

— ¡Adiós! — exclamó Bruce, girando a toda velocidad en la esquina de Beach Trail.

Alargó un brazo hacia atrás, y Dicky puso el bate en su mano.

—¡Ah! Casi estoy en casa —dijo apresuradamente Tabby—. ¿Por qué no me...?  
Bruce cruzó la calle y arrancó un buzón de su soporte.

Al volar la caja sobre la calzada, oyeron la sirena de un coche de la Policía que bajaba por Canon Road.

—Dejadme salir —insistió Tabby.

—¡Jesús! —chilló Dicky—. ¡Gallina!

—Es como Skippy, hombre —dijo tranquilamente Bruce a su hermano—. Deja que se largue.

Dicky empujó en seguida a Tabby hacia la portezuela.

—Ten cerrado el pico y no te pasará nada —silbó—. No digas una palabra.

Tabby abrió la portezuela y salió corriendo, treinta segundos antes de que el coche de Bobo Farnsworth, tocando la sirena y con las luces centelleando, entrase en Beach Trail. Detrás de Bobo, Les McCloud salió corriendo de Charleston Road, agitando la pistola y gritando obscenidades.

## 10

En Greenbank, como en la mayor parte de Hampstead, había pocas luces encendidas en las casas. Los faroles de alto voltaje y las luces de seguridad iluminaban los campos de césped como escenarios de teatro. Nadie estaba despierto en la parte alta de Charleston Road, aunque había luz en dos ventanas de la casa de los McCloud; Patsy y Les dormían en habitaciones separadas, dedujo Bobo, sin sorprenderse. A veces lo llamaban allí para que pusiese fin a una pelea, y se encontraba con que la linda y tensa mujer tenía un ojo hinchado y un labio partido. Y después de pasar Les una noche en una celda, Patsy lo admitía de nuevo e inventaba el cuento de que se había caído de una escalera. No había luces en Beach Trail. Bobo se metió en Cannon Road y vio desde la esquina que, aunque las luces del patio estaban apagadas, las ventanas del cuarto de estar y del comedor de la casa de Leo Friedgood estaban iluminadas. Insomnio. Y él se había olvidado de correr las cortinas. A menos que estuviese borracho como una cuba, lo más probable era que Leo se alegrase de tener compañía.

Bobo metió su coche en la senda de entrada y lo aparcó junto a una hilera de árboles. No quería que, si un vecino había salido a dar un paseo a medianoche, pensara que los mejores de Hampstead seguían interrogando a Leo Friedgood. Al mirar hacia las ventanas iluminadas, vio moverse una sombra en la pared del cuarto de estar. Bobo subió los peldaños y tocó el timbre de la puerta.

Friedgood no respondió, y Bobo volvió a llamar.

—¿Quién es? —preguntó una voz apagada desde el otro lado de la puerta.

—Soy el agente Farnsworth. Estoy haciendo mi ronda, y me he detenido para ver si necesita usted algo.

Friedgood no respondió.

—¿O quiere que charlemos un rato?

—Vayase de aquí —dijo la voz.

—Me extraña que hable así. ¿Se encuentra bien, Mr Friedgood?

Las cortinas a la izquierda de Bobo se cerraron. Pareció que Friedgood emitía unos sonidos de enojo, de miedo.

—Abra la puerta, Mr. Friedgood. Deje que le ayude.

—¿Cree que puede ayudarme? Entonces, abra usted.

Bobo hizo girar el tirador y abrió la puerta. Casi inmediatamente, sintió olor a carne quemada. Friedgood se alejó, entrando en el cuarto de estar, a su izquierda. Bobo vio con sorpresa que Friedgood llevaba sombrero. Friedgood apagó las luces del cuarto de estar antes de volverse.

Lo primero que vio Bobo fue que los ojos del hombre estaban cubiertos por unas gafas oscuras, como las que suelen ponerse los aviadores. Llevaba el sombrero inclinado sobre la frente, y enguantadas las manos. La mitad de la cara de Friedgood parecía hinchada, torcida; la otra mitad, desde debajo de las gafas hasta el cuello de la camisa, tenía el color rojo de la carne cruda. El espeso bigote había desaparecido.

—No se acerque —dijo Friedgood. Tenía los labios blancos, y parecía que se los hubiese pintado—. Tengo algo. No se acerque más.

—¿Quién es su médico? —preguntó Bobo.

Friedgood levantó la mano derecha y la pasó por el lado rojo de su cara. Incluso en la oscuridad. Bobo vio que el guante estaba manchado de sangre. Parecía como si Friedgood tuviese la cara llena de pústulas y hubiese tratado de quitárselas cortándose o quemándose la piel.

—Mi médico no puede hacer nada. —Friedgood se hundió más en la penumbra—. ¿Está satisfecho? Ahora vayase. No quiero su compañía.

Bobo miró a Friedgood, que permanecía en la penumbra: el lado hinchado de su cara estaba tan blanco como sus labios. La mejilla del mismo lado, fuese el hueso o la piel que lo cubría, parecía moverse independientemente, como un ratón temblando al dormir.

—Quítese el sombrero y las gafas —dijo Bobo—. ¡Jesús! Nunca vi una cosa igual.

Oyó lo que parecía una explosión en algún sitio del exterior, y su corazón estuvo a punto de pararse.

Friedgood rió convulsivamente. Un coche se alejó zumbando.

—Será mejor que me vaya —dijo Bobo—. Ha sido otro de esos malditos buzones. Pero, si puedo traerle algo, servirle en algo...

—Vayase —dijo Friedgood—. No puede hacer nada por mí.

Bobo se volvió y salió corriendo, con la piel de gallina. Cuando llegó a su coche, vio que Friedgood había apagado todas las luces. Bobo se imaginó un momento a aquel hombre en la gran casa a oscuras, con la destrozada piel emitiendo un fulgor fosforescente..., y entró a toda velocidad en la calle, levantando gravilla.

Estaba buscando las luces traseras de un coche al doblar la esquina de Charleston Road, pero advirtió con el rabillo de un ojo que el buzón de la correspondencia de Les McCloud estaba aplastado en uno de sus lados. Al pasar por



delante de la casa, se abrió la puerta de la entrada y brotó de ella un rayo de luz: Les iba a inspeccionar los daños. Bobo siguió adelante, mirando a un lado y otro en las encrucijadas por si veía una luz roja. Los vándalos podían haberse metido en el laberinto de calles de este sector de Green Bank, o bajar por Feach Trail para llegar a Mount Avenue. Apostó a que era esto último lo que habían hecho.

Entonces oyó de nuevo el estruendo de un buzón al ser destruido, puso en marcha la sirena y giró hacia Beach Trail.

Una manzana más abajo, vio movimiento, pero ningún coche. Delante de la vieja casa corroída por la intemperie, un buzón había rodado hasta la mitad de la calle, y un muchacho se disponía a recogerlo. Cuando el chico oyó la sirena, miró en dirección a Bobo, pero no echó a correr, sino que llevó la caja hacia su poste.

Bobo arrimó el coche a la orilla de la calle, apagó las luces y la sirena y se apeó.

—Espera, hijo —dijo al muchacho—. ¿Viste pasar algún coche? ¿Viste quién hizo esto?

El chico meneó la cabeza, y Bobo se acercó a él.

—¡Eh! Te he visto hace un momento. Estabas con los Norman.

—Sí —dijo Tabby—. Vivo en Hermitage Road. Vi esta caja en medio de la calle.

—No debemos tomarnos el trabajo de clavar de nuevo la caja en su soporte —dijo una voz tonante en el jardín, y Tabby y Bobo se volvieron y vieron a un hombre encorvado, de suéter gris y anchos pantalones blancos, avanzando despacio hacia ellos a través de la oscuridad—. Si yo lo hiciese, cualquier gamberro vendría y aún empeoraría la cosa; le han dado un buen golpe, pero la última vez lo destrozaron, aunque sin cortarle la cabeza.

Bobo vio que el chico dirigía al viejo una mirada sobresaltada de reconocimiento; como si éste, pensó Bobo, fuese alguien famoso, quizás un astro del cine. Tenía la cara llena de costurones y las mejillas hundidas. Los ojos brillaban bajo unas cejas hirsutas. Unos blancos cabellos caían desde la coronilla calva y pecosa del hombre y flotaban alrededor de sus grandes orejas. La cara era curtida, pero enérgica. Bobo comprendió inmediatamente que aquel hombre era alguien, aunque no lo reconoció, y cambió el tono que habría adoptado en otro caso.

El viejo captó la mirada asombrada del muchacho, que, según Bobo, abría más los ojos a cada momento, y después miró a Bobo con expresión divertida.

—Me llamo Graham Williams. No creo que ese chico sea el famoso asesino de buzones. ¿Lo eres, muchacho? ¿Eres el Ramón Mercader de las cajas de correspondencia?

Ni Bobo ni Tabby reconocieron el nombre del asesino de León Trotsky, pero a Bobo le sonó el nombre del viejo.

—Williams... He oído hablar de usted.

—Pregúntele a *Tortuga* por mí —dijo el viejo—. Le contarán un montón de embustes. Hace entre treinta y cuarenta años, me metí en un lío con un par de bichos llamados Nixon y McCarthy. Otros bichos querían hacerme declarar ante un comité. Y a punto estuve de...

Unos gritos calle abajo impidieron que Bobo dijese que la única razón de que reconociese el nombre del hombre era que lo había oído a los del Servicio Médico de Urgencia.

Los tres miraron hacia el sitio de donde venían los gritos. Un hombre en albornoz subía corriendo por la calle en dirección a ellos. Sus zapatillas repicaban sobre la calzada.

—¡No huyáis! —chillaba—. ¡Os pillaré!

Tabby volvió los abiertos ojos hacia el viejo. Murmuró algo que Bobo no captó, pero que pareció sorprender a Williams.

El viejo se echó atrás y observó al chico.

—¿Eres el nieto de Monty Smithfield? ¿Aquél a quien llaman Tabby?

—En una barca —dijo Tabby.

—Detente, Les —dijo Bobo, desentendiéndose de lo que decían los otros—. No tienes por qué excitarte. —Entonces vio la pistola de Les y levantó la mano izquierda para distraerlo, mientras desabrochaba su propia pistolera con la derecha—. ¿Has visto un coche, Les? —preguntó, con voz tranquila.

—Apártate de mi camino, y deja tu pistola en la funda —gritó Les.

Ahora caminaba, resoplando después de la carrera.

—Estás borracho, Les. Guarda el arma.

—¡Al diablo contigo! —exclamó Les, colocándose en posición de fuego, con ambas manos estiradas y las rodillas ligeramente dobladas—. Ese chico ha destruido algo de mi propiedad.

—Te equivocas de muchacho —dijo Bobo.

Por encima del hombro de Les pudo ver a Patsy que doblaba la esquina de Charleston Road. Parecía moverse como en trance, y se detuvo a mirar el poste de una farola, casi con el mismo pasmo con que el chico miraba a Graham Williams.

—Y ésa es Patsy Tayler —dijo el viejo—. Tiene la cara huesuda de los Tayler. ¿No puede hacer que ese hombre baje la pistola?

—¡Están encubriendo a un vándalo! —gritó Les.

—Les —dijo suavemente Bobo—, ¿te has vuelto loco? Si no sueltas el arma, tendré que atizarte.

—¡Apártate de mi camino!

Graham Williams se puso delante de Tabby.

—Creo que su mujer está allí detrás —dijo, en tono persuasivo.

El cañón escupió una llamarada y la pistola hizo un ruido más fuerte que una tos y más flojo que un trueno, Les giró en redondo después de disparar, y la pistola pendió de sus dedos. Patsy había empezado a correr en su dirección.

Bobo tenía su «44» en la mano y apuntaba a la espalda de Les McCloud. Se dio cuenta, con alivio, de que no sería la primera vez que tuviese que disparar su arma en acto de servicio. Les McCloud se tambaleaba como si anduviese sobre zancos.

—¡No! ¡No! —gritaba Patsy, sin dejar de correr.

La pistola cayó de la mano de Les y rebotó en el suelo. Un segundo después, Les se sentó como un niño, con las piernas estiradas. Bobo oyó que el viejo Williams

suspiraba y comprobó en seguida que tanto éste como el chico estaban ilesos. Williams rodeaba con un brazo los hombros del muchacho.

—Quédate aquí —ordenó, y echó a andar en dirección a Les y Patsy.

Al acercarse, oyó que Les sollozaba de rabia. Bobo se agachó y cogió el arma, que era una «22» de cañón corto.

—Apunté por encima de tu cabeza, bastardo —le dijo Les. Después volvió la cara roja e hinchada hacia Patsy—. Vete de aquí con mil diablos, Patsy. No quiero verte.

—¡Jesús! Tendría que detenerte y encerrarte —dijo Bobo—. ¿Qué diablos te imaginas que estás haciendo? Podrían meterle en la cárcel por esto. ¿Y qué crees que te echarían, por homicidio frustrado? ¿Quince años? ¿Veinte?

—Sólo protegía lo que es mío.

Seguía llorando y cerró los ojos.

—Eres un asno y un imbécil —dijo Bobo. Y volviéndose a Patsy—. ¿No te pasará nada? ¿Quieres que lo encierre por esta noche?

Patsy sacudió la cabeza. Parecía impresionada y medio muerta del susto, pero resuelta. «Una buena mujer —pensó Bobo—, demasiado buena para este estúpido.»

—Lo llevaré a casa, Bobo —murmuró ella—. Por favor.

—No, no lo harás —dijo Les, todavía en medio de la calle con las piernas estiradas.

Patsy alargó un brazo para tocarlo, pero él le apartó la mano.

—Vas a irte a casita —dijo Bobo, pasando las manos por debajo de los brazos de Les y poniéndolo en pie—. Dentro de un par de días, vendrás a la Comisaría a buscar esta «22». Y quiero ver tu permiso.

—Tengo permiso —gruñó Les.

—Si no hubiese estado comiendo contigo, te acusaría menos de empleo indebido de arma de fuego. Al menos.

—Disparé por encima de tu cabeza.

Les se tambaleó y, después, se irguió con el aplomo del bebedor inveterado.

—Con esa porquería de pistola, esto es más peligroso que apuntarme de veras —dijo Bobo—. Vete a casa.

Les dio unos pasos vacilantes calle arriba. Cuando Patsy trató de asirle del brazo para que mantuviese el equilibrio, la rechazó violentamente.

—Déjalo que vaya solo —dijo Bobo—. ¡Jesús! Es la primera vez que alguien me ha disparado un tiro, y ni siquiera he tenido la satisfacción de detenerlo. —Miró el rostro contraído de Patsy—. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien —respondió Patsy—. ¿Tienes que preguntármelo para verlo?

—Dale media hora. Y tal vez harás mejor en dormir hoy en la habitación de los invitados.

Patsy asintió con la cabeza.

—¿Puede alguno de los presentes ofrecerme una taza de café?

## SEIS: OTRA VEZ GRAHAM

### 1

«Usted mató a un hombre», era lo que me había susurrado Tabby, mientras el loco McCloud gritaba «os pillaré». Afortunadamente, el corpulento policía no entendió estas palabras, pero creo que, aunque las hubiese entendido, no me habría encerrado. Empecé a mirar con buenos ojos al chico. Hasta entonces, había pensado que no era más que un delincuente juvenil de casa rica. Era el nieto del viejo Monty, el que éste había perdido después de poner en él sus esperanzas. Esta pérdida había sido, al menos en parte, culpa de Monty; yo sabía que siempre se había mostrado demasiado duro con Clark. Las caras viejas se desvanecen, todas se convierten en las mismas caras americanas redondas y fofas: caras de patata; pero en este chiquillo podía yo ver algo de Tabb, los grandes ojos abiertos y los cabellos rubios, pero mucho más de Smithfield. Monty y Clark habían tenido antaño el mismo mentón de finos rasgos y la misma generosa frente, pero se habían vuelto duros en Monty y lastimeros en Clark.

«En una barca», había dicho el chico.

Y lo sabía.

Tenía el don..., ese don que no hace feliz a nadie, que corroe las vidas a derecha e izquierda. El muchacho nos había visto, a mí y a Bates Krell, en la barca de pescar langostas, aquella noche de 1924; todo se había desarrollado en el fondo de sus ojos como una película, y él empezaba a temblar. La última vez que había visto yo a alguien con un don tan acusado había sido la vieja Josephine Tayler, y la habían encerrado antes de tener cuarenta años.

Algunas personas tienen el don sólo durante uno o dos minutos y se pasan el resto de la vida preguntándose si aquello ocurrió realmente —como me preguntaba yo después de conocer a Bates Krell— y otras lo llevan como una carga durante toda su existencia. No quisiera ser uno de éstos. Puedo recordar casi todo lo que me ha sucedido, pero hay cosas que, si las evoco, me conturban y me dejan sin aliento. La primera vez vi a Bates Krell, y en realidad todo lo que tiene que ver con él, pertenece a esta categoría. Y parte de esta carga es aquella noche en su barca. Que este chiquillo con el mentón resuelto de los Smithfield pudiese verlo al mirarme, me asustó mucho más que la pistola que agitaba Les McCloud en el mismo momento.

Precisamente entonces vi a Patsy Tayler, la esposa de Les, avanzando en nuestra dirección. Al principio pensé que estaba borracha, puesto que su marido lo estaba sin lugar a dudas. Pero no era así. Lo comprendí un segundo después. Supe

que estaba serena y que veía algo que los demás no podíamos ver. Era otra de la clase del pequeño Smithfield. El don se había saltado una generación en la familia Tayler y había pasado directamente de Josephine a su nieta. Yo había visto crecer a la delicada muchacha desde bastante cerca, a excepción de los años que estuviese en California y de los tres que pasé en el extranjero, y nunca había advertido que hubiese heredado algo más que el atractivo aspecto de Josephine.

Y esto hizo también que me tambalease. Tal vez si Tabby no hubiese dicho que yo había matado un hombre en una barca, habría seguido pensando que la joven Tayler estaba tan borracha como su marido. Pero él lo había dicho, y esto me llevó de nuevo al único tiempo de mi vida en que había sido al menos un poco como aquellos dos. Volví a mirar a Tabby y después a Patsy, y se parecían. Por un segundo, fue como si contemplase dos negativos fotográficos, dos personas en las que había claridad donde hubiese debido haber sombra, y sombra donde hubiese debido hacer claridad. Sentí compasión, amor y miedo: miedo porque ya entonces comprendí que la aparición de dos personas semejantes —no, de estas dos personas— en estos particulares 25 kilómetros cuadrados de la tierra auguraba que vendrían cosas terribles, que todos seríamos sacudidos como por un terremoto, por un volcán, por un tornado de los viejos tiempos de Kansas. No necesitaba saber nada de Ted Wise ni del DRG-16 para preverlo.

Y acto seguido, el mundo me dijo que tenía razón. Ninguno de los otros lo vio; todos estaban mirando al infeliz borracho Les y su tirachinas, pero yo miré hacia lo alto y vi caer un pájaro del cielo. Muerto. Cayó sobre el césped, no lejos del poste donde había estado mi buzón, como una pequeña pelota de plumas.

«¡Apártate de mi camino!», gritó Les, y yo me puse en movimiento y me coloqué delante de Tabby. Porque si las cosas iban a ponerse tan mal, preferí estar muerto, tan muerto como el pájaro caído, a seguir viviendo para verlo. Ciertamente, valía más que fuese yo la víctima, en vez del joven Smithfield, que no sabía nada de lo que yo sabía, o había sabido, o al menos había sospechado, desde 1924. Esta acción mía fue de cobardía pura, y no me importa confesarlo. Incluso incité a Les diciéndole que su mujer estaba detrás de él.

Él disparó el arma, pero incluso yo pude ver que no quería matar a nadie. Tenía el tirachinas levantado en un ángulo de cuarenta y cinco grados encima de nuestras cabezas. Entonces, lo único que temí fue que el corpulento policía, Bobo, se cargase a Les por puro nerviosismo; pero Bobo permaneció tranquilo. Había sacado su pistola —mucho más mortífera que la de Les—, y había hecho bien. Quería asegurarse de que Les McCloud no trataría de liquidar a su esposa. Pero Les se derrumbó flaccido sobre el trasero y empezó a berrear.

Yo había echado un brazo sobre los hombros del chico cuando Bobo fue a conferenciar con los McCloud. El muchacho estaba temblando, tanto por mi causa y por lo que había visto, como por lo de Les.

—Eres una persona especial, Tabby —le dije—. Todos vamos a necesitarte.

—Yo le aticé a aquella caja —dijo él—. No a la suya. A la de él.

Señaló en dirección a los tres en medio de la calle. Les rechazaba la ayuda que Patsy quería prestarle.

—No digas una palabra de esto —le aconsejé—. Y tampoco de lo otro. Te lo contaré todo y verás por qué ocurrió.

—Ocurrió —dijo Tabby, como si antes no hubiese estado seguro—. En aquella barca.

Se separó de mi brazo y me miró con un recelo tembloroso. Yo habría dado uno de mis miembros por poderlo borrar de su semblante.

—Sí que ocurrió. No podía ser de otra manera.

Bobo y Patsy se acercaban a nosotros y no pude continuar. Miré la insignificante bolita de pluma sobre el césped y, por alguna razón, pensé en Bobo Zimmer y en la voz sofocada de Harry cuando me dijo lo de ella por teléfono.

Entonces se vieron Patsy Tayler y Tabby. Patsy había dicho algo sobre una taza de café; se estaba comportando como lo que solían llamar «una chica de armas tomar» cuando yo era pequeño, tratando de actuar como si su marido en pijama y blandiendo un arma en la calle fuese la cosa más natural del mundo. Pero cuando nos miró, su comedia se hizo añicos. A mí, apenas si me miró; en cambio, sus ojos se clavaron en Tabby. Dejó de moverse. Comprendí que el muchacho era parte de lo que había estado mirando allí abajo, cuando pensé que estaba borracha.

Para ella, Tabby era lo único que había en Beach Trail. Su abuela tenía la misma mirada de vez en cuando, al entrar en una tienda y quedarse petrificada al ver a alguien que moriría de un infarto dentro de una o dos semanas. Era simple reconocimiento, pero terrible por su misma sencillez. Tabby siguió plantado y aguantó. Tenía la fuerza suficiente para ello.

Nada está aislado, nada es casual, todo está relacionado, y yo me vi rodando sobre el cuerpo de Norm Hughardt en su herboso jardincillo de atrás, y vi a Charlie Antolini dirigiéndome una sonrisa de gozo inocente. «¡Mierda!», pensé.

Desde luego, Bobo pensó que Patsy estaba reaccionando a lo que acababa de ocurrir y la empujó hacia nosotros con suaves codazos y palmadas. Ahora que no habría ningún muerto, sólo quería librarse de ella,

Los físicos tienen razón: hay incertidumbre, pero no casualidad.

—¿Podría usted atender a la señora durante media horita? —preguntó Bobo—. Yo tengo que ver si puedo pillar a los que hicieron eso...

Y señaló hacia el destruido buzón.

—Tengo café en mi cocina —dije—. Bueno y fuerte. Y acompañaré al chico a su casa, agente.

Patsy estaba ahora mirando al suelo, probablemente para asegurarse de que no se hundiría debajo de sus pies.

—Recuérdale a Les que venga mañana a la Comisaría con su licencia —dijo Bobo.

Ella asintió con la cabeza y miró de nuevo a Tabby. Yo eché un brazo sobre los hombros de cada uno de ellos. Patsy era sólo cuatro o cinco centímetros más alta que el chico, y pensé que casi sentía la sangre fluyendo por debajo de su piel. Yo me alzaba sobre ellos como un ave-reptil antediluviana.

Cinco minutos más tarde, estaba trajinando en mi cocina, fingiendo que era un viejo distraído que no podía encontrar tres tazas limpias. En realidad era un viejo distraído, etcétera, que había sentido las ondas provocadas por el encuentro de Patsy Tayler McCloud con James Tabb Sinilhfild, y que todavía podía sentir las retumbar en la cocina. Los platos hubiesen debido repiquetear en el estante, y las tazas girar sobre sus asas. Tan fuertes eran las reverberaciones producidas por los dos, sentados en silencio y nerviosamente en sendas sillas de mi cocina. Después de haber visto tanto, el uno en el otro, no podían hablar. No habrían sabido cómo empezar; el tema de lo que tenían en común era demasiado vasto.

Era como si fuesen dos antiguos enamorados que, decenios atrás, hubiesen destruido sus matrimonios, abandonado a sus hijos y dejado a toda una ciudad inflamada en insultos y rumores; o dos generales que hubiesen dirigido antaño una matanza. Ya veis adonde quiero ir a parar con estas rebuscadas comparaciones. Parte del enorme sentimiento que hacía que me apartase de ellos era de vergüenza... y también de culpa. Ellos habían aprendido a reprimir y ocultar sus diferencias de la otra gente. Ahora estaba cada uno frente a la única persona que podía ver instantáneamente a través de su disfraz. Se descubrían mutuamente. Y esto era mucho más difícil para Patsy que para el chico: ella había vivido más tiempo con su disfraz, y era más fino que el de Tabby.

—Será mejor que hablemos —dije, y acerqué tres tazas a la ennegrecida cafetera.

Ellos rebulleron en sus sillas, fingiendo interesarse en las melladuras de la mesa de madera.

Puse las tazas de café ante ellos. Tabby murmuró las gracias y Patsy hizo un mínimo movimiento de cabeza.

—Los dos sabéis lo que sois —dije—. Y si no queréis hablar de esto delante de mí, nada tengo que decir. Pero sé algo acerca de esto, al menos lo suficiente para reconocerlo a primera vista. —Tabby me miraba, precavido, y Patsy observaba fijamente su taza—. Y yo conocí a tu abuela, Patsy. Recuerdo lo que era y lo que podía hacer, aunque el noventa por ciento de la gente de esta población sólo pensaba que era una guapa mujer a la que se le había aflojado un tornillo.

Patsy me miró.

—¿Era atractiva? Yo no la conocí antes de que..., bueno, antes.

Antes de que la encerrasen en el manicomio.

—Tan atractiva como tú —le dije—. Y ella prefirió abandonar el mundo, por decirlo así. Nadie la obligó. Quería estar allí. Creo que vio tantas monstruosidades en el exterior que pensó que no podría soportarlas.

No podía haber elegido una palabra mejor. Ella misma lo había empleado en su Diario.

—Monstruosidades, sí —dijo Patsy, casi relajándose por primera vez. Los platos habrían dejado de repicar, y las tazas de girar—. Temo que las monstruosidades han llegado a serme familiares.

Dirigió una mirada inquisitiva al muchacho, preguntándole tímidamente y en silencio. Creo que era la primera vez en veinte años que Patsy imaginaba, aunque fuese ligeramente, que era consolador que alguien compartiese su talento. Pero Tabby meneó la cabeza y le echó un cabo.

—Creo que a mí me ha pasado lo mismo. Cuando era pequeño. Una vez. O tal vez dos..., no lo recuerdo.

—Tal vez tres —dije yo—. No te olvides de mí y de Bates Krell en su barca.

Tabby tragó saliva, y Patsy siguió mirándolo como si él estuviese a punto de inflamarse.

—Bueno, ¿qué has visto tú? —pregunté a Patsy.

Levantó la cabeza, sobresaltada.

—Usted conoció a mi abuela. ¿Qué veía ella?

—Sabía cuándo iba a morir alguien —le dije llanamente—. Personas a las que conocía, y también desconocidos. Al menos, así me pareció.

—Quiero irme a casa —dijo Tabby.

—¿Ves tú morir a la gente? —le susurró Patsy.

—¿Qué quiere decir? Una vez vi apuñalar a un tipo en el bar donde trabajaba mi padre.

—Conque Clark trabajaba en un bar —dije—. Esto debió de poner fuera de tino a Monty. Pero tú sabes lo que ella quiere decir, Tabby. ¿Viste alguna vez morir a alguien antes de que ocurriese su muerte?

Asintió de mala gana.

—Bueno, se lo diré si quiere saberlo. Vi algo cuando tenía cinco años. Era aquella mujer, Mrs. Friedgood, la que fue asesinada.

—¿Viste quién lo hizo? —le pregunté, tratando de conservar la calma.

Estaba agotado y me dolía el pecho: empezaba a darme cuenta de que muchas cosas increíbles se abrían ante nosotros.

—Algo así.

Seguí mirándolo, y él sorbió su café.

—Hace mucho tiempo. —Me miró con el resentimiento de un chico de quince años—. Y, a fin de cuentas, ¿qué sabe usted de ello?

Por un segundo, pensé que iba a echarse a llorar; sin duda retrocedió en su memoria a aquel momento pasado con su padre y con su abuelo en el aeropuerto Kennedy; pero se negó a mostrarse débil ante nosotros. Recibí de nuevo el impacto de su resentimiento.

--No hay nada peor que esto. ¿Cree que es divertido que ocurran estas cosas en la cabeza de uno?

Mientras Tabby hablaba, Patsy lo acompañó con silenciosos movimientos de cabeza.

Probablemente, Mrs. Friedgood pensó que había algo peor, estuve a punto de decirlo; pero no pude. La atmósfera de aquella habitación era extraordinaria. Patsy y Tabby se habían unido al fin, aunque fuese contra mí. Se habían encontrado; podían confesarse mutuamente que se habían encontrado, con todo lo que esto entrañaba.



—Tiene razón —dijo Patsy, estirando el brazo sobre la mesa para coger la mano de Tabby.

—Hasta cierto punto.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Es todo cuanto sabes? ¿Te imaginas lo que se siente al pensar, al tener la certeza, de que te estás volviendo loco?

—Yo lo experimenté cuando vi a Bates Krell por prime-la vez —dije—. Y cuando salí a la parte trasera del club de campo de Sawtell, con la esposa de John Sayre, y vi a John muerto sobre la hierba, con una pistola todavía en la mano. —Estuvieron a punto de hacerme llorar en aquel momento, a causa de su belleza y de su seguridad—. Os lo explicaré todo, porque debo hacerlo. Hay cosas que ambos tenéis saber.

—¿Por qué? —preguntó Tabby. El apoyo de Patsy lo volvía casi del todo beligerante.

—¿Por qué? —repetí yo en tono indulgente—. Por una razón, porque Johnny Sayre era un hombre honrado e íntegro. Su alma merece que sepáis lo que pienso acerca de la historia real de su suicidio. Además, porque nosotros tres estamos vinculados. Vinculados por la historia, la cual conozco, al menos la de esta parte del mundo. —Le sonrió—. Te la podría explicar, pero prefiero enseñarte algo.

—¿Enseñarme? ¿Qué?

—¿Te importaría dar un corto paseo? También tú, Patsy. Sólo serán cinco minutos.

—Yo no voy a ir a esa casa —dijo Tabby. Pestañeó cuando se dio cuenta de que yo no sabía lo que quería decir—. La casa Friedgood.

—No.

Comprendí. Él había sido ya llevado a verla. ¿El día del asesinato? ¿Durante el asesinato? En aquel momento empecé a temer por él; también por Patsy; y por mí. Yo le contaría, pero nada me aseguraba que él creería la historia de locura que yo iba a referirle; tanto más cuanto que, más que una historia, era un amasijo de indicios y de intuición.

—Supongo que nunca habréis oído hablar del *Dragón*,

Me respondieron dos miradas inexpresivas.

—Y supongo que no sabes que tu apellido no ha sido siempre Smithfield —dije a Tabby.

Él sacudió la cabeza con incredulidad.

—Cogeré una linterna —dije.

### 3

Los ingleses llaman *torch* (antorcha) a la linterna eléctrica, me recordó Richard Allbee cuando miró estas páginas, y mi pesada linterna eléctrica brillaba ciertamente como una antorcha cuando bajamos por Beach Trail hacia Mount Avenue en plena noche. Yo pensaba en aquellas otras antorchas que solían bajar oscilando por este

camino, pero no así los otros dos. Ellos caminaban impacientes delante de mí, tratando de que yo apretase el paso, supongo que con la intención de terminar de una vez y marcharse a casa.

En la esquina, dirigí el rayo de la luz hacia la derecha. Pude oír el mar que susurraba y rompía en la franja de playas particulares de Gravesend Beach. Unos pocos faroles abandonados ardían entre la niebla que empezaba a aparecer en la parte baja de Mount Avenue. Junto al largo paseo de entrada de la casa de Van Horne, la hizo resaltar un árbol alto cuya copa tenía la forma de un cráneo, con la punta del mentón casi tocando el suelo y la bóveda redonda muy alta en el cielo negro.

—Sólo un poco más abajo —dije.

Me sentí de pronto envejecido: ya no me dolía el pecho, y la espalda se erguía lo bastante para recordarme mi juventud. Necesitaba más de esto, si lo que pensaba era verdad. Pero lo que estábamos haciendo parecía mágicamente adecuado: buscar nuestro camino en la oscuridad con una fuerte luz, arrojando la luz contra el muro de sombra.

—El Dragón tenía un nombre —dije, aprovechando la oportunidad de mostrarme misterioso, y los conduje hacia el alto muro de piedra, en dirección a la Academia.

En un macizo verde oscuro de mirtos, mi «antorcha» descubrió la indicación, una placa de bronce sobre un bloque de granito. THE BEACHSIDE TRAIL, decía la primera línea.

—Hace cincuenta y seis años, la «Sociedad de Historia» puso eso aquí —dije—. Desde luego, nadie se detiene para leerlo. Lo cual puede estar bien, pues refiere una décima parte de la verdadera historia. Pero mirad los nombres. Leedlos en voz alta.

Patsy leyó en silencio el texto indicativo de que éste era el lugar donde se habían instalado los primeros colonos, y, cuando llegó a los nombres, los leyó en voz alta:

—Ebenezer Williams, Roger Smyth, Josiah Green y Benjamín Tayler.

—Está bien —dije—. Tú eres una Tayler, yo soy un Williams y Tabby es un Smyth. Éstos cambiaron su apellido alrededor de 1880, cuando un Smyth compró toda esta tierra. Supongo que pensó que Smithfield sonaba más distinguido que Smyth. Su nieto lo vendió todo después de la Guerra Civil, y en definitiva lo compraron los Vanderbilt y construyeron el edificio que la escuela utiliza actualmente. Pero el nombre permaneció.

—¿Y qué?

—Entre otras cosas, nosotros somos los últimos de estas familias. Y esto es importante. Ahora casi pienso que el último descendiente de los Green tiene que estar en algún sitio de la población...

—Está —dijo Patsy—. Esta noche he cenado con él y con su esposa. Es Richard Allbee. Acaba de comprar la casa que está frente a la de usted, en su misma calle.

—¿Tiene hijos?

—Su esposa está encinta —dijo Patsy.

Eran las personas que había visto entrar en la casa Sayre.

—Pero hay otro nombre —dijo Tabby, agachándose para leer los caracteres en relieve—. Es...

—Es *el Dragón* —dije—. Así lo llamaban.

Tabby leyó la frase en voz alta:

—En 1645, un quinto granjero, llamado Gideon Winter, se unió a estos hombres.

—Me pregunto si emplearon estos términos deliberadamente —dije—. Pero esto sería presuponer que Gideon Winter no era un hombre, y presumo que debió de serlo, al menos en el sentido corriente de la palabra. Nacido como los demás, y más ambicioso que la mayoría. O simplemente codicioso. Bueno, no «simplemente». No puedo pensar que fuese «simplemente» algo.

Y ahora la oscuridad alrededor de la zona que iluminaba tristemente me recordó todo lo que no sabía ni sabría nunca sobre Gideon Winter, y apagué la linterna. El mar batía las playas particulares al pie del acantilado, al otro lado de las tranquilas y pacíficas mansiones de Mount Avenue.

—Dos años después de la llegada de Gideon Winter —les dije—, se perdieron casi todas las cosechas. No consta en los archivos que se vendiese ganado, por lo que pienso que la mayoría de las reses murieron. —Patsy y Tabby estaban pálidamente iluminados por el farol de la entrada a Gravesend Beach. Debido a la niebla, la noche era ligeramente fría. Todavía no comprendían—. En tres años murieron también la mayoría de los niños. La primera iglesia estaba en lo alto de la colina (entonces la llamaban Clapboard Hill, pero hoy no tiene nombre), y allí fueron enterrados los niños. Debió de estar muy cerca de tu casa, en Hermitage. Hay que recordar que, en aquellos tiempos, las familias eran numerosas. De cinco a ocho hijos era lo normal.

En 1648, tuvieron suerte las familias a quienes les quedaron uno o dos. Y Gideon Winter poseía la mayor parte de Greenbank. No tenía hijos, al menos ninguno legítimo. Todo esto no lo pusieron en la placa. Y quizá no ocurrió. Tal vez me lo he inventado, fundándome en los escasos datos de los viejos archivos de la parroquia. Pero Winter se quedó con la mayor parte de la tierra. Y lo llamaron *el Dragón*. Os lo puedo mostrar en los libros.

Ahora me sentía de nuevo agotado; mi rejuvenecimiento había sido efímero. Respiraba con dificultad y tenía ganas de sentarme.

—¿Qué le pasó a Gideon Winter? —preguntó Patsy.

—Pienso que al fin lo mataron —dije—. Pienso que al fin decidieron que no era un hombre, sino un diablo, y lo mataron. —Ahora no sólo quería sentarme, quería irme a la cama. Veinticinco años atrás, habría sacado un frasco del bolsillo y habría echado dos tragos de buen coñac—. Pero esto no fue un crimen, un verdadero crimen. Fue la reacción de un puñado de colonos supersticiosos y casi analfabetos. El verdadero crimen fue lo que su víctima les había hecho a ellos.

—Pero ¿cómo podía alguien hacer esto, hacer que muriesen las mieses y los animales? ¿Y que muriesen los niños? —preguntó Tabby.

No parecía impresionado, pero advertí en su voz que había renunciado a su beligerancia y estaba casi lo bastante interesado para creer lo que yo decía.

—Confío en que nunca tengamos que averiguarlo —dije—. Incluso creo que no podríamos. Somos personas del siglo XX. Ellos eran gente del XVII, y, a todos los

efectos prácticos, vivían en la orilla de un bosque interminable. Creían en la magia, en las brujas y en los demonios.

Dejé que pensaran un momento en lo que creían ellos.

—Pero hay un hecho que os atañe a vosotros. Patsy, tú y tu marido, ¿hace mucho que vinisteis? ¿Ocho, nueve meses? —Ella asintió con la cabeza—. Y, Tabby, tu abuelo murió hace unos tres meses. Luego estáis en «Cuatro Corazones» desde hace, ¿cuánto? ¿Seis semanas? —Él asintió también—. Y el hijo de Mary Green supongo que hace sólo unos días que volvió a Hampstead. Williams, Smyth, Tayler, Green. Sus descendientes no habían estado juntos desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Los Tayler vivían en Nueva York. El abuelo de Tabby vivió en Nueva York hasta que trasladó «Smithfield Systems» a Woodville, en 1950. Ningún miembro de la familia Green vivió cerca de Greenbank desde 1944 o 1945, he olvidado cuál de estos dos años, en que Mary se marchó a California. Williams, Smyth, Tayler, Green. Y hemos vuelto. Este lugar es nuestro, ¿lo veis? Esto es *magia*, si queréis llamarlo así.

—Y si nosotros hemos vuelto, quiere usted decir... —empezó Patsy.

—Sí. Si lo hemos hecho nosotros, quizá también lo ha hecho él. Porque no sólo se trata de que hayáis vuelto, sino de que hayáis vuelto con tanta fuerza, si comprendéis lo que quiero decir.

—Esto es una locura —dijo Tabby.

—Estoy de acuerdo, muchacho —dije—. Pero protege tu flanco. Cuando conocí a Bates Krell, tuve una extraña experiencia. Pensé que estaba viendo al diablo, a pesar de que soy agnóstico. Siempre he pensado que la política es mucho más interesante que la teología.

Empezamos a desandar el camino hacia Beach Trail en la oscuridad. No tuve valor para encender de nuevo la linterna. Era una locura, como había dicho Tabby, pero, con los faroles de Mount Avenue iluminando los grandes árboles a ambos lados de la calle, casi me sentía de nuevo en el mundo que había tratado de resucitar para ellos, un mundo que no era más que unas cuantas miserables granjas en el borde mellado de un enorme bosque. Patsy y Tabby seguían echándose ojeadas de soslayo cuando creían que el otro no lo advertía. Unas grandes alas negras se habían desplegado sobre todos nosotros. Así lo pensaba yo, aunque esperaba que no fuese verdad.

Fue la noche en que los gemelos Norman se encontraron con Gary Starbuck en el aparcamiento de una tasca de Post Road y empezaron a montar su gran empresa; tres noches antes de que un policía de Hampstead llamado Royces Griffen se pegase un tiro en su automóvil.

Nos detuvimos delante de mi casa. Suspiré. Las tareas, ambas tareas, parecían imposibles.

—¿Os reuniréis otra vez conmigo? Pensadlo, haced lo que queráis, pero opino que deberemos volver a vernos. Tabby, tal vez podríais visitar a ese Richard Allbee. Podría ayudar a convercerte de alguna manera, si es que... —Miré a Patsy—. ¿Volveremos a encontrarnos?

Asintieron a regañadientes. Nos dirigimos a nuestras respectivas casas en la intermitente sombra de la niebla.

Pensándolo bien, ¿qué podía yo decirles? ¿Que un ser que mataba animales y niños tres siglos atrás estaba ahora asesinando a mujeres en nuestro pequeño rincón de Connecticut? ¿Y este mismo ser era un pescador de langostas en 1924, cuando lo miré desde Rex Road, sobre el Nowhatan, y casi me desmayé porque supe que había visto el rostro del mal? ¿Y que alguien a quien quizá conocíamos, alguien que se movía libremente en Hampstead, tenía ahora la misma cara?

Déjeme en paz, habría podido decirme Tabby, y no se lo habría reprochado. Sobre todo habida cuenta de que ya les había dicho, a él y a Patsy, que ellos y yo y ese tal Richard Allbee le habíamos dado mayor fuerza por el mero hecho de estar en Greenbank. Y había querido decir que Gideon Winter era sólo parte de la locura que se cernía sobre nosotros.

## SIETE: EL DRAGÓN Y EL ESPEJO

### 1

Poco después de que Graham Williams confesara al fin su idea a Patsy McCloud y a Tabby Smithfield —aproximadamente al mismo tiempo que el doctor Van Horne recorría las tiendas de antigüedades del Condado de Patchin en busca de un espejo adecuado para colgarlo en el espacio que había dejado vacío en la pared—, Pat Dobbin empezó a preocuparse por las manchas blancas que ahora salpicaban sus hombros, su pecho y sus brazos, y resolvió visitar a su médico. Era el martes 3 de junio. Dobbin todavía no pensaba que aquellas manchas significasen que tuviese una dolencia grave. No se imaginaba que pudiese estar enfermo. Fue a ver a su médico porque no quería que aquellas manchas blancas se extendiesen a su cara.

En este aspecto, el médico de Dobbin no se mostró muy complaciente. No sacó un tubo de pomada (que era lo que esperaba Dobbin) y le dijo: «Frótese con esto las zonas afectadas, dos veces al día, y todo quedará resuelto.» En vez de esto, examinó cuidadosamente las manchas y le hizo una serie de preguntas sobre dónde habían empezado y con qué rapidez se habían extendido. Había hojeado un libro sobre enfermedades de la piel y no había encontrado nada que correspondiese a la afección de Dobbin. Y se había rascado la cabeza. En vez de darle la pomada, concertó una cita para él en el «Yale Medical Center» de New Haven. Dobbin fue en su coche al «Medical Center», dos días más tarde, pensando todavía que su caro y simpático médico había pasado por alto alguna explicación sencilla. Al aparecer el automóvil y entrar en la vasta estructura moderna que era el «Medical Center», todavía se sentía un hombre robusto y sano. Sabía que tendría que permanecer tres días allí, pero lo consideraba como una especie de vacaciones extravagantes; llevaba consigo lápices y hojas de papel para apuntes, con la intención de continuar su trabajo.

La primera mañana le quitaron la ropa y le frotaron, rascaron y pincharon treinta veces para una serie de pruebas de alergia; le hicieron radiografías y le conectaron con muchas máquinas diferentes de las que sólo reconoció unas pocas. Fueron tantos los médicos que lo visitaron que nunca llegó a saber bien sus nombres. Parecían preocuparse mucho más de la condición de su piel que de él mismo. Uno de los médicos le dijo que todo lo que comiese tenía que ser pesado y medido; otro, que parecía recién salido de la Facultad, le dijo que todos sus excrementos tenían que ser examinados; no podía usar el retrete anexo a su habitación. Los blancos apósitos que cubrían sus lesiones eran desprendidos de sus manos y de sus hombros por un hombre —¿un médico?— que usaba gafas oscuras y cuyos largos cabellos le llegaban a los hombros.

El segundo día, Dobbin dejó de sentirse fuerte. Se enteró de que era ligeramente alérgico a cierta clase de polen, a algunos tabacos de pipa, a los pelos de los gatos y al almidón. Incluso su piel no afectada estaba ahora inflamada y amoratada como resultado de las pruebas. La presión sanguínea era elevada, así como el grado de colesterol; el número de glóbulos rojos era bajo y le faltaba mucha vitamina B-12. Una de las vértebras lumbares estaba demasiado cerca de las contiguas, representando un problema incipiente en la espalda; tenía indicios de sinusitis y un ligero soplo cardíaco, y el hígado estaba lesionado. Por si esto fuera poco, uno de los médicos le dijo de pasada que probablemente se le formarían cálculos biliares en un plazo de cinco o diez años.

Pero nada de esto explicaba lo que le ocurría a su piel.

La mañana del tercer día, el médico que llevaba la dirección del caso le preguntó si estaba dispuesto a permanecer cuatro días más en el establecimiento.

Se había hecho popular por sus apuntes de los médicos y de las enfermeras del día. Tanta estima le tenían que podía ver la televisión a todas horas del día. Comía y bebía lo que le daban, y hacía sus necesidades en recipientes de «Tupperware».

¡Respondió a un millón de preguntas sobre sus costumbres. Refirió todos los lugares donde había estado en los últimos diez años, todos sus parientes vivos, los licores que bebía y sus relaciones sexuales. Y pensó que estas respuestas a las preguntas creaban cierta conmoción en el cuarto piso: al fin y al cabo, New Haven no estaba muy lejos de Hampstead.

El quinto día, Dobbin advirtió la primera lesión en su cara, una diminuta mancha blanca junto a una comisura de sus labios.

El sexto, penúltimo día en el «Medical Center», el médico principal entró en su habitación y se sentó al lado de la cama. Desde luego, Dobbin conocía ahora su nombre: doctor Chaney. Había hecho media docena de caricaturas de su rostro, que era flaco y estirado, como el de una jirafa. Chaney sonrió a Dobbin y, quizá distraídamente, empezó a tomarle el pulso.

—Hemos estudiado cuidadosamente todo el material de sus lesiones, Mr. Dobbin —dijo.

—Muy amables —respondió Dobbin.

Chaney le soltó la muñeca y dejó de mirar el reloj.

—El resultado nos sorprendió en gran manera. Descubrimos que es un tegumento licuado que contiene melanina, grasa, células de los vasos sanguíneos y de los canales linfáticos, material característico de las terminaciones nerviosas, y células epiteliales; en una palabra, todo lo que se encuentra en la dermis y la epidermis.

—Luego es piel —dijo Dobbin, reconociendo los dos últimos nombres.

—Exacto.

—Esa cosa blanca es piel.

—Bueno... —Dobbin reclinó majestuosamente la cabeza sobre la levantada almohada—. No entiendo. ¿Qué significa eso?

—Que su piel, en cierto sentido, se está volviendo coloidal, inconexa. Y la función de la piel es de conexión; tegumento significa esto. —El doctor Chaney cruzó

fuertemente los dedos para mostrar lo que quería decir—. Pocos profanos lo entienden de esta manera, pero nuestra piel es un órgano, como lo son el corazón y el hígado. En su caso, este órgano está perdiendo las características de un cuerpo sólido. Sonrió de nuevo—. Es usted una rara avis, Mr. Dobbin. Su piel se está licuando.

Dobbin se quedó sin habla.

—Mañana podrá marcharse a casa. Y pienso que podrá seguir en ella. Pero quisiera que viniese a verme la semana próxima...

Dobbin le interrumpió:

—¿Quiere usted decir que no soy alérgico a nada? ¿No tengo sífilis, ni cáncer, ni paperas, ni siquiera pústulas? Entonces, ¿qué van a hacer para que no me convierta en un charquito?

—Bueno, tiene algunas alergias —dijo el médico—. Pero éstas no tienen nada que ver con el problema de su piel. Éste sólo puede ser una reacción a algo con lo que ha tropezado, por ejemplo, una infección; pero en este caso, no hay virus ni causas bacterianas. Tomaremos algunas muestras más de su piel, tanto de las zonas afectadas como de las sanas, y haremos que nuestras computadoras resuelvan el problema. Encontraremos alguna solución, Mr. Dobbin.

—Quiere decir que espera que la encontrarán.

—Nuestras computadoras pueden jugar al ajedrez como los grandes maestros, componer sinfonías y reunir datos más de prisa que un montón de investigadores trabajando veinticuatro horas al día. Sabremos qué clase de agente puede provocar una reacción como la suya. Después de esto, unos pocos injertos cutáneos le devolverán a la normalidad, en el caso de que sean necesarios.

—¡Jesús!

—Esto no debe preocuparle —dijo Chaney—. Dejemos el asunto en manos de las computadoras, ¿eh?

—Si no hay más remedio...

Dobbin pasó otro día con los juegos, las operetas y las películas de la televisión. Su mente, protegiéndose a sí misma, se enfrascó en los anuncios de pantalones vaqueros y de pastas dentífricas. Despachó otras tres comidas de hospital y durmió con ayuda de un fuerte tranquilizante. El doctor Chaney no volvió a su habitación, pero el joven médico de cabellos como una tela de araña acudió para clavar otra aguja en su mano, cortar un par de centímetros de piel y poner un grueso vendaje sobre la herida.

El hospital le devolvió su ropa, las llaves del coche y el dinero, y le dio una tarjeta con el día y la hora en que debía volver. Medio aturdido, regresó a Hampstead por la I-95. Fue el día del tercer asesinato, aunque ni Dobbin ni nadie de Hampstead debía enterarse de esto hasta dos días más tarde.

Cuando llegó a su casa, ésta parecía más pequeña que antes. El buzón de la correspondencia estaba lleno de facturas, revistas y anuncios con cupones de supermercado.

Dobbin señaló en su calendario la fecha en que debía volver al «Medical Center». Entró en su cuarto de trabajo y regó las plantas. Después se sentó a la mesa



de dibujo y observó los bocetos que había hecho; destruyó la mitad de ellos. Después empezó de nuevo a trabajar. Dio a Baldur *el Malo*, el mago diabólico de la serie *Eagle-Bear*, la cara del doctor Chaney.

## 2

Mientras Pat Dobbin estaba en New Haven, esperando oír que había contraído alguna nueva clase de superherpes (pues ésta había sido su última fantasía sobre el origen de sus lesiones), Hampstead sufrió la visita de una gripe extemporánea. En la primera semana de mayo, se había producido la ola acostumbrada de enfriamientos, causado por el cambio de tiempo; pero la gripe era una dolencia de invierno; no era lógica en la primera semana de junio.

Por ejemplo, era la última semana del curso en «J. S. Mill», y los profesores tenían mucho trabajo con los informes y las notas finales. En cuanto a los alumnos, tenían que estudiar para los últimos exámenes. Pero el director y cuatro miembros del personal docente, demasiado débiles para levantarse de la cama, habían perdido toda la semana. La clase de Tabby tuvo un coeficiente particularmente elevado de víctimas: cuarenta de los ciento cinco estudiantes perdieron al menos tres días de colegio.

Graham Williams pasó tres días yendo y viniendo de la cama al retrete, y estuvo demasiado enfermo para seguir pensando en el tema que había planteado a Patsy McCloud y a Tabby Smithfield.

Les McCloud sintió dolor de tripas cuando volvía de la Comisaría de Policía a su casa, después de presentar su permiso de conducir y escuchar un sermón de Bobo Farnsworth. Empezó a sudar, detuvo el coche en el tramo de Greenbank paralelo a la carretera y se apeó con el tiempo justo de vomitar sobre unas matas de achicoria silvestre. Precisamente cuando se estaba enjugando la boca, un dolor angustioso removió sus intestinos, y éstos estallaron. Se tumb  sobre las hierbas y se quitó los zapatos. Dio gracias a Dios de no encontrarse en su oficina de Nueva York. Se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones. A la vista de varias docenas de coches que circulaban por la I-95, se quitó los calzoncillos y los tir . Después se contrajo su estómago, y vomit  de nuevo. Se sentía como Job. Jadeando, esper  a que sus tripas tronasen de nuevo, cosa que éstas hicieron al poco rato. Entonces se limpi  con unas hierbas, se puso de nuevo los pantalones y volvió tambaleándose a su coche. Durante el resto del trayecto hasta su casa, condujo muy despacio. En cuanto entró por la puerta principal, empezó a chillar llamando a Patsy.

En el registro de entrada de Greenblatt, sólo dos de las muchachas se presentaron a trabajar en toda la primera semana de junio. Bobo Farnsworth no enferm , y por esto tuvo que trabajar por los que s  enfermaron: trabaj  en turnos de doce horas durante dos semanas consecutivas, descansando ocho horas después de cada turno, y cuando Ronnie pudo al fin levantarse de la cama, le preparó su cena predilecta — pollo frito y picadillo de carne con patatas — a las ocho de la mañana.

—¿Cómo están las cosas ahí afuera? —le preguntó, sin poder comer el pollo, pues el olor del aceite le revolvía el estómago.

—Parece un hospital —dijo Bobo—. Confío en que el asesino eche las tripas por la boca, ¡maldito sea!

Los médicos de Hampstead veían sus consultorios llenos de gente a la que no podían ayudar. «Es una nueva epidemia —decían a los pacientes—. No hay ninguna pildora mágica. Beba mucho líquido y quédese en la cama.»

Las víctimas se decían las unas a las otras: «Lo peor es que uno sabe que no va a morir de esto.» Lo cual no era del todo cierto. Ninguno de los afectados quería realmente morir, pero varios murieron. Éstos eran todos varones, de más de sesenta años. Graham Williams tuvo la suerte de sobrevivir, Harry Zimmer siguió a Babe al cementerio de Gravesend, sólo tres semanas después de la muerte de ella. El lunes por la mañana, mientras pescaba en el rompeolas, sintió un cosquilleo en la garganta y pensó que se le había contagiado el resfriado de Lee Wilcox, que había marchado a su lado, enarbolando la bandera de los «Veteranos de Guerras Extranjeras», en el desfile del *Memorial Day*. Por la tarde, le chorreaba la nariz y le dolía la cabeza. Irritó a una veraneante, rolliza rubia neoyorquina con gafas de sol subidas sobre los cabellos, al no poder sacar a tiempo su pañuelo y estornudar encima de ella. El día siguiente, casi se desmayó al levantarse de la cama. El congelador del frigorífico estaba lleno de pescado, pero él se sintió demasiado débil para tratar de cocinarlo. Su único alimento, durante un día y medio, fue bourbon, mantequilla de cacahuete y una lechuga amarillenta que encontró en el compartimiento inferior de la nevera. Tenía un cuartillo de leche, pero se había estropeado, porque, desde la muerte de Babe, la casa andaba de cualquier manera. Telefonó dos veces a su médico, pero ambas veces estaba la línea ocupada. Murió en su cama a los cinco días de enfermedad, sin saber que Lee Wilcox había muerto también. El nieto de Harry lo encontró un día después.

Cuatro de los cinco ancianos que murieron eran miembros de la asociación de «Veteranos de Guerra» de Hampstead, y dos de ellos pertenecían a la promoción de 1921 en «J. S. Mill», lo cual significó que Graham Williams se convirtió en el único superviviente de aquella promoción. «Soy toda una clase —dijo a Tabby unos meses más tarde—. Por ella debo vivir eternamente.» El quinto hombre, doctor Harold Rubin, era un psiquiatra de Nueva York que venía todos los veranos a Hampstead y alquilaba una casa en «Sherink's Row», una serie de edificios de madera, pintados de color pastel, en un trozo de tierra junto al Mill Pond, y donde no se permitía que entrasen automóviles. El doctor Rubin se enfrió y el segundo día de su estancia en Hampstead, salió en su balandra y, al cabo de dos horas, pensó que la navegación le había mareado. El excelente almuerzo del club de campo saltó sobre la borda. No asistió al cóctel ofrecido aquella tarde por su vecino de verano, el doctor Harvy Blau. Habría ido a Nueva York aquella noche, pero no se sintió capaz de andar hasta el aparcamiento, situado en el extremo de aquel trozo de tierra de Kilómetro y medio de longitud. Murió en el suelo del cuarto de baño el día siguiente, y su cadáver no fue descubierto hasta septiembre. En esta fecha, todos sus vecinos habían muerto también, aunque no de la gripe.

La otra única víctima fatal de Hampstead durante aquellos diez días fue una mujer de setenta y un años que murió de un ataque al corazón mientras almorzaba en la terraza de un restaurante francés de Main Street. A diferencia del doctor Rubin, la anciana murió a la vista de quince o veinte ciudadanos, entre ellos Tabby Smithfield y Patsy McCloud.

Durante diez o quince días, los médicos de Hampstead se vieron asediados. La gripe, que parecía ser local y espontánea, dobló, triplicó y cuádruplicó el número de sus afectados durante este período inicial. En sólo este tiempo, si visitaban pacientes de otras dolencias, apenas tenían tiempo de estudiar debidamente los síntomas; en todo caso, las pocas personas que se quejaban de la súbita aparición de unas feas manchas blancas en las manos o en los hombros no requerían ayuda inmediata. Un mes después de la ola inicial de enfermos de gripe, esta enfermedad proseguía, aunque con menos intensidad, y los médicos todavía no se alarmaban si los que padecían pequeñas lesiones cutáneas volvían con algunas más; en realidad, no prestaron atención particular a estos pacientes hasta que otro médico envió a un hombre al «Yale Medical Center» y se conoció el caso de Pat Dobbin, que a mediados de julio estaba en pleno tratamiento. Poco después de que el segundo y el tercer pacientes llegasen al «Medical Center», el doctor Chaney cursó una comunicación a *The Lancet*, revista médica británica, sobre lo que él llamaba «Síndrome de Dobbin». En septiembre, el doctor Chaney pudo añadir una nota a su artículo, aludiendo a los sucesos del 17 de mayo y a la accidental exposición de los ciudadanos de Hampstead al DRG-16. Presumía que el investigador desaparecido, Thomas Gay, había sido probablemente la primera víctima del síndrome que había identificado, pero terminaba defendiendo el nombre que le había dado: «Puede parecer que debería darse a estos síntomas el nombre de "Síndrome de Gay", pero, por razones literarias y médicas, me atengo a la denominación original. Patrick Dobbin fue el primer paciente que presentó estos síntomas a los profesionales, y su apodo es irresistiblemente literario (*Vanity Fair*) y yo sostengo que, en muchas de sus características "no médicas" y "espirituales", es ésta una enfermedad típica y literalmente victoriana.»

Tal vez el doctor Chaney se merecía el trato que le había dado en sus ilustraciones.

### 3

La mañana del martes en que Dobbin había ido por primera vez a ver a su médico, Tabby Smithfield estaba sentado en la cocina con su padre, comiendo unos pastelillos confeccionados por Sherri.

—Vamos, cómete un par —dijo Clark—. Te portas como si fueses la cocinera.

Sherri se sentó en el taburete delante de la cocina económica.

—Si tú me tratas como a tal, ¿por qué habría de portarme de otra manera?

Clark enrojeció y untó un pastelillo con jarabe de arce.

—Éste es nuestro hogar —insistió—. Quiero que comas con nosotros. Estás sentada ahí como un buitre.

—Vamos, papá —dijo Tabby.

—No me siento bien —confesó Sherri—. No podría comer nada.

—¿Estás enferma?

Clark miró de nuevo a Sherri, que en modo alguno parecía un buitre. Su cara aparecía pálida y fofa, y tenía los ojos hinchados. Se veían raíces negras en la raya de sus cabellos.

—Sí, estoy enferma, ¿no te lo he dicho? Quiero irme a la cama. Pero antes tengo que limpiar la cocina.

—Como quieras —dijo Clark.

Clark no era ya el joven esbelto que había jugado a la pelota con Tabby sobre el césped de delante de la casa de Mount Avenue. Había engordado, y una red de venitas rojas se había formado sobre sus pómulos. La petulancia que había advertido Graham Williams era ahora permanente en sus facciones, y estropeaba lo que había habido de agradable en ellas. En realidad, Tabby, que había terminado su desayuno y esperaba para hablar con su padre, no podía ver nada del antiguo atractivo de Clark en la cara porcina de éste.

—¿Por qué no vas a descansar un poco, Sherri? —preguntó a su madrastra.

—Deja que haga lo que quiera —dijo Clark—. A propósito, ¿cuándo pasa el autobús del colegio?

—Dentro de unos quince minutos.

—Entonces lee un libro o haz algún deber escolar. ¿Y cómo te va en el colegio, Tabs?

—Muy bien.

Clark se encogió de hombros.

—¿Y cómo va tu trabajo? —preguntó Tabby.

—Pregunta cómo va mi trabajo. Como todos los trabajos. Ya lo sabrás con el tiempo.

—¿Vas a revisar hoy algunas cuentas?

—Para esto me pagan, chico.

—¿Qué cuentas?

Clark dejó la servilleta sobre la mesa y dirigió una mirada fría a Tabby.

—¿Quieres saber las cuentas que revisaré hoy? De acuerdo. Son importantes. Las de Bloomingdale. ¿Te basta con esto? Las de Caldors. Y otras dos en Woodville. Después iré a Mount Kisko y a Pound Ridge. ¿Satisfecho?

—No te daré una respuesta clara —dijo Sherri desde su taburete—. No lo intentes.

—¡Eh! ¿Quieres callarte? Y, a fin de cuentas, ¿qué te importa? Trabajo y vengo a casa. Y basta. No tengo que examinarme de esto.

—Sólo era interés, papá.

—Está bien. Pero ¿te sonsaco yo algo sobre el colegio? ¿Te pregunto quiénes son tus amigos y lo que haces por la noche? ¿Te lo pregunto? ¡Claro que no! Yo tuve que aguantarlo de mi viejo. Tú haces lo que quieres, y a mí me parece bien.

—¿Sabías que nuestro apellido no fue siempre Smithfield? —preguntó Tabby a media voz.

—Supongo que debía de ser Morales —dijo Clark.

Sherri bajó de su taburete y salió de la cocina.

—Parece enferma —dijo Tabby.

—Está harta de Hampstead, ésta es su única enfermedad. Lo lógico sería que se alegrase de estar en una casa como ésta. No te inquietes por ella, Tabs. Se adaptará.

—Así lo espero.

Su padre resopló; se enjugó los labios con la servilleta.

—¿Qué es esa gansada sobre nuestro apellido?

—Oí decir que era Smyth. Con y griega.

—No sabía nada de esto ¿Quién te lo dijo?

—Un chico del colegio.

—Bueno, no lo sé. No prestes atención a lo que digan los muchachos. Limitate a hacer tu trabajo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Estás pensando en algo más, Tabs?

Tabby sacudió la cabeza y su padre se levantó. Dentro de un minuto se habría marchado, y cuando volviese a casa estaría borracho.

—Bueno, tal vez sí —dijo Tabby.

Clark esperó en silencio.

—¿Sabes algo acerca de un pescador al que mataron en su barca hace mucho tiempo, en esta villa? Sé que te parecerá una locura.

—¿A qué diablos viene esto, Tabby? Vas a perder el autobús.

Clark cogió su chaqueta de una silla y se volvió hacia la cocina.

—Se llamaba Bates Krell.

—Es la primera vez que oigo este nombre.

—¿Tampoco sabes nada de un granjero que estuvo aquí y se llamaba Gideon Winter?

—Nadie ha tenido aquí una granja desde hace un siglo —dijo Clark—. Y ahora muévete, Tabs. Vas a perder el autobús.

Tabby cogió sus libros y sus papeles, y se dirigió a la esquina, a esperar el autobús. Su padre pasó en su nuevo «Mercedes» rojo y agitó la mano al doblar la esquina de Beach Trail.

Cuando Tabby se acercó al «J. S. Mill», vio a través del cristal de la ventana del autobús a los gemelos Norman. Estaban hablando con un hombre de cabellos negros que parecía musculoso pero no atlético. Los tres estaban al otro lado de la calle, frente a la entrada del colegio, y el hombre se apoyaba en el costado de una camioneta gris.

—Conque tenéis otro muchacho —dijo Gary Starbuck a Dicky y a Bruce—. ¿Sabe lo que tiene que hacer?

—¡Vamos hombre! —protestó Bruce—. Ni siquiera nosotros sabemos lo que tenemos que hacer.

—Lo sabéis.

—¿Qué imagina que somos? ¿Adivinos?

Starbuck suspiró.

—Escucha, es un negocio, ¿no? Esto es lo que sabéis. Vais a hacer un negocio conmigo, ¿no? Es lo que queráis, ¿no?

—Sí —dijo Bruce.

—Y por eso cogisteis a ese otro muchacho.

—Pues, sí.

—¿Es corpulento?

Dick y Bruce menearon la cabeza.

—No importa. No hace falta que sea corpulento. Lo importante es que sea listo.

—Lo es —dijo Bruce.

Tabby había burlado de algún modo a Bobo *el Payaso* el domingo por la noche. Bruce había esperado que lo hiciese, pero al menos era una prueba de su inteligencia.

Starbuck suspiró de nuevo.

—Tendré que hacer que me examinen la cabeza. —Cruzó los brazos sobre el pecho, y sus bíceps se hincharon—. Está bien. ¿Conocéis esa casa que está justo sobre una pequeña playa? ¿La casa de un médico?

Los mellizos asintieron con la cabeza.

—La de Van Horne —dijo Dicky.

—Exacto. Entraremos en ella el próximo sábado. Yo cuidaré de las cerraduras; entraremos limpiamente. No hay sistemas de alarma en la casa. Pero sí muchas cosas buenas. Incluso conozco a un tipo que se quedará con su piano. Supongo que vosotros podéis levantar un piano, ¿no? Os daré quinientos a cada uno, ¿de acuerdo? y entonces quedaremos en paz. Después del sábado, os olvidaréis de mí. Tendréis vuestros mil pavos, y estaréis a salvo.

—¿Quiere decir que tendremos que entrar? —preguntó Dicky.

—No, entraré yo y vosotros os quedaréis en la puerta jugando a las damas. ¿Qué diablos os habéis figurado? ¡Claro que entraréis!

—¿Y Tabby?

—¿El otro muchacho? Será el vigilante. Estará sentado en la camioneta con la radio. Si ve a un policía, nos lo dirá. Cobrará cincuenta pavos, más lo que le deis vosotros.

—Nosotros cobraremos quinientos cada uno —dijo Bruce.

—Éste es el trato.

Dicky y Bruce se miraron con perfecta comprensión.

—Nosotros le daremos cincuenta cada uno —dijo Bruce.

—Claro que sí —dijo Starbuck—. Os reuniréis conmigo en el aparcamiento de la «Lobster House» a las once de la noche. Allí hay un viejo que se acuesta a las nueve.

—¿Por qué no vamos un día laborable? —preguntó Bruce—. No lo entiendo. Él es médico y está todo el día fuera de casa.

—Tiene un ama de llaves y una cocinera, ésta es la razón —dijo Gary—. El ama de llaves es tan vieja como él, y la cocinera viene de Bridgeport. Las once es la hora adecuada. Podríamos hacerlo más tarde, pero ¿por qué perder toda la noche?

—Otra cosa —dijo Bruce—. Usted tiene un cacharro, ¿no? ¿Lo llevará cuando entremos?

—Olvídate de esto —dijo Gary—. Todavía no lo he usado nunca. Yo trabajo limpio, tal como me enseñó mi padre.

## 5

El doctor Wren van Horne parecía hallarse mejor que en muchos años; se lo había dicho su recepcionista, se lo habían dicho sus colegas de la «Clínica Hampstead» (en la que él y ellos tenían importantes participaciones) e incluso se lo decían sus pacientes. Hilda du Plessy, que era paciente de Wren van Horne desde hacía cuarenta años y lo había adorado en cada uno de ellos, había encontrado algo más que admirar en él su última visita.

—¡Se está usted rejuveneciendo! —había exclamado—. ¡Sí, doctor Van Horne! Es la pura verdad. Parece usted diez años más joven.

—Bueno, si es así, dentro de un año lo seré más que usted, Hilda —susurró el doctor Van Horne a la querida anciana... que media hora más tarde, mientras metía su viejo «Bentley» en el aparcamiento entre el río y Main Street, aún seguía pensando en él.

Sus pensamientos eran los propios de las viudas enamoradas de sus médicos — las palabras *gentil* y *vigoroso*, jamás expresadas realmente, bullían en el fondo de sus sueños—, pero también incluían observaciones detalladas de más de media vida de experiencia. Hilda du Plessy tenía razón: Wren van Horne no sólo parecía estar mejor, sino también más joven. Sus ojos eran más claros y su espalda más erguida. Sus ojeras casi habían desaparecido. Sus cabellos parecían más tupidos. «Se los cuida —dijo Hilda para sus adentros, mientras cruzaba la tienda «Walden-books» para salir a Main Street—. Cuida sus cabellos después de tanto tiempo... ¡Ay!, yo le habría dicho que lo hiciese, si se hubiese fijado un poco en mí.»

Hilda du Plessy pasó por «Waldenbooks» sin detenerse, porque nunca había comprado un libro allí. Ada Hoff, de «Books'n Bobs», un poco más arriba de la calle, sabía la que quería ella. Ada Hoff era una verdadera librera, pensaba Hilda, no como los jóvenes que trabajaban en la grandes librerías. Ada Hoff conocía a los parroquianos por sus nombres, conocía a muchos de los escritores cuyos libros vendía y comprendía que algunas personas tuviesen gustos especiales; habría un montoncito de novedades esperando a Hilda detrás del mostrador.

El día de cada mes en que Hilda salía en coche de su casa en la orilla de Old Sarum para ir al médico, se daba una serie de satisfacciones.

Empujó la puerta de la destartalada y amarilla casa colonial en lo alto de Main Street, donde se hallaba «Books'J Bobs», y pasó ante el mostrador de *best-sellers* sin dirigirles siquiera una mirada. Ada Hoff estaba en pie detrás de la mesa escritorio sonándose la nariz con un pañuelo de lino del mismo tono amarillo que la librería: era el color predilecto de Ada.

—¿Se encuentra bien, Ada? —preguntó Hilda.

—Con un resfriado terrible —dijo Ada.

Era una mujer gruesa y de cara redonda, con pocos años menos que la propia Hilda. Llevaba generalmente un jersey azul y una falda amarilla, como hoy. Su cabello era muy negro y tan bien cuidado que parecía teñido.

—Todos lo hemos pillado —siguió diciendo—. Spence y Thom ni siquiera han venido hoy a trabajar.

Spence y Thom, dos solteros que vivían juntos, eran los ayudantes de Ada. Spence cuidaba de hacer y deshacer los paquetes y llevaba la contabilidad, y Thom arreglaba los escaparates y ayudaba a Ada detrás del mostrador. Hilda consideraba que Spence y Thom eran unos excelentes contertulios y podía pasarse horas en las secciones de alfarería y labores charlando con cualquiera de los dos. La noticia de que no estaban en la tienda la contrarió un poco, pues Ada estaba demasiado atareada para chismorrear.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó Hilda—. Por favor, no me lo pegue, Ada; precisamente vengo ahora del médico.

—A propósito —dijo Ada—, tengo que mostrarle algunas novedades.

Buscó un rato debajo del mostrador y colocó delante de Hilda dos libros encuadernados y tres en rústica. Los encuadernados eran *El dilema de la enfermera Thompson*, de Janet Randall Minor, y *El héroe de blanco*, de Carrie Engelbart Hoskins; los en rústica, *Amor en una sala de hospital*, *El doctor Bartholomeu* y *el doctor Daré* y *El doctor Peachtree hace sus visitas*, todos ellos de Florence M. Hobart. Hilda los miró un momento con sincero entusiasmo. Su gran afición eran las novelas de hospitales. Y encontrar el mismo día una nueva obra de Janet Randall Minor y tres de Florence M. Hobart era casi un milagro para ella. La pequeña contrariedad por la ausencia de Spence y Thom se desvaneció bajo el fulgor de la intensa satisfacción de Hilda.

—Hay cinco o seis Hobarts más —dijo Ada—. Algunos están agotados y otros están siendo reeditados, según dicen. Se los reservaré cuando dispongamos de ellos.

—¡Oh, Dios mío! Se lo agradezco. Pero esto es estupendo —se refociló Hilda—. Me los quedo todos, naturalmente. Anótelos en mi cuenta, por favor. No sé cuál de ellos leeré primero.

Hilda firmó la nota de cargo, salió de la librería y echó a andar por Main Street cantando virtualmente de alegría. Oyó cantar un pinzón en uno de los árboles frutales enanos plantados en cubas de roble a lo largo de la acera, volvió la cabeza y silbó contestándole. La pesada bolsa que llevaba en la mano contenía un tesoro..., un tesoro que pronto sopesaría y leería. Hilda cruzó la calle, pasó por delante de las



oficinas de la Hampstead Gazette y subió los peldaños de ladrillo de un restaurante francés llamado «Framboise».

También aquí empezó mal una de las fases de su satisfactorio rito mensual. El *maître* no se hallaba junto a la mesa donde estaban el teléfono y el libro de reservas. Hilda miró hacia el restaurante. Sólo había un hombre y una mujer en una mesa para dos, y un grupo de cuatro hombres en la mesa central. El hombre y la mujer estaban visiblemente borrachos. Otra nota malsonante. Tres camareros de chaleco azul y corbata negra estaban reunidos alrededor de un carrito de servicio en el fondo del comedor. Hilda esperó a que apareciese el *maitre*. Uno de los camareros la miró y tosió, tapándose la boca con un puño. Hilda dejó la bolsa de los libros en el suelo y miró vivamente el libro de reservas. Allí estaba su nombre, o al menos algo que se le parecía: DIPLESSI. Dijo «¡Ejem!» con voz clara y fuerte. Y uno de los camareros cogió un menú del carrito y se dirigió a ella cruzando el comedor.

—¿Dónde está hoy François? —preguntó Hilda.

—Está enfermo —dijo el muchacho.

—Soy Du Plessy, aunque lo han escrito mal en el libro de reservas. ¿Quiere acompañarme a mi mesa acostumbrada?

El chico del chaleco azul miró a Hilda sin comprender.

—Fuera. En el rincón de la terraza. Mejor dicho, de la galería, aunque ustedes prefieran llamarla terraza. Allí es donde me siento.

—Por aquí, señora —dijo el muchacho, galvanizado por el tono de Hilda.

Ésta cogió su bolsa del tesoro y siguió al chico a través del comedor y hasta la galería, donde había cuatro mesas bajo un toldo a rayas.

—La mía es la del final —dijo Hilda, al detenerse el camarero en la mesa de en medio. Ya en la suya, se sentó de cara a la calle y dijo—: Quisiera un aperitivo, por favor. Un «Manhattan» de brandy.

—¿Con hielo?

—Sin hielo, por favor. En una de esas copas de pie largo —añadió, esbozando con los dedos la forma de la copa.

El muchacho se alejó remoloneando. Hilda puso la bolsa sobre su falda y sacó los libros. Con intensa satisfacción, observó la sobrecubierta ilustrada, los rasgos conocidos de los nombres de los autores, las portadillas, las dedicatorias, los márgenes, las encuadernaciones, si las iniciales del autor figuraban o no en la cubierta de los encuadernados en cartón. (No figuraban.) Examinó las impresiones en los lomos y las notas de propaganda de las sobrecubiertas. Estas notas eran invariablemente estúpidas, y Hilda les prestó poca atención.

Entonces hizo su elección: *El héroe blanco*, de Carrie Engelbart Hoskins. El de Janet Randall Minor sería un placer que guardaría para después.

Hilda abrió delicadamente el libro elegido. El tosco muchacho puso la copa delante de ella. Con intensa satisfacción, Hilda echó una mirada al trozo de Main Street que se extendía ante ella, y después, incapaz de esperar un segundo más, leyó la primera frase:

Edward Waterhouse nació para ser útil.

Ahora venía lo bueno:

Otros lo habían dicho a menudo de él, y él mismo solía confesarlo en declaraciones como ésta: «Reconozco que cuando soy más feliz es cuando puedo ayudar a alguien.» Dichas por otra persona, estas observaciones habrían buscado aprobación y reconocimiento; pero el doctor Waterhouse no buscaba nada. Decía sólo la verdad, tal como había llegado a conocerla en el curso de sus cuarenta y dos años.

Ronroneando de satisfacción, Hilda sorbió su bebida y siguió leyendo:

Cuarenta y dos: ciertamente, ésta era la edad del doctor Waterhouse, y los años se habían portado bien con él, poniendo unas arrugas compasivas en las comisuras de sus párpados y unas elegantes pinceladas grises en las sienes.

Wren van Horne en su mediana edad, pensó Hilda; ni yo habría podido describirlo mejor.

Si su edad era una ventaja para él en muchos aspectos, era quizás un inconveniente en otro. El doctor Edward Waterhouse estaba en el límite extremo de los años en que un hombre debe casarse, si es que está dispuesto a hacerlo.

Lo cual demostraba, pensó Hilda, que Carrie Engelbart Hoskins no había cumplido aún los cuarenta. Dejó de mirar la página, «un poquitín irritada», habría dicho Carrie E. Hoskins, y observó de nuevo Main Street. Al otro lado de la calle, una joven vivaracha que escribía notas y unos hombres barbudos con jeans azules estaban sentados a las mesas exteriores delante de «Deli-icious». Los ojos de Hilda recorrieron el escaparate de la tienda de antigüedades «Olden and Golden» y el escaparate más pequeño de «Hampstead Pizza». Un actor conocido salió de la quincallería de enfrente del «Deli-icious» y los barbudos lo miraron descaradamente. Entonces Hilda volvió a mirar el escaparate de la tienda de antigüedades. El dueño, bajito y calvo, no era visible detrás de las letras doradas. El doctor Waterhouse se había desvanecido en la mente de Hilda, que murmuró «Muévase, por favor..., muévase», fulminando con la mirada al camarero que había vuelto para tomar nota de lo que iba a comer. El muchacho y el dueño de la tienda se movieron simultáneamente, y Hilda vio que el hombre de cabellos grises de detrás del escaparate era, sin duda alguna, Wren van Horne. De pie y prodigando ademanes, el médico parecía aún más joven que en su consultorio, una hora antes.

—¿Quiere que me quede aquí? —preguntó con incredulidad el camarero, detrás de ella.

Hilda levantó la mirada, como pidiendo auxilio, y vio que otro pinzón de pecho anaranjado caía de una rama baja del roble de delante del restaurante y yacía sin vida sobre la acera.

## 6

Sabías que era hora de comprar el espejo: ignorabas lo que significaba, pero sabías que era el momento de hacerlo.

El doctor Van Horne había cancelado dos de las citas de esta tarde y estaba ahora plantado, bastante aturrullado, en medio de la profusión de objetos de «Olden and Golden Antique Shop».

—Tiene que ser algo especial —decía al dueño, que no lo conocía, pero que había apreciado claramente su edad y su aspecto, su traje blanco de lino y su sombrero «Panamá», y le había situado en la menguante categoría de los ricos de Hampstead—. Muy especial, si es que me entiende. —Sonrió, con lo que no consiguió disipar la impresión de vaguedad—. Lo reconoceré, compréndalo, pero quiere decir que él debería también reconocermé a mí.

—Bueno. —Mr. Bundle no sabía cómo responder a una petición tan irracional—. Hay algunas cosas nuevas en...

—Sí, desde luego. He perdido ya muchas horas buscando... Estuve en Redhill hace dos días, y antes había ido a King George, donde hay muchas tiendas de antigüedades interesantes, y en todas ellas había espejos; pero ninguno de ellos... No me convenían. —Describió un amplio círculo con el brazo, en ademán de rotunda negación—. En absoluto. Lo que necesito..., bueno, creo que hubiese debido empezar por aquí, ¿no cree? Dejé un espacio libre en una pared de mi casa, aunque entonces no sabía aún para qué lo quería. Sólo sabía que tenía que descolgar aquellos cuadros porque necesitaba espacio. Después comprendí. Un espejo. Tenía que ser muy alto, y ovalado. Y no nuevo. Si fuese nuevo, no me serviría de nada.

El doctor Van Horne miró maliciosamente a Mr. Bundle.

—Y hoy, estando sentado en mi despacho, se me ocurrió pensar..., una simple ocurrencia..., que usted tenía precisamente el espejo que me hacía falta. ¿No es extraordinario?

—Sí, es extraordinario, porque precisamente esta mañana me han entregado unos muebles que compré en una subasta la semana pasada —dijo Mr. Bundle—. Y entre ellos hay un espejo muy parecido al que usted ha descrito.

—Lo sabía.

—¡Hum! Sí. Extraordinario. ¿Quiere acompañarme y se lo mostraré?

El doctor Van Horne asintió con la cabeza y siguió a Mr. Bundle a la trastienda. Aquí los muebles estaban amontonados sin orden ni concierto, sin reparar y sin rotular. Escritorios y aparadores, mesas cubiertas de cuero y mesas de caoba para comedor; las tablas de estas últimas estaban tiradas sobre una cama con dosel.

—Todavía no he puesto precio a estas cosas, pero supongo que llegaremos a un...

Arqueó una ceja mirando al médico.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! —El doctor había dejado de rondar entre el oscuro amasijo de muebles y contemplaba fijamente la mitad superior visible de un gran espejo ovalado, con marco cuidadosamente tallado y sobredorado—. Es éste. Un día fue mío.

—¿Fue suyo? Procede de la subasta que le dije. Es un espejo francés, y calculo que será aproximadamente del 1790, aunque pudiera ser más antiguo. Creo que uno de los Green importó la mayor parte de estas cosas. Pero ahora ya no existen, naturalmente.

—Fue mío —dijo su cliente.

—Sí. Ya veo, señor.

Mientras miraban la manchada superficie del espejo, algo oscuro pareció moverse en él, una sombra grasienta que hizo que Mr. Bundle abriese mucho los ojos y se inclinase para ver más claramente. Pero aquello había desaparecido.

—Bueno, ya lo ha visto. Me reconoce.

—Necesita una buena limpieza —farfulló Mr. Bundle.

## 7

Patsy abrió la puerta del dormitorio empujándola con la cadera y llevó la bandeja hasta la cama donde yacía Les entre un montón de periódicos, muestrarios de tejidos, revistas, y corazones de manzanas y huesos de melocotón en una taza. Papeles e informes de su oficina cubrían su pecho, sobre un ejemplar doblado del *Wall Street Journal*. Levantó la cara delgada sin afeitarse y miró a su mujer.

—¿Qué es eso?

—Tu desayuno. Tostada de pan integral, queso de granja y zumo de naranja.

—¿Llamas desayuno a eso? ¿Queso de granja?

Patsy dejó la bandeja al lado de Les.

—Tu estómago necesita cosas ligeras.

—Oh, sí, lo sé. Pero, Dios mío..., ¿no podrías darme un huevo escalfado o algo parecido?

—Come esto y ve cómo te sienta. Tengo que visitar al doctor Lauterbach dentro de media hora. Si tu estómago está bien cuando regrese, te haré un huevo escalfado.

—Me siento muy débil.

—No tienes buen aspecto —dijo Patsy. Se sentó en una silla al fondo de la habitación, planos los pies sobre el suelo, separadas las rodillas y apoyando la barbilla en una mano—. En realidad, tienes un aspecto terrible.

—Tampoco tú lo tienes muy bueno —dijo Les, casi reflexivamente, sintiéndose atacado.

Pero era verdad lo que decía. Patsy parecía cansada, agotada..., abandonada, habría dicho un hombre más sensible que Les.

—¿Por qué habría de tenerlo bueno? Me siento pésimamente. Y no es la gripe, Les. Tal vez tendría que decir lo que pienso y confesar que eres tú.

—Yo no tengo la culpa de estar enfermo —dijo Les—. Media población tiene la gripe.

—No me refiero a la gripe. Me refiero a nuestro matrimonio.

Les cogió un memorándum de los papeles que tenía sobre el pecho y lo examinó con ojos inexpresivos.

—Supongo que esto es un ejemplo de lo que quiero decir. Ni siquiera me miras.

Les dejó a un lado el memorándum y se volvió cansadamente a Patsy.

—La cuestión es que no creo que lo nuestro sea un matrimonio —dijo ella.

—Tú no lo crees.

—Tengo un marido que no me habla, que nunca quiere hacer algo conmigo, que sólo me necesita cuando está tan enfermo que se caga en los calzones. ¿Te parece esto un matrimonio?

—No acepto tu descripción.

—¿No te parece así? ¿Piensas que compartimos algo? Cuando más nos acercamos es cuando piensas que tienes que pegarme. Prefieres esto al amor. Es verdad, y tú lo sabes. Prefieres pegarme a acostarte conmigo.

—¡Jesús! Disfrutas echándome la culpa de todo. Y eliges el mejor momento: me atacas con todas esas gansadas cuando estoy tan enfermo que apenas si puedo levantarme de la cama.

—Todos los ataques vienen de tu parte —dijo Patsy, que, sin querer, se había irritado mucho—. No somos un matrimonio. En realidad, no sé por qué vivimos juntos.

—¿No me amas? —preguntó Les.

—No lo sé. No me siento muy inclinada hacia ti.

—¡Maldita sea! Estoy enfermo —gimió Les.

Patsy miró su reloj.

—¡Oh, ya sé! —dijo él—. Lo comprendo. El doctor Lauterbach. Vas a ese psiquiatra y le cuentas lo miserable que soy, y él te dice que tendrías que dejarme. Probablemente te tiene cogida la mano cuando te lo dice.

—Tengo que irme —dijo Patsy, poniéndose en pie.

—Acuérdate de este tipo que trae el dinero a casa —dijo Les, incorporándose sobre un codo y dejando que los papeles y los memorandos cayesen sobre la bandeja—. Ya verás cómo piensas entonces que, a fin de cuentas, no soy tan malo.

—Adiós —dijo Patsy, dirigiéndose a la puerta.

—¿Adiós? ¿Quieres decir, para siempre? ¿Quieres decir que te marchas?

Ahora sonreía tristemente.

—No lo sé —le gritó Patsy—. Si lo hiciese, ¡no tendría que verte apuntando una pistola contra la Policía!

Les iba a replicar a gritos, pero se contuvo.

—Sabes por qué ocurrió aquello.

—Mejor que tú.

Patsy cerró la puerta y bajó rápidamente la escalera. Les gritaba algo, pero no le hizo caso y descendió hasta la sala de estar y el garaje. Quince minutos más tarde, bajaba lentamente por Main Street, buscando un sitio donde aparcar.

En realidad, Patsy sólo había visto una vez al doctor Lauterbach. Su consultorio estaba en la «Clínica Hampstead», donde Wren van Horne tenía sus oficinas, y el día de la primera visita Patsy había subido y bajado tres veces los escalones de cemento que unían la zona de aparcamiento al modernista amasijo de bajos edificios de ladrillo. Se había anticipado media hora, y todavía no estaba segura de cómo había de comportarse. ¿Cuánto de su vida real podía confesar al médico? ¿Y cuánto podía ocultar sin perjudicar el análisis propuesto?

Patsy se había visto sobre una mesa de disección, con la mente desperdigada como las piezas de un reloj en reparación.

Por último entró en el edificio y miró las placas en las grandes puertas de roble. Todavía iba con veinte minutos de adelanto. Encontró la puerta y se metió en una pequeña y oscura sala de espera. Una recepcionista le sonrió desde una ventanilla de cristales. Pasó lo que le pareció un tiempo interminable mirándose las manos cruzadas sobre la falda.

Dos minutos antes de la hora, un hombre bajo y barbudo, de expresión severa e inquisitiva, había abierto la puerta del consultorio y la había llamado por su nombre. No era mayor que ella; quizás era aún más joven, a pesar de las profundas arrugas del entrecejo, pensó Patsy.

—Por favor —dijo él, invitándola a entrar y señalando un diván junto a la pared.

—Prefiero estar sentada —dijo ella—. En un sillón.

—Como usted quiera. Aunque yo prefiero usar el diván.

Patsy se sentó en un sillón delante de la mesa.

—¿Por qué ha querido verme? —preguntó el doctor Lauterbach.

—¡Soy desgraciada! —exclamó ella.

—Todo el mundo es desgraciado —había dicho el doctor Lauterbach, y Patsy había comprendido que la cosa no daría resultado. ¿Cómo podía ayudarla aquel barbudo pesimista?—. Yo lamento que usted empiece enfrentándose conmigo. Tenemos que recorrer un largo camino juntos Mrs. McCloud, y deberíamos empezar colaborando.

La mirada profunda y sombría del analista se cruzó con la de Patsy, y ésta rompió a llorar. Pensó que él lo sabía ya todo acerca de ella; había abierto simplemente su cerebro con los ojos y visto todo lo que había dentro: Les, Marilyn Foreman, su abuela, todo. Patsy había sido incapaz de dejar de llorar. El doctor Lauterbach no había dicho nada, y Patsy había seguido llorando, cubriéndose el rostro con las manos. Más que descubierta, se había sentido humillada.

Todavía llorando, se había levantado y salido del consultorio.

Había sabido que nunca volvería allí, y no había vuelto. De una manera curiosamente paralela a las ocupaciones de Clark Smithfield, Patsy salía todos los días como si fuese al consultorio, pero, en vez de esto, seguía otra terapéutica, en el

sentido de que con ella se sentía mejor. Recorría las galerías de arte de Hampstead o tomaba café y leía un libro en una de las mesas del «Deli»; o caminaba por Sawtell Beach, sintiéndose ligera e irresponsable como una gaviota; o iba hasta Woodville en coche y lo pasaba en grande en la sección de vestidos de «Bloomingdale's». Normalmente, a Patsy no le gustaba ir de compras y lamentaba el tiempo que perdía en ello; pero, durante la hora del doctor Lauterbach, disfrutaba haciéndolo.

Pero hoy no estaba de humor para ir a «Bloomingdale's», ni tenía ganas de pasear por la playa. La escena con Les, que había tomado un rumbo imprevisto por ella, le había hecho un nudo en el estómago que persistía aún. Lo que ella le había dicho era verdad. En realidad, no sabía por qué seguían casados. Que ella le amaba había sido siempre la respuesta a aquella dolorosa pregunta, pero ahora se preguntaba si su «amor» no había sido más que un medio de evitar hacerse la misma pregunta a sí misma. Desde que le había visto apuntando con la pistola a Bobo Farnsworth y a los otros dos, lo que había creído que era amor por su marido se había en cierto modo coagulado. Le había visto tan al descubierto como había estado ella misma en el consultorio del doctor Lauterbach, y ya no podría volver a verlo como antes. Se daba cuenta, y ésta era la causa del nudo en su estómago, de que, si nunca volvía junto a Les McCloud, no lo echaría en falta. Les era como alguien que hubiese muerto y fingiese seguir viviendo: nadie lo había matado, se había matado él mismo; había matado sus sentimientos y sus intuiciones y su generosidad, porque pensaba que su compañía lo exigía.

«Gracias, doctor Lauterbach», dijo Patsy para sus adentros, y entró en el «Deli».

Salió con un vaso de plástico lleno de café en una mano y se dirigió a una de las mesas del exterior. Los hombres de las otras mesas observaron un momento sus piernas, su pecho, su cara.

—Estúpidos —dijo Patsy, lo bastante fuerte para que los dos más próximos la oyesen, y después sacó el libro y el Diario de su bolso.

Dejó el libro a un lado y empezó a escribir.

Hombres con los que podría acostarme, escribió. Richard Allbee. Bobo Farnsworth. Allan Alda. Tom Brokaw. Patsy se estaba divirtiendo. Saul Bellow y John Updike. Michael Murphy. Woody Allen, Ilia Nastase. Sam Shepherd. Dick Cavett. «Y Rex, el Caballo Fantástico», dijo para sí. Patsy cerró el libro sobre la pluma, sonriendo, y miró los árboles en macetas que flanqueaban Main Street. Tabby Smithfield avanzaba en su dirección desde la parte baja de la calle. Tabby no la veía; en realidad, no veía nada. Parecía desviar la cara y arrastraba los pies como si anduviese entre hojas. O vadeando una corriente con agua hasta los tobillos. Esperó que el chico no mirase y siguiese adelante, pero, cuando llegó a su altura, parecía tan desgraciado que tuvo que llamarlo.

—Hola, Tabby.

Él levantó bruscamente la cabeza y le dirigió una mirada de intensa gratitud. Así, pues, había acertado.

Tabby se acercó tímidamente a ella.

—Ven y siéntate —dijo Patsy, indicándole una silla a su lado. Él se sentó. Volvió a llamarla, ahora no tímidamente, y Patsy comprendió. Le dijo—: Acabas de hacer otro..., hum..., otro viaje, ¿no?

Le asió la mano.

—Es la palabra más adecuada —dijo Tabby.

## 8

Había evitado a los Norman todo el tiempo posible, sabiendo que el hombre con quien habían estado hablando era un ladrón; pero, después de la primera clase, los gemelos se plantaron a su lado en el pasillo de la biblioteca del colegio. Debido a la imprevista escasez de profesores, la clase se había dividido en dos grupos de estudio, y él y los Norman figuraban en el grupo destinado a la biblioteca.

—Hola, Tabs —dijo Bruce, echando un brazo sobre sus hombros—, estuviste muy tranquilo. No sé lo que hiciste, pero lo hiciste bien.

—Yo no hice nada —dijo Tabby.

Salieron de la fila y dejaron que los otros entrasen en la biblioteca. El penetrante olor del cuerpo de Bruce flotó casi visiblemente alrededor de la cabeza de Tabby.

—Bien dicho —dijo Bruce, y empujó a Tabby por el pasillo hacia la salida—. Salgamos de aquí. Hoy sólo nos queda una clase, y es el último período. ¿Por qué quedarnos? Nadie hará nada importante, con tantos chicos que faltan.

—Supongo —dijo Tabby.

Los Norman siempre eran un poco más atrevidos de lo que él podía ser.

—¿Dijo Bobo algo acerca de nosotros? —preguntó Dicky.

—¡Eh! No seas estúpido, hombre. Tabs estaba tranquilo —dijo Bruce—. Salgamos por la puerta ahora que nadie nos ve.

Arrastró a Tabby con él, y Tabby no pudo librarse de su olor, que era el de un oso. Bruce estaba excitado, y el olor de oso era un olor de violencia. Frotó rudamente las manos en la espalda de Tabby.

—Bobo no mencionó nuestros nombres, ¿verdad, Tabs? Nadie dijo nuestros nombres, ¿verdad?

—No. —Tabby se apartó de Bruce—. Él sólo pensó que yo me iba a casa.

Bruce le pellizcó el bíceps.

—Buen chico.

Bajó la barra de la puerta y salieron los tres al estrecho camino asfaltado que discurría a lo largo de la parte de atrás del colegio. El aire estaba inmóvil y húmedo.

—Lástima de gripe —dijo Bruce, y Dicky se echó a reír.

Pasaron por el lado del edificio y se pusieron a andar a través de la zona de aparcamiento.

—No creo que te importe ganarte cincuenta pavos —dijo Bruce.

—No —dijo Bruce—. Pero depende de lo que tenga que hacer. No voy a entrar con violencia en la casa de nadie.



—Nada de eso, Tabs —dijo Bruce—. Nada en absoluto. ¿Quieres venir con nosotros a la ciudad?

—Muy bien. Pero no quiero intervenir en un robo. Esto no se ha hecho para mí. Bruce guiñó un ojo a Dicky, y los tres subieron al automóvil negro.

—Sólo queremos hacer un trabajito el sábado por la noche.

—Con ese tipo —dijo Tabby—. Estuvo aquí esta mañana, ¿no? Vi desde el autobús que estabais hablando con él. No voy a hacerlo.

—Y yo te arrancaré las malditas orejas —dijo Dicky—. No me vengas con cuentos.

—Es nuestra gran oportunidad, Tabby —dijo Bruce—. Dicky está muy excitado, y todavía faltan cinco días.

Bruce sacó el coche del aparcamiento y entró en una empinada calle suburbana. Casas coloniales con aros de baloncesto sobre las puertas de los garajes; camionetas «Volvo» aparcadas en los caminos de entrada; setos de monstruosos y carnosos rododendros.

—Piensa sólo una cosa, Tabby. Todo el mundo está asegurado, ¿no? Si pierden algo, les pagan su importe. Sólo salen perdiendo las compañías de seguros, y éstas tienen millones, hombre. Tienen tanto dinero que le prestan al Gobierno. ¿Y por qué ganan tanto dinero? Porque la gente les paga para el caso de que les roben o pierdan algo. Por consiguiente, justo es que les roben.

—No puedo hacerlo —dijo Tabby.

—Dicky y yo te daremos otros veinticinco pavos cada uno —dijo Bruce—. Te irás a casa con cien dólares en el bolsillo. Te necesitamos, Tabs. No podríamos hacer el negocio sin ti.

—No puedo.

—Entonces te arrancaré las malditas orejas —repitió Dicky, tranquilamente.

—Es una bestia, y habla en serio —dijo Bruce—. Mira, tenemos cinco días. El jueves o el viernes nos veremos en el colegio, ¿eh? Lo único que tienes que hacer es estarte sentado en la camioneta y vigilar por si llega alguien por el paseo. Tendrás una radio y, si viene alguien, nos lo dirás. Pero no vendrá nadie. Podemos poner la camioneta debajo de los árboles, y nadie la verá.

—¿Dónde será la cosa? —preguntó Tabby.

—Ya lo sabrás el sábado. Sólo por estar en la camioneta de ese tipo, ganarás cien pavos.

—O te moleremos a palos —dijo Dicky—. Nada de bromas, Tabs.

Bruce entró en Main Street.

—¿Quieres una «Coca-Cola» u otra cosa, Tabs?

Tabby meneó la cabeza. No sabía cómo escapar de Dicky y de Bruce y librarse de una terrible paliza. Romper buzones del correo ya era mala cosa; tenía que evitar nacerse cómplice de un robo. Dicky lo miraba sonriendo; también él olía a oso. Sabía que los dos Norman lo molerían a palos. Y, probablemente, le arrancarían una oreja cada uno.

Entonces vio el coche de su padre aparcado en la calle. Le pareció un faro, un puerto de refugio. Su padre podría ayudarle.

—Dejadme aquí —dijo.

—Claro, Tabs —dijo Bruce—. Lo que tú digas. —Se acercó a la acera y detuvo el coche—. ¿Irás andando a casa?

Tabby asintió con la cabeza, se apeó del coche y casi se sintió de nuevo a salvo.

Cuando Bruce se hubo alejado, Tabby miró a través de los cristales de las tiendas más próximas al «Mercedes». Su padre no estaba ante el mostrador del «Camera Center», ni en el «Hampstead's Jewelers», ni en «The Winery». Tabby cruzó la calle y miró en el otro lado. Clark no era visible en el mercadillo, ni en «Laura Ashler», ni en «Enfants du Paradise», que era una tienda donde vendían ropa infantil. Siguió calle arriba, atisbando a través de los cristales de «County Trust», «Rawhide» (zapatos y chaquetas de cuero) y «Waldenbooks». Volvió a cruzar la calle y entró en «Anhalt's». Aquí vendían computadoras domésticas y cámaras, artículos de escritorio y libros, discos y material de oficina. Tabby miró incluso en la sección de libros infantiles; pero Clark no estaba en el almacén.

Y, a fin de cuentas, ¿qué estaba haciendo su padre en Hampstead? Hoy tenía que estar en Woodville y, después, en Pount Ridge y en Mount Kisco. Tabby vaciló debajo de la marquesina de «Anhalt's».

Si esperaba el tiempo suficiente, vería sin duda a su padre. Todo lo que tenía que hacer era sentarse en el coche, y, dentro de poco, su padre saldría de alguna de las tiendas... De pronto supo que no podía esperar en el coche. Había una ventana que no había inspeccionado. El cristal era tan oscuro que constituía como un espejo para quien mirase desde la calle, y en él aparecían unas letras rojas describiendo un arco: «O'HALLIGAN'S» Era el único bar de Main Street.

Tabby se metió de nuevo entre los coches y tomó posiciones al otro lado de la calle, a pocas puertas del bar. Se plantó en un callejón de paredes de ladrillo que iban de un aparcamiento a Main Street, y si se arrimaba a la pared de la izquierda, nadie que saliese de «O'Halligan's» podría verlo.

No tuvo que esperar mucho. Unos minutos después de esconderse en el estrecho callejón, se abrió la puerta de «O'Halligan's» y su padre salió tambaleándose a la luz del sol. Cruzó la acera y se detuvo en el bordillo, mirando ceñudo la calzada. Después, Clark se volvió y miró pensativamente la puerta del «O'Halligan's».

—No, papá —dijo Tabby.

Una mujer alta, de cabellos negros y labios pintados con reflejos eléctricos, salió por la puerta detrás de Clark. Llevaba una camisa blanca sin mangas y unos shorts bombachos de color tostado; tenía, y Tabby lo advirtió, hermosas piernas. Después vio Tabby que lucía pesadas joyas de oro en el cuello y en ambas muñecas. Hacía que Sherri Stillwell pareciese una fregona. La mujer no estaba tan borracha como Clark. Pasó un brazo por el de él y dijo algo que parecía conciliador. Clark se encogió de hombros y meneó la cabeza. La mujer quiso arrastrarlo de nuevo al bar y él le pegó en la mano con que asía su brazo. La mujer señaló Main Street arriba, dijo algo más, y ahora Clark asintió con la cabeza. Echaron a andar calle arriba. ¿A dónde iban? ¿A «Framboise», para seguir bebiendo y almorzar copiosamente? ¿Y a un motel de Norrington después?

Tabby les observó mientras subían por la soleada calle. De vez en cuando se detenían para que la mujer de cabellos negros pudiese mirar los escaparates; Tabby comprendió que su padre no tenía ningún empleo. Simulaba que iba a trabajar. Se había mudado a «Cuatro Corazones», comprado el «Mercedes» que tanto deseaba y dedicado al trabajo de gastar el dinero de Monty Smithfield.

Tabby tuvo ganas de llorar. Descendió por Main Street, escociéndole los ojos. ¿Había pensado realmente que su padre podía ayudarlo en lo de los gemelos Norman? La deslealtad de su padre era tan grande que la traición que implicaba no cabía en la comprensión de Tabby, se derramaba y manchaba la acera y los escaparates. Traidor, traidor. Tabby vio a su padre como un hombre arruinado; y se vio arruinado él mismo.

Había llegado a la entrada de la gran biblioteca de Hampstead, un edificio de piedra en la esquina de Post Road y Main Street, antes del puente sobre el Nowhatan. Tenía que sentarse, necesitaba pensar en sí mismo y en su padre y en Sherri. Tabby abrió la puerta y entró en la fresca biblioteca.

Pasó por un torniquete y se encontró en el vestíbulo embaldosado en tablero de ajedrez, delante del largo pupitre. Una de las dos mujeres que estaban allí lo miró con curiosidad, y Tabby frunció el ceño y pasó. Podría ocultarse entre los altos estantes de revistas, más allá de la mesa. Tabby tuvo la impresión de que todos los que estaban en la biblioteca —los viejos que leían periódicos en las mesas, las mujeres que consultaban los ficheros, incluso un niño que subía la escalera en dirección a la biblioteca infantil— lo estaban observando, conscientes de su vergüenza.

La biblioteca parecía alargarse y ensancharse, y temblar y vibrar las baldosas cuadradas del suelo. El gran reloj de detrás del pupitre había dejado de moverse: la negra segundera se había quedado inmóvil entre las 2 y las 3, como clavada a la esfera.

Los estantes de revistas oscilaban. No; ondeaban, resolvió Tabby; como las algas que crecen bajo el agua, como las ondas de calor sobre el asfalto de la carretera.

Se quedó asombrado, más que asustado, en la biblioteca cambiante. Ya no sentía vergüenza. Las paredes parecían combarse delicadamente hacia fuera. Un resplandor expansivo, siniestro invadía la biblioteca. Y Tabby captaba la advertencia del reloj parado y del suelo tembloroso, pero era al mismo tiempo atraído por ellos.

Sabía que algo le iba a ocurrir. La biblioteca parecía llena de una luz mágica que lo transformaba todo.

Sus pies lo llevaron a la sección de Historia. Había aquí dos largas estanterías con un estrecho pasillo entre ellas. Tabby pasó entre las estanterías y oyó que la amplia sala zumbaba como una dinamo. El pasillo era oscuro y vaporoso; rodeado de las altas paredes de libros, Tabby pensó por un instante que veía surgir remolinos de polvo amarillo entre sus pies.

¡Ay!

Un grueso y lento rayo bajó del oscuro cielo, alargándose como un telescopio.

— Ahí está el muchacho —dijo una voz detrás de él.

Las estanterías y la biblioteca habían desaparecido, y él estaba al aire libre, de pie —¿ocultándose?— junto a una casa de madera. La noche estaba llena de ruidos: oyó rugir un incendio, fuertes maldiciones, un perro que ladraba furiosamente.

—Tenía que haber ido a Fairlie Hill con los otros, muchacho.

Ocultándose, sí. Tabby alargó un brazo y tocó la madera pulida de la casa. Sus pies se enredaban con las flores.

—Capitán Smyth —dijo el chico—. ¿Quieres que te den un balazo en la espalda?

Tabby se volvió en redondo. Temió reconocer la cara, pero no fue así. Era un rostro largo y arrogante, ligeramente alterado. El mentón estaba húmedo de babas. Los dientes eran grandes y descoloridos; los ojos de color de té —la parte peor de la cara, puesto que era inhumana— brillaban como si estuviesen barnizados.

—Tu padre está en un barco prisión británico, capitán Smyth —dijo el hombre—. Creo que no tendrá que sufrir mucho más. Y tampoco tú.

Un largo mosquete, al parecer ingrátido, se movió entre las manos del hombre. Cuando el cañón estuvo a medio palmo del pecho de Tabby, disparó.

Tabby cayó hacia atrás entre las flores del lado de la casa. No había sentido dolor; sólo un fuerte golpe. Los ojos de color de té lo miraban con regocijo. Su camisa ardía en doce puntos distintos del fogonazo y le quemaba la piel.

La razón de que no sintiese las quemaduras era que estaba muerto. Con algo parecido a impaciencia, Tabby salió del cuerpo que yacía entre las flores y vio que la cara del muchacho no era la suya. Y, sin embargo, era como la suya.

—Dos de ellos llegaron a esta altura —dijo el hombre, con las babas brillando en el mentón—. El granjero Williams y el muchacho Smyth. No seguirán adelante.

Un hombre aulló como un lobo en la lejanía.

—Tíralo. Líbrate de él —dijo otro hombre.

—No pasarán.

El espíritu o alma que era Tabby se elevó sobre el hombre y el muchacho muerto de la ropa ardiendo. El rojo fulgor de cien fogatas iluminaba el cielo. El segundo hombre, bajo y deforme, metió los dedos en los bolsillos del chico buscando monedas.

Tabby vio un largo corredor blanco delante de él, con una luz pulsátil e incandescente en su extremo. Radiaciones de color brillante cruzaban la bola de luz. El pasillo y la luz le apaciguaban y vivificaban; sabía que allí estarían las sensaciones mismas del Cielo, que venían a él como un toque de música sobre su piel, fresco y animador como el agua del mar. Empezó a moverse hacia la luz pulsátil.

Después se encontró de costado, incómodo, sobre el suelo, entre los rimeros de libros de la sección de Historia. Un libro estaba abierto boca abajo a su lado. *Historia de Patchin*, por D. B. Bach.

—¡Hola! —Era una de las mujeres de detrás del pupitre—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —dijo automáticamente Tabby. Se puso en pie y le dio vueltas la cabeza—. Sólo un poco débil. No sé lo que me ha pasado.

La bibliotecaria se inclinó y, en vez de asirle la mano como él esperaba, cogió el libro.

—Si eres un chico de «J. S. Mill», deberías estar en el colegio —dijo.

—Hoy no hay clase —dijo Tabby, poniéndose al fin en pie—. Por la gripe.

—La gripe es lo que tienes —dijo la bibliotecaria—. Vete a casa y y métete en la cama, jovencito. No te quedes aquí para contagiarnos a todos.

Sosteniendo firmemente la *Historia de Patchin* bajo el brazo, le condujo hasta la puerta giratoria y salieron.

Tabby se tambaleó al recibir la luz del sol. Miró por encima del hombro; la bibliotecaria le hacía ademán de que se alejase. Tabby fue hasta el bordillo y se sentó, para que su cabeza dejase de dar vueltas. Sus dedos encontraron una larga ramita y la arrastró sobre el polvo debajo del seto.

Entonces vio que la raya que había trazado en el polvo se llenaba de un líquido rojo, de sangre, como si hubiese un lago de sangre debajo de la superficie de la tierra. Trazó otra vez en el polvo con el palito, y también ésta se convirtió en un canal lleno de sangre. Poco a poco, el líquido rojo llegó a los bordes de las estrías y se derramó para formar un charco. Tabby, horrorizado, dejó caer el palo en la sangre encharcada.

Las hojas del seto pendían ante él de sus ramitas, gordas e hinchadas, obscenamente frescas. Las ramas eran celosías de hierro, y las hojas eran rollizas como larvas, como pájaros. Debajo de ellas, la sangre había empezado a retroceder dentro de las estrías que él había trazado.

Con un esfuerzo, se puso en pie. Dobló la esquina y subió ciegamente por Main Street. Cuando llegó a la pequeña pizzería, vio a Patsy McCloud sentada a una de las mesitas., exteriores de «Deli-icious», escribiendo. Si daba media vuelta y se alejaba, ella pensaría seguramente que él la esquivaba; pero no quería imponerle su compañía. Parecía etérea, demasiado buena para «Deli-icious»... Si golpeaba la acera con uno de sus lindos pies, ¿surgiría sangre del cemento?

Sintiendo como si cada paso le sumiese más y más en el destierro, al alejarle de Patsy, Tabby pasó por delante de la pizzería.

Entonces oyó su voz ligera y alada, y a punto estuvo de desmayarse de gratitud. La miró tímidamente: ella era de los suyos.

—Sí, vi su cara —le decía Tabby cinco minutos más tarde—. Era una cara de loco, como un perro viejo y rabioso. Parecía como si alguien sostuviese una fuerte luz detrás de sus ojos. Ni siquiera se lo pensó para disparar contra mí; disparó y nada más.

—¿Y no conocías su cara?

—No la había visto nunca.

—¿Crees que podía ser Gideon Winter?

—Bueno, esto es lo que él habría dicho, ¿no?

—Sí —dijo Patsy—. Creo que sí.

Guardaron silencio unos instantes. Tabby, que no sabía qué pensar de las cosas que le habían ocurrido esta mañana, tampoco tenía idea de lo que pensaba Patsy. Por la expresión de su cara, igual podía estar preguntándose si era hora de hacer revisar su coche o si debía comprarse unas medias.

—¿Qué libro tenías en la mano? —preguntó ella al fin.

—Un libro de historia. *Historia de Patchin*, por alguien llamado Bach.

—Creo que deberíamos comprar un ejemplar —dijo Patsy—. Yo lo haré. — Sonrió—. No quiero que te acostumbres a desmayarte en las bibliotecas.

Él trató de devolverle la sonrisa.

—Ves cosas del pasado —dijo Patsy—. Es muy interesante. ¿Viste alguna vez algo del futuro?

—Creo que sí —dijo Tabby, ruborizándose—. Una vez. Cuando tenía cinco años. Vi a Mrs. Friedgood, ¿sabe? —Su rubor se acentuó—. Pero, principalmente, veo el pasado.

—Yo nunca he visto el pasado —dijo Patsy—. A menos que una vez, en Londres... —Tabby pensó que también ella debía haberse puesto colorada—. En fin, hacemos una buena pareja.

—No puedo creer que estemos sentados delante de «Deli-icious» hablando de estas cosas —dijo Tabby—. En realidad, apenas puedo creer que estoy hablando de esto. —Meneó la cabeza—. Y hay otra cosa. Cuando salí de la biblioteca, vi sangrar la tierra. Vi salir sangre de la tierra. De veras.

Patsy miró interrogadoramente la acera de hormigón, y Tabby recordó su fantasía de que ella golpease el suelo con el bien calzado pie...

Patsy y él levantaron la cabeza en el instante siguiente, porque una mujer, en algún lugar del otro lado de la calle, había empezado a gritar. Todos, los transeúntes, los dependientes de la quincallería, Mr. Bundle de la tienda de antigüedades, el barbudo de la mesa contigua, estaban de pie en la acera, mirando al otro lado de la calzada y tratando de descubrir el origen de los gritos.

Entonces un hombre señaló, y Patsy señaló también, y Tabby vio asimismo a la mujer. Una anciana delgada, con un holgado vestido negro, de pie junto a una mesa de la galería del restaurante francés. Se apretaba los ojos con las manos y tenía la boca abierta como una caverna. Armaba más ruido del que parecía poder producir su cuerpo: había quedado reducida a los músculos y al fuelle que creaban aquel sonido ondulante y rasgado.

Los que estaban en el restaurante salieron a la galería, mientras Tabby y los otros observaban desde abajo. Su padre fue el tercer hombre en salir del interior, y segundos antes de que pudiese llegar hasta la mujer, ésta se derrumbó.

Tabby supo que la anciana estaba muerta: fue como si supiese que una persona no podía vivir después de hacer aquel ruido, porque era imposible sobrevivir a lo que lo había causado.

Tabby vio que su padre dejaba que el camarero se arrodillase junto a la anciana. Aunque los gritos habían cesado, todavía podía oírlos. Tabby se fijó en que su padre estaba junto al hombre arrodillado y la mujer muerta y se dirigía a la barandilla; estaba tratando de ver lo que había sucedido.

Su padre miró a la acera, debajo de la galería; observó la calle, que estaba volviendo a la normalidad, con los coches rodando hacia el semáforo de la parte más alta de Main, y después miró a los grupitos que se habían formado ante la quincallería, la pizzería y la tienda de antigüedades. Y la mirada de su padre se encontró con la suya.

Hilda du Plessy observó desalentada y desolada la caída del pequeño pinzón sobre la acera. Y perdió el apetito: no podía almorzar si un pajarillo muerto yacía inadvertido en el pavimento a sus pies.

—¿Qué le servimos, señora? —preguntó el camarero detrás de ella.

—¡Oh! Nada..., sólo una ensalada —dijo Hilda.

—¿Sólo una ensalada? ¿De qué clase?

—De cualquiera. De berros. De tomate. De espinacas. Me da lo mismo, tonto.

—Ensalada de la casa —dijo el camarero, y murmuró algo que Hilda no entendió y que la habría espantado si lo hubiese entendido.

Hilda siguió sentada a su mesa, muy agitada, con *El héroe de blanco* olvidado al lado del platito del pan. Ya no podía ver al doctor Van Horne a través del escaparate de la tienda de antigüedades. En aquel momento, deseaba sobre todo ver sus facciones tranquilizadoras..., y si él la veía en la terraza, le sonreiría y la saludaría con la mano. Tal vez la llamaría por su nombre. Y quizá —si no estaba demasiado ocupado— se acercaría a su mesa y almorzaría con ella. En el mundo de Florence M. Hobart, solían ocurrir estas cosas.

En las novelas de Florence M. Hobart, los pájaros gorjeaban, los pájaros se arrullaban y hacían sus nidos, los pájaros estampaban sus siluetas sobre el cielo al amanecer; pero los pájaros no caían muertos de los árboles. Hilda miró a la acera, esperando que el pinzón hubiese levantado el vuelo mientras ella hablaba con el camarero; pero todavía estaba allí, como un pequeño ser desmañado e inerte, con un ala extendida como un abanico.

El pequeño cadáver le estropeó el día a Hilda. Más pronto o más tarde, alguien pasaría por allí, sin mirar dónde ponía los pies, y... pisaría al pájaro. Se estremeció. O aún peor, un barrendero municipal llegaría con una escoba y un carrito de basura, y echaría con indiferencia el pájaro en el carrito, junto con un millón de colillas y de envoltorios de caramelos y demás cosas que usan los hombres.

Se puso el bolso en la falda y a punto estuvo de levantarse para salir.

Pero allí estaba el doctor Van Horne, detrás del escaparate de «Olden and Golden». Había encontrado algo de su gusto, y pagaba por ello. Esto estaba mejor. Era lo adecuado en Hampstead, Condado de Patchin, en una hermosa y soleada mañana de junio. El médico mejor y más distinguido de la villa comprando una bella antigüedad..., sí, esto estaba bien, era perfecto, tan perfecto como un momento en un mito. En estos momentos, habrían dicho Florence M. Hobart o Carrie Engelbart Hoskins, la eternidad podía poner su sello.

Hilda se retrepó en su silla para esperar la ensalada.

Sólo unos segundos más tarde, el doctor Van Horne apareció en la puerta de «Olden and Golden». El dueño mantuvo la puerta abierta y él salió a la calle. Llevaba un espejo grande y pesado: su coche estaba aparcado delante de la tienda. Con su traje y su sombrero blancos, el médico parecía un héroe de película, o algún actor o pintor famoso. Aunque grande, el espejo parecía ligero en los brazos del doctor. Hilda agitó los dedos, esperando ansiosamente que él mirase hacia arriba.

El doctor Van Horne pasó al otro lado del coche. Apoyó el espejo en el suelo y lo sostuvo con una mano, mientras abría la portezuela con la otra.

—¡Eh, doctor! —le llamó Hilda.

Él levantó la cabeza. No sabía de dónde venía la llamada.

—¡Doctor Van Horne! —gritó Hilda, moviendo de nuevo los dedos.

Él volvió a mirar y la vio en su mesa de la galería. Pero no sonrió. Sus facciones, sus ojos, no le respondieron. El mítico aspecto del doctor Van Horne se derrumbó en el acto. Por un instante, pareció casi blanco como la nieve a Hilda.

El espejo se había ennegrecido. Había estado reflejando los arbolitos en sus macetas, la marquesina y los peldaños de la entrada de «Framboise», y después había perdido irremediablemente su luminosidad y se había llenado de torbellinos de humo. Ahora era negro. Una negrura que parecía tridimensional, como un pasillo que condujese de la puerta ovalada al marco.

Los dedos de Hilda dejaron de moverse. Ni siquiera respiraba.

Vio que algo ocurría dentro de aquel espejo. Una cara, después otra, fluctuaron en la penumbra del largo corredor. Vio una mano, unos ojos, unos dientes. Después vio este pequeño sector de Main Street, podrido y arruinado, con los toldos hechos jirones, con la basura llenando los peldaños. Se echó atrás. Desde el sucio escenario, el doctor Van Horne la estaba mirando, un doctor Van Horne horriblemente cambiado, cabruno y terrible. Sus orejas pendían hasta más abajo de la mandíbula inferior, sus cejas estaban retorcidas, su nariz era un pico de ave rapaz. Sus dientes se convirtieron en púas. Y Hilda chilló sin proponérselo.

Los gritos brotaron de su garganta, agotándola; unos gritos que no podía detener. Había cerrado los ojos, pero en la oscuridad veía perfectamente lo que le había mostrado el espejo. Una parte de Hilda sabía que estaba llamando la atención, que daba un espectáculo; pero los gritos seguían empeñados en brotar de su garganta. Eran como caballos desbocados, que la arrastraban tras ellos.

## 10

Cuando Clark Smithfield llegó por fin a casa aquel martes por la noche, estaba más borracho que de costumbre ni volver a «Cuatro Corazones», La corbata desanudada pendía sobre su panza, su traje estaba desaliñado y arrugado. Eran las nueve de la noche. Tabby y Sherri estaban sentados juntos en el diván del cuarto de estar, viendo la película de los martes por la noche, «Magnum Force», que acababa de empezar. Hacía horas que habían comido: la cena de Clark se mantenía caliente en el horno. Clark cerró de golpe la puerta de entrada y Sherri se levantó de un salto, pero sin dejar de mirar la televisión. Unos segundos más tarde, se abrió la puerta del cuarto de estar.

—Aquí se está muy cómodo, ¿eh? —dijo Clark, apoyándose en la jamba—. Supongo que a estas horas me habréis despellejado entre los dos.

Sherri le dirigió la vista y volvió a mirar la pantalla.



—Claro que sí —dijo Clark.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó Sherri.

—Sí, estupendo. Maldita hipócrita. No finjas que el chico no te lo ha contado todo.

Clark entró tambaleándose en la estancia, se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla. Se sentó pesadamente en su mecedora.

Sherri miró severamente a Tabby y después a su marido.

—Tráeme una copa —dijo Clark.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, quiero decir que levantes tu perezoso culo del diván y pongas cuatro dedos de whisky irlandés y hielo en un vaso, y me des el vaso. ¿O es demasiado complicado para ti?

—Disculpadme —dijo Tabby—. Voy a mi habitación.

—Sí, vete, chivato —dijo su padre—. Viniste corriendo a casa para decírselo, ¿eh?

—Decirme, ¿qué?

—Bueno, ella se llama Berkeley, tiene treinta años y unos dos metros de estatura, y la boca grande como un pez, y la razón de que sea tan alta es que sus piernas empiezan aquí arriba y continúan hasta llegar al suelo y...

Al cerrar la puerta, Tabby oyó que Sherri volcaba la mesa del café. Cuando llegó a su habitación, los dos estaban gritando desaforadamente.

Dos horas más tarde, Sherri llamó a su puerta. Él sabía lo que iba a decirle, y por esto temblaba al abrirla.

—¡Ay, pobrecito mío! —dijo Sherri.

Estaba desgredada y tenía la cara hinchada y tiznada con el maquillaje. En cuanto hubo dicho aquellas palabras, empezó a llorar.

—¡Oh, no! —dijo Tabby—. Por favor.

Sherri entró en la habitación y se sentó en la cama.

—Nunca tuvo aquí un empleo. Nos mintió desde el primer día. —Ahora no lloraba, sino que estaba furiosa—. Conoció a esa mujer hace un mes. Lo único que quería era jolgorio y gastar dinero. No puedo seguir viviendo con él, Tabby.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tabby.

Se sentó en el suelo y miró a la enrojecida y severa Sherri, que parecía hablar como un oráculo a través de una máscara imperfecta.

—Ya he llamado un taxi —dijo ella—. Me habría llevado el coche para fastidiarlo, pero él lo ha cogido para ir a recorrer los bares, porque soy un mal bicho.

—Consiguió sonreír—. Esta noche tomaré el tren de Nueva York. Volveré a Florida. Ya sabes que siempre odié este lugar.

—Lo sé.

—Si quieres, puedes venir conmigo —dijo Sherri—. Ya encontraremos algo. Yo soy trabajadora, aunque él no lo sea.

Ahora Tabby estaba a punto de llorar.

—Te quiero —dijo Sherri—. Te quise desde que eras un chiquillo flacucho en Cayo Hueso.

Tabby no podía contener las lágrimas.

—Parecías siempre tan confuso —dijo Sherri, abrazándolo.

Ahora lloraban los dos. Tabby recordaba a la vigorosa y confiada Sherri que le había hecho de madre en Florida. Apoyó la cara en su hombro y lloró su pérdida.

—Puedes venir conmigo —le dijo Sherri al oído.

—No puedo —dijo Tabby—. Pero yo también te quiero, Sherri.

—Así me gusta. —Acarició la nuca del chico con la mano—. Te enviaré una postal. Y tú escíbeme alguna vez, Tabby. Como hacías con tu abuelo.

—Lo haré.

—Tendrás que tener cuidado con él. Yo hice lo que pude, Tabby..., todo lo que pude; pero si me quedase aquí, me mataría.

—¿Tienes bastante dinero?

Tabby tenía ahora los ojos secos, pero seguía con la mejilla apoyada en el hombro de ella.

—El suficiente, de momento. Y siempre puedo conseguir un empleo. El dinero no me preocupa.

—Yo te enviaré.

—¿Tomándolo de tu asignación?

—Tendré dinero para enviártelo.

—Preocúpate por tu padre, no por mí. Clark necesitará tu ayuda.

Oyeron sonar el timbre de la puerta, y Sherri le abrazó con más fuerza.

—Él me mintió —le dijo—. No es esa mujer, Tabby. Créelo, es importante. —Le besó en la frente—. Te echaré en falta.

Él la siguió al vestíbulo. Sherri cogió una maleta que había dejado en lo alto de la escalera. Bajaron juntos.

En la puerta, él la abrazó. Después, ella salió, subió al taxi y desapareció. Tabby sabía que no volvería a verla.

Todo esto podía haber ocurrido aunque Hilda du Plessy no hubiese estado sentada en la galería del «Framboise»; pero lo que sucedió el martes por la noche fue resultado directo de su presencia allí. La relación entre Hilda du Plessy con lo que le ocurrió a Richard Allbee el miércoles siguiente a la muerte de Hilda es menos directa, pero también es clara. De nuevo es más cuestión del momento que de los propios sucesos, los cuales —y esto también está claro— habrían ocurrido aunque Hilda hubiese seguido con vida.

El miércoles por la mañana, Richard se dirigió a las oficinas de Ulick Bryne, abogado de Sayre en Hampstead y recogió las llaves. Junto con las llaves recibió una agria mirada y una amonestación del crespó y joven Mr. Bryne.

—Esto es muy irregular, Mr. Allbee, y le aseguro que nunca había entregado las llaves de una residencia antes de formalizar el contrato. La verdad es que me opuse a esto. Enérgicamente. Menos mal que he confirmado que le han concedido la hipoteca. Lo único que puedo decir es que aparecer todas las noches en la televisión, tiene sus ventajas. Pero... —y apuntó con el grueso dedo índice al pecho de Richard, como si fuese una pistola— los Sayre y yo le hacemos responsable de todos los daños

y perjuicios que pueda sufrir la finca antes de que formalice la venta. Si la quema, comprará los restos. Y le ruego que lo agradezca a Mrs. Sayre y a su hijo, que se empeñaron en darle una oportunidad que la ley generalmente no concede.

Una atmósfera rancia y enfermiza flotaba alrededor del joven abogado; Richard pensó que, si hubiese sido más fuerte, habría luchado contra la amable decisión de los Sayre.

—Les estoy profundamente agradecido —dijo sinceramente Richard—. Cuando resolvió darnos las llaves tan pronto, el hijo de Mrs. Sayre debió de pensar lo que sería trasladarse a una casa que olía como una fábrica de amoníaco.

—Sin duda lo pensó cuando fijó el precio —dijo el abogado—. Mr. Barbasch y yo nos pondremos rápidamente al habla.

John Barbasch era el abogado de Allbee; y también a él le molestaba lo de las llaves.

Desde las oficinas de Bryne, cerca de Main Street, se dirigieron a Greenbank y a Beach Trail. Richard ardía en deseos de tocar su nueva casa, de poner, literalmente, sus manos en ella: de comprobar las cuerdas de las persianas y el buen funcionamiento de las ventanas, de tener luz en el ático y de echar otro vistazo a las vigas. La inspección había dado respuesta a la mayor parte de sus antiguas preguntas, pero había provocado otras nuevas. Otra semana de espera habría sido una tortura para él. Fairytale Lane parecía más sucia y más deprimente cada día que pasaban allí.

Sabía que esta aversión a Fairytale Lane daba la medida de su afán por empezar su «verdadera vida» en el número 32 de Beach Trail, Greenbank. Esta residencia tenía una atmósfera realmente mala, pero sólo de naturaleza física y felina. En cuanto los Allbee entraron en ella, los sofocó.

—¡Necesitamos máscaras de gas! —gritó Laura, corriendo hacia la ventana más próxima.

Pronto todas las ventanas de la planta baja y del rellano quedaron abiertas de par en par.

Richard empezó a tirar de la alfombra de la escalera, arrancando las tachuelas que la fijaban a la madera. Como la alfombra del cuarto de estar, había sido de buena lana, teñida de un color castaño pálido, y con un dibujo chino tejido en ella. Estas alfombras no habían sido limpiadas desde los años cincuenta, pensó Richard; ahora había en ellas tantos pelos de gato como hebras de lana. El hedor brotaba de ellas en oleadas, como si exhalasen una antigua orina. Era un vergüenza tirar unas alfombras que habían sido bellas, pero Richard sabía que, después de lavarlas doce veces, los fantasmas de los gatos aparecerían todas las tardes que hubiese humedad.

Clavo a clavo, arrancó toda la alfombra.

Ya sudoroso, la enrolló en un grueso cilindro al pie de la escalera y la empujó hacia la puerta. El basurero de Greenbank se ganaría una fortuna en propinas. Cuando la apestosa alfombra estuvo junto a la calzada, Richard volvió a entrar en la casa. Laura tenía un cubo y una bayeta, y parecía navegar en un mar de espuma en el suelo de la cocina. Richard empezó a levantar la alfombra del cuarto de estar. Respiró con alivio al encontrar debajo de ella un suelo de madera de roble en buen estado,

con buenas juntas y conservando todavía su barniz. Algún artesano había trabajado bien en la casa, y Richard lo bendijo por ello.

Cuando hubo enrollado la mitad de la alfombra del cuarto de estar, se sentó en el pulido suelo de roble y miró las intrincadas molduras alrededor del alto techo. «Me va a gustar este sitio», pensó. Oyó canturrear a Laura mientras ésta vertía agua en el suelo de la cocina. «Esto es aún mejor que la casa de Kensington.» Miró, a través de las grandes y sucias ventanas, las copas de los arces y las siemprevivas al fondo del largo prado. Con la ayuda de Laura, sacó la pesada alfombra por la puerta.

—¿Puedes ayudarme a llevarla hasta el paseo de entrada? —preguntó—. Espera. ¿Hay alguna cuerda fuerte o bramante en la casa?

Laura volvió con un ovillo de cordel abandonado en un cajón de la cocina. Tenía una extraña mirada en los ojos. Richard empezó a pasar el cordel por los extremos del gordo cilindro, para poder hacer rodar la alfombra hasta el borde del camino.

—¿Crees en fantasmas? —le preguntó inopinadamente Laura.

Richard se enjugó el sudor de la frente y la miró, pensando que bromeaba.

—Sólo en la televisión.

—Bueno, ¿recuerdas que dijiste que los olores de esta casa eran los fantasmas de los gatos? —Él asintió con la cabeza—. Pues bien, acabo de ver uno.

—¿Viste el fantasma de un gato

—Cuando fui a buscar el cordel. Hablo en serio, Richard.

—¿Te asustaste?

—No. Más bien me quedé pasmada.

—¿Cómo supiste que era un fantasma? ¿Qué aspecto tenía?

—Estaba sentado sobre la jaula, junto al fregadero. Era de un gris pálido, muy hermoso por cierto. Un gran macho gris. Tenía una pata levantada, como si la hubiese estado lamiendo. Cuando entré en la cocina, me miró... y pareció alegrarse de que yo estuviese allí. Entonces... —Laura bajó la cabeza y sus hermosos cabellos cayeron sobre sus hombros—. Esto no lo vas a creer. Entonces desapareció. ¡Puf! Desapareció.

—Quieres que lo crea, ¿no? —dijo Richard, apoyándose sobre la alfombra enrollada y escrutando la cara de su esposa.

—Ya que ocurrió, creo que sí.

—¿Qué sentiste?

Laura se encogió de hombros.

—Creo que me gustó, de una manera extraña. Como si la casa me diese la bienvenida.

—También te la darían los psiquiatras —dijo Richard, sonriendo ahora abiertamente.

Laura le amenazó con el puño, en son de chanza, y él hizo un movimiento de retroceso y ambos se echaron a reír.

—Ocurrió —dijo Laura—. Yo lo vi.

—Está bien —dijo Richard—. Pero comprobaremos si dejó huellas de patas en la tabla.

—Ya lo he hecho, chico listo —dijo ella, y entró de nuevo en la casa.

Sin dejar de sonreír, Richard hizo rodar la maloliente alfombra sobre el césped hasta el camino de entrada. Cuando la hubo dejado junto a la escalera, se enjugó la frente con el pañuelo. Una nube de sucios pelos de gato parecía flotar sobre los dos rollos. Otros pelos sucios estaban adheridos a las palmas de sus manos. El sudor resbalaba por su frente y le hacía cosquillas detrás de las orejas. Frotó las húmedas palmas en el dorso expuesto de la alfombra más grande, áspero por la arpillera y los nudos del dibujo. Ahora ayudaría a Laura a fregar los suelos hasta que ella se cansase... Mañana terminarían el primer fregado y él mezclaría alguna fórmula para frotar el piso y la escalera.

Se volvió en redondo y su corazón empezó a galopar. Desde el otro lado del paseo, a la sombra de una pared enjalbegada y cubierta de hiedra, Billy Bentley le sonreía con malignidad. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un sombrero de fieltro echado atrás sobre su crespa cabeza. Billy desplegó los brazos, y un largo cuchillo brilló sobre el fondo gris de la hiedra.

—No, no —dijo Richard, casi sin darse cuenta.

Billy tenía una expresión regocijada. Amagó un golpe con el cuchillo. Un gato grande y gris saltó del borde de la pared y se enroscó en las piernas de Billy. Éste avanzó un paso, desprendiéndose de la sombra de pared.

Richard tenía que mantener a Billy fuera de la casa... ¿No había sido éste el mensaje de la repetida pesadilla? Billy no estaba allí, pero había que mantenerlo lejos de Laura aunque no estuviese allí.

Richard volvió un momento la espalda al espectro de Billy Bentley que lo amenazaba con un cuchillo, saltó sobre la galería de atrás, abrió la puerta y soltó el pestillo.

Se volvió, respirando fuerte; Billy había desaparecido. Desde el paseo de entrada, una serie de huellas aparecían impresas sobre la hierba: cuatro de ellas, como si Billy hubiese dado otros tantos pasos. En las huellas, la hierba, que empezaba a erguirse de nuevo, estaba ligeramente descolorida. Parecía pegajosa y grisácea.

El gran gato macho cruzó su campo visual, le miró y se hizo gradualmente transparente, confundiendo con el verde de la hierba y el negro del asfalto.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Richard—. Me estoy volviendo loco. Billy Bentley y el Gato de Cheshire.

—¿Qué pasa? —preguntó alguien.

Por el paseo de entrada llegaba un viejo con gorra yanqui, camisa azul sin mangas sobre unos hombros huesudos y un pecho cóncavo, y pantalones castaños. Sus negros zapatos de baloncesto se arrastraban sobre el asfalto.

—Estaba hablando solo —dijo Richard.

Le parecía conocer al viejo, pero no podía recordar dónde lo había visto antes. Sólo deseaba que se marchase.

—Será mejor que no lo haga —dijo el viejo, deteniéndose, poniendo los brazos en jarras e irguiendo la espina dorsal—. Bajaría el tono de este distinguido vecindario.

—Apúntese un tanto.

El corazón de Richard había dejado de palpar; se estaba relajando, volviendo a la normalidad.

El viejo volvió a su habitual encorvamiento y siguió diciendo a Richard:

—Creo que debo presentarme. —Su voz era más joven que él, clara y sonora—. Soy Graham Williams. Vivo al otro lado de la calle.

Señaló una casa colonial que necesitaba una capa de pintura y se levantaba al fondo de un jardín notable por sus dientes de león y numerosas plantas más altas.

—¡Oh, Graham Williams! —dijo Richard. Por algo el viejo le había parecido familiar—. Usted es el que se avino a declarar ante el comité, ¿no? Pero después no lo hizo.

—No lo hice —dijo Williams—. Tiene usted buena memoria. En vez de esto, me escondí en Inglaterra durante un par de años y escribí un montón de obras ñoñas bajo pseudónimo. Me sorprende que usted lo recuerde.

Los modales de Williams parecían ahora menos amistosos; sus ojos brillaban debajo de la visera de la gorra.

—Leí su libro sobre el alcoholismo. Me pareció muy bueno.

—Ahora tendría que echarme a temblar. ¿De verdad le pareció bueno? Aquel libro fue producto de otra época. Todos pensábamos que debían matarnos con alcohol para demostrar que éramos sensibles. Algo así. Una gran insensatez criminal.

—Como HUAC —dijo Richard.

Seguía queriendo que el viejo se marchase, pero deseaba que Williams supiese que apoyaba su decisión.

—Yo sabía que la mayoría de los dueños de bares no estaban de acuerdo. —Williams señaló con la cabeza la puerta de atrás—. Hay una mujer encinta que está luchando con su puerta.

—¡Oh! Está cerrada.

Richard se volvió y subió los peldaños. Laura estaba accionando el tirador desde el interior; sacudía la puerta, contrariada. La mitad superior de la puerta conservaba el cristal primitivo; sus imperfecciones hacían que la cara de Laura pareciese deformada.

—Haz girar el pestillo —dijo él, y ella abrió la puerta.

Cuando salió al porche, él le dijo:

—Acabo de ver tu gato. Y éste es nuestro vecino, Graham Williams. Vive al otro lado de la calle.

—Pensaba invitarlos a los dos a tomar unas copas algún día de esta semana —dijo Williams—. Celebro conocerla, Mrs. Allbee.

—Y yo a usted, Mr. Williams —dijo Laura—. ¿Lo viste, Richard? Me refiero al gato.

—Ya no quedan gatos por aquí —dijo Williams—. El hombre que cuida del depósito de animales extraviados se los llevó a todos hace un mes.

—Pues los dos lo hemos visto —dijo Laura—. ¿Tenía Mrs. Sayre un gran gato gris?

—Debía tener veinte. Yo no podía distinguirlos. Conocía a los Sayre desde casi toda la vida. En realidad, era su invitado en el club la noche en que John Sayre se mató.

Laura apoyó la palma de una mano en el hinchado vientre.

—No quería inquitarle, Mrs. Allbee —dijo el viejo—. Todo esto ocurrió hace casi treinta años, en 1952. Entonces estaba yo pasando sólo unos días en Hampstead, con objeto de recoger algunas cosas para una larga estancia en el extranjero. Creo que tienen ustedes una de las mejores casas de la calle. Incluso después de que Bonnie Sayre la convirtiese en una especie de rancho para gatos perdidos, se podía afirmar que era una hermosa casa. Desde luego, los felinos de Bonnie Sayre se fueron hace tiempo, pero sospecho que el olor persiste.

—Bueno, este gato es un fantasma —dijo Laura, y Richard comprendió que quería hacer pagar a Williams su observación sobre el suicidio de John Sayre.

—Viendo fantasmas y hablando solos —dijo Williams—. ¿Adonde vamos a parar? —dijo en tono amable, pero Richard comprendió que la observación de Laura había afectado al viejo. Sus ojos se habían oscurecido y se rascaba debajo del mentón—. Es noche de sábado. Podemos hablar de fantasmas, si ustedes quieren. Pienso que a su marido podría interesarle oír algo sobre la historia de esta zona, Mrs. Allbee.

—¿Lo dice por su madre? ¿Por la familia Green?

—Sí. Me alegro de que sepa ya algo de esto. Yo soy de otra de aquellas familias. Y también Patsy McCloud, desde luego. Es interesante que nuestras estirpes hayan vuelto a reunirse aquí después de tantos años.

—Sí —dijo Laura—. Lo es.

—Bueno, aquí tenemos varios capítulos interesantes de nuestra historia —dijo Williams—. Vengan después de comer, si lo desean. —Estrechó la mano de Laura y después la de Richard—. Tal vez querrán que les de algunas... explicaciones. No sé, pero ¿no les parece misterioso?

—Aceptaré todas las explicaciones que puedan darme —dijo Richard—. ¿Conoció a mis padres, Mr. Williams?

—Conocí a casi todo el mundo en Hampstead, en los años cuarenta —dijo Williams, mirando interrogadoramente a Richard—. Conocía de vista a Mary Green, una linda personita. Tenía auténtico sentido del deber. También solía ver a su padre. Tenía buenas manos. Michael solía trabajar en Greenbank. Así conoció a Mary. Un joven muy simpático. Siempre sonriente.

—¿Trabajó en esta casa? —preguntó Richard, conteniendo el aliento.

—Creo que no. Pero dejó su huella en muchos lugares de Greenbank. Vengan el sábado, y hablaremos de esto.

—Procuraremos.

Cuando Graham Williams se hubo alejado lentamente y cruzado la calle, Laura dijo:

—No me gusta, Richard. Ese viejo me da escalofríos. No quiero verlo el sábado.

—Puedo aprender algo de él —dijo Richard—. Mira, he visto realmente ese gato gris.

Quería desviar la conversación, y la atención de Laura, de su nuevo vecino. Parecía que Williams hubiese sido convocado por la aparición de Billy Bentley y del gato: por un instante, mientras se oscurecía su mirada y él se frotaba la barbilla, su autoridad le había abandonado y había parecido como si también fuese a desvanecerse en la invisibilidad.

—También le vi desaparecer.

—Por consiguiente, basta de bromas sobre los psiquiatras.

Richard sabía, mientras decía *no* y meneaba la cabeza, que también Laura estaba pensando en Patsy McCloud.

—¿No crees que intentó hacerte creer que eras bien venido? —preguntó Laura.

—No estoy seguro —respondió Richard—. Tal vez no estaba tan interesado en darme la bienvenida.

## 11

Aquella noche, Richard Allbee soñó que recorría la vieja casa Sayre con una pesada espada en la mano. Era de noche y la lluvia repicaba en el tejado. En la penumbra, la espada captaba toda la luz que había. Richard salió de la cocina y cruzó el comedor. Tenía la impresión de que se desconchaban las paredes, de que había algo blando y podrido bajo sus pies. Un gato gordo observaba con indiferencia cómo entraba con su espada en el arruinado cuarto de estar. Unas grietas surcaban en zigzag las paredes enyesadas. Pasó sobre negros agujeros en el suelo. Abrió la puerta y salió al porche. Goteaba el verde y húmedo paisaje. Richard salió del porche bajo la continua lluvia y caminó hasta la mitad del prado. La espada parecía pesar tanto como él. La levantó sobre la cabeza. Después la blandió con todas sus fuerzas. La espada golpeó la tierra blanda. Surgió sangre de la herida, mojando sus zapatos y el borde de sus pantalones. Un riachuelo de sangre corrió cuesta abajo y chocó contra un árbol de la linde de la finca. Richard hundió más la espada en la tierra, y la sangre roja y brillante, sangre arterial, brotó con tal fuerza que salpicó el tejado.

## 12

Años atrás habían confiado al agente Royce Griffen la misión que más odiaba, pero, al menos en el turno extra impuesto por la gripe, trabajaba como debía hacerlo un policía, conduciendo un coche patrulla. Estas ocho horas eran como un postre para él. Soportaba el turno de ocho a cuatro como si fuese una mala comida, sabiendo que, cuando terminase, se metería en un automóvil blanco y negro y haría verdadero trabajo de policía.



Lo malo empezaba generalmente en el vestuario. Si *Tortuga* Turk acababa o empezaba su turno, se dedicaba invariablemente a divertir a los otros policías a costa de él. «Roycie Woycie —canturreaba *Tortuga* cuando lo veía—, ¿llamarás hoy a mi puerta? Oye, Roycie, ¿qué dices cuando una anciana gorda en camisón te abre la puerta? "Agente Roycie Woycie Griffen, para servirla, señora." ¿Les muestras tu gran pistola, Roycie?»

Llegado a este punto, *Tortuga* solía pasear arriba y abajo, delante de su armario, poniendo los ojos en blanco con afectación. «Oooh, señora, yo soy el bravo Roycie, y he venido a decirle que puede estar segura de que ningún hombre malo entrará aquí si usted no quiere... No, señor, la entrada es uno de los mayores problemas que tiene que resolver un hombre malo...» Nadie pensaba que *Tortuga* fuese gracioso, y cuando se ponía pesado nadie se reía.

Desgraciadamente, Royce Griffen tenía la altura mínima exigida a los agentes en Hampstead, un metro sesenta, y sólo pesaba sesenta y tres kilos; de no haber sido así, habría atacado a *Tortuga* en el mismo vestuario. Pero los otros policías sabían, con sólo mirar a Royce, que se echaría sobre cualquiera que riese las gansadas de *Tortuga*. Su cara se ponía casi tan roja como sus cabellos.

—¡Oh, señora! ¡Oh, señora! —decía melosamente *Tortuga*. Ya sé que esto es irregular, pero me pregunto si querría usted acompañarme a la sesión especial de *Los chicos del coro* de la Policía dentro de un par de semanas. Creo que puedo prometerle un rato emocionante; la cosa empieza a medianoche, ¿sabe?, y todos los chicos de azul estarán allí, y yo, señora, soy como un jockey, capaz de cabalgar toda la noche...

—Puedo hacerlo —dijo él.

—Sí, Roycie —dijo *Tortuga*, alejándose afectadamente.

—¿Por qué eres tan idiota, *Tortuga*? —preguntó Bobo—. A Royce le fastidia llamar a las puertas.

Señor, ¡y cuánto odiaba este trabajo! Si todavía estuviese casado, podría hablar de ello en su hogar y explicar cómo le molestaba pasarse los días halagando a las amas de casa, y que lo habían elegido por ser el policía más bajo del cuerpo, y que aquel trabajo no era más que una misión de relaciones públicas soñado por las primeras autoridades femeninas de la ciudad; y cómo le gustaría meterle un día una bala en la panza a *Tortuga*. Pero su esposa le había dejado después de tres años de tratar de vivir con el sueldo de un polizone. Royce no la culpaba por ello; también él lo dejaría, si pudiese.

Este trabajo era debido al aumento continuo de robos durante los tres últimos años; los asesinatos de Stony Friedgood y Hester Goodall significaban que las frecuentes peticiones de Royce para que le asignase otro servicio serían ignoradas por mucho tiempo. Desde hacía dos años, estaba llamando a las puertas, presentándose y aconsejando a los moradores sobre la prevención de los robos. Inspeccionaba las cerraduras de las puertas y las aldabillas de las ventanas, comprobaba los sistemas de alarma, hacía recomendaciones..., y todo esto le volvía loco. Si un ladrón quería entrar en una casa, entraba. Esto era todo.... Se podía dificultar su tarea, pero entraría aunque hubiese cerrojos de seguridad y perros guardianes y rayos sónicos que barriesen el suelo del cuarto de estar a intervalos

prefijados. Los sistemas de alarma fallaban a veces, los perros se dormían y la gente se olvidaba de cerrar las puertas. Su vida era inútil. Una exploradora habría podido entrar en cualquiera de las casas que él había inspeccionado.

Dos años antes había dividido la ciudad en cuadrantes, y cada cuadrante en secciones. Ahora estaba en la sección tres del tercer cuadrante, y si no podía conseguir que le cambiasen de destino, estaría llamando a las puertas como la señorita de «Avón» durante otros dieciocho meses.

La sección tres del Cuadrante Tres comprendía la parte baja de Greenbank, incluida Mount Avenue, y todo el camino hasta el límite de Hillhayen. En circunstancias ordinarias, a Royce Griffen le habría complacido echar un vistazo a los interiores de estas casas; pero tener que hacer al mismo tiempo su odiado trabajo le hacía sentirse como un sirviente, como un esclavo; las grandes casas con sus immaculados interiores le recordaban todo lo que había sacrificado para llegar a ser agente de Policía. Desde su divorcio, Royce compartía con otro policía divorciado el piso superior de una casa próxima al aparcamiento de caravanas. Él y su compañero trabajaban en turnos alternos y no se veían nunca.

Su segunda visita aquella mañana fue a una casa grande y blanca que dominaba Gravesend Beach y que conocía desde hacía años sin saber quién vivía en ella. El buzón de la correspondencia no le sirvió de nada, pues sólo constaba en él, el número cinco. Royce cruzó en su coche la puerta de la verja. Nunca se había fijado realmente en la extensión de tierra que rodeaba la casa. Tuvo la impresión de que rodaba por un parque. El paseo se desviaba entre los árboles y torcía de nuevo hacia la casa, situada sobre el acantilado.

El jardín, como era normal en sitios parecidos, estaba bastante descuidado. Royce se imaginó que Bobby Fritz había sido atacado por la gripe. Aquí y allí, podía ver dientes de león marchitos sobre la hierba.

Royce detuvo el coche delante de la puerta principal, se apeó de él y tocó el timbre. Se ajustó la pistolera y dio a su sombrero la inclinación adecuada. Irguió los hombros para parecer lo más alto posible. «Ya estamos otra vez», pensó, desatentadamente.

Una anciana de uniforme blanco abrió la puerta. Parecía irritada y acongojada al mismo tiempo: al mirarle, él advirtió que había estado llorando.

—Buenos días —dijo—. Soy el agente Griffen de la Policía de Hampstead. ¿Está la señora en casa?

—¡Bah! —dijo ella—. Aquí no hay ninguna señora.

—Está bien. He sido designado para un servicio especial de prevención de robos. ¿Puedo quitarle un poco de su tiempo para comprobar las cerraduras, los aparatos de alarma y todo lo demás, y hacerle unas recomendaciones para su mejoramiento?

Todo esto se lo había aprendido de memoria y lo dijo automáticamente. No miraba a la chiflada ama de llaves o doncella, fuese lo que fuere, sino la cerradura de la puerta principal. Una sencilla «Yale».

—Doctor —dijo la mujer, dándole la espalda—, un agente de Policía.

Un hombre de aspecto acicalado, vestido de blanco, apareció sin ruido por una puerta del fondo del vestíbulo. Sonreía; era casi hipnóticamente guapo. Royce se irguió aún más.

—Está bien, Muriel —dijo, acercándose—. Debemos hacer que el agente se sienta como en su casa. Tráigale una taza de café, por favor.

—No, gracias, señor... —empezó a decir Royce.

Pero el ama de llaves le interrumpió diciendo:

—¿Acaso no sirvo siempre café a sus invitados, doctor?

—Claro que sí, Muriel —dijo el doctor, y tendió la mano a Royce, sonriendo—. Me alegro de conocerlo, agente.

Muriel se alejó por el pasillo.

—He tenido que decirle que deberé despedirla —dijo confidencialmente el doctor a Royce—. Voy a retirarme pronto. Tengo que reducir gastos. —Tocó ligeramente el codo de Royce—. Pero esto no le interesa, joven. ¿Ha venido a decirme cómo tengo que guardarme de los ladrones?

—Sí, señor. —Royce señaló la cerradura «Yale» y pronunció el discurso acostumbrado sobre cerraduras de seguridad y pasadores—. Una buena cerradura es la mejor protección —dijo—. ¿Podría ver sus ventanas y las otras puertas, señor?

—Considérese en su casa —dijo el doctor.

Acompañó a Royce al comedor, donde había dos ventanas con frágiles pestillos, y después, a la cocina. La puerta daba a un patio embaldosado y tenía una cerradura igualmente simple.

—Por lo que he visto, puedo decir que tiene usted muchas cosas tentadoras —dijo Royce—. ¿Ha pensado alguna vez en cambiar las cerraduras?

—He vivido aquí toda mi vida —dijo el doctor—. Conozco a toda la población. Nadie trataría de irrumpir en mi casa.

Decía esto mientras conducía a Royce al cuarto de estar.

—¡Oh! Esto es precioso —dijo Royce.

La habitación tenía ventanas que llegaban desde el suelo al techo en el lado que daba al mar. Barcas de vela cabeceaban sobre el agua; Long Island flotaba perezosamente al otro lado de la gran sábana azul. La habitación debía de tener unos doce metros de longitud. La alfombra oriental más grande que jamás hubiese visto Royce se extendía bajo islas de muebles, un piano «Bósendorfer», plantas y esculturas. Royce se inclinó para leer el nombre tallado en la base de una estatuilla de una bailarina: Degas. Sonaba a francés; por consiguiente, debía ser cara. En la pared opuesta pendían hileras de cuadros y un adornado espejo.

—Sí, creo que muchas personas desearían robar aquí. ¿No tiene siquiera un sistema de alarma?

—Oh, lo miré una vez... —empezó a decir el médico, pero a Royce le costaba ahora oírle.

Algo andaba mal; sin duda había pillado al fin la gripe. La voz del doctor parecía llegar hasta él desde una chirriante y oscilante banda sonora. Royce tuvo la impresión de que la hermosa estancia había crecido hasta alcanzar el tamaño de un hangar para aviones: parecía estirarse más y más, elevarse a decenas de metros.

Menguó la luz y después adquirió un fantástico color rosado. De pronto, Royce tuvo dificultad para mantenerse en pie, la habitación era tan inmensa que amenazaba con aplastarlo.

Cuando Muriel se plantó detrás de él con una taza de café, la aceptó sin decir palabra. El médico seguía hablando, pero Royce sólo oía un rumor de colmena. El café apestaba como a agua de albañal. Ahora estaba contemplando la pared llena de cuadros de soleados paisajes extranjeros, y, en medio de ellos, el espejo parecía derretirse. «Lo miré una vez», repitió el doctor. Sobre la superficie del espejo apareció un relámpago mellado. Él estaba en el espejo. Era un enano pelirrojo. Su boca sonreía burlona, y tenía los ojos medio cerrados. Era indeciblemente feo, una especie de gnomo vestido de policía.

—Conque ya lo ve, en definitiva no hice nada —dijo el médico—. He confiado en la buena voluntad de los demás, aunque cierro las puertas y apago las luces del patio por la noche.

—Sí —dijo Royce.

Tenía que salir de este vasto y terrible lugar. El enanito que llevaba dentro le hacía muecas y hacía que derramase el café de la taza. El médico tomó la taza de su mano y lo condujo a la puerta principal.

—Tenga la seguridad de que voy a seguir sus instrucciones —dijo el doctor.

—Sí —dijo Royce, frenético por marcharse—. Tiene que protegerse, doctor; ocurren cosas muy extrañas.

El médico sonrió y cerró la puerta.

Royce estuvo a punto de chocar con un árbol al bajar por el paseo.

A partir de entonces, su jornada fue algo de locura. Sus percepciones eran terriblemente deformadas; oía música, cuando la radio sólo daba llamadas de Policía; percibía un agrio olor nacido de sus propios sobacos; estaba de un humor fatal. Seguía viéndose como un gnomo feo y ridículo.

Su tercera visita discurrió normalmente. Royce dejó que su boca hablase por sí sola («Estoy cumpliendo una misión especial, señora. Le aconsejo esto y aquello y lo de más allá») y salió de la casa sin experimentar nada más desacostumbrado que los zumbidos de colmena que había oído en la casa del doctor.

Pero, en la cuarta casa, perdió los estribos. Estaba sentado a una mesa metálica en una terraza de ladrillos, diciendo algo sobre los balcones que daban a un cuarto de estar que parecía de película. Una mujer linda y esbelta, llamada Mrs. Clark, estaba sentada delante de él, sorbiendo té helado. Sabía que era té helado, porque había visto que lo vertía de una jarrita del frigorífico.

Pero la realidad dio un salto, todo se volvió amarillo ante él, y se convirtió de nuevo en un enanito. Los cabellos de la linda mujer eran ahora sucios y mates. Su vaso olía a whisky rancio. Apoyaba los pies en algo húmedo y horrible..., ¿un animal muerto? Vio que los brazos de Mrs. Clark estaban cubiertos de una espesa capa de vello.

—Lo siento —dijo, dándose cuenta de que se había interrumpido en medio de una frase.

Cerrojos y candados son mis brazos,  
Candados y cerrojos son mis piernas,

Cantó Mrs. Clark, con voz cascada.

Royce lanzó un grito de pánico y de asco: había mirado hacia abajo y visto que el suelo estaba cubierto de enormes arañas muertas, del tamaño de perritos. Mrs. Clark se levantó. Era jorobada, y sus labios se contraían dejando ver unos dientes rotos.

Y me casaré contigo,  
Besa mis cerrojos y acaricia mis candados.

Cantó Mrs. Clark. Derramó whisky sobre una de las arañas, y el gordo cuerpo de ésta se estremeció. Un limo pardo goteaba en las paredes y sobre los balcones.

—Lo siento —repitió Royce—. No me encuentro bien. Será mejor que me vaya.

La enorme araña negra sobre la que había derramado el whisky Mrs. Clark se arrastró hacia uno de sus pies. Las paredes de la sólida casa de ladrillos eran de barro y se fundían. La cara de Mrs. Clark se fundía también sobre el mentón: ella era asimismo de barro.

Royce echó a correr: si se quedaba allí, quedaría preso en aquel espeso fango gris, no podría salir nunca. Aceleró su carrera para dar la vuelta al edificio. Una multitud invisible se reía de su miedo, de su estatura, de su lenta manera de arrastrar los pies de gnomos... Por fin encontró el coche patrulla y consiguió ponerlo en marcha. Entró zumbando en Mount Avenue y torció a la izquierda en Beach Trail.

Llevado por el pánico, a punto estuvo de caer en una zanja al girar hacia Post Road en Charleston. El aire era amarillo y brillante, y una araña amarilla del tamaño de una furgoneta salió de la zanja en dirección a su coche.

Royce chilló, dio un golpe de volante y regresó a toda velocidad a la Comisaría de Policía.

La atestada y vieja Comisaria era para él la normalidad: lo más grave que podía ocurrirle allí era los insultos de *Tortuga*. Se sentó en la pequeña oficina y escribió a máquina falsos informes sobre las visitas de la mañana. Archivó los informes. Para matar el tiempo bajó a la sala de tiro y disparó balas por valor de veinte dólares contra un blanco de papel.

A la hora del cambio de turno, subió a los vestuarios.

—¡Hola, Royce! —le gritó Bobo, al entrar—. ¿Has conocido hoy alguna chica estupenda?

—Tu dirás —masculló Royce, recordando la cara de Mrs. Clark derritiéndose sobre la barbilla.

—No pareces muy satisfecho —dijo Bobo—. ¿Has pillado la gripe?

—No. Estoy bien.

—Roycie Woycie —tronó *Tortuga*, entrando en el vestuario. Su aliento olía a cerveza, y tenía manchas de salsa de tomate en la camisa—. Permítame tocar su timbre, señor. Deje que ponga mi dedo en su ombligo.

Royce miró fijamente a *Tortuga*. Veía un cuerpo que llevaría unas tres semanas muerto. Había sido terriblemente mutilado antes o poco después de su muerte, y la piel blanca y hundida formaba arrugas y bolsas alrededor de las heridas. Los ojos habían tomado un color castaño oscuro. Un colgajo de piel muerta pendía de la frente de *Tortuga*, dejando el hueso al descubierto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Royce.

Se levantó. Ninguno de los otros veía nada anormal en *Tortuga*. Se estaba volviendo loco.

—Cuéntanos cómo te has divertido hoy —farfulló aquella cosa horrible que había sido *Tortuga*.

—Me voy de aquí —dijo Royce, y fue a sentarse en su coche patrulla durante quince minutos, antes de ponerlo en marcha. Aquella noche evitó Greenbank; en realidad, evitó todo el trabajo de patrulla. Se dirigió a un camino sin salida de los bosques del arrabal de Merrit, y permaneció en el coche, con los ojos cerrados. Seguía viendo a Mrs. Clark; seguía recordando el espejo ovalado de la gran casa blanca de Mount Avenue.

## 13

A la mañana siguiente, Royce Griffen se presentó temprano en la Comisaría. Esperó en los vestuarios a que apareciesen los otros. *Tortuga* Turk llegó con lo que era claramente una terrible resaca, tenía un aspecto aún peor que ayer y olía a whisky barato y a muerte. Uno de sus ojos había reventado. Al pasar lista y presentarse todos los agentes en la sala de asignaciones, antes de empezar el turno, el capitán y casi todos los policías estaban también muertos. Algunos tenían limpios orificios de bala en sus uniformes; otros, como *Tortuga*, habían sido apaleados y mutilados. Cuando salieron, Royce se dirigió al boscoso camino sin salida y pasó ocho horas sentado en su coche y temblando.

Al cambiar el turno, corrió al retrete de la Comisaría y se encerró en uno de los compartimientos. Algo quería estallar y salir de él; apenas si tuvo tiempo de bajarse los pantalones. Cuando se sentó en la taza, un fuerte dolor dio casi inmediatamente al traste con su alivio. Y el dolor aumentó, se hizo más intenso y desgarrador. Parecía que le rasgasen las tripas; se estremeció. Para ver qué era lo que le había causado tanta angustia, miró dentro de la taza mientras se limpiaba. Lanzó un chillido. La taza estaba llena de pequeñas arañas, rojas como sus cabellos. Muchísimas de ellas nadaban en el agua; otras subían ya por los costados. Royce soltó rápidamente el agua y repitió la operación. Ahora, veinte o treinta arañas corrían sobre el asiento, y otros cuerpecillos seguían nadando en la taza. Se abrochó los pantalones a toda prisa. Se obligó a cruzar despacio el vestíbulo hasta llegar a la puerta.

Ya en el coche patrulla, Royce cerró todas las portezuelas. Después sacó su «Smith and Wesson». Tuvo que sostener el revólver con ambas manos temblorosas. Lo amartilló. «Dios mío», murmuró. Se metió el cañón en la boca y se dobló hacia

delante. Después apretó el gatillo, y la parte posterior de su cabeza se estrelló en la ventana de atrás y en el techo del coche.

## 14

El viernes por la mañana, los Norman se plantaron a ambos lados de Tabby mientras éste sacaba sus libros del armario. Habían faltado al colegio el miércoles y el jueves, y Tabby había rezado para que Bruce disuadiese a Dicky de hacerle intervenir en el robo proyectado. A fin de cuentas, Bruce había evitado que tuviese que destrozar su propio buzón.

—¿Ya has pensado en cómo vas a gastarte tus cien pavos, Tabs?

Tabby sacudió la cabeza.

—Tabs... —silbó Dicky.

—Te recogeremos mañana por la noche —dijo Bruce—. A eso de las diez. No digas a nadie adonde vas ni con quiénes tienes que encontrarte, ¿eh?

—No quiero hacerlo —dijo Tabby.

—Vaya si lo harás —dijo Bruce—. ¿Conoces los tormentos que aplicaban en Vietnam?

Dicky hizo una mueca.

—Tienes que ayudarnos, Tabs —dijo Bruce—. Somos amigos.

—Bueno —dijo Tabby—. A las diez.

Mandaría los cien dólares a Sherri. Y no volvería a tener más tratos con los gemelos Norman.

## 15

Aquel viernes, seis horas más tarde, Richard Allbee estaba atando una cuerda nueva a una pesa de plomo. Había abierto el marco de una de las grandes ventanas del cuarto de estar de la vieja casa Sayre, y dos largas tiras de moldura pintada y un trozo de cuerda gastada y pardusca yacían sobre el suelo de roble. El olor de los gatos de Mrs. Sayre apenas se percibía ya en el cuarto de estar. Ahora que las alfombras habían sido sacadas de la casa, otro buen fregado y una buena aireación los libraría de los gatos fantasmas.

Sonaron las pisadas de Laura en la escalera. Un momento más tarde, abrió la puerta del cuarto de estar.

—Fregaré otra habitación —dijo—, y después lo dejaré. ¿Cómo te va con las ventanas?

—Sólo me falta una aquí. Unos tres cuartos de hora de trabajo. Cuando hayas terminado, ven a hacerme compañía.

—Bueno, ya veré. Mi último patrono me dejó preñada cuando me dijo esto.

—Lo recuerda con profunda contrición —dijo Richard.

—Entonces es un mal bicho —dijo Laura, y desapareció.

Minutos más tarde, volvió a asomar la cabeza.

—Mira, Richard, estaba pensando...

—¿Qué?

Levantó la cabeza, dejando oscilar el peso en la nueva cuerda blanca.

—Si realmente quieres ir mañana a la casa de ese viejo, no me importa. Palabra. Me acostaré temprano. —Le sonrió—. En agradecimiento porque fingiste haber visto también aquel gato.

—No lo fingí.

Laura le lanzó un beso con las puntas de los dedos y apartó la cabeza de la puerta. Richard volvió a su trabajo. Pasó la cuerda sobre la polea y ató los cabos al peso superior. Subió y bajó la persiana, y vio que ahora funcionaba perfectamente. Tomó un puñado de clavos y empleó uno para fijar la moldura en su sitio. Volvió a mover la persiana; seguía funcionando bien. Entonces clavó cuidadosamente los otros clavos, comprobando el movimiento de la persiana.

Otra ventana reparada; sólo faltaba una en esta habitación. Tres días más de trabajo, y todas las ventanas estarían en orden. El lunes, él y Laura firmarían los documentos en el despacho de Vlick Byrne, y los abogados podrían dejar de preocuparse.

Deliberadamente, evitaba pensar en Billy Bentley: aquello no había ocurrido.

Después, por un instante, sin saber de dónde venía la visión, Richard vio surgir un cementerio en el jardín; vio que se abrían las tumbas y saltaban por el aire la tierra y las lápidas, y también los cadáveres, los esqueletos, desparramándose los huesos por el suelo; la tierra vomitaba cadáveres y huesos. Y la propia tierra se abría, destruyéndose a sí misma en febril paroxismo. Hierbas, terrones, pedazos de lápidas y de huesos se elevaban en espiral. Sacudió la cabeza. ¡Oh, Dios mío! Descansa en paz, Billy Bentley.

Pasó a la ventana siguiente. Le temblaban las manos.



Segunda parte:

## ESTABLECIMIENTO

Un beso de amor, y nos separamos;  
Un beso de amor, y es para siempre.

ROBERT BURNS

## UNO: EL PRIMER UMBRAL

### 1

Durante la mayor parte de aquella semana, Patsy y Les McCloud se evitaron mutuamente, envueltos en sus separados y muy diferentes conceptos de lo que había ocurrido entre los dos. Patsy no quería luchar con Les, y por esto se sentía extrañamente dichosa de que él se hubiese retirado; quería estar tranquilamente sentada y meditar sobre la nueva percepción de ella misma y de su marido, a la que había llegado antes de encontrar con Tabby en «Deli-icious». Desde aquel martes, Les se había mostrado agraviado y herido, sin mirarla apenas; tenía un berrinche. Pensaba que podía obligarla a disculparse de lo que había dicho, adoptando esta actitud infantil que tan buenos resultados le había dado en el pasado. Pero el semblante dolido de Les ya no infundía sentimientos de culpabilidad a Patsy; en realidad, le fastidiaba haberlos sentido con anterioridad; estaba dispuesta a cuidarlo cuando estuviese enfermo, pero no pensaba volver a llevarle la bandeja, como quien dice, de rodillas. Cuando miraba al gemebundo y achispado caballero en el lecho matrimonial, veía a un paciente, no a un marido, y su mente le formulaba una serie de proposiciones; si el marido es tenido por un rudo y viril hombre de negocios, que teme que nunca podrá llegar a ser tan viril y rudo como piensa que debería ser, corresponde a la mujer asegurarle que lo es; si su inseguridad significa que tiene que pegar a la mujer varias veces al año para asegurarse de que la afirmación de ésta no era mentira, ella debe aceptar la paliza con resignación; y si él vuelve a casa con los calzones cagados, como un niño, entonces puede estar segura de que muy pronto volverá el tiempo de la seguridad.

El sábado, Les se levantó de la cama y Patsy se retiró a la habitación sobrante con el ejemplar tomado en la biblioteca de la *Historia de Patchin*, de D. B. Bach. A las once y media, Les asomó la cabeza y dijo:

—¿Qué hay del almuerzo"?

Ella dijo que no tenía apetito.

—¿Qué hay de *mi* almuerzo?

—Tengo la seguridad de que hay comida en el frigorífico.

—¡Jesús! —exclamó Les, cerrando la puerta de golpe.

Dos horas más tarde, volvió a entrar en la habitación. Echaba chispas por los ojos, y tenía los puños cerrados.

—¿Tratas de hacerme pagar algo, o qué?

—Sólo quiero estar sola —dijo Patsy.

—De acuerdo. Me voy. Quédate sola, si quieres portarte como una niña malcriada.

Tabby y Clark Smithfield pasaron el sábado en un silencio sombrío, pero no envenenado. Clark trató de explicar a su hijo que la culpa de su escapatoria había sido de Sherri, que la negativa de Sherri a adaptarse a Hampstead y a Connecticut le había echado de casa, y Tabby vio que su padre lo creía así.

—Saldremos adelante, chico —dijo Clark. Era mediodía y estaba trasegando su segunda copa—. Estamos mejor sin ella.

Se quedaron viendo la televisión toda la tarde. A las seis, Clark fue en su coche a un restaurante italiano de Post Road, y volvió con una pizza enorme. Sin decir palabra, observaron las noticias locales, las noticias nacionales, *Solid Gold*, *Enos* y el principio de la película de la noche del sábado, *Desde Rusia con amor*. Tabby miraba continuamente el reloj mientras se extinguía la luz en las ventanas y se oscurecía la «biblioteca» sin libros de «Cuatro Corazones».

—Papá —preguntó—, ¿vas a tener que trabajar muy pronto?

—*Tengo* trabajo —dijo Clark. Sorbió su tercer whisky irlandés y miró de reojo a Tabby—. Puedo conseguir un empleo en cuanto lo necesite.

—Pero no lo tienes —dijo Tabby—. Ahora no lo tienes.

—Ya te he dicho que sí, ¿no? —dijo Clark, sin mirarlo.

Tabby se levantó y salió de la estancia. Estar con su padre era como observar a alguien que se ahogaba. Durante un rato, se quedó plantado en la escalinata de la entrada. Los árboles de Greenbank y de Hermitage Avenue inhalaban en el pequeño jardín delantero de «Cuatro Corazones» y exhalaban más abajo de la calle silenciosa. Sobre ellos, las estrellas pasivas marchaban ordenadamente. Tabby bajó los peldaños, se sentó sobre el césped y esperó a los gemelos Norman.

## 2

Aquella noche, poco después de las nueve y media, Richard Allbee detuvo el coche en el paseo de entrada de Graham Williams. Se apeó y dio una vuelta para ver el aspecto que tenía la vieja casa Sayre desde el otro lado de la calle. Parecía mejorada, pensó; se veía que alguien la habitaba. También las casas, como los niños y los animales, se civilizaban al tocarlas un amor consciente. Que se hubiese imaginado ver a Billy Bentley allí parecía más que nunca una ilusión; ahora se alegraba de haber hablado solamente del gato a Laura, que estaba ahora en la odiada cama de colchón de agua leyendo una novela de Joyce Carol Gates y viendo una película de James Bond.

Unas pisadas ligeras avanzaron en su dirección desde Charleston Road. Richard contrajo involuntariamente los músculos. Había hecho ya de tripas corazón, cuando vio un gato grande y gris entrando silenciosamente en el círculo de luz junto a la esquina.

Una ilusión, una ilusión.

Una figura dobló la esquina. Venía hacia él. Entonces la figura pasó bajo la luz de la farola, y Richard vio que era Patsy McCloud. Llevaba un grueso libro bajo un brazo. Aparte el alivio consiguiente ante la desaparición de su ridículo miedo, Richard sintió cierto placer culpable al ver a Patsy. La saludó con la mano. Ella llevaba una blusa azul pálido y una batita con pechera ceñida a la cintura y que se ensanchaba alrededor de las piernas. Patsy correspondió a su saludo al reconocerle.

—Debí pensar que la encontraría aquí —dijo él.

—Yo pensaba que también encontraría a Laura —dijo Patsy, acercándose a él sobre el césped.

—Laura está en la cama con James Bond.

—Y Les tiene la gripe. En definitiva, Laura lleva la mejor parte.

Mientras se dirigían a la puerta, Richard le preguntó sobre el libro que traía.

—¿Te dijo algo Mr. Williams sobre el motivo de que quisiera vernos juntos? ¿Te mostró la placa de Mount Avenue?

Richard negó con la cabeza y tocó el timbre.

—Entonces tendré que esperar a que lo explique él.

—Todo Será Explicado.

—Todo —dijo ella, sonriendo.

Williams abrió la puerta y miró a través de la persiana.

—¡Los dos! ¡Cuánto me alegro!

Abrió la puerta persiana y se apartó para que entrasen. Llevaba su gorra yanqui y una camiseta «P.A.L.» gris, demasiado pequeña para él.

Patsy y Richard entraron en un vestíbulo con estanterías de libros en todas sus paredes. Libros alineados, libros formando rascacielos y torres en los estantes de arriba, y más libros amontonados en el suelo delante de las estanterías.

—¿Adonde vamos? —preguntó Patsy.

La bombilla que pendía de un cordón en medio del pasillo estaba fundida.

—Primera puerta a la izquierda.

Patsy, y después Richard, entraron en el cuarto de estar. También aquí estaban las paredes cubiertas de estanterías, y había libros amontonados hasta la altura de la cintura, a intervalos, ante los estantes. Gráficos y pósters de antiguas películas, con marco, descansaban sobre el suelo, apoyados en los estantes o en los montones de libros. Una lámpara de techo ardía pálidamente, lo mismo que otra de pie junto a un raído canapé verde, y otra de bronce sobre la blanca mesa de pino donde estaba la máquina de escribir, un viejo manual negro y varios ordenados montones de papel. La habitación olía a moho, a viejo, a libros.

Williams se quedó en la puerta.

—Acomódense en el canapé. O en el sillón. —Señaló con la cabeza un sillón de cuero castaño que parecía confundirse con la estantería de libros en rústica. El sillón estaba tan gastado que parecía que lo hubiesen frotado con arena hasta quitarle el barniz. Junto a él había una alta lámpara de pie y un pesado cenicero de mármol—. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Una copa? ¿Café?

Tanto Patsy como Richard pidieron café.

—Perking no está en casa. Volveré en seguida.

Regresó a los pocos segundos con tres tazas; dejó la bandeja sobre la mesa de café, delante del canapé verde. Después tomó una de las tazas, tiró de una silla metálica de debajo de la mesa de escribir y se sentó de cara a sus visitantes. Sorbieron simultáneamente el caliente y fuerte café. Richard se dio cuenta de que no estaba seguro de por qué había pensado que tenía que venir. Sería una pérdida de tiempo. Williams era un viejo solitario: los había invitado para tener compañía, y nada más. Richard frotó con la mano el gastado brazo del canapé. Los dibujos en relieve habían desaparecido casi totalmente.

—Supongo que debería pedirles disculpas —dijo Williams. Se quitó la gorra yanqui y pasó los dedos sobre la calva y pecosa coronilla—. Esta casa tendría que arreglarse, pero nunca tuve dinero para hacerlo. Después me acostumbré. Yo mismo monté las estanterías hace cuarenta unos. Hoy no podría pagar siquiera la madera.

Sus dedos seguían bailando y tamborileando sobre el cráneo. El viejo estaba nervioso. Richard se preguntó cuánto tiempo haría que Williams no había estado con otra persona en la casa; cuánto haría que no había estado una mujer en esta habitación.

Entonces el viejo le sorprendió diciendo:

—Patsy es psíquica, ¿sabe? Lo mismo que su abuela, Josephine Tayler. Y hay un chico en el vecindario que también lo es. Tabby Smithfield. Es decir. James Tabb Smithfield. Vive en Hermitage. Supongo, Allbee, que usted no lo será.

—¿Yo? —dijo Richard, tragando demasiado café—. ¿Psíquico? No.

—Tampoco yo. A excepción de una vez en que vi un hombre y supe..., bueno, no hablemos de lo que supe. Lo reservaré para un día en que el joven Tabby esté con nosotros. Supongo que conoce todo lo referente a su familia. A los Green.

Por un momento pensó Richard que Williams iba a referirse a su padre, y empezó a sacudir la cabeza con impaciencia.

—¡Ah! Los Green. Algo sé de ellos.

—¿Ha visto la placa de delante de la Academia?

Richard miró a Patsy y vio que ésta lo contemplaba fijamente. Negó con la cabeza.

—Smyth, Tayler, Green, Williams —dijo el viejo, desconcertando a Richard—. Y Gideon Winter, Smyth, que se convirtió en Smithfield; Tayler, que es nuestra hermosa amiguita que se sienta a su lado; Green, que es usted, y Williams, que soy yo. Y Gideon Winter que puede ser casi cualquiera. Creo que será mejor que me explique.

### 3

—Eres un listo y pequeño truhán, Tabs —dijo Norman, frotando dolorosamente con los nudillos el cráneo de Tabby.

Estaban apretujados en el asiento delantero del viejo «Oldsmobile» negro, al lado de Bruce. Los Norman estaban más contentos que nunca, a juzgar por lo que

Tabby había visto de ellos. Ambos olían a excitación y a cerveza, y también a marihuana.

—Bueno, yo sabía que vendría —dijo Bruce, dando un fuerte codazo en las costillas de Tabby—. Nuestro amiguito es un gran chico. Y no dijiste a nadie con quién salías hoy, ¿verdad, amiguito?

—Claro que no —dijo Tabby—. Pero es la última vez que hago una cosa de éstas. Después de esta noche, se acabó. Quiero que lo sepáis.

—Después de esta noche, podrás desentenderte de nosotros, hombre —dijo Bruce—. ¿No es verdad, Dicky? Tabs se desentenderá de nosotros.

Dicky respondió tratando de frotar de nuevo la cabeza de Tabby. Habían entrado en Beach Trail y rodaban cuesta abajo en dirección a Mount Avenue.

—Me repugna hacer esto —dijo Tabby—. Pero quiero conservar mis orejas en su sitio.

Los dos Norman respondieron con violentas risotadas empapadas en cerveza. Bruce giró en Mount Avenue y pasó por delante de la verja delantera de la Academia de Greenbank.

Mount Avenue se juntaba con Greenbank Road en el paso elevado; Bruce conducía hacia el Sur, en dirección a la villa.

—¿Adonde vamos? —preguntó Tabby.

—A la zona de aparcamiento —murmuró Bruce.

Bajaron por Greenbank Road hasta el primer semáforo, y giraron a la derecha en dirección Post Road por el Sayre Connector.

El hombre al que había visto Tabby al otro lado de la calle, desde el colegio, estaba de pie junto a su camioneta en un rincón vacío del solar de «Lobster House». Bruce se arrimó a la camioneta y el hombre les observó mientras se apeaban. «No parece un ladrón», pensó Tabby. Gary Starbuck tenía la nariz larga —una nariz de probador de perfumes—, ojos oscuros y frente que reflejaba preocupación. Vestía completamente de azul oscuro. «Parece un profesor de álgebra.»

Los ojos oscuros lo escudriñaron un momento.

—Sí, ya veo —dijo Starbuck, aunque nadie había dicho nada. Después habló directamente a Tabby—. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

Tabby sacudió la cabeza.

Starbuck metió un brazo por la ventanilla de la furgoneta y sacó un par de aparatos de radio. Tendió uno a Tabby.

—Enciéndelo —dijo. Tabby le dio vueltas en las manos hasta que encontró un botón en la parte de arriba. Ambas radios chirriaron con fuerza, y Tabby hizo girar apresuradamente el botón—. Ahora están demasiado cerca la una de la otra —dijo Starbuck en voz baja, sin dejar de mirar a los ojos de Tabby—. Para funcionar bien tienen que estar a unos quince metros de distancia. Pero así será cómo hablaremos nosotros. Te sentarás en la camioneta. Observarás por la ventanilla de delante y por la de atrás. Sin perder de vista el paseo y la carretera. Sencillo, ¿no?

Tabby asintió con la cabeza.

—Y, si ves algo, me lo dices. Tal vez estaremos media hora en la casa. Es mucho tiempo. Si alguien se detiene y mira, dímelo y describe la persona. La clase de coche

que lleva. Todo lo que veas. Si es un poli, tumbate en el suelo de la camioneta y llámame *en seguida*. Saldremos y nos encargaremos de él, pero tendremos que hacerlo antes de que llame por radio. En cuanto salgamos te daré tu dinero. ¿Entendido, chico?

—Entendido.

—Empezaba a pensar que eras mudo —dijo Starbuck—. Pero debes entender otra cosa. Si dices algo de esto a los polis, o incluso si sospecho que puedes decírselo, volveré y te mataré. —La suave y preocupada expresión de su semblante no varió en absoluto cuando dijo esto—. Soy un hombre de negocios, ¿sabes? Y no pienso retirarme.

—Y esto va también para vosotros dos, pájaros —dijo Starbuck.

—¡Coño, claro, hombre! —dijo Bruce.

—Subid —ordenó Starbuck, apartándose de pronto.

Se sentó en el sitio del conductor, y Bruce, en el del pasajero, Dicky subió a la parte de atrás con Tabby, que apretaba con fuerza su radio.

Al salir Starbuck del solar para cruzar Post Road y bajar por Sayre Connector, pasaron ante la estatua de John Sayre vestido de soldado de la Primera Guerra Mundial. Tabby se fijó por vez primera en aquella estatua: exageradas por la sombra las arrugas de las mejillas de bronce, la cara del joven soldado le pareció diabólica.

Dicky apuntó con un dedo al pecho de Tabby y simuló que le disparaba.

—Nunca había vivido en un lugar como éste —dijo Gary Starbuck—. Al menos, no exactamente igual. ¿Cómo llaman a esto? No es un suburbio, ¿verdad? ¿Lo llamarán extrarradio?

—No lo sé —dijo Bruce—. ¿Qué importa esto?

Starbuck torció a la izquierda en Greenbank Road. Tabby gruñó en silencio. Debía haberlo pensado: volvían hacia su barrio.

—Bueno, he estado leyendo ese periodicucho local —dijo Starbuck, ciñendo las curvas de Greenbank Road—. ¿Sabéis a cuántos conductores borrachos detienen cada fin de semana? ¿Y cuántos accidentes hay? ¿Y cuántos atracos y robos de aficionado cometen chiquillos sin el menor conocimiento profesional, sin la menor instrucción? Yo digo que esto no es suburbio, ni es extrarradio. Es un disturbio.

## 4

Richard observó las estanterías mientras hablaba Graham Williams, leyendo en silencio y al azar nombres de autores y títulos. La mitad de la pared más larga parecía destinada a la novela, y la otra mitad a la Historia y a las biografías. Había una larga sección de guiones de cine encuadernados en vinilo negro. La pared de la izquierda contenía libros de arte. Las novelas de misterio, en rústica, se amontonaban sobre los desmesurados libros de arte; Williams era un entusiasta de Raymond Chandler y John McDonald, de Robert B. Parker y Dorothy Sayers.

—Bien —dijo, al interrumpirse Williams—, los descendientes de las cuatro primeras familias de colonos han vuelto a Hampstead; más concretamente, a Greenbank. Y nuestros antepasados se vieron de algún modo inquietados por un recién llegado llamado Winter. Pero, permítame que pregunte: ¿y qué?

—Una pregunta muy razonable —dijo Williams—. Tiene usted razón. Realmente, ¿por qué tendría que preocuparnos, a menos que fuésemos historiadores? La única razón es que lo que ocurrió en el pasado todavía nos afecta. ¿No ocurre siempre así en la Historia? Si los normandos hubiesen prevalecido en Inglaterra, nosotros hablaríamos francés o algo parecido. Por consiguiente, veamos nuestra historia aquí, en Hampstead. Voy a darle tres nombres de tres generaciones en Hampstead, desde 1900 hasta 1950. Robertson Green, que debió ser su tío abuelo, Mr. Allbee; Bates Krell, y John Sayre. Robertson Green fue ejecutado por el Estado en 1904; Bates Krell desapareció en 1924, y John Sayre se suicidó en 1952. Pienso que Gideon Winter renació en cada uno de estos hombres, y que sólo John Sayre tuvo el valor de luchar contra él.

## 5

Después de su pelea con Patsy, Les McCloud había agarrado sus palos de golf, salido en tromba de la casa, arrojado aquéllos en el portaequipajes de su «Mazda» y conducido directamente hasta el «Club de Campo» de Sawtell. Desde luego, aquella pelea no había sido nada satisfactoria. Paisy le había estado pinchando, pinchando y pinchando, provocándole como sólo podía hacerlo alguien que hubiese vivido una década y media con él. «Tengo la seguridad de que hay comida en el frigorífico.» Una rebelión contra el orden debido de las cosas. Realmente, Les no tenía muchas ganas de jugar al golf, pero no aguantaba un momento más en casa; el golf era la mejor excusa para una larga ausencia. Pasaría cuatro o cinco horas fuera y volvería, y entonces vería si ella había entrado en razón... o si seguía con los alfilerazos, los alfilerazos, los alfilerazos de siempre. Y, si era así, Patsy tendría bien merecido lo que sabía que ocurriría.

Ya en el club, aparcado delante del largo y blanco edificio con columnas, Les se había sentido sudoroso y desalentado. Paradójicamente, tenía la frente y las manos húmedas y frías. Había resuelto hacer cinco agujeros, si encontraba un compañero; por consiguiente, se apeó del coche, cargó con la pesada bolsa y, pasando resueltamente ante la puerta principal del club, se dirigió al primer *tee* y a la caseta.

—¡Hola, Les! ¿Buscas un compañero? —Archie Monaghan le sonreía afectuosamente desde detrás de un montón de pelotas de golf. A Archie le encantaban los perdedores—. Tenía que encontrarme aquí con Ulick Byrne, y ¿adivinas lo que ha pasado? Acabo de llamar a su casa y vuelve a estar en cama con gripe. El pobre bastardo la ha tenido dos veces. Me encantaría jugar contigo.

—¡Oh! Siempre estoy dispuesto a hacerlo, Archie —dijo Les. Sonrió a Archie, captando la ansiedad de su cara enrojecida, la camiseta de punto amarilla tensa sobre



la panza de sandía, y los pantalones a rayas rojas y verdes—. Pero hoy sólo me siento en condiciones para nueve agujeros —añadió—. También yo he tenido la gripe. ¿Qué te parece?

—Siempre dispuesto a jugar conmigo, ¿eh? —dijo Archie—. Nueve me parecen muy bien, desde luego.

Y Les comprendió que aquel tonto deslumbrante prefería jugar solamente la mitad de los hoyos con él.

Les abrió la puerta de los vestuarios, Archie movió la cabeza e hizo un ademán de «Tú primero», y entraron los dos. Perdieron un poco el tiempo, hasta que Archie sonrió, se rindió y salió el primero.

—¿Cómo está tu esposa, Les? —preguntó Archie—. Es una damita encantadora.

—Patsy está bien.

Les no tenía ganas de hablar de su mujer, y menos con Archie Monaghan, que el año anterior se había pasado horas sin quitarle la vista de encima en una fiesta. Les recordó que a Archie le gustaba hablar de las mujeres del prójimo.

—Patsy McCloud, Patsy McCloud —dijo Archie, con la devoción con que hubiese pronunciado el nombre de una estrella de cine.

Y Les se irritó tanto que, después de ganar lasalida, se le agarrotaron las muñecas y la pelota fue a parar al quinto infierno.

—Mala suerte, jefe —dijo Archie.

Encogió la panza sobre el *tee*, dobló los brazos y lanzó la pelota en línea recta a más de doscientos metros en dirección al primer *green*.

Cuando se encontraron de nuevo en el quinto *green*, Les se había dado cuenta de que Archie le había puesto deliberadamente nervioso al pronunciar de aquella manera el nombre de su mujer, y se esforzó en conservar la calma y la tranquilidad para mantenerse a tres sobre par. Tenía un mal día, pero no hacía falta empeorar las cosas. El único consuelo era que Archie estaba también a tres sobre par, y probablemente continuaría así, a menos que pudiese hacer un *putt* de diez metros. A Archie parecía no importarle.

—He estado estudiando esto mucho tiempo, Les, y he llegado a la conclusión de que hay dos clases de mujeres. Está la clase de las que parece que disfrutan con eso, y la de las que parece que ni siquiera saben lo que es. Comprendes lo que quiero decir, ¿eh? En esta población, al menos el ochenta por ciento de las mujeres pertenecen a la segunda categoría. Pueden tener tres hijos, pero basta con mirarlas para saber que nunca sudaron mucho. Buen golpe. —Esto era por John, que había hecho su *putt*. Archie puso la pelota en su sitio y blandió espectacularmente el palo—. Una vez hablé de esto con Ulick, y nombró ocho o nueve de este tipo. Se diría que la «Liga Femenina de Arte» y los partidos de tenis son las cosas más importantes del mundo. Faldas verde limón o *shorts* bombachos caqui, ¿no? Ya sabes a qué me refiero, ¿eh? Preparación primaria. Esas que hablan arrastrando ligeramente las palabras.

Archie se colocó en posición, echó el palo atrás y descargó su golpe. La pelota obedeció la muda súplica de Les y se detuvo a cuatro palmos del hoyo.

—¡Oh, oh! Sé que quieres darme éste, Les, pero insisto en tirar. —Archie se acercó contoneándose a la pelota, se detuvo y la envió limpiamente al agujero. Hizo un guiño a Les—. Ve a la terraza del club y verás trescientas de ellas. Comiendo ensalada y hablando de sus peluqueros. Supongo que no saben hablar de otra cosa. ¿O hablarán de las mismas aburridas porquerías que nosotros?

—¿Cuál es tu teoría, Archie?

Levantó la pesada bolsa; estaba sudando, pero sentía escalofríos.. Como si tuviese un pedazo de hielo atado a la frente.

—Mi teoría es ésta. Si las camareras de la terraza son las únicas que parecen disfrutar con eso, me alegro de haberme casado con una camarera. Le dije esto a Ulick, ¿Sabes? Y él dijo: Archie, tu verdadera teoría es que todas las mujeres son camareras disfrazadas. ¿Te imaginas? Tengo que andarme con cuidado con Ulick.

Les se dirigió al siguiente *tee*. Comprendía dos cosas, ambas ligeramente sorprendentes. Archie Monaghan sentía por él tan poca simpatía como sentía él por Archie: aquella pulla sobre la «preparación primaria» no había sido accidental. Y Archie encontraba a faltar a Ulick Byrne. Habría preferido jugar con el joven abogado en vez de hacerlo con Les. Archie era cincuentón, y Les tenía cuarenta y un años. Seguro que los dos, fuesen cuales fuesen sus recíprocos sentimientos, tenían más en común de lo que pudiera tener nunca Archie con Byrne, que aún no había cumplido los treinta.

—Supongo que Byrne es un tipo listo.

—¿Listo? Si estuviese en una corporación, sería ya vicepresidente y pensarían en él para ocupar el trono. ¿Qué te parece si jugamos un poco de dinero en el próximo hoyo, jefe?

—Cien el golpe —dijo Les, y Archie no pestañeó, sino que sonrió.

En el noveno hoyo, Les debía trescientos dólares a Archie y estaba a punto de perder cien más. La camisa amarilla y los odiosos pantalones listados a cuadros estaban mucho más cerca del *green*. ¡Trescientos dólares a favor de Archie Monaghan! Les había presumido que la importancia de la apuesta asustaría a Archie, y ahora estaba Archie a un tiro de piedra del *green*, y él estaba sudando por trescientos dólares.

Se preparó para el lanzamiento, se lo imaginó, hizo oscilar el palo detrás de la pelota y trató de serenarse. No podía dejar de pensar que, si la pelota iba donde él quería que fuese, su deuda quedaría reducida a doscientos dólares. En el momento en que la cabeza del pelo chocó con la pelota, supo que había fallado el golpe.

Ahora sólo se trataba de esperar lo peor. La pelota se elevó como por efecto del mejor disparo del mundo, y siguió su rumbo; pero, en lugar de pasar entre los árboles, cayó al suelo. Les observó cómo la traidora bola caía como una piedra en la arboleda.

—¿Quieres que te preste mi brújula? —le gritó Archie.

Les se dirigió furioso hacia los árboles, evitando deliberadamente mirar a su adversario. No quería ver la sonrisa de Archie. Si podía alzar el palo hacia atrás, aún podría igualar a Archie en este hoyo: había estado otras veces entre estos árboles, y

no eran un obstáculo invencible, era un par cuatro, y, si los árboles le daban la menor oportunidad, aún podía hacerlo en cuatro; y siempre cabía la posibilidad de que Archie diese un golpe demasiado fuerte. Pasó por debajo de una rama y empezó a buscar la pelota. Su respiración era un poco fatigosa. El sudor resbalaba por su cuello.

Archie se estaba preparando para el golpe, y Les se detuvo para observarle. Archie volvió a estudiar la dirección y balanceó el palo y el trasero. Levantó el palo hacia atrás, le hizo describir una curva... y golpeó la pelota demasiado fuerte. Les aplaudió en silencio. Sabía lo que iba a ocurrir. «Para que gastes bromas con tu maldita brújula», dijo para sus adentros.

Vio casi inmediatamente su pelota. La pequeña mota blanca estaba a unos tres palmos del lado musgoso del roble más alto. Aún no estaba perdido. Les se acercó al árbol y oyó un rumor entre la hierba al otro lado de su pelota. Una ardilla. Dio la vuelta al roble y observó atentamente el *green*. Archie estaba de pie en el *bunker* y parecía mucho menos entusiasmado. Entonces oyó detrás de él el ruido inconfundible del llanto de un niño. Giró en redondo y no vio nada. Al volverse de cara a la pelota, sonó de nuevo aquello. Se volvió una vez más y oyó un rumor entre las matas.

—¡Eh! Sal de ahí, pequeño —dijo.

Apoyó el palo en el roble y puso los brazos en jarras.

—No te pasará nada. Sal.

Silencio.

—Vamos. Sólo he venido a jugar al golf. Nadie te hará daño. Sal de entre las matas.

Al ver que no pasaba nada, Les volvió a agarrar su palo. Como si el niño que se ocultaba en la espesura pudiese verlo y temiese que le golpease con el palo, hubo de nuevo susurros en la espesura; el chiquillo se adentraba en ella. Debe de ser un niño de cuatro o cinco años, pensó Les; un chico mayor abultaría demasiado para esconderse así entre los arbustos.

No podía dar su golpe con las matas susurrando y crujendo de esa manera. Después empezó de nuevo la llantina. Les dejó el palo en el suelo.

—¿Quieres que te ayude, hijito? —No hubo respuesta, y Les se acercó a los arbustos y se inclinó para mirar entre las tupidas hojas—. Sal y te ayudaré.

Oyó una vocecilla que decía:

—Me he perdido.

—Está bien, te ayudaré —dijo con cierta brusquedad, apartando las hojas con las manos—. ¿Cómo te has metido aquí? ¿Es que tu papá...?

Retiró las manos del arbusto. Un tornillo apretaba su cabeza con asombrosa presión. Durante un segundo, no vio nada. Se irguió y pestañeó.

La vocecilla dijo:

—Me he perdido. Tengo miedo.

—Está bien, *está bien* —dijo Les, inclinándose de nuevo.

Alargó las manos hacia el arbusto. Pero las detuvo antes de tocar las largas y afiladas hojas. Algo maligno emanaba del arbusto, de la espesura que cobijaba a una

cosa que no podía salir de la luz. Les pensó que percibía un mareante olor a barro, a aguas de albañal, a raíces podridas.

El niño lloró de nuevo, pero Les tuvo miedo de tocar el arbusto. *Malignidad*. Había algo *malo* allí. El acre olor lo envolvió una vez más.

Sabía que, si tocaba el arbusto, el tornillo le apretaría de nuevo la cabeza y se ennegrecería su visión. Aquella cosa lloró amargamente en la espesura. Les miró entre las hojas y sólo vio más hojas, hojas tocadas por la luz del sol y hojas que brillaban verdes en la sombra.

—¿Has perdido la pelota?

Les giró en redondo y vio los pantalones a cuadros y la panza amarilla de Archie Monaghan.

—He oído algo —dijo, irguiéndose—. No he perdido la pelota, sino que he oído algo. Había un niño en estos matorrales. Y lloraba.

Archie arqueó las cejas.

—Ha callado hace un momento —dijo Les—. Pero no puedo verlo en parte alguna.

—Deja que el viejo Archie eche un vistazo —dijo Archie, agachándose y separando las matas con las manos.

Durante un segundo, Les captó aquel olor a tierra mojada y a aguas de albañal. Sintió el sudor que empapaba su frente; notaba su cuerpo tan raro, tan ligero, que temió que iba a caerse. Archie Monaghan sumergió el torso entre los arbustos, de modo que Les sólo veía su gran trasero a cuadros.

—Bueno, ¿sabes qué? —dijo Archie, emergiendo de la espesura—. Aquí no hay nadie. ¿Estás seguro de haber oído a un chiquillo?

—Le oí llorar.

—¿Le hablaste?

—Sí. Y dijo que se había perdido.

—Bueno, esto es muy curioso. Ahora no hay nadie ahí. Sin duda echó a correr. —Archie se rascó los sobacos y miró vagamente hacia los árboles. Su semblante se iluminó—. ¡Eh! Allí está tu pelota, y no en mala posición. Podrás salir con bien de este atolladero.

Les apartó de su mente todo lo referente a niños perdidos y a arbustos que podían estrujarle la cabeza y cegarlo. Recogió el palo de su lecho de hojas de pino, se irguió delante de la pelota y la lanzó.

Así es cómo se llega a vicepresidente de la selva corporativa, amigo.

Dos horas y media después, decía a Archie Monaghan:

—Permíteme que te invite a un trago.

Sentía una curiosa mezcla de contrariedad y alivio. Alivio porque había terminado la partida a sólo un golpe detrás de Archie; contrariedad porque no había derrotado al gordinflón. Suponía que las secuelas de la gripe le habían hecho fallar algunos golpes; pero todavía recordaba cómo habían crujido los arbustos en aquella espesura y la voz infantil que había salido de ella. Antes de que Archie metiese la cabeza y los hombros en los matorrales, Les había querido agarrarlo y derribarlo para

que no lo hiciese..., pero, naturalmente, nada le había ocurrido a Archie. No había ningún niño perdido en el bosque.

Pero conservaba una imagen... de algo que atenazaba con sus mandíbulas el tronco de Archie. Sin embargo, nada le había ocurrido a éste; había metido la cabeza y el pecho en aquel sitio *malo*, y no había visto ni sentido nada.

Pero había aquel olor. A hierbas podridas y a tierra húmeda, y debajo de estos olores no necesariamente desagradables, otro más tenaz, más cáustico.

Archie aceptó el ofrecimiento de una copa y miró a Les de un modo extraño.

—¡Oh, pagaré mi deuda! —dijo Les—. Mira, voy a hacerlo ahora mismo. — Archie inició una sonrisa y movió la cabeza, pero Les sacó dinero del bolsillo y separó dos billetes de cincuenta—. Toma; ahora podrás hacer una excursión a Dublín, Archie.

Archie se embolsó el dinero.

—En realidad, volví de Dublín la semana pasada.

Archie Monaghan entró en el salón del club. Viejas trompetas y cuernos de caza brillaban en las paredes, junto a litografías de jinetes de casaca roja. Archie se dirigió al bar, saludando con la cabeza y diciendo «hola» a los que estaban en los compartimientos. Les le siguió. Archie daba palmadas en la espalda de un hombre sentado en un taburete del bar y reía un comentario de otro sentado al otro lado. Al acercarse. Les reconoció a los cuatro que estaban frente a él y Archie. Al parecer era un grupo de un par de ejecutivos como Les, un contratista al que sólo conocía de vista y el socio de Archie, Tom Flynn. Flynn era un hombre corpulento y de fuertes mandíbulas, aproximadamente de la edad de Les, y llevaba una chaqueta de punto del tamaño de una manta de elefante.

—Ya conocéis a Les McCloud, ¿verdad? —preguntó Archie.

—Me alegro de conocerte, Les —dijo el contratista, y los otros saludaron con la cabeza y murmuraron en señal de asentimiento.

—Monaghan acaba de ganarme cien pavos, por lo que invito a una ronda —dijo Les—. La verdad es que jugó pésimamente. Pero yo lo hice aún peor. —Sacó el dinero y puso dos billetes de a veinte sobre la barra—. ¡Eh, camarero! Sirve a esos caballeros otra copa de lo mismo. Yo tomaré un «Martini». Con hielo.

—Una botella de «Bud» para mí —dijo Archie.

Les engulló su bebida y dijo:

—¿Cuál es tu calle predilecta en Dublín, Arch?

Pero Archie estaba hablando con Tom Flynn, y no le hizo caso.

—Había un niño perdido en el noveno green —dijo Les—. Se escondía entre unos matorrales. ¿Habíais oído nunca algo parecido?

—Les oye voces —dijo Archie—. Es la Juana de Arco de «Sawtell C. C.».

Les sonrió forzosamente entre las risas de los otros.

Una hora y dos «Martinis» más tarde, Les pensó llamar a Patsy; lo malo era que no quería separarse del grupo. Estaba seguro de que hablarían de él en cuanto se fuese. Al diablo con Patsy, resolvió.

Pensó en su esposa sentada en la pequeña habitación, con su libro y su televisor. Allí debía estar en este momento. Probablemente no habría comido nada. Estaría absorta en un libro o en su Diario, y se habría olvidado de él.

—Las mujeres pertenecen a otra especie —dijo a Flynn—. Por esto hay que atizarles de vez en cuando, para recordarles que nosotros formamos parte de la Humanidad y ellas no. Hombres y mujeres son como perros y leopardos, o como ranas y gaviotas.

La cara bovina de Flynn demostró que no estaba preparado para esta filosofía. Flynn murmuró algo al oído de Archie, y Les vio que Archie lo miraba de reojo y comprendió que Flynn estaba hablando de él.

—Otra especie —repitió, echando una rápida mirada a todos los que estaban en el salón del club. El nombre de Archie centelleó en una placa de antiguos ganadores del trofeo del club; el acondicionamiento de aire pareció congelarse. Les se tocó la frente y le pareció que era de cera. Había otra copa de «Martini» llena hasta el borde ante él, y la levantó y bebió—. Aquel niño de allí era de otra especie —dijo, y se alegró y sorprendió al oír que Haefer y Gart se reían—. No es broma. Sentí que había allí algo realmente extraño.

Archie murmuró algo a Flynn, y Flynn lo miró.

Entonces vio algo increíble. Un hombre sentado en el apartado del rincón, junto al extremo del bar, llevaba unos bistés crudos alrededor del cuello. La carne cruda era una especie de corbata, desplegada y extendida sobre la piel del hombre.

—¡Eh! —dijo Les (y «¡Eh!», repitió Flynn).

Les contempló fascinado la corbata de carne cruda, hasta que vio que no era tal corbata. La carne cruda era el pecho y los hombros del individuo. Le habían levantado la piel en grandes colgajos. Les percibió de nuevo el olor a tierra húmeda y a aguas de albañal corrompidas. El hombre del rincón estaba muerto: había sido desollado y ahora estaba muerto.

—¿Qué? —preguntó Archie.

Murmuró algo, y los otros se rieron.

Les miró fijamente al hombre muerto. Esto era lo que había ocurrido en el noveno *green*. El niño perdido estaba muerto; estaba muerto y había estado buscando a Les McCloud. Sintió que la pesada copa de «Martini» resbalaba de sus dedos.

Cuando se hizo añicos en el suelo, cesaron todas las risas. Archie, los dos médicos y todos los demás lo estaban mirando; vio desagrado en sus ojos, un desagrado no disimulado. Sintió de nuevo un vacío en la cabeza.

—Me marchó —dijo, apartando los cristales rotos de una patada y dirigiéndose a la puerta.

—¿Renacido? —preguntó Richard—. ¿Se refiere a la reencarnación? Yo no creo en esto. Diga lo que diga, nunca me convencerá de que ese Winter nació como tres hombres diferentes en tres decenios diferentes, y siempre en la misma población.

—No renacido en este sentido —dijo Williams—. No me refiero a la reencarnación en el sentido estricto de la palabra; he empleado más bien una metáfora. Cuando nació su tío tatarabuelo, Gideon Winter brillaba por su ausencia. La winterización, y disculpe esta broma a expensas de su pariente, vino más tarde.

—Bueno, si se refiere a posesión, tampoco creo mucho en ella —dijo Richard.

—Y me parece muy bien —dijo el viejo—. Tampoco estoy yo muy seguro de esto. A menos que pueda poseerse toda una franja de costa. O pueda ésta poseer. Un hombre llamado Gideon Winter llegó aquí hace unos trescientos años, y ocurrieron varias cosas. Cosas malas. Malas económicamente y en todos los demás aspectos. Podríamos emplear la palabra mal, pero supongo que usted me diría que tampoco cree en el mal.

—Creo en el mal —dijo Richard.

Y Patsy les sorprendió al decir a media voz:

—Yo también.

—Muy bien —dijo Williams. Se echó atrás la gorra de béisbol—. Tal vez no fue el hombre, sino lo que le ocurrió aquí. Tal vez el lugar influyó sobre él. Es una teoría fantástica en la que he estado trabajando durante cincuenta años, más o menos.

—Quiere decir desde aquel hombre. Desde Bates Krell —dijo Patsy.

Williams la miró con aprecio.

—Bueno, sé algo de él —dijo Patsy—. Sólo que ignoraba su nombre hasta que oí que se lo decía a Tabby. Yo lo vi. Lo *vi*. —Enrojeció—. Hace mucho tiempo. Vi cómo mataba a una mujer.

Y enrojeció más vivamente cuando Graham Williams le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—Claro que lo vio, y no sabe cuánto me alegra oírsele decir.

—¿Por qué no hablamos de lo que dice aquí? —preguntó Patsy, tocando el grueso libro azul de la biblioteca—. Acerca de Winter.

—Está bien —dijo Williams—, si así lo desea. Pero ya sabe lo que es esto. Mrs. Bach no era un historiador profesional. Sólo reunía datos. No trató de sacar conclusiones. Su *Historia* es un libro de fuentes, y nada más.

—Bueno, a mí me pareció que no era concluyente —dijo Patsy.

Williams se levantó y se dirigió a una apartada estantería. Volvió con su ejemplar del libro.

—Desde luego, no es concluyente. —Dejó el libro sobre la mesita de café, se sentó, volvió a cogerlo y lo abrió sobre sus rodillas—. Dorothy Bach esperaba que otras personas sacasen las conclusiones; lo único que quería era reunir la mayor cantidad de datos posible. Y así lo hizo. —Hojeó las primeras páginas del grueso libro azul—. Y ya ve lo que pudo encontrar. Registros de tierras. Traslados de ganado. Nacimientos y defunciones, sacados del archivo parroquial de Clapboard

Hill. Por cierto que este nombre viene de la manera que tenían de llamar a los fieles a los oficios: haciendo repicar dos tablas. Echemos un vistazo a lo que dice del año 1645.

—Llegada de Gideon Winter —dijo Patsy—. Aquí está. «Un terrateniente llamado Gidyon o Gideon Winter, de Sussex, compró ocho acres y medio de tierra de la costa a los granjeros Williams y Smyth.» Y no dice más acerca de él en esta página, aunque más adelante dice que su nombre no apareció en el archivo de la parroquia.

—Dorothy Bach era ya vieja cuando yo empecé a interesarme en esto —dijo Williams—. Pero pensé que tenía un fuerte motivo para molestarla. Había estado rumiando acerca de Krell durante dos o tres años.

—Espere un momento —le pidió Richard—. ¿Qué es eso acerca de alguien llamado Krell? He oído varias veces este nombre y no sé nada de él. Usted dijo que mató a alguien, Patsy, ¿no? ¿Le vio hacerlo?

—En realidad, no lo vi —dijo Patsy—. Lo vi una vez en mi mente. Y supe que era algo ocurrido hace muchísimo tiempo. Fue en el río, y los nuevos edificios no estaban allí. Había muchas barcas de pesca. Vi que él estrangulaba a una mujer, o al menos la dejaba inconsciente, y después la envolvía en un hule y la arrojaba por la borda.

—¿Y sabe que era ese Krell?

—Lo sabe —dijo Williams—, y yo lo sé... en parte. Yo lo sé porque *ella* lo sabe de fijo. Pero lo que usted no sabe, Richard, es que yo maté a Bates Krell. Tuve que matarlo. Y al hacerlo, estropecé mi vida. Estropecé mi vida, aunque siempre estuve convencido de que él me habría matado si yo no me hubiese adelantado... Incluso quise entregarme a Joey Kletzka, nuestro jefe de Policía; pero no quiso escucharme, como si supiese más de esto que yo mismo... ¡Ay! Esto me está consumiendo. —Sonrió a Richard—. Puedo sentir las palpitaciones de mi corazón.

—Me parece que no entiendo nada —dijo Richard.

—Uno más. Lo mismo sentía yo cuando fui a ver a la vieja Dorothy Bach. Digo vieja, aunque debía de tener seis o siete años menos de los que yo tengo ahora. Entonces había renunciado ya a la Historia, y pasaba todo el tiempo en su jardín. Bueno, de vez en cuando daba conferencias a grupos de señoras, porque así había iniciado su investigación; pero cuando fue demasiado vieja para levantar el libro registro de la parroquia, se dedicó a sus azaleas. Vivía en la parte más alta de Mount Avenue, junto al límite de Hillhaven. Yo había estudiado la Historia de Hampstead lo suficiente para hacerle las preguntas adecuadas, y así, cuando me hizo pasar al salón (ya ven cuánto tiempo hace de esto, pues entonces la gente tenía aún salones), le di las gracias por acceder a recibirme, y fui directamente al grano. Le pregunté si sabía de Gideon Winter más de lo que había puesto en su libro.

Miró a Richard y después a Patsy. Tenía cara de águila, pensó Patsy, de águila vieja. Era la primera vez que se daba verdadera cuenta de la edad de Williams, y pensó que esto le chocaba tanto porque, en este momento, sus ojos parecían jóvenes.

Williams torció la boca.

—Pensó que la acusaba de tergiversar los hechos. Creo que estuvo a punto de echarme de su casa; Dorothy Bach estaba orgullosa de su libro de Historia, mucho



más orgullosa de lo que estuvo nunca de sus azaleas, «¿Me pregunta si oculté información sobre uno de los fundadores de Greenbank?», me preguntó. Le aseguré que sabía que era incapaz de hacer tal cosa, y que los historiadores presentes y futuros del lugar estarían siempre en deuda con ella. Quería oír estas cosas; pero, por otra parte, eran ciertas y se merecía oírlas. «Sólo le agradecería —le dije—, que fuese más explícita en su opinión de lo que pudo ser en el libro.» «Quiere que le dé mi opinión sobre Gideon Winter, Mr. Williams? ¿Quiere saber lo que pensé del *Dragón* mientras hacía mis investigaciones?»

## 7

—Sí, me gustaría saberlo —había dicho el joven Graham Williams a la anciana sentada en el sofá de brocado.

Su vestido hacía al menos diez años que había pasado de moda, con el cuello negro y alto que le llegaba debajo de la barbilla, y las mangas de volantes fruncidos. Su cara, al dejar la taza de té sobre la mesa, sin mirarla, estaba llena de arrugas y reflejaba inteligencia y reflexión. Había adelantado ligeramente los labios y la línea del superior parecía tan afilada como la hoja de una navaja.

—¿Qué le hace pensar que especulé acerca de él?

—El misterio que le envolvía —respondió Williams—. Salió de ninguna parte y pronto poseyó la mayor parte de los terrenos; siguió la catástrofe, y él se desvaneció. Usted no le menciona en su compilación de inscripciones de entierro; luego no fue enterrado. Al menos, no aquí. Creo que le habrá dado vueltas a esto en su cabeza más de una vez.

—Todo lo que ha dicho usted es equivocado, joven —dijo ella, sacando más el labio superior—. Vino del Condado de Sussex, Inglaterra. Debido a que los otros colonos se pusieron de acuerdo para no venderle tierras a partir de cierto punto (al menos ésta fue mi conclusión, puesto que el dinero les hubiese venido muy bien) nunca poseyó más de la mitad de la tierra de Greenbank. Y, ciertamente, fue enterrado en Greenbank, Pero no en el cementerio de la iglesia. Al *Dragón* lo enterraron en la playa.

—Gravesend Beach —dijo Williams, en voz baja.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora es usted quien especula. No, no allí. El nombre deriva, casi con toda seguridad, de la costumbre de enterrar a las víctimas anónimas de naufragios en la colina junto al Sound en este punto. Gideon Winter, y de nuevo he de decir que, estoy *casi* segura, fue enterrado en la larga lengua de tierra que penetra en el Sound a dos kilómetros al oeste de la playa pública. Durante un breve tiempo, la llamaron Point Winter. Desde 1760, ha sido llamada Kendall Point. Y allí fue, como tal vez sepa usted...

—Donde desembarcaron las tropas del general Tryon para incendiar Patchin y Greenbank.

Los labios de la mujer se relajaron.

—Ya veo que conoce usted un poco la historia local. ¿Sabe qué más ocurrió en Kendall Point?

Él sacudió la cabeza.

—Fue, durante un tiempo, el desastre más famoso del Estado de Connecticut. Y todavía lo sería si tuviésemos mejor memoria. Todos los feligreses de la Iglesia Congregacional de Greenbank asistieron a una fiesta en Kendall Point, en agosto de 1811. Era un lugar muy bonito y más aireado que los alrededores de la iglesia, y en el cálido mes de agosto, resultaba mucho más agradable. Podían llevar la comida y las mesas a la punta en carros, y sólo tenían que cargar con las mesas unos diez metros, desde el punto en que terminaba el camino de carros. Y una vez en la punta, podían ver el tráfico del Sound en ambas direcciones. Barcos veleros, quiero decir mercantes, y vapores e incluso embarcaciones de placer de Long Island y procedentes de New Haven..., ya que el Sound estaba aún más concurrido en aquellos tiempos. Por no hablar de las barcas de pesca.

Ella lo miraba fijamente con sus pálidos ojos, en los que brillaba una chanza oculta. Levantó de nuevo su taza de té, y Williams vio que tenía las uñas negras. Pestañeó con incredulidad: en 1929, las damas, en particular las ancianas y distinguidas historiadoras aficionadas que vivían en la Golden Mile, no llevaban sucias las uñas. Entonces el joven Graham Williams recordó las azulejas que crecían a un lado de la casa, y comprendió que Mrs. Bach cuidaba personalmente de su jardín. Pero, aun así..., ¿no hubiese tenido que limpiarse las uñas antes de recibir a un visitante? Miró de nuevo las uñas ennegrecidas, y ahora vio manchas de tierra en las manos, y sintió un poco de asco.

—¡Oh! Iban a pasarlo bien, magníficamente bien —dijo Mrs. Bach—. Mesas colmadas de cerdo asado y de salchichas de confección casera, pan con pasas, ensalada de patatas, morcillas de sangre, conservas... Todo figura en los documentos. Iba a ser un gran festín. El pastor, reverendo Greenough, tocaba el violín y, cuando hubiesen rezado las oraciones y se hubiesen marchado los pequeños a desfogar sus nerviosas energías, pensaba tocar algunos himnos para su rebaño. Después del copioso banquete, dedicarían una hora a una música más alegre. Gigas. Habría muchos hombres entre los feligreses que serían capaces de bailar la giga al son del violín o de un banjo. —Mrs. Bach cruzó las sucias manos—. Pero no hubo banquete, ni himnos, ni gigas. Sino que ocurrió aquello.

—¿Aquello? —dijo Williams—. ¿Alguna enfermedad?

—Puede llamarlo así... Un ataque febril, si le parece. Pero la fiebre atacó a Kendall Point. Cuando la gente se había sentado a ambos lados de las tres largas mesas, la tierra se abrió a sus pies. Grandes fisuras se abrieron en la parte de tierra adentro de la punta, y se prolongaron rápidamente hacia el mar. La primera mesa se hundió, y el reverendo Greenough hubiese tenido que verlo. Estaba de pie delante de las tres mesas, rezando una oración. Todos los feligreses miraban en su dirección. Al abrirse el suelo, engulló la mesa más próxima a tierra firme, sin que sus ocupantes tuviesen tiempo de gritar. No me diga usted que el reverendo Greenough no lo vio. Y si su reacción hubiese sido más rápida, habría podido salvarse y salvar a los demás.

»Pero el reverendo Greenough no hizo ni dijo nada. La grieta alcanzó la segunda mesa. Y ahora hubo mucho griterío. La tripulación de un barco mercante llamado *Pequot* vio cómo se hundía la segunda mesa, y oyó los gritos. El reverendo había salido de su trance y era el que gritaba más fuerte. Los marineros le oyeron invocar el nombre del Todopoderoso mientras se precipitaba hacia el mar. A ambos lados de él, hombres y mujeres corrían en todas direcciones..., pero, desgraciadamente, no pudieron ir muy lejos. Se abrieron pequeñas fisuras, partiendo de la grieta central, y se tragaron uno a uno a los ocupantes de la tercera mesa. Y la última se tragó al reverendo Greenough. Todos habían desaparecido cuando el bote atrató en la Punta.

Mrs. Bach asintió con la cabeza, casi con satisfacción, mirando a Williams.

—¿Quiere usted decir —preguntó éste— que fue como si la tierra los persiguiese, los cazase uno a uno? ¿Pudieron salir de las fisuras?

Pero sabía la respuesta.

—Los marineros subieron a la Punta —dijo Mrs. Bach—. Los gritos destrozaban sus oídos. El capitán del *Pequot* escribió en el cuaderno de bitácora: *Aquel día, los gritos de muerte en Kendall Point castigaron los oídos de mis hombres*. Pudieron ver la ancha grieta, empezando cerca de donde se hallaban los carros y subdividiéndose en Kendall Point como se subdividen las ramas que parten del tronco de un árbol, abriéndose en zigzag en la lengua de tierra. Y la gente estaba atrapada en aquel laberinto de fisuras. Las mesas estaban volcadas, la comida humeaba a su alrededor, y la gente pugnaba por liberarse, pero no podía.

—Los ojos de Mrs. Bach centelleaban—. Y los marineros no podían ayudarlos. ¿Sabe usted por qué, joven?

—Porque la tierra...

—Sí. Porque la tierra se estaba ya cerrando sobre ellos. Como una boca llena de comida. Uno de los marineros del *Pequot* perdió un brazo y murió desangrado por no haberse apartado a tiempo. Las piedras cortaron su carne y sus tendones y le arrancaron el brazo a la altura del hombro. Los demás lloraban y rezaban: podían ver las caras de los adultos, mirando hacia arriba horrorizados, y las cabezas de los niños. Fue como si la propia tierra se desgañitase pidiendo ayuda. Pues los chillidos continuaron después de cerrarse el suelo. Uno de los relatos que leí decía que los gritos subterráneos continuaron durante el resto del día, pero supongo que esto es una exageración. No creo que los gritos pudiesen durar tanto tiempo, ¿verdad?

—No, no lo creo.

—Treinta y seis adultos y catorce niños —dijo la anciana—. Esto es lo que ocurrió en Kendall Point.

—¿Qué año ha dicho que sucedió esto?

Por primera vez, la anciana lo miró con verdadero interés.

—1811.

—1811. Treinta o treinta y cinco años después del incendio de Patchin.

Ella asintió vigorosamente.

—Treinta y un años. Ha visto usted la trama, ¿eh?

—No se me había ocurrido considerarlo como una trama —dijo Graham—. Pero, desde luego, recuerdo a *Príncipe Green* y después, a las cuatro mujeres desaparecidas hace unos cinco años...

Trataba, deliberadamente de mantener serenas la cara y la voz, recordando a Bates Krell y lo que había saltado sobre él desde un claro al otro lado del río Nowhatan.

—*Desaparecidas* —bufó la anciana—. ¿No oyó usted hablar de Sarah Alien y de Thomas Moorman? Eran dos niños.

Williams sacudió la cabeza.

—Fueron desollados y asados en un hoyo del suelo, hijito. Lo hizo un Tayler medio loco; lo pillaron en uno de los campos de Jennings y lo ahorcaron en cuanto llegó el juez Barr. Los Tayler son propensos a esto de vez en cuando; me refiero a los ataques de locura. Y a juzgar por los relatos, algunos de ellos son también propensos a ir en otra dirección. Pero aquel pobre y chiflado Tayler mató a los dos niños en 1841. Exactamente treinta años después de la tragedia de Kendall Point.

—No dice nada de esto en su libro —protestó Williams.

—Menciono las inscripciones de defunción —dijo ella.

Él sonrió.

—Usted no quería especular.

—Correcto. Pero, ¿no ha venido usted a preguntarme sobre Gideon Winter, el hombre al que enterraron en secreto en la lengua de tierra a la que dio nombre? ¿No quería saber lo que pensé de él en el curso de mi investigación? —Ahora lo miraba con vehemencia—. Voy a decirle lo que pensé de él, joven. Pensé que habría llegado lejos en este país si un puñado de colonos ignorantes no se lo hubiesen impedido. Pero él se lo hizo pagar, vaya que sí, y por eso le llamaron *el Dragón*; era más listo y más fuerte que ellos, y gustaba a sus mujeres... Imagínese, joven Williams, que es usted la esposa de un patán que viste ropa confeccionada en casa y huele a cerdo y a sebo, y se le presenta un elegante caballero de Sussex, con trajes hechos a medida y rico como un rey, con una sonrisa brillante como el sol y con voz tan suave como el terciopelo. ¿Acaso no le deslumbraría?

Como esperaba respuesta, él contestó:

—Supongo que sí.

—Lo supone. Bien, piense ahora en esto. En 1650, casi todos los niños estaban muertos, pero, en 1651, hubo una nueva ola de embarazos, ya que el archivo parroquial registra muchos bautismos en 1652. Figura en él un niño llamado «Oscuridad» y una niña a la que pusieron el nombre de «Atardecer». A otra niña la llamaron «Pena». Creo que, si hubiesen podido, les habrían llamado a todos «Vergüenza». Recuerde que no hago más que especular; pero, ¿no cree que todos aquellos niños debían de parecerse un poco?

—Entonces, cree usted que ellos lo mataron.

—¿Y usted no? —preguntó ella—. ¿Y no cree que él mató a la primera generación de niños, o a todos los que pudo? —Ahora había erguido la cabeza y él pudo ver una raya gris de suciedad en un lado de su cuello—. Recuerde que los

niños constituían un factor económico de primera clase en aquellos tiempos; entonces no eran tan sentimentales como nosotros.

—Me parece que veo lo que siente por él —dijo Williams.

—¡Oh! A todas las mujeres les gustan los dragones, Mr. Williams. Estoy segura de que las cuatro que desaparecieron hace cinco años encontraron un dragón a quien amar.

Entonces comprendió Graham que ella estaba chiflada; sólo tenía que hacerle una pregunta más.

—Algo debió de ocurrir en 1870, ¿no? O muy pocos años después.

—En efecto; claro que ocurrió algo, tonto. ¿No le he dicho que era una trama? ¡Consulte mi libro! Todos los datos están en él.

Y, por un instante, Graham Williams fue como Royce Griffen en el patio de una espléndida morada de Mount Avenue, sesenta años más tarde: pensó que había captado un olor maligno cuando Mrs. Bach se inclinó hacia delante y derramó su té sobre la mesa, mojando el ejemplar desplegado de la *Hampstead Gazette*; pensó que veía algo deslizándose por las paredes..., pero no era más que los dibujos enroscados del papel. Sacó el pañuelo del bolsillo y la ayudó a secar el té.

## 8

—En todo caso, yo tenía razón en un par de cosas —dijo Graham a Richard y a Patsy—. Dorothy Bach estaba loca, desde luego. Se había enamorado del personaje que se imaginaba ver en el pasado, y por esto ocultaba los hechos más significativos de su comportamiento. No suprimía nada; sólo lo ocultaba... detrás de su objetividad.

Patsy hojeó la *Historia de Patchin*. De pronto, se sintió cansada. Pensó en lo que acababa de relatar Mr. Williams, en los marineros mirando horrorizados las caras de los caídos en la trampa de la tierra...

La *Historia de Patchin* tembló en su mano. Graham Williams siguió diciendo:

—Lo único que se le escapó fue que Winter no asistía nunca a los oficios religiosos de Clapboard Hill. Imagínense el efecto que esto le debía producir a los demás, que habrían sido capaces de cruzar el Sound a nado para no faltar a ellos.

Richard Allbee tamborileaba con los dedos sobre sus rodillas y parecía desconcertado, y el libro de aquella vieja loca a la que Graham había conocido en 1929 temblaba en la mano de Patsy como un gorrión atrapado. Un segundo después, tembló aún con más violencia.

Patsy dejó caer el libro sobre la mesa del café, con un grito ahogado. La cubierta azul se abrió y golpeó la madera.

Gary Starbuck dijo:

—Quiero decir que pensaba que Cayo Hueso era un mal sitio, aunque esperaba que hubiese allí algo raro. El lugar está lleno de drogadictos y de maricas, tipos que sólo piensan en la droga y en el sexo, y consideré que la situación sería aquí mejor. Pero, si he de ser sincero, creo que la gente es aún más disoluta aquí que en Cayo Hueso. Y no sólo porque son más ricos, sino porque tienen trastornada la cabeza. Actúan como si las verdaderas normas de la vida no les fuesen aplicables.

Los Norman escuchaban con rígida atención, tomando todo esto por el Evangelio, y Tabby se acordó de Cayo Hueso y del flaco Poche, sentado en la taza del retrete y con una aguja colgando de la cara interna del codo. En aquel momento, Poche llevaba un vestido escotado de color naranja y zapatos de tacón alto. Poche le había mirado con expresión soñadora, mostrando apenas las pupilas entre los párpados maquillados, y le había dicho: «Hermosos ojos. Hermosos ojos.» Que era su manera de decir «Ahora estoy bien, hombre, ahora estoy tan meloso como un mono subido a un árbol». Las normas verdaderas de la vida se habían aplicado a Poche, sí. Dos meses después de que Sherri lo apartase de la vida de Clark, Poche había sido encontrado muerto en la cárcel del sheriff. El médico certificó que había muerto por causas naturales (pasando por alto contusiones y varios huesos rotos) y Tabby se había preguntado si Poche llevaba su vestido de color naranja al morir.

—¡Eh! ¿Qué diablos es eso?

A Tabby le palpitó el corazón. Se imaginó un coche de la Policía tocando la sirena, encendiendo los faros, cruzándose en su camino... Dicky debía de estar también nervioso, porque gritó: «¿Qué? ¿Qué?» Starbuck apretó violentamente el volante, y Tabby y Dicky salieron despedidos hacia un lado de la parte de atrás del vehículo. Tabby se agarró al respaldo del asiento de Bruce y se inclinó hacia delante para poder mirar por la ventanilla. No había ningún coche de la Policía que los obligase a detenerse junto a la cuneta. No vio nada; sólo la negra calzada, barrida por la luz de los faros de la camioneta, y un espeso seto a uno de los lados.

—¡Maldita sea! —exclamó Starbuck, torciendo el volante a la izquierda y pasando al otro lado de la calzada.

Bruce se reía.

—Cierra el pico —le ordenó Starbuck.

Mientras hablaba, algo chocó contra la camioneta.

—Nunca vi nada parecido —dijo Bruce, mientras Starbuck frenaba, ponía la marcha en punto muerto y se apeaba del vehículo—. Palabra.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron a un tiempo Dicky y Tabby. —Un perro, un maldito perro —dijo Bruce—. Saltó por encima del seto y corrió directo hacia nosotros. Él trató de esquivarlo, pero...

Bruce se interrumpió al oír que Starbuck gritaba ¡Jesús! desde el lado de la camioneta.

La cara de Starbuck apareció delante de la ventanilla. Una vena gruesa se destacaba en su frente; sus ojos profundos eran ahora tan planos y duros como dos

piedras negras. Abrió la portezuela y se lanzó sobre el asiento. Después agarró el volante y estiró los brazos. Parecía como si la parte superior de su cráneo fuese a deshacerse en volutas de humo.

—¿Habéis visto eso —preguntó, a nadie en particular—. ¡Es increíble! ¡Ese maldito chucho se ha suicidado! ¡Se echó deliberadamente contra el coche! —Se balanceó hacia delante y hacia atrás, con los brazos rígidos—. Y el hijo de puta me ha abollado el parachoques, ¡maldito sea su pellejo! —Bruce contenía a duras penas una carcajada, y Starbuck le clavó en el asiento con una furiosa mirada—. Vosotros dos apestaís como animales, ¿lo sabíais? Habéis estado perfumando mi camioneta desde que subisteis. Esa peste es capaz de hacer vomitar al más pintado, palabra.

Sin dejar de gruñir, Starbuck metió la marcha y rodó por Greenbank Avenue. De vez en cuando, meneaba la cabeza y murmuraba algo ininteligible.

Casi inmediatamente después de cruzar la carretera de acceso a Gravesend Beach, Starbuck dobló furiosamente el volante y metió la camioneta en un camino asfaltado entre dos columnas. En la parte de atrás, Tabby y Dicky rodaron por el suelo. Starbuck enderezó de nuevo el volante y metió el vehículo en un lugar oscuro, junto a una alta pared de vegetación. Apagó las luces y, por un instante, permanecieron sentados en la oscuridad. Tabby percibió el acre olor del aliento de Dicky Norman. Después, Starbuck encendió una linterna de bolsillo y la sostuvo sobre el pecho, de modo que su cara quedó sombreada pero visible.

—Tú, chico. Espero que sabrás conducir esta maldita camioneta.

Todavía estaba furioso, y Tabby tuvo la cordura suficiente para exagerar la verdad.

—Supongo que sí —dijo.

—Bien. No olvides que debes emplear la radio si ves llegar a alguien. O si ves que se enciende alguna luz. Si viene un policía y ve la camioneta, échate en el suelo y avísanos. Cuando yo te llame, condúcela hasta la entrada, para que podamos cargar el material. ¿Entendido?

Tabby asintió con la cabeza.

Starbuck meneó la suya.

—Tendría que hacerme examinar los sesos.

Tabby observó cómo guiaba Starbuck a los gemelos en dirección a la casa blanca. Una luz que brotaba de debajo del alero empequeñeció sus cuerpos proyectando largas sombras detrás de ellos. Estaban a quince metros de la camioneta, y todavía les faltaba un buen trecho. «¡La radio!» recordó de pronto Tabby. La buscó a tientas en el oscuro suelo del vehículo, la encontró metida entre un neumático. Entonces vio un rayo de luz fuera de las ventanas y se le cortó la respiración. Pero había sido el cielo, no la Policía.

La voz confusa de Dicky sonó en la radio.

—Cierra el pico —dijo claramente Starbuck.

El cielo brilló de nuevo: era como si las venas y las arterias de un cuerpo se iluminasen súbitamente.

Starbuck estaba arrodillado delante de la puerta principal. Un momento después, se oscureció de nuevo el cielo, iluminado solamente por una luna vacilante.

Starbuck llevaba un maletín parecido al de los médicos, y sacó de él un objeto que a Tabby le pareció una bomba de bicicleta un poco más gruesa. Salió una varilla del objeto tubular. Cuando Starbuck lo puso en funcionamiento, un agudo silbido electrónico brotó de la radio de Tabby, Y al insertar Starbuck la varilla en la cerradura, el silbido cambió de tono, se hizo más fuerte y más intenso.

En menos de un minuto, Starbuck sacó de la puerta todo el mecanismo interior de la cerradura.

—Ya está —dijo su voz en la radio—. Y ahora, estúpidos, no quiero que hagáis el menor ruido cuando estemos dentro. Escuchad solamente lo que yo os diga.

Starbuck se puso en pie y guardó sin ruido la máquina en su maletín. Asió el tirador de la puerta, y ésta se abrió. Hizo entrar a los gemelos y cerró la puerta detrás de ellos.

Tabby pensó en el perro que se había echado deliberadamente contra la camioneta: se sentía aturullado, con la cabeza vacía.

—Cocina —murmuró la voz de Starbuck en la radio.

Entonces se dio cuenta Tabby de que estaba solo en la camioneta. Starbuck y los Norman estaban ya dentro de la casa: no se acordaban de él. Podía abrir la portezuela. ¡Podía saltar de la furgoneta y marcharse a casa! Ellos no se enterarían hasta que hubiesen terminado su trabajo!

Tocó la manija con dedos vacilantes. Oyó en la radio ruidos de cajones que se abrían. «¡Caray!», oyó que murmuraba Starbuck. El ladrón parecía más contento de lo que había estado toda la noche. «Si pienso que has dicho algo de esto a la Policía, volveré y te mataré.» ¿Y qué pensaría Starbuck, que había pronunciado estas palabras, si al volver encontraba la camioneta vacía? «Soy un hombre de negocios, y pienso seguir siéndolo.» Tabby apartó los dedos de la manija. Le dolía el corazón. Estiró el cuello y miró fijamente la enorme casa blanca.

## 10

Les McCloud estaba sentado en su coche, mirando la fachada del «Club de Campo»: se parecía mucho a la estructura que Tabby estudiaría ansiosamente a través de la ventanilla de una camioneta cuatro horas más tarde. Les quería otra copa; sobre todo, quería olvidar lo que había creído ver sentado en el apartado del fondo del bar. Le temblaban las manos. Visto desde el exterior, el «Club de Campo» de Sawtell no daba señales de que, detrás de aquellos grandes ventanales, podía estar sentado un ser horrible, un hombre muerto y con los omóplatos despellejados, como en una lección de anatomía.

Pero esto era una locura. Todo era una locura. Le había hechizado la voz de aquel chiquillo en la espesura..., la impresión de que todo andaba pura y simplemente *mal*. Tragó saliva. Hizo girar la llave de contacto y puso en marcha la radio «Sony» que había sido el último regalo de cumpleaños que se había hecho.

Necesitaba otra copa. ¿Adonde podía ir?



El locutor dijo: «Esto fue una petición, amigos. Johnnie Ray cantando *La nubécula blanca que lloraba*. Tienen que confesar ustedes...»

Johnnie Ray. *Johnnie Ray*.

«...que ha puesto mucha emoción en este número. Volvamos ahora a nuestro material acostumbrado y...»

Era la voz de la espesura. No el cantante Johnnie Ray, sino un chiquillo que había aparecido en la escuela media el primer día del curso de 1951, un chico menudo, de cabellos rubios lisos y sin vida, y dientes salientes. Toda su ropa era inadecuada. Todos los chicos del séptimo grado llevaban aquel año pantalones de algodón, camisa a cuadros y corbata «Oxford» de color castaño que parecía más propia de un Lord británico con *knickerbockers*. Cuando el muchacho llamado Johnnie Ray se presentó en la clase de Miss Larson, llevaba camiseta, botas y unos vaqueros azules tan nuevos que apenas tenían arrugas. Entonces oyeron su nombre.

«...y ahora oigan a Miss Ella Fitzgerald con Tommy Flanagan y su trío. *Cuan alta está la Luna*.»

El pobre chico no supo qué le había golpeado. De pronto, toda la clase se había reído de él, se había reído de esa manera particular que quería decir que toda la clase, los treinta y uno que la constituían, habían encontrado su víctima expiatoria.

Les sacudió la cabeza, sacó el coche haciendo marcha atrás, y lo dirigió al largo paseo y a Sawtell Road. La voz de Johnnie Ray. Incluso después de convencer a sus padres de que necesitaba otra clase de ropa —ellos eran de Texas, y Hampstead era la primera población nortea en que vivían— y de hacer que lo llevaran a «Sprigg & Son», donde podían encontrarse pantalones y zapatos adecuados, nada pudo hacer por cambiar su voz.

Giró instintivamente hacia Sawtell Road. Ella Fitzgerald cantaba locamente sin silabear, siguiendo un ritmo desentrenado, pero él casi no la oía. Un coche con el que estuvo a punto de chocar tocó furiosamente el claxon, y Les agitó distraídamente una mano, con poco entusiasmo.

La voz tejana de Johnnie Ray. Un poco ronca, mucho más lenta que la voz de Hampstead, arrastrando las sílabas. *No estoy perdido, sino eestoy pper-dii-do*. La voz de aquel extraño chiquillo de Texas de nombre tan cómico. Pero el chiquillo patético de Texas se había ahogado el verano antes de pasar al octavo grado. Había salido de la escuela de navegación en una barca de vela —trataba patéticamente de aprender a navegar— y la barca había vuelto sin él: volcada, con el mástil brillando debajo del agua y arrastrando la vela como un sudario. Agosto de 1952. La Policía de Hampstead y la guardia costera habían rastreado en busca del cuerpo de Johnnie Ray, y sólo habían sacado tocones, tapacubos y un bote podrido que había yacido un año y medio en el fondo del mar. Dos semanas después, el cuerpo del chico había sido arrojado a la playa del «Club de Campo» de Sawtell por la marea, hinchado y sin pelos, sin nariz y sin dedos, salvo dos de los pies. Los peces se habían dado un buen banquete con Johnnie Ray.

Pero su voz había hablado a Les desde los matorrales.

Les detuvo el «Mazda» con un chirrido de ruedas al ver el semáforo en rojo de la esquina de Greenbank Road, pero entró un par de metros en el cruce antes de pararse. Ni siquiera pensó en hacer marcha atrás.

Aquel agosto de 1952 había sido un mal mes para el «Club de Campo» de Sawtell. Cuatro días después de que el embajador de México en las Naciones Unidas, invitado del club mientras visitaba a unos amigos de Hampstead, encontrase el cuerpo casi inidentificable de Johnnie Ray en la playa, a las siete de la mañana, el respetable abogado John Sayre escogió el mismo metro cuadrado de playa como lugar de su suicidio.

Cambió la luz del semáforo, y Les giró hacia Greenbank Road, decidiendo inconscientemente ir a «Franco's».

Conducía velozmente en el tramo final de Greenbank Road, antes de cruzar esta el alto puente de hierro sobre el Nowhatan y de terminar en Riverfront Avenue. El perro que salió de un portal, un can blanco y negro de cola poblada y sonrisa casi infantil, no llamó la atención de Les McCloud hasta que estuvo casi junto a la ventanilla. Les percibió solamente un destello de color, de algo que se movía rápidamente a su lado, y volvió la cabeza para verlo. El perro sonrió y saltó hacia delante. Les pisó con fuerza el freno. Los neumáticos chirriaron y la parte de atrás del «Mazda» se desvió hacia fuera, pero no antes de que Les sintiese que las ruedas traseras rodaban sobre algo que ofrecía poca resistencia. «¡Mierda!», chilló. Detuvo el coche junto a la cuneta. Sintió como si dos fuerzas contrarias y reales hubiesen chocado violentamente: como si hubiese visto la cara de Johnny Ray en el perro sonriente. Con un estremecimiento, se apeó del coche.

El perro aplastado yacía en medio de la calzada. La sangre fluía despacio hacia la alcantarilla. Les se alegró de que el perro estuviese de espaldas a él: no quería ver la fantástica sonrisa del animal muerto. Se preguntó qué diablos tenía que, hacer ahora; se metió las manos en los bolsillos y miró tontamente a su alrededor.

Un hombre alto, con deslucidos pantalones vaqueros y camisa azul abrochada, avanzaba en su dirección sobre el césped de un jardín. Lo seguían un muchacho con su misma cara en tamaño reducido, y una mujer con ropas blancas de tenis.

—Supongo que era su perro —dijo Les, al llegar el hombre a la acera.

Al acercarse éste. Les se sintió aliviado: era un hombre como él. Su cara, aunque joven, parecía pulida por el ejercicio del poder; sus cabellos hubieran sido tan almidonados como su camisa. Era como si llevase un rótulo prendido en el pecho: HARVARD MBA, SEIS CIFRAS AL AÑO, FUTURO PERSONAJE.

—Supone usted bien —dijo el hombre, y siguió avanzando hasta plantarse a un palmo de Les—. Y yo supongo que usted es el loco que lo ha matado.

—Espere un momento —dijo Les. La cosa no andaba bien—. Usted no sabe lo que ha pasado. —El hombre frunció el entrecejo—. Permita que le explique.

—Claro que sé lo que ha pasado —dijo el hombre—. Estábamos cenando en el comedor, y desde allí se ve perfectamente la calle. Usted llegó a una velocidad de treinta y cinco kilómetros más de lo autorizado y mató a mi perro. Considero una suerte que no haya sido uno de mis *hijos* el que estuviera aquí.

El niño que estaba junto al hombre abrió la boca y chilló:

—¡Ha matado a *Tapioca*!

—Estoy seguro de que podremos arreglarlo —dijo Les—. Si dijese a sus hijos que nos dejaran solos un momento, podríamos discutir...

—¿Discutir? ¿Piensa que hay algo que discutir? —dijo el hombre, alzando la voz—. Yo lo *vi*. Usted llegó zumbando como si estuviese en un desierto.

—¡El perro vino directamente hacia mí! Y cuando le vi, saltó sobre mi coche.

—Saltó sobre su coche —dijo el hombre—. Querrá decir que se metió debajo de las ruedas.

—Exacto. Saltó hacia mí.

—Es usted un embustero. O está loco. Sea como fuere, tendremos que ir a la Policía.

—Escuche —dijo Les—. Su perro se me echó encima.

—Porque corría usted demasiado.

—¡HA MATADO A *Tapioca*! —chilló de pronto el chico.

Mientras Les y su padre discutían, se había apartado a un lado —esperando, sin duda, que su padre le atizase a aquel tipo— y ahora se lanzó de pronto contra Les y le golpeó con fuerza los riñones.

—¡HA ASESINADO A MI PERRO! —le gritó a la cara.

—¡MALDITA SEA! —estalló Les. Se apartó del chico para no pegarle—. Escuche —gritó al hombre de camisa azul y *jeans* elegantemente descoloridos—. Soy vicepresidente de una corporación. ¡No tengo por qué seguir aguantando impertinencias!

Sacó el dinero del bolsillo. Lamentablemente, no era mucho. Tenía un billete de diez dólares y dos de veinte.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el hombre.

Les desprendió los dos billetes de a veinte del clip.

Tendió los cuarenta dólares, y cuando el hombre miró el dinero, dejó caer los billetes y Les y el hombre los vieron rodar sobre la hierba de la orilla.

—No le creo —dijo el hombre—. Olvídese de que el perro valía cuatro veces eso. Sencillamente, no le creo. Apártate de él, Van —dijo al chico, que se disponía a atacar de nuevo sobre los riñones de Les.

—Puede demandarme —dijo Les.

La ira se había evaporado de la parte delantera de su cerebro; por primera vez en su vida, tenía la impresión de que su cerebro se componía de capas y segmentos. La parte delantera superior flotaba en una calma cristalina; la ira seguía ardiendo, pero debajo de aquella paz flotante y helada. Echó a andar hacia su coche.

Abrió la portezuela, subió y arrancó en dirección al puente. Cuando miró por el espejo retrovisor, vio al hombre y a su hijo plantados en medio de la calzada, mirándolo fijamente. El chico le amenazaba con el puño.

Esto le animó tanto que llegó a la mitad de Riverfront Avenue, y estaba a punto de dirigirse al aparcamiento del «Piggy Bindle's All-Beef Restaurant» antes de recordar que debía girar a la izquierda.

Cuando encontró un sitio donde aparcar en «Station Row» y se arrimó al bordillo, toda la parte superior de su cráneo estaba como congelada por alguna especie de tranquilizante. Allá arriba, los pensamientos flotaban en un reino helado al que Les podría retirarse siempre que quisiera.

Debajo de este helado paraíso, seguía ardiendo la ira. Si Patsy hubiese sido una mujer normal, nunca habría oído él aquella voz patética entre los matorrales. El ruido y los olores de ciento cincuenta personas apretujadas en el pequeño bar y freiduría le acometieron en el instante en que abrió la puerta. Era poco antes del anochecer de un sábado de verano, y «Franco's» era el lugar más concurrido de Hampstead.

Nada más entrar, el alto petimetre de acicalados cabellos y camiseta de rugby se echó atrás y a punto estuvo de aplastar un pie de Les con sus «Dingos»; pero Les apoyó las manos en las caderas del petimetre, y los *jeans* que las cubrían, y le apartó a un lado. El pollo giró en redondo, echando chispas por los ojos y derramando cerveza sobre los «Dingos»; pero, al ver la cara de Les, se limitó a asentir con la cabeza. Les se abrió paso hasta la barra.

Flotaba en el reino frío e indiferente de su bóveda craneana y se apoderó del único taburete vacío antes de que algún tipo como Bobo Farnsworth se adueñase de él.

—Un «Glenlivet» doble —gritó en dirección al cespío y bigotudo camarero, y cuando éste giró la cabeza, volvió a gritar—: ¡Un «Glenlivet» doble!

—Se lo traeré —dijo el camarero—. Pero no hace falta que grite.

—Escuche —dijo Les al camarero, cuando éste le sirvió su copa—, ¿es usted amante de los animales? A ver qué le parece esto. Cuando venía hacia acá, un perro se me echó encima. ¿Comprende? Se echó encima de mi coche. Ni siquiera lo vi hasta que lo tuve delante. Traté de esquivarlo, pero no me dio tiempo. El hijo de puta se suicidó.

—Ya sé —dijo el camarero, dándose la vuelta.

—¿Lo sabe? ¿Qué es lo que sabe? Yo nunca había visto cosa igual.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los lemmings?

La pregunta procedía de un tipejo de raro aspecto sentado cerca de él frente a la barra. Indudablemente, no era de la especie de Bobo. Llevaba gafas gruesas y sucias; sus finos cabellos parecían crespos más que rizados. Profundas arrugas surcaban su estrecha frente.

—Estaba sentado aquí pensando en ellos —siguió diciendo—. Por algo que me ha ocurrido hoy..., muy parecido a lo que usted ha dicho. —El tipejo sonrió, como para congraciarse, y Les se encogió de hombros. Estaba ahora tan metido en su iglú que ni siquiera un tipo como aquél podía inquietarlo—. Teníamos una gata —dijo el hombre—. La llamábamos *McIntosh*. Era persa, ¿sabe? Con larga y hermosa pelambre sedosa. Hacía diez años que la teníamos, desde antes de que nos trasladásemos aquí. Yo quería mucho a la caprichosa gata. Bueno, hoy mi esposa estaba mirando por una de las ventanas del tercer piso, y vio a *McIntosh* corriendo sobre el césped. Pensó que la vieja picara iba a cazar un pájaro; era vieja, pero aún ágil cuando quería. *McIntosh* solía cazar un par de pájaros a la semana, y dejaba los cuerpos ensangrentados en la entrada, para que los viésemos al salir a buscar el periódico.

El tipejo tragó saliva.

—Pero aquella hija de..., aquel maldito animal no iba detrás de ningún pájaro, sino que corría hacia la piscina de los niños. Mi esposa vio que *McIntosh* corría directamente a la piscina y se zambullía en ella, ¡se zambullía en ella! ¡Un gato! *McIntosh* saltó sobre el borde de la piscina y cayó al agua con un chasquido. Mi esposa se quedó un momento parada, ¿sabe? No podía dar crédito a sus ojos. Esperaba que *McIntosh* tratase de salir de la piscina. Pero la gata ni siquiera lo intentó. No volvió a sacar la cabeza del agua. Se diría que lo hizo deliberadamente. —Pestañeó detrás de las sucias gafas—. Por esto estaba yo sentado aquí pensando en los lemingos.

Les se esforzó en mirar francamente al hombre que le había contado esta historia. Vio que aquel hombre quería decirle algo, seguir hablando del perro suicida, unirse a él en un compañerismo de seres sensibles, hablar de lo que podía inducir a un animal a suicidarse. Vio que, al nivel más primitivo, el hombre de los ralos y crespos cabellos y de las sucias gafas quería consuelo: tal vez el consuelo del alcohol y de la filosofía de bar, pero, sobre todo, el consuelo de la emoción comunicada y compartida. Les se inclinó hacia delante, sonrió y dijo:

—¡Vayase a hacer puñetas!

El tipejo se echó atrás. Giró rápidamente sobre su taburete y bajó su rostro enrojecido sobre la copa.

Les se sintió infinitamente mejor: su cara permaneció impassible, pero, en la cima de su mente, una sonrisa se abrió paso en el helado paraíso. Allí arriba, casi hacía calor.

Miró su reloj y se sorprendió agradablemente. Eran las nueve y media de la noche.

—Otro «Glenlivet» —gritó al hombre del bar.

Éste depositó delante de él el vaso lleno de cubitos de hielo y del oscuro y aromático líquido. Les lo cogió y tomó un sorbo del whisky de malta. Sin embargo, mientras apreciaba su suavidad aterciopelada, un pensamiento incómodo penetró en sus defensas. ¿Cómo podía un hombre como él alegrarse por decirle a un patán que se fuese a hacer puñetas?

¿Y qué estaba haciendo un hombre como él en un bar a las nueve y media de la noche, mientras su mujer estaba sola en casa?

Podía responder a esto.

—Que se vaya también a hacer puñetas —murmuró para sí, y se tragó la mitad de su segundo «Glenlivet».

Pero, ahora, parte del whisky y de la ginebra que le había precedido pugnaba por salir, y Les bajó del taburete, se apartó del bar y caminó por el pasillo, pasando por delante del teléfono, donde una rubia hablaba y se besuqueaba al mismo tiempo con un tipo muy robusto. «Sé que la cazuela está en el horno», oyó que decía ella. La cazuela en el horno y las manos de su amiguito haciendo de las suyas.

Se encaramó de nuevo a la fría región de la paz, porque su mente acababa de darle una imagen del ridículamente llamado Johnnie Ray, con la piel azul e hinchada como la de una salchicha, algas prendidas en los cabellos, rayas oscuras de arena

mojada surcando el inflado pecho, sentado en el último apartado del salón del «Club de Campo».

La entrada del lavabo de caballeros estaba pocos palmos más allá del teléfono, en el pasillo. Uno de los tipos de Bobo estaba plantado delante del único urinario, y Les pasó por detrás de él y empujó la puerta del retrete. Estaba cerrada. Se metió las manos en los bolsillos y miró el suelo, que estaba lleno de orines. Las pequeñas baldosas blancas conservaban todavía huellas fangosas de la bayeta de la mañana, pero otras huellas sucias de suelas de zapato se habían superpuesto a ellas. El hombre del urinario suspiró y arqueó la espalda. Todavía goteando, asió un vaso de cerveza que había dejado en la repisa y bebió. Les le observó malhumorado. Apenas se atrevía a respirar. El aire parecía una niebla de orines y antisépticos.

—Ahora le toca a usted —dijo el joven del urinario, subiéndose la cremallera del pantalón y dirigiéndose al lavabo.

Les gruñó. Se desabrochó, aliviado, y orinó.

La persona que estaba en el retrete hizo chocar algo contra la pared de metal. No algo metálico; no la hebilla del cinturón, como de momento había pensado Les. Algo más blando. Como si aquella persona hubiese golpeado con la mano la pared del recinto.

Entonces la mano golpeó de nuevo el lado del compartimiento. Les miró inquieto de reojo.

—Auxilio —dijo el que estaba allí.

Ambos lados del compartimiento retumbaron, como si aquella persona los golpease ciegamente con los puños.

—Me he perdido —dijo la voz.

Era la del pequeño Johnnie Ray.

A Les se le cortó la respiración.

—Tengo miedo —dijo la voz—. *Tengo miedo.*

Ahora oyó Les que unas uñas rascaban la puerta del compartimiento.

Sabía que, si miraba hacia abajo y a un lado, vería una pequeña abertura debajo del costado del diminuto recinto. En los últimos segundos, había cesado el chorro de orina y se le había encogido el pene. Si miraba por aquella abertura, vería unos zapatitos deportivos gastados, el borde de unos *jeans*... Les se guardó el pene y se abrochó el pantalón.

—Auxilio —murmuró la vocecilla tejana.

Las uñas rascaron la cara interior de la puerta.

Les se atrevió a mirar el espacio entre la pared del recinto del retrete y el suelo encharcado de orines.

Una mano sin dedos, sujeta a una delgada y huesuda muñeca, tanteaba el costado más próximo a Les del recinto gris. El muñón de aquella mano y la muñeca huesuda estaban cubiertos de barro negro.

Más adentro, Les vio dos cosas amorfas que debían ser unos pies.

El estómago de Les se movió hacia arriba, empequeñeciéndose a medida que subía; de modo que cuando llegó a su garganta tenía el tamaño de una pelota de golf.

Ahora percibió el espantoso hedor del retrete, un hedor tan fuerte que era como un ruido, como un estampido.

Aquella cosa tiznada de barro cayó al suelo.

Les retrocedió hacia la puerta, temeroso de volver la cara. Cuando sintió el tirador de aluminio contra el músculo contiguo a la espina dorsal, giró en redondo y abrió la puerta. Saltó fuera y la cerró de golpe.

Su estómago seguía concentrado en su garganta. Le pareció oír unos golpecitos al otro lado de la puerta, el ruido de algo blando y húmedo chocando con una superficie dura. Le zumbaban los oídos. Pasó por delante de la barra, entre la multitud agolpada, y se dirigió tambaleándose a la puerta. Su segundo «Glenlivet» estaba junto a un billete de diez dólares sobre el mostrador, pero ni siquiera lo advirtió.

## 11

Graham Williams estaba inclinado hacia delante, apoyándose en un codo, y decía:

—Naturalmente, tenía que descubrir lo que había pasado en 1873. Y pueden creerme si les digo que no era tarea fácil. Dorothy Bach, que tenía una idea fija sobre lo que pensaba saber del *Dragón*, no iba a decirme nada más. Y ninguna otra persona...

Las páginas del grueso libro azul pasaban una tras otra con tanta rapidez que parecían transparentes. Patsy se sintió invadida por una sensación extraña, pero que, por alguna razón, le resultaba familiar: como el olor de un perfume o un agua de colonia determinados evocan el sentimiento de un recuerdo sin revelar lo que sea tal recuerdo.

Las páginas volaban.

—No —dijo Patsy, y esta vez los dos hombres la miraron.

Richard Allbee parecía simplemente curioso; como si pensara que ella padecía jaqueca y se preguntara si Williams tendría aspirinas en su botiquín. En cambio, el viejo parecía más que cortésmente preocupado. Había abierto la boca y la miraba fijamente. Ninguno de los dos había reparado en el libro.

Ella volvió a mirar el libro, y vio que las páginas habían dejado de moverse.

—Esto... —empezó a decir a Graham Williams, que parecía taladrarla con la mirada. Williams asintió con la cabeza—. Se movía —dijo, advirtiendo por primera vez que poseía los ojos delicadamente azules. El ojo derecho tenía una sola manchita dorada cerca del iris—. Se movía. En mi mano.

Y entonces, los ojos que la invitaban amablemente a proseguir, a decir más cosas, para saber lo que pasaba, no fueron ya los del viejo... Eran los de Marilyn Foreman.

Aquella sensación extraña, pero familiar, era de todos aquellos años pasados; era la sensación-Marilyn. «Por esto la vi en la calle —pensó Patsy—. Ellos querían

llevarse mi voluntad y hacerme ver cosas de nuevo.» No sabía quiénes eran *ellos*; eran una alianza de grandes fuerzas universales.

Una página del libro se volvió delante de Patsy.

—Lo he visto —dijo Richard—. Era verdad.

Parecía pasmado.

Patsy se sentía como antes de tener la visión de Bates Krell asesinando a la mujer del vestido de seda: se acercaba algo terrible, algo terrible que la afectaba a ella, pero no podía detenerlo...

Algo se movía dentro del libro abierto. Había remolinos negros en las páginas blancas. Líneas negras, líneas donde las páginas estaban a punto de inflamarse. Un humo grisáceo se enroscaba sobre ellas. Y una cosa verde y afilada brotó de la superficie de la página.

Aquella espiga verde siguió elevándose. Un ojo negro de medio palmo de anchura salió tras ella y se fijó inmediatamente en los ojos de Patsy. El ojo parecía silbar con malignidad.

—¿Qué pasa? —oyó Patsy que decía Richard.

Y se dio cuenta de que él no podía ver la cabeza del dragón emergiendo de las páginas del libro.

El ojo del dragón parecía ser de piedra negra, con un dibujo verde, ondulado e iridiscente, grabado en él. Al asomar las fauces en el libro, el ojo la miró con más fiereza.

Entonces acabó de salir el arrugado morro, y el dragón sacudió vivamente la cabeza, ávidamente, en dirección a Patsy. Se abrió la enorme boca y se dilató la pupila maligna.

—¿Patsy? —oyó que decía Richard—. ¿Te encuentras bien?

«Tú eres bueno», pensó ella, a un nivel demasiado profundo para un proceso racional ordinario.

Allí estaba la cabeza de un dragón; era increíble, pero estaba allí. Las duras púas verdes de la cabeza tenían una costra de piel negra y escamosa. Los ojos negros estaban encajados en círculos de hueso. Era una cabeza de reptil viejo y vigoroso. Escamas de un negro verdoso se desprendían de los ojos y caían a lo largo del morro. La fiera boca pendía como una puerta de uno de sus goznes. Patsy sentía que sus entrañas se habían convertido en polvo blanco, en algo indeciblemente insustancial e ingrávido.

Sobresaltada, se dio cuenta de que podía ver a Graham Williams a través de la cabeza del dragón. Detrás de los negros ojos de éste, flotaban los ojos hundidos y pálidos de aquél. Patsy observó que la fea cabeza volvía a la invisibilidad. El aire silbaba en sus oídos. El aire que tenía delante se había vuelto tan cálido como un pedazo de hierro al rojo vivo.



—La cocina —dijo Gary Starbuck.

Paseaba la luz de su linterna alrededor de la blanca entrada donde se había plantado Griffen el día antes de su suicidio. Al fin, el rayo de la linterna se fijó en la última puerta del largo corredor. Starbuck movió la luz arriba y abajo, y, tras una vacilación momentánea, Dicky y Bruce empezaron a avanzar hacia la puerta.

Dicky empujó la puerta, la abrió y se echó a un lado para que pasase Starbuck. Casi invisible en sus ropas azules, el ladrón iluminó rápidamente los tableros de la cocina a oscuras. Abrió dos cajones; después, otro. Dirigió la luz a su interior, pero no cogió nada. Bruce Norman vio que movía la cabeza y empezaba a mirar a su alrededor, en silencio y resueltamente, enfocando la linterna en distintas direcciones. Bruce pensó que parecía un animal en un bosque, un tejón o un topo, husmeando para orientarse.

Starbuck avanzó rápidamente hacia una puerta alta del fondo de la cocina. Tenía un tirador y giró sin dificultad sobre sus goznes. Los tres se introdujeron en la pequeña habitación al otro lado de la puerta. Inmediatamente delante de ellos, había otra puerta giratoria que, según sabía Starbuck, daba al comedor.

Dirigió la luz a la alta alacena de la estrecha dependencia. Eligió una puerta al azar, según le pareció a Bruce. El rayo de luz reveló unos estantes llenos de botellas. En el de abajo, había botes de nueces. Starbuck volvió su atención a una alacena más baja.

Iluminó el interior, y Bruce vio que sus hombros se estremecían. Rápidamente, Starbuck abrió los otros dos cajones de la alacena inferior.

—¡Caray! —murmuró, encantado.

Bruce se inclinó hacia delante para echar un vistazo a los cajones abiertos. Starbuck había sacado algo de su bolsa y lo puso en sus manos. Era otra bolsa, de plástico verde, como la que solía emplear Bobby Fritz para meter las hojas cuando limpiaba el jardín.

—Cogedlo todo —dijo Starbuck.

El ladrón se irguió y dirigió la luz sobre una serie de utensilios de plata. Una cantidad de plata que a Bruce le pareció increíble. Cada pieza estaba embutida en una especie de ranura en una larga bandeja de terciopelo. Bruce y Dicky empezaron a sacar los cubiertos de plata y a meterlos en la bolsa.

—No dejéis nada —silbó Starbuck, haciendo un ademán que lo abarcaba todo.

Tenía en la cara una mueca feroz. Bruce acabó de sacar todo el pesado material del fondo del cajón, y Dicky lo envolvió todo sobre el suelo de la despensa.

Una vez estuvo la plata en la bolsa de plástico, Starbuck les condujo al comedor. Aquí, en un aparador, había varias lujosas bandejas de plata, y también fueron a parar a la bolsa.

Desde el comedor, Starbuck los llevó al cuarto de estar de elevado techo. En cuanto vieron la pared de ventanas, pareció que se rompía el cielo; rayos de luz surgieron en el oscuro azul y zigzaguearon entre las nubes. La luz penetró en el cuarto de estar, y Bruce pensó estúpidamente que había podido ver a través del

cuerpo de su hermano, que había visto los grandes huesos de Dicky y cómo las células de su sangre se iluminaban en las venas.

La casa parecía oscilar sin moverse como el sueño de un animal corriendo.

—¿Qué? —preguntó Dicky.

—Él piano —dijo Starbuck, y dirigió la luz de la linterna al fondo de la estancia.

Pero todos podían verlo ya, a la pálida luz de la luna, que se filtraba por las manos centímetro a centímetro; el cuerpo estaba construido sobre casi veinte capas de madera encorvada con la tensión precisa; el brillo de la superficie hubiérase dicho tan profundo como el de una charca. Tenía casi cincuenta años de antigüedad. Había sido encurtido especialmente a Bósendorfer Grand, y Gary Starbuck tenía un cliente en la ciudad de Nueva York que buscaba desde hacía al menos diez años un piano de esta clase. Pagaría por él veinte mil dólares a Gary, que era aproximadamente un quinto de su valor real.

—¿Podremos meter ese monstruo en la camioneta? —susurró Bruce.

—Cabrá —dijo Starbuck—. Ahora sacadlo entre los dos al patio.

Cruzó la habitación y abrió una de las grandes ventanas que llegaban al suelo en la larga pared.

Dicky puso las manos debajo del teclado y trató de levantar, a modo de ensayo, la parte delantera del piano. Sus brazos se hincharon y se contrajeron sus mandíbulas. Consiguió levantarlo quizás un centímetro.

—Por el amor de Dios, no se hace así —murmuró Starbuck—. ¿Quieres herniarte? ¿Quieres rajarte? Métete debajo. Apoya la espalda y levántalo con la fuerza de las piernas.

De nuevo tembló la casa misteriosamente, sin moverse.

—¿Qué? —preguntó Dicky.

—¿Cuántas veces tendré que repetirlo? —preguntó Starbuck.

La linterna encontró el espejo colgado en la pared entre las pinturas impresionistas.

Entonces, durante un segundo o menos, ocurrió otra cosa extraña, algo que en realidad sólo percibió Dicky Norman, pero que no se apartaría de la mente de Bruce en las semanas que siguieron a la horrible muerte de su hermano. Dicky había repetido «¿Qué?», de un modo tan estúpido que Bruce había tenido ganas de atizarle, pero éste se había vuelto también en la dirección del rayo de luz. Y casi había visto, o *pensado* que veía, que el espejo no reflejaba la luz, sino que la recibía y la absorbía. El rayo de luz (que pensaba que era lo que había hecho hablar a Dicky) cayó en el adornado espejo como una piedra en un pozo; como si el espejo chupase la luz de la linterna y la quisiese toda para él, hasta agotar las baterías... Pero entonces centelleó la superficie del espejo y un rayo surgido de sus profundidades se encontró con el de ellos.

En cuanto Les McCloud hubo cerrado la puerta del bar a su espalda, atajando los rumores y el parloteo de los parroquianos y el *bing-bing* de la caja registradora (que acababa de registrar un cero para el billete que Les hubiese debido recoger), respiró profundamente. Su estómago había vuelto gradualmente a su sitio adecuado. El alcohol que había consumido durante el día ardía ahora como un pedazo de carbón en algún lugar de sus entrañas. Les tragó más aire, No quería pensar en lo que acababa de ver en el lavabo de caballeros de «Franco's»; sólo quería llegar a casa... Pero seguía viendo aquel muñón en la abertura, hurgando en su mente, y su estómago empezó a encogerse de nuevo.

Quería llegar a casa, sí. Y si Patsy estaba en la habitación sobrante, se lo haría pagar. Pensándolo bien, se lo haría pagar dondequiera que estuviese.

Patsy lo pagaría todo. Cuando llegase a casa, la acorralaría en un rincón del dormitorio y le produciría unas cuantas moraduras en los hombros y después en los costados (y ella estaría ya chillando y correrían las lágrimas sobre su nariz) y, por fin, le daría un puñetazo en la barriga...

Ahora casi sonrió.

Bajó hasta la acera de Station Road y se volvió en dirección a su coche. Una cosita negra se desprendió del cielo y aleteó junto a su cabeza.

Les le dio un manotazo, pensando que era un pájaro que le atacaba. La forma se alejó locamente y entró en el círculo de luz de una farola, y entonces vio que era un murciélago y que otros dos murciélagos volaban hacia él desde lo alto del farol.

Uno de ellos se lanzó directamente contra su cara. Una garra con un anzuelo le rasgó la mejilla, y Les chilló de dolor y de asco, mientras golpeaba al animal. Algo que parecía una piedra chocó contra su pecho. Les abrió los ojos, pues ahora se dio cuenta por primera vez de que los había cerrado, y vio que el segundo murciélago se había agarrado a su chaqueta. Sus alas estaban plegadas como telas arrugadas, y la diminuta cabeza estaba vuelta hacia la suya. Lo sacudió furiosamente con las manos, pero el murciélago apretó contra su presa y farfulló algo. Vio odio en sus ojillos negros. Tiró del cuerpo correoso, pero las garras estaban fuertemente clavadas en el tejido de la chaqueta.

Cuando miró hacia arriba, vio que el cielo estaba lleno de partículas vocingleras. Los murciélagos se precipitaban sobre la farola y salían volando por delante de la estación.

Uno se lanzó en picado sobre un lado de su cabeza, y Les se agachó justo a tiempo de ver sus dedos como garras y la cabecita como una bola de moco seco que le miraba fijamente. Una trémula bandada de murciélagos se cernió sobre él.

Les corrió hacia su coche. El murciélago agarrado a su chaqueta saltaba mientras él corría, golpeándole blandamente el pecho. Uno de los que venían chocó contra su cabeza; otro se lanzó directamente sobre su cara antes de alejarse. Les se llevó las manos a la cara. Sintió un dolor agudo en la oreja derecha y, un momento más tarde, notó que goteaba sangre sobre su cuello.

Cuando al fin llegó a su coche, le pareció que estaba entre una nube de murciélagos, en un mundo de murciélagos. Tiró de la manija del «Mazda».

La portezuela estaba cerrada. Uno de los murciélagos se enredó en los cabellos de Les, y éste gruñó asqueado y le echó de un manotazo. Otro se enganchó en su manga y él lo golpeó contra la ventanilla. El murciélago cayó en la calzada.

Otro se estrelló contra su cabeza y él se tambaleó hacia un lado. Bullía a su alrededor, y Les cerró los ojos al rozar su frente unas garras afiladas.

Alzó las manos en el aire, golpeó con la izquierda y se libró de uno de los animalejos. Tenía que sacar las llaves del bolsillo, y dio la espalda a la mayoría de los murciélagos, mientras agitaba la mano izquierda delante de su cara y hurgaba en el bolsillo del pantalón con la derecha.

Un murciélago se posó en la mano descubierta y extendió las alas. Les sintió que las garras como agujas penetraban en su piel. «Mientras no muerdan», pensó. Por fin encontró las llaves.

El murciélago posado en su mano clavó los dientes en la piel y volvió hacia él una cara que era medio de niño y medio de perro.

Les gritó y sacudió la mano, expulsando al murciélago, que aleteó a tres palmos de su cara, mirándolo con odio implacable. Les quería matar a este murciélago; quería arrojarlo al suelo y pisotearlo, aplastarle las costillas y hacer trizas sus alas. Los otros se apartaron un momento de él, y vio que el que le había mordido se elevaba siete centímetros a la luz de la farola. Les saltó y dio un manotazo, pero el animal lo esquivó de nuevo. El que pendía aún de su chaqueta le golpeó el pecho al tocar él otra vez el suelo. Largó otro manotazo al murciélago que le había mordido, y entonces vio que el dorso de su mano derecha estaba ensangrentado. Sintió que la sangre resbalaba por su frente y empapaba sus cejas, y que el cuello de su camisa estaba también mojado de sangre.

Hizo girar la llave en la cerradura, abrió la portezuela del coche y subió rápidamente, golpeándose la cabeza contra el marco. Cerró de golpe la portezuela.

Un cuerpecillo pegajoso se agitó cerca de su corazón.

Les emitió un rugido inarticulado de pánico y de asco. Miró al murciélago que seguía agarrado a su chaqueta, y los ojos del murciélago se clavaron en los suyos.

—¡Huy, huy, huy! —gruñó Les, sacudiendo la chaqueta.

El murciélago seguía mirándolo con sus ojos menudos. Por fin, Les sacó un brazo de la manga y se quitó la chaqueta haciéndola girar detrás de su cabeza, casi llorando de asco y de rabia. Un segundo después, la chaqueta era una bola de tela sobre su falda, y las mangas colgaban a ambos lados como trompas de elefante. Les arrojó la bola sobre el tablero y empezó a golpearla con ambos puños. Sintió que el animal se debatía y temblaba dentro de la chaqueta, pugnando por librarse con las garras; pero él siguió dando puñetazos hasta que quedó inmóvil. Ahora Les babeaba. La sangre y el sudor le pegaban los cabellos a la cabeza. Levantó ambos puños y golpeó de nuevo aquella cosa inerte dentro de su chaqueta.

Les arrancó y casi inmediatamente soltó el volante al chocar el «Mazda» con el coche de enfrente. Boquiabierto, pero sin decir palabra, hizo marcha atrás y chocó

con otro coche; después torció el volante y salió disparado del aparcamiento. Unos cuantos murciélagos se desprendieron del borde de su lado del parabrisas.

Al girar a la derecha, al final de la manzana, recordó que tenía que encender las luces; una de ellas parecía funcionar.

Dobló a la izquierda en la siguiente esquina, acelerando al pasar el semáforo del ámbar al rojo. Por lo que podía ver a través del único rincón despejado del parabrisas, no había más coches en la calle. Metió el «Mazda» en la rampa de la I-95, dirección este.

No había ningún puesto de peaje hasta Stratford, a veinte minutos de donde se hallaba. Pisó a fondo el acelerador y vio que los murciélagos se aplastaban sobre el parabrisas: dos o tres del extremo fueron arrastrados por la corriente de aire.

Hizo girar el coche hacia la izquierda, hacia la derecha y de nuevo hacia la izquierda. Otros conductores tocaron sus claxons detrás de él, pero él no los oyó.

Gracias a sus maniobras, sólo quedaba media docena de murciélagos en el parabrisas. Sus rojos ojillos echaban chispas, las bocas diminutas se crispaban y las panzas se aplastaban y extendían como manos amenazadoras, y Les sintió que le chillaban. Podía ver sus bocas moviéndose de un modo casi humano. Fuese lo que fuere, lo que decían era arrastrado por el viento.

Miró el cuentakilómetros y vio que corría a casi ciento cincuenta kilómetros por hora. Otro murciélago salió despedido hacia arriba, desprendiéndose del parabrisas como una hoja negra.

Les soltó una risita temblorosa y estridente y, por primera vez, sintió que menguaba la tensión de sus hombros. Levantó el pie del acelerador. Las luces que discurrían por el carril en dirección oeste parecían tranquilizadamente ordinarias: era gente que iba a alguna parte.

Entonces se dio cuenta Les de que había alguien más en el coche. Una forma pequeña y oscura estaba en el otro asiento delantero. Les pronunció un «¡Eh!» inconscientemente y miró en su dirección. Lo que parecía un chiquillo de nueve o diez años, completamente hecho de barro, estaba tumbado sobre la negra tapicería del asiento. Del niño de barro manaba agua y empapaba el cojín.

Les sintió un hedor que desgarraba los pulmones, el mismo olor que había percibido en el campo de golf, pero aumentado cien veces. Y este olor era como una losa caliente sobre su pecho. El niño abrió los ojos.

—Me he perdido —gimió—. Tengo miedo.

Les pisó el acelerador con todas sus fuerzas. Estaba chillando, pero no lo sabía. Rodaba a un poco más de ciento setenta kilómetros por hora cuando embistió el costado de otro coche a unos trescientos metros más arriba de la I-95, un «Toyota Célica», propiedad de Mr. Harvey Pilbrow, de West Haven, Connecticut, y mató al hijo de Mr. Pilbrow, Daniel, de dieciocho años, y a una amiga de éste, Molly Witt, también de dieciocho años y de West Haven. Les McCloud murió un instante después que los dos jóvenes; sus coches lanzaron un chorro de llamas a quince metros de altura.

Patsy abrió los ojos.

—Algo ha ocurrido —dijo, y entonces se dio cuenta de que yacía en el canapé del cuarto de estar de Graham Williams.

—¿Cómo se siente? —preguntó el viejo.

—Algo ha ocurrido —repitió ella.

—Es verdad, ha ocurrido algo —dijo Richard Allbee, entrando en su campo visual. Le tomó una mano, y una ola de calor pareció surgir de su contacto—. Te desmayaste cuando el libro dejó de moverse.

—¡Oh! —exclamó Patsy—. El libro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Richard.

—Ayúdame a sentarme —dijo ella, y Richard la incorporó en el canapé, mientras ella bajaba las piernas. Tenía la cabeza tan ligera como si sólo contuviese burbujas. Se dio cuenta de que no podía ponerse en pie—. Pronto estaré bien —dijo.

—¿Te acuerdas del libro? —le preguntó Richard.

Seguía asiéndole la mano, y se arrodilló en el suelo y miró a Patsy a los ojos, con expresión preocupada.

—Me acuerdo, pero no me refería a esto —dijo ella.

Richard le soltó la mano y retrocedió unos pasos para escucharla.

Patsy no sabía qué decir. Tenía miedo de que incluso aquellos hombres, que tanto sabían de ella, la tomasen por loca. Suponía que había sufrido un ataque; recordaba la sensación Marilyn y la cabeza del dragón surgiendo del libro... Esto podía contarle. Pero el ataque le hacía sentirse culpable y avergonzada de su falta de control. Y le daba también una impresión de suciedad. El hecho de haberse desmayado en medio de aquellas visiones guardaba en su mente cierta relación con su marido, con Les, con su matrimonio fracasado.

Y esto no podía discutirlo con aquellos hombres, por mucho afecto que sintiese ya por ellos. Antes de despertar, había visto una columna de fuego y había comprendido que aquel fuego estaba purificando su matrimonio. En la verdadera destrucción estaba la purificación verdadera. Y en esto había un peligro tan real como el que había pretendido el dragón. Lo que había pasado por su mente antes de despertar era que Tabby Smithfield estaba muy cerca de la muerte.

Pero, ¿quería esto decir que Tabby estaba en la columna de fuego? Y si estaba en aquella hoguera o se dirigía a ella, entonces...

—Descanse, Patsy —le decía Graham Williams.

...¿qué relación tenía eso con su matrimonio? No comprendía cómo era posible, pero lo que le ocurría a Tabby iba a reflejarse en su futuro con Les McCloud, fuese éste lo que fuere. Deseó que el chico estuviese ahora ante ella, para poder abrazarlo con todas sus fuerzas. Miró fijamente a Richard Allbee. Y pensó: «También quisiera abrazarte a ti.»

—Oh, no sé a qué me refería —dijo, y vio una arruga de preocupación entre las cejas de Richard—. Pero supongo que ustedes no lo vieron, ¿verdad? ¿Vieron —era una frase difícil de pronunciar— ...la cabeza del dragón?

La arruga entre las cejas de Richard se hizo más profunda.

Salió del libro... Me estaba mirando.

Recordó el ojo negro, con la mota movable de un verde brillante..., como una piedra.

—No lo vimos —dijo Graham. Parecía tan conmovido por ella como por lo que acababa de decir—. Pero creo que usted lo vio, Patsy. Y usted sabe lo que significa, ¿no? Significa que...

—Nos estaba avisando —dijo Richard.

—Gideon Winter se fijaba en nosotros —dijo Williams—. Éste es el significado. En este sentido, es un aviso. —Agarró el libro y, después, miró a Patsy, abriendo mucho los ojos—. Está *caliente*.

Richard alargó una mano para tocar el libro. Miró a Patsy, después de pasar los dedos sobre la hoja. Asintió con la cabeza.

—No quiero tocarlo —dijo Patsy.

—No; pero yo quiero que mire esa página —dijo Williams, sosteniendo el libro abierto delante de ella.

Patsy vio las negras rayas de quemaduras en el papel. Eran más de las que recordaba. Algunas de ellas eran como negros garabatos sobre las líneas impresas. Le recordaron de pronto a unos murciélagos, y en el mismo instante creyó ver que uno de los garabatos-murciélagos se movía, agitando un ala de un modo extraño y amenazador. «Les», pensó, y un momento más tarde: «Tabby.»

—Había visto estas marcas —dijo—. Aparecieron precisamente antes..., antes que *aquello*.

—No me refiero a las quemaduras —dijo Williams—. Mire las fechas en la cabecera de las páginas.

Patsy miró. En la parte superior de las páginas había dos fechas, las mismas en las dos páginas abiertas: 1873-1875. Sacudió la cabeza, Williams acercó el libro a Richard y dejó que viese las fechas.

—1873-1875 —dijo Richard—. No me diga. Más niños quemados.

—No exactamente —dijo Williams—. Pero está usted en el buen camino. Es la fecha siguiente del ciclo. En 1811, todos los feligreses de la Iglesia congregacional de Greenbank murieron a causa de un fantástico accidente en Kendall Point. A propósito, y esto es importante, había dos Williams entre los que cayeron en las grietas, y dos Tayler, padre e hija, y cuatro Green. Y un viejo llamado Smylh. Mrs. Bach no me contó esto, no quiso contármelo; pero yo lo busqué en los periódicos. El accidente de Kendall Point estuvo a punto de aniquilar a todas nuestras familias. Después de aquello, nuestras familias estuvieron fuera de Greenbank durante mucho tiempo. Mis parientes vivieron en Patchin, lo mismo que los Green supervivientes. Eran miembros de la Iglesia congregacionista de Patchin, y por esto se salvaron de la catástrofe. En 1841, Rustum Tayler se volvió loco, es decir, acabó de volverse loco después de haberlo estado a medias durante toda su vida, y mató a aquellos dos niños y casi se los comió enteros, antes de que Anthony Jennings condujese a un grupo que lo encontró sentado encima del hoyo utilizado para asarlos.

—Se los comió —dijo Patsy.

Cerró los ojos y captó una vaga imagen de la columna de llamas. Tabby. ¿Dónde estaba?

—Se los comió. Mrs. Bach pensó que no valía la pena consignar en su libro los últimos días del loco Tayler, pero había leído los mismos periódicos que yo, y lo sabía. Y había recorrido el viejo cementerio de Greenbank, junto a Greenbank Road, a unos tres kilómetros de aquí, y visto las lápidas de las tumbas de los dos niños asesinados por Rustum Tayler. Estas lápidas están aún allí. *Sarah Alien, 1835-1841. Arrancada cruelmente de nosotros. Y Thomas Kirby McCauler Moorman, 1834-1841. El «Pequeño Tom»*. —Graham Williams dejó el libro—. Ahora se está enfriando. Sí, ella sabía perfectamente lo de esos niños, pero no quiso referir su muerte, como no quiso escribir sobre lo que sucedió en 1873, y por la misma razón. No estoy seguro de que ella se diese cuenta, pero quería ocultar a Gideon Winter detrás de una visión más actual de las cosas.

Williams miró vivamente a Patsy.

—¿Quiere descansar un poco?

—Me pondré bien —dijo Patsy, con voz remota.

—Bueno, ¿qué pasó en 1873? —preguntó Richard.

—Murió un miembro de cada una de nuestras familias —dijo Williams—. Pero murieron también otras cuarenta y una personas, Los meses de julio y agosto de 1873 fueron llamados «El Verano Negro» durante dos decenios; esto fue más de un año antes de que los forasteros llegasen de nuevo a Hampstead. Bueno, algunos llegaban en coche, pero pasaban de largo y no se detenían hasta llegar a Hillhaven. Esto lo sé porque, en 1874, se estableció una posta llamada «Casa a Medio Camino», en Hillhaven. Siempre había habido una posta en Hampstead, precisamente en Greenbank Road; pero parece que desapareció en 1873... Tuvo que cerrar y no se habló más de ella. Después del «Verano Negro», la gente pareció evitar Hampstead. He observado los registros de los barcos que atracaron en el muelle de Hampstead, que es donde se encuentra ahora el «Club Náutico», a partir de los años de 1860, y he comprobado que, después de 1873, prefirieron recorrer dos millas más de costa y atracar en el puerto de Hillhaven. Más tarde, alrededor del 1875, volvieron de nuevo aquí. Pero les diré algo que Dorothy Bach no omitió en su libro. Antes del «Verano Negro», Hampstead contaba con 1.045 habitantes. Dos años más tarde, en 1875, el Ayuntamiento hizo un nuevo censo. La población de Hampstead era de 537 habitantes.

—¿Luego había muerto la mitad? —preguntó Richard, con incredulidad—. Me pareció que dijo usted que sólo habían muerto cuarenta y cinco personas aquel verano.

—Bueno, es probable que muchos se marchasen —respondió Williams—. Pudieron ir hasta Hillhaven o Patchin, o lo más lejos posible para creerse seguros, y creo que un par de centenares debieron de hacer esto. Con la esperanza de poder volver y encontrar sus casas más o menos como las habían dejado. Hubo muchas ventas de ganado durante y después del «Verano Negro». La gente vendía y se largaba.

—Pero quedan aún otros *doscientos* —dijo Richard.



—Sí —dijo Williams—. En efecto. Mire, antes de que viniesen ustedes, no estaba demasiado seguro de todo esto. Y habría leído lo de Mrs. Friedgood y lo de Mrs. Goodall, y no me habría llamado demasiado la atención. Pero cuando vi a Patsy y a Tabby aquel domingo por la noche, estuve seguro. Él había vuelto. Y estaba adquiriendo fuerza..., quizá tanta fuerza como debió de tener en el «Verano Negro» y en los meses sucesivos.

—¿Qué le hace pensar esto? —preguntó Richard.

—«El Verano Negro» de 1873 empezó exactamente igual que éste. Una mujer fue encontrada descuartizada en su casa de campo. Una semana más tarde, otra mujer fue encontrada detrás de la hilera de tiendas de Main Street. Estaba en la misma condición. Hubo otras dos, una de ellas una niña Smyth. Y todo esto fue antes de las muertes en la vieja fábrica de algodón.

Richard hizo otra pregunta, y Patsy oyó su voz como si viniese de un agujero en el suelo o de un teléfono descolgado sobre una mesa.

—¿Qué hizo que «El Verano Negro» fuese mucho peor que el de 1841?

—¡Oh! Entonces habíamos vuelto todos, ¿no lo ve? —dijo Williams, y Patsy pensó vagamente: «Habíamos vuelto todos, ¡qué bien, como en una reunión...!»—. Williams, Smyth, que entonces era ya Smithfield, naturalmente, y Tayler y Green. Todos habían vuelto. Y la Iglesia congregacionista de Greenbank había renacido también... en 1873. Lo ocurrido en 1811 les parecía a todos como un cuento fantástico.

—Aquellos niños que llevaban unos nombres tan terribles —dijo Richard, «Oscuridad» y «Atardecer» y «Pena», llevaban también nuestros apellidos, ¿no?

—Dice usted bien, Richard —dijo el viejo—. El nombre completo de «Pena» era Pena Tayler, y se casó con Joseph Williams. «Oscuridad» era Oscuridad Smith, y el apellido de «Anochecer» era Green. Y había también una «Vergüenza», como sabía muy bien Dorothy Bach. Una niña llamada Vergüenza Williams, nacida en 1652 y muerta antes de que pudiesen bautizarla.

—Pena Tayler —murmuró Patsy.

Este nombre le parecía muy hermoso.

—La mayoría eran hembras —dijo Williams—. Y con el tiempo todas tuvieron también hijos. Hubo Williams que se casaron con Tayler, y Smith que se casaron con Green, y Williams que se casaron con Smyth.

Todas aquellas bodas y emparejamientos en el pasado remoto parecíanle a Patsy una bella danza de ceremonia. Le temblaban los dedos y tenía ateridos los labios. Un Williams tomó a una Tayler, y un Smyth tomó una Green, y después un Williams tomó a una Smyth... Era todo un círculo, y por un segundo vio el círculo en su mente, brillando como una alianza de oro. Pero algo humoso, algo que no estaba bien, fluctuó en medio del círculo de oro, y Patsy sacudió la cabeza.

Pero entonces la mano de Marilyn Foreman agarró con fuerza la suya, y Patsy vio lo que había en medio del círculo.

No lo oyó, pero lanzó un terrible gemido, y Richard y Graham vieron que se había derrumbado de espaldas sobre el canapé. Al gemir, había resbalado, ya inconsciente, y su cabeza había caído sobre los cojines. Antes de que ellos pudiesen

acercarse, Patsy empezó a retorcerse las manos, y todo su cuerpo tembló con tanta violencia que el canapé repicó contra el suelo.

Richard le asió una mano, sin saber cómo atajar sus convulsiones. Por último, se acercó más a ella, la abrazó y la estrechó con fuerza sobre su pecho, sintiendo en su propio cuerpo las sacudidas de la joven.

## 15

—Sacad ese piano fuera —dijo Starbuck— y dejadlo en el suelo con cuidado. Después volved y coged ese espejo.

«No —pensó Bruce, y supo que Dicky estaba pensando lo mismo—, dejemos ese espejo donde está; no queremos saber nada de él, no, señor.» Un momento antes de ver la luz de la linterna de Starbuck romperse en la superficie del espejo y desaparecer, le había parecido que veía algo allí, algo tocado por la luz engullida (que, desde luego, nunca había estado allí), algo parecido a una lombriz o a una sanguijuela, retrocediendo ante la luz.

Pero, ¡qué ya! Esto era una idea loca. Algo para contar al espantadizo Sippy Peters y ver la nuez de Adán subir y bajar en el flaco cuello.

—Si vuelves a mover la cabeza cuando te hablo, te la arrancaré del maldito cuello —le murmuró Starbuck—. Trasludad ese piano. —La luz produjo chispas en los ojos de Bruce—. Juro que os despellejaré si no os movéis en seguida.

—Estaba pensando... —murmuró Bruce, y sintió que Dicky temblaba a su lado.

—Pensando, ¿qué? —silbó Starbuck. —Podríamos poner el espejo sobre el piano y hacer un solo viaje —improvisó Bruce.

—¿Sí? —La luz giró de nuevo hacia el espejo—. Bueno, está bien. Lo pondremos debajo de la tapa. Pero no estropeéis el marco.

Dicky y Bruce rodearon el piano y empezaron a cruzar la habitación. Starbuck paseó despacio el rayo de luz sobre las esculturas y lo fijó en la más próxima. Era una estatuilla de una bailarina, y le sorprendió su peso. La volvió y vio el nombre grabado en su base: Degas.

—¡Alto! —dijo, y los dos chicos se quedaron inmóviles—. No, no vosotros, estúpidos —añadió, y dirigió excitadamente el rayo de luz hacia otra estatuilla contigua.

Parecía igual que la que tenía en la mano. Al pasear la luz a lo largo de la estancia, vio otras dos figuritas de bailarinas.

Starbuck sacó la radio del bolsillo, y dijo:

—¡Eh, chico! ¿Estás ahí?

—¿Qué? —preguntó la voz asustada de Tabby.

—Trae la camioneta. Vamos a despedirnos dentro de un par de minutos.

—¿Quiere que nosotros...?

Dicky y Bruce se detuvieron antes de llegar a la pared donde pendía el espejo.

—¡Maldición! Sois unos imbéciles —dijo Starbuck—. Coged el espejo. Metedlo dentro del piano. Sacad el piano. Después volveréis *vosotros dos* y descolgaréis todos esos cuadros de la pared. ¿Comprendido?

Mientras los temblorosos gemelos avanzaban hacia la pared, Starbuck se dispuso a coger la segunda estatuilla de bogas.

Estaba pensando, en los últimos segundos de su vida, que las cosas que había en aquella habitación representaban, al menos, dos años de buena vida, aunque sólo recibiese una décima parte del valor, que era lo que sabía que le darían. Con la plata, el piano, las esculturas y los cuadros, podría desaparecer de la casa de Beach Trail antes de que los adormilados policías locales empezaran a buscarlo, y tendría tiempo de buscar una nueva residencia.

Estaba pensando en volver al Medio Oeste, territorio que no había visto en mucho tiempo; a Grosse Point o a Lake Forest, a alguna ciudad tan rica que le bastaría con respirar para que aumentase su cuenta en el Banco.

Entonces vio, vagamente, a un viejo que entraba por la puerta del cuarto de estar y llevaba una pistola en la mano. «Pero no —pensó—, es joven, no es más que un niño», y entonces oyó el grito de dolor y de pánico de Dicky Norman. Después, la habitación pareció estallar, y la explosión le impidió seguir viendo el interesante espectáculo de Dicky Norman salpicando de sangre un cuadro que habría jurado que era de Manet. Había sacado ya su propia pistola, pero sus dedos no pudieron apretar el gatillo, y se estaba preguntando si podría vender el Manet ensuciado por la sangre de Dicky Norman, cuando todo acabó para él.

## 16

Tabby arrojó la radio sobre el asiento del pasajero y ocupó el del conductor. Una conversación llena de parásitos sonó en la radio, y Tabby iba a coger el aparato cuando se dio cuenta de que Starbuck estaba dando órdenes a los gemelos. El ladrón parecía irritado. Tabby hizo girar la llave de contacto y pisó el acelerador.

El motor arranco. Tabby había hecho todo lo que sabía en materia de conducción. Miró con desaliento la palanca del cambio de marchas, que tenía más de un metro y estaba inclinada a un lado como la de un camión. Sobre la empuñadura había un botón rojo. Tabby agarró la palanca, apretó el botón y bajó aquella. No soltó el freno de mano, porque no sabía que estuviese allí.

La camioneta rugió: por el ruido, parecía que estuviese devorando sus ruedas y sus marchas.

Tabby soltó la palanca, la agarró de nuevo y la torció a un lado, apretando al mismo tiempo el acelerador.

La camioneta tembló como un perro azogado. Por los sonidos que emitía, pronto empezaría a defecar sus partes por el tubo de escape. La cosa no tenía solución.

Tabby abrió la portezuela y echó a correr por el paseo de entrada, Entonces se acordó de la radio, y volvió a buscarla. Pasó corriendo por delante del arce japonés, y estaba a unos diez metros de la casa, cuando se dio cuenta de que, ya que iba a ver a Starbuck dentro de unos segundos, no necesitaría la radio. La luz de debajo del alero le deslumbró... y se vio expuesto a un juicio implacable.

Tendría que confesar a Starbuck que no podía hacer funcionar la camioneta; esto era todo. El ladrón o uno de los Norman podría ir en busca de la camioneta. Lo único que podía hacer él era entrar y decirle a Gary Starbuck que no podía moverla.

Temeroso, cerró los ojos y *vio*. Una columna de fuego se elevó quince metros en el aire; después se desprendió del suelo y tomó la forma de un enorme murciélago con las alas extendidas, un gigantesco murciélago de fuego.

Tabby se detuvo. Tenía la boca seca y le palpitaba el corazón.

Dio un paso indeciso hacia delante. Algo iba a ocurrir dentro de la casa; toda la atmósfera parecía cargada de aquella fantástica electricidad que había brillado antes en el cielo. Tabby vio un fulgor en una de las ventanas de la planta baja.

La radio, olvidada en su mano, emitió un prolongado y tembloroso grito de agonía.

Tabby dio otro paso al frente. Aquello que brillaba en la ventana le atraía. Una parte de él le decía que lo que pasaba en la casa era demasiado para él, que era como el todavía confuso recuerdo de un suceso futuro que había visto cuando su padre y su abuelo habían tratado de partirlo por la mitad en la puerta 44 del aeropuerto JFK —el vago e impresionante recuerdo de un hombre rapando la piel de una mujer con un arma larga y roja—; pero el resto de Tabby Smithfield oía una voz silenciosa que, desde dentro del imponente caserón, le invitaba suave e insistentemente a entrar.

Aquí se está muy bien, Tabby; acércate a la puerta; no importa que no sepas conducir la camioneta; nada importa ya. Ven a reunirse con nosotros...

Aturdido, con las imágenes del murciélago de fuego y del hombre rasgando la piel de la mujer agonizante alejándose por un pasadizo de su mente, Tabby dio otro paso en dirección a la casa.

Entonces oyó un disparo procedente de la misma habitación donde la forma invitadora había brillado detrás de uno de los ventanales.

## 17

A Richard le dolían los brazos: Patsy luchaba contra su agarrón como un toro enjaulado.

—No sé si podré sujetarla mucho tiempo —dijo desesperadamente Richard a Graham Williams.

—Yo le sujetaré las piernas —dijo Williams, pasando lo más de prisa que pudo alrededor de la mesita de café.

Agarró uno de los tobillos de la joven con la mano derecha, y ella dio una patada con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio. Cayó sentado sobre la

endeble mesa, y ambos la oyeron crujir. Williams se inclinó hacia delante, con el ceño y la boca fruncidos por el esfuerzo, y sujetó una pierna de Patsy bajo el brazo. La empujó hacia abajo con el codo y agarró la otra pierna con la mano libre. Patsy sacudió las caderas. Williams sintió un súbito dolor en el pecho.

Richard vio que Graham palidecía; era como si el fuerte chasquido de la mesa se hubiese producido dentro del viejo. Patsy volvió a agitar los brazos y gritó una sola palabra:

—¡Corred!

Richard meneó la cabeza, mirando al viejo, y le dijo que soltase a Patsy, que él podía dominar sus convulsiones; pero Williams apretó su presa y los movimientos de Patsy se hicieron más débiles y más fácilmente controlables.

—¡Corred! —chilló, y lanzó un largo alarido que hizo que Richard casi la dejase caer.

Entonces oyó Richard un fuerte chasquido detrás de él.

Agachó la cabeza, imaginándose que había estallado una ventana, y entonces vio que el cristal que protegía un póster con marco colgado al lado de la mesa escritorio de Williams se hacía añicos y caía al suelo como brillantes piezas de un rompecabezas.

—¡Aaaah! —chilló Patsy.

Las novelas policíacas en rústica amontonadas encima de los libros de arte saltaron de la estantería y volaron y giraron en el aire. Richard oyó que el marco del póster a su espalda se quebraba como astillas. Y vio que los libros de los estantes superiores del otro lado de la habitación salían disparados y volaban sobre la mesa de Williams.

La máquina de escribir osciló sobre la almohadilla, volcó a su lado y cayó al suelo. ¡Bing!, sonó el timbre del carro.

Los libros saltaban al azar de los estantes. Richard y Graham vieron que dos de ellos ascendían hasta el techo y permanecían un momento pegados en él como moscas antes de caer al suelo.

Otro póster con marco (Richard vio que era de *Oleadas* y representaba a Mary Astor en brazos de Gary Cooper) cayó de cara y se estremeció como un gato moribundo al romperse el marco en mil brillantes pedazos.

## 18

«Ven, Tabs, te necesitamos», dijo la voz silenciosa en su mente, y él avanzó otro paso. Por un instante, vio docenas de personas alineadas detrás de las grandes ventanas; después se separaron, se volvieron las unas a las otras, o se alejaron. «Es una fiesta —pensó Tabby—. ¿Cómo puede haber ahí una fiesta?» Acercó la radio a su boca y dijo:

—¡Eh! ¿Qué...?

—Ven —le dijo la radio—. Entra, Tabby.

No podía ver con mucha claridad a la gente, pero los gemelos Norman no estaban entre ella.

—Entra —insistió la voz de la radio.

La gente se apartó, y Tabby vio que lo que había brillado era un espejo al otro lado de la estancia. Ahora su centro era de un delicado color de rosa y latía y resplandecía. Tabby empezó a moverse de nuevo.

Pero entonces salió Bruce por la puerta principal. Rodeaba el pecho de Dicky con un brazo y parecía tirar de él. Dicky tenía el rostro blanco como el mármol. Se movió muy despacio.

—¿Dónde está la camioneta? —gritó Bruce.

Bruce estaba ensangrentado; la sangre pegaba su camisa al robusto pecho. Dicky tenía también manchas de sangre en la cara, y había tanta en uno de sus costados que no se podía distinguir el color de la ropa.

Tabby señaló hacia abajo del largo jardín. Ahora se había dado cuenta de que toda la sangre era de Dicky Norman.

Entonces vio aparecer algo blanco en medio de aquella rojez pastosa, en el sitio donde Bruce sostenía a su hermano. El brazo de Dicky había desaparecido, y aquello blanco era su hombro. Corrió a ayudar a Bruce y se aclaró su mente: tenía la impresión de haberlo hecho todo en movimiento retardado desde que la columna de llamas había surgido en su mente.

Tabby pasó firmemente el brazo por detrás de la espalda de Dicky y sintió su peso, su lentitud. Supo que Dicky iba a morir. Entre él y Bruce, medio lo llevaron y medio lo arrastraron hasta la camioneta. Tabby fue a abrir la puerta de atrás, pero Bruce le gritó:

—¡Atrás no! ¡Delante! ¡En el asiento!

Los ojos de Bruce parecían llenar toda su cara. Tabby colocó a Dicky en el asiento del pasajero, y Bruce subió por el otro lado y ocupó el del conductor.

Tabby saltó a la parte de atrás y cerró la puerta de golpe en el momento en que Bruce hacía marcha atrás y chocaba con un árbol. Dicky cayó hacia delante.

—¡Sujétalo, por el amor de Dios! —chilló Bruce.

Cambió la marcha y el vehículo salió disparado de debajo de los árboles, levantando un surtidor de tierra molida.

Tabby se inclinó sobre el asiento del pasajero y trató de enderezar a Dicky. Su mano izquierda resbaló sobre la capa de sangre que cubría el costado de Dicky, y éste rodó hacia un lado. El hueso blanco rozó la tela del asiento.

—¡Levántalo! —gritó Bruce.

Entró en Mount Avenue y giró en dirección al «Sayre Connector».

Tabby tiró del brazo derecho de Dicky, y éste pudo apoyarse en las piernas e incorporarse de nuevo sobre el asiento. Tabby se inclinó y le miró a los ojos. Los tenía fijos, como mirando algo muy lejano. Unos ojos de ultratumba. Tabby pensó que Dicky Norman parecía ahora más inteligente que en cualquier otro momento de su vida, pero se alegró de no poder ver lo que Dicky miraba con tanta atención.

—Aguanta, Dicky —dijo, dándole unas palmadas en el hombro ileso.

Dicky ni siquiera pestañeó.

—¿Dónde está ese tipo? —preguntó Tabby—. Starbuck..., ¿dónde está Starbuck?

—El hijo de perra está muerto.

—¿Muerto? ¡Acabo de hablar con él por la radio!

—El hijo de perra está muerto. El viejo le mató.

Bruce pasó sin detenerse una señal de stop.

—¿Cómo...? Quiero decir, ¿qué le ha pasado a Dicky?

—¡NO LO SÉ! —chilló Bruce. Se pasó una mano por el mentón, dejando en él una mancha de sangre—. Teníamos que coger aquel espejo tan elegante y meterlo dentro de aquel maldito piano, íbamos a agarrar el espejo cuando apareció el viejo con la pistola. No dijo «¡Manos arriba!» ni nada de eso; sólo disparó. Y le dio a Starbuck..., le voló la cabeza. Entonces lanzó Dicky un grito terrible, y yo le miré y vi que salpicaba con sangre toda la pared y que su maldito brazo había desaparecido, y que estaba plantado allí, mirando..., y pensé que el viejo iba a liquidarnos a los dos. —Sacudió la cabeza—. Pensé que el viejo le había disparado también a él, hasta que vi que le faltaba el brazo. Entonces lo saqué de allí.

—Vi que había otras personas —dijo Tabby.

—Allí no había más que el viejo. Y ahora tienes que largarte. Llevaré a Dicky al «Norrington General», y tú tienes que bajar de la camioneta.

Bruce detuvo el vehículo ante el semáforo del «Sayre Connector».

—Vete, Tabs. ¡De prisa!

Tabby saltó a la calzada y cerró de golpe la portezuela.

—Suerte —dijo.

—Pero la camioneta había arrancado ya, en rojo, y se dirigía a toda velocidad a la rampa de la autopista.

Catorce minutos más tarde, a las once y cincuenta y seis, Bruce Norman llegó al servicio de urgencia del «Norrington General Hospital», hazaña que consiguió apretando a fondo el acelerador y gracias a la marcha rápida instalada por Gary Starbuck en el vehículo. Cuando llegó al puesto de peaje, no pensó siquiera en reducir la marcha. So arrojó sobre la valla a más de ciento sesenta y cinco kilómetros por hora y la partió en media docena de pedazos. Las enfermeras de la sala de urgencias se hicieron cargo de su hermano en cuanto asomaron por la puerta, lo ataron a una litera y conectaron un gota a gota en su brazo. Los ojos de Dicky no perdieron en ningún momento aquella inteligente y remota mirada que había advertido Tabby Smithfield. Un interno llamado Patel, oriundo de Uttar Pradesh y graduado en la Universidad de Wisconsin, empezó a hacer lo que pudo en el hombro de Dicky. Pero murió mientras el doctor Patel estaba todavía pinzando las arterias cortadas. Eran las doce y tres minutos.

El doctor Patel se irguió, miró el reloj y, después, a Bruce Norman, que estaba sentado en una silla a un lado de la sala de urgencias, observándole amenazadoramente entre los párpados fruncidos.

El doctor Patel asió la única mano de Dicky y le tomó el pulso; pero sus manos habían estado sobre la herida de Dicky en el momento de su muerte, y sabía que la

pulsación había cesado. Bajó suavemente la mano de Dicky, dejándola descansar sobre el pecho.

Bruce se levantó. Olía a sangre, porque la sangre había empapado sus pantalones, su camisa y sus zapatos. Y su cara parecía pintada con sangre.

—Este chico está muerto —dijo el doctor Patel, que conservaba el acento y la dicción de la India—. ¿Puede usted decirme cómo se produjo la herida?

Bruce se acercó al menudo médico de piel morena y le dio un puñetazo en un lado de la cabeza, saltándole los dientes y haciéndole chocar contra el gota a gota de Dicky. El doctor cayó al suelo, en un charco de líquido oscuro, y Bruce cogió a su hermano y lo llevó de nuevo a la camioneta.

En aquel momento, todas las enfermeras estaban en los compartimientos de los pacientes del servicio de urgencias o en su salón de descanso, y ninguna de ellas advirtió lo que había ocurrido, hasta que Jake Rems, un alcohólico con la nariz rota y un ojo amoratado, empezó a gritar que un monstruo había matado a su médico.

Dicky estaba de nuevo en su asiento, y Bruce se sentía más tranquilo. Fue por la autovía hasta Woodville y el hospital más próximo, el de St. Hilda, y allí aceptó la noticia de que su hermano estaba muerto.

Eran las doce y treinta y uno de la madrugada del domingo 8 de junio, y el Condado de Patchin empezaba su vigésimo quinto día sin lluvia.

## 19

Poco después de la una menos cuarto, Tabby había entrado en Beach Trail y se dirigía, lentamente y arrastrando los pies, a Hermitage y «Cuatro Corazones». Estaba demasiado cansado para pensar en todo lo que había sucedido. Sólo quería entrar en su casa, subir a su habitación, cerrar la puerta y meterse en la cama. Veía en su imaginación el murciélago de fuego abriendo las rojas alas..., unas alas tan rojas como el costado izquierdo de Dicky Norman, que era como si un pintor loco le hubiese embadurnado de pintura roja y brillante.

Los ojos del murciélago de fuego eran agujeros negros en los que fulguraban pálidamente unas nubes.

Tabby miró hacia arriba y vio que las casas desfilaban una a una por los lados de la calle oscura y que las farolas trazaban círculos de luz en el suelo, y pensó que todo aquello, cuesta arriba, hasta su casa, parecía el escenario de un sueño, y que pronto empezarían aquellas casas a hincharse, y a manar sangre y un líquido amarillo y maloliente por sus ventanas, y que la calle se abriría y aparecerían manos blancas y magulladas en las grietas... y que el murciélago de fuego se cernería en lo alto, incendiando las casas arruinadas y diciendo: *Mr. Smyth, ¿quiere que le metan una bala en la espalda?*

Gimió y alzó las manos para secarse la cara, y entonces se dio cuenta de que aún llevaba la radio de Gary Starbuck en la mano.



La radio crepitó delante de su cara. «¡TABBY SMITHFIELD! ¡VUELVE AQUÍ! ¡VUELVE AQUÍ INMEDIATAMENTE, O TE MATARÉ!» La voz salía de la radio entre un alud de parásitos, pero era firme y clara. Era la misma voz que había oído Tabby mientras estaba en el jardín del médico..., la voz de Gary Starbuck. Starbuck no estaba muerto, había vuelto allí y estaba furioso porque Tabby y los Norman le habían fallado.

Tabby contempló la radio, sin saber lo que tenía que creer. Bruce Norman había visto cómo mataba el médico a Starbuck. Pero él había visto gente en aquellas ventanas, gente que, según Bruce, no estaba allí. «¡Aaaah!», gimió la radio.

Señales de radio, pensó Tabby. Captaba señales de radio, y el doctor Demento no tardaría en anunciar que el próximo número sería *Surfin' Bird*, por los «Immortal Trashmen».

Pero él sabía que no eran señales de radio. No iba a escuchar el *Tango de medianoche* de Steve Miller, ni *Canción para un tonto como tú*, y estaba seguro que Starbuck había muerto. Y también Dicky Norman estaría ahora muerto, con el brazo cruelmente amputado por..., ¿por una delicada luz rosada que brillaba en el centro de un espejo antiguo?

Aquel bulto de metal negro y de plástico que tenía en la mano se calentó de pronto. Con curiosidad casi agotada, Tabby lo acercó a su cara: un acre olor electrónico. Entonces el calor se hizo insoportable. Salió humo de la rejilla. La tapa se abrió y le hizo una mueca. Una viruta de metal le arañó la palma de la mano, y Tabby arrojó el aparato sobre un prado de césped.

La radio estalló con una llamarada mientras estaba aún en el aire. Algo hizo *¡pop!* en su interior, y una nubécula de gas azul brotó de su menguante superficie. Muchas piezas siguieron ardiendo, el aparato se hundió por el centro y, al fundirse el plástico, pequeñas piezas ardientes del interior de la radio se retorcieron y avanzaron sobre la hierba. Una de ellas parecía tener patas y el dorso brillante de una cucaracha. Se alejó unos centímetros de la radio en fusión, se puso rígida y transparente, y murió.

Unas cuantas llamitas diminutas de fuego prendieron en los tallos secos de la hierba.

Tabby se dio cuenta de que todo el jardín podía arder, y saltó sobre el césped y empezó a pisotear las pequeñas llamas.

—¿Tabby? ¿Eres tú? —gritó una mujer.

Al mirar él hacia arriba vio a Patsy McCloud plantada en la escalera, y entonces reconoció la casa de Graharn Williams. Había estado demasiado agotado para identificarla desde el primer momento.

—Sí, soy yo —dijo él.

Patsy saltó del porche y corrió en su dirección. Graham Williams asomó la cabeza en la puerta de la entrada, y Tabby le saludó con la mano. Williams sonrió y agitó también una mano, mientras se frotaba el pecho con la otra. Salió y se metió las manos en los bolsillos. Patsy se echó sobre Tabby y casi le derribó antes de abrazarlo.

—¿Estás bien?

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué estabas haciendo?

—Tenía una radio en la mano y parece que estalló —dijo Tabby, sintiendo un poco vacía la cabeza ahora que ella le ceñía con sus brazos.

Una hebilla de metal del mono blanco de ella le rascó el cuello. Patsy olía bien, a perfume y a sudor fresco.

—Estaba tan inquieta... Me desmayé, creo que sufrí un *ataque*, y soñé que estabas en un peligro terrible. —Se irguió y desprendió su abrazo—. Estuviste en peligro, ¿verdad?

—Bueno, me quemé la mano —dijo él, y le mostró la quemadura en la palma.

—Le daremos un baño de agua fría, pero no me refería a esto. ¿Dónde estuviste esta noche? ¿Qué estabas haciendo?

Tabby no podía contestar a esta pregunta. En caso necesario, podría explicarse, y Patsy le creería, pero las explicaciones requerirían mucho tiempo, y estaba demasiado cansado.

—¡Oh! Tienes sangre en la camisa —dijo Patsy.

Él se miró la camisa. Sí, era sangre..., sangre de Dicky Norman. Se había secado la mano después de tratar de incorporar a Dicky en el asiento de la camioneta.

Patsy había palidecido aún más.

—Estoy bien —dijo él—. No estoy herido. Sólo salí con unas personas.

Y dos de ellas están muertas.

Patsy echó la cabeza atrás como si hubiese captado su pensamiento. Sus grandes ojos negros se fijaron en los de él.

Entonces la imagen del murciélago de fuego, con las alas extendidas y nubes pasando por sus ojos vacíos, acudió a su mente, junto con

yo lo vi

oh, no

yó lo vi lo vi lo vi e iba a matarte,

no podemos hacer esto nadie puede hacerlo

díselo a los marines, amigo, porque nosotros lo hacemos.

Las palabras habían flotado entre ellos al desvanecerse la terrible imagen del murciélago de fuego, y, al terminar, la boca de Patsy esbozó una sonrisa.

—Lo hacemos —dijo Tabby.

Insinuó:

Yo también lo vi, Patsy

o se deslizó en su mente y sintió que lo transfería inmediatamente a la de ella.

no podemos

no podemos

decir

no podemos no podemos decirlo

a nadie

a nadie más

ni siquiera a Richard

(¿Richard...?)

Ssssí...

Una complicada serie de emociones, incluidos calor, culpa y algo profundamente psíquico, le invadieron junto con el sibilante *sí*, y se hizo atrás mentalmente, sabiendo que esto era demasiado privado para él.

—Richard Allbee —dijo en voz alta.

Patsy asintió con la cabeza, y Graham Williams se acercó a ellos, diciendo:

—Entra un momento, Tabby; tienes que conocer a nuestro cuarto miembro, y, de cualquier modo, creo que necesitas un poco de descanso, al igual que todos nosotros.

Tabby advirtió que estaba mirando a Patsy a la cara: ella tenía exactamente su misma estatura.

*esto me asusta*, pensó Tabby.

*¿y dos de ellos están muertos?*, pensó Patsy.

más tarde

*¿la cosa de fuego?*

más tarde

*¿la cosa de fuego, maldito seas?*

No lo sé

*iba a matarte*, pensó Patsy en el cerebro de Tabby, y él supo que no le decía más que la verdad. La alegría de lo que él y Patsy habían descubierto que podían hacer se ennegreció y se enfrió.

Este mudo mensaje fue seguido de un ligero destello de placer, y esto renovó la impresión de privilegio y de maravilla que sentía él por el nuevo don que le unía a Patsy.

—¿Estás bien? —le preguntaba ahora el viejo—. ¿Qué diablos te ha pasado? ¿Qué significa toda esa sangre?

—Estoy bien, de veras —dijo Tabby.

—¿Dónde estuviste, hijo?

—No puedo decírselo —respondió Tabby—. No puedo decírselo a nadie..., al menos por ahora. Pero no estoy herido.

Williams miró fijamente al chico.

—Tengo la impresión de que se me escapa algo. Algo pasa por ahí, y no lo entiendo. ¿Le dijo lo que se proponía, Patsy?

Patsy negó con la cabeza.

—Bueno, creo que lo mejor será que subas y conozcas a Richard Allbee —dijo Graham. Después echó otra mirada severa a Tabby—. No te habrás metido en líos con la Policía, ¿verdad? ¿O te has cargado otro buzón de correo?

—Algo así —dijo Tabby, sin poder mirar a Patsy y poniéndose muy colorado.

—Bueno, cualquier chico de tu edad tiene permiso para hacer estupideces —dijo Williams—. Pero no te pases de la raya.

Echaron los tres a andar sobre el crecido césped en dirección a la casa, cuando un cuarto personaje, hombre esbelto y bien vestido, de unos treinta y cinco años, salió de ella y se plantó en el porche. Era sólo cuatro o cinco dedos más alto que Patsy y Tabby, y llevaba peinados hacia atrás los largos y negros cabellos. Tabby pensó que parecía cortés e inteligente. Pero, cuando se acercó más y pudo ver

detalladamente su cara, algo saltó en su pecho, no sabía si por miedo o por reconocimiento.

Richard Allbee, cuarto descendiente de los primitivos colonos de Greenbank, era el hombre a quien había visto a través de la ventana del restaurante «Gryphon», en el centro comercial de Post Mall.

Los Norman habían hablado jactanciosamente de un chico llamado Skip Peters, que había hecho todo lo que ellos habían querido, incluso las mayores locuras... Tal vez influido por los cuentos de los Norman, Tabby había visto a Spunky Jameson mirándolo a través de la ventana.

Después se había dado cuenta de que era un adulto, y no podía ser Spunky Jameson. Spunky era un chico de diez años...

Y, de pronto, había tenido la impresión de que aquella persona le conocía, de que se habían encontrado, y de que unos sucesos terribles y maravillosos surgirían de aquel encuentro... Había sentido que se deslizaba por un sueño de pánico, y entonces Dicky Norman había pinchado la mano de Tabby con su tenedor, y aquel sentimiento se había desvanecido...

—Hubiese debido saber que eras Tabby Smithfield —dijo el hombre.

—¿Se conocían de antes? —preguntó Graham Williams, con visible sorpresa.

—Nos habíamos *mirado* —dijo Tabby.

—Cada vez más misterioso y misterioso.

Los cuatro permanecieron un momento más en el exterior, sin hablar, conscientes de que era la primera vez que estaban todos juntos.

Graham Williams sabía que lo «cada vez más misterioso y misterioso» era ahora su pan cotidiano, y este conocimiento le atemorizaba..., sabía que lo que estaba por venir haría que el ataque de Patsy no fuese más que una nota al pie de toda su historia. Tabby no tenía ninguna de estas premoniciones, al menos en el momento en que estaban plantados en la oscuridad delante de la casa de Graham. Durante este momento, en que la corriente emocional los sacudía a todos, se había sentido al principio ilógicamente seguro, como si nada pudiese ya dañarle. Después se había dado cuenta de que estaba con un anciano, un hombre maduro y una mujer: era la estructura de la casa de Mount Avenue, antes de que se arruinase con la muerte de su madre.

—Bueno, entremos un rato —dijo Williams—. Tienes que saber una cosa, Tabby. Patsy vio esta noche al *Dragón*.

Richard Allbee abrió la puerta, mirando a Tabby con expresión de amable desconcierto, y Tabby recordó la pistola de Les McCloud, lo enorme que le había parecido cuando apuntaba directamente a su pecho. Aquello parecía haberse producido hacía siglos. Miró con inquietud el lugar del jardín donde yacían las piezas rotas y fundidas de la radio.

Graham Williams pasó un brazo sobre sus hombros. Tabby subió los peldaños detrás de Patsy y la siguió por el pasillo forrado de libros.

Aquella madrugada, a las tres y cuarto, dos muchachitos bajaban por la recién pavimentada vía de acceso a Gravesend Beach. El más pequeño, Martin O'Hara, de cuatro años, cojeaba ligeramente. Llevaba pantalón corto azul oscuro y camiseta sin mangas azul claro, con un llamativo retrato de «Yoda» en el pecho. Su hermano de nueve años, Thomas, llevaba un par nuevo de «Keds», pantalón vaquero recto y una camiseta verde oscuro con mangas cortas amarillas. Thomas había escalado la valla de la carretera pública en la entrada de la playa, pasando primero una pierna, después la otra, y dejándose caer. Después había alargado los brazos y levantado a Martin por encima de la valla. Ahora Martin se esforzaba en mantenerse a la altura de Thomas.

—¡Date prisa! —gritó Thomas a su hermano, sin mirar más.

—Me duelen los pies, Tommy —dijo Martin.

—Casi hemos llegado.

—Gracias a Dios —dijo Martin, imitando sin querer la voz de su madre.

Un momento más tarde, Thomas dijo:

—Te retrasas otra vez.

—Yo no quiero retrasarme.

—Eres un estúpido.

—¡No soy estúpido, Tommy! —gritó Martin.

Llegaron en pocos minutos al final de la parte ancha de la vía de acceso. Delante y a un lado de ellos se extendía la desierta playa gris, y a la derecha, el largo rompeolas donde solían pescar Harry y Babe Zimmer. El Sound, estaba en marea baja y era como una larga sábana de agua casi inmóvil, con luminosos destellos de plata en las pequeñas y oscilantes olas.

—Ya estamos —dijo Thomas.

—Sí, ya estamos —repitió Martin.

Thomas saltó sobre el murete de hormigón al borde de la zona de aparcamiento y ayudó a Martin a subir detrás de él. Después saltó a la arena.

—Vamos, Martin —dijo—. Salta.

—Bájame —dijo Martin—. No puedo saltar. Es demasiado alto para mí.

Thomas suspiró, volvió atrás y bajó a Martin a la arena.

—Ahora tenemos que desnudarnos —dijo Thomas.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Por supuesto —dijo Thomas, sentándose tranquilamente y empezando a desatar los cordones de sus zapatos.

Martin se sentó en la arena a unos centímetros de Thomas y empezó a tirar de sus cordones. Segundos después, chilló furiosamente:

—¡No puedo, Tommy! ¡No puedo quitarme los zapatos!

Su hermano, que se lo había quitado todo menos la camiseta, se arrodilló delante de él y le arrancó los zapatos deportivos sin molestarse en deshacer los enredados cordones. Mientras Thomas se quitaba la camiseta, Martin se bajó su calzón corto y sus calzoncillos rojos de algodón, y sacó los pies de ellos. Después se

sentó y tiró de la punta del calcetín izquierdo con la mano derecha, gruñó y se lo quitó. Repitió la misma operación con el calcetín izquierdo.

—Vamos, vamos —dijo Thomas. Estaba plantado en la oscuridad, y a Martin le pareció tan alto y fuerte como un adulto—. Quítate la camiseta.

—Quiero llevar mi camiseta «Yoda» —dijo Martin.

—Tienes que quitártela —insistió Thomas.

—¡Quiero llevar mi camiseta «Yoda»! —dijo Martin, haciendo pucheros.

—¡Jesús! —exclamó Thomas.

—¡No tienes que decir esto! —gritó Martin.

—Está bien, vamos. Puedes llevar tu camiseta —dijo Thomas, echando a andar por la playa.

Una franja gruesa y casi continua de algas marcaba el límite de la marea alta. Los muchachos pasaron sobre ella y anduvieron cautelosamente sobre la arena que empezaba a secarse. No querían pisar ninguna roca afilada, ni las conchas rotas que llenaban la playa.

—¡Un cangrejo! —chilló Martin—. ¡Mira! ¡Un cangrejo!

—Está muerto, no te hará nada —le dijo Thomas—. Vamos, Martin.

Martin echó a correr y llegó el primero al agua.

—¡Brrr!

—El agua está muy bien. Sólo un poco fría —dijo jactanciosamente Thomas. Entró en el agua después de que su hermano repitiese «sólo un poco fría», aunque, en realidad, le parecía que lo estaba bastante—. En el interior estará más caliente.

Tuvieron que andar hasta casi la punta del rompeolas antes de que el agua le llegase a la cintura a Thomas. Martin saltaba de mala gana detrás de él, manteniendo alta la cabeza.

—Todavía está fría —dijo Martin.

—Avanza todo lo que puedas —dijo Thomas—. No debe de estar lejos.

—No te vayas —dijo Martin, cuya camiseta se hinchaba a su alrededor en las negras aguas.

—Tengo que hacerlo —dijo Thomas—. Sabes que tengo que hacerlo, Martin. —Entonces miró la carita seria de su hermano—. Dame un beso, Martin —dijo, cediendo a un impulso, y se inclinó para tocar los fríos labios de su hermano con los suyos.

Después avanzó resueltamente en el agua.

Martin luchó por mantenerse en pie y dio otro paso. El agua le llegaba a la barbilla. Levantó los pies del suelo pedregoso y agitó los brazos. Era lo único que sabía hacer para nadar.

—¡Tommy! —gritó, al darse cuenta de que ya no tocaba el fondo con los pies.

Su hermano no le hizo caso, sino que siguió nadando hacia las boyas. Martin dio unas cuantas brazadas. La camiseta le pesaba, le pesaba. Su cabeza se sumergió, y aspiró desesperadamente medio cuartillo de agua de mar. Sacó de nuevo la cabeza, espurriando, y movió desafortunadamente los brazos, alejándose de la punta del rompeolas. Una enorme forma negra abrió la boca y se lanzó en dirección a él.

Thomas siguió nadando hasta que le pesaron demasiado los brazos y se hicieron lentos sus movimientos; estaba a más de quince metros de las boyas. Sentía caliente y cansado el cuerpo. Dejó que se sumergiese su cabeza, la sacó de golpe al entrar agua en su nariz, dio otra brazada y se hundió de espaldas en el agua, como si algo le atrajese desde el fondo.

Media hora después de tomar el primer «Bloody Mary» en el Club de Campo de Sawtell, una mujer llamada Rae Nestico-Bell llevó su silla de playa al final de Gravesend Beach, para librarse del ruido de un partido de voleibol iniciado por ocho adolescentes en el lugar donde se había situado al principio. Además de los gritos y de las rociadas de arena, la había apartado de allí las risitas y las miradas que le dirigían los chicos cuando pensaban que los miraba.

Mrs. Nestico-Bell había llegado a la linde que marcaba el comienzo de las playas particulares, y estaba plantando su silla en el borde del muro protector contra las olas, al pie de la casa Van Horne, cuando vio dos extraños bultos de arena y algas rodando en la rompiente precisamente delante de ella. Un pie blanco salía de uno de aquellos bultos. Mrs. Nestico-Bell se llevó ambos puños a la boca y empezó a gritar pidiendo auxilio, con voz tan ahogada que los chicos que jugaban al voleibol no la oyeron.

Las imágenes de una mujer en bikini lanzando gritos y de ocho alegres adolescentes jugando en una playa pedregosa señalaron el verdadero final de los sucesos del sábado 7 de junio de 1980. Se había cruzado el primer umbral.

## DOS: NADADORES DESNUDOS

### 1

El lunes, 9 de junio, había circulado por la villa la noticia de que el asesino de Stony Friedgood y de Hester Goodall había sido muerto mientras cometía un robo en Golden Mile; nadie del departamento de Policía había expresado públicamente esta opinión, pero los agentes fuera de servicio de Hampstead habían dicho en los bares de Post Road y de Riverfront Avenue que un médico bajito pero con muchas agallas, llamado Wren van Horne, había entrado en su cuarto de estar con una pistola y abatido a un ladrón armado que había sacado su propia pistola, resuelto a matar al propietario. Era un punto decisivo. «Ya verán —decían los agentes a los ávidos oídos que escuchaban—, cómo no habrá más muertes en Hampstead durante mucho tiempo. El culpable ha sido liquidado.»

Los camareros y los parroquianos de los bares se fueron a casa y dijeron a sus esposas y maridos y parientes que Hampstead volvía a ser una población segura, y las esposas y maridos y parientes fueron a las tiendas de comestibles, a las boleras, a los salones de gimnasia y a las clases de baile, y dijeron a los dependientes, a los profesores y a sus compañeros, que ya no había en Hampstead ningún motivo de preocupación. El monstruo que había asesinado a Mrs. Friedgood y a Mrs. Goodall estaba muerto. «Desde luego, nunca podremos demostrarlo —habían dicho las señoras a sus peluqueros y a los vendedores de baguettes—, pero tiene que ser él. Ni siquiera era de aquí. He oído decir que vino de Florida... de Nueva York... de Illinois.»

Sarah Spry respondió al teléfono el lunes por la mañana y escuchó a Martha Gable, una de sus más antiguas amigas, farfullando durante diez minutos sobre alguien que había sido muerto de un tiro, y alguien que tenía una bolsa llena de plata antigua, y alguien que había dejado de ser un problema, y al fin tuvo que decirle:

—Creo, Martha, que deberías hablar más despacio y explicarme las cosas una a una. Hasta ahora no he sacado nada en claro.

Cuando pudo enterarse al fin de la historia por boca de Martha, se maldijo por no haber llamado a los agentes de guardia en la Comisaría de Policía en el momento de llegar. Generalmente lo hacía, pero, esta mañana, su director le había dado la noticia acerca de los niños O'Hara, y le había sugerido que, antes de encontrarse con Richard Allbee para su entrevista, pasara por la casa de los O'Hara y hablase con la madre de los chicos.



—¿Y qué sacaremos con esto? —había saltado ella, tratando de ver algo en la muerte de aquellos dos muchachos, a los que sólo había visto una vez al mes desde que habían nacido.

—Es amiga de los O'Hara, ¿no? —le había preguntado Stan Brockett.

—¿Y *qué!*? —había dicho ella, casi a gritos—. ¿Quiere que le pregunte a Mikki O'Hara qué se siente cuando a una se le ahogan dos hijos? ¿Quiere que le pregunte si la muerte de sus hijos afectará a su *trabajo*?

Mikki Zaber O'Hara era una de las muchas pintoras semiprofesionales de Hampstead. Hacía exposiciones en galerías de arte locales; su marido, tasador de joyas con una oficina en Gramercy Park y otra en Palm Springs, había hecho construir un estudio para ella en su ático, pero Mikki vendía sus pinturas casi únicamente a su familia y a sus amigos.

—No —había dicho Stan Brockett—. Sus obras han sido siempre mamarrachadas de colores, y usted lo sabe. Quiero que le pregunte qué estaban haciendo sus hijos en la playa a las tres de la mañana.

—¿Qué quiere usted decir con eso de las tres de la mañana? Mikki O'Hara no habría permitido nunca que sus hijos jugasen fuera de casa a tales horas.

—Él forense dice que debieron de meterse en el agua aproximadamente a las tres. Por consiguiente, pregúnteselo.

—Lo haré —había accedido Sarah—, pero sólo porque estoy segura de que se equivoca. Y sus pinturas son buenas. Yo tengo una colgada en mi cuarto de estar.

—Entonces debería hacer un comentario de sus exposiciones —había dicho Stan Brackett—. Trate de concertar la entrevista para las dos o las dos y media, ¿de acuerdo? Quiero tener ambos artículos a las seis de la tarde.

Tenía, pues, una hora y media para escribir cada artículo, lo cual no era problema para ella; y le quedaba aún toda la mañana para hacer la columna «¿Qué ha visto Sarah?» y la crítica de Hot L. Baltimore de la «White Barn Players' Production». Estaba reuniendo la información para su columna cuando sonó el teléfono, y oyó a Martha Gable tratando incoherentemente de decirle que el asesino de las dos mujeres había sido muerto de un tiro por el doctor Wren van Horne, durante un robo frustrado.

—Se lo oír decir a Mr. Pascal, en «Everything Bread», y explicó que se lo había dicho un parroquiano que lo había oído decir a un policía —dijo Martha Gable—. Por esto he querido llamarle, para saber si es verdad. Pero, Sarah..., el policía dijo que *era verdad*. Dijo que ya no habría más preocupaciones por causa de aquel hombre.

En cuanto pudo librarse de Martha, Sarah llamó a Dave Marks en la Comisaría de Policía. Dave Marks estaba de guardia casi todas las mañanas cuando Sarah se dirigía al trabajo, y, con los años, habían establecido una relación mutuamente satisfactoria. Dave Marks daba a Sarah información sobre cualquier suceso importante ocurrido durante la noche, y ella hacía que la foto de Dave apareciese en *la Gazette* de Hampstead siempre que podía. Cuando *la Gazette* publicaba imágenes del desfile del «Memorial Day», el agente Dave Barks se destacaba marchando entre sus compañeros; cuando *la Gazette* insertaba un artículo sobre adolescentes bebiendo a altas horas de la noche en Sawtell Beach, aparecía una foto del agente Dave Marks

inclinado sobre la barandilla del aparcamiento de la playa, con aire juvenil y autoritario. Sarah obtenía información antes que sus competidores de *Highlife* de Norrington o del *Patchin Advocate*, y Dave Marks conseguía llamar mucho la atención a los miembros femeninos de la Policía, que lo tenían por una celebridad.

—Ese tipo era Gary Starbuck, un pájaro de cuenta —dijo Dave Marks a Sarah—. Se había pasado toda la vida robando en las casas y viajando por todo el país. Apuesto a que tenía seiscientos o setecientos u ochocientos mil dólares repartidos aquí y allá, en diferentes cuentas. Vamos a abrir su casa para que la gente pueda identificar objetos de su propiedad; pensamos que al menos había cometido veinte robos en Hampstead desde su llegada. Deberías ver ese lugar, Sarah. Parece una caverna llena de cosas. Supongo que la suerte le volvió la espalda. El doctor Van Horne sólo le disparó una vez; no hizo falta más.

—¿Será sometido a juicio Wren van Horne? —preguntó Sarah.

—¡Claro que no! —dijo el agente Marks—. Mató a Starbuck durante un robo a mano armada. Y el hijo de perra tenía su propia pistola en la mano. Van Horne tendrá suerte si el Jefe no le hace venir a la Comisaría, convoca una conferencia de Prensa y le pone una medalla. Hace al menos quince años que los polis de todo el país estaban buscando a ese tipo. Una cosa curiosa: era como su padre. Éste había vivido de la misma manera. Saqueaba una población, cargaba con el botín, salía pitando y alquilaba una casa en otra parte. Le pillaron sólo una vez en su carrera de cuarenta años, y pasó catorce meses en la cárcel. El viejo murió dos años después, en un sanatorio de Palm Beach, dejó un montón de dinero a su hijo, y éste continuó su trabajo. Como un negocio de familia, ¿sabes?

—¿Cometió Starbuck los asesinatos? —preguntó lisa y llanamente Sarah—. Lamento decirlo, pero me parece que no pertenecía a esa clase de personas.

Dave Marks guardó silencio durante un largo rato. Después suspiró.

—Esta mañana he recibido tres llamadas en este sentido. La gente quiere creer lo que le conviene, ¿sabe? *Nosotros* no hemos podido relacionar a Starbuck con los asesinatos, ni nunca podremos hacerlo. Puede haber un par de nuestros chicos que piensen que fue él; pero ya sabes lo que pasa, Sarah. Es duro para un policía reconocer que un tipo como ése anda libre por ahí. Cada día que pasa sin cogerlo puede significar otro crimen, ¿lo ves?

—Sí, lo veo —dijo Sarah—. Y me da miedo. Pero muchas personas creerán que ya no tienen que temer que un extraño se presente en la puerta de su casa.

—Si es un extraño —dijo Dave Marks—. Bueno, no hablemos más de esto. ¿Quieres las otras novedades, o prefieres esperar el informe oficial?

—¿Algo importante?

—Un accidente de tráfico. Un tal Leslie McCloud, de Charleston Road. McCloud rodaba a toda velocidad por la I-95 y mató a un par de muchachos de West Haven que volvían a casa desde Nueva York.

—¿Estaba borracho?

—Una armada habría podido navegar en el licor que llevaba dentro —dijo Dave Marks.

—Esperaré el informe oficial.

- Parece que era un tipo importante.
- Esperaré el informe.

## 2

Patsy no sabía nada del súbito final de Gary Starbuck, ni de que ahora se daban por resueltos los asesinatos. No había ido a la peluquería, ni a un gimnasio, ni a una clase de baile, ni siquiera a una tienda de comestibles desde el sábado por la noche. Había vuelto a casa, desde la de Graham Williams, poco después de la una y media, visto sin sorprenderse mucho que Les no estaba en casa, y se había acostado en la habitación sobrante. Había advertido que se había llevado los palos de golf. Les jugaría al golf durante todo el día, comería en el club y se sentaría en el salón hasta la hora de cerrar. Crecerían su irritación y su borrachera, y al emborracharse más, se irritaría más. Mañana estaría hecho una furia y empezaría a pegarle de nuevo.

Pero esta vez se defendería, se juró Patsy. Esta vez no permanecería pasiva. Le daría de patadas, le daría una patada en los testículos, a la menor oportunidad. En la casa de Williams había pasado por una extraordinaria serie de emociones, desde el terror hasta la humillación y hasta el amor, y lo más extraordinario para ella era que los otros tres no se habían sentido amenazados ni asqueados por todo lo que le había ocurrido. Simplemente, tranquilamente, maravillosamente, ellos habían estado *allí* y la habían aceptado. Si se hubiese puesto tanto de manifiesto delante de Les, éste la habría echado de la habitación. Que hubiese sufrido un ataque (dejando aparte las causas, de momento), que se hubiese desmayado y hubiese experimentado después un claro amor por los dos hombres que habían impedido que se lesionase o que se mordiese la lengua, que hubiese descubierto entonces que tenía un lazo telepático con una adolescente..., todo esto lo habría considerado Les como una amenaza a su posición.

Era inconcebible que la esposa del vicepresidente de una corporación pasara de este modo la noche del sábado. A pesar de su terrible agotamiento, Patsy sintió odio: Les le había puesto una camisa de fuerza; su matrimonio la había encerrado entre las murallas de hierro de los convencionalismos. Ahora recordaba todas las discusiones que había tenido con Les poco después de su matrimonio. «"No puedes actuar así, Patsy" —le decía Les—. "¿Cómo?" "Como si estuvieses actuando con Johnson (o Young, u Olson, o Gold)." "No hice nada de particular." "Lo sé, pero parecía que estuvieses *flirteando* con ellos. Y si la gente pensara que flirteabas con Johnson (o Young, u Olson, o Gold, o cualquiera de los ejecutivos a los que había adelantado hábilmente Les), nunca lograría un puesto en Chicago."»

Les había conseguido el puesto en Chicago, elevándose tanto sobre Johnson y los otros que podía verles la raya de los cabellos desde arriba, y se habían trasladado a un apartamento dos veces más grande que el que tenían en Nueva York. Pudo comprarse cinco trajes y un puñado de corbatas a rayas, poner su nombre en la puerta y uno alfombra lujosa en el descansillo... Y había empezado a pegar a su

mujer. Tomaba dos copas en vez de una cuando volvía de la oficina a casa. Había dejado de hablarle, e incluso de escucharla. Hacía jornadas de nueve horas, de diez horas y, por último, de doce horas. Los fines de semana jugaba al golf con clientes, con expertos en contabilidad, nunca con personas. Les ya no conocía a nadie. A causa de un cliente, le dio por el tiro al plato. A causa de otro, empezó a asistir a los partidos de los «Bears» en otoño. Otro le metió en el «Athletic Club». Les McCloud era ambicioso, triunfaba y lo admiraban. Cuando llegaba a casa por la noche y se reunía con la mujer que le había conocido cuando sólo era ambicioso, tomaba sus dos copas, gruñía sobre la comida que había preparado ella y volvía a las andadas. Entonces veía ella que Les se volvía violento y medio tonto por las jornadas de doce horas, por la presión constante de los informes y las decisiones y la responsabilidad. Y entonces él empezaba a pegarle.

Si lo intenta otra vez, se juró Patsy, no sólo le daré una patada en los testículos, sino que lo perseguiré con un cuchillo. No puede venir cargado después de haber estado todo el día jugando al golf y decidir que ha llegado el momento de mostrarle a la pequeña Patsy quién es el amo. Si lo intenta de nuevo, le rajaré el brazo.

Era como si toda la historia de su matrimonio, desde que Les le había reprochado su manera de tratar a Teddy Johnson, la autorizase a clavar un largo cuchillo de cortar carne en el brazo de su marido. Se quedó dormida con esta imagen en la mente, donde siguió latiendo con el brillo de una satisfacción moral.

Poco después de las cuatro de la mañana, Bobo Farnsworth, que todavía hacía un doble turno, despertó a Patsy para decirle que su marido había muerto en un accidente fatal, en los carriles en dirección este de la carretera I-95.

Patsy sabía que Les había sido bueno antaño, todo lo bueno que permitían su mundo y su carácter, y que su bondad había sido destruida por lo que alimentaba su carrera. Su antigua timidez se había convertido en agresividad social, como la noche de la horrible cena con los Allbee, Ronnie y Bobo; su optimismo se había transformado en cordialidad calculada; su humor se había vuelto ácido, y su sincero amor por ella se había trocado en un tosco y celoso afán de posesión. Ahora lamentó lo que podía lamentar. Por un instante, se había sentido culpable al pensar que Les se había inmolado en su «Mazda» mientras ella se imaginaba que le clavaba un cuchillo en el brazo, pero este sentimiento de culpabilidad sólo duró hasta que pudo reconocer lo que realmente era. En cierto sentido, Les había dejado de ser su esposo el día que ella se había negado a prepararle el almuerzo —el día en que había conocido a Tabby Smithfield durante la hora con el doctor Lauterbach—, y aquella culpabilidad momentánea no valía la pena. Si tenía que lamentar algo, era el dolor de otra mujer. Eran los adolescentes a los que había matado Les.

Aquel lunes, Patsy disponía de toda la mañana antes de ir a la empresa de pompas fúnebres para consultar a Mr. Holland. Un encuentro que no esperaba con ansiedad. Mr. Holland era un hombrecillo bullidor tan bien adiestrado en su profesión por su padre y por su abuelo que nunca revelaba el menor sentimiento humano; era una máquina de hacer dinero, y la sensibilidad que hubiese podido

tener alguna vez la había gastado totalmente hacía años. Mr. Holland conocía a los McCloud, y no le gustaría la idea de la cremación. No sólo porque preferiría venderle un caro ataúd, sino también porque querría evitar una escena con los padres de Les.

Patsy abrió el ropero de Les, un compartimiento forrado de madera de cedro a pocos pasos de la cama. Él lo había reclamado inmediatamente como propio al instalarse allí cediéndole a ella el armario más oscuro y menos cómodo junto a la puerta del cuarto de baño. En él pendían sus veinte trajes y sus diez chaquetas; en él estaban sus quince pares de zapatos, limpiamente alineados y con sus hormas de madera. Las camisas y los suéteres estaban pulcramente amontonados en departamentos aislados. De un gancho detrás de las hileras de trajes pendían cuatro pares de tirantes, uno de ellos con un dibujo de calaveras. Los cajones guardaban montones de pañuelos almidonados y de calcetines planchados.

«Le incineraré —se dijo Patsy—. Palabra.»

Pasó los dedos sobre la manga de una chaqueta de cachemira de color azul oscuro, y la retiró rápidamente. Parecía que el suave material la rechazaba.

¿Qué podía hacer con todas aquellas ropas? ¿Darlas a los parientes de él? ¿O a la beneficencia? Tenía que elegir el que le daría al empresario de pompas fúnebres.

No quería tocar su ropa, no quería ir a «Bornley & Holland» a ver a Mr. Holland, no quería aguantar a sus suegros y escuchar la inevitable retahila de críticas y excusas. («Lamento decirlo, Patsy, pero está siempre tan desordenada su casa? Desde luego, sé que vosotras, las jóvenes, consideráis ahora estas cosas de modo diferente»)

Si tuviese más carácter, pensó Patsy, daría la ropa a la beneficencia y metería a Bill y a Dee en un motel. Laura Allbee sería capaz de esta actitud.

Patsy volvió a la habitación sobrante. Era donde se sentía más cómoda. Suponía que, cuando llegasen Bill y Dee, tendría que cederles esta habitación y volver a la otra, que olía tanto a Les y a su matrimonio. Arrancó las sábanas que había estado utilizando, y puso en la cama las nuevas, las más lindas.

### 3

Cuando Mikki O'Hara abrió la puerta de su larga y blanca casa de madera en el elevado lado norte de Hampstead, Sarah Spry le dijo: «¡Oh, Mikki!», y tendió los brazos y la abrazó, Mikki O'Hara era un palmo más alta que Sarah, y tuvo que agacharse. Sarah la besó en la sien, dejando una ligera huella de lápiz de labios, y le dio unas vivas palmadas en la espalda.

—¡Oh, Mikki! —repitió—. ¡Cuánto lo siento!

Estrechó a la alta mujer unos segundos, antes de soltarla.

Cuando se separaron, Sarah vio confirmada su impresión de la madre de los niños muertos. Mikki tenía la cara macilenta; parecía veinte años más vieja. Sus ojos ardían dentro de su cabeza, y tenía oscuras las mejillas.

—Sinceramente —dijo Sarah—, si no te sientes en condiciones de hablar conmigo, volveré inmediatamente a mi coche y seguiré mi camino. Me importa un bledo que Stan Brockett se enfade. Lo comprenderá perfectamente.

—No seas tonta —dijo Mikki O'Hara—. Prefiero estar en compañía. Por alguna razón, me siento absolutamente sola.

—¿Sola? —preguntó Sarah, extrañada—. ¿Dónde está Des?

—Des se fue a Australia con un cliente. Están haciendo algo en el interior, en un lugar llamado Coober Pedy, y hasta la noche pasada no pude hablar con él. Vuelve, pero no llegará hasta mañana.

Un débil aunque penetrante olor a whisky acompañaba sus palabras. Sarah pensó que era comprensible. Mikki O'Hara había identificado los cuerpos hinchados de sus hijos, hablado con la Policía y pasado un día y una noche sola. Probablemente había pasado la noche con tranquilizantes, pero Sarah no pensaba que hubiese tenido más de una hora.

—Entra, ¿quieres? —dijo Mikki—. No te quedes en la puerta; me pones nerviosa.

—¿Deseas que te acompañe esta noche? —preguntó Sarah—. No deberías quedarte sola.

—Mi hermana viene de Toledo; pero gracias de todos modos, Sarah. ¿Quieres beber algo?

Entraron en el cuarto de estar, que había sido decorado al estilo contemporáneo, con sillas italianas de alto respaldo y tapizadas de color castaño claro, mesas cubiertas de cristal y lámparas iluminando las brillantes y acuosas abstracciones de Mikki. El carrito de las bebidas estaba arrimado al borde del largo diván.

Sarah iba a decir «no», pero miró las ocho o nueve botellas del carrito y el hielo que se fundía en el cubo de plata, y la compasión le hizo decir:

—Sí; sólo un poco de lo que tengas a mano.

Mikki anadeó hacia el canapé, envuelta en su largo caftán de brocado, y dijo:

—Bien, bien, bien.

Se sentó pesadamente, cogió un vaso limpio del estante inferior del carrito y miró a Sarah, que se había sentado en el enorme sillón frente al canapé. La cara de Mikki estaba muy pálida; el decorativo caftán y los claros muebles de la iluminada estancia, incluso sus propias pinturas llamativas e inofensivas, parecían conspirar contra su semblante dolorido. Allí no había sitio para el dolor, ni se habían tomado medidas para recibirlo.

—Entonces, Brockett piensa que soy de interés público, ¿eh?

Sarah sacó del bolso la libreta de notas y la pluma.

—Si quieres, sólo me quedará sentada y tomaré una copa. Lo digo en serio.

—¡Oh, Sarah! Tú hablas siempre en serio. Bebe un poco de whisky escocés. — Mikki escanció un dedo de whisky en el vaso de Sarah, sacó con los dedos unos cubitos de hielo medio derretidos que flotaban en el cubo y tendió el vaso a Sarah—. Cógelo.

Sarah se levantó y tomó el vaso de la mano de Mikki.

—En realidad —dijo ésta—, no me importa hablar de ello. De veras. —Cogió su propio vaso del carrito y sorbió lo que parecía whisky solo—. No pienso en otra cosa. ¿Por qué no habría de hablar? Lo único que tienes que prometerme es que no te molestarás si lloro. Tómallo con paciencia y espera a que acabe.

—Está bien, Mikki —dijo Sarah.

—¿Sabes lo que es más raro? —preguntó Mikki O'Hara—. Los niños no salían nunca de noche, y menos ellos solos. Nunca. No lo habían hecho nunca. Y jamás iban a la playa sin permiso. Creo que a Tommy, en particular, no le gustaba la playa. Le gustaba navegar a vela, ¿te acuerdas? Le encantaba. íbamos a comprarle una pequeña «Sunfish» para su décimo cumpleaños..., le habría entusiasmado. —Frunció el semblante y le temblaron los labios. Bebió un largo trago de whisky—. Pero te diré lo que realmente no entiendo. ¿Sabes qué es, Sarah? Cómo llegaron los chicos a Gravesend Beach. Está a seis kilómetros de aquí. *Seis kilómetros*. No, ellos no hicieron a pie este trayecto. Alguien los llevó. Alguien los llevó hasta allí. Alguien malvado cogió a mis hijos y...

Mikki agachó la cabeza y sollozó, mientras Sarah permanecía rígidamente sentada, despreciándose a sí misma.

—¡Maldita sea! —exclamó al rato Mikki—. No puedo decirlo sin llorar, pero creo que esto fue lo que ocurrió. Ellos no hubiesen andado todo aquel trecho. El pequeño Martin todavía usaba un biberón. Yo solía decir que acabaría llevándose el chupete a la Universidad.

—Pero salieron solos de la casa —dijo Sarah—. Al menos, no he oído que nadie considerase la posibilidad de un secuestro.

—Fue cosa de Tommy —dijo Mikki—. Tuyo que ser cosa de Tommy. Debió de incitar a Martin. Debió de sacarle de la cama, vestirlo y contarle alguna historia absurda..., y saldrían los dos. —Los ojos hundidos de Mikki echaron chispas y, por un instante, recordó a Sarah una de esas viejas locas que se ven en las calles de Nueva York, una vieja desdentada y con un saco lleno de papeles desgarrados y de ropa—. En verdad te digo que si Tommy apareciese en la puerta en este instante, probablemente lo mataría a palos.

Los furiosos ojos se cerraron de nuevo y los hombros temblaron bajo el caftán de brocado. Mikki gemía ahora como un gato pequeño. Sarah trataba de no sentirse como un ladrón de tumbas: no podía imaginarse por qué Stan Brockett la había enviado aquí.

Sarah se levantó, pasó junto a la mesita de café y se sentó al lado de Mikki. Pasó el delgado brazo sobre la ancha espalda de Mikki. Después atrajo a ésta. También ella estaba llorando.

Los sollozos de Mikki se extinguieron al fin en un fuerte temblor.

—¡Oh, mis pobres hijitos! —gimió, y fluyeron más lágrimas de las comisuras de sus párpados, rodando por sus mejillas hasta el borde del mentón—. Martin estaba impaciente por crecer. Quería ser un muchacho como su hermano. Y Tommy le llamaba estúpido y todos los demás insultos que los chicos suelen dirigir a sus hermanos, pero, en el fondo, estaba orgulloso de que Martin lo idolatrara tanto. — Mikki se irguió despacio y apuró lo que quedaba en su vaso—. Quiero que cojan al

tipo que se llevó a mis hijos a la playa y los mató. Quiero que empalen al hijo de perra sobre un hormiguero. Quiero que lo despellejen mientras aún esté vivo. — Ahora volvía a tener los ojos enloquecidos de la vieja del saco—. Quiero verlo sufrir todo lo posible sin que le mate el dolor. Y después quiero matarle con mis manos.

Entonces Mikki sorprendió a Sarah apoyando una mano en su rodilla y acercándose a ella como si fuese a confiarle un secreto.

—Hice algo, ¿sabes? Tuve un sueño. —Se echó de nuevo atrás y sonrió a Sarah con sus ojos abrasados—. ¿Recuerdas cuando te dije que, si aparecía Tommy, le molería a palos?

Sarah asintió con la cabeza.

—Bueno, soñé que Tommy *entraba*. En mi dormitorio. Tenía tanto frío que le castañeteaban los dientes. Le tendí la mano y él la asió. Estaba completamente mojado. Yo podía oler el agua, ¿te imaginas? Se estaba helando. Helando. Por consiguiente, le atraje hacia mí, levanté la sábana e hice que se metiese en la cama a mi lado. Entonces traté de calentarlo abrazándolo, abrazándolo.

Sarah rodeó de nuevo a su amiga con los brazos. Y ahora, se preguntó, «¿querrá Brockett que ponga esto en mi artículo?»

## 4

El lunes por la mañana, Richard recibió una llamada telefónica de un hombre, que le dijo:

—Oiga, soy de «Baumeister Trucking», y estoy en Post Road. ¿Cómo puedo llegar a Beach Trail?

Richard se lo dijo.

—¿Quién era? —preguntó Laura; entrando en la cocina con un bote de detergente y una bayeta mojada.

—Nuestras cosas no tardarán en llegar. Era el conductor del camión.

—¿Por fin nos traen nuestros muebles?

—Sí —dijo él.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Laura—. La he reservado para hoy.

—Yo tengo también una para ti. Cuando estuve esta mañana en el supermercado, oí que dos mujeres hablaban de la muerte del hombre que mató a dos mujeres en esta villa.

—¿De veras? ¡Oh, gracias a Dios! —Laura se había llevado las manos a la boca, cruzándolas en un inconsciente ademán de oración—. Gracias, Dios mío. ¡Me alegro tanto! Bueno, no quiero decir que me alegre de que haya muerto, sino de que ya no ande suelto por ahí. Es un alivio, sobre todo yéndote tú mañana a Providence.

—Pensé que te gustaría saberlo —dijo Richard—. Pero no sabía que te preocupase tanto mi ausencia. Sólo estaré un par de días fuera, querida.

—Lo sé, pero estaba nerviosa a pesar de todo. No quería hablarte de ello, para que no pensases que me oponía a tu marcha.



—Soy yo quien *empieza* a oponerse —dijo Richard—. Esta casa será un campo de Agramante.

—Espera. Esta noche lo habremos desempaquetado todo, montado los muebles y guardado toda la vajilla. No habrá tanta confusión. Si sólo estás fuera un par de días, lo soportaré. Al menos volveremos a tener nuestra cama.

—Adiós a Surf City —dijo Richard, y la abrazó.

—Estás seguro de que aquellas mujeres dijeron esto, ¿verdad? —preguntó Laura.

—Claro que sí. ¿Piensas que lo he inventado?

—¿Cómo murió ese hombre?

Aún le tenía abrazado, y apoyaba la cabeza sobre su pecho.

—Supongo que ocurrió en Mount Avenue. El hombre entró a robar en una casa, y el dueño estaba allí con una pistola. Lo mató de un tiro.

—Me alegro de que esto haya terminado —dijo Laura.

Richard vio llegar un camión de color castaño por el paseo.

—Ahí está el resto de nuestra vida —dijo a Laura.

Un hombre como una bolita y con un cigarro en la boca se apeó de la cabina y avanzó despacio hacia la puerta de atrás. Las puertas posteriores del camión se abrieron, y dos musculosos adolescentes negros saltaron al suelo.

—¿No se habrán equivocado de dirección? —preguntó Laura.

—Su esmerado servicio tiene fama —dijo Richard—. Ante todo, tratan de que la mayor parte de los muebles cargados lleguen a su destino.

Sarah Spry detuvo su coche en el paseo de entrada en el momento en que los dos adolescentes bajaban tambaleándose la rampa tendida entre la parte de atrás del camión y el suelo. Llevaban un pesado sofá Victoriano entre los dos. El conductor seguía entronizado en su cabina, demasiado majestuoso para ayudar a los muchachos. Cajas llenas, medio llenas o vacías —las mismas cajas grises y amarillas que los Allbee habían visto en Londres— llenaban el suelo de la cocina y del cuarto de estar. Dos sillones que hacían juego con el sofá estaban todavía envueltos en papel castaño a ambos lados de la chimenea.

Richard mantuvo la puerta abierta y Sarah entró, puso los brazos en jarras y miró a su alrededor con admiración.

—Es usted un brujo —dijo—. Aquel espantoso olor ha desaparecido por completo, y ya ha empezado la instalación en la vieja casa.

—Bueno, quisimos hacer lo más posible antes de que llegasen los muebles —explicó Richard.

Los modales de Sarah Spry eran como los que él recordaba, pero su cara parecía extraña... Tenía los ojos hinchados y ribeteados de rojo, como irritados.

—Sé que le parezco rara —dijo la periodista—. He estado llorando. Tuve que hacer algo muy desagradable antes de venir aquí. ¿Ha oído hablar de dos muchachos que se ahogaron en la playa, cerca de la carretera? Ocurrió el sábado por la noche. Tenía que ver a su madre, que es antigua amiga mía. Hola, usted debe de ser Laura —dijo a ésta, que estaba plantada en el umbral de la puerta de la cocina, con las cejas

fruncidas—. Tiene usted unos cabellos maravillosos. Yo los tengo rojos como el hierro en una fragua; pero los suyos, querida, parecen de princesa de cuento de hadas. Bueno, como iba diciendo, lloramos las dos a mares, según solía decir Julie London.

Los dos mozos pasaban ahora trabajosamente por la puerta, con los bíceps hinchados de levantadores de peso. Richard sabía que el sofá debía pesar casi ciento cincuenta kilos.

—De cara a la chimenea —dijo Laura, y ellos se dirigieron tambaleándose al cuarto de estar.

—Una cosa terrible —dijo Richard.

Laura asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Está ella bien?

—Emborrachándose —dijo Sarah—. Su marido está en algún rincón de Australia, cosa que suele ocurrir en el Condado de Patchin. Los maridos recorren todo el mundo como insectos.

—¿Quiere un poco de café? —preguntó Laura—. Acabo de descubrir una cafetera y nuestras viejas tazas. Trajimos café instantáneo de nuestra otra casa.

—No sólo parece usted un ángel, sino que lo es por su temperamento. El café es una espléndida idea. Y el instantáneo me gusta mucho, dicho sea de pasada. Es prácticamente lo único que bebo. Estos días no hay tiempo para más.

—¿Dos niños que se ahogaron? —preguntó Richard, recordando las palabras de ella—. ¿Quiere decir que se suicidaron? ¿Dos hermanos?

—No quise hacerlo parecer peor de lo que es. Debieron de ir a nadar a hora muy avanzada de la noche..., alrededor de las tres de la madrugada. Parece como si hubiesen nadado hasta que les faltaron las fuerzas. O tal vez uno tuvo dificultades, y el otro murió al tratar de salvarlo. Esto es probablemente lo que sucedió.

—¿Eran adolescentes?

—Tenían nueve y cuatro años.

—¡Dios mío! —exclamó Richard.

Sarah Spry asintió tristemente con la cabeza.

—Ha sido terrible. Pero Hampstead ha tenido muchas experiencias terribles en el curso de los años. ¿Sabía usted que uno de mis primeros trabajos como reportero fue ir al Club de Campo a ver el cadáver del hombre que fue dueño de esta casa, de John Sayre? Pues sí. Y deje que le diga que fue un suicidio.

—Sí, lo sé —dijo Richard.

—Hable con su vecino de enfrente y se lo dirá. El viejo Graham Williams. Estaba allí aquella noche. Fue uno de los últimos en ver vivo a John Sayre.

—Graham es amigo mío —dijo él.

—Entonces tiene usted más buen gusto que la mayoría de la gente de esta villa.

Habían entrado en el grande y vacío cuarto de estar, y Sarah se sentó en el enorme sofá. Abrió el bolso y sacó la libreta de notas y la pluma.

—Hábleme de usted —dijo, abriendo la libreta—. ¿Le gustaba trabajar en *Papá está aquí*? ¿Qué piensa ahora de ello? ¿Volverá a trabajar como actor?

Él habló de *Papá está aquí*. Expuso el respeto que le inspiraba Cáster Oldfield, y su amor por Ruth Granden. No mencionó a Billy Bentley; no quería pensar en Billy Bentley.

—Bueno, esto suena muy bien —le dijo Sarah Spry.

Laura entró con tres tazas de café y se sentó en el sofá con la periodista.

Richard podía ver que estaba furiosa con Mrs. Spry por quedarse tanto rato, furiosa por haber dado a entender que él le había mentado. Sabía que estaba furiosa porque permanecía inmóvil y pasaba largos ratos sin pestañear. Laura no quería a nadie en casa.

—En cuanto a lo que hago ahora —dijo él—, creo que estoy tratando de revivir el pasado.

Pensó que había elegido mal las palabras, considerando lo que había estado hablando con Williams y Patsy; pero siguió describiendo su casa en Londres y lo que se había derivado de ella.

—Perdón —dijo Sarah Spry—, pero he perdido el hilo. ¿Quiere usted repetir lo que acaba de decir?

Laura balanceó una pierna, arriba y abajo, con una impaciencia que sólo Richard podía ver.

—Claro —dijo Richard—, pero temo que después tendremos que suspender la sesión. Laura y yo tenemos muchísimo que hacer...

Se interrumpió al ver que la periodista miraba fijamente su libreta y se ponía colorada.

—Perdón —repitió Sarah—. Parece..., parece que no...

Sonó el teléfono en la cocina.

## 5

Allí, en mitad de su libreta de notas, estaba lo que le había hecho perder el hilo de la entrevista. Sarah sabía que se estaba ruborizando, pero no podía evitarlo, como no había podido evitar en sus años ruborosos que cualquier alusión de un chico a sus cabellos rojos hiciese subir la sangre a sus mejillas. Contemplaba las frases, pero éstas no querían borrarse. *Supongo que trato de resucitar el pasado. Nadadores desnudos. Creo en las estructuras de estas viejas casas, y creo en los valores que expresan, y...*

Más abajo, en la misma página, con su pulcra y pequeña escritura, estaba el segundo error. Me educaron para ser arquitecto, pero, en realidad, no empecé a hacer el trabajo que me gustaba hasta que compramos nuestra primera casa en Londres. Estoy perdido. Aquella primera casa fue mi verdadera universidad. Tengo miedo. Mi negocio arrancó cuando unas cuantas personas...

Sarah dejó caer la pluma al suelo.

Nadadores desnudos.

Estoy perdido.

Tengo miedo.

Era como si aquellos dos niños perdidos, Martin y Tommy O'Hara, le hubiesen hablado directamente a través de la pluma. No había oído decir estas palabras a Richard Allbee; no las había escrito conscientemente: había habido un momento parecido a aquel en que se escapa una marcha, o en que la imagen se hace borrosa en la pantalla del televisor, y después otro momento semejante, y en estos dos momentos de confusión mental las palabras no pronunciadas se habían manifestado por sí solas a través de la pluma sobre el papel. *Perdido. Miedo*. Se inclinó para recoger la pluma, y tuvo la impresión de que la cabeza se desprendía de su cuerpo y observaba con fría indiferencia la mano que buscaba a tientas la pluma.

—Lo siento —dijo, y oyó que decía esto y vio que sus dedos se cerraban sobre la pluma—. Parece que estoy (*en apuros*)... Parece que tengo (*cierta dificultad en mantenerme serena*)...

Cuando sonó el teléfono, estuvo a punto de caer de rodillas para expresar su gratitud.

## 6

—A Patsy le ocurre algo —oyó Richard que decía Graham—. No sé qué, pero nos necesita, Richard. Créame, no le llamaría en un día como éste si no pensara que la cosa es grave.

—¿Algo como lo del sábado por la noche? —preguntó Richard, imaginándose a Patsy temblando y retorciéndose sobre un suelo extraño.

—No lo sé. No lo creo. No me pareció una cosa así. Pero necesita nuestra ayuda, Richard.

—¿Dónde está?

En la funeraria de Rex Road, junto a Post Road, después de la esquina del «Tack Room». «Bornley y Holland».

—Trataré de escaparme —dijo Richard.

Cuando volvió al cuarto de estar, Laura se había levantado del diván y estaba en la puerta de atrás con los dos muchachos.

—Todo ha sido descargado, Richard —dijo ella—. Una de las sillas del comedor tiene una pata rota, pero es el único desperfecto que he podido advertir.

Él miró a Sarah Spry, que estaba agarrando su pluma y se inclinaba sobre las rodillas como una estudiante de tercer año que tuviese que ir a lavabo. El rubor se había desvanecido de sus mejillas, y su marchito semblante parecía encogerse y mirar hacia dentro.

—Está bien —dijo Richard—. Si vemos alguna otra cosa, escribiremos a la empresa. Vosotros habéis hecho un buen trabajo.

Dio diez dólares a cada uno.

—Caballero, ¿está bien esa señora? —preguntó uno de los muchachos.

—Creo que sí. Aquí tenéis cinco pavos para el conductor, aunque no se los merece.

Los muchachos se marcharon, y él se volvió a la periodista.

—Siento tener que dar por terminada la entrevista —dijo—. Pero he de ir a la ciudad. ¿Tiene todo lo que necesitaba?

Ella asintió con la cabeza, apoyó las manos en las rodillas y se dobló un poco al levantarse.

—Sí. Tengo mucho material.

—¿Quiere descansar un poco antes de salir? ¿Puedo ofrecerle algo?

Ella sonrió.

—No, gracias.

—Me pareció que estaba...

Se interrumpió, pues no quería decir *trastornada*; entonces se dio cuenta de que *asustada* era la palabra más adecuada.

—¡Oh! Le pareció esto, ¿verdad? —dijo Sarah, sin dejar de sonreír—. Creo que la conversación de esta mañana me trastornó un poco. No fue tan agradable como ésta. No; estoy bien, Mr. Allbee. Y tengo que irme. La entrevista aparecerá en *la Gazette* del viernes.

Él la acompañó a la puerta de atrás. El camión de mudanzas se había ido, y una montaña de papeles castaños y de cajas de cartón rotas se alzaba junto al paseo de entrada. Al lado de la montaña parda y amarilla humeaban dos colillas de cigarro del tamaño de excrementos de perro.

Richard agitó la mano al subir ella al coche y después se volvió a Laura. Ésta estaba de pie a pocos pasos de él y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Una negra mancha de polvo dividía su frente.

—Es increíble que esa mujer viniese a entrevistarse el día de nuestro traslado. Si no te trata bien en su artículo, iré a su oficina y le quemaré la mesa.

—Bueno, la cosa terminó —dijo Richard. Se palpó los bolsillos para localizar las llaves del coche—. El momento no puede ser más inoportuno, pero, por lo visto, Patsy McCloud está en dificultades. Me ha telefoneado Graham Williams. Patsy está en una funeraria de Rex Road. No tengo más remedio que ir, y me gustaría que me acompañases.

—¿No puede Graham Williams resolverlo él solo? —Laura se miró las palmas de las manos y las frotó en sus *jeans* para quitarles el polvo—. Se diría que Graham y tú formáis la «Sociedad de Adoradores» de Patsy McCloud. Os pasáis toda la noche del sábado con ella, y ahora tenéis que correr para ayudarla a enterrar a su marido.

—Sé que parece extraño; sé que suena extraño e incluso que huele extraño, pero ella necesita ayuda. Estoy seguro. Quisiera que vinieses conmigo.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo ella—. Pero la verdadera razón de que esté molesta contigo es que has olvidado por completo tu regalo, y me pasé una semana buscándolo.

—¿Mi regalo? —preguntó estúpidamente él—. ¡Dios mío! Me habías comprado un regalo. Y yo lo había olvidado. Con los de la agencia de mudanzas, y después Sarah Como-se-llame, y después la llamada de Graham... Oh, Laura, lo siento. Lo siento de veras.

—Deberías sentirlo, amigo —dijo ella—. Lo escondí en una alacena de la cocina. ¿Tienes tiempo de verlo ahora, o tenemos que ir en seguida al encuentro de tu preciosa Patsy?

—Veámoslo primero —dijo él, rodeándola con un brazo y dirigiéndose a la cocina.

Laura se agachó y abrió una de las puertas inferiores de la alacena. Sacó una caja gris de un palmo y medio de altura.

—Espero que te guste —dijo, irguiéndose y ofreciéndole la caja—. Es un obsequio de la casa. Jamás había gastado tanto en un objeto.

Él tomó la caja y la dejó sobre un tablero. Pesaba menos de lo que, por alguna razón, había esperado. Levantó la tapa y miró de reojo a Laura. Todavía estaba un poco amoscada, pero aún más ansiosa de ver cómo reaccionaba él.

—Sobre todo, que no se te caiga —dijo.

Richard levantó el envoltorio de papel y metió la mano en la caja. Tocó una porcelana fría, de lisa superficie amarilla. Sus dedos encontraron la base cuadrada. Era hueca, y esto explicaba el poco peso del objeto. Apretó los dedos en la base y lo sacó de la caja.

Su sonrisa expectante se heló en su semblante. Sostenía una cabeza amarilla de dragón con las fauces abiertas. Dos cuernos brotaban de su frente plana, y un ala gruesa, como una ola congelada, se alzaba detrás de la cabeza.

—Es chino —dijo Laura—. Un dragón ornamental para el techo. El color significa que perteneció a un palacio imperial. Pensé que nos traería suerte.

—Sí —dijo él, casi incapaz de respirar.

—Ya veo que tu entusiasmo es grande. Mételo en la caja y lo devolveré en cuanto acabemos de desempaquetar las cosas.

—No —dijo él—. Quiero conservarlo. Creo que es muy hermoso.

—¿De veras?

—Sí. Me encanta. Sólo fue la sorpresa. Palabra. Me encanta.

—Pero veo algo extraño en ti.

—Recordé algo que me dijo Graham Williams... Por aquí estuvo un hombre al que llamaban *el Dragón*.

Era cuanto podía decirle a Laura sobre la noche del sábado.

—¿Lo conoció tu padre?

Esto le hizo sonreír.

—No; fue hace muchísimo tiempo..., cuando la fundación de Greenbank.

—Bueno, esto es otra cosa —dijo Laura—. Busquemos un sitio donde ponerlo.

Richard llevó la cabeza del dragón al cuarto de estar, y la puso sobre la repisa de la chimenea. Después abrazó a Laura. Una parte de su ser sentía que el caos había penetrado, que le habían franqueado la entrada, que la puerta de su sueño se había abierto y había entrado Billy Bentley como un vendaval, con los cabellos aplastados sobre la frente y la ropa empapada por la tormenta.

—¿Te gusta de veras? —preguntó Laura—. ¿No lo dices por cumplido?

Él sintió entre los dos aquella especie de cojín que era Bultito Allbee, el niño más sano del mundo.

—Me encanta —dijo—. Claro que sí.

## 7

Patsy había llegado a la funeraria todavía impresionada por la segunda llamada telefónica que había recibido aquella mañana. *Su marido viajaba a lomos del Dragón*. Estas palabras habían sido pronunciadas por una voz autoritaria de varón que, cuando la recordaba, era peor que todas las que podía imaginar. Alguien de fuera, alguien que no era simplemente una visión surgiendo de un libro, sabía su nombre y su número de teléfono... y sabía lo de Les sólo unas horas después de que se enterasen sus nuevos amigos.

Alguien de fuera..., alguien que caminaba por Charleston Road y miraba a sus ventanas..., alguien que había engendrado hijas llamadas Vergüenza y Pena y Anochecer.

Cuando abrió la pesada puerta del fúnebre salón, trató de alejar de su mente estas fantasías. Mr. Holland la estaba esperando, y su cara larga, al avanzar el hombre sudoroso sobre la alfombra, era un obstáculo a toda fantasía. Patsy sabía que, en realidad, era un hombre amable y nervioso, pero la Naturaleza o la herencia habían dado a Franz Holland la cara y la complexión de un villano de Dickens: cejas arqueadas y retorcidas, nariz puntiaguda, hombros encorvados. Siempre cubría su flaco esqueleto con ropas caras. Sus labios eran demasiado rojos para su pálido rostro. Quería que lo creyesen «civilizado» y «superior», y por eso adoptaba todos los amaneramientos que representaban para él la distinción. Le gustaba apoyar oblicuamente un dedo sobre el labio superior, o plantarse con las caderas erguidas y un pie ligeramente adelantado, o pasear con las manos cruzadas a la espalda. Al acercarse a Patsy sobre la gruesa alfombra, combinó ahora dos de estos ademanes, sosteniendo el índice izquierdo oblicuamente sobre el labio superior y manteniendo la mano derecha detrás de la espalda. Patsy pensó que parecía un pájaro pomposo suplicando silencio.

Al llegar junto a ella, Mr. Holland bajó lánguidamente la mano izquierda, la asió flojamente con la derecha e hizo una ligera reverencia.

—Mrs. McCloud, muchas gracias por acudir a nosotros —dijo, con agradable voz de barítono—. Recuerde que estamos aquí para facilitarle y hacerle menos doloroso este trámite. Como le dije ayer por teléfono, Mrs. McCloud, la última ceremonia que ofrecemos a nuestros seres queridos puede ser tan hermosa como las demás..., tan hermosa como un bautizo o una boda. Y, ahora, ¿ha traído un traje?

Ayer, Mr. Holland había asegurado a Patsy que, si bien las quemaduras de Les en el incendio que siguió al accidente no permitían un ataúd abierto, había quedado de él lo suficiente para ataviarlo con su traje predilecto.

—Esto nos consuela, ¿verdad, Mrs. McCloud? Mi padre solía decir que nos gusta pensar que nuestros seres queridos entran bien ataviados en la gloria, y nadie

como «Brooks Brothers» para conseguirlo. ¿Ha traído usted algún traje, camisa y corbata, que gustasen particularmente a Mr. McCloud...?

Patsy le entregó la bolsa de papel castaño que traía. Franz Holland se la puso bajo el brazo con la misma naturalidad que si hubiese contenido su almuerzo.

—Los padres de Mr. McCloud llegarán hoy, ¿no es cierto?!

—Sí —dijo Patsy—. Tomarán el avión de Connecticut en «Kennedy». Yo iré a recogerlos.

—¡Ah! —dijo Mr. Holland, inclinándose y cruzando las manos detrás de la espalda—. Desde luego, recuerdo muy bien al matrimonio McCloud. Acudieron a nosotros cuando el abuelo de su marido pasó a mejor vida, y creo que quedaron muy satisfechos de lo que hicimos por ellos. Lo cual nos lleva a una cuestión importante. ¿Ha pensado usted en la clase de ataúd que prefiere para los restos de su esposo?

La condujo, sin llegar a tocarle el codo, a una gran habitación llena de ataúdes apoyados en las paredes.

—Verá usted que tenemos una gran variedad, Mrs. McCloud —dijo, casi señalando las hileras de ataúdes abiertos—. Y estoy seguro de que convendrá con nosotros que, en estos materiales tan personales, la elección es crucial. Y si me permite preguntarlo, la señora es una Tayler, ¿verdad?

Patsy tardó un segundo en darse cuenta de que Mr. Holland se refería a ella.

—Sí.

—Mi padre y yo nos encargamos del entierro de la abuela de la señora. «Bornley y Holland» han trabajado con muchas generaciones de Tayler, Mrs. McCloud.

—Pero no con Josephine Tayler —dijo Patsy.

—¿Perdón?

—Ustedes no trabajaron con Josephine Tayler, ¿verdad? Era mi abuela. Tayler era su apellido de soltera; ella y mi abuelo eran primos lejanos. Ustedes enterraron a su marido, pero no a ella. A él lo metieron en una de sus cajas, pero a ella no.

—La abuela de la señora cayó enferma, ¿no? —preguntó Mr. Holland, retrocediendo un paso—. Fue un caso muy triste. La abuela de la señora era una mujer encantadora. Creo que se tomaron otras disposiciones.

Patsy no hubiese podido decir por qué sentía tanta hostilidad. Sí, se habían tomado otras disposiciones. La abuela de la señora era la loca del pueblo, y por eso su distinguido esposo la había metido en un manicomio durante la mayor parte de su vida.

El dedo había vuelto a su sitio sobre el labio superior.

—Es una historia trágica, Mrs. McCloud. Y, sin duda, las circunstancias la traen de nuevo a su memoria. Pero si algo nos enseña esta historia, señora, es que debemos velar por nuestros seres queridos lo mejor que podamos cuando ellos ya no son capaces de valerse por sí mismos.

—Quiero que mi marido sea incinerado —dijo Patsy—. Casi lo fue ya, ¿no es cierto? Quiero terminar la obra. Véndame el ataúd más caro que tenga y quémelo dentro de él.

Franz Holland se impresionó visiblemente.



—Creo que hay que considerar a los otros miembros de la familia...

—No pienso quemar a otros miembros de la familia, al menos por ahora —saltó ella—. ¡Sólo quiero incinerar a mi marido! Y si usted no quiere hacerlo, ¡buscaré otro que lo haga!

—Mrs. McCloud —dijo lastimeramente Holland, y en aquel momento, antes de perder ella completamente el control, le compadeció. A fin de cuentas, era un hombre sensible y, si hablaba de esta manera, era porque su padre se lo había enseñado—. Mrs. McCloud, como esposa del querido difunto, su deseo es soberano, y haremos lo que más le acomode. Pero, precisamente, pensando en usted, le pido que considere...

Patsy estuvo a punto de desmayarse. Mr. Franz Holland estaba muerto. La agradable y modulada voz de barítono brotaba de una boca rota, descolorida. El labio superior estaba rajado hasta la nariz, y vio la encía contraída y las raíces de los dientes sobresaliendo como venas hinchadas. La lengua estaba ennegrecida. La piel de Mr. Holland era seca y apergaminada, de color ligeramente pardusco. En algunos sitios parecía haber estallado, dejando unos agujeros mellados a través de los cuales veíase un horrible amasijo de órganos viscosos y purpúreos. Por último, Patsy vio que la criatura que estaba ante ella llevaba solamente una pechera y una corbata. La piel de las caderas se habían contraído alrededor de los huesos, y el pene se había encogido hasta desaparecer casi del todo.

Patsy chilló, al recobrar la voz.

La criatura dio un salto, y después alargó una mano.

—¡No me toque! —chilló Patsy.

La criatura retrocedió, arrastrando los pies muertos sobre la gruesa alfombra.

Esto era lo que había visto su abuela. Josephine Tayler había aguantado lo más posible, viendo a amigos y desconocidos que pronto iban a morir, como si sus cuerpos se estuviesen ya corrompiendo, hasta que no había podido soportarlo más y se había aislado del mundo. Mr. Holland moriría antes de un mes, y éste sería entonces su aspecto.

Aunque nadie lo vería cuando lo tuviese.

—Mr. Holland —dijo Patsy, con voz temblorosa y mirando la alfombra—. Lamento haber gritado. Estoy pasando por momentos difíciles. No se acerque, por favor. Le pido disculpas por mi arrebató. Temo estar un poco trastornada.

—Desde luego, Mrs. McCloud —dijo aquella voz grave, y Patsy se estremeció.

—¿Podría usar su teléfono? Debo llamar a un amigo para que me ayude. No; por favor, no se acerque a mí, Mr. Holland. Indíqueme solamente dónde está el teléfono.

Los pies esqueléticos y arrugados retrocedieron, y Patsy vio que una de las garras señalaba hacia el pasillo.

—Gracias —dijo—. Lo encontraré.

—Sobre la mesa de la alcoba contigua a la Capilla de Descanso —dijo aquella cosa, y Patsy pasó rápidamente por delante de ella, mirando al otro lado—. ¿Qué he hecho yo? —oyó que preguntaba él—. ¿Tanto la he ofendido? —Parecía a punto de llorar—. Naturalmente, si desea incinerar a su marido...

—Sí —le gritó ella—. Quédese donde está, Mr. Holland, por favor.

Vio la alcoba medio oculta detrás de una cortina de terciopelo rojo. Allí estaban la mesa y el teléfono. La guía se encontraba en el cajón de arriba de la derecha; buscó rápidamente el número de Graham Williams y le pidió que viniese lo antes posible.

—Sí, también Richard —dijo—. Los dos. Vengan y sáquenme de aquí.

## 8

Lo que ocurrió cuando llegaron los otros tres a la funeraria nada tuvo de extraordinario, y puede referirse en unas pocas palabras. Laura Allbee, que sabía de Patsy mucho menos que los otros, pareció comprender la situación en «Bornley y Holland» mucho mejor que su marido y que Graham Williams. Se dirigió inmediatamente a Patsy y la abrazó. Patsy rompió a llorar y, al cabo de un instante, Laura hizo lo propio. Richard y Graham se atrabancaron tontamente detrás de Patsy, dándole palmadas en los hombros y mirando vacilantes hacia Franz Holland, que parecía dudar entre quedarse o salir del salón de los ataúdes. Por fin, Richard se dispuso a hablarle, pero Laura le gritó al director de pompas fúnebres:

—No hay problema en lo de la cremación, ¿verdad?

—No, si éste es el deseo de Mrs. McCloud —dijo Holland—. Tomaré las medidas necesarias.

—Entonces, todo arreglado —dijo Laura. Se levantó, y Patsy se levantó también, pero siguió agarrada a ella—. Ahora podemos ir todos a casa.

Graham llevó a Patsy a Charleston Road, conviniendo en que iría a buscarla más tarde para ir a recoger el coche de ella.

—He tenido una visión a la manera de Josephine —le dijo Patsy—. Pero, al menos, sé que todos ustedes tendrán una larga vida.

—Josephine Tayler no pudo nunca saber cuándo morirían sus familiares o sus amigos —le dijo Graham—. Sólo desconocidos o personas a las que conocía poco. Pero gracias de todos modos.

A la mañana siguiente, Richard se dirigió a Rhode Island para su primera cita con Morris Stryker. Laura y él se despidieron con un prolongado abrazo después de su primera noche en su nueva casa, y con la promesa de ir a ver a Patsy McCloud cuando él regresara.

## 9

Dos noches más tarde, mientras Richard Allbee empezaba a confesarse que no podía soportar a su cliente, y que Morris Stryker también sentía probablemente muy poco afecto por su restaurador, Bobby Fritz seguía lamentando ante Bobo

Farnsworth y Ronnie Riggley la pérdida de su mejor cliente. Los tres estaban sentados en el compartimiento lateral de después del mostrador del «Pennywhistle Cafe», frente a dos jarras vacías en medio de la mojada mesa. Ronnie trazaba círculos en la cerveza derramada, y Bobby sabía —como había sabido o sospechado muchas veces— que aburría a Ronnie: ésta pensaba que era retrasado o estúpido, que era un patán, indigno de ser amigo de Bobo. Bobo sólo había entrado tres o cuatro veces en el «Pennywhistle», bar predilecto de Bobby en Hampstead y antaño también de Bobo, desde que su relación con Bobo era una cosa seria. Y dos de aquellas veces, lo había hecho estando de servicio.

—Me despidió, hombre —dijo Bobby, aunque sabía que ya lo había dicho hacía menos de cinco minutos.

—¿No crees que podrías pedirle que te devolviese el empleo? —preguntó Ronnie, sin dejar de trazar círculos en el charquito de cerveza.

Ronnie Riggley —pensaba él— era una de las mujeres más guapas que jamás había visto. Si su puntuación no era 10, era al menos 8 ½. No importaba un ardite que tuviese diez años más que él y que Bobo. Ni siquiera importaba que Ronnie no hiciese nada por parecer más joven. No hacía falta. Incluso cuando parecía cansada y apagada, como esta noche, Bobby sentía ganas de meterle mano; y cuanta más cerveza bebía, más ganas tenía de hacerlo. Aunque temía que ella se riese en sus narices si intentaba algo.

—No puedo suplicarle, Ronnie, ya él me despidió —explicó—. Pero me indigna pasar por allí con mi carretilla y ver el estado de su jardín. Allí crecen toda clase de hierbajos; allí hay alfalfa y hierbas silvestres, y pronto habrá retama del aguazal... No quiero pensar siquiera en lo que le ocurre a ese jardín.

—Pienso que Ronnie tiene razón, dijo Bobo, rodeándola con su brazo y causando a Bobby un exquisito dolor—. Ve y llama a su puerta. Dile lo mucho que te importa eso. Tal vez podáis llegar a un acuerdo.

—Un acuerdo, ¿eh? —dijo Bobby—. Si me acercase a su casa, probablemente me mataría de un tiro. ¡Jesús! Debe de tener muy buena puntería, ¿no? Mató a ese Starbuck con su pistola, ¿verdad?

—Al menos le encontramos con ella en la mano —dijo Bobo.

En realidad, aunque Bobo no quería decirlo, el doctor Van Horne se había convertido en una pequeña celebridad en la Jefatura de Policía de Hampstead. *Tortuga Turk* incordiaba a los jóvenes diciéndoles que deberían tomar lecciones de tiro de Van Horne.

—Pero los asesinatos han terminado, ¿no? —dijo Bobby.

Ronnie asintió con la cabeza; pero Bobo dijo:

—Starbuck era un ladrón, no un maníaco. Son demasiados los que creen que estamos a salvo. El día menos pensado, habrá otro asesinato. Espera y verás.

—Eso lo dices tú —dijo Bobby—. Yo digo que se acabó. Y ésta es, en parte, la razón de que los otros polis se sientan jodidamente dichosos, ¿eh? —Se golpeó la frente con la mano—. Perdona, Ronnie; debería cuidar más mi lenguaje. Pero esta noche no me encuentro bien.

—Has bebido mucha cerveza —dijo Ronnie—. No te lo censuro, pero te has bebido la mayor parte de estas jarras, y ahora la emprendes con la tercera.

—¡Caray, no estoy borracho! —exclamó, dándose cuenta de su tono agresivo.

Y se vio a través de lo que pensaba que eran los ojos de Ronnie Riggley: inmaduro, no demasiado brillante, borracho de cerveza.

—Bueno, os diré una cosa —dijo—. Si le veo alguna vez, quiero decir al doctor Van Horne, le hablare con toda cortesía (Ronnie le sonreía, y Bobby tuvo la súbita impresión de que podía enderezar las cosas) y le halagaré un poco, y le diré que cuidaré gratuitamente su jardín. Dos veces al mes. Servicio gratuito. Porque no puedo soportar que sé vaya al infierno de este modo. Y entonces, ¿qué apostáis a que me aceptará? Vaya que sí. Volverá a tomarme a su servicio.

—Estás como una cuba, tonto —dijo Bobo, estirando un brazo sobre la mesa para darle unas palmadas en la cabeza—. Ronnie y yo te llevaremos a casa.

—Trabajaré gratis. ¿No veis lo brillante que es esta idea? ¡No tendrá más remedio que aceptarme!

—Vamos —dijo Bobo.

—Sólo si puedo sentarme delante y al lado de Ronnie —dijo Bobby—. Y, a propósito, ¿cómo has conseguido una mujer así?

La expresión del rostro de Bobo le dijo que, a fin de cuentas, tal vez era verdad que estaba borracho.

La casita donde vivía Bobby con sus padres estaba en Poor Fox Road, aunque un antiguo concejal la había llamado «Hampstead's Appalachia». La calle discurría a lo largo de la ribera de lo que era un estuario en marea alta y terminaba antes de chocar con la estación de ferrocarril de Greenbank. La identidad del Poor Fox, fuese humano o canino, y lo que le había sucedido, había sido olvidado hacía mucho tiempo, pero el nombre seguía siendo adecuado. Poor Fox Road era la única calle de Greenbank que permanecía oculta, ya que para llegar a ella había que tomar una calleja inverosímilmente estrecha que arrancaba de Mount Avenue, frente a la entrada de Gravesend Beach, y seguir después junto al estuario hasta llegar a una serie de arruinadas casas de madera. Antaño, éstas habían sido dependencias de la Academia de Greenbank, pero ésta las había vendido después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora, un pintor chiflado y nada sociable vivía en una casa particularmente siniestra; un joven que trabajaba en una tienda de prendas de vestir de Rivenfront Avenue había alquilado otra; otra estaba desocupada desde hacía al menos cincuenta años, y la última pertenecía a la familia Fritz.

Al entrar en Greenbank Road, la idea de poner la mano sobre el muslo de Ronnie se hizo obsesiva en la mente de Bobby. No podía dejar de imaginarse lo que sentiría si acariciaba a Ronnie Riggley, y de preguntarse si ella sentiría lo mismo. Pero también sabía que, si cedía a su poderoso impulso, ocurrirían dos cosas: Ronnie vería confirmada la pobre opinión que tenía de él, y Bobo le echaría del coche y no volvería a dirigirle la palabra. Por consiguiente, dijo:

—Bobo, déjame a la vuelta de la esquina, por favor.

—¿Quieres hacer un poco de ejercicio? —le preguntó Bobo.

—Sí; quiero despejarme la cabeza antes de llegar a casa.

—Buena idea —dijo Bobo, y, en cuanto entró en Mount Avenue, detuvo el coche a un lado de la calle—. Ahí es donde ocurrió —dijo, señalando con la cabeza las luces de la casa de Van Horne, visibles entre los árboles.

—Bravo por él —dijo Bobby—. Lo digo en serio. Bravo por él.

Se apeó del coche y agitó una mano, mientras Bobo arrancaba y subía por Mount Avenue.

En cuanto echó a andar, Bobby se dio cuenta de lo borracho que estaba. Las orillas de Poor Fox Road parecían torcerse y enredarse, y a poco de entrar en ella se encontró con hierbajos hasta la rodilla.

—¡Oh, desdichado de mí! —exclamó, y retrocedió hasta la calzada.

Sus pies le condujeron al otro lado de la calle, y entonces se irguió y se esforzó en avanzar en línea más o menos recta en dirección a su casa. Por un instante, vio dos lunas en lo alto y dos calles delante de él, pero frunció los párpados y juntó las dos imágenes. Dos jarras y media de cerveza zumbaban en su sangre; dos jarras y media de cerveza nublaban su cabeza.

Repentinamente, sintió unas ganas terribles de orinar.

—Señor, señor, señor —canturreó.

Se volvió hacia las matas del borde de la calle, descorrió la cremallera del pantalón y sacó el miembro justo a tiempo. El pipí describió un amplio cerco entre los hierbajos y los troncos de los árboles. Sintió una humedad creciente en la pierna derecha.

—Mierda —dijo, y, cerrando la cremallera, volvió de nuevo a Poor Fox Road.

La luna parecía dos veces más grande de lo debido. Era una esfera hinchada y podrida que se abalanzaba sobre él. Una luz fría caía de la enorme luna en su dirección: sintió que la mancha de la pernera derecha se enfriaba hasta el punto de congelación.

La luz de la luna parecía quebrarse sobre su piel. Poor Fox Road tenía un brillo sobrenatural. Bobby vio las sombras perpendiculares proyectadas por piedras sobre la calzada. Después vio una cara en la luna. Una cara tosca y burlona, de crueldad inhumana. Bobby levantó las manos, como si éstas pudiesen protegerle del terror anunciado por aquella cara horrible, y vio, bajo aquella luz, que parecían cubiertas de un vello de plata.

La luna se acercó a su propia cara y murmuró: *Mira hacia abajo*.

Bobby miró hacia abajo. Fluía en la calle una perezosa corriente de sangre, lamiéndole los zapatos. Le envolvía su olor...; la calle apestaba como una carnicería. Como ahora estaba tan cerca la cínica luna, la lenta corriente de sangre era negra.

*Mira hacia arriba*, susurró la luna en aquel mundo negro y blanco, y Bobby levantó la cabeza. Vio árboles de plata, hojas negras, una comba negra y plateada en la calle.

*Él viene*, sopló la luna en una ráfaga de viento hediondo, y abrió su hinchada boca e hizo una mueca.

Bobby oyó pisadas a través de la corriente de sangre. Trato de retroceder, y una enredadera empapada en sangre restalló desde el borde de la calle y se enroscó en su tobillo, haciéndole caer en la fría y lenta corriente.

*Vengo*, susurró la luna en su cogote, y Bobby se puso trabajosamente en pie. Tenía las manos negras de sangre; los *jeans* se pegaban a sus piernas.

No podía moverse en aquel mundo negro y blanco, en aquel mundo de plata. La loca idea de que toda aquella sangre de la calle era suya se abrió paso en su mente: estaba muerto, aunque no había muerto todavía.

Sabía que algo horrible avanzaba en su dirección, y se dispuso a hacerle frente, levantando los puños.

Casi sintió desilusión cuando nada más espantoso que un hombre dobló la plateada esquina. La luna cabalgaba pesadamente detrás de él, y Bobby no podía verle la cara. Ésta y toda la parte de delante del cuerpo eran como un manto de negrura.

—No te acerques —dijo Bobby, con voz débil y estridente.

Una voz conocida dijo:

—¿Estás bien, muchacho? Bueno, creo que te has divertido demasiado.

La negra figura avanzó de nuevo, y Bobby vio que ningún río de sangre bajaba por la calle. Su propia orina pegaba los *jeans* a una de sus piernas. A la luz de la luna, sus manos dejaron de ser negras, sólo estuvieron pintadas de plata. Él hombre que avanzaba hacia él era alguien en quien confiaba.

—Has bebido mucha cerveza esta noche, ¿verdad, Bobby? —preguntó el hombre, y entonces levantó la cabeza y Bobby vio los cabellos blancos y la cara cortés del doctor Wren van Horne.

—¡Oh! Precisamente estuve hablando de usted, doctor —dijo Bobby, con voz más fuerte de lo necesario—. En serio. ¿Y sabe qué dije? Bravo por él. Eso dije: bravo por él, y también entonces hablaba en serio.

—Gracias.

El médico se acercó despacio a Bobby bajo el chorro de luz de la luna.

—No hay pájaros —dijo Bobby—. ¿Se ha dado cuenta? Ningún ruido de pájaros. Generalmente, se oye algún buho, si se viene aquí de noche.

—¡Oh! Ahora los buhos están muertos —dijo el doctor Van Horne, avanzando hacia Bobby en medio de la calle iluminada por la luna.

—No se burle. He visto muchos pájaros muertos en mis jardines, ¿sabe? Cada día un par más... Me repugna aplastarlos con mi máquina segadora, ¿sabe? Produce un ruido terrible. —Entonces se formó una asociación de ideas en la mente de Bobby, y prosiguió—: Esto me recuerda lo que quería decirle. Doctor Van Horne, no puedo soportar ver su jardín arruinado de este modo. Deje que venga a cuidarlo gratuitamente durante una pequeña temporada.

Ahora el doctor Van Horne estaba sólo a dos o tres palmos de Bobby en la estrecha calle. Bobby podía ver una aureola de cabellos de plata destacando contra la todavía enorme esfera de la luna, pero la cara del médico volvía a ser una plancha negra en la que flotaban manchas de un negro más denso.

—¿Qué dice usted? —preguntó.

Y retrocedió, porque el hedor a cloaca y a podredumbre lo envolvía de nuevo, y era todavía peor, era el olor de algo muerto en una espesura y que semanas más tarde es encontrado por una pala y derrama su hedor casi líquido.

—¿Quieres trabajar para mí? —le preguntó el doctor Van Horne.

Bobby retrocedió y sintió que la corriente de sangre le lamía los tobillos. El doctor Van Horne le tendió la mano y llevaba en ella una pequeña hoja curva de acero. Antes de que Bobby pudiese reaccionar, la hoja cortó el aire y se clavó en su cuello debajo de la oreja izquierda. El médico movió rápidamente la hoja hacia abajo y hacia un lado, y un enorme chorro de sangre brotó del cuello de Bobby.

Bobby cayó de rodillas. No sintió el menor dolor; lo único que sentía era el calor y la dulzura de la sangre que corría por su cuello y por su pecho. Toda la vida, ¡saliendo a borbotones de él! El doctor Van Horne golpeó de nuevo, y esta vez sintió Bobby un gran dolor, porque el médico le había cortado un trozo de la oreja izquierda. Bobby levantó una mano, sin poder creer que aquello le ocurriese a él, y el pequeño y curvo bisturí se hundió entre los dedos índice y medio y le abrió la mano. El bisturí se retiró una vez más, y el corazón impulsó sumisamente otro chorro de sangre, y Bobby perdió el conocimiento un momento antes de que el doctor Van Horne le rajase la mejilla izquierda.

Bobby Fritz, el excelente Jardinero de Greenbank, se dobló hacia delante y se hundió en una enorme oscuridad. El doctor Van Horne le dio la vuelta, le arrancó la camisa y empezó a arreglar lo que había debajo de ella. Abrió el pecho de Bobby, descubrió las costillas, las separó, desprendió la materia que envolvía el corazón y extrajo éste. Lo puso en la mano que había rajado. Después desabrochó el cinturón de Bobby y le bajó los *jeans*. Finalmente, le cortó el pene y los testículos y los puso en la mano izquierda del muerto.

Todo esto lo había hecho ya dos o tres veces con anterioridad y volvería a hacerlo otras tres. Después no habría más víctimas.

Arrastró el desfigurado cuerpo de Bobby hasta la zanja llena de hierbas de la orilla de Poor Fox Road. Cuando estuvo bien oculto, sacó una hoja de papel del bolsillo de la cadera y la introdujo en el pecho de Bobby. La hoja y la poesía escrita en ella, en caracteres tan anónimos que habrían podido ser impresos por una computadora, no fueron descubiertas hasta varias horas después de ser encontrado el cadáver, lo cual ocurrió al cabo de dos días, el 13 de junio.

Fue un cartero quien encontró a Bobby Fritz. Roger Slyke recorría todas las mañanas la mayor parte de Greenbank en una furgoneta azul y blanca, y después pasaba casi toda la tarde en la central de Correos de Tampstead, clasificando la correspondencia. Desde hacía dos o tres días, se sentía extrañamente desorientado: le dolían las muelas, le zumbaban casi constantemente los oídos y a veces se daba cuenta de que iba a echar alguna carta en un buzón equivocado. Y se preguntaba

cuántas veces lo habría hecho sin advertirlo en los dos últimos días. El miércoles por la mañana, cuando hubiese debido girar hacia Charleston Road, se encontró con que se había desviado de su ruta y estaba en Oíd Sarum Road, sin tener la menor idea de cómo había llegado allí.

El mediodía del viernes, 13 de junio, Roger Slyke había recorrido todo el trayecto hasta el final de Poor Fox Road, sólo para entregar una carta de la campaña presidencial a Harold Fritz, que era demócrata de toda la vida, pero no se habría levantado de la cama para ir a votar una vez más. En el camino de regreso, empezó a darle vueltas la cabeza y tuvo el desagradable sentimiento —un profundo sentimiento de miedo y de que algo andaba mal— que le acometía a veces cuando miraba la casa deshabitada entre la de Fritz y el lugar donde el muchacho tenía aquel montón de coches destrozados. Roger detuvo la furgoneta del correo. Había percibido un hedor espantoso. Por un instante, tuvo la seguridad de que había visto, en pleno día, que la luna le hacía muecas. Entonces saltó de la furgoneta y se agarró la cabeza, que parecía que iba a estallar.

Pero no había echado el freno, y, mientras sostenía su atribulada cabeza, la furgoneta se deslizó unos centímetros y rodó dentro de la zanja. Volcó sobre un costado y cientos de cartas cayeron entre las matas.

Roger miró con ojos enrojecidos y dijo: «¡No!» Se acercó a la zanja y miró hacia abajo, meneando la cabeza. Después de asegurarse de que no estaba llena de ortigas —llevaba pantalones cortos—, saltó dentro de la zanja. Se acercó a la furgoneta y la empujó. Con la ayuda de otro hombre, podría levantarla. Se arrodilló y empezó a recoger las cartas y los periódicos desparramados entre los hierbajos. De pronto, aquel olor a zarigüeya aplastada se hizo más fuerte que nunca, y, al mirar entre la verde maraña de vegetación, vio la cara de Bobby Fritz inmovilizada en una mueca. Roger Slyke lanzó un grito, salió a toda prisa de la zanja y corrió hasta la entrada de Gravesend Beach. Allí había un teléfono en la caseta del guarda. Cuando la Policía encontró la poesía en letra de imprenta en el pecho de Bobby Fritz, descubrieron que varias cartas de Roger se habían deslizado hasta allí. Las cartas apestaban también, pero Roger Slyke las entregó al día siguiente.

La Policía del Estado no reconoció el poema, como tampoco los policías de Hampstead.

Que no confíe el rico en su tesoro,  
Pues la salud no comprará con oro.  
Incluso el médico ha de fenecer;  
Todo está hecho para perecer.  
Llega la plaga sin dejarse oír;  
Estoy enfermo, tengo que morir...  
¡SEÑOR, TEN PIEDAD!  
La belleza no es más que una exquisita  
Flor que pronto se arruga y se marchita;  
La brillantez se apaga en las estrellas;  
Han muerto reinas jóvenes y bellas;



La mirada de Elena vi extinguir;  
Estoy enfermo, tengo que morir...  
¡SEÑOR, TEN PIEDAD!  
En la tumba el vigor de los humanos  
cesa, y es Héctor pasto de gusanos;  
nada puede la espada contra el sino;  
Abierta está la puerta del destino;  
¡Ven, ven!, tañen campanas al gemir:  
Estoy enfermo, tengo que morir...  
¡SEÑOR, TEN PIEDAD!

Nadie pudo identificar este poema hasta que se le ocurrió a Bobo Farnsworth llamar a su antigua maestra, Miss Threadgill, que era ahora directora del departamento de Inglés en «J. S. Mills».

—¿Desde cuándo te interesa la poesía inglesa, Bobo? —le preguntó.

—Sólo este poema, Miss Threadgill —dijo él.

—Lo que me has leído es la segunda, tercera y cuarta estrofas de un famoso poema de Thomas Nashe titulado *En tiempos de peste*. Nashe fue, en general, un escritor bastante febril y violento, el más grande folletista isabelino. Tenía predilección por lo grotesco

—*En tiempos de peste*, de Thomas Nashe —dijo Bobo—. Gracias, Miss Threadgill.

—¿Qué diablos estáis haciendo en la Comisaría de Policía? —preguntó Miss Threadgill.

Y Bobo le respondió que ya lo leería en los periódicos.

## 11

El lunes siguiente, las estrofas de Thomas Nashe aparecieron en la primera página de la *Hampstead Gazette*; pero ya habían sido publicadas en un artículo de la Sección Metropolitana del *New York Times* titulado *¿El Destripador de Connecticut?* Al lado del artículo aparecían fotografías de Stony Friedgood, Hestar Goodall y Bobby Fritz.

En una larga conversación sostenida con Patsy McCloud el martes por la noche, Graham dijo:

—Es poesía, ¿no lo ve? Se refiere deliberadamente a Robertson Green, al *Príncipe Green*. El padre del joven Green afirmaba que había sido corrompido por la poesía. Y hubo un periódico que publicó un artículo sobre el *Destripador Poeta*. Quiere que lo sepamos, Patsy. Quiere que sepamos quién es.

Durante toda esta conversación, Graham Williams oyó el rumor de las alas del dragón: lo oyó mientras Patsy le hablaba de su matrimonio; lo oyó en el título de la poesía de Nashe, en la primera página de *la Gazette*; lo oyó especialmente en una lista de nombres de niños consignados en otro artículo de *la Gazette*,

La noche del 13 —del viernes 13, día en que Roger Slyke encontró por casualidad el cadáver de Bobby Fritz—, Richard Allbee telefoneó a Laura desde Providence; le dijo que tenía más problemas de lo que esperaba en lo referente a su empleo y que tendría que quedarse cuatro o cinco días más, o quizás una semana, en Rhode Island. Laura le respondió que no se preocupase por ella, que estaba bien, que lamentaba que tuviese dificultades, pero que sabía que las resolvería. Añadió que todo estaba tranquilo en Richmond.

Laura no podía hablarle de Bobby Fritz, porque no se enteró del descubrimiento de la tercera víctima del asesino hasta la mañana siguiente, cuando Ronnie Riggley la llamó para darle la noticia. Sin embargo, habría podido decirle, y no se lo dijo, que otros cinco niños habían seguido el ejemplo de Thomas y Martin O'Hara y se habían ahogado. Ésto había ocurrido la noche del 11, la misma noche en que Bobby Fritz había sido muerto y mutilado y escondido en una zanja de Poor Fox Road; y no se lo dijo porque pensó que esto le preocuparía y se inquietaría por ella, y no quería causarle más preocupaciones. Laura había leído el primer artículo sobre los cinco niños en *la Gazette* del viernes, y sus nombres aparecieron de nuevo en el periódico del lunes, que Graham Williams y Patsy McCloud abrieron sobre la mesa.

Dentro de lo que se conoce hay siempre un profundo elemento desconocido. Nadie de *la Gazette* lo dijo en letra impresa, pero la población estaba aterrada: la pesadilla de unas muertes sin relación entre ellas no había terminado a fin de cuentas, y parecía que había empezado un ciclo todavía peor. Nadie de *la Gazette* quería hacer más que relatar los hechos, escribir lo que se sabía: esto era todo, pensaban.

Y éstos eran los hechos conocidos. En la noche del 11 de junio, o a primeras horas de la mañana del jueves, 12, tuvieron lugar los singulares sucesos: un muchacho de doce años llamado Dylan Steinberg se metió en el agua en Sawtell Beach, después de dejar su ropa cuidadosamente doblada debajo de sus zapatos sobre la arena, había nadado hasta que el cansancio le había impedido ir más lejos, y entonces se había hundido y ahogado; separadamente, dos niños llamados Monty Sherbourne (hijo del director de la «J. S. Mill's Middle School») y Annette Cowley (hija de un cronista de viajes del *Times*), de siete y trece años, respectivamente, se ahogaron con la misma loca deliberación en Gravesend Beach; y un niño de cinco años de Redhill, llamado Hank Hawthorne (hijo de un ejecutivo de Milburn, Nueva York), saltó de la cama en mitad de la noche, se quitó el pijama y lo arrojó sobre el lecho, bajó la escalera, abrió la puerta y se ahogó en la poco profunda piscina del jardín. Esto era cuanto sabían la Policía y los reporteros de *la Gazette*; habrían podido añadir que no hacía falta describir el efecto de esta información sobre la población de Hampstead. Era evidente: no estaba impreso en el periódico, pero sí en las caras de los que compraban salsa para espagueti o lechugas en «Greenblatt's» o de los que compraban papel, o simplemente contemplaban la gran batalla de televisión en «Anhelt's» de Main Street.

Pero incluso allí había un profundo elemento desconocido. Los que compraban comestibles en «Greenblatt's» o artículos de escritorio en «Anhelt's» podían saber que los padres de los niños muertos estaban desconsolados, emocionalmente

trastornados, traumatizados; Hampstead era una población experimentada, y aquellos compradores podían predecir que algunos padres recurrirían a la psicoterapia y otros a los tribunales de divorcio. Y siendo gente elocuente y de experiencia, habrían podido describir los sentimientos de culpabilidad que debían de sufrir aquellos padres; habrían especulado sobre cultos y fases de la Luna y manchas solares (como pronto haría Sarah Spry); habrían mencionado otros casos de histerismo infantil colectivo, como parecía ser el actual, y, si tenían hijos, les habrían encerrado en sus habitaciones por la noche o les habrían llevado a la ciudad para que estuviesen seguros. Pero probablemente nadie, salvo Mikki Zaber O'Hara —y posiblemente Sarah Spry—, habría adivinado que Mrs. Shernourne y Mrs. Francis y Wendy Hawthorne, de Redhill, habían soñado, la noche del suicidio de sus hijos, que consolaban a sus mojadas criaturas, metiendo los helados cuerpos en su cama y estrechándolos sobre el pecho, dándoles palmadas en la espalda y sacudiendo arena de su torso.

## 12

Cuando Richard habló con Laura el viernes por la noche, no tuvo que decirle que su cliente era la causa de los problemas que le retendrían en Providence, pues, cuando había algún problema, era generalmente el cliente quien lo provocaba. Laura sabía esto, y había visto a su marido triunfar de clientes que no acababan de decidirse, que cambiaban de idea en mitad de la transacción o que pensaban que ellos mismos podían hacer mejor el trabajo. Richard no había contraído amistad con todos sus clientes, pero al menos estaba en buena relación con todos ellos. Laura sabía todo esto, pero no conocía a Morris Stryker. Morris Stryker había destruido la mayoría de las esperanzas de Richard, y éste había empezado a pensar, el viernes por la noche, que Stryker le derrotaba.

La cosa había empezado mal, y tal vez este principio había dado origen a todos los contratiempos subsiguientes. La primera impresión de Richard sobre Morris Stryker era que se parecía mucho al conductor de camión que había dejado una montaña de cascotes en medio del paseo de entrada de su casa. Stryker era grueso y fofo, y estaba siempre acariciando un cigarro con los labios; Stryker era un bruto que había aterrorizado a su secretaria y acobardado al contratista de la obra, Mike Hagen, que ahora asentía a cuanto decía él. Y, por su parte, Stryker pensó que Richard era un simulador: había esperado que fuese inglés.

Richard había descubierto esto tres días atrás, cuando había ido a la obra por primera vez. Había llegado a Providence por la I-95, había tomado habitación en el hotel, se había lavado y mudado de ropa, y se había dirigido en su coche a Collega Street. Stryker y Mike Hagen estaban ya allí, sentados en el asiento de atrás del «Cadillac» de Stryker. Cuando Richard se apeó de su coche y cruzó la calle, mirando la deliciosa pero estropeada mansión del siglo XVIII que debía restaurar, Stryker y Hagen bajaron del «Cadillac» para recibirlo. Él supo inmediatamente quién era el

contratista y quién era el cliente, pues Stryker llevaba un traje azul claro, camisa azul marino, zapatos blancos y una cadena de oro alrededor del cuello. Los contratistas, según sabía Richard por experiencia, solían vestir de una manera que parecía que se hallasen en su elemento en los camiones de transporte.

—¿Allbee? —preguntó el grueso Stryker—. ¿Mr. Allbee?

—Sí. Me alegro de conocerle, Mr. Stryker. —dijo Richard—. Veo que tendremos que trabajar en una magnífica casa georgiana.

—Sí, Mr. Allbee —dijo Mr. Stryker—, se tratará de un trabajo a nuestra medida.

Luego le miró de un modo extraño.

—Le presento a Mike Hagen, encargado de la obra. Mike y yo fuimos juntos al colegio, aquí, en Providence.

—Hola —dijo Hagen, plantado detrás de Stryker, con las manos en los bolsillos.

—Bueno, Mr. Stryker —dijo Richard—, va a ser un proyecto muy interesante. Ofrece grandes oportunidades para emplear técnicas modernas, por ejemplo,, en la pintura.

Richard pensaba a toda velocidad, imaginando los pigmentos que emplearía para dar más brillantez a un interior del siglo XVIII.

—¡Eh! Usted no es inglés —dijo inopinadamente Stryker—. Tenía entendido que lo era.

—Nací en Connecticut —dijo Richard—. Mi esposa y yo vivimos doce años en Londres, y allí empecé a hacer trabajos de restauración. Probablemente fue ésta la causa de que usted creyese que era inglés.

—¡Toby! —gritó Stryker, volviéndose al «Cadillac»—. Ven inmediatamente, Toby.

Un hombre pálido y rubio abrió la portezuela y se quedó nerviosamente plantado junto al automóvil.

—No es inglés, Toby —dijo Stryker, bajando el tono de la voz.

—¿No? —chilló Toby—. Yo pensaba que lo era. Quiero decir que..., es de Londres, ¿no?

—Mr. Allbee sólo trabajó allí, Toby. Es de Connecticut, y tú hubieses debido averiguarlo, ¿no es verdad, Toby?

—Sí, señor —dijo Toby.

Mike Hagen seguía plantado con las manos en los bolsillos, sin mirar nada ni a nadie. Conocía muy bien a Morris Stryker.

Stryker meneó la cabeza, se inclinó y escupió el cigarro.

—Pero trabajó en Inglaterra, ¿eh? —preguntó a Richard.

—Hasta ahora, todo mi trabajo lo he hecho en Inglaterra.

Stryker meneó de nuevo la cabeza.

—Bueno, será mejor que entremos —dijo, y miró fijamente a Richard—. Pensaba que era inglés, ¿sabe?, y que sólo había venido a Connecticut para trabajar en este país. Yo quería un inglés.

—Puedo hacer que su casa parezca tan inglesa como quiera —dijo Richard, y esto fue un error.

Era el sábado 14 de junio, una semana después del robo frustrado en la casa Van Horne, y Tabby Smithfield se despertó en mitad de la noche, confuso y sintiendo de algún modo que el tiempo se le escapaba. Tenía que darse prisa, debía correr, no sabía adonde. Se levantó jadeando de la cama y buscó su ropa. Llegaría tarde al colegio..., llegaría tarde a una cita con su abuelo. Se puso los *jeans* y la camisa de día, pasándola por encima de su cabeza. Se anudó los zapatos de carreras en la oscuridad. Sabía que no podía hacer ruido; su padre estaba en la habitación de abajo con Berkeley Woodhouse, y se pondría furioso si Tabby le molestaba.

Berkeley Woodhouse era la mujer a quien había visto Tabby con su padre, antes de tener aquella serie de visiones en la biblioteca. Clark la había invitado a «Cuatro Corazones» para cenar, y ella había dado un beso a Tabby que le había dejado una marca de lápiz de labios en la mejilla. Clark y Berkeley estaban ya borrachos cuando llegaron a la casa y se emborracharon aún más durante la cena. Ella habló de su marido divorciado, y él habló de Sherri. Berkeley no había parado de estirar el brazo sobre la mesa para asir la mano de Tabby. Inmediatamente después de cenar, Clark había encendido la televisión y llevado a Berkeley arriba. La orden estaba clara.

Pero ahora, Tabby tenía que salir de casa, tenía que emprender su camino. Su abuelo lo estaba esperando, y Dicky Norman lo estaba esperando, y también Gary Starbuck.

Salió de su dormitorio, consciente de que algo andaba mal en su pensamiento; pero tenía demasiada prisa y estaba aún demasiado adormilado para saber lo que era. Bajó rápidamente la escalera. La casa estaba completamente a oscuras. Abrió la puerta principal y salió a la luz de la luna más brillante que había visto en su vida.

Su abuelo lo estaba esperando. No; lo estaba esperando otra persona.

Miró hacia arriba y hacia atrás, al sitio donde debía estar la luna, y vio la cara de Gary Starbuck bajando en su dirección. «¡CORRE! —le ordenó Starbuck, adelantando su enorme cara blanca a través de millones de kilómetros de aire vacío—, ¡CORRE!»

La cara de Starbuck estaba muerta, muerta como las montañas de la Luna, y tenía el color del queso blanco.

Tabby corrió, huyendo de la Luna que tenía la cara de Starbuck.

Salió de Hermitage Road y dobló la esquina de la larga cuesta descendente de Beach Trail. Su impulso le lanzó hacia delante y, durante unos segundos, que le paralizaron el corazón, pareció que volaba sobre el suelo como en un salto de esquí. Después, sus pies tocaron de nuevo la calzada y se afirmaron en ella, y corrió Beach Trail abajo. Éste parecía bajar en línea recta y no estar revestido de asfalto, sino de barro resbaladizo. Cuando uno de sus pies tocaba el suelo, resbalaba locamente y tenía que esforzarse en mantener el equilibrio hasta poner el otro pie delante de él, y entonces empezaba de nuevo toda la maniobra.

Al correr velozmente hacia la casa de Graham Williams, la vio envuelta en un rojo resplandor. Siguió avanzando y bajando; la pendiente parecía mucho más fuerte de lo que él sabía que era. Había un enorme círculo quemado en el césped donde había arrojado la radio de Starbuck siete días antes, y una raya de hierbas

chamuscadas y todavía encendidas conducían directamente desde aquel negro círculo hasta la puerta principal. Tabby se acercaba más y más a la casa del viejo, incapaz de detenerse o de salir de Beach Trail, y veía que el resplandor que envolvía la casa lanzaba rojos destellos.

Detrás de él, la luna-Starbuck soplabla en su dirección y casi le derribaba con su aliento.

Ahora podía ver el interior de la casa resplandeciente, podía ver todas sus habitaciones. Los libros revoloteaban perezosamente como alcotanes en el cuarto de estar, y un diablo de historieta infantil estrangulaba a Graham Williams en el dormitorio de arriba. Al acelerar Tabby su carrera, realmente incapaz de detenerse, el diablo, que era rojo y tenía cuernos y gruesa cola de saurio, apretó aún más el cuello de Graham y se volvió de lado para mirar a Tabby. Sonreía. Su cara era enorme, y una lengua larga como un bate de béisbol pendía de su boca y bailaba y se enroscaba. Su grueso pene estaba dividido en dos púas erectas y vibrátiles. El diablo retorció la cabeza de Graham y levantó el cuerpo para mostrar a Tabby que estaba inerte.

Tabby gritó, pero su grito se extinguió detrás de él, y se encontró subiendo hacia Mount Avenue, con grandes esfuerzos para sostenerse en pie. El aliento muerto de la Luna le golpeaba la espalda y le hacía volar sobre Mount Avenue.

Cuando pasó por delante de la histórica lápida delante de los muros de la Academia de Greenbank, aquella se alzó del suelo como una losa sepulcral con goznes, y el murciélago de fuego se alzó volando del suelo. El murciélago de fuego se cernió sobre el veloz Tabby Smithfield, lo miró con ojos vacíos y remontó su vuelo. Tabby lo vio alejarse rápidamente, blanqueado su fuego por la helada luz de plata de la Luna. El murciélago agitó las alas sobre la casa Van Horne, y voló sobre el agua. Tabby vio que se dirigía hacia Mill Pond.

Desde luego, no podía ver Mill Pond, que se hallaba a kilómetro y medio de distancia; además, había árboles y casas que se interponían en su campo visual. Pero, al saltar o ser impulsado sobre la valla del breve camino hacia Gravesend Beach, observó dos zonas que brillaban como si estuviesen ardiendo. Estas zonas estaban más o menos equidistantes de él, y ninguna de ellas era normalmente visible. Lejos, a su derecha, el murciélago de fuego se posaba sobre la lengua de tierra llamada Shrink's Row, Kendall Point tenía también un fulgor rojo. Tabby miró a la derecha, y vio que las alas del murciélago rozaban las cimas de las lindas casitas de madera y que surgían llamas de debajo de los aleros; miró a la izquierda, y vio que toda Kendall Point resplandecía como un hierro al rojo.

Entonces bajó hacia la playa a la luz normal de la Luna. El cielo estaba un poco enrojecido sobre las copas de los árboles de la derecha, pero no podía ver las llamas.

Tenía la impresión de que, durante los últimos diez minutos, se había movido en una loca pesadilla. Miró con inquietud la Luna, que ya no se parecía en nada a Gary Starbuck. Se detuvo en el estrecho camino de la playa. El aire se había inmovilizado también a su alrededor. El suelo era sólido. Aquel matiz rojo sobre las copas de los árboles que le separaban de Shrink's Row podía proceder, pensó, de un coche de la Policía.

No creía que aquellas casas estuviesen ardiendo, como no creía que un enorme murciélago de fuego hubiese salido del suelo, debajo de aquella lápida.

Tabby miró una vez más aquella rojez, desafiándola a manifestarse en verdaderas llamas, y después siguió el camino hacia la playa. «Espera un momento – pensó—. ¿Por qué voy por este camino? ¿Por qué no vuelvo a casa?»

—¿Crees realmente que podrás dormir? —se preguntó en voz alta—. *No podrás hacerlo en una semana. Además, tengo que...*

Tienes, ¿qué?

...que ir al agua.

¿Para qué?

Para verla.

Tenía que ir al Sound y mirar el agua. Sencillo, ¿no? Y todo lo demás que había ocurrido —Gary Starbuck, el diablo, Graham Williams y el murciélago de fuego— habían sido pequeños incidentes e incitaciones para traerlo hasta aquí, donde sólo tenía que andar una veintena de metros para llegar a la arena y poder echar un buen vistazo al mar.

Desde donde estaba podía ver una larga y negra franja de agua. No quería acercarse más a ella.

Por favor.

El invento lo empujaba hacia delante, soplando detrás de él.

Por favor.

Como quieras.

Una parte de él quería ver lo que iba a pasar allí; otra parte de él quería descubrir cual sería el último acto de la función de esta noche.

Avanzó, y el viento jugó con sus cabellos y agitó su camisa. Se le encogió el estómago y, por un momento, temió que iba a vomitar. Dio otro paso adelante y después caminó resueltamente hasta el muro de contención del fondo de la zona de aparcamiento, saltó y cayó con ambos pies sobre la arena. Ahora estaba en territorio del *Dragón*.

Miró hacia arriba. La Luna se había retirado y el mundo estaba tranquilo. Lejos, a su derecha, el cielo conservaba su rojo matiz sobre los árboles. A su izquierda, estaba la curva de la playa y, después, la serie de pequeñas playas particulares, marcadas todas ellas con una hilera de losas verticales como lápidas de tumbas. La última de estas playas, que se adentraba en el agua al pie de una colina boscosa, había pertenecido antaño a su abuelo. Olitas oscuras salpicaban de espuma el borde de la arena.

El único ruido audible era el susurro de las ondas. La brisa le empujaba suavemente desde atrás; el murmullo de las olas le decía que avanzase. Tabby caminó sobre la arena hacia la franja de chinas revestidas de algas que marcaban el límite de la marea alta.

—Muéstramelo —dijo.

La espuma de las olas se volvió roja al correr hacia sus pies. Cuando miró el agua hirviente, vio que también ésta era ahora roja, de un rojo espeso y fuerte que se

volvía negro en los senos entre las olas que se alzaban. El aire olía a sangre, y entonces aparecieron las primeras moscas.

Habían despertado al olor de tanta sangre, y Tabby tuvo la impresión de que, en pocos segundos, todas las moscas de Hampstead habían acudido a Gravesend Beach para alimentarse. El silencio se había convertido en un zumbido único e intenso. Tabby agitó frenéticamente las manos ante la cara, tratando de evitar que las moscas se introdujesen en sus ojos y en su boca. Ahora, las chinasy toda la franja de la playa eran como una negra y brillante alfombra de moscas. Sintió que subían sobre sus pies y se introducían en las vueltas de su pantalón. El zumbido se hizo más y más fuerte, más rítmico, al agolparse otros cientos y miles de moscas sobre la arena empapada en sangre.

—¡Muéstramelo! —gritó Tabby.

Escupió con asco las moscas que se habían metido en su boca y observó cómo una gigantesca ola roja se hinchaba a la luz de la Luna. La ola siguió creciendo al avanzar hacia la playa, hasta alcanzar —pensó Tabby— tres metros de altura. Se echó atrás y sintió crujir las moscas bajo sus pies. Otras zumbaron furiosamente alrededor de su cabeza. Media docena o más se introdujeron por debajo del cuello de su camisa. La imponente ola se arqueó sobre Tabby, y éste vio a su padre y a Berkeley Woodhouse dando tumbos dentro de ella. Estaban desnudos y muertos, haciendo volteretas dentro de la ola, hasta que ésta rompió sobre la playa y ellos rodaron en la arena. Inmediatamente, bajaron miles de moscas, y cuando la expulsó la ola siguiente, su monótono zumbido se hizo aún más fuerte y más hipnótico.

—¡Muéstramelo! —chilló Tabby, y vio a lo lejos, en el Sound, otra ola que venía rápidamente hacia él, creciendo a cada palmo que avanzaba.

La ola había alcanzado unos diez metros de altura y seguía creciendo al llegar sobre la playa. Tabby retrocedió sobre el hervidero de moscas, mirando la ola arqueada.

Primero vio a Graham Williams, con los flacos brazos y piernas extendidos al ser levantado por el agua; después apareció el cuerpo de Richard Allbee, no sólo desnudo, sino tajado y mutilado; y después, el cuerpo muerto y desnudo de Patsy giró a impulso de la ola, que la lanzó más allá del cadáver de Richard.

La ola de sangre se alzó sobre Tabby, pareciendo caminar sobre la arena, y las moscas la atacaron.

Cuando rompió, lanzando los cuerpos de sus amigos sobre la arena, derribó también a Tabby. Éste quedó inmediata y totalmente empapado del espeso y pesado fluido. Después fue arrastrado sobre la playa por el reflujo de la sangre. Durante un momento horrible, miró los ojos muertos de Richard Allbee, cuyo cadáver fue barrido junto a él. Tabby clavó los dedos en la mojada arena y agitó las piernas, tratando de levantarse. Sintió que la humedad cubría de nuevo sus manos, y entonces vio que manaba sangre de los sitios donde sus dedos se habían clavado en la arena. El cuerpo de Richard Allbee se deslizó hacia el Sound. No pudo ver los otros cadáveres. Apartó las manos de la sangrienta arena y se puso en pie. Las moscas mojadas se debatían en los charcos de sangre que salpicaban la playa; otras, a miles, se echaron sobre Tabby.



Se posaban en sus párpados, en sus cabellos, y se introducían en sus oídos. Otras cubrían sus manos.

Tabby restregó las manos sobre su camisa mojada, poniendo en fuga a cientos de moscas y matando a otras tantas. Después se frotó los ojos.

—¡MUÉSTRAMELO! —gritó—. ESO NO ES MÁS QUE AGUA, ¡Y AQUÍ NO HAY NINGUNA MOSCA! ¡MUESTRA LO QUE ERES REALMENTE CAPAZ DE HACER!

Por un instante, un instante tan breve que casi transcurrió antes de que él se diese cuenta de lo que significaba, Tabby se encontró de pie y con la ropa seca en la Grave-send Beach de siempre; allí no había moscas.

Entonces el mundo cambió de nuevo, y volvió a encontrarse empapado en sangre; el aire apestaba, y ejércitos de moscas subían y bajaban alrededor de su cabeza.

Gruñó y retrocedió tambaleándose. Después comprendió lo que había ocurrido y se echó a reír. Había parado la acción por un segundo; había sorprendido al *Dragón* y hecho que se detuviese el tiovivo, aunque sólo momentáneamente. Se echó a reír; las moscas penetraron en su boca, pero siguió riendo. Después, gritó de nuevo:

—¡HE TRIUNFADO! ¡HE TRIUNFADO!

Las moscas se alejaron de él en una masa zumbadora y volaron sobre la franja de chinas, buscando un nuevo objetivo. Tabby siguió en pie, sobre sus mojados zapatos, respirando hondo. Dondequiera que mirase sobre la roja arena, las moscas se apretujaban en codiciosos montones.

—No están muertos —dijo en voz baja—. Mis amigos no están muertos.

*Todavía no*, susurró la roja espuma.

Las moscas que le habían abandonado cayeron sobre otro cuerpo arrojado sobre la roja franja de chinas y algas. Su zumbido aumentó y alcanzó el ritmo frenético y hambriento que había oído antes. Al principio, Tabby pensó que se arrojaban sobre el cuerpo de Patsy, y patrulló sobre la arena para oxearlas.

Pero, al acercarse, le pareció que aquel cuerpo era demasiado grande para ser el de Patsy, y después advirtió que lo habían cortado y descuartizado como el de Richard... Pero era un cuerpo de mujer. Tabby se quedó como petrificado a pocos palmos del cadáver. Había visto que el vientre estaba horriblemente rajado y que un burujo de carne que podía ser un feto estaba junto al cuerpo de la mujer. Las moscas revoloteaban y corrían también sobre el feto. Tabby vio los dedos increíblemente pequeños cerrados en un puño. Entonces supo quién era la muerta. Era la esposa de Richard, Laura Allbee. Se echó a temblar... Después de todo lo que había pasado, lo que más le impresionaba eran aquellos dedos cerrados de la nonata criatura.

El agua roja empezó a susurrar con más fuerza, y una ola viscosa lamió el feto de Laura. Tabby empezó a andar hacia atrás, incapaz de apartar la mirada de aquellos cuerpos enlazados. Oyó que el agua empezaba a encrespase y a rugir, como hacía durante una tormenta.

Las nubes se agolparon, velando la luna. A la derecha, la rojez del cielo nocturno era inconfundible: había casas que ardían. Tabby olió ahora el humo, y percibió otro olor más fuerte entre el hedor penetrante de la sangre. Las olas rompían

sobre la costa, empujadas por el viento. Una espuma roja hervía a cada oleada sucesiva y saltaba en el aire como harapos ensangrentados.

Otro cuerpo había sido arrojado sobre las piedras. Laura Allbee y el pequeño feto habían desaparecido, absorbidos por el sangriento Sound, y otro cuerpo más voluminoso yacía medio sumergido en las violentas olas. Las moscas formaban entre él y Tabby un velo granuloso y zumbador. El abultado cuerpo avanzó al impulso de una ola grande que llegaba y después alargó un brazo y se apoyó sobre el codo fuera del agua.

Un rayo cayó del cielo y se introdujo visiblemente en la arena a la izquierda de Tabby.

El cuerpo, en la orilla del mar, se estaba poniendo de rodillas. Uno de sus hombros parecía un coche destrozado... Un hueso manchado de rojo sobresalía de la carne rasgada.

Tabby retrocedió hacia el muro de contención y la zona de aparcamiento del final del paseo. El cuerpo trataba de ponerse en pie, pero le costaba levantarse. Tabby vio la cara de Dicky Norman en aquel cuerpo. Otro rayo cegador restalló sobre el Sound. Por fin, Dicky se puso en pie. Las largas cicatrices de la autopsia dividían su frente y su pecho. Tenía la boca abierta, y la sangre del Sound fluía sobre su mentón. Dicky empezó a moverse en dirección a Tabby.

Ahora, el viento, que había empujado a Tabby hasta aquí, lo empujó de nuevo hacia la playa. Surgieron chispas en la dirección del incendio y flotaron en las vertiginosas corrientes de aire.

—No, Dicky —dijo Tabby.

Dicky Norman rechinó los dientes al oír la voz de Tabby.

—No eres real —dijo Tabby, golpeando el muro de hormigón con la cara posterior de los muslos.

El viento se llevó sus palabras y las rompió en sílabas sin sentido. Dicky estaba ahora en mitad de la playa, apoyándose en su único brazo, doblándose cara al viento. Saltaba arena manchada de sangre. Una maleta blanca de McDonald saltó de la zona de aparcamiento, dio varios botes sobre la arena, que la manchó de rojo, y se sumergió en las turbulentas aguas.

—Vuelve atrás, Dicky —dijo Tabby, sin ruido.

Dicky movió las mandíbulas; más líquido rojo brotó de las comisuras de sus labios. Tabby pensó que el cuerpo destrozado de Dicky Norman había murmurado: «Estoy cansado.»

Sin más razón que una busca instintiva de seguridad, Tabby dejó que su mente dijese: «¡Patsy! ¡Patsy!»

Dicky Norman dio otro paso bajo el fuerte viento. Tabby sintió que su mente buscaba a Patsy y que no la encontraba, y esto le dio pánico. Por un instante, tuvo la impresión de que su mente caía en un gran vacío, en una especie de agujero negro psíquico, y Dicky inclinó la cabeza sobre el hombro destrozado y le sonrió como si acabase de contarle un chiste.

«¡Patsy!»

Sintió una respuesta confusa, tan débil como la señal de una emisora bíblica de Tennessee en la radio de un coche.

«¡PATSY! ¡AYUDAME!»

Patsy dormía. Dicky dio otro paso en su dirección, sin dejar de mirarlo fijamente. La cálida respuesta que había recibido se redujo a una punta de alfiler. ¡PATSY! ¡AYUDAME!

(«Oh, querido Tabby, ¿qué...? ¡Tabby...!»)

No era mucho, sólo un momento de oscuro contacto, pero Dicky Norman cayó de rodillas a dos metros de Tabby. Éste buscó de nuevo mentalmente a Patsy, pero sólo encontró una débil chispa de calor. Dicky luchaba por darse la vuelta, tendido de bruces sobre la ensangrentada arena. El viento había amainado y volvieron las moscas, primero al hombro de Dicky, después a los charcos de la playa, después a Tabby. Éste las oxeó de su cara. Ahora el hombro de Dicky estaba negro de moscas. Dicky hundía los pies en la arena y empujaba, meneando las caderas a uno y otro lado. Nuevas bolsas de sangre se abrían donde Dicky rascaba con los pies, debajo de la superficie de la playa. Como un tractor averiado, Dick reptaba hacia el

Tabby sabía que no había triunfado, pero al menos había acabado en tablas. Y lo había conseguido gracias a la ayuda casi inconsciente de Patsy. Ahora percibía Tabby claramente el olor de los incendios a lo largo de la orilla de Mill Pond.

Dicky Norman llegó a la franja de chinas y algas y se arrastró en el agua poco profunda. Mientras Tabby observaba, el Sound perdió varios grados de rojez, pasando a un color rosado mate, después al violeta y, por fin, a su antiguo azul de tinta.

Estaba loco. No había moscas, ni manchas de sangre en su ropa ni en la arena. En la rompiente, las mansas olas depositaban una espuma blanca. Tabby subió corriendo los peldaños conducentes a la casa de baños y el teléfono público.

## 14

Bien entrada la noche de aquel sábado, ocurrieron tres sucesos de diferente importancia, relacionados con los temores de Richard Allbee y de Tabby Smithfield y que anunciaban el rumbo que tomarían las cosas ahora que se había franqueado el umbral. Aquella noche de sábado, Hampstead había entrado irrevocablemente en la segunda fase de su destrucción.

El primero de aquellos sucesos fue que Richard Allbee telefoneó a Laura a las once y media, aproximadamente en el momento que Tabby Smithfield se despertaba presa de inexplicable angustia. Estaba fuera de sí después de una larga velada escuchando cómo destruía Morris Stryker sus planes para la casa de College Street, y lo bastante borracho para pronunciar confusamente las palabras. Stryker se había empeñado en poner una botella de coñac de cincuenta años encima de la mesa y en que Toby Chambers sirviese la bebida a todos ellos. El propio Chambers podía

excusarse de beber, pero Stryker había dejado bien claro que Hagen y Richard tenían que beber tanto coñac como él.

Laura contestó al teléfono a la octava llamada, y él se sintió de pronto mucho mejor.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Sé que es muy tarde para llamar, pero estaba preocupado.

—Preocupado, ¿por qué? —dijo Laura.

—Por..., ya sabes tú por qué. El cliente acaba de decirme que ha habido otro asesinato en Hampstead. Pensaba que era muy gracioso.

—¿Estás borracho? —preguntó Laura.

—Claro que estoy borracho. He estado todo el tiempo con Morris Stryker, y la pena de no emborracharse es ser quemado a fuego lento. No podía arriesgarme.

—¡Oh, querido! —dijo Laura—. No lo estás pasando muy bien, ¿verdad?

—Lo estoy pasando terriblemente. Ser quemado a fuego lento puede ser una bendición, comparado con esto. Pero dime lo que ha pasado. ¿Quién es el muerto?

—Ningún conocido nuestro. Un jardinero que trabajaba por aquí. Creo que le había visto un par de veces.

—Claro que lo habías visto. Siempre estaba trabajando. ¿Es éste el muerto? ¿Cuándo ocurrió? Dónde?

—No estoy segura. El cadáver no fue encontrado hasta ayer. Creo que el hombre llevaba un par de días muerto. Estoy muy cansada, Richard. Me has despertado, y ahora no quiero hablar de esto. Quiero que vuelvas a casa. Quiero que impresiones a Mr. Stryker, hagas tu trabajo y vuelvas a Bultito y a mí. Sobre todo a mí.

—Ojalá pudiese —dijo él—. Tendré que rehacer una buena parte de mi trabajo, por lo que, probablemente, tendré que estar aquí otro par de días. Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré —dijo ella—. Y la próxima vez llama a una hora normal. Me vuelvo a la cama.

—Te llamaré mañana —dijo Richard—, en cuanto pueda librarme de Iván *el Terrible*.

—Te quiero.

—Yo también. ¿Por qué no estás aquí conmigo?

—Fuiste tú quien se marchó —dijo ella.

Poco tiempo después de esto, Patsy McCloud se agitó en sueños. Sus parientes políticos se habían marchado por la tarde para volver a Phoenix, y Patsy no había podido mantener los ojos abiertos después de las diez.

Un segundo más tarde, algo penetró en su sueño con la fuerza de un golpe, y ella sacudió la cabeza, todavía dormida. Vio a Tabby Smithfield delante de ella, un Tabby que la necesitaba con urgencia para algo indefinido; era como si Tabby fuese hijo suyo, y su condición de madre le hubiese dicho que él la necesitaba. Le vio, no herido, pero sí en un posible y terrible peligro, como si él fuese a beber un vaso de ginebra y ponerse al volante de un coche veloz..., y envió al confuso Tabby un mensaje en el que le comunicaba toda su preocupación fragmentada. Pestañeó

durante un segundo. Percibió un olor a humo a través de la ventana abierta. Después, el cuerpo de Patsy se relajó, y el olor se fundió en una imagen onírica de ella misma como una bruja que cocía algo en un caldero negro y enorme en la orilla de un bosque, hasta que esta imagen se fundió en un incesante flujo.

Cuando Tabby Smithfield telefoneó a los bomberos de Hampstead desde la cabina de pago de Gravesend Beach, éstos habían recibido ya dos llamadas sobre el incendio de Mill Lane (nombre oficial de «Shrink's Row»). Dos camiones habían salido del cuartelillo de Riverfront Avenue, seguidos de otros dos de la estación central de detrás de Main Street. Cuando los primeros bomberos informaron de la importancia del siniestro, Hampstead pidió dos camiones más a Old Sarum para que colaborasen con los otros cuatro.

Para llegar a Mill Lane había que cruzar un estrecho puente sobre el Millpond, y, por supuesto, los camiones no podían atravesar tal puente. Los primeros dos camiones llegaron a la explanada del aparcamiento de Millpond, al mismo tiempo que el ayudante, Harry Yochen, detuvo allí su coche. Mientras Harry cruzó el puente para ver cuántas casas estaban ardiendo, llegaron al aparcamiento los dos camiones de Main Street. Un minuto más tarde, el jefe de bomberos, Tony Archer, apareció tras los camiones. Archer se bajó de su coche y ordenó a sus hombres que prepararan las mangueras. Hasta él llegaba el intenso calor procedente del incendio, y estuvo persuadido de que, fatalmente, la mayor parte de aquellas casitas se perderían. Un momento después, Harry Yochen atravesó el puente, corriendo, y lo confirmó: todas las casas estaban ardiendo.

—¿Todas? —preguntó Archer—. ¿Cómo diablos es posible que todas se quemen tan pronto?

—Y hay algo más —dijo Yochen, secándose el sudor del rostro. El jefe Archer sabía lo que Yochen iba a decirle, y también por qué dudaba. Su ayudante estaba seguro de que un incendiario había provocado aquel fuego. Yochen pestañeó—. Hay una uniformidad en el incendio.

—¿En las ocho casas?

—Todas las casas empezaron a arder al mismo tiempo —afirmó Yochen.

—¿Ha podido usted hablar con alguien? —preguntó Archer.

—Están dentro. Todos ellos —respondió Yochen sacudiendo la cabeza.

—¡Santo cielo! —exclamó Archer, y a continuación se puso a dar órdenes mientras él y su ayudante cruzaban corriendo el puente con el segundo grupo de bomberos.

Tan pronto se halló en el caminito que había al final del extremo opuesto del puente, el jefe Archer comprobó lo que había hecho concebir sospechas a Yochen. Las llamas, que habían empezado en los tejados de los edificios de madera, habían alcanzado un punto paralelo en las ocho casas, precisamente encima de los marcos de las puertas. Alguien había incendiado estas casas. Y esta persona había matado a sus moradores. En estas viviendas, los dormitorios estaban en el segundo piso, inmediatamente debajo de los tejados. El humo los habría aturdido y el fuego habría hecho presa en los que yacían inconscientes en las camas. Mientras el humo brotaba a

raudales de los edificios moribundos, los bomberos trabajaban con sus mangueras en las dos casas más próximas.

Archer y Yochen y todos los bomberos fruncían los párpados para resguardar los ojos del terrible y asfixiante calor. El césped empezó a arder, y un arce al otro lado del camino y delante de la casa amarilla del doctor Harvey Blou se inflamó súbitamente. Archer condujo a los hombres de Old Sarum al final del camino, para impedir que el fuego se extendiese al boscoso parque que separaba Mill Pond de Gravesend Beach. Percibía el hedor de las construcciones en llamas y de las plantas socarradas, y los fuertes chasquidos y elementales ruidos destructores del fuego — que absorbís ávidamente el aire como un animal presto a saltar— llenaban sus oídos.

«Todos están muertos —se dijo, pensando en la gente que había estado durmiendo en los pisos altos—. ¿Quién puede haber hecho una cosa así?» Parecía que Hampstead, residencia del jefe Archer durante los últimos veinte años, se había sumido en el salvajismo y la insensatez este verano, se había vuelto lóbrega y loca. Chiquillos ahogándose deliberadamente... Él conocía al pequeño Sherbourne, y lo que le había pasado no tenía sentido, como tampoco lo tenía que alguien hubiese vertido parafina líquida en los tejados de siete casas y les hubiese prendido fuego... Los incendios le parecían, más que nunca, cosas vivas.

Y este fuego estaba particularmente bien alimentado, pensó el jefe, ya que la mayoría de aquellos médicos traían a sus esposas o amigas cuando venían a Hampstead.

Contempló el humo que brotaba de los tejados de las casas incendiadas. Una hilera de llamas se extendía por debajo de los aleros, soltando pequeños globos de fuego que caían sobre la hierba como gotas de agua. Las gotas de llamas golpeaban el suelo y estallaban. Por un momento, el jefe pensó que aquellas llamas móviles parecían casi vivas, tan rápidamente se movían sobre la hierba seca. La masa de humo negro también parecía viva, girando y retorciéndose hacia arriba.

Entonces, el jefe Archer creyó ver algo que se movía en el humo. Dentro de aquella negrura, sombras aún más negras pasaban y fluctuaban. Antes de ir a reunirse con los primeros bomberos, Archer observó la retorcida y ascendente columna de humo que, procedente de las siete casas, se trenzaba y juntaba en el aire a seis metros de altura y seguía subiendo en la noche. «Pájaro —pensó—; algunos pobres pájaros han sido atrapados por el humo...» Entonces vio la forma de un ala y pensó que eran murciélagos.

—¿Qué pasa, jefe? —le preguntó Yochen.

Archer vio sus cuellos y sus bocas furiosamente abiertas: vio que revoloteaban entre el humo como nunca lo harían los murciélagos. Miles de pequeños dragones flotaban en la humareda, girando, elevándose y desapareciendo.

La primera brigada de bomberos se inflamó a seis metros de donde estaba él. Reventaron las mangueras que llevaban y varias toneladas de agua se convirtieron instantáneamente en vapor. Los de la brigada más próxima a ellos soltaron sus mangueras y echaron a correr hacia el otro lado del camino, apartándose de aquel vapor que quemaba. Sus propias mangueras debieron de calentarse en sus manos, porque las soltaron un momento antes de que reventasen. Ahora había hombres que

gritaban; ocho de ellos estaban envueltos en llamas, y algunos se revolcaban sobre las hierbas caldeadas, encendiéndolas, mientras otros corrían como locos en dirección a las hogueras más grandes. Gotas líquidas de fuego caían de todas las casas y formaban charcos entre ellos.

—¡Rociad a esos hombres con las mangueras! —gritó Archer a Yochen.

Y entonces vio que miles de pequeños dragones salían del humo y revoloteaban sobre la cabeza de Yochen. Al volverse éste para obedecer, extendió súbitamente los brazos. De momento, el jefe Archer vio que salía humo de las mangas de Yochen. Después, todo el uniforme del subjefe Yochen se inflamó, y un segundo más tarde, se encresparon y erizaron sus cabellos grises. Sus pantalones echaron humo y ardieron. Archer se quitó a toda prisa la chaqueta para envolver con ella a Yochen y sofocar las llamas, pero la chaqueta pendía aún de una de las muñecas cuando Harry Yochen lanzó un grito apagado y entrecortado, y cayó al suelo completamente envuelto en llamas. Su piel se ennegreció y se arrugó, mientras Archer seguía luchando inútilmente con su chaqueta.

Tony Archer estaba en pie en medio de aquel infierno, con la chaqueta de golf colgando de una muñeca, escuchando el rugido del fuego y preguntándose cómo era posible que todo se hubiese puesto tan mal con tanta rapidez, cuando un chorro de fuego blanco brotó de entre las mangueras, le achicharró la cara, le quemó los pulmones y le arrancó la vida incluso antes de que su ropa empezase a arder.

El incendio de Mill Lane se extinguió antes de extenderse al parque, pero, al amanecer, las casas de «Shrink's Row» no eran más que siete cimientos humeantes. Sus moradores fueron identificados por el sitio donde se hallaban sus huesos, lo mismo que los bomberos y todos los que perecieron en el horno en que se había convertido Mill Lane durante unos minutos de aquella noche.

Uno de los camiones del servicio contra incendios, el que se hallaba más cerca del puente, había estallado a causa del calor, pero, según *la Gazette* del miércoles, lo que dio realmente la medida de la temperatura de aquella noche en Mill Lane fue el hecho de que en Kendall Point, frente al extremo del Lane y separado de éste por Gravesend Beach y casi un kilómetro de agua, el suelo estaba todavía caliente y la corteza de muchos árboles echaba todavía humo el día siguiente.

## 15

Richard Allbee se había prometido que llamaría a Laura aquel domingo. Esperaría hasta después del desayuno, para asegurarse de que ella estaría en casa, pero a las ocho se sentó a la mesa de su habitación en el hotel, delante de su hoja de papel de dibujo, y se olvidó de la comida. Al mediodía, pidió un bocadillo y una cerveza, y siguió trabajando; había encontrado la manera de transigir con Stryker y dar un aire-contemporáneo a las formas georgianas y a las dimensiones de las habitaciones. Stryker podría tener sus paredes blancas e incluso su iluminación indirecta, si se empeñaba, y Richard metería de contrabando los detalles de la época.

Cuando vio que estos detalles darían más valor al conjunto, el proyecto cobró vida de nuevo para él.

A las seis, se dio cuenta de que tenía un hambre atroz y bajó al restaurante del hotel, donde tomó unas escalopas, espárragos, media botella de Puligny-Montrachet frío y dos tazas de café. Durante la comida siguió tomando notas y, cuando hubo terminado su café, dio una buena propina al camarero y regresó a su habitación.

Cuando volvió a pensar en llamar a su casa eran ya las once y media. Demasiado tarde, pues no podía despertar a Laura dos noches seguidas. Momentáneamente satisfecho del trabajo realizado, se desnudó y se metió en la cama.

El lunes telefoneó a su casa a las diez de la mañana, y no le respondieron. Probablemente, Laura estaba en «Greenglatt's», pensó. Se prometió llamarla antes de cenar, aunque tuviese que hacerlo a cobro revertido desde uno de los restaurantes de Stryker. Richard pasó toda la tarde del lunes en la casa de College Street, revisando sus planos y asegurándose de las medidas, y volvió al hotel antes de su cena ritual con Stryker. Llamó a Laura desde su habitación a las cinco y media, pero tampoco obtuvo respuesta. Preguntó en la conserjería, pero no había ningún mensaje para él.

Stryker le telefoneó a las seis y le dio la dirección de un restaurante llamado «Pickman's». Resultó que este restaurante estaba a veinte minutos de distancia, en el lado norte de la ciudad, casi en el campo. Era una casa victoriana reformada, desde luego el más lujoso restaurante de todos los elegidos por Stryker. Un mozo se encargó del coche de Richard; éste entró y vio varios salones tan lujosos como el exterior. Sillones de cuero rojo, llores espléndidas, vasos centelleantes y plata resplandeciente. Richard se puso los planos debajo del brazo y se sintió mejor de lo que se había sentido nunca desde el primer encuentro con su cliente.

Stryker, Mike Hagen y Toby Chamliers se presentaron quince minutos más tarde. Stryker saludó apenas a Richard con un movimiento de cabeza, llamó al *maitre* y empezó a quejarse de la mesa. Estaba demasiado en el centro, había demasiado movimiento a su alrededor, ¿acaso nadie recordaba sus preferencias en lo tocante a la mesa? En medio de su diatriba, encendió un enorme cigarro y proyectó el humo sobre la mesa rechazada. El *maitre* hizo varias sugerencias; Stryker eligió una mesa en el último salón, en el rincón más apartado.

—Pero no nos serváis como a los cerdos, por el hecho de estar en un rincón —dijo.

Entre mucho bullicio, fueron conducidos a la mesa del fondo. Stryker se sentó de espaldas a la pared, mirando hacia fuera.

—¡Oh, este sitio es una porquería! Me da jaqueca venir aquí —se lamentó, dirigiéndose a Richard.

—Entonces, ¿por qué viene?

—Para cambiar, para cambiar. Además, a Toby le gusta esta pocilga. —Stryker chupó su cigarro, se inclinó y dijo a Toby—: ¿Por qué no le dices a esa pequeña comadreja que venga, para que pueda hablar con él? El tocador de baño, ¿eh? Llámalo y dile que venga.



Toby se alejó en busca del teléfono. Mike Hagen sonrió mirando al techo.

—¿No sale nunca con su esposa, Morris? —preguntó Richard, y Mike Hagen lo miró.

—¿Qué diablos le importa a usted? —preguntó Stryker, con voz fuerte—. Para mí, la cena es parte del trabajo. Trabajo y distracción, ¿lo entiende?

El camarero les trajo las bebidas. Stryker se inclinó hacia delante, como un búfalo.

—Bueno, ¿qué ha estado haciendo? —preguntó a Richard—. ¿Estuvo hoy en la casa? ¿Sí? Magnífico. ¿Qué hace usted los domingos? Iba a llamarlo para llevarlo al campo de golf, pero surgieron dificultades. Ese tocador de banjo..., eso fue lo que surgió. Tenemos que hacer que siente la cabeza.

—Trabajé todo el domingo —dijo Richard, mostrando el fajo de papeles que tenía al lado—. Creo que he encontrado realmente algo que puede sernos útil. Quiero mostrarle cómo podemos arreglar las habitaciones de la planta baja.

—Ahórrese el trabajo —dijo Stryker—. Ahora no estoy por estas cosas. No estoy por esto.

—Bueno, me habría gustado saber su opinión —dijo Richard—. He empleado mucho tiempo en ello, y tengo que volver pronto a Connecticut.

—Le he dicho que lo guarde, ¿no? —rugió Stryker—. ¿O es que está sordo? Me importa un bledo lo que haya trabajado, me importa un rábano que quiera volver a casa antes o después; esta noche no estoy por esa clase de gansadas. Permanezca ahí sentadito y zámpele las golosinas. Es cuanto tiene que hacer hoy.

En este momento, Richard estuvo a punto de marcharse, pero no lo hizo. Si hubiese tenido quince años menos, si Laura no hubiese estado embarazada, se habría largado inmediatamente; pero todavía estaba pensando en esto cuando el flaco Toby Chambers se dejó caer de nuevo en su silla.

—A las nueve y media —dijo Chambers.

Stryker gruñó. Puso los ojos en blanco y exhaló una nube de humo espeso y gris.

—Llámallo otra vez. Es demasiado pronto. No quiero ver su cara pringosa cuando se supone que me estoy divirtiendo. Dile que a las once. Todavía estaremos aquí.

Chambers descruzó las piernas y se alejó de nuevo.

«Necesito este trabajo —se dijo Richard—. Morris Strycker no es simplemente un bruto, sino que significa diez mil dólares más para criar a Bultito.»

Bebió la mitad de su vaso y aflojó los dedos de la mano izquierda.

—Tome otro —dijo Stryker—. Para esto ha venido esta noche, ¿no? Para regalarse el paladar.

Aquella noche, Richard no volvió a su hotel hasta las doce y diez minutos. Telefonó a su casa y oyó la señal de ocupado. Marcó su número otras cinco veces entre la medianoche y la una, y siempre le respondió la señal de ocupado. Habló con la telefonista, la cual le dijo que probablemente habrían dejado descolgado el teléfono.

El lunes por la mañana, Richard intentó llamar de nuevo en cuanto se hubo duchado; con la toalla enrollada a la cintura y los cabellos chorreando, se sentó en la cama y marcó el número. Esperó un largo rato, convencido al principio de que oiría la señal de ocupado y, después, de que el teléfono llamaría. No ocurrió ninguna de ambas cosas. Y a punto estaba de colgar y llamar de nuevo cuando oyó el chasquido en la línea y la señal de marcar zumbó en su oído. Probó otra vez, con el mismo resultado. Una larga espera, dos chasquidos y la señal de marcar. La telefonista tampoco consiguió comunicar, llamó a la operadora de Connecticut e informó a Richard:

—Lo siento, Mr. Allbee, pero este número tiene una avería y está temporalmente fuera de servicio.

—¡Pero es mi número! —exclamó Richard.

—Está temporalmente fuera de servicio, pero ha sido comunicada la avería —dijo la telefonista—. Pruebe más tarde.

Richard colgó, se secó los cabellos con una toalla y se vistió. Pidió el desayuno, pero revocó la orden cinco minutos más tarde. No podía permanecer en su habitación; estaba demasiado nervioso. ¿Una avería en la línea? ¿Qué significaba esto?

A los pocos minutos estaba en la calle, vagando sin rumbo. Tenía que encontrarse con Stryker y Hagen en la casa de College Street a las once y media; faltaban aún tres horas. El aire era caliente y claro, y retumbaba en él el ruido de una obra de edificación. Cerca del hotel de Richard habían demolido un antiguo edificio y convenido toda una manzana en un solar; ahora se alzaba en él un andamiaje que parecía un patíbulo sobre un terreno yermo y lleno de hoyos. A través del humo y del polvo, Richard pudo ver unos hombres desnudos de la cintura para arriba y con grandes gafas protegiéndoles los ojos. Saltaban chispas entre el hirviente polvo y sonaban martillazos contra metal. Richard oyó vagamente las rítmicas y apasionadas maldiciones de un capataz.

Durante unos minutos, Richard contempló la obra como hipnotizado. Un hombre manejaba un gran martillo, levantándolo y dejándolo caer; otro trabajaba con un pesado taladro, que hacía temblar los músculos de sus brazos. De vez en cuando les envolvía una nube de polvo. Detrás de ellos, una grúa amarilla giraba perezosamente, realizando alguna función invisible.

Richard sintió que se le secaba la boca, sin saber por qué. Estaba temblando y no sabía el motivo. Brillaban pequeños fuegos en el hirviente humo y en el polvo. Era como mirar un pequeño infierno.

Levantó la cabeza para mirar la grúa y vio a Billy Bentley que corría sobre el brazo largo de la máquina, subiendo en un ángulo de cuarenta grados por el resbaladizo metal amarillo. Billy pasaba sobre un rótulo que decía «LORAINÉ» en letras negras. Llegó a la cima de la grúa, despreciando la gravedad, y saludó con la mano a Richard que seguía allí abajo.

Para su propio asombro, Richard vomitó. Su estómago se había contraído sin darle tiempo a pensar lo que iba a ocurrir, y ahora el hombre se quedó con un agudo pero menguante dolor de tripas y una mancha rosada sobre la sucia acera. Se apartó,

miró hacia arriba y vio que Billy Bentley descendía agarrando con las manos el cable sujeto a la grúa

Se volvió y echó a correr. Había detrás de él un infierno hediondo y bramador, y Billy Bentley salía de él y lo perseguía. Richard dobló la primera esquina y se alejó a toda prisa calle abajo.

La fabulosa Providence se extendía a su alrededor. Todavía podía oír, a su espalda, los martillazos y ruidos de la obra. Billy Bentley le saludó con la mano desde un portal del otro lado de la calle, y fingió que contaba dinero. Un olor a muerte y a podredumbre flotaba en el aire soleado.

Richard giró en redondo y cruzó la calle en dirección contraria. Sonaron claxons, y un hombre chilló. La luz del semáforo no había cambiado, y varios coches pasaron zumbando junto a él. Richard, mareado, temió caerse en medio de la calle y ser aplastado por las ruedas de un camión.

Pero consiguió llegar al otro lado de la calle. La Universidad se alzaba en la colina encima de él. La ciudad parecía llena de luz de sol, de polvo y de humo. Antiguadas farolas remontaban la cuesta en dirección a la Universidad. Detrás de ellas, las elegantes y sobrias casas del siglo XVIII parecían celebrar consejo en el aire alto y claro.

Billy había salido del infierno en la grúa «LORAINE», y ahora el infierno estaba en todas partes. Richard tenía que volver a Hampstead, a Greenbank y a Beach Trail.

Regresó a su hotel. Veía Beach Trail, veía la antigua casa Sayre con su luces encendidas, veía a Laura abriendo la puerta...

—Me iré dentro de quince minutos —dijo Richard al hombre del mostrador—. Le ruego que tenga mi cuenta preparada.

Puso sus cosas en la maleta, cerró ésta, salió de la habitación y pulsó el botón del ascensor. Esperó en el oscuro pasillo de color ciruela y escuchó el zumbido de los cables detrás de la gran puerta metálica. Entonces se encendió la luz de encima de la puerta, sonó una campana y se abrió la puerta de lo que parecía un espacioso ataúd. Salió de él un fortísimo olor que a punto estuvo de derribar a Richard. Billy Bentley estaba sentado en un rincón del ascensor, con las piernas cruzadas y una guitarra sobre la falda. Dirigió una amplia y consoladora sonrisa a Richard. Ahora pareció que la carne se desprendía de sus huesos, pero la expresión de Billy era tan animada que su cadáver-parecía singularmente bizarro con las piernas cruzadas sobre el suelo alfombrado del ascensor.

Richard no podía meterse en aquel ataúd viajero. Cuando se cerrase la puerta, el hedor sería fatal. Cogió sus bártulos y esperó a que la puerta volviese a cerrarse, cosa que ésta hizo sumisamente. Entonces se dirigió a la escalera y, cargado con su maleta, bajó los diez pisos hasta el vestíbulo.

A las once y media estaba sentado en su coche en College Street, donde llevaba ya veinte minutos. Tenía las portezuelas cerradas y subidos los cristales de las ventanillas. La radio tocaba piezas de Rickie Lee Jones. Stryker no estaba en la casa, y el «Cadillac» brillaba por su ausencia. Billy Bentley, apoyándose en los codos, lo miraba desde una de las ventanas altas del edificio. A las doce, Richard y Billy

seguían en sus sitios, pero la emisora de radio transmitía ahora *Poetry Man* de Phoebe Snow.

A la una, Richard estaba medio muerto de hambre y medio loco de frustración; tenía que volver a Connecticut, pero no podía —no debía— marcharse sin hablar con Morris Stryker. Miró a la ventana y Billy sacudió la cabeza.

A la una y media se detuvo el «Cadillac» al otro lado de la calle, y Toby Chambers saltó del asiento delantero, dio la vuelta por detrás del coche y abrió la portezuela de atrás para que se apease Stryker. Stryker llevaba gafas negras de sol, relucientes zapatos negros, traje gris de una tela exquisitamente suave y camisa gris oscuro y de cuello superpuesto. Por una vez, tenía un cigarro en la boca. Con aire tranquilo y cordial —Richard comprendió que acababa de almorzar— Stryker cruzó la calle y se acercó a él.

—Me han entretenido —dijo Stryker—. Pero ahora tendré tiempo para sus planos. Entremos y echemos un vistazo a lo que ha hecho usted, ¿de acuerdo?

—Llevo más de dos horas esperando —dijo Richard—. ¿Sólo se le ocurre decirme que le «han entretenido»?

Stryker irguió la cabeza y lo miró fríamente.

—Me han entretenido. Tenía una cita en el restaurante, y en vez de una han sido cinco o seis. A veces ocurren estas cosas. ¿Quiere que le bese la mano?

—Quiero que me bese el culo, Morris —dijo Richard—. No puedo perder más tiempo en Providence. Dejo ahora mismo este trabajo y me vuelvo a casa. Como no entendería la razón, no le aburriré con explicaciones.

Richard abrió la portezuela de su coche y Stryker dijo:

—Se ha vuelto loco o algo parecido. ¡Toby! ¡TOBY!

Toby Chambers, que estaba hablando con Mike Hagen, cruzó corriendo la calle. Stryker se plantó en mitad de la calzada y miró hacia arriba, con expresión de fastidio.

—Me marchó, Toby —dijo Richard—. Estoy preocupado por mi esposa y tengo que regresar a Connecticut. Aparte de esto, no puedo soportar más a mi cliente. Es uno de los peores seres humanos que he conocido, y, por mucho que le desee, no puedo trabajar para él. No aguantaría otra semana teniendo que sentarme en esos restaurantes e inhalar el humo de sus cigarros. Adiós.

—Mr. Stryker puede impedir que consiga cualquier otro trabajo —dijo Toby, con mucha lentitud—. Mr. Stryker puede pensar incluso que necesita usted un poco de disciplina. Escuche. Sólo trato de ayudarlo, Mr. Allbee.

—Tengo mucha más disciplina que Mr. Stryker —dijo Richard—. Y ahora, apártese de mi camino, Toby.

Richard subió a su coche y cerró la portezuela.

Era el martes 17 de junio, y Richard Allbee llegó a la carretera nacional poco después de las dos.

A última hora de aquella tarde, Patsy McCloud estaba sentada en el gastado sillón de cuero del cuarto de estar de Graham Williams. Tenía en la mano un vaso alto medio lleno de una bebida acuosa, en la que flotaban tres cubitos de hielo. Graham Williams, con su camiseta de manga corta y su gorra yanqui, estaba sentado en el canapé. Lo mismo que Patsy, sudaba ligeramente. Sobre la mesa, entre las dos, había una botella de ginebra «Bombay», junto a un estuche medio vacío de seis botellas pequeñas de agua tónica, y un cubo de plástico para hielo, lleno de agua fría. Patsy, sin saberlo, estaba lamentando la muerte de Les, y lo hacía más satisfactoriamente de como lo hiciera nunca a solas y con los padres de él.

—Jamás dije a sus padres que él me pegaba —dijo—. Allí estaba yo, con mi última y grande oportunidad, y no podía hacerlo... Por mucho que me atosigase Dee acerca de la cremación, no podía decírselo. ¿A qué cree usted que se debió?

—A que es usted una persona decente —dijo Williams. Sorbió su bebida—. Y quizás a que nada habría cambiado. Su madre habría pensado que era mentira o que, si él le pegaba, era porque se lo merecía. En todo caso, llega un momento en que es doloroso para los padres saber esas cosas de sus hijos. Prefieren aferrarse al mito que conocen.

—Tiene usted razón: nada habría cambiado —dijo Patsy—. Ella nunca comprendió lo que era Les..., quiero decir que nunca comprendió lo que le pasó al salir de su hogar. No captó su éxito, y nunca vio cómo influyó este éxito en su personalidad. ¿Tuvo usted algún hijo, Graham?

—No —dijo él, y sonrió.

—¿Por qué sonríe? ¡Oh, ya sé! Lo había olvidado. Me lo había dicho antes. Nos lo había dicho a todos. Usted es el último de nuestros linajes. Al menos hasta que nazca el hijo de Richard.

Patsy miró a su alrededor.

—¿No tiene un tocadiscos o algo parecido, Graham? Me gustaría oír un poco de música. ¿No le gusta escuchar música?

—Tengo una radio —dijo él.

Se levantó, cruzó la estancia y encendió la radio. Encontró una emisora que ofrecía música de baile, grandes orquestas que interpretaban piezas conocidas, como *Rose Room* y *There's A Smalt Hotel*, y bajó el volumen para que sonasen suavemente.

—Oh, es estupendo —dijo Patsy, golpeando el suelo con el pie—. No tardaré en pedirle que baile conmigo, Graham. Será mejor que se prepare.

—Será un honor.

—¿Sabe cuándo supe que era usted de los buenos? Fue aquella terrible noche en que Les anduvo por ahí blandiendo su pistola. Vi cómo se plantaba usted delante de Tabby. ¡Dios mío! Me pareció maravilloso. Podría haberle matado.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

Graham se inclinó y vertió más ginebra y más agua tónica en el vaso de ella. Después introdujo los dedos en el cubo del hielo, pescó tres pedacitos medio derretidos y los dejó caer en el vaso de Patsy.

—Esto lo dirá usted, amigo —dijo Patsy—. Pero se equivoca de medio a medio y, si lo piensa realmente, es porque es un buen muchacho. ¿Sabe qué pensé después? Pensé que había allí tres hombres, y que el mío era el peor. ¡Palabra!

—Al menos era el que estaba más borracho —dijo Graham.

—Veamos las cosas como son, Graham, viejo amigo. Él era el peor. Pero recordé algunas cosas de él cuando sus padres estaban presentes y, ¿sabe?, a veces lamento no haber podido tener otra oportunidad para arreglarnos.

Patsy siguió hablando de Les de un modo emocional y totalmente confuso y contradictorio, a veces con resentimiento y a veces con afecto. Continuó bebiendo, señalando con el vaso la botella de «Bombay» cuando quería que Graham lo llenase de nuevo, y, en un par de ocasiones, pareció a punto de llorar. A Graham no le disgustó nada de esto, sino que le causó satisfacción. Quería que ella dijese todo lo que le pasara por la cabeza. Lo escucharía todo con la misma seriedad y el mismo buen humor. Comprendía que con frecuencia era difícil tomar en serio a las mujeres, sobre todo a una mujer como Patsy, y pensaba que quizás había sido ésta la causa principal del fracaso de su matrimonio: Les McCloud se había tomado a sí mismo tan en serio, que no le había quedado seriedad para su esposa.

## TRES: LA CIVILIZACIÓN Y LOS DESCONTENTOS

### 1

Seis semanas después de haber sido expulsado el DRG-16 de la instalación secreta de «Telpro» en Woodville, la villa de Hampstead, Connecticut, había cambiado desde el 17 de mayo; los cambios no eran tan grandes como llegarían a ser más adelante, pero nada era exactamente igual que antes. En el sueño fantástico de Richard Allbee, Billy Bentley estaba dentro de la casa: había roto un par de ventanas y destrozaría algunos muebles antes de pasar a cosas mayores. Las cosas eran diferentes en Hampstead. Las mareas seguían fluyendo en las playas de Gravesend y de Sawtell, los tenistas seguían gruñendo y sudando en las pistas particulares y en las del «Raquet Club» muchos hombres seguían aparcando a duras penas frente a la estación de Riverfront y tomando los trenes de las 7:54 y las 8:24 con destino a Nueva York, y, el domingo por la mañana, la gente de Hampstead volvió a sentarse en la terraza del Club de Campo de Sawtell para beber los «Bloody Marys» de rigor y contemplar las barcas de vela en la lejanía y los *windsurfers* que se deslizaban y evolucionaban en la cercana rompiente, antes del almuerzo dominguero. Pero muchos padres encerraban ahora a sus hijos en las habitaciones por la noche, ya que, en los cinco días siguientes al regreso de Richard Allbee de Providence, un muchacho de catorce años de Hampstead, un niño de siete años de Hillhaven y una niña de doce, de Old Sarum, se habían ahogado en Long Island Sound.

Y ahora habían sido ya cuatro los asesinatos, uno más después del de Bobby Fritz. Las mujeres que se quedaban solas en casa tomaban precauciones antes de abrir la puerta, y los carteros y los repartidores de «Bloomington's» con frecuencia no se molestaban ya en tocar los timbres de Hampstead, sino que introducían los paquetes detrás de las persianas, golpeaban éstas con fuerza y se marchaban. Nadie hacía jogging en solitario, sino en parejas o en grupos de a tres. A veces, en plena Main Street, podía verse a una mujer madura, esbelta y de buen aspecto, parándose de pronto y rompiendo a llorar, y uno no sabía si era a causa de un divorcio, o si uno de sus hijos había nadado mar adentro... o si los sucesos de Hampstead habían llegado a resultarle insoportables.

Sí, había partidos de tenis y de hockey en el Club de Campo, los domingos por la mañana; y la gente iba a «Greenblatts's» y a «Grand Union» y compraba cerveza y chuletas de cerdo y briquetas de carbón, como todos los veranos. Pero, ahora, las conversaciones en las pistas de tenis y en la resplandeciente terraza del Club de Campo versaban tanto sobre la muerte y el suicidio como sobre «Wimbledon» y la

Bolsa y las universidades a las que irían los hijos cuando llegase el otoño. Y también sobre la manera más rápida de alejarse de Hampstead, si uno podía todavía vender su antigua casa de estilo colonial con una hectárea de bosque y veinte años aún pendientes de hipoteca. Y a veces las conversaciones se adentraban en aguas turbias, en sectores que nadie comprendía o no quería comprender..., como cuando Archie Monaghan insinuó a Tom Flynn, colega suyo en la abogacía y en el golf, que poco después del terrible accidente de Les McCloud en la I-95, le había parecido oír y oler algo extraño en el mismo matorral que tanto había excitado a Les.

Ronnie Riggley habría podido contestar las preguntas acerca de la venta de aquellas bonitas casas coloniales con su hectárea de bosque. Si hubiese sido absolutamente sincera, habría dicho que, si la casa estaba en Hampstead, nadie la compraría ni de balde, aunque le añadiesen un caja de bombones de primera calidad; y que, si estaba ni Hillhaven o en Old Sarum, había sólo un cincuenta por ciento de probabilidades de que la comprasen de balde. En cuanto a venderla por un precio, era totalmente imposible. Ni siquiera podría alquilarse, después del descubrimiento del cuarto cadáver y de los suicidios de todos aquellos niños.

Graham Williams vio un rótulo de «En Venta» en el jardín de Evelyn Hughardt, pero no vio que Ronnie ni otro corredor repartiese prospectos en las cercanías de la casa Hughardt. En vez de esto, vio un día un camión de mudanza aparcado en el extremo de Beach Trail, y que Evelyn Hughardt vigilaba a unos hombres que sacaban los muebles de su casa.

—¿Ha encontrado comprador, Evelyn? —preguntó Graham.

Ella meneó la cabeza.

—Pero voy a volver a Virginia, a pesar de todo. Hampstead ya no me convence.

—Se volvió a mirar la casa, donde ella y Graham vieron un hombre detrás de la puerta principal, embalando los apuntes con sus marcos—. ¿Lo comprende, Mr. Williams?

—Perfectamente —asintió Graham.

Sabía que ella no era la única. Como en «El Verano Negro» de 1873, muchas personas se marchaban. Decidían tomarse sus vacaciones antes de tiempo, o recordaban, de pronto, que siempre habían querido que sus hijos viesen las Smoky Mountains o que hacía un año y medio que estos hijos no veían a sus abuelos. Ahora había una casa vacía cada dos manzanas, casi todas con el rótulo de un agente de la propiedad inmobiliaria en su fachada, pero algunas sin él; Graham apostó a que, en agosto, habría dos o tres casas desocupadas en cada manzana. Y que, entonces, a la gente le importaría un bledo vender o no sus casas, pues lo único que les interesaría sería marcharse.

Evelyn Hughardt lo miró vivamente, y él vio una palidez debajo de su cutis tostado con el color de la miel, y una expresión indefinible en el fondo de sus ojos: una expresión impropia de una mujer tan guapa como Evelyn Hughardt.

—Me pregunto lo que sabe usted —dijo ella.

Él sacudió la cabeza.

—Pienso que sólo hay un asesino —dijo él, fingiendo que creía que ella se refería a esto.



Había gente en Hampstead que sostenía que Gary Starbuck había matado a las dos primeras víctimas y que un «imitador» había matado a las otras dos.

—No me refiero a esto, Mr. Williams. ¿Ha advertido usted que ya no se ven pájaros, al menos pájaros vivos, en Hampstead? Todos están así. —Señaló con el pie un montoncito de plumas en el badén, al otro lado de la calle; a tres metros de él, había otro pájaro muerto—. ¿Y sabe que hay otra cosa que ha desaparecido de la villa? Los animalitos domésticos. Ya no se ven en parte alguna. Todos los perros han huido o han sido atropellados. Los gatos han desaparecido sin más ni más... Quizás han sido también atropellados. ¿Qué piensa usted?

—Es un misterio, Evvy. Yo diría que simplemente se largaron, como gatos que eran.

—Y también le parece natural que yo abandone la única casa que tengo. Repito: me estoy preguntando qué sabe usted.

—Sólo sé que esto ocurrió una vez antes de ahora. Hace aproximadamente un siglo, la población de la villa quedó reducida a la mitad.

—Hace un siglo —dijo ella, en tono disgustado—. Hace cien años, ¿oía la gente lo que no debía oír? —Él frunció el ceño, preguntándose adonde quería ir a parar, y ella prosiguió—: ¿O veían cosas que no debían ver? Deje que le diga algo, Mr. Williams. Estos aparatos pueden emplearse para grabar voces y transmitirlos después por control remoto. Pueden proyectar las voces y hacer que suenen como si estuviesen en la habitación de al lado, Mr. Williams. Y yo pienso que pueden hacer lo mismo con las imágenes, Mr. Williams..., no sólo con voces, sino también con imágenes. Como películas. ¡Proyectadas en nuestro propio dormitorio! ¿No le da la impresión de que es algo que nuestros amigos de Moscú podrían emplear contra nosotros, Mr. Williams?

Por lo visto, Evvy Hughardt había asimilado las doctrinas políticas de su marido, y su opinión sobre el «Escriba» de Beach Trail.

—Oí que el doctor Hughardt me hablaba —siguió diciendo ella—. Están probando esa maquinaria conmigo, ¿no? Soy el conejillo de Indias para su equipo de fantasía. Éste me envía rayos. O radiaciones, si es así como lo llaman. ¿Es usted uno de sus coroneles? Es lo que suelen ser los que mandan más, ¿verdad?

Evelyn Hughardt había oído algo, había pensado que había visto algo, y, desde entonces, su mente había estado persiguiéndose a sí misma en círculos obsesivos.

—Habría tenido que dejar en paz a los animalitos —dijo, y se volvió y corrió la puerta.

OLA DE ASESINATOS EN CONNECTICUT, dijo el primer titular del *New York Post* después del cuarto asesinato, y el *New York Times* preguntó: HAMPSTEAD, ¿UNA MALDICIÓN DE LA OPULENCIA?

Ted Wise y Bill Pierce, que se habían salvado gracias a la intervención de *Les Friedgood* y se hallaban ahora en un lugar remoto, en una instalación de «Telpro» en Montana, leyeron el segundo artículo en sus pantallas de computadora —«Telpro» había pagado su acceso a las noticias del *Times* y a los servicios de información para aliviar su aislamiento («Tenemos que decirlo», había dicho Pierce, y Wise se había

mostrado de acuerdo pero pedido más tiempo)— pero no comprendieron el párrafo del *Times* sobre los niños que se habían suicidado ahogándose, pues parecía que esto no guardaba ninguna relación con la acción del DRG-16.

Hampstead sentía que una maldición pesaba sobre ella, no porque sus caros inmuebles habían perdido su valor, sino porque la villa parecía víctima de una serie de plagas casi bíblicas. La inquietud de Hampstead iba más allá del temor por la propia seguridad y del recelo paranoico que empezaba a mostrar la gente frente a los desconocidos; se había convertido en una inquietud psíquica. La villa parecía estar castigándose a sí misma, como si el loco que habla matado con ensañamiento a cuatro personas hubiese sido creado por los más hondos y secretos impulsos de Hampstead..., como un juicio contra sus valores. Valores, sí. El castigo era por los valores vulnerados y torcidos; y si los satisfechos y panzudos varones que subieron aquel domingo a los pulpitos de la villa jugaron su arrugada y vieja carta en los sermones, podían buscar su justificación, sin ir más lejos, en el excelente y a veces grandioso *New York Times*.

Los residentes de Hampstead que no estaban en las iglesias aquel domingo 22 de junio habrían podido ver un equipo de cámaras rodando lentamente por Sawtell Road y transmitiendo las palabras aprendidas de memoria por un corresponsal de la «CBS» a unos estudios de Nueva York. Hampstead y su chocante serie de problemas fue el plato fuerte del programa *Sunday Morning* de Charles Kuralt. El corresponsal, que usaba gafas gruesas y tenía una expresión en la que se combinaban la sensibilidad y la irritación nerviosa, llegó a Sawtell Beach y miró el brillante mar por encima del hombro, emocionadamente, con inquietud (y en realidad, equivocadamente). «Aquí —dijo— fue donde hallaron la muerte Thomas y Martin O'Hara, así como otros nueve niños..., aquí en esta deliciosa playa de una comunidad exclusiva. Y allí arriba, en Bluefish Hill, en una casa de trescientos mil dólares que sólo dista cien metros del lugar donde me encuentro, halló la muerte Francis Goodall, la segunda víctima del asesino de esta población. La muerte no respeta a las personas, ni el lugar que éstas ocupan en el mundo. Y aquí, en Hampstead, Connecticut, todos se preguntan dónde empezó el mal, dónde empezó la pesadilla.» Otra mirada a las mansas ondas. Ahora te toca a ti, Charles.»

Este sentimentalismo exagerado, esta empalagosa y en realidad bastante ramplona filosofía, no hizo ningún bien a Hampstead.

## 2

El día después de que el reportero de la «CBS» diese a entender que Hampstead merecía de algún modo sus problemas, porque era rica, Sarah Spry estaba todavía en mi oficina a las seis, tratando de escribir un artículo para *la Gazette*. Sarah habría llamado a este artículo *una pieza bien pensada*, y pretendía demostrar con él que, efectivamente, había pensado a fondo. Había visto *Sunday Morning*, programa que normalmente admiraba. Desgraciadamente, ahora le costaba a Sarah traducir en

palabras sus gastados esfuerzos: tenía ideas propias que quería plasmar en el papel, pero le fallaba la conexión, generalmente automática, entre su mente y su máquina de escribir.

Cuando pensaba una frase —y para ello tenía que concentrarse más que de costumbre en su construcción— pulsaba mal las teclas de la máquina y, minutos después, veía que las palabras parecían fruto de la mente de un lunático; no eran en absoluto lo que había imaginado que escribía. El primer párrafo decía así:

¿Hemos esplotado nosotros mismos este Oregón? Así esa palindanga de llotrepar y tamar a las chicas. Muchos dirán y tigrarán sobre una epidemia, citando la poetría fijada en el cadáver del jardinero Robert Fritz. Las mentes dudan y redudan.

Sarah contempló estas líneas, viendo de momento en ellas las frases que pensaba haber escrito, para ver un instante después la sopa de letras que había estampado en realidad. Sacudió la cabeza: le parecía tener los ojos nublados. Probó de nuevo, y sus dedos teclearon: *Ahora debemos nadar contra la corriente de culpa que...*

Sarah miró la página:

Nadadores desnudos nadando contra corriente dicen que...

Apartó los dedos de las teclas.

Sarah Henderson Spry no había pensado nunca en ser reportera de chismes, y aunque la mayoría de la gente la tenía por tal, *¿Qué ha visto Sarah?* no era más que una pequeña parte del periódico, hacía la crítica de las exposiciones de arte y de todas las obras que se presentaban en «Hampstead Playhouse» y en el «Theater In The Glen»; e incluso seguía haciendo algunos reportajes importantes, que habían sido su primer trabajo en el periódico cuando terminaba su segundo y último año en la Universidad de Patchin. Los reportajes eran lo único que había querido hacer entonces; le entusiasmaba descubrir cómo ocurrían las cosas. La Gazette se había convertido en su hogar, y nunca había deseado más de lo que éste le ofrecía. Desde luego, una de las cosas que le ofrecía era su iniciación en la tragedia. Tenía veinticinco años y era todavía el miembro más joven del personal, cuando, en 1952, la había enviado al Club de Campo de Sawtell para informar sobre el suicidio de John Sayre. Cogió una cámara y una libreta de notas y, cuando llegó a la playa, detrás del edificio del club, el cuerpo de Mr. Sayre estaba todavía allí. Sarah fotografió a los policías, al camarero que había encontrado el cadáver, a Bonnie Sayre y a Graham Williams, y por fin tuvo el valor de fotografiar al abogado muerto. Joeu Kletzka, apodado antaño *Clavos*, porque durante veinte años había trabajado tanto de carpintero como de policía, estaba un poco más allá en la playa, con las manos cruzadas sobre la abultada panza, y hablaba de un muchacho llamado John Ray, que, cuatro días antes, había sido arrojado muerto por el mar a este mismo sitio... El jefe Kletzka tenía entonces sesenta y tres años, y le faltaban dos para el retiro y tres para su muerte. Los sesos de John Sayre habían salido por la nuca, y la cara tenía negras

quemaduras de pólvora. Sarah tomó la foto porque el director se lo había exigido, pero no quiso mirar siquiera. Pasó por detrás del cadáver para hablar con Bonnie Sayre, que se había refugiado en los brazos de Graham Williams. La noche había sido cálida y húmeda. «Ahora no, Sarah», le había dicho él amablemente, ganándose su respeto. Después se había ganado su afecto al añadir: «Mañana iremos probablemente a la oficina de John. Tal vez podrías reunirte allí con nosotros. Bonnie no está ahora en condiciones de hablar.» Por consiguiente, había ido a la oficina y también había visto aquellos nombres garrapateados en la libreta del teléfono: Príncipe Green, Bates Krell.

Al aumentar su importancia en el periódico, también había aumentado su papel en el Condado de Patchin. Sarah tenía ideas fijas, pero las tenía sobre muchas cuestiones. Cuando terminaba su tarea en *la Gazette*, no tenía reparos en presidir reuniones de mujeres profesionales, en organizar grupos y seminarios femeninos sobre el trabajo en diarios y revistas, y en hacer propaganda de fiestas benéficas y bailes de caridad. . En realidad, treinta años después de haber intentado fotografiar a John Sayre sin mirarlo, Sarah era parte casi indispensable de la vida social y profesional del Condado de Patchin.

Sarah se apartó de la máquina de escribir, miró de nuevo frunciendo los párpados, la jeringonza que había escrito, y se estremeció. *Nadadores desnudos...*, otra vez estas palabras, que parecían haberse escrito solas. Vio a los pequeños O'Hara como los había conocido: Thomas, sonriente e infantil; Martin, frunciendo el ceño y tomándose en serio algún nuevo invento de *La Guerra de las Galaxias*. Pasó rápidamente a otra oficina de *la Gazette*. Sacó un bloc y un lápiz del cajón de arriba.

—Buenas noches, Mrs. Spry —dijo Larry, el encargado de las prensas, al pasar ella por su lado. Larry agitó un manojo de llaves—. Será usted la última en salir... Asegúrese de cerrar bien.

—No lo olvidaré, Larry —dijo ella—. Buenas noches.

Larry salió por la puerta principal a Maint Street, y Sarah miró la oficina desierta y golpeó con el lápiz aquella mesa que no era la suya. Algo le había ocurrido..., algo había pasado en toda la población; pero la incapacidad que la había afectado podía ser el instrumento que la llevase a averiguar lo que en realidad había caído sobre Hampstead. *Escritura embrollada*, escribió en el bloc, o confió en escribirlo. *Como dislexia. ¿Qué pudo causarla? Otros síntomas: sensación de embotamiento en la cabeza, zumbidos en los oídos..., una pizca de visión doble. Cansancio. Una dolencia común en toda la ciudad, ¿causante de trastornos cerebrales?*

¿Manchas solares?

¿Residuos nucleares..., enfermedad por radiación?

¿Vertidos químicos?

¿Derramamiento de productos químicos, tal vez como resultado de un accidente de tráfico?

Repasó la lista que había escrito en el bloc, asintió con la cabeza, trazó dos rayas gruesas debajo de aquélla y empezó otra columna.

¿Qué hay de la historia antigua, la historia de la ciudad?

Anteriores asesinatos en masa. ¿Hubo alguno?

Anteriores suicidios de niños. ¿Hubo alguno?

Necesidad de relaciones. Datos que proporcionen el contexto de los a. m. o de los s. n.

Sarah se acercó el bloc a la cara y examinó todas las palabras que había escrito. En vez de «asesinatos en masa» había puesto «asesinatos en maza». Corrigió la frase. Todo lo demás era como pensaba haberlo escrito; lo cual parecía demostrar que escribiendo a mano y más despacio solucionaba casi completamente el problema.

Decidió pasar algún tiempo investigando su segunda serie de ideas, y esto era característico de ella: si algo turbador le había ocurrido a su escritura, se concentraría en algo diferente hasta que la escritura se fijase de nuevo. Miraría las cosas más de cerca: ésta era la divisa de su vida. Y esta noche tenía suerte, pues el periódico en el que trabajaba se había publicado en Hampstead desde 1875; antes había habido un pliego de dos páginas, y antes una hoja impresa por un solo lado. (Durante dos años, 1873 y 1874, no había habido ningún periódico en Hampstead, aunque Sarah lo ignoraba.) Los primeros números, desde el inicial del 3 de enero de 1965, habían sido fotografiados en microfilme, y, en 1968, un viejo cajista llamado Bill Bixbee había concebido la idea de crear un gigantesco índice manuscrito de todos los números de *la Gazette*. Bixbee había trabajado muchas noches, fines de semana y días de fiesta en su proyecto, y probablemente éste le había alargado la vida. Después de retirarse como cajista, había seguido acudiendo cada día a la oficina para trabajar en su índice. Estaba muy orgulloso de su creación; Sarah recordó que su índice contenía más cosas sobre Harnpstead de las que nunca sabrían ella o Stan Brockett, y, en realidad, había más cosas de Hampstead en el índice que en la propia *Gazette*.

Había dos ejemplares del índice de Bixbee: uno en la «Patchin Historical Society» de Hillhaven, y el otro en el archivo del periódico, en un estante encima del proyector de microfilmes.

El índice era llamado «el Bixbee» en la oficina. Si un reportero que buscaba datos para un artículo sobre la preservación de la marisma quería saber cómo había evolucionado la actitud de la población a este respecto, Brockett le decía que «los buscase en el Bixbee». El viejo cajista se había ganado su fama.

Sarah se dirigió al archivo, en la parte de atrás del edificio, encendió la luz y tomó el pesado «Bixbee» del estante. Lo puso sobre el tablero al lado del proyector, lo abrió y lo hojeó hasta llegar a la M. Entonces volvió unas cuantas páginas más, buscando la palabra «Murder» (Asesinato) en la columna de títulos.

Cuando la encontró, miró la lista de artículos. De momento, le pareció más larga de lo que había esperado, pero entonces advirtió que la mayor parte de los artículos estaban agrupados alrededor de una serie de tres fechas. La primera de éstas correspondía al año 1890; la segunda serie de artículos era del otoño de 1924, y la tercera se refería al mes de setiembre de 1952.

Bueno, ésta debía ser una de las famosas «contribuciones» de Bill Bixbee a la ciudad, pues no había habido asesinatos en Hampstead en 1952. A veces, el viejo cajista había empleado este índice para sacar conclusiones a las que nunca había llegado el periódico. Por ejemplo, si uno buscaba «Fondos, malversación de», una de las notas le dirigía a un artículo por lo demás inofensivo sobre el ensanchamiento de

la Carretera 7 y la enorme cantidad que esta obra costaba a la población. Otra nota le llevaba a un simple reportaje sobre la construcción de asientos descubiertos en el campo de *softball* de Rex Road. En ambos artículos aparece el nombre del mismo contratista, junto con la mención de su parentesco con un eminente administrador municipal. Otra nota le conduce a una noticia sobre la reciente compra por dicho funcionario de una casa de trescientos mil dólares. Gracias a estos comentarios indirectos, «el Bixbee» contenía más cosas sobre Hampstead que el propio periódico.

Sarah tomó el primer rollo de microfilme y lo introdujo en el proyector. Lo hizo girar hasta que vio la primera página del primer número de *la Gazette* de Hampstead; enfocó la imagen para poder leer las fechas sin fruncir los párpados, e hizo pasar las páginas hasta llegar a 1890.

HOMBRE DE HAMPSTEAD ACUSADO DEL CRIMEN DE NORRINGTON, leyó en el número indicado en «el Bixbee». Tres minutos más tarde: VIDA SECRETA DE GREEN: DISIPACIÓN DESPUÉS DEL SEMINARIO. Y seis meses más tarde: GREEN CONDENADO. La implicación que se traslucía de estos artículos era que Robertson Green había cometido todos los asesinatos de prostitutas en Norrington.

El artículo siguiente se refería a un granjero del límite de Old Sarum que había matado a su esposa con un hacha.

Sarah no tomó notas de este caso, sino que cambió el rollo y pasó el nuevo por el proyector. Ahora estaba en el verano de 1924, y *la Gazette* era de formato más grande y más fácil de leer. Todavía había anuncios en la primera página, pero había también ilustraciones.

En los números indicados por Bixbee, las primeras páginas de *la Gazette* mostraban fotografías y dibujos de mujeres, de tres mujeres, todas ellas encontradas muertas en las marismas de la ribera occidental del Nowhatan River en las primeras semanas de aquel verano. SIGUE LA OLA DE MUERTE, rezaba el grande y negro titular del número del 21 de junio de 1924. ¿OTRA VÍCTIMA? preguntaba el titular del 10 de julio, y debajo aparecía la foto de una mujer llamada Mrs. Dell Claybrook. Mrs. Claybrook había desaparecido de su casa la noche del 8 de julio. ¿TODAVÍA OTRA? preguntaba *la Gazette* del 21 de julio, sobre un dibujo de la cara petulante y chata de la esposa de Arthur Fletcher, desaparecida de su casa mientras su marido atendía a su negocio de valores en Nueva York. ¿LA SEXTA VÍCTIMA? preguntaba *la Gazette* a sus lectores el 9 de agosto. Mrs. Claybrook y Mrs. Fletcher seguían sin aparecer; un tal Mr. Horace West había regresado de un breve viaje de negocios a las fábricas de Rail River y se había encontrado con la inexplicable ausencia de su esposa Daisy. Dos días después, como quiera que Daisy West seguía ausente, Mr. West había ido personalmente a la Jefatura de Policía y se había enfrentado con el jefe Kletzka. El jefe Kletzka había tenido que emplear la fuerza física para contener al agitado Mr. West. Ninguno de los dos se había querellado contra el otro.

Otra nota era sumamente enigmática, pues no tenía nada que ver con el asesinato. Era un pequeño artículo, en la página 16, sobre el embargo de una barca de pesca propia de un tal Mr. Bates Krell. Por lo visto, Mr. Krell se había ausentado repentinamente: antes de que sus acreedores pudiesen meterlo en la cárcel, parecía insinuar el artículo.

«¿Bates Krell? —pensó Sarah—. Bueno, ¿dónde...?» ¿Daba a entender Bixbee que Krell había sido la última víctima del misterioso asesino de 1924? Sarah pensó que así era, pero aún no sabía por qué le resultaba familiar el nombre del pescador.

Cuando Sarah hizo girar el siguiente rollo de microfilme hasta los números indicados por Bixbee, correspondientes a 1952, contempló el primer artículo importante que había escrito para *la Gazette*: JOHN SAYRE SE QUITA LA VIDA. Aquí estaban dos de las fotografías que había tomado aquel día fatídico: Bonnie Sayre llorando y tapándose la boca con la mano enguantada, y la parte de atrás del «Club de Campo» con su pequeña franja de bien cuidada playa.

Pero, ¿asesinato? Sin duda, *el Bixbee* contenía una larga lista bajo el epígrafe de «Suicidio». ¿Por qué incluía este caso evidente entre los «asesinatos»? Nadie había sugerido nunca que una mano distinta de la suya hubiese quitado la vida a John Sayre. Era una imagen que ella había reprimido durante treinta años. Impulsivamente, hojeó *el Bixbee*, buscando «Suicidio», y comprobó la fecha. Sí, allí estaba, debidamente registrado.

Sarah miró sus notas. En la margen izquierda de la hoja amarilla, separado de observaciones más detalladas, había escrito:

1890, R. Green  
1924, segunda ola de asesinatos  
(B. Krell desaparece)

Ahora añadió:

1952, J. Sayre (?)

Y, debajo, puso:

1980, Friedgood, Goodall, etc.

Y al mirar estas anotaciones, recordó; recordó que había estado en el despacho de John Sayre, mientras su esposa y su secretaria lloraban abrazadas; recordó que se había acercado a la mesa del abogado con Graham Williams, y que ambos habían visto los dos nombres garrapeados en el bloc de notas. *Príncipe Green*, Bates Krell. ¿Se lo habría dicho al viejo Bixbee y le habría preguntado por estos nombres? Sarah no podía recordarlo..., pero Bixbee los había puesto juntos en su índice. Un asesino de prostitutas, un pescador que había huido de la población (o sido asesinado), y un respetable abogado. ¿Qué relación podía existir entre los tres? ¿Y entre ellos y lo que pasaba en Hampstead en 1980?

Sarah trazó unos círculos alrededor de los nombres y las fechas; después se irguió en su silla, delante del proyector de microfilme. Había observado que mediaban aproximadamente treinta años entre cada grupo de incidentes. Con excepción del período 1950-52, había habido una serie de asesinatos en Hampstead cada treinta años. No, pensó: los asesinatos de Robertson Green habían sido

cometidos en Norrington. Pero había habido asesinatos, en o alrededor de Hampstead, una vez en cada generación...

De pronto, la oficina de *la Gazette* le pareció oscura y fría. Apagó el proyector. Sabía ya que, si buscaba en los archivos, encontraría que la imagen se repetía una y otra vez, remontándose hasta los orígenes de los propios archivos... Y antes de esto, en unos tiempos en que el hombre no habitaba aún en la costa de Connecticut, ¿se atacarían y matarían locamente los animales, el oso contra el oso, el lobo contra el lobo, cada treinta años?

Sarah sintió ganas de esconderse: ésta fue su primera e instintiva reacción a lo que pensaba que había descubierto. Su primer impulso fue apagar todas las luces y ocultarse en un rincón hasta que hubiese pasado el peligro. Pero, siendo Sarah como era, en vez de hacer aquello agarró el teléfono.

### 3

En el mismo momento en que Sarah descolgaba el teléfono —poco después de las siete— un hombre intempestivamente vestido, con gabán y sombrero de tweed, salió de un teatro porno de la Calle 42 oeste, de Nueva York. El hombre miró en ambas direcciones y echó a andar hacia el oeste, hacia la Avenida de las Américas. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo, pero un destello blanco debajo de una manga levantada demostraba que sus manos y sus brazos estaban vendados, lo mismo que su cara. Cuando pensó que uno de los habituales de la calle —uno de aquellos tipos amenazadores que se pasaban todo el día en la Calle 42— le prestaba demasiada atención, se deslizó junto a una adolescente de cabellos oxigenados y apretadas medias de seda que le murmuró: «¿Vamos? ¿Vamos?», y entró en otro edificio que antaño había sido un cine.

En casi todas las villas y ciudades, un caballero vendado como Claude Rains en *El hombre invisible* y llevando abrigo y sombrero a mediados de junio, habría llamado sin duda la atención; en casi todas las villas y ciudades, le habrían mirado y preguntado, se habrían sorprendido y habrían apuntado con un dedo. Pero esto era la Calle 42 y la mayoría de los que vieron a Leo Friedgood en busca de satisfacción sexual, presumieron que no era más que un lunático cualquiera. Un hombre llamado Grover Spelvir apoyado en una marquesina, vio que Leo se metía en el cine transformado, dio un codazo al tipo que daba cabezadas junto a él y dijo:

—Acabas de perderte *la Momia*, hombre.

—¡Bah! —comentó Lester.

Leo, que era ahora lo que en el Condado de Patchin llamarían un «bala perdida», sabía que su excursión al barrio más bajo de Nueva York era peligrosa; pero había presumido correctamente que, si tenía un aspecto raro y confiado, estaría bastante seguro, mientras que un aspecto raro y débil habría sido una invitación al ataque. Desde luego, todavía estaba en peligro —cualquier cosa que rompiese su red de vendajes lo mataría—, y esto hacía que su actitud fuese más furtiva de lo que



habría sido en otras circunstancias; pero la arrogancia de Leo seguía siendo su mejor defensa. Presumía, especialmente aquí, que si uno podía pagar lo que quería, podía darlo por suyo.

Pero, aparte todo esto, no podía mantenerse alejado de aquí. Leo Friedgood había sido siempre un *voyeur*. Para sentir el más intenso placer sexual, Leo tenía que ver o imaginarse a otros haciendo el amor: cuando había cohabitado con Stony, había fantaseado acerca de otros hombres a los que la había animado a conocer. La incitación había sido sutil —Leo no había hablado nunca directamente a Stony de otros hombres— pero eficaz. Después de la muerte de Stony, Leo se había imaginado que su vida sexual había muerto también. Todavía podía sentir la humillación que le había causado *Tortuga Turk*, y aquella humillación parecía la lápida sepulcral de su vida sexual. El descubrimiento de las manchas blancas en su cuerpo, y su lento pero inexorable crecimiento podían haber contribuido también a sofocar los deseos de Leo, pero extrañamente, perversamente, cuanto más se extendían las manchas blancas sobre su cuerpo, más obsesivas eran unas ideas sobre el sexo. Ya no podía actuar personalmente, pero la ejecución había tenido siempre una importancia secundaria para Leo. Éste había roto con «Telpro» y con el general Haugejas —nadie de «Telpro» sabía lo que había sido de él—, pero le había sido imposible romper con sus más arraigadas fantasías. Y éstas le habían llevado de nuevo a la Calle 42.

Leo pasó inadvertido ante una hilera de cabinas donde se exhibían cintas pornográficas por veinticinco centavos cada fragmento de dos minutos, y dio un billete de cinco dólares a un hombre calvo que estaba detrás de una ventanilla, miró con retrasado interés los vendajes de Leo y le dio cinco dólares en monedas de 25 centavos. Luego entró Leo en una cabina y se gastó un dólar para ver cómo cuatro colegialas violaban a un hombre flaco y de negros cabellos, con una pronunciada curvatura en el pene. Después salió de la cabina, se dirigió a la parte de atrás del antiguo cine y pasó por debajo de un arco en el que se leía CHICAS DESNUDAS AL NATURAL, 25 Cnts. Una hilera de puertas que parecían de armarios estaban cerradas en semicírculo. Leo abrió una que no tenía encendida la luz roja, entró en el oscuro compartimiento e introdujo una moneda en la ranura que vio delante de él. Una ventanilla del fondo de la cabina se abrió poco a poco al ascender una plancha de metal.

Leo contempló un recinto redondo y bien iluminado, con una alfombra de piel artificial de tigre en el suelo y un desgarrado sofá tapizado de plástico al fondo y a la derecha. Delante de él había una serie de ventanillas como la suya, la mitad de ellas abiertas al haberse levantado sus planchas metálicas. En aquellas ventanas podían verse caras masculinas tan vividas como retratos del infierno —teñidas de rojo— y vueltas todas ellas hacia el cuerpo de la mujer que bailaba en el redondo espacio con música grabada de Bruce Springsteen. Al girar ella y levantar la rizosa cabeza en dirección a su ventanilla, Leo observó que era una pequeña puertorriqueña que no tendría más de diecisiete años. Un negro, en una ventanilla frente a la de Leo, hizo una loca mueca y sacó la lengua a la niña desnuda. Ésta miró a la ventanilla de Leo y no perdió un solo movimiento de cadera al advertir sus vendajes; su cara reflexiva y casi enfurruñada no se alteró en lo más mínimo. No apareció una sola arruga en su

frente, ni un destello de interés en sus grandes y tranquilos ojos. Echó el hombro derecho hacia atrás, levantó la mano derecha, un seno menudo y moreno giró también hacia atrás, y una cadera bien moldeada imprimió un giro al perfecto cuerpecito. Leo se refociló al ver la pequeña y esbelta espalda, el lindo trasero y las deliciosas caras posteriores de los muslos. Cuando la placa de metal empezó a descender en su ventanilla, puso rápidamente otra moneda de veinticinco centavos en la ranura.

La muchacha se movía perezosamente alrededor del círculo de ventanas, doblándose hacia atrás como si tratase de pasar por debajo de una barra. Leo respiraba lentamente, medio en trance: se imaginaba a aquella niña, evidentemente una ramera y con seguridad una drogadicta, bajo una sucesión de hombres, torciéndose y retorciéndose, moviendo el lindo trasero, enlazando a un hombre tras otro con sus bonitas piernas. Leo sólo podía soportar esto por la duración de otros veinticinco centavos, pero entonces la pequeña puertorriqueña se puso una bata y una alta pelirroja de Dust-Bowl, con marcas de violencia, empezó a chascar los dedos y a moverse delante de las ventanas. Leo se caló más el sombrero sobre los vendajes, se levantó el cuello del gabán y pasó en sentido contrario por delante de la hilera de cabinas.

—*Sex show, sex show* —le susurró un hombre al salir él del edificio y torcer hacia el oeste.

Bueno, esto era precisamente lo que quería; pero tenía que ser real, no una apresurada imitación. Caminó de prisa calle abajo, oyendo de vez en cuando una voz negra detrás de él que le llamaba «*Momia*, ¡eh, pequeña *Momial*!» Se dirigía a un club que conocía, junto a la Séptima Avenida. Este «club» lo había descubierto en 1975, el año en que los Friedgood se habían trasladado al Este. Se componía principalmente de dos habitaciones, separadas por un cristal de espejo sólo por un lado y destinada a las personas que compartían los gustos de Leo.

—¡Mierda! No es una *Momia* —dijo Lester Bangs a Grover Spelvin, al ver que Leo desaparecía en la escalera de una casa contigua a un cine donde se proyectaban películas de horror durante las veinticuatro horas del día—. Ese hijo de perra va al Mirador. ¡Huy! No es una *Momia*..., no es una verdadera *Momia*.

—Ya lo veremos cuando baje la escalera, Lester —dijo Grover, metiendo las manos en los bolsillos de sus arrugados jeans y disponiéndose a esperar.

Leo llegó a lo alto de la escalera. Abrió la puerta marcada con el rótulo de «ESTUDIOS EZ», y una joven negra con peluca rubia le sonrió y dijo:

—¿Ha estado antes de ahora en nuestro club?

Leo asintió con la cabeza.

—¿Se ha quemado? —preguntó la chica—. Bueno, yo tenía una amiga que se quemó toda. Tuvo que ir vendada dos meses seguidos. Bueno, son treinta y cinco dólares.

Leo sacó un fajo de billetes del bolsillo del gabán, contó el dinero y lo puso sobre la mesa.

—Muy bien —dijo la chica.

Le mostró media hectárea de brillantes encías sonrosadas, se levantó y lo condujo a una habitación donde media docena de hombres maduros, algunos con *jeans* y camiseta, otros en traje de calle, se hallaban sentados en sillas metálicas delante de una ventana de dos metros cuadrados. Sonó una música rock, pero todos los hombres parecieron ignorarla deliberadamente. Al otro lado de la ventana había una habitación más pequeña y, en ella, una cama revuelta sobre el suelo desnudo. La muchacha apretó un botón de la pared y dijo:

—La función va a empezar, caballeros. Cada representación dura quince minutos. Si se quedan para la próxima, tendrán que volver a pagar. Quien se queda, debe pagar.

Una joven blanca y un negro corpulento entraron en la habitación. Saltaron inmediatamente sobre la cama, y Leo se sintió decepcionado. Cuando había estado aquí, hacía cinco años, la pareja —ambos blancos— se había acariciado y besado durante largo rato antes de subir a la cama. El hombre parecía ahora aburrido y enojado. Agarró el trasero de la chica y la hizo rodar encima de él. Ella se movió sobre el macizo cuerpo, simulando excitación. El hombre no consiguió siquiera la erección; estaba demasiado fastidiado e irritado para tratar siquiera de disimular su miembro flaccido.

Unos minutos después, la mujer simuló el orgasmo. Saltó inmediatamente de la cama y se alejó del campo visual para esperar, pensó Leo, que volviese a sonar el timbre. Pocos segundos más tarde, el hombre bajó también de la cama.

Leo estaba furioso. Cinco años antes, la cosa había sido real, no fingida. Tuvo la impresión de que le habían robado el dinero.

Un hombrecillo con apariencia de ratón, sentado junto a él y tocado con un mezquino sombrero de fieltro, lo estaba mirando de un modo extraño; con temor, debido a sus vendajes, pero casi con simpatía.

—Lo sabía —dijo el hombrecillo a Leo—. Esto ya no es real. Lo han hecho un par de veces, y ahora sólo les sale esta porquería. Pero si quiere ver algo real, yo puedo porcionárselo. Son cien dólares. —Estaba inclinado junto a Leo, y cuando volvió la negra de enormes encías y peluca rubia, murmuró—: Sígame. ¿Tiene los cien?

Leo asintió con la cabeza y el hombre le precedió esacalera abajo. Cuando Leo salió a la calle, el hombre estaba ya en la acera, muy nervioso, con un aplastado cigarrillo pegado al labio inferior. Era un sesentón, un arruinado y pequeño alcahuete de camisa a cuadros y sombrero de fieltro.

—Octava Avenida —dijo el hombre por encima del cigarrillo, echando a andar nerviosamente calle abajo.

—La *Momia* se mueve —dijo Grover Spelvin a Leste Bangs, y ambos empezaron a seguir a Leo y al alcahuete hacia el oeste.

—Sí, pero va con *Cucaracha* Al —dijo Lester—. No una momia. *Cucaracha* Al va a llevarlo a la pequeña Mon Minnesota y al cerdo loco de Dog. No quiero líos con ese tipo.

—Pero la *Momia* volverá a salir —observó Grover.

—Saldrá pobre como una rata —dijo Lester.

Delante de ellos, *Cucaracha* Al y Leo Friedgood cruzaron la Octava Avenida y entraron en el vestíbulo de un edificio de ladrillo gris llamado «Hotel Spellman». El conserje miró deliberadamente a otro lado, y Al condujo a Leo por la oscura escalera hasta el tercer piso.

—El dinero —dijo, muy nervioso, delante de la puerta.

Leo sacó cien dólares del bolsillo del abrigo y puso el dinero en las manos temblorosas del hombre.

—Está bien, está bien. Yo llamaré, entraremos los dos, después, me marcharé, ¿de acuerdo? Esto es una cosa real. Tendrá lo que busca, caballero. ¡Anímese!

El hombre lanzó una mirada rápida y nerviosa a la cara vendada de Leo y llamó dos veces a la puerta.

Abrió un hombre de enormes bíceps cubiertos de vividos tatuajes. Llevaba solamente unos calzoncillos blancos de algodón y, al echarse atrás para dejarles pasar a la pequeña y maloliente estancia, unos abultados músculos se dilataron y encogieron en sus pantorrillas y en sus muslos. Movía la cabeza, como al compás de una música que sólo él podía oír. Los cabellos rubios del hombre estaban casi afeitados en algunos sitios y, en otros, tenían un centímetro de longitud; se los había cortado él mismo sin espejo.

—¿Te ha pagado, Al? —preguntó con voz lenta del Medio Oeste.

—Claro que sí, Dog —dijo Al, sacudiendo la cabeza.

Dog miró a Leo de arriba abajo y sonrió.

—¡Jesús! Vaya un tipo. Realmente es algo singular.

Leo se apartó de Dog y vio una muchacha delgada y de aspecto adormilado, que miraba indiferente e inexpresivamente desde una cama revuelta. También era rubia, y sus finos y ondulados cabellos estaban tan desordenados como arrugada la sábana que cubría su cuerpo.

—Te veré más tarde —dijo Al, saliendo de la habitación.

Dog siguió mirando a Leo, sacudiendo la cabeza con incredulidad y moviéndose en amplios círculos a su alrededor. Leo empezaba a ponerse nervioso cuando Dog preguntó:

—¿Puede hablar? ¿Puede hablar a través de todos esos trapos?

—Sí —dijo Leo—. Por favor. He pagado.

—Está bien, hombre —dijo Dog, levantando las manos, con lo que se hincharon los músculos de sus brazos—. ¿Qué quiere ver? ¿Algo especial? Haremos lo que usted quiera.

—Basta con que se acueste con la chica —dijo Leo.

—Claro, hombre; me acostaré con la chica. Lo que usted diga, señor turista. —Dog se bajó los calzoncillos y Leo vio que los tatuajes terminaban en la cintura del hombre—. Siéntese ahí y tendrá una vista mejor —dijo Dog, señalando una silla a unos seis palmos de la cama.

Leo se dio cuenta, al fin, de que el olor del apartamento le recordaba... el de la sopa de pollo. Se sentó en la silla de madera y observó cómo alzaba Dog la sábana que cubría a la pasiva muchacha. Dog estaba en erección. La muchacha tenía el

cuerpo infantil, salvo por los grandes senos que caían a ambos lados del pecho. Dog se arrodilló entre las piernas abiertas de la chica.

Directamente delante de Leo, sobre la sábana de abajo, había una mancha parda con la forma del Estado de California.

Leo empezó a gruñir mientras Dog se acercaba al orgasmo. Esto era real, no lo que habían hecho en el club, y, al estremecerse Dog sobre el flaccido cuerpo de la chica, Leo jadeó y tembló.

—Bueno, hombre —dijo Dog, incorporándose y sentándose en la cama—. Esto es lo que ha pagado, ¿no? Le hemos dado lo que ha pagado, ¿eh?

Leo asintió con la cabeza y se levantó.

—Bueno, suelen darnos propina, hombre —dijo Dog, saltando de la cama.

La chica seguía mirando fijamente a Leo, boquiabierta. Dog se colocó entre Leo y la puerta.

—Agradecemos las propinas, ¿sabe?

—Desde luego —dijo Leo por el agujero del vendaje. Sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y se lo dio a Dog.

—Realmente, es un hombre singular —dijo Dog—. Bueno, ¿quiere ahora a Mona? Muchos clientes la quieren. Otros cincuenta, y podrá hacer con ella lo que quiera. Mona le chupará los vendajes, hombre.

Alargó una mano y dio un fuerte golpe en el pecho de Leo.

Leo gimíó, y Dog dio un paso atrás, sujetándose la mano como si se la hubiese quemado. Unas arrugas profundas y brutales aparecieron en su cara.

—¿De qué demonios está hecho, hombre? —El semblante de Dog había cambiado; ahora era plomizo y receloso—. ¡Jesús! —Miró a la chica por encima del hombro—. Mona, mira el abrigo de ese hombre. Mírese el abrigo, hombre.

Leo respiraba fuerte, sintiendo una horrible sensación de flojedad en el pecho. La parte delantera de su abrigo tenía una mancha grande y oscura que se iba extendiendo.

—Déjeme en paz —dijo frenéticamente Leo—. No me toque. Déjeme salir de aquí.

Dog avanzó hacia él, con la cara contraída y los párpados tan entornados que ocultaban las pupilas. Leo levantó las manos. Dog lanzó un corto gancho de izquierda a la mandíbula y después golpeó con fuerza la sien de Leo con el puño derecho.

Las vendas que cubrían la cabeza de Leo se abrieron. Una espuma blanca se desparramó por la habitación como si fuese una jabonadura. Leo cayó al suelo, y la sustancia blanca y espumosa siguió fluyendo entre el deshecho vendaje. Al cabo de diez minutos, Leo Friedgood quedó reducido a un montón de ropa mojada, huesos brillantes y vendas como spaghetti en un charco de limo. Sólo llevaba dinero encima, y Dog lo extrajo del bolsillo del abrigo.

Treinta minutos más tarde, Grover Spelvin y Lester Bangs vieron que Dog y Mona *Minnesota* bajaban los peldaños de la entrada del «Hotel Spellman». Los dos hombres estaban apoyados en una farola al otro lado de la ancha calle y, al salir Dog por la puerta, Grover se estiró y dio un codazo a Lester Bangs en el costado.

—Son ellos —dijo—. Vamos, *Momia*.

Mona *Minnesota* salió a la cálida luz del sol detrás de Dog y bajó trotando la escalera. Ella y Dog llevaban sendas bolsas de papel castaño con grandes manchas irregulares.

Grover y Lester cruzaron la calle contra la luz y empezaron a seguir a Dog y a Mona hacia el sur, por la Octava Avenida.

—¿Dónde está la maldita *Momia*? —preguntó Lester—. Hemos estado esperando todo el día. ¿Dónde diablos se ha metido?

Dog metió su bolsa de papel en un cubo para basura y esperó a que Mona dejase la suya sobre aquélla. Después siguieron más despacio su camino, con todo el aspecto —Grover y Lester le reconocieron inmediatamente— de una joven pareja en busca de una importante cantidad de droga.

—Mierda —dijo Grover.

—¡Maldita sea! —exclamó Lester.

Los dos hombres se acercaron al cubo de la basura donde las dos bolsas eran como adornos de un sombrero. Lester abrió delicadamente la bolsa de Mona y miró a su interior. Después rió entre dientes, y al advertir cómo le miraba Grover, lanzó una estruendosa carcajada.

—Grover —dijo, partiéndose de risa—, Dog ahogó a la *Momia*. La ahogó con jabón de afeitar. ¡Ja, ja, ja!

Grover Spelvin, lúgubre el semblante, metió un dedo encorvado en la bolsa e inclinó la abertura hacia él. Miró al interior. Meneó la cabeza.

—Eso no es jabón de afeitar —dijo—. Eso es la *Momia*. ¡Maldición! ¿Sabes una cosa? —Se volvió a Lester con una expresión como de asombro en su ancho rostro—. Dog se lo cargó, naturalmente; pero ese lechuguino era la verdadera *Momia*. Como en las viejas películas.

—Maldito Dog —dijo Lester, sacudiendo la cabeza.

—Dentro de aquellas vendas, todo era jugo —dijo Grover—. La verdadera *Momia*. ¡Maldita sea!

—La *Momia* —dijo Lester.

—Me pregunto cuánto dinero llevaría —musitó Grover.

## 4

—Celebro mucho que quiera ayudarme —dijo aquella noche Sarah Spry a Ulick Byrne—. Como sabe, nunca había necesitado ayuda de esta clase; solía hacer las cosas yo sola.

—Lo sé, lo sé —dijo el abogado—. Yo también soy así. Pero somos amigos, Sarah. Y supongo que se trata de algo que no quieres que sepan Brockett y los demás de *la Gazette* hasta que yo esté dispuesto a enfrentarme con ellos. Brockett pensaría que estoy loco. Por consiguiente, si puedes, mira en los archivos y averigua si hubo accidentes industriales o cosas por el estilo en nuestra vecindad, de seis semanas o

dos meses a esta parte. Si no ha habido nada de esto, quizá podrías comprobar la actividad de las manchas solares. Yo trabajaré en otra dirección y, desde luego, te comunicaré lo que averigüe. Parece que hay una ola demasiado fuerte de locura por aquí.

Esto no era una novedad para Ulick Byrne. Durante las dos últimas semanas, parecía que la mitad de sus clientes habían sido aquejados de grave psicosis. En realidad, eran tantas las cosas que habían ido mal que el propio Byrne pensaba que, probablemente, también él se estaba volviendo loco. Los O'Hara tenían desde luego motivos para su inestabilidad actual; y tal vez los Johnson los tenían también: sus cuatro «Llasa Apsos» de pura raza se habían escapado juntos y habían sido hechos papilla por las ruedas de un camión de la «Druze Cement Company». Pero otra cliente suya se había matado haciendo *jogging*. Con un sobrepeso de veinte kilos, el mayor esfuerzo que había hecho en su vida había sido levantar el aparato de control remoto de su televisor. Entonces, una mañana, empezó a correr por Sawtell Road antes de desayunar y no quiso detenerse, ni siquiera cuando su marido la alcanzó con su «BMW» y le suplicó que subiera. Treinta minutos más tarde, después de tres horas enteras de *jogging*, los músculos de sus piernas habían cedido y su corazón había hecho lo propio.

En realidad, pensó Ulick Byrne, si se observaba lo habían hecho últimamente sus clientes, se tenía una imagen mejor de lo que uno habría deseado sobre lo que sucedía en Hampstead; porque nadie habría querido ver de cerca tanta locura. Además de Jane Anderson, corriendo por Sawtell Road hasta darle un ataque al corazón, estaba el caso de George Klopnik, perito mercantil de una empresa de Woodville. Ulick sabía que George era todo lo bueno que podía ser en Woodville un perito mercantil que no fuese socio de la empresa. Sin embargo, George había entrado en el despacho de Ulick Byrne con una mirada brillante y torcida en los ojos y la convicción de que debía poner pleito al Gobierno de los Estados Unidos por haberle dado falsas esperanzas. George estaba convencido de que, en la causa Klopnik contra Estados Unidos, un jurado imparcial le otorgaría veinte millones de dólares como indemnización de daños y perjuicios. Ulick sólo había conseguido echarlo de su despacho prometiéndole que buscaría precedentes sobre causas por falsas esperanzas. Pero aún peor que George estaba Rogers Thornton, distinguido jefe de una importante empresa de importación de muebles. Thornton tenía los cabellos de plata, los trajes a rayas y los maravillosos modales propios del dueño de una casa en Mount Avenue y presidente de una próspera compañía; pero, en la tarde del martes 17 de junio, se había acercado a una linda colegiala en Main Street, delante de «Anhalt's», y le había dicho: «Poseo un cipote singularmente hermoso. ¿Te gustaría verlo?» Ahora, Thornton estaba en libertad bajo fianza, pero los padres de la chica querían que le encerrasen de por vida si no podían hacer que lo castrasen, y Thornton permanecía imperturbable ante todo aquel jaleo. «Usted no lo comprende, Mr. Byrne —había dicho a Ulick—, pero poseo realmente un cipote singularmente hermoso. Supongo que esto será un tanto a mi favor, ¿no cree?»

Y no podemos terminar con las tribulaciones de Ulick Byrne sin mencionar a Maggie Nelligan, del «Círculo Revolucionario», la cual, en compañía de su amiga

Kathryn Hoskins, de Gravesend Avenue, se había presentado una mañana en «Bloomingdale's», en Manhattan, y encargado en la sección de pieles prendas por valor de ciento setenta mil dólares. Mrs. Nelligan y Mrs. Hoskins fueron invitadas a pasar al despacho del director de la sección de pieles para hablar con él, y ellas accedieron encantadas. Cuando el director les preguntó cómo pensaban pagar las pieles, las dos damas se indignaron. Sin duda, el director la conocía, protestó Mrs. Nelligan. El director respondió que lamentaba que no fuese así, aunque si ella tenía la bondad de refrescarle la memoria... «¡Cómo —exclamó Maggie Nelligan—. Yo soy la dueña de este almacén. Pensé que debía usted saberlo.» «Y yo también —dijo Kathryn Hoskins—. Las dos somos sus dueñas. —Maggie Nelligan asintió enérgicamente con la cabeza—. Ahora, haga el favor de entregarnos nuestras pieles», dijo. Por fin hubo gritos, golpes —al pobre director de la sección tuvieron que darle varios puntos de sutura—, y fue llamada la Policía. Las indignadas Maggie Nelligan y Kathryn Hoskins fueron acusadas de lesiones y tentativa de robo, y encerradas en una celda. Mr. Paul Nelligan había llamado a Ulick Byrne el día siguiente.

Byrne había observado también señales de desorden en toda la población: los basureros no habían pasado por su casa durante una semana entera, y después habían pasado dos veces el mismo día, haciendo muecas como lunáticos; el taxista que lo había llevado de la estación a su casa de Redcoat Grove, el viernes pasado por la noche, se extravió, a pesar de que había llevado al menos dos veces a casa a Byrne con anterioridad; una chica que trabajaba de cajera en «Greenlatt's» había tratado de cobrarle seis veces el mismo asado de ternera, y había estallado en fuertes y ruidosos sollozos cuando él había protestado; y estaba seguro de haber visto, a través de la ventana de su despacho, a una anciana que comía furtivamente estiércol y hierbas de una de las grandes macetas de la zona de aparcamiento del edificio. ¿Y no parecía que había más disputas que nunca, que los temperamentos estaban más excitados? Hacía dos días que, en el mismo aparcamiento, había visto a un par de colegiales atizándose como si estuviesen medio locos... Ayudando a Sarah, pensó, tal vez se acordaría menos de estas cosas.

La telefoneó dos días más tarde. Su investigación le había dado solamente un dato.

—Y no estoy seguro de que se adapte al cuadro que estás tratando de esbozar, Sarah. Pero te lo diré, de todos modos, para que veas que creo en tu causa. El diecisiete de mayo, un par de hombres murieron a causa de un accidente en una fábrica de productos químicos de Woodville. «Woodville Solvent», para ser exacto. Todos los informes indican que murieron por intoxicación con monóxido de carbono.

—¡Hum! —dijo Sarah—. No nos ayuda mucho. Esperaba que se hubiese producido un gran derramamiento, quizás en la carretera general... Pero espera un momento. ¿Has dicho el diecisiete? Es nuestro día. Es nuestro día. La señora Friedgood fue asesinada el diecisiete de mayo. Y te diré que algo más ocurrió aquel día: hubo en la autopista un accidente en el que murieron ocho personas. ¿No te parece que son muchas coincidencias, Ulick?



—¡Jesús! Tengo un terrible dolor de cabeza —dijo Byrne—. Pero sí, estoy de acuerdo contigo. Porque...

—Y fíjate en el dieciocho —dijo Sarah, levantando la voz—. ¿Recuerdas lo que pasó el dieciocho, Ulick? Murieron cinco personas. Todo está en *la Gazette*. Estábamos todos tan impresionados por aquel terrible asesinato que no nos paramos a pensar que podía haber alguna relación. Pero mira, aunque sea demasiado pronto para preocupar a nadie con mis locas ideas sobre todo esto, pienso que tiene que haber alguna concordancia.

—Bueno, algo parecido iba yo a decir —le dijo Byrne—. Que me aspen si sé lo que es. Pero iba a decirte, Sarah, que pienso que debe de haber alguna relación entre esto y Leo Friedgood.

—El marido —dijo Sarah.

—Exacto. Leo Friedgood tiene algún cargo importante en la «Telpro Corporation». Ésta se halla muy metida en cuestiones de defensa, junto con otras muchas actividades. Bueno, «Telpro» era propietaria de «Woodville Solvent»... Yo hice parte del papeleo para la transferencia. No querían que interviniese ningún abogado de Woodville.

—Bueno, tenemos algo, pero no sé qué —dijo Sarah.

—Busquemos a ese Friedgood y hablemos con él.

—Y después te explicaré algunas de mis divertidas ideas.

—No me vendrá mal reírme un poco —dijo Byrne—. Todos mis respetables clientes parecen empeñados en terminar entre rejas.

## 5

Cuando Richard Allbee llegó a casa aquel martes, Laura le abrió la puerta; él dejó caer la maleta sobre el suelo, y la abrazó hasta que ella dijo que no podía respirar. Después se echó atrás y, sin soltarle los hombros, la miró. La cara de ella resplandecía, sus cabellos eran pulcros y sedosos, su vientre estaba visiblemente abultado; una docena de toscas observaciones sobre las vasijas griegas se formaron en la mente de él, pero lo único que dijo fue:

—¡Dios mío, cuánto te eché a faltar! Estás magnífica.

Aquella noche le contó todo lo referente a Morris Stryker y la casa de College Street, a las interminables comidas en restaurantes de segunda clase, a los tramposos que colaboraban con Stryker, al rechazamiento de sus planos, a cómo había estado a punto de atrepellar al cliente para librarse de él.

—Esto significa que nuestros ingresos se verán reducidos a la mitad —dijo Richard—. Pero no quiero que te preocupes por esto. Algo sucederá. Estoy seguro.

—Yo estoy incluso más segura que tú —dijo Laura—. No pasará mucho tiempo antes de que un trabajo tan bueno como el tuyo llame mucho la atención. Apuesto a que dentro de dos años, o tres como máximo, tendrás tanto trabajo que podrás rechazar a ciertos clientes. Confía en mí. Tengo una bola de cristal.

Y fue verdad que, a pesar de tener menos dinero en el bolsillo, los Allbee sobrevivieron al mensual alud de facturas durante todo el verano y el otoño. Aquella temporada, con Richard trabajando en Hillhaven, se sintieron más cerca que nunca el uno del otro. Un día a la semana, incluso al avanzar el embarazo de Laura, iban a Nueva York y rondaban las galerías de arte y los museos, y el aire de Manhattan, así como el feliz desarrollo de la criatura que llevaba en su seno, curaron la depresión que había experimentado Laura después de abandonar Londres. Convinieron en que, cuando el trabajo de Richard les permitiese gastar más dinero, alquilarían un pequeño apartamento en el West Side para utilizarlo los fines de semana.

La noche de setiembre en que nació la criatura, Richard permaneció en pie junto a la cama y dijo las inútiles pero alentadoras frases que suelen decir los padres: «Te estás portando muy bien, querida. Ahora es el momento de apretar de nuevo. Esto es. Aprieta, sigue apretando, sigue apretando, aprieta de veras. Estupendo, Laura.» Balbuceaba, demasiado excitado y demasiado orgulloso de Laura para recordar fielmente las lecciones que habían aprendido. Lo que más impresionaba a Richard del fenómeno del parto era el valor, incluso el heroísmo de las mujeres: pensaba que, si los varones diesen a luz, habría mucha menos gente en el mundo.

Después de diez horas de dolores, *Bultito* nació en el hospital de Norrington el 30 de setiembre, pesando tres kilos y medio, midiendo cincuenta y ocho centímetros, sano y normal en todos los aspectos, y del sexo femenino, como Richard había pronosticado que sería. El día siguiente, Richard y Laura decidieron llamarla Philippa, por la única razón de que a ambos les gustaba este nombre. «¿Philippa? —dijo la enfermera, una corpulenta y campechana negra con una espesa y crespa mata de pelo—. ¿Qué ha sido de los viejos nombres normales, como Mary y Susan? Parece que nadie los usa ya.» Cuatro días después, los Allbee llevaron a su hija a su linda y nueva casa de Beach Trail. Richard había conseguido decorar la habitación que habían elegido como *nursery*, pero, en la mayor parte del resto de la casa, las paredes estaban sin acabar, tuberías descubiertas repiqueteaban sobre el yeso y las cajas de conexión de la instalación eléctrica parecían arañas en el centro de inmensas telas de metal. Como había explicado Richard a Laura años antes, la casa del restaurador era siempre la última en ser restaurada.

—Entonces me alegro de que no seas tocólogo —había dicho Laura.

Al crecer Philippa, se pareció a Laura —sus cabellos tenían el mismo color rojo delicado de acuarela— mucho más que a Richard, y desde el primer momento, la dulce, tranquila y curiosa criatura se adueñó del corazón de su padre. Richard y Laura no trataron nunca de tener otro hijo; Philippa parecía acaparar todo su amor y devolverles todo el que recibía, y los Allbee no pensaron nunca seriamente en llenar un vacío que no podían ver ni sentir. Cuando Philippa tuvo cinco años, la ingresaron en la Academia de Greenbank.

Por aquel entonces, su casa había sido restaurada y la predicción de Laura se había cumplido, aunque un año o dos más tarde de lo previsto: Richard tenía tantas ofertas de trabajo que sólo podía aceptar la mitad de ellas. Ahora pensaban seriamente en aquel apartamento en Nueva York, tanto más cuanto que Laura quería buscar un empleo cuando Philippa tuviese unos pocos años más.

Cuando Philippa estuvo en el quinto curso, Laura empezó a solicitar trabajo en revistas a editores de todas las clases... y, al cabo de seis meses, le dieron el cargo de ayudante del director en una editorial de libros en rústica.

Laura prosperó en su empleo, pero su matrimonio se volvió más inestable de lo que había sido nunca desde el regreso a América. Al aumentar la experiencia editorial de Laura, Richard no podía disimular su resentimiento por el mucho tiempo que pasaba ella fuera de casa, lejos de él: tenía que aceptar el hecho de que el trabajo había llegado a ser, en la vida de ella, casi tan importante como el matrimonio. Los Allbee se debatieron y lucharon entre ellos durante dieciocho infelices meses. Al fin, Laura consiguió un cargo de directora en «Libros de Bolsillo». Muchos autores cuyas obras había publicado en rústica la siguieron en «Libros de Bolsillo». Richard y Laura volvieron a entenderse mejor.

Cuando Philippa ingresó en la «Brown University» (Richard la llevó en su coche a Providence y buscó el nombre de Morris Stryker en la guía telefónica mientras estaba en aquella ciudad, esperando no encontrarlo, y no lo encontró: habría muerto o no figuraría en la guía), Laura había sido nombrada directora editorial en «Libros de Bolsillo», y Richard tenía más éxitos de los que pensaba que se merecía. Hablaba en conferencias y simposios en diferentes partes del mundo; él y Laura habían hecho muchos viajes a Londres, y poseía una oficina en Nueva York y otra en Hampstead. Tenía a sus órdenes dos jóvenes arquitectos apasionadamente interesados en las obras de restauración (y uno de ellos, pensaba él, parecía sentir el mismo apasionado interés por Philippa). Cuando Philippa estudiaba el penúltimo curso en «Brown», uno de los jóvenes descubrimientos de Laura escribió un libro del que inmediatamente se vendieron más de veinte mil ejemplares a la semana y siguió vendiéndose con regularidad hasta llegar a imprimirse más de veinte millones de ejemplares; y Richard consiguió el encargo más importante de su vida: la restauración, en Lincolnshire, de una famosa casa de campo victoriana diseñada por Sir Charles Barry.

Un Día de Acción de Gracias, Laura, Richard y Philippa celebraron un largo y succulento banquete en su casa de Hampstead. Los Allbee bebieron una botella de «Don Perignon» antes de la cena, y pasaron después al comedor para regalarselo con el pato asado por su cocinera y los otros platos, más tradicionales, preparados por ella: el relleno, el puré de calabaza, arándanos, patatas, empanadas de carne picada.

Cuando se sentaban a la mesa, sonó el timbre. Richard gruñó y dijo que debían traerle unos planos de la oficina de Nueva York. No, dijo Laura, debía ser el mensajero que le traía el último original de su nuevo astro con un día de anticipación. Se levantó y se alejó de la mesa, mientras Richard empezaba a trinchar el pato.

Al abrir Laura la puerta, Richard miró de reojo... y una fría ráfaga de viento, de un viento tan frío que parecía negro, entró en el comedor. «¿Qué?», dijo Richard, dejando el largo cuchillo de trinchar sobre la mesa. Se volvió hacia la puerta y, en aquel instante, vio que Billy Bentley avanzaba en dirección a Laura. Billy había entrado con la fuerte ráfaga de viento negro y sus ojos echaban chispas. Un segundo

después, clavó el cuchillo en el estómago de Laura y rajó hacia arriba, hasta el corazón, con regocijado e inhumano salvajismo.

Todo esto pudo haber ocurrido, y en parte ocurrió, pero no de esta manera.

Richard se volvió en la cama, pestañeó y miró al techo. No se sentía en su sano juicio, pero la cordura que le quedaba era la que había inventado esta compilada y cruel fantasía. A veces casi la había creído; mejor dicho, postrado aquí en su dormitorio, la había creído. Había visto el nacimiento de Philippa, y había visto su cara al ser capaz de montar en su primera bicicleta de dos ruedas, y al quedar primera de su clase en un ejercicio. Había visto aquella página de la guía telefónica de Providence, la columna de nombres que no incluía el de Morris Stryker, oído la voz de Philippa que le preguntaba: «¿A quién buscas, papaíto?» Probablemente, estas cosas inventadas que había visto le habían mantenido al menos tan cuerdo como era, y probablemente le habían conservado también la vida..., porque, durante los últimos cinco días, su postración nerviosa había sido tan profunda que casi había necesitado recordarse que tenía que respirar. Así como Leo Friedgood se había sostenido con alcohol después de la muerte de su esposa, Richard Allbee se había alimentado con la imaginación.

A eso de las nueve de la noche del martes 16 de junio, Richard había abandonado la autopista de Connecticut por la Salida 18, bajando por Sayre Connector hasta Greenbank Road, cruzado el puente desde el que *Tortuga Turk* había amenazado con lanzar a Bruce Norman, pasado por delante de la casa de Wren van Horne y la entrada a la playa, y girado en Mount Avenue hacia Beach Trail. Había barajado tantas alternativas en su mente —había habido un corte de energía, había habido un robo, Laura había intentado telefonarle y ahora estaba en la carretera que conducía a Providence— que lo único que quería era ver a su esposa y asegurarse de que estaba bien. También había considerado la alternativa de un incendio, y por esto se sintió más tranquilo cuando hubo avanzado lo bastante por Beach Trail para ver la parte de atrás de su casa.

Al entrar en el garaje, Richard advirtió que la luz interior de la entrada de atrás estaba encendida. Sacó sus maletas del portaequipajes y cruzó con ellas el paseo hasta la escalera de atrás. Entonces abrió la puerta y llamó a su mujer. Entró y dejó caer las maletas junto a la puerta.

Recorrió el pasillo hasta la parte de delante de la casa.

—¡Laura! —gritó.

Una de las luces del cuarto de estar estaba encendida, y vio que Laura había colgado varios de sus cuadros en la larga pared del fondo.

—¡Laura!

Dio media vuelta por el cuarto de estar y salió de nuevo al vestíbulo. Esta vez advirtió que la puerta principal estaba abierta, y, al mismo tiempo, percibió un fuerte olor en una ráfaga de aire; procedía del interior de la casa.

Plantado en el vacío vestíbulo junto a la puerta abierta, Richard sintió el deseo de volver a la puerta de atrás, sacar el coche del garaje y rodar hacia Rhode Island,

hacia Maine, hacia el Círculo Polar Ártico y hasta el fin del mundo en caso necesario. Su corazón había acelerado el ritmo, y, por última vez, murmuró el nombre de ella. Tocó la puerta, tragando saliva, y la cerró. Entonces se volvió para enfrentarse con la casa.

Entró en el comedor, vio que la antigua mesa redonda había sido limpiada, y las sillas sacadas de sus envoltorios protectores. Encendió la luz de la cocina y entró en ésta. Junto al fregadero yacía —como una mano cortada— el rojo receptor del teléfono. Sobre la mesita había cajas de vasos sin abrir. Una de las cajas había caído al suelo y se veían cristales rotos sobre las baldosas. Pequeñas señales de perturbación.

Al fondo de la cocina había una despensa que Richard pensaba eliminar. Era un pequeño espacio cerrado con tuberías de aluminio, una lavadora y secadora, y unos estantes de confección casera que subían hasta el techo. Richard se obligó a abrir la puerta de la despensa y tirar del cordón que encendía la luz.

Al principio sólo vio la lavadora y secadora. Contuvo la respiración y entró en el pequeño recinto cuadrado. Miró los estantes y vio en ellos una gruesa capa de polvo y un viejo par de guantes de trabajo. Unos polvorientos botes de fruta con tapas rojas aparecían cubiertos por una espesa tela de araña.

Cuando miró al lado de la máquina lavadora, vio una salpicadura de sangre.

Ella había abierto la puerta, entrado en la cocina con su visitante... y entonces había comprendido que estaba en peligro y cogido el teléfono. El hombre había cortado el cable del teléfono. Laura había corrido a la despensa y se había agachado junto a la lavadora. Ya estaba herida.

¿Y después?

No sabía si tendría fuerzas para pensar en lo que había ocurrido después.

Apretándose la cara con las manos, salió de la cocina por la puerta posterior y bajó al pequeño vestíbulo de atrás. Al pie de la empinada y estrecha escalera de atrás, antiguamente destinada al servicio, descubrió otra mancha de sangre.

Esto quería decir que ella había salido de la despensa y subido la escalera posterior. Richard gimió y puso un pie sobre el primer escalón. Paradójicamente, su pie parecía tan pesado como para aplastar el escalón y tan ligero que podía flotar al menor impulso. Subió media docena de peldaños, respirando con breves y secos jadeos.

Al llegar a la mitad de la escalera, vio la huella de una palma ensangrentada en la pared, por encima del pasamanos. En el peldaño superior, había otra mancha de sangre, ya seca y oscura.

Fue directamente a la habitación que habían elegido como *nursery* de Bultito. Era la más próxima; ella habría corrido allí, Richard se detuvo ante la puerta, estrujándose las manos, y entonces volvió a percibir aquel olor desacostumbrado; ahora lo reconoció: era olor a sangre. Empujó despacio la puerta de la *nursery*.

Detrás de la puerta, una cosa blanca y parda yacía sobre la gastada alfombra. Richard tardó un momento en reconocerla como carne humana, y otro momento en identificarla. Laura yacía rígida contra la pared de la habitación, y su sangre había salpicado como un bote de pintura la ventana encima de ella. Richard gimió como un animal subterráneo, como un tejón herido. Encendió la luz y dio rienda suelta al

llanto de terror que se había estado acumulando dentro de él. *Bultito* había cabalgado también a lomos del Dragón; aquella cosa amorfa que habría sido su Philippa. Estaba al lado de Laura, de lo que quedaba de ella.

Laura tenía la boca abierta, y sus ojos parecían mirarlo fijamente; *Bultito* tenía también la boca abierta. Richard permaneció plantado delante de ellas, tan incapaz de movimiento que ni siquiera podía temblar. Por último, vio que el boquete del vientre de su esposa estaba lleno de moscas, y gritó tan fuerte que el esfuerzo le impulsó fuera del cuarto, hacia el pasillo.

## 6

El ser que había sido anteriormente el doctor Wren van Horne estaba sentado en el oscuro cuarto de estar, de cara al espejo comprado por el médico. Veía en él escenas de devastación y de ruina —cascotes humeantes y montones de ladrillos destrozados—, las eternas escenas de su paisaje. Las calles reventaban convirtiéndose en intransitables montículos de hormigón resquebrajado, los edificios ardían hasta los cimientos, los puentes se hundían en el agua que hubiesen tenido que cruzar, enormes montones de ceniza se alzaban resplandecientes, lenguas de fuego lamían sus contornos, agitadas por un viento fuerte, y menguaban de nuevo, exhalando humo opaco...

Después, una confusa serie de imágenes pasó por la superficie del espejo. Caras de niños que chillaban, soldados cruzando una ancha calle, las trincheras y el barro y las alambradas de la Primera Guerra Mundial, los cuerpos extenuados de las víctimas de los campos de concentración, cuerpos hambrientos convertidos en tendones y cartílagos..., imágenes sin tiempo, que representaban tanto el pasado como el futuro. Niños de vientres hinchados y caras de viejos, hombres encorvados y mujeres buscando su alimento en las yermas laderas de los montes.

Ahora, el ser vio, suspendidas en una ola enorme de sangre, las caras de todos los que habían muerto desde el 17 de mayo. Joe Ricci, Thomas Gay y Harvey Washington, Stony Friedgood y Hester Goodall, Harry y Babe Zimmer y quince bomberos, Bobby Fritz y todos los demás..., flotando sus caras y cuerpos en la ola roja.

Entonces la enorme ola se allanó, y el ser que se hallaba en el cuarto de estar de Wren van Horne vio montones de niños que nadaban alejándose de Gravesend Beach, pasando más allá de las boyas, obligándose a seguir nadando hasta que sus brazos estaban tan cansados que apenas podía levantarlos sobre el agua espesa y colorada..., y después los vio volver de nuevo a la playa, oscuros sus cuerpos por el limo del fondo y envueltos en algas.

Se volvió en su sillón para mirar afanosamente a través de las ventanas que daban al Sound.

Sí.

Una muchedumbre estaba en pie sobre el muro de contención del borde de su jardín. Se acercó a las ventanas para dejarles entrar.

El primero en entrar por las ventanas abiertas fue un chiquillo que llevaba los rasgados y raídos restos de una camiseta de manga corta. En la camiseta permanecía aún una fotografía apenas visible de «Yoda».

## 7

Mientras le ardían las tripas y le latía la cabeza, *Tortuga* Turk trabajó a la mañana siguiente en las señales de tráfico de la esquina de Riverfront Avenue y Post Road. Se estaba recuperando de la peor gripe que hubiese padecido en toda su vida, y sabía que hubiera debido quedarse un día más en casa. Durante unos segundos, vio doble y tuvo que mover repetidamente la cabeza. Sufrió un retortijón de tripas y, muy pronto, llegaría el momento de una de sus visitas de media hora al pésimo retrete situado en la parte trasera del «Abrazzi Liquor», aquella licorería que se hallaba exactamente a sus espaldas en la esquina sudeste. Era una suerte —pensó *Tortuga*— que se hubiese visto afectado tan tarde por la gripe en el ciclo; para cuando se sintió enfermo, todos llevaban tanto tiempo sufriendo de la gripe, que ya ni se acordaban de cuan mal les había hecho sentirse. Todos se preocupaban de cubrir su sitio en la lista y de eliminar de su planificación los días sin servicio... *Tortuga* no había dejado de experimentar resentimiento al pensar que ninguno de sus agentes colegas le había llegado a visitar en su casa. (La calidez de su resentimiento, probablemente le impidió ver que sus frecuentes diatribas en voz alta acerca de los pesados que llamaban o aparecían por su caravana por la noche, había decidido a todos los demás respecto de que *Tortuga* aborrecía ser molestado en su casa.) Pero esta mañana, *Tortuga* tenía ya suficiente con filtrar su resentimiento, sin tener que reflexionar sobre la insensibilidad de los policías más jóvenes.

En primer lugar, existía aquel condenado botón, y secundariamente, la urgencia nerviosa que afectaba a cualquier civil una vez que se ponía detrás del volante de su coche. Cualquier poli que se encontraba de servicio, había visto a la gente actuar como verdaderos salvajes en el tráfico: gritaban por la ventanilla, tocaban el claxon, hacían chirriar sus neumáticos... Pero hoy las cosas parecían peor que nunca. *Tortuga* sabía que un par de chicos, de forma deliberada, se habían acercado tanto a él que casi corrían a sus talones. Más de la cantidad acostumbrada de gente no hacía otra cosa que tocar el claxon, en los coches detenidos detrás del semáforo en Post Road. En parte, era culpa del botón, pero, sobre todo, se trataba de impaciencia, como si aquellos lugares que los paisanos debían alcanzar fueran mucho más importantes que los interiores de sus coches. Y lo peor de todo, aquella mañana sólo habían ocurrido dos colisiones de guardabarros, lo cual no era muy usual en aquella esquina; y en el segundo pequeño accidente, un gran tipo con un ajustado traje liso había salido echando chispas de su «Audi» y corrido hacia el otro pequeño fulano del «Ford» que había colisionado contra su coche; el enorme sujeto había abierto por completo la puerta del «Ford» y estaba golpeando ya en la cara a su ocupante antes de que *Tortuga* pudiese agarrarlo. Y luego, sólo había podido detener a aquel

hombrón dándole con la porra. Y aquello no resultaba nada fácil para alguien con dolor de cabeza y estómago revuelto. Por encima de cualquier otra cosa, tenía un atestado difícil que redactar cuando regresase a la Comisaría.

Y por si ello no fuese suficiente, una dama con un pelo rizado a lo «Chiquita Banana» y un cigarrillo pegado a su más bien gordezuelo labio inferior, y que se había inclinado hacia fuera en su ventanilla, le gritó que se habían cometido «cuatro asesinatos, maldita sea. ¿Y qué estáis haciendo vosotros, so idiotas, al respecto? ¿Hurgándoos las narices?» Naturalmente, los paisanos eran tan tontos como chuchos, puesto que no sabían que el Estado estaba ya llevando a cabo las investigaciones de los asesinatos. Y si lo hacían, probablemente pensaban que alguien como *Tortuga* se resentiría de ello, aunque éste opinaba que la situación se encontraba en orden. Un joven pelmazo como Bobo Farnsworth, probablemente creyese que la investigación era buena para su alma, pero *Tortuga* sabía que se trataba de una cosa muy delicada. Si los tipos del Estado identificaban al asesino, serían los polis de Hampstead los que se harían cargo de él. Y aquello le parecía bien a *Tortuga*.

—Verá, señora, lo que estoy haciendo al respecto es que daré al asesino el nombre de usted, tan pronto como consiga su número de permiso de conducir a través de los archivos estatales —musitó *Tortuga* para sí mismo.

Luego, el botón se encalló de nuevo. *Tortuga* movió la mano y se le puso la cara roja de rabia. Cuando empujó el botón dentro de la pequeña caja metálica de funcionamiento manual, se suponía que la señal cambiaría en el semáforo. Pero cuando se encalló, como lo había hecho en varios momentos de aquella mañana, tuvo que cruzar la calle a través del tráfico, abrir la consola de la acera y hurgar en una clavija de la caja de empalme; a continuación, debió correr otra vez cruzando la calle y ver si aquello funcionaba. A veces, la luz se quedaba parada en el rojo o en el verde, y *Tortuga* debía acercarse al centro del círculo blanco y dirigir el tráfico con los brazos y silbar, hasta que la máquina se decidía a funcionar de nuevo.

Alzó la mano y se alejó del bordillo. Con las bocinas aullando, los coches comenzaron a alinearse en el otro lado de la calle. *Tortuga* pasó entre dos automóviles y se quedó mirando a un flaco idiota, completamente calvo, que se había apoyado encima de su claxon. En el otro lado de la línea amarilla, los coches que giraban a la derecha desde Post Road seguían cruzando incontenibles; *Tortuga* extendió de nuevo el brazo y sopló el silbato autoritariamente; pasaron dos coches más y, finalmente, el tercero, un «Jaguar» conducido por una rubia de pelo corto, se detuvo, *Tortuga* pasó delante de él, y el coche siguió aún hacia delante unos centímetros y rozó la rodilla de *Tortuga*. Éste hizo sonar el silbato lo suficientemente alto como para hacer añicos el parabrisas; luego, se sacó el silbato de la boca, y con una cara tan roja como la remolacha, gritó:

—¿Qué gran idea tiene, señora? Debe...

Otro coche, que giraba a la derecha desde Post Road, chocó contra el vehículo de la mujer. *Tortuga* sintió un fuerte dolor en la rodilla, cuando el parachoques del «Jaguar» la golpeó, por lo que aulló:

—¡Fuera! ¡Fuera de los coches! ¡Ustedes dos!



De forma salvaje, hundió la clavija en el interior de la caja de empalme y, a través del furor de las bocinas, escuchó el clic audible que hizo la luz del semáforo al cambiar.

—¡Ahora muevan esos coches y resuelvan sus problemas! —bramó *Tortuga*, sin estar seguro de por qué entorpecía el tráfico, al obligar a la rubia y al hombre que estaba detrás de ella a abandonar sus coches..., a través de su dolor de cabeza flotó una imagen de que empezaba a atizarles con su porra, chafándole al hombre la nariz y rompiéndole a la mujer la mandíbula, salpicándolo todo de dientes y sangre...

Se los quedó mirando con tan peculiar intensidad, que cada uno se apresuró a montar en sus coches y los hizo avanzar hasta encontrar un lugar de aparcamiento, en el que intercambiarse sus pólizas del seguro de accidentes.

*Tortuga* apretó los dientes y salió de nuevo del bordillo, para ir cojeando hasta su puesto. Le dolieron las tripas y, dentro de unos minutos, debería regresar al hediondo retrete de un metro cuadrado de «Abrazzi». Se preguntó qué le sucedería si empleaba su porra para romper el parabrisas del siguiente y caro ejemplar de chatarra extranjera que pasase por allí; conjeturó que el placer tendría mayor peso que cualquier castigo que el Departamento le impusiese.

Ahora tenía que contender con los que giraban a la izquierda, en el otro lado de la Post Road. Extendió la mano y colocó los pies en la línea amarilla. Un coche ignoró sus señales y pasó a toda marcha por delante de él, con la ventanilla trasera a no más de medio metro de su cara. *Tortuga* nunca averiguó quién estaba al volante —sólo tuvo una leve e incómoda sensación de que nadie conducía—, pero cuando miró furioso a través de la ventanilla posterior, vio el rostro retorcido y lleno de cicatrices de Dicky Norman, que lo estaba mirando.

Le pareció que seguía ante sus ojos durante un imposiblemente largo momento. La cara de Dicky tenía aquella blancura de pez que presenta toda piel muerta, excepción hecha de las líneas negras, en los lugares en que un bisturí de cirujano había cortado a través de su frente y cuero cabelludo. Sus ojos eran débilmente amarillos alrededor de las pupilas, tan sin vida como el resto del rostro. La lengua de Dicky se movió mientras *Tortuga* avizoraba por la ventanilla posterior, como si Dicky se estuviese esforzando por hablar. Luego, la aparición acabó por alejarse de él: el coche ya se había ido y avanzaba por el cruce.

*Tortuga* siguió pesada y ciegamente en medio del tráfico, manteniendo la mano extendida, aunque sin ver si estaba deteniendo a algún coche. El silbato le colgaba negligentemente de los labios.

Se puso a salvo en el bordillo y empezó a subir los escalones de «Abrazzi», sin lanzar ni siquiera una mirada atrás, hacia el tráfico. Mike Abrazzi, el viejo que se encontraba detrás del inclinado mostrador, le dijo:

—Parece que se te escapa, ¿eh, *Tortuga*?

—Manten cerrada tu jodida boca —gruñó *Tortuga*.

Y se apresuró al pequeño cubículo del lavabo, bajándose los pantalones justo a tiempo. Siguió tratando de borrar de su mente la imagen de Dicky Norman.

Cuando salió, arrastrando parte de los olores de aquel cuartucho de la parte trasera hasta la tienda de licores, vio que el tráfico estaba, de nuevo, fluyendo con

normalidad, por lo que miró hacia Post Road; más allá del puente, hacia el extremo de Main Street, divisó un pequeño grupo de gente atraída por alguna incongruencia. Reconoció, en primer lugar, a Graham Williams, un hombre por el que sólo había sentido desprecio: Williams había huido de su país, en vez de tratar de ayudarlo. Luego se percató de la presencia de Richard Allbee, el marido de la última víctima; y junto a Allbee se hallaba Patsy McCloud. *Tortuga* la había visto crecer en Hampstead, y sabía que la mujer estaba casada con aquel jugador de rugby del «J. S. Mill», Les McCloud, que se había hecho papilla en la autopista una semana atrás o cosa así. Patsy era una muchacha bonita, con ojos grandes y larga cabellera. Con esos tres iba un adolescentillo, un chico que *Tortuga* no sabía quién era. Durante un instante, antes de dirigir su atención hacia el tráfico, *Tortuga* los observó caminar a la luz del sol en dirección a Main Street; y la segunda cosa rara del día le sucedió entonces a *Tortuga* Turk.

Envidió a aquellas personas. Se precipitaron contra él con una peculiar e intensa dureza, como si fuesen una clase de familia, tan grande era su afecto los unos hacia los otros. Por un momento, quedó sorprendido por la claridad en que veía a aquellos cuatro, como si se destacasen ante la brillante luz solar. Deseó estar con ellos, formar parte de aquella intimidad. Y en aquel momento, se permitió el sentir envidia.

Pero doblaron por la esquina, pudo ver la joroba en la espalda del viejo Williams, y ya no fueron otra cosa que unos ciudadanos cualquiera. *Tortuga* se ocupó de nuevo del botón y, una vez más, quedó encallado. Empezó a soltar blasfemias, y nuevamente se vio asaltado por la visión del rostro de Dicky Norman, mirándolo, inexpresivamente, a través de la ventanilla posterior del coche. Cerró los ojos, suspiró y oprimió con suavidad el botón con su dedo índice. Al cambiar las luces, se oyó un sonoro clic. *Tortuga* abrió de nuevo los ojos y se estremeció aliviado. ¡Cristo!, por un segundo casi había creído... Frunció el ceño al mirar los coches que llegaban al cruce. Por algo parecido, se podía haber jugado la jubilación...

Richard Allbee hablaría acerca de lo que pensaba haber visto: asimismo, mientras *Tortuga* le observaba girar por Main Street con sus amigos, Richard no advertía las lágrimas que se le deslizaban por sus mejillas, mientras les contaba a los otros tres de sus largas fantasías diarias acerca de Laura y de su hijo, y antes de que finalizase el día les hablaría de Billy Bentley y del sueño de que la tierra rezumaba sangre. Incluso Les McCloud encontraría a alguien en un bar —no a Patsy— para divertirlo con sus tontas historias de ver un rostro muerto a través de una ventanilla de automóvil. Pero cuando concluyeron las ocho horas de *Tortuga*, se presentó de nuevo en la Comisaría y, laboriosamente, pasó a máquina su atestado de la colisión de coches, se quitó el uniforme y se dirigió a su «Winnebago», que le servía de vivienda. Allí se tomó cinco cervezas y cayó dormido mientras observaba un partido de pelota base por la televisión.

*Tortuga* se despertó a las ocho, musitándose «¡Cógela!».

Se acercó al pequeño lavabo de la caravana —más pequeño que el retrete de «Abruzzi», pero no mucho más limpio—, alivió su vejiga, se afeitó y se dio unas

manotadas de agua debajo de las axilas. Abandonó la caravana para dirigirse en coche por Post Road hasta «Billy O's».

«Billy O's» era un bar en un barrio de Bridgeport, en su mayoría habitado por negros, pero ningún moreno aparecía por dicho establecimiento. El propietario, Billy O'Meara, había pertenecido a la fuerza de Old Sarum durante veinte años, antes de que un chico, en un coche robado, le hubiese atropellado y roto la pelvis en trocitos. Ahora cojeaba de un extremo del bar a otro, explicando, inacabablemente, que los seres humanos no servían más que para hacer mierda, pero, en especial, los muchachos, los judíos, los protestantes, los italianos, los puertorriqueños, las mujeres y, por encima de todo, las conejitas de la selva. Si un negro se hubiese atrevido a asomar la cabeza por «Billy O's», Billy O'Meara, probablemente, habría caído muerto en redondo, fulminado por una apoplejía racista.

Cuando *Tortuga* entró, los seis o siete tipos que se encontraban en el bar lanzaron una ojeada hacia él e, inmediatamente, dejaron de hablar. Aquello significaba, según sabía *Tortuga*, que habían estado comentando cosas de Royce Griffen. Como único policía en esta parte del Estado, que se había suicidado de un tiro en los pasados siete años, Griffen era tema de un montón de conversaciones en los bares de polis y en los vestuarios del Departamento. *Tortuga* ya estaba harto de todo esto: le parecía que un montón de polis hablando acerca de Royce Griffen eran aún más molestos que Billy O'Meara contando cuántos negros se habían atrevido a penetrar en su establecimiento.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Sois unos tipos jodidos que le estáis dando de nuevo vueltas y exhumando a Royce? Dejad que ese pequeño bastardo descabece un sueñecito, ¿no os parece? Se comió su pistola, se comió su pistola, ra-ta-ta-ta... Dejadlo estar ya...

Un sargento de Policía de Bridgeport, que se llamaba Danny Salgo, comentó:

—Me parece que le tratas con demasiada dureza, *Tortuga*.

—Claro que le trato duro —replicó *Tortuga*—. Todos le han tratado con dureza. ¿Qué diablos estás tratando de decir?

—Nada, *Tortuga* —se apresuró a responder Salgo.

—Mejor que no sea nada. El Departamento admite a un fenómeno que estaba loco, y todos, a cien kilómetros a la redonda, no empiezan a hacer otra cosa que una autopista que dura ya diez años...

Billy O'Meara colocó una jarra de cerveza y un vasito de «Jack Daniels» con hielo delante de *Tortuga*; éste se bebió el bourbón y luego echó un largo trago de cerveza.

—Dime alguna buena noticia, *Tortuga* —le interpeló Billy O'Meara—. Me voy a poner enfermo con esos tipos. El fulano que suspendió la prueba del capitán, otros idiotas que hablan de su coche, bla, bla, bla... Johanssen estuvo aquí; se encuentra tan harto que se irá a Los Ángeles el mes que viene, a pasar los exámenes para ingresar en la fuerza de allí.

—¿Los Ángeles? —musitó Salgo, incrédulo.

Johanssen era un policía de veinticuatro años, de Hampstead.

—¿Cogen de nuevo bebés? ¿Por qué hacer todo el camino hasta allí para encontrarse sólo más chicanos? Eres un cachorrillo, Johanssen; te harán pedazos.

Johanssen meneó su rubia cabeza, aunque prudentemente conservó la serenidad.

—Me siento a disgusto —replicó—. Hasta Bobo está pensando en irse, según me he enterado. Y, en primer lugar, allí se gana tres veces más...

—Bobo Farnsworth, es el peor poli del mundo —repuso Salgo—. No es más que un chupapollas...

De repente, *Tortuga* se sintió cansado.

—Bobo es un buen poli —terció—. Y lo mismo le pasa a Johanssen. Es un chico, pero es también un buen poli.

Luego, *Tortuga* se echó a reír:

—¿Quieres oír buenas noticias, O'Meara? Eh, Johanssen, ¿irás a ver *Los chicos del coro* la semana que viene?

Johanssen asintió con su jarra de cerveza.

—Ésa es tu buena noticia, Billy. Otro especial de medianoche para los chicos de Hampstead y Old Sarum. Y éste va a ser más bien sonado. Eres afortunado al tener un bar...

O'Meara ya se estaba riendo. Se acordaba, igual que sabían todos los hombres presentes en el bar, de lo que sucedió después de la «Primera Película Anual de Medianoche de la Policía», en el «Nutmeg Theater», detrás de Main Street. La película había sido Klutte, y habían asistido un centenar y medio de agentes de Policía de Hampstead y Old Sarum. Por tres dólares cada uno, habían consumido toda la cerveza que podían beber y casi kilo y medio de palomitas de maíz per cápita. Para cuando terminó la película, el cine estaba lleno de palomitas de maíz aplastadas y chafadas latas de cerveza, y los más juveniles de los chicos —que habían estado gritando y chillando durante una hora y media—, se hallaban ya preparados para enfrentarse a una jerga más interesante. Un montón de polis se desvió un poco para acudir a «Billy O's», y a las dos de la madrugada el pequeño bar cerró sus puertas con diecinueve polis borrachos y tres obrerillas locales. A las cuatro, el lugar olía como los vestuarios de una escuela superior; a las cinco de la madrugada, las chicas dejaron de cobrar, tras haber ganado dinero para dos meses; a las seis, todos, excepto Billy, se encontraban por los suelos, con todas las chicas desnudas y también la mayor parte de los hombres. Montones de mojados billetes de cinco y diez dólares aparecían por aquí y por allí, junto con cerveza derramada. A las seis y media, Billy había servido una ronda gratis para todos y les había echado a patadas. Dos o tres de los hombres, entre ellos Johanssen, habían conducido en línea recta hasta la Comisaría para practicar tiro al blanco antes de que empezase su turno.

—Eh, a mí también me gustaría hacer eso —exclamó Salgo.

—No creo que este año inviten a los bomberos, Danny —replicó *Tortuga*, lo cual no era más que un viejo chiste de policías.

*Tortuga* y los otros comenzaron con los familiares rituales de la bebida nocturna; y nadie dijo algo que no hubiese dicho ya muchas veces antes; pero en medio de la noche, en aquel bar, *Tortuga* se sintió como cuando envidiara a aquel grupito de

Patsy McCloud y Graham Williams, y a los otros dos, aquella mañana; ya tenía demasiado de todo aquello, tanta intimidad como podía resistir y el pequeño bar de polis, en el ghetto de Bridgeport, le podía dar.

—Ya tengo bastante —exclamó a la una y diez—. Empiezo a ver doble. Será cuestión de que me vaya a casa. Muy pronto, seré igual que la vieja Josephine Tayler. Vi a su nieta hoy. Argumento para una violación. Hasta luego...

A la una y media, *Tortuga* salió de su coche y comenzó a atravesar el descampado lleno de malas hierbas que separaba su lugar de acampamiento de la carretera. El «Winnebago» se alzaba en un cuarto de hectárea de terreno despejado que *Tortuga* había comprado al municipio en 1941. Cerca de la tierra de *Tortuga* se encontraba una tienda en que vendían de todo, y que también hacía las veces de estación de servicio, detrás de la cual se hallaba otro cuarto de hectárea de arbolado. Cuando *Tortuga* se encontraba a mitad de camino del talud, escuchó a alguien que se movía por la parte trasera de su caravana, unas fuertes pisadas en alguna parte por delante de él.

—Un compinche —susurró para sí.

Y trasteó para sacarse la pistola de la funda. Alguien trataba de entrar en su «Winnebago»: aquél fue su primer pensamiento.

—Salid donde pueda veros —gritó, creyendo que se trataría, probablemente, de un par de chicos que correrían hacia los árboles—. Salid, basura...

Jadeando, llegó al borde del talud. Se agazapó y siguió a rastras tan rápidamente como pudo, hasta la blanca cerca que se levantaba al otro lado de su propiedad, en la parte contigua a la tienda. Desde aquí podía ver la parte delantera del «Winnebago».

Nadie se escondía allí, apretado contra la plancha de la caravana.

—Vamos, salid —gritó.

Nadie respondió. *Tortuga* corrió por la parte trasera de la caravana, y la rodeó hasta su otro extremo. Ahora sudaba y respiraba con tanta fuerza, que el estómago le hacía daño al apretarse contra el cinturón. A pesar de lo que había oído, no había ningún chico trasteando alrededor de su caravana.

Luego escuchó de nuevo el sonido, un cuerpo pesado en movimiento. El ruido procedía de los árboles de detrás de su tierra.

*Tortuga* se enjugó la frente con su manga. Los sonidos seguían viniendo hacia él desde los árboles.

—¿Qué demonios estáis haciendo ahí? —vociferó—. ¿Se supone que esto es un juego?

*Tortuga* pensó en lo que había visto aquella mañana. La espantosa cara de Dicky Norman...

Pero, naturalmente, no la había visto.

—¡Soy un poli y estoy armado! —aulló *Tortuga*.

Luego, pudo ver el cuerpo que salía del último de los árboles.

Demasiado «Jack Daniels» y demasiada cerveza. El cuerpo que emergía ahora en la tierra despejada, era el de Dicky Norman, y estaba desnudo y tan blanco que parecía reflejar la luz de la luna.

—No sé quién eres, pero será mejor que me dejes tranquilo —dijo *Tortuga*, al mismo tiempo que apuntaba su pistola hacia el pecho de Dicky.

En cuanto Dicky dio otro paso, *Tortuga* pudo olerlo. Se trataba de aquel olor, inolvidable, al que *Tortuga* se viera sometido cuando, aún joven policía, habían descubierto el cadáver de un cazador encerrado en su coche detrás del frigorífico «Rinker Brothers», al final de los años cuarenta. El cazador se había extraviado en una tormenta de nieve, y el frío le había congelado hasta matarlo, a mediados de enero. Y no lo encontraron hasta abril. *Tortuga* había abierto la portezuela del coche del cazador y creyó que vomitaría durante una hora.

Dicky dijo algo que se perdió entre el zumbido de millares de moscas. Dio otro paso en dirección a *Tortuga*.

## 8

Dos horas después de la muerte de *Tortuga* Turk, Mikki Zaber O'Hara soñó de nuevo que estaba durmiendo con su hijo Tommy. Acunó su delgado y frío cuerpo de chiquillo de nueve años, le enjugó la frente de los hilillos de sudor y le besó en sus frías y húmedas mejillas. Le frotó la espalda con las manos, y aún dormida trató de calentarlo. ¡Oh, cómo amaba a Tommy! Sus manos oprimieron los hombros del niño contra ella y debajo de sus propias caderas sintió arena; sin pensar siquiera en ello, supo que se trataba de arena. Su marido roncaba a su lado, y Mikki corrió la mano amorosamente por el frío flanco de su hijo. El barro enlenteció sus dedos y se le quedó pegado contra la palma de la mano. Gradualmente, aún adormecida, Mikki comprendió que no soñaba. Se encontraba despierta y, de una forma milagrosa, Tommy se hallaba a su lado. Le acarició la cara; los ojos de Tommy parpadeaban.

El niño le había dado una oportunidad de unirse con él; y todo cuanto Mikki deseaba era estar a su lado.

Por la mañana, ambos cuerpos habían desaparecido. Hampstead había cruzado otro umbral, y ahora se encontraba, como le había ocurrido a Mikki Zaber O'Hara durante un momento lírico y fantasmal, en la frontera entre la vida y la muerte.

Tercera parte:

## DOMINIO

¿Por qué dejaste los senderos trillados de los hombres.

Demasiado pronto, y te atreviste a desafiar  
Con manos débiles y corazón ardiente al hambriento  
dragón en su cubil?

SHELLEY

## UNO: EL VIENTRE DE LA BALLENA

### 1

*Lírico, fantástico*; estas palabras sólo significan que había una perturbación en la realidad, y que este desorden afectaba a la gente de diversas maneras, y a algunos de un modo sorprendentemente agradable. La realidad estaba siendo distorsionada, y si esta distorsión conducía a un teatro de horrores en el sótano de una casa abandonada de Poor Fox Road, sólo tres personas estaban allí presentes para verlos: metafóricamente hablando, la mayoría de las otras personas de Hampstead tenían los párpados cerrados y cosidos, y las visiones peculiares que danzaban detrás de aquéllos, les encantaban y sosegaban a veces, como pueden los absurdos encantar o tranquilizar al borracho. Otto Bruckner había previsto que, unas ocho semanas después del accidente de «Woodville Solvent», Hampstead y Patchin se debatirían en las garras de su invento, que horrores como los que vivían en el sótano de Bates Krell se extenderían por las calles..., pero, desde luego, no tenía la menor idea de que su invento le vendría de perilla a un enigmático colono llamado Gideon o Gidyon Winter. Sólo sabía lo de su *nube pensante*, y esto era suficiente; no necesitaba saber más para pensar que el otro mundo era preferible a éste. Pero los moradores de Hampstead carecían de esta previsión, no tenían la menor idea de que estaban cruzando una frontera; lo único que sabían la mayoría de ellos, incluidos nuestros cuatro amigos, era que cada vez resultaba más difícil separar lo que acaecía en realidad en el mundo de lo que pasaba por la mente. La *nube pensante* se cernía también sobre ellos.

Por consiguiente, lo que Patsy y Tabby habían visto juntos, lo que Graham y Richard y Patsy habían visto cuando luchaban por salvar la vida de Tabby en el fondo de un espejo, tenía que tomarse como venía, ser considerado en sus propios términos, por muy extraños que éstos pareciesen.

Desmond O'Hara, que había vuelto de Australia en avión para enterrar a sus hijos, se halló con aquellos términos cuando se despertó y vio que su esposa se había ido de la cama. Buscó en toda la casa, estremecido por la idea de que ella podía haber ido también a Gravesend Beach en plena noche. Todavía se sentía aturdido por el viaje y, a pesar de lo alarmado que estaba, se quedó dormido en mitad del día, soñando que Mikki le hablaba, le preguntaba el precio de los ópalos en Coober Pedy, ¡y se burlaba de él! Cuando se despertó a medianoche, completamente desorientado, se imaginó que oía todavía la voz de su esposa. «Absurdo», pensó, y cuando registró



la casa para ver si había vuelto, pensó que aún era más absurdo que la viese, o imaginase verla, mirándole desde un largo espejo del comedor.

Ahora bien, ¿era esto *lirico*? ¿Era esto *fantástico*? Para Des O'Hara, todavía agotado por el largo viaje desde Australia y por la experiencia, ocho horas más tarde, de enterrar a sus dos hijos, la visión de su esposa en el espejo tenía ambas cualidades: sin saberlo, comprendió que nunca volvería a verla. Estaba claramente en el lado indebido del espejo, dentro de él, mirándole desde detrás del marco. Las flores que ella había puesto sobre la mesa brillaban pálidamente, el papel de la pared detrás de ellas era un plano oscuro surcado de rayas blancas, y estas cosas familiares ocupaban el mismo mundo que él; la cara ancha y agobiada de Mikki se alzaba delante de él como un rostro atrapado debajo del hielo de un río helado. El terror hacía que pareciese que sonreía. Cuando él encendió la luz, el rostro desapareció.

Es probable que muchas personas tuviesen experiencias parecidas. Sin saberlo, estaban en el vientre de la ballena.

Superficialmente, la población parecía la misma de siempre. Si prescindía de las anomalías, uno veía la antigua y linda Hampstead, las grandes casas y las hectáreas de césped. Pero pasaba por alto que muchas de aquellas grandes casas estaban vacías, que sus ventanas eran como ojos que miraban sin ver, y que los amplios terrenos de césped se estaban convirtiendo rápidamente en herbazales. La gente tendía a quedarse en casa después de anochecer, y por consiguiente no veían los incendios que se producían aquí y allí en la villa; podían oír las fuertes voces de los chiquillos vagabundos que prendían fuego a las casas abandonadas, pero cerraban los oídos a todo lo demás. *¿Voces? ¿Gritos? ¿Cuándo? ¿La noche pasada? Pues no oímos nada. Claro que los últimos días estuvimos terriblemente ocupados empaquetando las cosas; parece como si toda la casa se quedase dormida; apenas si tenemos fuerzas para meternos en la cama, y además tenemos unos sueños tan raros...*

Si estaban cuerdos, cerraban los oídos y seguían empaquetando. Si veían hombres riñendo en Main Street —hombres bien vestidos que tenían que dejar sus carteras en el suelo para entregarse al cruel trabajo de sacarse los ojos o morderse las narices—, se encogían de hombros y corrían a meterse en casa. Guardaban sus cosas por un corto tiempo, esto era lo que hacían, ¿y no era tremendo el clima de violencia que se respiraba estos días en todas partes de América? Bueno, precisamente ayer, en el espectáculo de Phil Donohue... Sí, el mundo está loco, todos lo sabemos... Si estaban cuerdos, murmuraban estas cosas para sí, seguían haciendo las maletas y confiaban en que el loco griterío de la calle —gritos como de cerdos, perros y lobos— se alejase hacia el final de la manzana.

A veces, por la noche, Patsy y Tabby podían oír las voces de los llamados cuerdos murmurando en sus cabezas.

Sí, hemos conseguido meter muchas cosas en el viejo coche; pensamos llevar a los niños a ver a los chicos de John; al fin y al cabo, son hijos del mismo padre, es una sola familia...

No, no he visto últimamente a la vieja Mrs. Ellis; es curioso, ni siquiera he pensado en ella desde hace un par de días, y solíamos saludarnos todas las mañanas...

¿Dice que un hombre todo vendado? Debió de ser un caso gravísimo de intoxicación por zumaque venenoso, ¿no cree...?

¿Quemada? ¿La casa de Ellis? Bueno, no comprendo cómo no lo advertí, pues paso dos veces al día por delante de ella. Debía tener toda la atención concentrada en recoger nuestras cosas para poder partir hacia Kiowah Island mañana por la mañana...

Y debajo de la fingida tranquilidad de estas frases murmuradas, hay una prisa frenética, nada cuerda, que está diciendo: *Salgamos, salgamos de aquí; no les hagáis caso, MARCHAOS, MARCHAOS, PONEOS EN MARCHA ANTES DE QUE SUCEDA ESO...*

Patsy y Tabby podían también oír esto; la segunda semana de julio habían visto a un par de personas con la piel brillante y estropeada, y un día oyó Patsy a una pandilla de niños gritando «¡Goteras! ¡Goteras!», y vio que arrojaban piedras a un hombre vendado que trataba de refugiarse detrás de «Greenblatt's». No estaban demasiado seguros de su propia cordura, pero no podían salir de allí, no podían marcharse, y tenían que escuchar todo lo que se ponía en su camino.

Tabby podía ver que la vida de su padre y la suya propia se deslizaban en la dirección de sus primeros y peores días en Florida. Clark bebía sin parar desde el mediodía en adelante, y Tabby trataba a menudo de obligarlo a comer. Odiaba hacer esto —gritarle a su padre, golpear la cocina con una cacerola en un medio simulado acceso de furor— y todavía odiaba más que diese resultado. A veces, Clark le replicaba a gritos, y a veces se apartaba de la mesa; pero generalmente agachaba la cabeza como un niño y se tragaba la comida que Tabby le preparaba. Si Berkeley Woodhouse estaba allí, se introducía un poco de comida en la boca, se reía de los dos y volvía a la televisión. La televisión y la cama era lo único que parecía importar a la amante de su padre. Al transcurrir el día, la brillante pintura de labios empezaba a escurrirse de su boca y a descender por los lados de su cara.

Tabby mantenía a Patsy alejada de su casa; no le habría importado que Graham viese a Berkeley y a su padre al final de la jornada, pero, si los hubiese visto Patsy, se habría sentido humillado.

Era como si hubiese desviado un instante la mirada y, en aquel momento, su padre hubiese logrado arruinarse. En Florida, su padre había tenido al menos que buscar trabajo, se había movido, se había mudado de camisa y de ropa interior; pero ahora, al amparo del dinero de su propio padre, se había vuelto tan perezoso como un lagarto sobre una roca. Tabby pensaba que, si olía la palma de la mano de su padre, si olía sus viejas camisetas, percibiría el olor del alcohol, tan empapados en él estaban los poros de Clark. Y una noche, al ver cómo su padre se metía en la boca, con hosco semblante, una porción de puré de patatas preparado al instante, Tabby pensó que veía una pálida luz. detrás de la cabeza de Clark, una débil luz espectral que se movía cuando se movía él. Berkeley estaba jugando ruidosamente con los cubitos de hielo; por consiguiente, no podía preguntarle; pero tenía la impresión de que todo el alcohol que había en el cuerpo de su padre hubiese tomado una forma visible. Una mosca llegó de ninguna parte y aterrizó sobre la mano de Clark. Clark la miró como si fuese un pájaro exótico y levantó torpemente la mano; después, dejó

caer ésta con fuerza sobre la mesa. La mosca voló para investigar los cabellos de Clark, y sobre la superficie de la mesa —o exactamente debajo de la superficie de la mesa— pareció formarse un charquito de sangre brotada de la madera. Tabby lo contempló fijamente: la sangre parecía extenderse como aceite bajo la presión del puño de su padre. Por un instante —y esto era *fantástico* e hizo que el pobre Tabby se estremeciese—, vio la cara linda y confusa de Berkeley debajo de aquel puño, mirando aterrorizada hacia arriba a través de la película de encima de la mesa. Tabby se volvió en redondo y vio que ella seguía golpeando la bandeja del hielo contra el lado del fregadero, con su «Tarcyton» colgando del labio inferior; tenía una cadera levantada para dar más fuerza a los golpes de la bandeja del hielo contra el aluminio. Esto era real, y la cara que empujaba aterrorizada la superficie de la mesa en un charco de sangre, no era más que una visión. Cuando volvió a mirar a su padre, vio que se desvanecía aquella mancha de un gris pálido detrás de su cabeza, desapareciendo como el gato gris que había descrito Richard. Tabby reanudó la inconexa conversación con su padre y oyó de nuevo el ruido que estaba haciendo Berkeley en el fregadero; no se había dado cuenta de que un ruido en sus oídos le había ensordecido. El oro que Berkeley llevaba en la muñeca parecía rojo.

Des O'Hara, que lo había perdido todo y no comprendía cómo, y que entendía mucho menos que Tabby el porqué, se dirigió al garaje con una botella entera de coñac «Delemain», a las seis y media de la mañana del miércoles 9 de julio. Subió a su coche, puso en marcha el motor, conectó la radio y escuchó a un saxofonista llamado Scott Hamilton interpretando delicadamente *I Would Do Anything For You* en la «WYRS», mientras el monóxido de carbono le quitaba la vida. Estaba en el vientre de la ballena y lo sabía, y no quería nada más.

Richard Allbee, que subía por Mount Avenue todas las mañanas para dirigirse a su trabajo, pensó que al mundo o a él les patinaban las marchas..., ¡tan extrañas le parecían aquellas caminatas! Tanto John Roehm, el contratista al que había elegido para la obra de Hillhaven, como el propio cliente, sabían lo que le había sucedido a Richard; el cliente le había preguntado si quería aplazar el trabajo un par de meses, pero Richard, que sabía que John Roehm tenía también facturas que pagar, había insistido en empezarlo el día convenido. Esto había sido una buena idea. Después de su primer período de aflicción —período de profunda postración durante el cual se había casi olvidado de respirar y había calado hondo en su fantasía— y después de haber llorado con Graham, Patsy y Tabby, el trabajo le ayudaba a olvidarse de sí mismo. En realidad, podía olvidarse un rato de su desdicha con sólo observar a John Roehm mientras trabajaba. Si la carpintería hubiese sido un arte, John Roehm habría sido un Rembrandt: ponía sus manos en un trozo de pesado y duro roble y lo hacía bailar y cantar y era tan bueno que aguzaba prácticamente él solo todas las estacas del porche que eran parte de la obra de Hillhaven. Y un gato viejo como Roehm apreciaba las técnicas que Richard quería aplicar en el interior de la casa: hacer molduras para sustituir los rotos adornos de yeso del techo, eliminar los cordones en los bordes de los marcos de las ventanas y en las jambas de las puertas con que veinte años antes se había querido «modernizarlas».

Roehm tenía también interés en tratar los paneles de la biblioteca con esencias minerales y poner una capa más fina de laca para conservar su tono primitivo. Todo esto hablaba directamente al corazón de Richard, y a veces sentía éste que las lágrimas subían a sus ojos al observar cómo el viejo Roehm de barba blanca ejecutaba alguna improvisada y sorprendente obra de artesanía con una sierra y un pedazo de madera de roble. Es posible que John Roehm y la restauración de Hillhaven salvaran a Richard de un fin parecido al de Desmond O'Hara: tenía que hacer buena parte del trabajo de transporte de materiales, puesto que sus ayudantes y los de Roehm se marchaban uno tras otro, y aunque parecía cinco años más viejo que en mayo, estaba fortaleciendo sus músculos. Por la noche, se sumía en un sueño de enorme cansancio. Asaba algo en la cocina, sin mirar el sitio donde había estado el auricular cortado del teléfono, comía una chuleta de cerdo o un bisté, con una botella de cerveza fría, y empezaba a bostezar antes de las ocho y media. Así transcurrían bien sus días: aparte el sentimiento, que le pillaba desprevenido en ciertos momentos, de que su estómago y su corazón y probablemente también sus pulmones habían sido arrancados de su cuerpo aquel 17 de junio, Richard se sentía bien en su trabajo. Si observaba la dirección en la que le empujaban sus pensamientos y encajaba los golpes cuando los recibía, porque estaba apercebido contra ellos, trabajaba satisfecho. Era durante su caminata por Mount Avenue hacia Hillhaven cuando dudaba más de su capacidad para llegar al fin de la jornada.

Era una buena y útil caminata, y hacía que llegase al trabajo con los músculos tensos y dispuestos. Entre las grandes casas de Mount Avenue podía ver destellos del Sound, y cuando doblaba la última esquina, deteniéndose para mirar la maciza casa cubierta de hiedra donde Graham había conocido a Dorothy Bach a finales de los años veinte, había llegado a la baja y plana playa de Hillhaven. A mediados de verano, esta playa estaba llena de gente durante todo el día y subía de allí un denso olor a sol y a sal, a lociones para tostar la piel y a sudor. Por la mañana, la marea estaba alta y el agua de un azul negruzco subía hasta las primeras filas de los que tomaban baños de sol, tumbados sobre sus toallas en la franja de algas secas; por la tarde, cuando Richard volvía a casa, la playa se convertía en un paisaje lleno de charcos salobres y de conchas, entre los cuales cazaban y picaban las fuertes gaviotas. Estas visiones vulgares, de un mundo que pasaba por sus ciclos acostumbrados, contribuían a que Richard se librase de las mucho menos ordinarias visiones que había tenido durante el trayecto hasta la playa de Hillhaven.

La primera cosa extraña que vio Richard al empezar su trabajo —en realidad, el primer día que había resuelto hacer a pie los tres kilómetros entre su casa y su nuevo lugar de trabajo— fue que Charlie Antolini había renunciado al fin a su hamaca y estaba ahora pintando su casa. Lo más extraño del trabajo de Charlie era el entusiasmo de pintor y el color con el que embadurnaba su casa. Charlie Antolini sonrió desde su andamio al ver pasar a Richard, y gritó:

—¡Hola, amigo! Un día espléndido, ¿eh? ¡Parece *increíble*!

De la enorme brocha en la mano extendida de Charlie Antolini cayó un rosario de brillantes gotas rojas, de un rojo tan brillante que parecieron chisporrotear al caer sobre la hierba y las plantas de debajo del andamio. En la casa, aquella pintura tenía

una agresividad atroz. Aquella primera mañana, Charlie había pintado la mitad de una pared lateral de aquella casa colonial que parecía un granero. Y Richard tardó un momento en advertir que había pintado también los postigos, los alféizares y los marcos de las ventanas del mismo color rojo y brillante.

En los días siguientes, Richard vio que Charlie Antolini no sólo embadurnaba las ventanas con aquella pintura, y también la puerta principal, con el aire de un hombre bautizando un barco, sino que («Vamos a hacer que esta vieja mamaíta *brille* de veras, ¿eh? ¿Qué le parece?») subía al tejado y empezaba a dar brochazos sobre las tejas. Richard se detuvo, gritó algo a Charlie y contuvo el aliento al ver que su vecino se acercaba a la enorme antena de televisión. ¿Vertería un cubo de pintura sobre el esquelético artefacto, o trataría de reseguir todos sus ángulos y líneas con la brocha? Vio que Charlie consideraba brevemente el problema y lo resolvía a base de puntillismo. Puso manchas coloradas de pintura en el poste de la antena y roció el resto con la brocha; después hizo un guiño a Richard, satisfecho de que alguien hubiese sido testigo de su ingenio.

Aproximadamente en los mismos días presenció también cómo Fio Antolini bajaba por Beach Trail en un coche tan lleno de maletas que la ventanilla posterior quedaba completamente tapada.

Sí, Richard vio realmente aquellas cosas; no cabía duda acerca de ellas. Pero otras cosas no eran tan fáciles.

Por ejemplo, ¿vio realmente a un hombre alto y flaco vestido con una raída levita y unas grises polainas flojas, haciendo *jogging* y cruzándose con él cuando se dirigía al trabajo? Aquel hombre parecía una tonta ave zancuda o un espantapájaros tan inofensivo que sus campos quedarían limpios de semillas en pocos minutos, pero se parecía aún más a algo o a alguien, y Richard se volvió para observar su torpe carrera y tratar de encontrar el parecido en su memoria. Vio unas orejas como asas de cántaro, que tenían un brillo rojo bajo la luz temprana, y entonces recordó: «Era alto, pero excesivamente delgado, de hombros estrechos, brazos y piernas largos, manos que sobresalían un kilómetro de las mangas, pies que podían haber servido de palas, y toda su estructura parecía descoyuntada. Tenía la cabeza pequeña, plana, en su parte superior, orejas muy grandes, ojos vidriosos, grandes y verdes, y nariz larga de agachadiza...» Era Ichabod Crane, el maestro de escuela de Connecticut de *La Leyenda de la Hondonada Dormida*. Richard lo observó correr a lo largo de Mount Avenue, con la cabeza oscilando al ritmo de sus pasos; era Ichabod Crane, con su aletear de manos y de pies, y, cuando entró en una curva, Richard se puso en medio de la calzada para poder verlo un momento más.

Ichabod Crane. En Mount Avenue. En un mundo donde su esposa había sido tan brutalmente asesinada, esto era tan posible como cualquier otra cosa.

Las extrañezas fueron en aumento. El día después de aquel en que vio correr a Ichabod Crane, Richard miró un coche que bajaba por Mount Avenue, y vio una aparición de los años veinte en Berlín, el Berlín de Christopher Isherwood. Detrás del volante iba una mujer rubia con atuendo masculino de etiqueta, smoking negro, botones de azabache brillando en la pechera almidonada de la camisa blanca, corbata negra de lazo y cuello de pajarita. Usaba monóculo y fumaba un cigarrillo rubio en

una larga boquilla de marfil. Llevaba el cabello cortado como un chico, y, en aquel breve instante, Richard vio que su piel estaba surcada de pequeñas cicatrices. Ella lo miró y él se quedó petrificado sin acabar de dar un paso: no era una mujer de este mundo; era maligna como un cáncer, y su mirada pareció que le cortaba la piel como un cuchillo. Entonces la mujer aceleró Mount Avenue abajo, y Richard tuvo la seguridad de que la tierra se había abierto para engullir el coche en el instante en que dobló la curva frente a la vieja casa de Tabby.

El día siguiente, Richard vio un hombre, todo cuyo cuerpo parecía envuelto en vendajes, que se agazapaba detrás de una columna de un portal del lado de tierra de Mount Avenue al acercarse él; pero comprendió que esto no era una alucinación. Aquel hombre era de los «goteras»... Richard no sabía dónde había oído por primera vez esta horrible expresión, pero la conocía. Había niños en Hampstead que perseguían a esas pobres criaturas moribundas por las calles, tratando de romper la protectora concha de vendajes y dejar que la vida escapase por las aberturas. No era de extrañar que el pobre infeliz huyese cuando veía acercarse a alguien. Richard pudo oír la ronca respiración del hombre detrás de la gruesa columna de hormigón al pasar él por delante, y empezó a decir: «No tema; sólo voy a mi trabajo»; pero apenas había tenido tiempo de pronunciar la primera palabra cuando el aterrorizado infeliz salió de su refugio y echó a correr calle abajo, huyendo de Richard. Éste se conmovió al ver al pobre condenado volando por Mount Avenue; esto era peor que ver a la mujer salida del infierno, pues aquel ser doliente, compañero de infortunio, hablaba más directamente a su corazón, devolviéndole una imagen de él mismo. Desesperación, peligro inminente, pánico.

Y unos días más tarde, como si el tormento de aquellos momentos tuviese que crecer en progresión geométrica, vio algo aún mucho peor. Después de esto, fue en coche a Hillhaven, mirando siempre al frente.

La cosa empezó de una manera sencilla. Un extraño coche negro adelantó a Richard pocos minutos después de iniciar éste la subida de Golden Mile; brillaron las luces del freno y el coche se detuvo. Seguramente, el conductor tenía el *Atlas Hagstrom* abierto sobre las rodillas, en la página correspondiente al Condado de Patchin, y, en cuanto Richard se acercase lo bastante para verle a través de la ventanilla lateral, le preguntaría: «¿Es esto Mount Avenue?», o «¿Se va por aquí a Hillhaven?» Cualquier peatón que anduviese por Mount Avenue se detendría para atender a un conductor desorientado por la falta de rótulos indicadores. El coche negro —Richard vio que era un «Chevrolet»— permanecía inmóvil a un lado de la calle, esperando que Richard llegase a su altura. Sólo tembló una vez, como un perro adormilado.

El automóvil se había detenido exactamente delante de la vieja casa Smithfield.

Richard apresuró el paso, deseoso de ayudar, y se abrió la portezuela del conductor. Después se abrió también la portezuela del pasajero. Richard vaciló un momento, y puede que esta vacilación le salvase la vida. Una de las portezuelas de atrás, la correspondiente a su lado, se abrió igualmente. Richard dio un paso atrás: de pronto, el inofensivo cochecito pareció envuelto en una luz siniestra. Parado junto a la acera en la soleada mañana de junio y con tres de sus portezuelas abiertas, el negro

«Chevrolet» parecía un insecto agazapado, un escarabajo. Una mosca. De momento no pasó nada, salvo que a Richard se le secó la boca; no sabía por qué, pero aquel coche le daba miedo.

Entonces Laura se apeó del «Chevrolet», por la portezuela opuesta a la del conductor.

Richard gimió. Todas las otras cosas que había visto le habían conducido a esta visión insoportable; su esposa apeándose de un extraño coche negro, girando sobre sus largas piernas para mirarlo con semblante contraído y de expresión indescifrable. Sus cabellos se agitaron bajo la suave brisa del Sound.

Un hombre se apeó en el lado del conductor y, como Laura, se volvió a mirar a Richard. Llevaba una rasgada chaqueta de Madras, y un brillante polo amarillo «Lacoste», manchado de barro, cubría su musculoso estómago. Otro hombre, más viejo que el conductor, de cabeza calva, opaca y de color de arcilla, bajó de la parte de atrás del coche. Los tres permanecieron silenciosos junto al «Chevrolet» negro, mirando a Richard. Éste vio que sus caras tenían algo en común: no mostraban expresiones diferentes, sino que eran completamente inexpresivas. Estaban muertas.

Laura abrió la boca, y Richard reaccionó al instante, con instintivo horror: se tapó los oídos con las manos. No sabía lo que Laura tenía que decirle, pero no quería oírlo. Dio varios pasos lentos hacia atrás, y vio que los dos hombres avanzaban lentamente, desde ambos lados del coche, en su dirección.

Richard dio otro paso atrás, y otro, dijo: «No, vayanse, márchense de aquí», y, al ver que ellos seguían avanzando despacio, se volvió y echó a correr calle abajo, como aquel desgraciado del día anterior. Desesperación, peligro inminente, pánico.

A cinco metros delante de él había la entrada a un camino de piedras rojas manchadas entre dos pilares de ladrillo. Richard entró por allí y siguió, entre una hilera de arces y una pista de tenis protegida por una alta valla de alambre. Por fin vio la mansión de piedra gris al final del paseo. Más allá, resplandecía el mar. Las cortinas del piso bajo estaban corridas, y la casa tenía un aspecto pesado, amodorrado, como si estuviese desocupada. Richard no tenía la menor idea de lo que diría si alguien le abría la puerta.

Saltó sobre la escalinata y pulsó con fuerza el timbre. En su imaginación, vio a Laura bajando inexorablemente por la calle, entrando en el rojo y polvoriento paseo... Siguió apretando el timbre con el dedo.

Sonaron unos pasos al otro lado de la puerta; se detuvieron; alguien descorrió el cerrojo. La puerta se abrió unos centímetros, y una cara recelosa miró a Richard por encima de la tirante cadena.

—Vivo en el otro lado de la calle —dijo Richard, jugando una carta infalible en Mount Aevnue—. Varias personas están allí, en la calle..., creo que quieren matarme.

—Si usted lo dice —respondió el hombre, desde detrás de la puerta.

—Estoy muerto de miedo —dijo Richard.

—Bueno, esto está mejor —dijo el viejo, soltando la cadena. Levantó la mano derecha y Richard vio que empuñaba una pistola plana y negra—. Tampoco esto está mal. Conque viene en petición de ayuda, ¿eh?

Richard asintió con la cabeza.

—Han detenido su coche delante de mí, frente a la vieja casa Smithfield.

—La vieja casa Smithfield —El viejo hizo un ademán de asentimiento y bajó la pistola—. Sí, Monty había vivido en la casa contigua... con toda su familia. ¿Supone que aún están allí?

Richard asintió con la cabeza.

—Bueno, voy a echarle una mano. Echarán a correr en cuando vean este cacharro. Y está cargado, para el caso de que tuviésemos que disparar.

Richard estaba tan trastornado que ni siquiera pensó por qué había de asustar una pistola a personas que ya estaban muertas.

El hombrecillo de cabellos blancos y él echaron a andar por el paseo. Richard tenía que apretar el paso para mantenerse a la altura de su salvador y, al pasar junto a la pista de tenis, se enteró de que aquel hombre se llamaba Charley Daisy, era viudo, tenía seis nietos, y era abogado retirado.

—Tengo un pequeño tiro al blanco en el sótano; por eso soy bastante hábil con este cacharro. Además, naturalmente, todos practicamos el tiro al plato en el Club de Campo de Wampetaug desde noviembre hasta febrero; esto aguza la vista como no puede usted imaginarse...

—Habían llegado al final del camino privado de Daisy.

—¿Dónde están? —preguntó el viejo, mirando arriba y abajo—. ¿Adonde cree que habrán ido?

Richard los estaba viendo..., no se habían movido desde que él había echado a correr. El rostro impasible de Laura lo miraba fijamente; mil sentimientos familiares pero ahogados estaban latentes en su carne. Vio unas pocas manchitas de sangre — plumas de herrumbre— en su cuello, encima de la blusa.

—Echarían a correr, ¿no cree? —gruñó Charles Daisy—. No eran más que chusma, hijo, chusma que buscaba un lugar tranquilo para hacer de las suyas. Ya no volverán a molestarlo. —Daisy le miró y sorprendió a Richard al guiñar uno de sus estriados ojos azules—. Lo he reconocido, ¿sabe? He tardado un poco, pero al fin le he reconocido. Usted era el muchacho de aquel serial. Spunky. Usted es Spunky.

Richard comprendió que estaba cometiendo un grave error, pero no pudo impedirlo. Preguntó:

—¿No los ve usted?

Daisy alzó la cabeza.

—Están allí. Donde estaban antes. Dos hombres y una mujer. Incluso puedo decirle el número de la matrícula del «Chevrolet». Es TBC 67.

—Largúese de aquí con mil demonios —le dijo Daisy. Su pálida carita estaba ahora colorada—. Eche a andar calle abajo, actorcito, si no quiere que le meta una bala en la cabeza. Hablo en serio. Andando.

—No estoy loco —dijo Richard.

—¿Pensó que podía sacar al viejo Charley Daisy a la calle y atacarlo? ¿Pensó que podía hacerse con una grande y hermosa casa en Mount Avenue? ¿De veras lo pensó? No conocía muy bien al viejo Charley Daisy, ¿verdad?

Movió vagamente la pistola en dirección a Richard. Éste vio que, si quería, podía arrancarle fácilmente el arma de la mano.



—Sólo quería su ayuda, Mr. Daisy —dijo.

Esto enfureció aún más al hombre.

—¡Muévase! ¡Largúese de aquí!

Daisy retrocedió y le apuntó al pecho con la pistola.

Richard se movió. No se atrevió a añadir palabra. Volvió la espalda al hombre y echó a andar en dirección al grupito que rodeaba el automóvil. Miró, angustiado, la cara de Laura. Ésta parecía dormir con los ojos abiertos. No estaba allí, salvo para él. Y ella y los otros no podían apoderarse de él mientras el furioso Charles Daisy lo estuviese mirando. O esto, o *el Dragón* había preparado alguna nueva trampa para él. Se arrimó tanto a la derecha de la calle que rozó con el hombro los espesos arbustos. El viejo Charles Daisy seguía plantado detrás de él, apuntándole a la espalda con su voluminosa pistola, pero no era esto lo que hacía que Richard sintiese un nudo terrible en el estómago. Miró de reojo al pasar por delante del coche, y vio que el conductor, el hombre de la chaqueta de madras y el polo, iba descalzo. A pesar del polvo, eran unos lindos pies, rollizos, blancos, aunque cubiertos de suciedad. La piel se había levantado a causa de dos fuertes rozaduras, pero los pies no habían sangrado. La piel se había abierto, pero sin dolor ni sangre. Richard tuvo miedo de que Laura le hablase antes de que se hubiese alejado al menos treinta metros calle abajo.

Cuando llegó a su lugar de trabajo, John Roehm estaba sentado en la puerta de atrás de su furgoneta, en el camino privado de la casa del cliente. A su derecha, sobresaliendo de la parte trasera del vehículo, había un montón de tablas de roble recién aserradas. Roehm se parecía a Santa Claus, con su camisa de franela y sus tirantes rojos, sentado junto a su tesoro.

—Pensé que podíamos empezar hoy con los estantes, después de comprobar los paneles. Ayer tarde encontré un roble bastante bueno. El mejor que haya visto jamás, si he de ser sincero.

—Como quiera, John —dijo Richard.

Roehmladeó la maciza cabeza.

—Otro hermoso día, jefe.

—Supongo que sí, John.

Al mirarle, Roehm lo vio todo; o al menos, lo suficiente.

—Nos lo tomaremos con calma, jefe. Con calma —repitió, refiriéndose a todo lo que veía.

Richard lo ayudó a entrar las tablas en la casa.

## 2

Según descubrió más tarde Richard Allbee, hizo bien en huir de las tres apariciones que se apearon del extraño «Chevrolet» negro; eran un peligro, habían querido matarlo; no había piedad para su maltrecha vida. Las dos últimas víctimas

directas del *Dragón* de Hampstead, la quinta y sexta personas que habían muerto a manos de Wren van Horne, no habían tenido la suerte de Richard. También ellos vieron apariciones, pero se enfrentaron a ellas sin ayuda de nadie; y, con las apariciones, se encontraron con el doctor Van Horne no mucho antes de que el viejo amigo de Graham Williams sufriese la segunda alteración grande de su vida. El doctor Van Horne los trató como había tratado a sus cuatro víctimas anteriores; y así también ellas, o al menos una de ellas, experimentaron lo que hemos llamado «fantástico». En estos días, como pronto vería el general Haugejas, se podía oler lo «fantástico» con sólo transitar por las calles de Hampstead.

Las dos últimas personas que habían muerto directamente a manos del respetado ginecólogo eran Franz Holland y su esposa Queenie.

Queenie debía este nombre a su padre, un *cockney* llamado Albert Martin que había llegado a América cuando aún no tenía veinte años y había descubierto que su acento sonaba a los oídos de los americanos tan majestuoso como el de un duque. Albert encontró un empleo bien remunerado en «Macy's», en Nueva York; se casó con una dependienta de la sección de vestidos, encontró tiempo para perseguir a casi todas las mujeres atractivas que veía, encantó a todo el mundo con su amoral pero práctico ingenio londinense, y, en definitiva, ahorró el dinero suficiente para comprar una tienda de ropa femenina en Hampstead, Connecticut.

Queenie era enérgica y práctica, pero se crió adorando el ideal del *gentleman*, del que pensaba equivocadamente que su padre era auténtica representación. Con Franz Holland, hijo del director de la funeraria, había dado más en el blanco. Ya en su adolescencia, Franz era un chico adusto; pero a pesar de sus modales afectados, era bueno y amable; y Queenie, que tenía algo del espíritu calculador de su padre, comprendió que él estaba metido en un negocio que nunca carecería de clientes. Era como fabricar papel higiénico, le había dicho una vez Franz con toda seriedad; la gente necesitaría siempre este producto. Si Queenie dijo interiormente: «mierda, apuesto a que sí», no lo dio a entender a Franz. Se casaron dos años después de terminar sus estudios en la Escuela Superior. Rápidamente, Queenie se hizo indispensable en la empresa «Bornley & Holland», cuidando de la correspondencia y llevando los libros. Su espíritu práctico, la mejor herencia que había recibido de Albert Martin, había encontrado una magnífica salida.

Así, en 1980, cuando llevaban más de treinta años casados, Franz Holland no podía separar la dirección de la funeraria de lo que hacía su esposa en la oficina durante todo el día. Y esto hacía que el reciente comportamiento de Queenie fuera más desconcertante de lo que hubiese cabido imaginar. Franz podía llevar personalmente los libros, aunque le habría costado el doble de tiempo que a su mujer; pero no tenía la menor idea de cómo había ordenado ella las cosas; apenas si recordaba dónde guardaban los catálogos.

Desde hacía trece días, Queenie no había hecho más que mirar la televisión. Ni siquiera se molestaba en vestirse. Se levantaba de la cama, se cepillaba los dientes y encendía el viejo «Sylvania» en el dormitorio. Entonces se sentaba en el borde de la cama y perdía la chaveta: al menos, esto le parecía a Franz. Había empezado, trece días atrás, hablando con Tom Brokaw; se enfurruñaba cuando Jane Pauley aparecía

en la pantalla, y volvía a animarse cuando intervenía Gene Shalit. Sostenía conversaciones con la gente que veía en el televisor; no sólo hablaba a Tom Brokaw y Walter Cronkheit y Ted Koppel y todos aquellos cuyas caras llenaban la pantalla del «Sylvania» durante todo el día, sino que hablaban con ellos. Cuando el invitado en el programa *Hoy* decía: «La mayoría de la gente tiene hoy apuros financieros debido, en parte, al coste de la enseñanza en nuestros colegios y universidades», Queenie le respondía: «¡Y que lo digas, Tom! Empiezo a preguntarme si la Universidad es sólo para los ricos en nuestros tiempos.» Y así continuaba durante todo el día. Al principio, Franz había pensado que Queenie quería tomarle el pelo por alguna razón —Franz solía decir que los programas comerciales eran porquería—, pero, al ver que continuaba igual, comprendió que su esposa había perdido la cabeza. ¿Qué otra cosa podía decirse de quien tomaba las caras de la pantallas por seres reales?

Queenie se negaba incluso a comer. Él tenía que traerle bocadillos, llevarlos a la habitación desde la cocina del segundo piso de la funeraria, y observar cómo lo miraba ella distraídamente, decía «Gracias, querido», y volvía a su conversación con Robert Reed en *El Grupo de los Brady* o con Cáster Oldfield en *Papá está aquí*. El bocadillo se secaba y abarquillaba durante el día, y al traerle él la sopa a las seis, se lo llevaba y lo tiraba. Queenie bebía: «Tab» o «Mello Yello» o cualquier otra cosa que anunciaran, y él presumía que estas bebidas sin alcohol eran lo que hacía que siguiese viviendo.

Queenie permanecía, pues, en el piso de arriba, rígida y como hipnotizada ante el televisor, y Franz tenía que pechar con los afligidos —hoy más numerosos que nunca—, con los corredores de las empresas proveedoras, con el correo y con los libros. Con frecuencia, al rondar por los salones públicos de la planta baja, mucho más amplios que las mezquinas habitaciones de arriba, podía oír las canciones anunciadoras de los programas que Queenie se disponía a ver. Una banda de *swing* según el estilo de los años cuarenta, tocando una versión rítmica de *When the Red, Red Robin Goes Bob, Bob, Bobbing Along*, significaba que, dentro de sesenta segundos, Queenie iniciaría una seria discusión con Cáster Oldfield; un igualmente familiar *da da da, da da PUM, pum*, indicaba que era la hora de *Quiero a Lucy* y de las reflexiones de Queenie con Desi Arnaz sobre la situación actual en Cuba. Nunca se había dado cuenta de que los ruidos de su vivienda podían oírse desde la planta baja. Esto le había llamado la atención poco después de que los conductores del depósito de cadáveres hubiesen traído el cuerpo de Desmond O'Hara por la puerta de atrás; habían colocado el cuerpo cianótico sobre la mesa de la sala de preparación, Franz había firmado los impresos y acompañaba a los hombres a la puerta, cuando la inconfundible tonada de *When the Red, Red Robin* había llegado desde la escalera. Uno de los conductores se había echado a reír, diciendo:

—¡Eh! Eso es de *Papá está aquí*. ¿También usted lo ve?

Queenie le hizo solamente dos observaciones personales durante este período. La primera fue al final de su primer día de locura. Saltó de la cama, dejó el intacto plato de sopa en el suelo, dijo a Johnny Carson: «¡Oh! ya lo sé, Johnny; esa gente de Hollywood no es más que una gran pandilla de alborotadores», y cerró el aparato. Después volvió a la cama y se acostó junto a su tembloroso marido. «¡Oh, Franz! —le

dijo—. Hoy me he divertido tanto...» La segunda observación fue el cuarto día de locura, y Franz, después de reflexionar un día o dos sobre ello, pensó que podía ser la explicación de su desequilibrio. Él le había traído el bocadillo —ensalada de atún sobre pan blanco— y una lata de «Tab». Ella hablaba entusiasmada sobre feminismo con un acicalado y bigotudo actor de opereta al que Franz no reconoció. Queenie sorbió la bebida y dijo, dirigiéndose al televisor: «Sé que no te importa lo que tenga que decir una sencilla mujer, Amory», y entonces inquietó a Franz al mirarlo fijamente. Su cara tembló un momento..., como una cara vista a través de un velo de agua. «Me alegro de no haber tenido hijos —dijo con su verdadera voz—. Todos esos pobrecillos ahogándose..., todos esos pequeños cadáveres. Me alegro de que no hayamos tenido hijos.»

Franz Holland pensó que debía de estar siguiendo a su esposa por el camino de la locura. Le pareció que, desde que Patsy McCloud había sufrido su peculiar ataque en el salón de exposición de ataúdes, todo se había vuelto negro, negro, negro..., habían muerto todos aquellos bomberos, y después todo había ido de mal en peor, todos los días había más entierros que organizar e incluir en la lista..., ¡era como Jonestown! Exacto. Todos los directores de funerarias que conocía, incluido él mismo, estaban fascinados por Jonestown y los problemas técnicos que planteaba, y aquí estaba él, Franz Holland, tratando de resolver estos problemas por sí solo en Hampstead.

Todavía recordaba a la linda joven Tayler, ahora Patsy McCloud, abriendo la boca, con una mirada de miedo insensato en los ojos, y chinándole: «¡No me toque!» como si él se hubiese convertido en algo aborrecible. Se había quedado helado. Franz Holland era un hombre sumamente pagado de su aspecto, y el gritarle Patsy de aquel modo —y la mera expresión de sus ojos— había sido como si le clavase un cuchillo en la barriga. Y desde aquel día, desde que había tenido que esconderse en un rincón del salón de los ataúdes mientras ella llamaba a sus amigos, había empezado a temer más que de ordinario los actos de vandalismo y los asaltos en el piso bajo.

Queenie podía haber sido la contable, pero Franz sabía que la mayor parte de su inversión, o sea la mayor parte de su dinero —fuese lo que fuese en realidad—, estaba en las dependencias públicas. Había en el vestíbulo mesas antiguas que su padre había comprado antes de la Primera Guerra Mundial, grandes jarrones chinos, ahora tan valiosos que a Franz se le paraba el corazón cada vez que les quitaba el polvo, y una alfombrita oriental, también comprada por su padre, tan imposible de asegurar como imposible es sospechar de algunos personajes en las novelas policíacas. En la habitación contigua al vestíbulo había una enorme alfombra «Kirman». Todas estas cosas tan costosas y mundanas inquietaban a Franz mientras yacía en su cama por la noche. Oía que rascaban la puerta, que golpeaban suavemente las grandes ventanas de la planta baja. Desde que Patsy Tayler McCloud le había clavado en la panza el cuchillo con que le echaba en cara su fealdad, Franz sabía que algún chico salvaje iba a irrumpir en su establecimiento, a mearse en la alfombra «Kirman» y a apagar un cigarrillo sobre una mesa antigua. Tumbado en su cama, podía oír cómo ocurría esto. La puerta crujía, un cristal se rompía casi sin

ruido, sonaban unos pasos. Rumor de líquido sobre la gran alfombra, y las brillantes fibras absorbían el fluido con avidez. Algunas noches casi podía oír la cremallera del pantalón deslizándose antes de que el chico estropease la alfombra.

Y voces..., también había voces, que llegaban de abajo. No quería oír las, pero ascendían por la escalera, murmuradoras y cálidas. Las primeras noches, había bajado para investigar, pero, naturalmente, no había visto nada. Nadie había raspado la puerta, ningún cristal se había roto, nadie había pisado cautelosamente la insustituible alfombrita. Todos aquellos ruidos importunos habían sonado solamente en su cabeza. Dos o tres noches seguidas, Franz había registrado cansadamente las salas de espera, la capilla y las salas de exposición, y lo había encontrado todo en orden. Y al subir de nuevo la escalera y tumbarse junto a Queenie, que resoplaba suavemente, había oído de nuevo aquellas voces..., cálidas, inquietantes. *¿Franz? ¿Franz? No nos has visto, ¿verdad? Prueba de nuevo, prueba otra vez, feo Franz...*

El feo y pequeño Franz...

Poco después de la medianoche del día en que Richard Allbee pudo pasar indemne frente al espectro de su esposa, Franz volvió a oír la serie de ruidos: suaves raspaduras en la puerta, débiles chasquidos de cristal al romperse, pisadas en el vestíbulo. *¿No puedes encontrarnos, feo...?*

Alguien rió entre dientes. Chas, chas..., el chorro de orina sobre la alfombra.

Franz gruñó. Tendría que probar de nuevo. *¡Búscanos, pequeño Franz! ¡Búscanos!* Todavía podía oír el asqueroso ruido de la profanación de la gran alfombra «Kirman». Apartó la sábana y saltó de la cama.

«¡Oh! No eres más que un viejo bribón. Eso es lo que eres.»

Franz salió de su habitación y buscó el interruptor que iluminaría la gran escalera principal. Si realmente había alguien abajo, posiblemente le espantaría la luz; Franz no tenía deseos de mostrarse heroico. Se detuvo en lo alto de la curva escalera y escuchó con atención.

Prescindiendo de los cálidos murmullos que parecían brotar de las profundidades de los salones públicos, resolvió que sólo echaría un vistazo a las habitaciones. Ni siquiera encendería las luces.

Sólo una rápida vuelta por la planta baja, y subiría de nuevo. Entró en la «Cámara de la Tranquilidad», que tenía que cruzar para ir a las otras habitaciones. Tal como había decidido, no encendió las luces, pero vio perfectamente que la gran alfombra «Kirman», fundida toda su complejidad en un solo campo negro, estaba indemne, lo mismo que las cortinas de terciopelo. Cruzó una puerta y pasó a un ancho pasillo circular interrumpido por puertas con arco que daban a otras cámaras. Había sido en este pasillo donde Patsy McCloud había herido su amor propio. Perdió súbitamente todo su ánimo. Si no hubiese oído al público de *Tonight Show* rugiendo como un zoo lleno de animales, habría subido la escalera sin pensarlo un instante. Pero el público chillaba y rugía, y Franz se imaginó a Queenie ladeando la cabeza y haciendo algún agudo comentario... y cruzó el oscuro pasillo para asomarse a la primera puerta.

Aquí estaba su sala de exposición de ataúdes. Una habitación cuadrada, quizá de cinco por cinco metros, con hileras de ataúdes alineados sobre pedestales. Sabía

que esta pieza estaría vacía. Si lo estaba la «Cámara de la Tranquilidad» también tenían que estarlo todas las otras habitaciones. Su registro no era más que una formalidad. Se limitó a echar un vistazo y se volvió para marcharse.

Pero entonces retrocedió, inquieto. Aquel olor... Había oído algo. De pronto se estremeció al reconocer que la estancia olía a orines. En realidad, olía como una letrina del Ejército, y el hedor le envolvía, mientras permanecía como petrificado en la puerta de la sala de exposición.

—Vamos —dijo—, ¿qué diablos...?

Nos has encontrado, Franzie.

Franz sintió que todo el aire escapaba de su cuerpo. En medio de aquel increíble olor de orina, ahora tan fuerte que casi podía ver los vapores enroscándose en el aire, aparecieron dos abultadas figuras detrás de la segunda fila de ataúdes.

¡Nos has encontrado! ¡Nos has encontrado! ¡Has ganado el premio, Franzie!

—El premio, ¿qué premio Por el amor de Dios, ¿qué...?

Estaba tan aturdido al ver cómo cobraban vida sus peores fantasías, que realmente no podía comprenderlo. Dos hombres, aquellos hombres, habían irrumpido en su casa y... se habían meado en su colección de ataúdes.

—¡Fuera de aquí —dijo, al empezar la ira a dominar su miedo y su impresión.

Con mano temblorosa, buscó el interruptor. Lo apretó y la sala de exposición volvió a ser lo que era, inundada de luz y resplandeciendo las brillantes superficies de los cuarenta ataúdes sobre sus pedestales de caoba. Y entonces vio que estaba más loco que seis Queenies.

Llenando el aire de la mitad derecha de la sala, vio lo que debía de ser al menos un millón de moscas. Mientras su zumbido le hacía retroceder asqueado hacia el otro lado de la habitación —volcando dos de los sillones de cuero colocados junto a la pared—, el olor a orines rancios flotó a su alrededor.

Entonces, la sólida y vibrante masa de moscas se deshizo y esparció por toda la estancia. Y ahora, un hombre de cabellos grises y manchado traje blanco, se levantó de su sillón a la derecha de la puerta. Tenía la cara lustrosa y brillante. Al mirarlo, Franz captó simultáneamente dos cosas: aquel hombre del polvoriento y sucio traje blanco era el doctor Van Horne, y el médico había empezado a gotear. Como Richard Alíbee, no sabía dónde había oído por primera vez esta expresión, pero reconoció los síntomas. Wren van Horne sólo tardaría una semana o dos en tener que vendarse... Su piel parecía estar en continuo movimiento, temblando ligeramente, inmovilizándose, moviéndose de nuevo.

—¡Oh, claro que sí! —dijo el doctor Van Horne—. Has ganado el premio, Franz.

—¿El premio? —repitió tontamente Franz.

—Sí, por fin nos encontraste —dijo el doctor Van Horne, alargando la mano derecha... Llevaba en ella un bisturí delicadamente curvo. El médico se acercó a Franz, con rostro tembloroso, y rajó el cuello del empresario de pompas fúnebres con un rápido golpe de la hoja.

Cuando hubo liquidado a Franz Holland, el médico subió despacio la escalera hasta el piso de arriba, donde Queenie estaba diciendo a Jack Nicholson que, si se lavaba más, tal como hacía ella, no se sentiría siempre tan corrompido.

—No podrás creer lo que sucede en mi oficina. Ni yo mismo puedo creerlo.

Ulick Byrne y Sarah Spry habían almorzado en un pequeño y acogedor restaurante situado en Post Road, llamado «Sweethaven». Lo había elegido Sarah. A ella le gustaban los heléchos, el claro suelo de madera barnizada; los crepés, ensaladas y flanes del menú componían lo que ella consideraba un almuerzo sustancioso. No le importaba el hecho de que allí sólo tuvieran vino. Ulick Byrne se había resignado a la falta de ginebra y, en realidad, se encontraba tan mal que no le apetecía nada en especial. En todas las demás mesas del local había mujeres sentadas conversando, fumando, discutiendo si debían pedir el crepé con camarones, puerros y salsa de vino blanco, o crepé con espárragos y con lo que, según la carta, era «un delicado y cremoso relleno de quesos francés». Él era el único hombre en el restaurante, y sentíase tan incómodo como un apestoso viejo oso invitado en una casa de muñecas.

—Yo lo creo. ¿Ha leído el periódico últimamente?

Con disgusto, Ulick removió los restos de su «Crépe Sorpresa». Había comido de aquello todo lo que parecía carne, y se preguntaba si habría provocado un escándalo de haber pedido *ketchup* para disimular el sabor del yogur o lo que fuera que hubiese dentro.

—Sinceramente, leo pocas veces la *Gazette*. En ocasiones he echado un vistazo a su columna, como todo el mundo. Es que debo leer mucho con motivo de mi trabajo; apenas dedico quince minutos al *Times* por las mañanas.

—Bueno, pues, la vieja *Gazette* no está tan mal para ser una pequeña publicación que aparece sólo dos veces por semana. Realizamos una buena tarea informativa en esta ciudad, si es que está bien que lo diga. Pero, y esto es lo que siento, aun cuando publicáramos un gran reportaje sobre la causa de todo lo que está sucediendo allí, un gran reportaje, repito, digno del Premio Pulitzer, nadie podría leerlo, porque estaría lleno de erratas de imprenta.

Ulick miraba a una mujer que estaba en un extremo del comedor, y decidió que, en definitiva, prescindiría del *ketchup*. Aquella mujer se parecía a Stony Friedgood de un modo inquietante, con duras y limpias facciones suavizadas por una mata de pelo negro; tenía una mancha de lápiz de labios desde la base de la nariz hasta casi la punta de la barbilla. Cuando abrió la boca, Ulick advirtió que no había descuidado sus dientes. A ninguna de las compañeras de la mujer parecía importarle que la cara de su amiga diese la impresión de que había sufrido un accidente de tráfico.

—Pensé que el periódico parecía un poco raro la última vez que lo vi.

El titular, pensó, decía RESIGNACIÓN SIGNIFICA EXTRU AESTWOOD Y FALLA EL TIEMPO.

La rolliza rubia sentada junto a la dama del lápiz de labios se desabrochó despreocupadamente la blusa y descubrió un pecho abultado y tostado por el sol. Sostuvo el seno en la mano unos instantes, mientras hacía algún comentario, y volvió a guardarlo debajo de la fina blusa de algodón.

—Siempre parece raro —dijo Sarah—. Mi director lee las pruebas todas las mañanas, se concentra para corregir todos los errores, y media docena de párrafos salen hechos un asco. Pero, no comes. ¿Te encuentras mal?

—Me siento hecho un asco —dijo, sin añadir que también se sentía como si hubiese engullido comida de perros—. Mi estómago no está bien. Tal vez tengo fiebre, lo sé. Y si he de decirte la verdad, ni siquiera me importa mucho. También me estoy volviendo irascible. Mi secretaria está pensando en despedirse, a causa de los gritos que le he echado.

Sarah le golpeó una rodilla por debajo de la mesa.

—¿Qué quiere decir esto?

—Sólo que debes tomarte las cosas con calma, amigo. Demasiados hombres pierden los estribos en Hampstead estos días. No quiero que riñas con nadie. Y menos con tu secretaria.

—Tal como me siento, ella podría conmigo. ¿Puedes hacerte una idea de lo que pasa en mi bufete? Ya no sé lo que soy..., tal vez me han tomado por un psiquiatra. Llegan clientes a los que conozco desde hace años, me saludan, se sientan, hacen visajes y echan a llorar. No puedo estar sentado allí, viendo llorar a la gente. Me saca de quicio. Y te diré algo más. Dos de mis clientes se han suicidado en los tres últimos días. Los dos *varones*. Uno de ellos se pegó un tiro en la cabeza; el otro se bebió una botella de herbicida. Tenían buenos empleos..., ¡caray! unos empleos magníficos. No puedo soportar más esta mierda.

—Ya. Si no tuviese algo interesante que mostrarte, también yo me sentiría deprimida y empezaría a llorar, y tú tendrías que buscar algo para hacerlo añicos.

—¿Algo que mostrarme?

Inconscientemente miró a la rolliza rubia de la blusa de fino algodón.

—No temas, Ulick. No voy a desnudarme. Quería que vieses una foto del *Herald* de Woodville. Éste es propiedad de la misma cadena a la que pertenecemos nosotras, y compartimos algunos materiales, aunque, naturalmente, la mayoría de ellos son completamente distintos. Les pedí que me dejaran ver sus números de la tercera y de la cuarta semana de mayo. En la primera página del número del 19 de mayo, vi una fotografía que me interesó. Hice que su director gráfico me enviase una ampliación. Pienso que también a ti te interesará.

Se inclinó, cogió su bolso y sacó de él un sobre de papel manila. Extrajo del sobre una brillante fotografía ocho por diez.

Ulick la tomó. No podía imaginarse por qué había pensado ella que le interesaría aquella foto. Veía en ella, en claro blanco y negro, un grupo de hombres de pie en lo que parecía una zona de aparcamiento. Los dos del centro estaban siendo interrogados por los otros, que formaban un círculo irregular a su alrededor. Byrne no identificó ninguna de las caras.

—¿Y bien? —preguntó.

—Los dos hombres del centro eran los científicos encargados de la instalación de «Telpro» en Woodville: Theodore Wise y William Pierce. Esta foto fue tomada en una especie de conferencia de Prensa improvisada el mismo día en que los dos murieron en aquel lugar.



—Bien —dijo Byrne—. ¿Qué es lo importante?

—Ése —dijo Sarah, señalando con la punta del dedo la corpulenta figura de un hombre de rubia cabellera y suéter grueso. Las palabras DEEP ON TRUCKIN eran claramente visibles en la parte delantera del suéter—. ¿Sabes quién es?

—Algún mecánico.

Sarah se permitió una sonrisa crispada e indulgente.

—Ese mecánico es Leo Friedgood. Un amigo mío del Departamento de Policía lo identificó y me lo dijo.

Ulick frunció el ceño; acercó la fotografía a su cara.

—¿Friedgood estaba allí? ¿El diecisiete de mayo? Estaba en «Woodville Solvent»

—Es evidente.

Él dejó la foto sobre el borde de la mesa.

—Que me aspen si lo entiendo. Pero si Friedgood estaba allí, esto significa que «Telpro» lo envió. Y si «Telpro» lo envió allí, es que querían que hiciese algo. Debieron de pensar que... —Se interrumpió, reflexionando—. Debieron de pensar que algo andaba mal y que el personal que tenían allí no podía resolverlo. La cuestión es: qué le ha pasado a Friedgood. Hace semanas que falta de su casa.

—«Telpro» —dijo Sarah.

—Has pensado en todo, ¿no? «Telpro». Iron Hank Haugejas. Metieron a Leo en alguna parte; lo tienen a buen recaudo, porque es la única persona no relacionada directamente con «Woodville Solvent» que sabe lo que realmente sucedió allí.

—Que sabe el grado de responsabilidad que tiene «Telpro» en lo que está pasando en Hampstead —Sarah guardó cuidadosamente la foto en el sobre y éste en el bolso—. ¿Sabes lo que quiero hacer? Me gustaría armar un poco de jaleo en la jaula del general Haugejas. Creo que es hora de tomar medidas drásticas. Quiero ir a su oficina y ver lo que dice acerca de Leo Friedgood y de «Woodville Solvent».

—En este caso, debería acompañarte tu abogado.

—¿Tienes algún plan para esta tarde?

Ulick Byrne no quería confesárselo, pero, tanto profesional como personalmente, estaba muy excitado por lo que podía surgir de un encuentro con el general Haugejas. Estaba convencido —a pesar de la debilidad de la prueba que tenía Sarah— de que Haugejas y «Telpro» se habían confabulado para ocultar lo que había sucedido realmente en Woodville el 17 de mayo. Haugejas era un cliente difícil, y «Telpro» tenía un millón de abogados; pero ¿y si él y Sarah podían pillarlos desprevenidos? Ulick podía oler la iniciación de una serie de pleitos cuya cuantía ascendería a miles de millones de dólares. Sería un escándalo mucho mayor que Watergate y tan claro como éste, como dibujado en blanco y negro: el principal abogado de los ciudadanos de Hampstead se haría famoso de la noche a la mañana, especialmente si había contribuido personalmente a descubrir el escándalo.

Sarah advirtió que mientras Ulick Byrne se dirigía a Manhattan por la I-95, cuando cruzaba el Triborough Bridge y cuando rodaba entre el tráfico de FDR Drive, parecía de vez en cuando reprimir una sonrisa.

Cuando llegaron al edificio «Telpro» de la Calle 59 este, Sarah le empujó al pasar frente a la mesa del conserje en el vestíbulo y lo condujo hacia un ascensor que esperaba.

—¿Cómo sabes adonde vas? —le preguntó Ulick.

Las puertas del ascensor se cerraron sin ruido, dejándoles solos en una caja zumbadora con paneles de madera.

—Soy periodista —dijo ella—, y también una periodista mucho más vieja que tú. Cuando Iron Hank se retiró, por decirlo así, del servicio militar, pronunció un pomposo discurso sobre las futuras batallas que emprendería desde atrás de una mesa en el vigésimo piso de un edificio de la Calle 59 este. —Pulsó un botón brillante en la pared del ascensor—. Por consiguiente, le daremos ocasión de librar una de estas batallas.

Byrne se encogió de hombros.

—Desde entonces, puede haber cambiado veinte veces de despacho.

—En tal caso, preguntaremos cuál es el piso exacto. Pero lo principal es que hemos pasado la mesa de la entrada.

—Ahora tendremos que pasar la de la secretaria.

En la vigésima planta, salieron a un ancho corredor que conducía a una puerta de cristales con el rótulo proyectos ESPECIALES pintado en letras negras. Detrás de la puerta, una secretaria o recepcionista pelirroja estaba sentada a una lujosa mesa. Levantó la cabeza y sonrió al entrar los dos y avanzar sobre la gruesa alfombra. Ulick tuvo que reconocer que Sarah Spry se las ingeniaba mucho mejor que él para caminar sobre la gran alfombra con el aire de quien tenía perfecto derecho a estar allí.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó la joven

—Quisiéramos ver al general Haugojas —dijo Sarah, con voz firme—. Pero antes nos gustaría hablar unas palabras con su secretaria.

La muchacha de detrás de la mesa pareció confusa.

—¿Tiene concertada una entrevista con el general?

—Permítanos hablar con su secretaria, por favor —dijo Sarah, imponiendo silencio a Ulick con los ojos—. Puede decirle que una periodista de la *Gazette* de Hampstead y un abogado han venido en relación con los sucesos que ocurrieron en «Woodville Solvent».

—¿«Woodville Solvent»? ¿La *Gazette* de Hampstead? —La muchacha descolgó el teléfono, que era del mismo color que la alfombra, marcó un solo número y habló a media voz durante un momento. Después les miró con los ojos muy abiertos—. ¿Pueden darme sus nombres?

—Mrs. Spry y Mr. Ulick —dijo éste.

La recepcionista volvió a hablar suavemente por teléfono. Después les obsequió con una amplia sonrisa. Mrs. Winthrop los recibiría dentro de un momento.

El momento se convirtió en treinta y un minutos. Mrs. Winthrop resultó ser una mujer oriental de poco menos de treinta años, de liso vestido negro que hacía juego con sus cabellos, y grandes gafas redondas teñidas de ámbar por debajo del nivel de sus ojos; tenía una bella manera de sonreír y una fuerza de personalidad que anuló

inmediatamente la de la pelirroja recepcionista. Tomó la mano de Ulick mientras pronunciaba su nombre y le achicharraba con su sonrisa, y la estrechó con fuerza, como un hombre. Él tuvo la impresión de que acababan de pesarlo y de medirlo, y de que lo enviaban a lavarse. Después volvió su atención a Sarah. Byrne se preguntó cómo sería Mr. Winthrop.

—¿Tiene la bondad de pasar a mi despacho? —indicó, volviéndose vivamente para conducirlos a lo largo de otro pasillo suavemente iluminado. Después de varias vueltas y revueltas, abrió una puerta grande de roble claro y los introdujo en un despacho donde había una ancha mesa negra y un largo sofá de cuero negro. Brillantes pinturas abstractas decoraban las paredes. Mrs. Winthrop pasó majestuosamente detrás de la mesa y se sentó.

—Debo observarles que el general Haugejas no recibe nunca a nadie sin previa cita; por consiguiente, no habrían podido verlo aunque hubiese estado aquí esta tarde.

—¿No está aquí? —preguntó Sarah.

—No lo esperamos hasta mañana, Mrs. Spry. Pero estoy segura de que desearía que me dijese lo que les interesa, a fin de poder él contestarles acerca de ello. Ante todo, ¿podrían explicarme por qué una redactora de notas de sociedad, de un diario de Hampstead, y un abogado especializado en transacciones inmobiliarias se interesan en el general Haugejas?

De este punto en adelante —debemos presumir, a juzgar por la rapidez de la reacción del general—, Mrs. Winthrop grabó todas las palabras pronunciadas en su despacho. La cinta magnetofónica debió de captar el creciente enojo de Ulick y la progresiva irritación de Sarah, y su evidente creencia de que Henry Haugejas estaba al otro lado de la puerta de detrás de la mesa de Mrs. Winthrop. (En esto estaban equivocados, porque el general asistía aquella tarde a una reunión del consejo de administración de un Banco de Wall Street.) Y la cinta registró, sin duda, la observación de Ulick de que «Telpro» había matado a unos niños en Hampstead, Connecticut, y sus repetidas preguntas sobre la presencia de Leo Friedgood en las instalaciones de Woodville. Mrs. Winthrop, que lo había enviado allí, sólo pareció vagamente intrigada por el alud de acusaciones que brotaban de las dos severas y frustradas personas sentadas en el sofá de cuero.

## 4

El día siguiente, viernes 25 de julio, el general Henry Haugejas, acompañado por dos ayudantes, llegó ceremoniosamente a las calles de Hampstead, no en el asiento delantero de un jeep con gallardete oficial, como había hecho en ciertos pueblos coreanos cuidadosamente elegidos, sino en el asiento de atrás de un automóvil grande.

La casa de Friedgood estaba desocupada y saltaba a la vista que llevaba algún tiempo en esta condición. Los vecinos sirvieron de poco. No sabían lo que había sido

de él, y tampoco sabían por qué tenían que abrir sus casas para que las registrasen tres desconocidos. Cuando el general se identificó y explicó —con una falta total de delicadeza— que la localización de Mr, Friedgood era importante para la seguridad nacional, los residentes de Cannon Road, Charleston Road y Beach Trail, se resignaron en su mayoría a abrir sus puertas al general y a sus dos corpulentas mascotas. Pero todas aquellas dilaciones, todas aquellas explicaciones y vacilaciones, y la mal disimulada hostilidad, habían hecho trizas a los tres ex militares.

Su fracaso, tanto como las repetidas explicaciones y el agrio aliento del privilegio de clases, los tenía fuera de sí. Después de examinar veinte casas, el general y sus ayudantes tenían los nervios tan tirantes como cuerdas de piano. Habían empezado a verse de nuevo como verdaderos militares, y les indignaban los problemas que les planteaban los paisanos. Pensaban con añoranza en los tiempos en que podían irrumpir, armados hasta los dientes, en cualquier tugurio que quisiesen registrar, y en cómo toda la gente del tugurio se inclinaba y sonreía tan exageradamente que parecía que iban a romperse el espinazo y las mandíbulas. Probablemente, esperaban que la Policía de Hampstead se comportase de la misma manera, como campesinos vietnamitas.

Y ésta era la causa de sus dificultades. De un modo que parecía calculado para hacer perder los estribos a cualquier agente de Policía, el general Haugejas y sus ayudantes presumían que tales agentes sólo existían para cumplir sus órdenes, que todos pertenecían a un mismo ejército, pero con los policías en los últimos lugares de la cadena de mando.

El amigo de Sarah Spry, sargento Dave Marks, fue el primero en encontrarse con los tres, y sus modales le irritaron inmediatamente. El corpulento viejo de cabellos de color de acero lo miró de arriba abajo y los dos tipos que lo acompañaban se colocaron a un lado y otro de la mesa de Dave, como solían hacer los terroristas en las películas de instrucción de la Policía. Uno a cada lado, a una distancia de dos metros y medio o tres, de modo que si se miraba a uno no se podía ver al otro. Estos tres parecían anunciar tormenta y pérdida de tiempo, y Dave Marks no estaba por estas cosas; quería terminar su turno, ducharse, zamparse un poco de comida e ir a la sesión de medianoche del cine «Nutmeg», donde proyectaban *Los chicos del coro*, al otro extremo de la zona de aparcamiento municipal de la Jefatura. Era lo que deseaban todos los policías de servicio aquella noche; todos ellos lo esperaban excitados y, por ello, les irritaban los importunos forasteros.

El general, mirando fijamente a Dave Marks desde un punto equidistante de la puerta y de la mesa, le ordenó que llamase al jefe.

—El jefe no está —dijo Marks.

El jefe se hallaba durmiendo en su casa, pero no vio razón para decírselo a su visitante.

El general se acercó a la mesa.

Puso una tarjeta delante de Dave Marks.

—Supongo que al jefe no le importará si nos dice lo que sepa acerca del paradero de Leo Friedgood.

Marks frunció los labios y leyó la tarjeta.

—«Telpro Corporation» —dijo—. ¿No era usted su jefe?

—Mr. Friergood trabaja en «Telpro Corporation», esto es verdad. Si su jefe está ausente, le pido que me muestre la ficha de Mr. Friedgood.

Maks arqueó las cejas.

—¿La ficha?

—No es un asunto ordinario, agente. Es una cuestión de seguridad.

—Espere un momento. —Marks volvió a mirar la tarjeta—. Aquí no dice que esté usted todavía al servicio del Gobierno, general. Aunque lo estuviese, necesitaría una orden especial para poder mostrarle nuestros archivos. Pero no lo está. Por consiguiente, no le darán aquella orden especial. Eso es todo.

—Quiero hablar con su jefe.

—Vuelva usted mañana, general.

—Y mientras espero para hablar con su jefe, quiero que usted o uno de sus compañeros averigüen la dirección actual de Mr. Friedgood.

—Tendrá que pedirselo al jefe, señor. Pero él no le concederá nada.

—Cursaré a su jefe un informe desfavorable sobre su comportamiento de esta tarde, agente Marks.

Otros tres o cuatro agentes se habían acercado a la mesa; el general hubiese debido advertir que se movían con mucho cuidado, casi mostrando una solidaridad defensiva.

—Puede hacer lo que quiera, general. Yo sólo sé que es un ciudadano particular que se imagina tener derecho a dar órdenes a los agentes de Policía y a ver sus documentos. Creo que esto puede causarle problemas, general.

La cara del general se había puesto más roja de lo que estaba de ordinario. Al fin había empezado la batalla.

—Voy a darle un número de teléfono del Departamento de Defensa. Voy a pedirle que llame a este número y escuche lo que le digan. Le ordeno que haga estas dos cosas. Y después quiero ver la ficha de Leo Friedgood.

—Y yo voy a pedirle que recuerde dónde está, general —dijo Dave Marks—. No puede ordenarme nada. Quiero que usted y sus matones salgan inmediatamente de la Jefatura.

—¡Eh! —dijo uno de éstos—. Lo único que queremos es...

—¡Fuera! —gritó Marks—. Lo digo en serio.

—Se está comportando como un tonto y buscando su ruina —dijo el general Haugejas—. Tengo derecho a estar aquí y tengo derecho a la información que exijo. Sólo con que llame al Departamento de Defensa...

—Pero ¿quién demonios es usted? —preguntó un joven policía, cuyo rostro había enrojecido también—. ¿Se imagina que está en su regimiento? Le han ordenado que salga de la Jefatura, amigo. ¿No cree que debería largarse?

Greeley se acercó a Johanssen y le agarró de un brazo.

—No haga eso —dijo Johanssen.

—Bueno, nadie quiere armar jaleo —dijo Greeley—. Hemos estado buscando todo el día a ese desertor. Lo encontraremos a pesar de todo, y ustedes, muchachos, van a ayudarnos a encontrarlo.

Johanssen se volvió al grupito de policías con una expresión de «¿podéis creer a ese tipo?», en el semblante. Al volverse, su mano rozó la pistolera de Greeley. Sin pensarlo, actuando por simple furia y simple reflejo, Johanssen le hizo la zancadilla a Greeley, apoyó una rodilla sobre el pecho del asombrado Greeley y metió una mano debajo de su chaqueta en busca de la pistola.

—¡Dejen en paz a mis hombres! —gritó el general Haugejas.

Un joven y robusto polizone llamado Wiak sujetó desde atrás los brazos del general, y su compañero dio unos pasos adelante para apoderarse de las armas, ahora visibles, que llevaba en el cinto el general. Otros dos policías le habían quitado la pistola a Packer de manera parecida.

—Les ordeno que me suelten —dijo el general—. Soy Henry Haugejas, el *general* Henry Haugejas y exijo que me suelten y me dejen telefonar.

—¿Qué clase de arsenal llevan ustedes encima, general? —preguntó Dave Marks—. Van armados hasta los dientes. Si yo estuviese en el lugar de Leo Friedgood me alejaría lo más posible de ustedes.

—¡Quiero un teléfono! —gritó Haugejas—. Me *permitirá* usar un teléfono.

Greeley trató imprudentemente de librarse de la rodilla de Johanssen, y el joven policía le hizo dar media vuelta con una torsión hábil del brazo. Mark Johanssen apoyó un pie sobre la rodilla de Greeley, se agachó y le esposó las manos detrás de la espalda.

—¡Idiota! —gritó el general—. ¡Suelte a ese hombre!

—Ya se lo he dicho, no pertenezco a su regimiento —dijo Johanssen, y, pasando sobre Greeley, se acercó al general.

—Encerradlos en las celdas —dijo rápidamente Marks—. De momento, encerradlos, y ya veremos mañana lo que hacemos.

—Bueno, ese hijo de perra me atacó —dijo Johanssen, poniendo a Greeley dolorosamente en pie. Greeley se volvió y escupió en la solapa del uniforme de Johanssen—. ¡Mierda! —chilló éste.

Largó un puñetazo al estómago de Greeley y, al doblarse éste por la cintura, le propinó un golpe en un lado de la cabeza haciéndole caer dentro de la primera celda de la hilera que se extendía más allá de la zona de recepción de la Jefatura.

—¡Mierda! —repitió, mirando el gargajo amarillo en su solapa. Se arrancó la guerrera del uniforme, saltó dentro de la celda, donde Greeley yacía jadeando debajo del lavabo, y frotó con aquélla la barbilla de Greeley—. Tendría que hacértelo comer, mamón —dijo, y salió de la celda, cerrando la puerta a su espalda.

Larry Wiak estaba empujando al general hacia la segunda celda. La cara del general estaba ahora completamente desfigurada por la ira y la incredulidad; nunca se le había ocurrido pensar, al iniciar la batalla, que ésta podía terminar en derrota.

—¡NO ME TOQUE! —chillaba—. ¡HARÉ QUE LES CORTEN LOS COJONES!

—Nunca me gustaron mucho los generales —dijo Johanssen, regocijado al ver cómo metía Wiak al general en la celda.

—Os convendría más llamar a uno de esos números —dijo Packer, mientras lo conducía a la tercera celda—. Mañana se armará la gorda.

—Los generales se empeñan siempre en cortarle los cojones a alguien —dijo Johanssen.

Iron Hank siguió despotricando ruidosa y frenéticamente, pero al fin reconoció que en una población donde todo el mundo había estado expuesto al engendro de Otto Bruckner, nada impedía que los policías se volvieran locos como todos los demás.

—Al menos esos tres imbéciles no nos darán trabajo esta noche —dijo Larry Wiak a Johanssen.

Johanssen escuchó los gritos y las amenazas del general.

—A menos que ese viejo fantoche consiga telefonar y arme un follón —dijo.

—¡Un follón! —chilló el general—. ¡Eso sería como una palmada en el culo!

## 5

—Quieres ir. Sé que quieres ir.

—Quería ir, desde luego. Pero esto fue antes de que te pusieses enferma. Por lo que más quieras, Ronnie...

—Todos tus amigos estarán allí.

—A fin de cuentas, veo a todos mis amigos en la Jefatura. Verlos encerrados en un cine no es una gran diversión.

—Pero el año pasado te divertiste mucho.

—El año pasado tú gozabas de buena salud. Por el amor de Dios, Ronnie. Ni siquiera has tocado la comida.

—Bueno, si no tengo apetito es, en parte, porque estoy preocupada por ti. No quiero que te conviertas en un mártir. Me sentiré mal, tanto si vas al cine como si no. Por consiguiente, deberías ir.

—¡Jesús! No me lo perdonaría si fuese esta noche, Ronnie. No es más que una película. Quiero quedarme y cuidar de ti.

—Cuidar a una anciana enferma —dijo Ronnie, y volvió la cara sobre la almohada.

Realmente parecía una anciana enferma, pensó Bobo. Podía ver cómo se había secado su piel en las semanas de enfermedad, cómo colgaban sus mejillas por debajo del borde de la mandíbula inferior, como las de una montañesa desdentada. A las nueve de aquella noche, Bobo se sentó junto a la cama de Ronnie en la habitación oscurecida, moviendo al tuntún el plato intacto de ella, unos centímetros cada vez, sobre la bandeja de aluminio. Ronnie había cerrado los ojos, y sus párpados destacaban en su cara como dos piedras grises y surcadas de venitas. Suspiró y hundió más la cara en la almohada. Profundas arrugas surcaban su frente, se hundían en la carne en las comisuras de los labios. Durante un fugaz momento de infidelidad, Bobo miró a Ronnie Riggley con disgusto... por él mismo, no por su amante. ¿Podía realmente atarse para el resto de la vida a una mujer tanto más vieja que él? ¿Vivir con esa mujer, y observar cómo ese lívido y gastado semblante

sustituía poco a poco a la cara que él había conocido? Una red de líneas y de finas arrugas parecía formarse debajo de la piel y absorber el rostro. Por un instante, Bobo quiso huir; se sintió como un enfermero en un hospital. Un momento después, estas ideas rebotaron. Apretó la mano de Ronnie, sintiéndose culpable y avergonzado; sin embargo, las ideas que habían provocado este sentimiento de culpa subsistieron.

—Vete —dijo Ronnie—. No permitas que te retenga.

—Ya veremos —dijo Bobo, y sus palabras resonaron con un doble significado para él.

Cogió la bandeja y la llevó a la cocina. Ronnie suspiró de nuevo, de dolor, pensó él.

El problema era —y ahora Bobo tuvo que contenerse para no dar un puñetazo a una de las puertas de la alacena de Ronnie—, el problema era que los casos de asesinato habían proliferado, se habían extendido de algún modo que no podía definir, y habían envenenado la población. Así le parecía a Bobo: como si la epidemia de asesinatos se hubiese de algún modo independizado de éstos y empezado a florecer en las paredes y en las aceras. Ahora no le gustaban ya sus rondas nocturnas por Hampstead. Veía demasiadas cosas insensatas, y la diversión se había convertido para siempre en locura para él. Cada noche tenía que sofocar un par de misteriosas disputas; cuando hablaba a los ensangrentados pendencieros después de separarlos, éstos no podían recordar exactamente la causa de su riña. Otro suceso corriente era que una persona absolutamente normal —podía haber tenido algún síntoma de depresión en los últimos días, pero no siempre era así— se sumía de pronto en una locura inexplicable. Eran tantas las personas que habían resuelto que el rompimiento de ventanas era socialmente admisible, que las de Main Street aparecían entabladas de un modo permanente. El propio Bobo había respondido a la llamada cuando Teddy Olson, farmacéutico de Main Street, había lanzado su «Cámaro» contra un grupo de colegiales y matado a cuatro de ellos. Bobo no sabía por qué, pero tenía la seguridad de que, si el asesino no hubiese venido a Hampstead, Teddy estaría aún despachando «Valium» detrás del mostrador, en vez de esperar el día de su juicio en la cárcel de Bridgeport.

En realidad, Bobo calculaba que había ahora en Hampstead un centenar de personas, de todas las edades y de ambos sexos, que parecían estar lo bastante locas para ser el asesino. Algunas de ellas eran policías, y ésta era otra parte del problema que hacía que Bobo tuviese ganas de liarse a puñetazos con los armarios de la cocina de Ronnie. Todo el Departamento estaba fuera de sí porque no habían conseguido prender al criminal; la Policía del Estado parecía también furiosa y desesperada mientras buscaba en el círculo menguante de pistas inútiles. Todavía peor, para Bobo, era la expresión que veía en los ojos de agentes como el joven Mark Johanssen y su amigo Larry Wiak, una expresión que revelaba que serían muy capaces de sacarle las tripas al primero que se cruzase con ellos. Pero había algo más que la expresión de los ojos. Wiak había derribado aquella mañana a los dos contendientes de una riña en la zona de aparcamiento de detrás de Main Street. Uno de ellos había tenido suerte al no sufrir conmoción cerebral, y el otro había perdido tres dientes. Pero aún peor que la satisfacción de Wiak por haber dejado fuera de combate a



aquellos ciudadanos, y que la aprobación dada por los otros agentes a su acción, era la impresión que tenía Bobo de que lo que había deseado realmente Larry Wiak había sido poder disparar contra los dos hombres, en vez de limitarse a pegarles.

Arrojó la comida no consumida en el cubo de la basura de Ronnie, echó agua sobre el plato y lo colocó en la máquina. Se inclinó sobre el fregadero, con ambos brazos estirados, y miró el confuso reflejo de su cara en el cristal de la ventana. Y quizá por primera vez, desde que había empezado a pensar en los crímenes de Hampstead más seriamente que cuando había comenzado, la función de medianoche en el «Nutmeg Theater» hizo que sintiese un ligero escalofrío de temor: mientras todos los demás gritaban y bebían cerveza, sería más conveniente que Johanssen y Wiak y unos cuantos más estuviesen solos en un bar tranquilo. Las locas diversiones llevaban a veces, no a su propia purgación, sino a la destrucción total. Y la aprensión de Bobo aumentó al recordar que la novela en la que se basaba la película de aquella noche se refería a toda clase de excesivas diversiones que rebasaban la frontera con la más negra locura. El buen y viejo Wambaugh.

## 6

Los policías que sobrevivieron a la «Segunda Sesión Anual de Medianoche para la Policía» nunca pudieron explicar debidamente cómo se pusieron tan mal las cosas con tanta rapidez. Como Bobo, tenían buena idea de las razones que había hecho que la exhibición de la película acabase en desastre; conocían sus propias frustraciones igual que él pero nunca pudieron saber de fijo cómo se habían desarrollado realmente los sucesos que, en menos de media hora, habían convertido a cien alegres policías en otros tantos individuos histéricos blandiendo pistolas. Había unas cuantas cosas en las que estaban de acuerdo todos los supervivientes: poco antes de empezar la carnicería, Larry Wiak se había quitado toda la ropa y saltado al escenario delante de la pantalla, y un viejo guardia llamado Rod Fratney había empezado a gritar, con voz estridente y destemplada, que había visto a Dicky Norman. Los treinta y dos supervivientes del «Nutmeg Theater» coincidían también en que un hombre sentado a la derecha en el fondo del cine había chillado en cuanto Fratney había pronunciado el nombre de Dicky. Todos decían que Larry Wiak había sido el primero en morir; pero once de ellos juraban que Fratney había matado a Wiak; dieciséis afirmaban que el policía no identificado que se puso a chillar había disparado contra el desnudo Larry Wiak; cuatro decían que los dos hombres habían acribillado el pecho de Wiak, y uno aseguró a Graham Williams que, si bien Rod Fratney y el hombre no identificado habían sacado sus pistolas y disparado, las balas habían dado en la pantalla; lo que había matado a Wiak, juraba el hombre, había sido un rayo que, surgiendo del techo del cine, había caído en diagonal pero infaliblemente sobre el hombrón desnudo plantado delante de la pantalla.

—Lo que le hirió —dijo el policía a Graham— no se parecía a nada cuanto pueda haber visto usted en su vida. Un rifle «Browning» le habría causado menos daño. Le hizo trizas. Quedó deshecho, y esto fue lo que enloqueció a los otros.

Esto pareció acertado a Graham; estaba en la línea de actuación del *Dragón*. Por consiguiente, fue a preguntar a algunos de los otros si estaban seguros de que uno de los dos policías había matado a Wiak. En «Billy O's», un sargento de cuarenta y tres años llamado Jerry Jerome lo miró cansadamente y dijo:

—¿Se refiere a las luces? ¿Le ha hablado alguien de las luces?

—Hábleme usted de ellas —dijo Graham.

—Bueno, entramos todos en el cine. En seguida nos tomamos un par de cervezas cada uno; aquellos chicos parecía que bebiesen directamente del bote, nunca los había visto beber tan de prisa; y entonces nos dispusimos a ver la película. Todo el mundo dejó de gritar, y se apagaron las luces. Johanssen y algunos más, Maloney y Will y no sé quiénes eran los otros, estaban todavía rondando por los pasillos, pero todos los demás nos habíamos sentado. Podía oírse suspirar a todos, porque al fin había llegado el momento que habíamos esperado durante toda la semana. Cuando empezó a levantarse la cortina, algunos aplaudieron, pero la mayoría de nosotros..., ¡caray, pude sentirlo...! nos pusimos como mentalmente alerta, ¿entiende lo que quiero decir?

Jerry Jerome echó un largo trago de su «Jack Daniels», guiñó un ojo a Graham Williams, y le preguntó:

—¿Sabe algo de «Spigger»? ¿Le habló alguien de «Spigger»? —Graham negó con la cabeza, y Jerry Jerome esbozó una pálida sonrisa de fantasma y dijo—: Esto fue un poco después, y por eso llegué a pensar que tal vez las luces sólo estaban en mis ojos. Porque si el tipo que gritó aquella palabra hubiese visto lo que yo veía, no creo que hubiese tenido ganas de broma. Por eso traté de asegurarme de que tenía mi cabeza en su sitio.

Volvió la cabeza y miró a Graham.

—Bueno, amigo, si se ríe usted de mí y de lo que voy a decirle, le arrojaré esta bebida a la cara. ¿De acuerdo? De acuerdo. Pensé que veía la aurora boreal. ¿Me entiende? Chorros de luz que caían del techo hacia la pantalla; algunos parecían como bolas de fuego. Azules, amarillos y rojos, echando destellos como chispas de electricidad. Lo vi, hombre. Y me asusté tanto que a punto estuve de cagarme en los calzones. Estaba seguro de que todo el cine se había incendiado. Aquello me recordó las prácticas de artillería cuando estaba en Fort Sill. Bum, bum, bum, ¿sabe? Aquello llenaba todo el maldito aire... y entonces se precipitó sobre la pantalla. Así... —Se interrumpió para beber y mirar duramente a Graham, una verdadera mirada de policía, para ver cómo reaccionaba a todo aquello—. Así, cuando vi a Wiak, cuando vi que algo inverosímil caía sobre Wiak y lo dejaba hecho papilla, pensé que todo era lo mismo.

Lo de «Spigger» tenía fácil explicación. Casi todos los supervivientes lo recordaban, y la mayoría de ellos recordaban también que el bromista había sido uno de los que andaban por el pasillo central cuando se habían apagado las luces. Coincidían en que no había sido Johnssen, cuyo humor no era tan tosco. Maloney

parecía ser el más probable; Artie Maloney, que había venido de Vietnam con una caja llena de medallas que a veces sacaba de un cajón de la mesa escritorio de su casa para mostrarlas, si él y su interlocutor estaban lo bastante borrachos. Parecía que había sido Maloney quien habría gritado «¡Spigger!» cuando el primer negro que no era policía había aparecido en la pantalla. «¡Spigger! ¡Medio *spick* y medio *nigger*!» Los muchachos se habían desternillado de risa. Si tenían cerveza en la boca, habían rociado con ella la cabeza del hombre que tenían delante. La frase de Maloney había sido coreada en todo el «Nutmeg Theater», pero la verdad era que el chiste de Maloney no era realmente para tanto. Era, esencialmente, lo que diría un policía irlandés de veinticinco años, medio borracho y con los pies apoyados en la butaca de delante, que tenía la impresión de que podía decir cuanto le pasara por la cabeza. De ordinario, los policías más viejos, como Jerry Jerome y Rod Fratney, no se habrían dignado siquiera sonreír ante semejante gansada.

Entonces, ¿por qué había tenido ésta tanto éxito? Graham pensó que tal vez había sido al menos como una válvula de escape a la extraordinaria tensión reinante. ¿Y si alguien, además de Jerry Jerome, había visto aquellos chorros de luz chocando como brillantes bengalas contra la pantalla? ¿Y si todos los que estaban allí, a excepción de Artie Maloney, habían visto las luces y se habían preguntado si estaban perdiendo la cabeza? «Spigger» podía haberles sacado de su pasmo, hecho que volviesen a ser como eran antes.

Pero quizá no del todo, y quizá la palabra «pasma» no es la adecuada para definir su estado. Pues había otra cosa que la mayoría de los supervivientes del «Nutmeg Theater» confesaron gradualmente a Graham Williams: otro punto de acuerdo en todas las confesiones.

Fue un muchacho de veinte años quien lo insinuó primero a Graham, y había parecido tan confuso como Jerry Jerome en el bar de Bridgeport. El muchacho, Mike Minor, quizá tenía aspecto autoritario cuando llevaba uniforme, pero con jean y camiseta de manga corta, sentado en una mecedora de madera en la cocina de la casa de sus padres, parecía todavía destrozado por los sucesos del «Nutmeg Theater». Sus ojos eran demasiado grandes para su cabeza, y una venita saltaba continuamente en uno de sus párpados, como si quisiera irse a otra parte. Había abandonado el cuerpo en septiembre y pensaba cursar estudios de informática en alguna parte, aunque a Graham le pareció que no le vendría mal esperar otros seis meses. Su capacidad de atención era la propia de un niño de cuatro años.

—Cuando las luces se apagaron, creía ver algo como telarañas allá arriba, sí —dijo a Graham—. No exactamente luces, sino algo que flotaba en cierto modo, una especie de líneas flotantes... como telas de araña. ¿Quiere una «Coca-Cola» o alguna otra cosa?

Se dirigió al frigorífico y sacó una lata de «Pepsi», la puso sobre el trincherero, la destapó y bebió la mitad del contenido.

—Bueno, cuando Larry se desnudó de aquella manera, no pude dar crédito a mis ojos. Ni podría decirle a usted por qué lo hizo. En realidad, no era más que un maldito animal, si quiere saber la pura verdad sobre Larry Wiak.

Mike Minor bebió nerviosamente el resto de su «Pepsi», en dos largos tragos.

—Cuando salió de aquellas sombras, enorme y blanco como era, me quedé aterrorizado. —El muchacho movió la cabeza y la encogió como un perrito temeroso de recibir un golpe—. Y cuando Rod Fratney dio aquel grito y el otro chico que estaba a mi lado chilló como una niña en una película de miedo, estuve a punto de mearme en los pantalones. Porque sabía que él estaba allí, hombre, que estaba donde estaba yo. —Miró a Graham, que asentía ya con la cabeza—. Él también lo había visto, hombre. Como el viejo Rod. Y como yo.

—Quiere decir que había visto a Dicky Norman —dijo Graham, que ya esperaba esto.

—Bueno, dos noches antes de que fuésemos a ver *Los chicos del coro*, que debía de ser el mayor espectáculo del año, etcétera, dos noches antes de esto, salí de patrulla. Y me perdí. Estaba en algún lugar cerca de la Academia, pero no podía orientarme. La calle..., era una calle estrecha y sin ningún rótulo indicador. Ni siquiera podía recordar cómo había llegado allí. Era como una pesadilla, hombre. Durante un momento, tuve pánico. Pensaba: «¿Dónde estoy, hombre? Soy un policía, ¡y ni siquiera sé dónde estoy!» Allí sólo había unos árboles enormes a mi alrededor. Ni siquiera recordé, durante un par de segundos, la parte de la ciudad en que me hallaba. Resolví dar media vuelta y volver por donde había venido hasta que viese algo que me resultase familiar. Por consiguiente, hice girar el coche hacia los árboles, puse marcha atrás, miré por el espejo retrovisor... y vi a Dicky Norman. Sé que parece cosa de locos, pero era él. Su piel parecía roja a causa de las luces posteriores del coche. Él salía de entre los árboles de aquel lado de la vía, como si hubiese estado durmiendo o haciendo algo allí, y uno de sus brazos había sido arrancado y su cara grande y redonda parecía gris y cansada y... como de cera. Avanzaba directamente hacia mí. Bueno, salí pitando hacia el Drive y giré bruscamente..., haciendo una gran abolladura en el parachoques delantero.

—Así, cuando Larry Wiak empezó a salir de la sombra hacia la pantalla...

Graham no tuvo necesidad de acabar la frase.

—Sí. Bueno, nadie puede preguntarle nada a Rod Fratney, pero yo lo sé..., lo sé. Él también lo vio.

Miró desafiadoramente al viejo por encima del trinchero y empezó a alisar la tapa del bote de aluminio con la palma de la mano.

—Estoy seguro de ello —dijo Graham, y el muchacho le miró con recelo—. En julio y agosto pasado, también yo vi muchas cosas extrañas.

—Sí —El muchacho volvió a agachar la cabeza y golpeó una abolladura del borde de la lata—. Sí. Muchas cosas raras.

Cuando volvió a mirar a Graham, sus ojos parecían inflamados. Y entonces lanzó su bomba; no en seguida, pues todavía no estaba seguro de si podía fiarse de Graham, ni de una manera directa al principio, pues desconfiaba incluso de sí mismo; pero Michael Minor hizo que Graham adelantase mucho en la comprensión de lo que había ocurrido realmente en el «Nutmeg Theater».

—¿Le habló alguien de la película? —preguntó.

Ninguno de los supervivientes había mencionado esto. Graham miró los ojos dolorosamente tensos del muchacho, y dijo:

—Hablame de la película, Mike.

Su estómago se contrajo, y cruzó las manos para que no le temblasen los dedos.

—No sé cómo podré contárselo —dijo el chico. Guardó silencio durante largo rato, rascándose el dorso de la mano izquierda—. Era como si nos rodease, ¿sabe? —Irguió la cabeza, miró vivamente a Graham y volvió a pasar las uñas sobre el dorso de la mano—. El caso es que cambió. Se convirtió en algo *diferente*.

Graham esperó con impaciencia, mientras Mike Minor luchaba con su deficiente vocabulario.

—Dice que fue algo diferente.

—¡Oh! Sí, cambió. —El joven se irguió en la mecedora y su rostro adquirió una expresión ensimismada. Una luz fría, como de escarcha, que se filtraba por la ventana, caía sobre una de sus mejillas y le daba la dureza del lado de un hacha. De pronto, Graham pensó que parecía haber envejecido diez años—. Se volvió como una película en tres dimensiones. Yo podía ver *dentro* de ella, como dentro de una habitación.

El muchacho rebulló en la mecedora.

—Entonces vi lo que era aquella habitación. Ya no era el cuartelillo de Policía de la película...; quiero decir que era un cuartelillo de Policía, pero no el mismo. Bueno, quizá le parecerá extraño, pero tardé mucho tiempo en reconocerlo. Era la Jefatura de Policía de Hampstead. La misma de la que veníamos todos. Mo Chester, que hacía la guardia de noche, estaba allí, y también McCone, su compañero... Sí, entonces fue cuando algunos de los hombres empezaron a armar ruido. No puedo decirle por qué, pero no parecía gracioso que nuestra Jefatura y dos de nuestros camaradas apareciesen en *Los chicos del coro*. Parecía *fantástico*. Entonces exhibieron la sala de instrucción, y todos nuestros hombres estaban en aquella sala, incluso los que no habían venido al cine. Hasta *Tortuga Turk* estaba allí. Y Royce Griffen. Esto fue lo que advertí primero: los cabellos de Royce Griffen, los rojos y brillantes cabellos que tenía. Y después observé la parte de atrás de su cabeza.

Minor cruzó las piernas y se llevó una mano a aquella mejilla que parecía helada.

—Era como una hamburguesa. Sencillamente repugnante. Y vi que todos los de la sala estaban muertos. Tenían enormes *heridas*, grandes *heridas* tumefactas. Y su piel era de un color verdusco... —Ahora estaba temblando, y Graham comprendió que había adoptado aquella extraña posición para mantenerse rígido y evitar aquel temblor—. En todo caso, esto fue lo que vi.

—¿Fue todo lo que vio?

—Otra cosa..., aunque fue muy rápido. Teníamos aquellas pequeñas celdas, celdas de detención, donde metíamos a los borrachos por la noche. O donde guardábamos a los chiquillos hasta que sus padres viniesen a recogerlos. Eran seis, en una sola hilera. Yo no sabía que hubiese alguien allí aquella noche, porque había hecho el turno de día. La cámara enfocó las puertas de las celdas. Y habríase dicho que aquello era una carnicería, hombre. Cuerpos descuartizados, cuerpos rajados y con las tripas colgando, y sangre en todas partes... y la ropa mezclada con los intestinos. —Mike Minor cruzó las manos sobre una rodilla levantada—. Después de

esto creí ver a Dicky Norman avanzar tambaleándose hacia la pantalla. Y entonces ocurrió aquello.

El muchacho se estremecía ahora de un modo tan irrefrenable que incluso le temblaba la voz.

—Los nombres gritaban y chillaban... Vi que el que estaba a mi derecha, Herry Chester, el hermano de Mo, recibía en el cuello lo que debió ser una bala del «357» y saltaba en el aire con la cabeza abierta, y me eché al suelo y saqué también mi pistola. Estaba seguro de que Dicky Norman venía de nuevo contra mí, y empecé a disparar hacia la entrada del cine... Probablemente herí a un par de compañeros..., no lo sé...

Graham se levantó y se acercó al tembloroso joven. Después de vacilar un instante, le dio una palmada en la espalda y fue en busca del coñac. Encontró una botella, vertió dos dedos de licor en un vaso para vino y acercó éste al muchacho, diciendo:

—Está bien, hijo. Está bien. Ahora todo ha terminado. Si heriste a alguien, probablemente le dieron otros doce compañeros.

Porque el primer agresor había sido la película.

Cuando supo lo bastante para preguntar a algunos de los otros supervivientes sobre la película, oyó una docena de variantes de la historia de Michael Minor. Nadie había visto lo mismo, pero, después de los primeros minutos, nadie había visto *Los chicos del coro*. Algunos habían visto a sus esposas y a sus hijas fornicando con otros policías; unos pocos habían visto los cadáveres de sus hijos retirados de la mansa rompiente de Gravesend Beach. Uno llamado Ron Rice había visto una especie de monstruo marino, un enorme reptil acuático de enormes y furiosas fauces, mordiendo a los niños, partiéndolos por la mitad, desgarrando sus cuerpos y enrojeciendo el agua. La mayoría vieron personas muertas que se movían como si estuviesen vivas. Otros dos o tres hombres con los que habló Graham vieron al pelirrojo Royce Griffen. Muchos vieron los niños ahogados y se quedaron helados al ver sus caras pálidas y frías. Un tal Lew Holz dijo a Graham:

—¡Y qué aspecto tenían! Mire, quizá sólo los vi durante un par de minutos, como máximo, pero..., ¡qué cosa tan rara! Ya no eran niños; eran otra cosa, algo que usted no quisiera ver jamás en su vida, caballero, y yo tampoco. Parecían engendros de serpientes de cascabel; sí, parecían esto.

Holz no había visto el rayo de Jerry Jerome; como la mayoría, pensaba que Larry Wiak había sido muerto por Rod Fratney..., aunque Fratney era generalmente considerado como uno de los peores tiradores de la Policía de Hampstead. Pero cuando Graham habló con Lew Holz, ya no creía que la cuestión de quién había matado a Larry Wiak fuese la más importante.

Por consiguiente, la segunda vez que habló con Bobo Farnsworth sobre lo que había descubierto aquella noche, le preguntó:

—Cuando entró en el «Nutmeg», después de salir corriendo de la Jefatura, ¿vio lo que había en la pantalla?

Porque la película continuaba cuando Bobo entró en el cine; el hombre que cuidaba de la máquina de proyección, alcanzado por una bala perdida, estaba vivo

pero tendido en el suelo de la cabina; la pantalla estaba hecha trizas, pero *Los chicos del coro*, o lo que hubiese puesto *el Dragón* en su lugar, seguía proyectándose sobre la tela rasgada y sobre la negra pared del fondo.

Y Bobo, de pie en la parte más elevada de la oscura sala llena de muertos y de moribundos, lo había visto.

## 7

Ronnie se había sumido en un sueño inquieto y agitado poco después de las diez. Bobo velaba al lado de la cama, resistiéndose a dejarla sola... Agotada por su larga enfermedad, Ronnie parecía translúcida en su sueño, y Bobo temía que pasara de sus temblores y estremecimientos a verdaderas convulsiones. Le acarició la mano y después la tomó entre las suyas: estaba seca y ardiente, y no pesaba más que un colibrí. El hecho de retenerla mientras ella dormía, hizo que se sintiera un poco falso, y la dejó reposar de nuevo sobre la sábana. Entonces se dirigió al cuarto de baño, mojó una toalla con agua fría y volvió al lado de Ronnie. Aplicó delicadamente el paño frío sobre su frente. Ronnie murmuró algo que sonó como «Vun», pero no se despertó. Bobo le tocó la frente con los dedos y pensó que la fiebre había bajado un poco.

Bobo había descubierto que cuidar a un enfermo era más agotador que el trabajo de policía. Había hecho el turno de día, había venido a casa a cuidar a Ronnie, y ahora se sentía como si hubiese estado treinta y seis horas sin dormir. Su agotamiento se debía sobre todo, pensó, a la inquietud que le producía el estado de Ronnie, pero, después de velarla seis o siete horas seguidas, le dolían los pies y la espalda. De buen gusto se habría tumbado en la cama junto a ella, pero temió despertarla. Se sentó a su lado, asió de nuevo su mano y cerró los ojos; después cruzó el dormitorio y se acercó a un viejo y demasiado mullido sillón que había recorrido casi todas las habitaciones de la casa Riggley antes de fijarse en el destierro del dormitorio, le quitó la funda, dejó caer ésta en el suelo y se derrumbó sobre el esponjoso cojín de la poltrona.

Al cabo de varias horas se despertó, desorientado; el sueño se había apoderado de él con tanta rapidez que tardó un poco en darse cuenta de que había dormido. Se inclinó hacia delante, y su espalda protestó; atrapados en los zapatos fuertemente atados, sus pies estaban hinchados y entumecidos. Al otro lado de la habitación, Ronnie pasó una mano exploradora por su cara. Después abrió los ojos y le vio.

—¡Oh, amor mío! Te has quedado conmigo —dijo—. ¡Huy! Me siento tan *seca*...

—Espera un segundo. —Bobo se levantó del sillón, fue al cuarto de baño y le trajo un vaso de agua—. ¿Cómo te encuentras? Me parece que has dormido un par de horas.

Ronnie volvió la cabeza, como pensándolo. Sorbió el agua.

—Me siento mejor —dijo—. Mira, pienso que incluso comería un poco. ¿Quizás una sopita? ¿Tendrías la bondad de preparármela?

—Para eso estoy aquí —dijo él.

Cuando volvió con un tazón de sopa de champiñones, se sentó en el borde de la cama y observó cómo ella la tomaba casi toda. Ronnie le devolvió el tazón y bostezó con fuerza.

—¡Oh! Perdóname —dijo—. Me siento floja como un trapo, Bobo. Creo que voy a dormir tres semanas seguidas.

Bobo le sonrió.

—¿Qué hora es? —siguió diciendo ella—. Casi las doce y media, Bobo. ¿Por qué no vas al cine? Probablemente habrán empezado con retraso, y no será como llegar en mitad de la película... Apuesto a que sólo te habrás perdido un par de minutos. Y yo apagaré la luz y me dormiré de nuevo. Estaré bien, te lo prometo.

—Bueno, tal vez vaya —dijo Bobo.

No fue directamente al «Nutmeg», sino que pasó por la vieja Jefatura después de aparcar su coche. El cine estaba sólo a unos minutos a pie a través del sesgado aparcamiento municipal, y Bobo tenía interés en saber lo que había ocurrido durante el segundo turno. ¿Unos cuantos incendios provocados más? ¿Un cadáver anónimo hallado en un cobertizo? ¿Un estudiante que había tratado de volar el techo de su casa? El agente de guardia nocturno, Mo Chester, tendría algo curioso que decir sobre los sucesos extraños de la tarde. Mo Chester hacía siempre reír a Bobo. Y también se quejaría de no haber podido ir al cine y a la fiesta que vendría después, sobre todo habida cuenta de que su hermano había podido asistir.

Bobo subió la escalinata y abrió la maciza puerta de madera, sonriendo de antemano a la probable reacción de sorpresa de Mo ante su aparición.

—¡Adivina quién está aquí! —gritó, dando unas palmadas—. ¿Quieres que te traiga una cerveza del...?

Iba a decir del *cine*, pero la ausencia de oyentes atajó la broma en su garganta. Mo Chester no estaba sentada detrás de la mesa, con el teléfono pegado al oído y una cansada sonrisa en el semblante. La mesa estaba vacía. Gance McCone, el compañero de Mo, brillaba también por su ausencia, y esto era doblemente extraño. Bobo no recordaba haber visto nunca la mesa completamente abandonada.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué te propones, Chester? ¿Acaso Gance y tú os habéis declarado en huelga?

Sus palabras se perdieron en las profundidades de la Jefatura..., tuvo la impresión de que las veía alejarse. De pronto, llegó al convencimiento de que estaba solo allí. Todavía no había advertido el olor. Permaneció absolutamente inmóvil en la entrada; después, cediendo a un reflejo, se llevó la mano a la cadera, donde debía estar su pistola. Sirenas de alarma sonaban con fuerza en su mente, y sólo entonces, al tocarse el cinturón, recordó que no llevaba su uniforme.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

El teléfono sonó precisamente cuando Bobo avanzaba para mirar por encima de la mesa, y el sonido del timbre provocó, en buena parte, la impresión de *déjà vu* que experimentó Bobo. Sintió de pronto que había vivido este momento con anterioridad:



la oficina vacía, la estridente insistencia del teléfono, él mismo plantado de esta manera, planos los pies y tambaleándose.

Entonces percibió el olor que invadía la Jefatura y, por primera y única vez en su vida, pudo identificar las causas del *déjà vu* y localizar el momento real detrás de la ilusión de haber vivido precisamente el mismo momento en el pasado. Porque olía sangre —acababa de darse cuenta de que el olor a sangre era tan fuerte como si las paredes hubiesen estado empapadas en ella— y porque el teléfono sonaba y sonaba, había retrocedido a una de las horas más amargas de su vida: aquella vez en que había respondido a la llamada del hermano de Hester Goodall y, después de presenciar el terrible espectáculo de la cocina, había telefoneado a Jefatura y esperado a que llegasen los otros. El teléfono de Mrs. Goodall había llamado, pero sin duda el sacerdote no lo había oído, y Bobo no quería responder a las llamadas. Los capitanes y los agentes del Estado podrían atender a los amigos y familiares de Mrs. Goodall.

La Jefatura olía a sangre derramada, como la casa Goodall aquella mañana de mayo, y Bobo se acercó temeroso a la mesa. Cuando llegó a ella, se puso de puntillas y miró al otro lado. Vio las sillas con almohadillas que usaban los agentes, los teléfonos, las libretas de notas y las colillas; y no vio lo que había temido ver. Ningún cuerpo yacía encogido sobre el suelo elevado detrás de la mesa.

—¡Chester! ¡McCone! —gritó—. ¿No hay nadie?

Se metió en el pasillo que conducía a las oficinas, a la sala de instrucción y a las salas de interrogatorio, pero no vio a nadie. Detrás de él, seguía sonando el teléfono. Antes de registrar el resto de la Jefatura, Bobo se volvió para echar otra mirada al vestíbulo de entrada. Y entonces vio —antes no lo había advertido— que la puerta que conducía a las celdas de prevención estaba entreabierta.

Esta puerta estaba siempre cerrada, incluso cuando no había detenidos; era una norma tan convencional y tan rígidamente cumplida como la orden no escrita de que al menos tenía que haber un agente en la mesa de la entrada.

Bobo retrocedió despacio sobre el blanco suelo. Tocó la puerta metálica enrejada. Ésta se abrió. El olor a sangre, mezclado ahora con un hedor de heces fecales, le dio en plena cara. Bobo miró hacia abajo y vio unas manchas rojas en el suelo.

Estaba seguro de que allí estarían los cadáveres de Mo Chester, Gance McCone y cualquier otro agente que se hubiese hallado en Jefatura.

Entró en el corredor y pasó rápidamente por delante de las celdas. Vio tres cadáveres en ellas. Ninguno de ellos era el de un policía. Las puertas de las celdas seguían cerradas. Detrás de los barrotes, en celdas separadas, yacían los cuerpos descompuestos y destrozados. A Bobo se le había cortado la respiración; apenas si podía pensar. En el suelo de las tres celdas, brillaban grandes charcos de sangre. Por fin, detrás de él, dejó de sonar el teléfono. Se habían ensañado tanto con uno de los tres hombres —era Greenley—, que su cara se había convertido en un amasijo de jirones sanguinolentos; Bobo miró fijamente la segunda cara ensangrentada y le pareció que le era conocida, que la había visto en los periódicos o en portadas de revistas.

Tardó menos de treinta segundos en cruzar todo el aparcamiento municipal. Por una noche, el director del cine había hecho poner este rótulo en la marquesina: AGENTES DE POLICÍA DE HAMPSTEAD, BIEN VENIDOS A ESTA SESIÓN ESPECIAL. Corrió hacia estas letras altas y negras.

El vestíbulo del «Nutmeg» estaba brillantemente iluminado y tan vacío como el de la Jefatura de Policía. Llegaban hasta él fuertes ruidos —de la banda sonora de *Los chicos del coro*, presumió Bobo—, procedentes del sector principal del cine. Identificó un olor penetrante que le era tan familiar como el perfume de la cerveza.

Era cordita..., el olor de la sala de tiro de los sótanos de la Jefatura.

Pasó corriendo ante la taquilla y empujó la doble puerta oscilante del cine. Brotaba una cacofonía de los altavoces: gritos, gemidos, carcajadas y una música desatinada. El foco de la cabina de proyección iluminaba las últimas volutas de humo.

Todas las butacas parecían vacías. Bobo dio unos pasos vacilantes por el pasillo inclinado; vacilantes porque aún no había adaptado su visión a la oscuridad.

—¡Eh! —dijo—. ¡Muchachos!

Entonces vio una pierna extendida hacia el pasillo, doblada sobre el brazo de una butaca.

—¡Eh! ¿Estáis todos borrachos?

Oyó un débil gemido entre las locas carcajadas y las risas de la banda sonora. Tocó la rodilla levantada; la sacudió.

—¿Dónde están las luces? —chilló.

Y entonces, fuese porque la pantalla se volviese más brillante o porque se ajustara su visión, vio heridos y muertos tumbados en las butacas de todos los sectores de la sala. Parecía una especie de broma macabra: dondequiera que mirase, hacia delante o hacia atrás, veía cabezas colgando, brazos estirados, cuerpos doblados sobre los respaldos de los asientos o embutidos entre las hileras de butacas, sobre el sucio suelo sembrado de palomitas de maíz.

Probablemente, Bobo Farnsworth perdió la cabeza durante un par de segundos. Lanzó un largo y tembloroso grito. Corrió hacia la primera fila y vio el cuerpo de Mark Johanssen tendido boca arriba en el ancho pasillo delantero del cine. Los cabellos rubios de Johanssen estaban teñidos de una sustancia oscura que parecía chocolate, y tenía la boca abierta. En el escenario, a seis palmos del cadáver de Johanssen, había un charco de sangre y un montón de órganos mojados y, sobre ellos, una gruesa mano humana que parecía una araña carnosa.

Bobo pensó que él era el último policía vivo de Hampstead.

Antes de que su sentido profesional le hiciera recobrarse de su terrible impresión, Bobo oyó un confuso y débil susurro que parecía brotar del suelo, de debajo del suelo. Los ruidos de la banda sonora se interrumpieron en seco, como si ésta hubiese sido cortada con un cuchillo. Los murmullos se convirtieron en gemidos.

No todos los hombres estaban muertos.

Bobo volvió atrás, corriendo por el pasillo, resbalando en la sangre, en dirección a la cabina telefónica del vestíbulo. Cuando llegó al fondo de la sala, y antes de ir al

teléfono y llamar a la Policía del Estado y después al servicio de ambulancias de Hampstead, Old Sarum y King George, echó un vistazo al teatro.

Y la pantalla le atrajo, se apoderó de él.

—Vi algo que era de locura —dijo Bobo a Graham Williams, meses más tarde—. Era difícil ver, porque la pantalla estaba toda ella desgarrada y la mayor parte de la imagen era proyectada en la pared, y esto la desenfocaba bastante.

Estaban en la casa de Graham, y Bobo se puso nerviosamente en pie y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Esa chica estuvo viviendo aquí una temporada, ¿no es cierto? Me refiero a Patsy McCloud.

—Sí, estuvo aquí —dijo Graham.

—¿Y ya no está?

Graham negó con la cabeza.

—Bueno, la razón de que le hable de esto... No tendrá sentido para usted, Graham, pero se la diré de todos modos. La razón de que le hable de esto es que, cuando estaba plantado allí mirando la pantalla, pensé de pronto en ella. Vi su cara..., quiero decir que pensé en su cara. Y quise verla. Como si ella pudiese ayudarme. Realmente, necesitaba verla.

—Esto tiene sentido para mí —dijo Graham—. No sabe usted cuánto.

Bobo le dirigió una mirada sombría, casi agria.

—Tal vez sí. Sí, recuerdo aquel día..., aquel día en Kendall Point. Nunca lo olvidaré, se lo prometo. La manera en que pensé que Ronnie había muerto, y lo que pensé que había allá abajo, en aquella zanja..., y la chica Patsy aquí con usted y los otros tipos. ¿Sabe una cosa? Todos parecían hermosos. *Hermosos*. Incluso usted, viejo mono jorobado.

—Dado que Patsy tiene diez o quince años más que usted, tal vez no debería llamarla chica —dijo Graham—. Y yo no soy jorobado.

—Tampoco lo era aquel compañero de Notre Dame —dijo Bobo, pronunciando el nombre como si se tratara de la Universidad de Indiana.

—¿Sabe que volvemos a tener completas nuestras fuerzas? Se ha tardado menos de un mes y medio... Recibimos solicitudes de todas partes para ingresar en el cuerpo. Yo pensaba que tardaríamos un año. O más. —Bobo cruzó los brazos sobre el pecho y dio dos pasos en dirección a la mesa de la máquina de escribir—. Bueno, el caso fue que entonces me enamoré de Patsy, con sólo mirarla. Y sabe usted lo preocupado que estoy por Ronnie. Pero aquella chica..., perdón, aquella mujer..., me dejó como hechizado. Me habría dejado matar por ella.

—Volvamos al «Nutmeg Theater» —dijo Graham.

Bobo interrumpió su inútil paseo entre el canapé y la mesita, y se sentó de nuevo delante de Graham.

—Sí. Esto es lo que usted quiere, ¿no? Y lo curioso es que me prometí que nunca diría a nadie lo que creí ver en la rasgada pantalla. No quería que me tomaran por un candidato al manicomio.

—La mayoría de los que estaban allí se hicieron la misma promesa.

—Y la quebrantamos con usted.

—Algunos de ellos.

Bobo se echó a reír.

—Bueno, que el diablo le lleve. Yo nunca lo habría hecho, si no le hubiese encontrado aquel día en Kendall Point. Ésta es la única razón..., y aún no sé en realidad qué pasó allí.

Graham se limitó a seguir mirando a Bobo.

—Bueno, está bien. Se lo diré. Recuerde que sólo estuve plantado junto a la puerta unos pocos segundos... y aquello sólo duró un par de ellos. Todo fue muy rápido, como le dije. —Aspiró profundamente y abrió de nuevo los ojos—. En todo caso, vi a Ronnie. —Metió de nuevo las manos en los bolsillos, y Graham percibió la súbita y fuerte tensión de su semblante. Las manos debían de estar cerradas dentro de los bolsillos, y parte de la tensión se debía, sin duda, al esfuerzo de dominar los impulsos que sentía en aquel momento: de llorar, de gritar, de temblar irrefrenablemente—. Sólo fueron dos segundos, o quizá menos, pero fue suficiente.

—No tiene que... —empezó a decir Graham, pero Bobo le interrumpió bruscamente.

—¡Oh, sí, Graham, quiero decirlo! ¿No he venido para esto? La vi enterrada; vi a Ronnie en su ataúd, y vi animales que la devoraban. Ratas. Grandes gusanos blancos, largos como serpientes. Arrancándole trozos de carne. Pero aún no estaba muerta, y chillaba, Graham, chillaba hasta desgañitarse. Y seguiría haciéndolo hasta morir. —Bobo se dobló por la cintura, haciendo una mueca, como si le doliese el estómago—. Y le diré lo que pensé cuando me aparté de aquella horrible visión y me dirigí al teléfono del vestíbulo. Me di cuenta de que sólo estaba mirando en mi propia mente. ¿Qué? ¿Comprende esto? Una parte de mí quería que Ronnie muriese aquella noche, Graham. Una parte de mí estaba cansada y asqueada de cuidar de ella. Por eso la metí en el ataúd, Graham, y la enterré bien hondo. Y porque ella estaba todavía viva, chillaba para salir.

Graham abrió la boca para decir algo insustancial, pero Bobo le atajó con un movimiento de la mano.

—Calle. No diga nada. Todavía no conoce el resto. Ronnie se durmió aquella noche, pero, ¿sabe lo que soñó? ¿Puede adivinar lo que soñó aquella noche? Fue como si mi mente se hubiese proyectado en la pantalla, o en lo que quedaba de ella, y pasado directamente a la mente de Ronnie. Y esto casi acabó con ella, pues sabía perfectamente de dónde venía aquella horrible tortura. Nunca lo confesó, pero lo sabía.. Y esto casi la mató, Graham. Cuando volví a su casa, se había caído al suelo, se había vomitado encima, y su piel estaba tan seca como un maldito desierto. Apuesto a que tenía más de cuarenta de fiebre. Seguro. Casi murió aquella noche. Y si hubiese muerto, habría sido yo quien la habría matado.

—No —dijo Graham.

Pero comprendió que lo que decía Bobo era, al menos, la mitad de la verdad. Y que Ronnie había comprendido al menos a medias esta verdad, pues Bobo ya no vivía con ella. Gideon Winter se había interpuesto entre ellos, con su visión dragontina de las ambigüedades del afecto humano.

—¿Sabes? —dijo Sarah a su nuevo colaborador—. Tengo una impresión muy rara.

—Yo me siento raro desde hace una semana y media —dijo Ulick Byrne—. Apenas puedo comer.

—¡Oh, pobrecillo! —exclamó ella, dándole unas secas palmadas en la mano—. Un irlandés que no puede comer. Debe de ser un gran tormento para ti.

—Se me han agriado las tripas. Bueno, ¿cuál es tu idea, para emplear el término debido?

Ulick había ido a la oficina del periódico después de despedir a su secretaria una hora antes de lo acostumbrado; ahora, él y Sarah estaban de nuevo en el archivo y todos los demás se habían ido a casa. El *Bixbee* estaba abierto delante de ellos sobre la larga mesa, en la sección correspondiente a «Asesinato».

—Bueno, ya te fijaste en las fechas de estos sucesos. Aproximadamente cada treinta años, ocurre algo espantoso en Hampstead..., y presumimos que «Telpro» está detrás de los últimos acontecimientos del ciclo.

—Sabemos que «Telpro» está detrás de ellos —dijo Ulick, con irritación—. Hoy he llamado al menos veinte veces a la oficina de Haugejas, y lo único que he oído ha sido la voz de aquella dictadora china, diciéndome que el general seguía en conferencia. Están planeando algo. Además, tenemos aquella foto de Leo Friedgood.

—¿Estuvo «Telpro» detrás del asesinato de Stony Friedgood? ¿Queremos decir esto, Ulick?

Él frunció los labios.

—No. No creo que queramos decir esto.

—Pero está detrás de las otras muertes.

—De todas las muertes del 18 de mayo, sí. De todas las muertes de los niños, sí. Pero no estoy seguro de que podamos achacar los homicidios de principios de verano a la vieja y buena «Telpro».

—Pues yo creo que sí podemos. En todo caso, estoy segura de que todas las desgracias están relacionadas; en realidad, pienso que todo está relacionado. Todo lo que sucede es parte del mismo ciclo. Creo que Leo Friedgood está relacionado con lo de Bates Krell y el *Príncipe* Green. Jhon Sayre pensaba que estaba relacionado con estos dos. Estoy segura de que dije al viejo Bixbee que había visto aquellos nombres en el bloc de teléfonos de Sayre, y de que por eso su nombre fue incluido en esta columna.

—No veo exactamente adonde vas a parar con esta idea.

—Bueno, quizá yo tampoco lo veo, Ulick. Tal vez debamos trabajar en ella un poco más.

—¡Oh! No me hagas perder la cabeza, Sarah. Una cosa es segura: en los años veinte, se produjeron una serie de asesinatos muy parecidos a los que se acaban de perpetrar. Bates Krell desaparece. Los asesinatos cesan. En 1980, Leo Friedgood desaparece. Pero las muertes no cesan, ¿verdad? En realidad, no sabemos cuándo desapareció Leo. ¿Piensas que Leo mató a su propia mujer?

—Sabemos que no lo hizo. Estuvo todo el día en «Woodville Solvent».

—¡Maldición! Me da vueltas la cabeza, igual que el estómago.

—Bueno, lo que realmente quiero decir es que deberíamos empezar a buscar ideas sobre lo que ocurre ahora en lo que sucedió entonces. Si existe realmente un ciclo de treinta años, quizá deberíamos prestar más atención a lo que ocurrió en las primeras vueltas de la rueda. No podemos sacar gran cosa del suceso de 1952. Yo estaba allí, y en realidad no ocurrió gran cosa. Un hombre se saltó la tapa de los sesos. Pero señaló hacia atrás para nosotros, y pienso que es hora de que sigamos su insinuación.

—Todavía no veo cómo nos ayudará esto a echarle el guante a «Telpro».

—Pienso que probablemente no nos servirá para esto. Pero puede ayudarnos a comprender, en primer lugar, el sitio que ocupa «Telpro» en el cuadro. El ciclo, la *pauta*, estaba allí antes de que nadie pensara siquiera en «Telpro».

Ulick se encogió de hombros.

—No podemos llamar a ese Bates Krell y preguntarle qué pasó. O caer de improviso sobre Robinson Green y confiar en que la sorpresa le induzca a decirnos algo.

—No —dijo Sarah. Sonreía, y Ulick comprendió que había caído de lleno en alguna trampa montada por ella—. Es verdad: no podemos llamarlos ni sorprenderlos. Pero podríamos ver dónde vivieron. Podríamos echar un vistazo a sus casas. ¡Quién sabe, Ulick! Podríamos enterarnos de algo.

—Tienes sus direcciones, ¿eh?

—Claro que las tengo. La *Gazette* las publicó.

—Conque quieres que vayamos allí y echemos un vistazo, ¿no? Me parece bien.

—Bueno... —dijo ella, inclinando la cabeza—. Para no perder tiempo, me estaba preguntando si a cierto joven abogado le importaría llevarse estas direcciones al Ayuntamiento y ver si alguien vive ahora en estas casas, o si las casas existen aún.

—Bueno, dámelas —dijo Ulick—. Pero, ¿por qué tengo que ser siempre tu lacayo?

—Tienes unos ojos tan bonitos... —dijo Sarah.

Sarah se quedó con las desmesuradas y casi misteriosas páginas de Bixbee, mientras Byrne recorría las pocas manzanas que lo separaban del Ayuntamiento. ¿Había dicho ella al viejo que había visto aquellos nombres en el despacho de John Sayre? No había razón para que lo hiciese. Sarah recordaba que debía preguntar al director de aquellos tiempos, un gordo y satisfecho haragán llamado Phil Hackley, acerca de aquellos nombres; el director le había asegurado que no tenían importancia. ¿Lo habría oído Bixbee? El cajista era un hombre espectral y de aire enfurruñado, flaco y gris; tenía la personalidad de un sabueso viejo y cansado. Pocos se habían fijado en él, ni siquiera cuando empezó a trabajar en los archivos después de la jubilación. Sarah había tenido quizá cuatro o cinco conversaciones con Bixbee durante los quince años, más o menos, que habían trabajado en las mismas oficinas. Y sólo una de ellas había sido un poco interesante, debido a una cosa rara que había dicho el viejo cajista. Éste había salido de la sala de imprenta para fumar un

cigarrillo, y Sarah estaba hablando con Hackley acerca de la aparente indiferencia del consejo municipal en lo tocante al mejoramiento de Post Road y de Riverfront Avenue; en aquella época, hacía de esto veinticinco años o más, aquellas importantes calles empezaban a volverse feas: restaurantes rápidos junto a las lavanderías en seco contiguas a supermercados, bares y tiendas de ropa apretujados bajo el fulgor de los rótulos de neón.

—Bueno, ¿qué piensa usted de esto, Bixbee? —había preguntado Hackley, retrepándose en su sillón, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y una sonrisa de superioridad en los labios.

La cara flaca y gris de Bixbee se había contraído, y por un instante, Sarah temió que iba a escupir en la alfombra del director.

—Pienso que es totalmente indiferente —había dicho Bixbee, y Hackley había fruncido los párpados, divertido, y había movido la cabeza en dirección a Sarah, como diciendo: «Mira qué vieja rata yanqui»—. Da lo mismo. Nada puede salvar a esta población.

—¿Salvar? —había preguntado Hackley.

—Nada —había insistido Bixbee—. Hampstead ha estado siempre podrida como un cubo de ostras pasadas. Esas calles acabarán siendo una porquería. Y nadie se dará cuenta. Consulte nuestra Historia, Mr. Hackley, y se convencerá.

—¡Cómo! No sabía que se preocupase tanto de esto, Bixbee —había dicho el director, casi incapaz de contener la risa.

—Supongo que hay muchas cosas que usted no sabe —le había replicado Bixbee—. No conoce nuestra Historia, Mr. Hackley.

El director había arqueado las cejas, mucho menos divertido.

Entonces Bixbee había salvado su empleo..., lo había salvado al demostrar que estaba loco. ¡Y había mencionado a Bates Krell!

Sarah se irguió en su silla de la sala de archivos, recordando aquella conversación de más de veinticinco años atrás.

—Apuesto a que nunca ha oído hablar de un tal Krell, Mr. Hackley, de un hombre llamado Bates Krell. Le dio grandes dentelladas a esta villa..., muy grandes. Y tenía alas negras, Mr. Hackley.

La boca de Bixbee se había torcido en algo parecido a una sonrisa.

—Dígame, Mr. Hackley, si vamos a tener otro verano negro en Hampstead.

—¿Un verano negro? —había estallado Hackley—. ¿Alas negras? ¡Jesús, Bixbee! Siento haberle preguntado.

Bixbee se había encogido de hombros, encerrándose en su acostumbrado talante; había escondido el cigarrillo en la mano y había vuelto a la sala de imprenta.

Verano negro. Alas negras.

Y había habido algo más... Bixbee había dicho algo más, que los veinticinco años transcurridos habían borrado de la memoria de Sarah. Algo acerca de Bates Krell, estaba segura...

¿Algo acerca de su casa...?

Seguramente. En realidad, pensó Sarah, por esto había recordado de pronto aquella conversación; era el eslabón entre aquel día en la oficina y lo que Ulick Byrne estaba haciendo ahora mismo en el Ayuntamiento.

Cuando Ulick reapareció media hora más tarde, Sarah sabía ya lo que quería hacer. Tenía la dirección escrita en una primera hoja de la *Hampstead Gazette*.

—Bueno, conseguí la información, pero he tardado el doble de lo normal —dijo, dejándose caer en un sillón al otro lado de la mesa—. La casa de Green ha sido fácil. Ha estado continuamente ocupada durante cien años o más. Un hombre llamado John Scully vive en ella desde hace veintidós años. Es editor en Nueva York. No lo sé, Sarah, pero tengo la impresión de que no aprenderemos mucho sobre *Príncipe Green* si vamos a la casa de ese Scully.

—De acuerdo —dijo Sarah—. Pero, ¿qué me dices de la otra?

—Bueno, ha sido la que se ha llevado casi todo mi tiempo. Esta casa está en Poor Fox Road, ya sabes, aquella callejuela contigua a los terrenos de la Academia, y todas las fincas de por allí fueron antaño propiedad de la escuela. Solían emplear aquellas casas como residencias de los profesores y de los internos que tenían hace veinte o treinta años. Pero la cuestión es, según he podido descubrir, que nadie ha vivido en la casa Krell desde que el propietario se murió o se marchó de la villa. En definitiva, el municipio se la apropió para cobrar las contribuciones atrasadas, pero parece que nunca pudieron encontrar a alguien que se la quitara de las manos. Hace cincuenta años que es propiedad municipal. Por alguna razón, fue el único edificio de dicha calle que nunca poseyó la escuela.

—Quiero ir allí —dijo Sarah.

—¿Un edificio vacío desde hace cincuenta años? Y probablemente no muy seguro, para empezar. ¿Viste alguna vez esas casas de Poor Fox Road?

—Quiero ver la de Bates Krell, y cómo la dejó. ¿Podrías tú pasarla por alto? —preguntó Sarah, con ojos centelleantes.

—No, si realmente quieres ir allí, Sarah —dijo Byrne—. Si estoy dispuesto a llevarte a Nueva York, más debo estarlo a llevarte a Poor Fox Road.

—Entonces, andando —dijo ella, ablandada—. Te contaré una conversación que acabo de recordar.

## 9

—Por aquí fue donde el cartero encontró el cadáver del jardinero Bobby Fritz —dijo Ulick, mientras subían despacio por Poor Fox Road—. Yacía entre esos hierbajos.

—¡Uf! —dijo Sarah—. Con aquel loco poema dentro de su pecho. ¿Sabes una cosa? He vivido casi siempre en Hampstead, pero creo que nunca había pasado por esta calle.

Miró a través de la ventanilla del coche de Byrne los enredados y espesos matorrales al lado de la calle. Detrás de la pared de árboles y arbustos sofocados por



las enredaderas, pudo ver una alta y combada valla de alambre. Los terrenos de la Academia de Greenbank estaban al otro lado de esta valla.

—No pasa casi nadie. Es muy solitaria. No se parece en nada al resto de Greenbank.

Sarah estaba a punto de asentir, pues nada podía ser menos representativo de Greenbank que Poor Fox Road, cuando doblaron una curva de la calzada y vieron las casas; y Sarah perdió las ganas de hablar. Supo perfectamente cuál era la casa de Bates Krell.

—Creo que nadie vive ya por aquí —dijo Byrne, y Sarah pensó que lo habría sabido aunque él no lo hubiese dicho—. Los padres del joven Fritz dejaron la casa después de la muerte de él. Creo que el chico mantenía más o menos la familia junta. Había uno o dos vecinos más, pero se marcharon. Supongo que el lugar se volvió un poco fantástico para ellos.

—¿Fantástico?

—Una dama del Ayuntamiento vio lo que estaba buscando y charlamos un poco acerca de ello. Conocía a un pintor que había vivido en aquella casa —y Byrne señaló un edificio de madera de dos pisos, junto a un solar lleno de coches destrozados— y que, por lo visto, se trasladó a un lugar más céntrico porque oía ruidos extraños por la noche. Sin duda no superó la impresión causada por el asesinato del joven Fritz tan cerca de su casa.

—Ruidos extraños. Todo el mundo oye ruidos extraños por la noche en Hampstead.

Él detuvo el coche en la orilla de la calle, delante de una casa sin número. No lo necesitaba.

—Lo sé —dijo Byrne—. Esta maldita villa se está convirtiendo en una casa encantada. Bueno, evidentemente es ésta. La casa que construyó Krell.

Pequeña, de una sola planta, con sus antaño pardas tablas melladas y resquebrajadas como dientes rotos, la casa podía parecer desolada o siniestra. Las dos ventanitas, a ambos lados de la puerta, estaban rotas desde hacía tiempo, y la línea del tejado aparecía combada. Si había habido césped delante de aquella puerta, se había mustiado y muerto hacía años bajo los espesos hierbajos que proliferaban en lo que debió ser pequeño jardín delantero. Abandonada demasiado tiempo para poder ser reparada, la casa hubiese debido parecer patética..., un lugar demasiado mísero incluso para el recuerdo. Pero no lo parecía. Sarah pensó que era siniestra, y precisamente porque los recuerdos nunca la habían abandonado.

Ulick Byrne debió de sentir algo parecido, porque dijo:

—¿Estás segura de que el viejo no está todavía escondido ahí? —No sabía ni podía adivinar que *Tortuga* Turk había tenido una vez la misma idea—. ¿Un viejo de unos noventa años, y todavía, digamos, agresivo?

Sarah no quería dejar el seguro asfalto de la calzada, pasar al sendero lleno de altas hierbas; no quería acercarse más a la casa.

—No habrá gran cosa ahí dentro, ¿sabes? —dijo Ulick, a su lado—. Aparte ese maravilloso ambiente.

—Echemos un vistazo —dijo Sarah, preguntándose por qué tenía que mostrarse siempre más valiente que el hombre que la acompañaba—. No es más que una casa vieja. Espantaremos a los ratones.

—Creo que comprendo a esos ratones —dijo Ulick, pero siguió a la menuda y vehemente mujer por el sendero.

Ella lo esperó junto a la aparentemente endeble puerta.

—¿Y si está cerrada? —preguntó él, en tono casi esperanzado.

—Creo que podrías derribarla, Ulick.

Quería que él abriese la puerta, y podía sentir su resistencia; después sintió que él cedía. Ulick agarró el tirador, oscuro y enmohecido, pero de sólido bronce. «Mr. Krell quería poder cerrar su puerta —pensó Sarah—; cerrarla y mantenerla cerrada era importante para él.» Era una impresión provocada por aquel imponente y anómalo tirador que parecía hablarle directamente; una impresión como de música atrapada en los surcos de un disco. Y cuando la alcanzó, otra cosa llegó hasta ella con aquello. A fin de cuentas, no se trataba de la casa. Había recordado que Bixbee había ganado tantas apuestas en la oficina —al menos los tres cuartos de ellas— que la gente había dejado de apostar contra él.

Byrne tocó el tirador. Miró interrogadoramente a Sarah, hizo girar aquél y empujó; la puerta se abrió de un chasquido.

—Adelante, Galahad —ordenó Sarah, y cruzó el umbral.

Estaba en una pequeña habitación llena de polvo, sólo débilmente iluminada por dos ventanas rotas. Una ventana del fondo del cuarto había sido cubierta con papel amarillo pegado a la pared. El suelo de barata madera de pino, levantado aquí y allá como dientes superpuestos, no había sido nunca realmente plano, y ahora descendía ostensiblemente hacia la pared del fondo, contribuyendo ello a la perspectiva ligeramente falsa que ofrecen todas las habitaciones vacías; era como uno de esos telones de fondo curvos en que la gente parece correr kilómetros enteros, una ilusión óptica. Las paredes y el techo aparecían oscurecidos por los mapas en relieve dibujados por generaciones de manchas de humedad.

—¡Oh, sí! —dijo Sarah.

La casa era sencillamente mala, y ella podía percibir su malignidad; la repelía como había repelido a todo el mundo durante los últimos cincuenta años; era como una herida que sólo quisiera cerrarse alrededor de sí misma; pero Sarah sintió un alivio paradójico. Estaba aquí, dentro de este lugar, y podía manejar la situación.

—Completamente vacía —observó inútilmente Byrne.

—En cierto modo —dijo ella.

Byrne le dirigió una dura mirada y empezó a frotarse el estómago con la mano derecha.

—Este sitio hace que me sienta peor —dijo—. ¿Quieres inspeccionarlo muy a fondo? En realidad, no hay nada que ver.

Avanzó unos pasos más que ella en la habitación, como para demostrar su valor.

—Quiero verlo todo.

Sin añadir palabra, Sarah se dirigió a la puerta abierta de la izquierda, cuidando de evitar las partes más estropeadas del suelo. Entró en otra habitación aún más pequeña y también completamente desnuda. Una cuerda fina pendía del techo. La ventana había sido empapelada como la del cuarto de estar, y, en la oscuridad, el polvo amontonado en el suelo parecía compacto, casi abultado.

—Supongo que aquí sería donde Bates daba descanso a su adormilada cabeza —dijo Byrne, inmediatamente detrás de ella.

—La cocina debe de estar en el otro lado.

Sarah se volvió en redondo, se agachó para pasar por debajo del brazo estirado de Byrne y volvió al cuarto de estar.

Casi había llegado al arco del otro lado de la estancia cuando la embargó una sensación peculiar. El estropeado suelo parecía oscilar muy ligeramente, como para enderezar su inclinación, y Sarah se detuvo. Él suelo recobró suavemente su posición original.

—Ulick —empezó a decir—. ¿Te has dado cuenta de...?

No terminó la frase. La pequeña habitación parecía dilatarse a su alrededor, multiplicar su longitud; durante un segundo, fue como si se hallase en una enorme caverna abovedada.

—Si me he dado cuenta, ¿de qué? —dijo Ulick, detrás de ella.

Sarah vio que la casa de Bates Krells tenía sus trucos, sus propias y antaño poderosas concentraciones y sus planes; eran destilaciones de los recuerdos que había sentido al ver la casa por primera vez. Se alegró de que Byrne estuviese con ella: los trucos podían haber perdido gran parte de su eficacia, pero Sarah sabía que, si hubiese estado sola en la casa de Krell, estas tres habitaciones y el sótano habrían podido convertirse en un laberinto.

—¿Si me he dado cuenta de qué, Sarah?

La habitación volvió a su tamaño natural, y ella dejó de sentirse como una mota de polvo en un espacio enorme y terrible.

Sabía que, fuese cual fuese el papel representado por «Telpro», esta casa era crucial para todo lo que sucedía en Hampstead. Todavía no comprendía cómo se ajustaban las piezas, pero la siniestra casita de Bates Krell era una de las más grandes. El viejo Bixbee, que tenía el don de escoger los números ganadores, lo había comprendido antes que ella, y ella reseguiría su índice de la misma manera que Billy Graham reseguía la Biblia.

—¿Sarah?

—Discúlpame, Ulick. Acabo de tener una extraña sensación. Me preguntaba si tú sentiste algo.

—Un intenso deseo de salir de este lugar.

—Sólo falta otra habitación y el sótano. Pienso realmente que tenemos que verlo todo.

Prosiguió su camino en dirección a la cocina de Bates Krell.

Había aquí dos ventanas que no habían sido cubiertas, y la fuerte luz ponía de manifiesto las dentadas rajaduras del linóleo, y la maraña de polvo y de pelos que flotó un poco en el aire agitado por ellos al entrar. Un gran fregadero de metal, del tamaño

de un lavadero, seguía adosado a la pared exterior; tuberías mohosas se extendían a lo largo del suelo debajo de aquél.

—Aquí hacía Krell sus famosos «Krellburgers» —dijo Byrne—. No me atrevo a preguntar de qué.

Avanzó, doblado por la cintura, y se asomó a la ventana. Dos coches herrumbrosos, con los parabrisas hechos añicos, pastaban las altas hierbas amarillas.

—Apuesto a que podríamos comprar esta casa muy barata —dijo—. ¿Crees que funcionarán aún las tuberías?

Sarah sacudió la cabeza, pero Byrne estaba ya aflojando uno de los grifos sobre el fregadero de metal. Una tubería golpeó la pared, y un grumo de polvo salió del grifo y se deshizo contra el fregadero. La tubería golpeó de nuevo la pared.

—Creo que todavía saldrá agua por aquí —se maravilló Byrne.

El grifo tembló sobre el fregadero, vibrando con rítmica y creciente intensidad.

—Ciérralo —dijo Sarah, pero Byrne se limitó a mirarla.

Un instante después, la llave saltó del grifo y una espesa sustancia amarillenta se vertió en la cocina, salpicándolos a los dos.

—¡Caray! —gritó Byrne, dando un salto atrás.

Un grueso chorro de aquel líquido amarillo siguió cruzando la habitación, pero menguó a los pocos segundos y se convirtió en un flojo pero continuo chorrito desde el grifo al fregadero. El fluido apestaba, olía a enfermedad, pensó Sarah, como algo extraído a un moribundo. Ahora llegaba ya a la altura de la mitad del fregadero, y el que había caído al suelo formaba charcos que se solidificaban, como una turbia gelatina. El hedor llenaba la cocina.

—No hay manera de parar esto —dijo Ulick, casi con pánico—. Dios mío, ¿qué es esa cosa? Va a derramarse sobre el suelo en cualquier momento.

—Pienso que es el ingrediente de las «Krellburgers» —dijo ella, desquitándose un poco.

Examinó un grumo de aquella sustancia que había caído sobre su falda y seguía pegado a ella. Sacó una hojita de papel absorbente del bolso y sacudió el grumo.

Las tuberías seguían rugiendo: Sarah las veía moverse debajo del fregadero, chocando las unas con las otras y golpeando entre el suelo y la pared. Toda la casa parecía afectada por esta agitación y temblar al ritmo de las ruidosas tuberías.

—Salgamos de aquí, Sarah —dijo Byrne—. Estoy lleno de esta hedionda pasta y creo que podemos prescindir del sótano.

Sólo había otra puerta en la cocinita, y Sarah la abrió. Los goznes chirriaron; detrás de la puerta, la oscuridad olía a moho.

—Bingo —dijo Sarah.

—Creo que deberíamos marcharnos.

—Entonces, vete. Yo echaré un vistazo al sótano.

Se volvió en dirección a los carcomidos peldaños que llevaban al oscuro sótano, y, como ella había previsto, Ulick dijo:

—En tal caso, deja que baje yo el primero.

Se estaba limpiando la chaqueta con un pañuelo visiblemente nada higiénico. Hizo una bola con él, se lo metió en el bolsillo y empezó a bajar a tientas la escalera.

—Hay un poco de luz en el fondo —gritó a Sarah.

Y al pisar ésta la tierra apisonada del sótano, vio la razón de aquello. La escalera terminaba delante de una pared de piedra de los cimientos, y al pasar Sarah a un lado de aquélla advirtió unos cristales colocados en el nivel superior, alrededor del perímetro del sótano; dos a cada lado. Menos transparentes que las ventanas ordinarias de las bodegas, dejaban pasar al menos una luz nebulosa.

Sarah sintió un escalofrío en la espalda, en el cuero cabelludo, en las manos. No más llegar a la zona principal del sótano, se sintió profundamente inquieta: parecía un sótano mucho más corriente que la casa, pero no era un sótano ordinario. Aquí era donde los recuerdos eran más fuertes, estaban más concentrados. Cuando el mal había arraigado en esta casa, había empezado por aquí.

Ulick debió de sentirlo también, porque dijo:

—Dios mío, Sarah, este lugar es terrible.

Ella lo miró con curiosidad. Después observó atentamente el sótano: no era más que un amplio recinto limitado por irregulares paredes de piedra y con el suelo cubierto de polvo. La luz opaca les permitió ver una larga mesa de madera en el fondo, que sin duda había sido antaño un banco de trabajo. Incluso desde donde estaba, podían ver cortes y melladuras en sus bordes. Todo lo del lugar, todos sus átomos, les atacaban los nervios. Byrne dijo:

—Mira, antes de empezar a dedicarme a la propiedad inmobiliaria, pasé mucho tiempo en las salas de justicia y también en las cárceles. Reconozco los lugares donde la gente ha tenido miedo y ha estado afligida. Se puede sentir la impresión del que se ha visto atrapado. Pero, Dios mío, Sarah, jamás estuve en un lugar peor que éste. Ni siquiera deseo saber lo que ocurrió aquí.

—Yo tampoco —dijo ella—. Ya he visto bastante. Salgamos.

Byrne suspiró aliviado, y los dos se volvieron a la escalera.

Arriba, la puerta se cerró de golpe.

Sarah y Byrne se quedaron inmóviles. Se oyeron pisadas en el cuarto de estar y, después, en la cocina. Ambos se miraron con intenso terror: las pisadas se dirigían en derechura a la escalera. Quizá se imaginaban ambos que Bates Krell había vuelto, dispuesto a matarlos; dadas las circunstancias, era una idea casi inevitable. Pero Sarah se recobró una fracción de segundo antes que Ulick y murmuró:

—Será algún chiquillo; tiene que serlo.

Ulick asintió con la cabeza, pero no muy convencido. Cuando se abrió la puerta de la escalera con un chasquido, asió el brazo de Sarah y la empujó hacia un rincón desde el que pudiesen ver al que bajaba antes de que éste los viese a ellos.

La atrajo hacia sí, apoyó la espalda en la pared e inmediatamente se separó. Algo rebullía y se movía en aquel muro. Ulick jadeó y volvió la cabeza para mirar la pared traidora. Ésta estaba cubierta por miles de pequeñas arañas rojas. Tal vez millones. Sintió un vivo dolor en la mano y vio que una de las arañas acababa de morderle. Aguantó el dolor y se sacudió la araña.

La persona que bajaba la escalera no era un chiquillo. Las pisadas eran lentas y cautelosas, y revelaban el peso de un adulto.

Entonces vieron la cabeza. Unos cabellos de plata. Tanto Sarah como Byrne sintieron un alivio momentáneo. Entonces la cara se volvió, inexpresiva, en su dirección, y el alivio cesó. La cara de aquel hombre era una parodia grotesca de rostro humano. Casi absolutamente blanca, aparecía hinchada y con bultos carnosos. La frente parecía abombada y bulbosa, y la barbilla rezumaba.

De nuevo fue Sarah la primera en advertirlo: se dio cuenta de pronto de que aquel hombre era lo que los niños llamaban «goteras», y de que debía emplear como escondite la casa abandonada. Dentro de una o dos semanas, llegaría al estado en que debería vendarse, y entonces necesitaría un lugar seguro donde esconderse y poder cuidarse sin verse amenazado de destrucción.

Un pliegue de carne de la mejilla del hombre caía sobre la mojada barbilla, y Sarah se compadeció de él.

—«Goteras» —murmuró Ulick a su oído.

Ella lo miró con disgusto, y entonces vio que una pequeña colonia de arañas se introducía entre los espesos cabellos de Ulick; en el mismo instante, se dio cuenta de que había reconocido al enfermo.

El hombre que acababa de bajar al terrible sótano de Bates Krell era su ginecólogo.

—Tus *cabellos* —susurró a Byrne—. Tus cabellos..., *arañas*. —Y entonces salió del rincón y dijo en un tono casi normal—: ¿Doctor Van Horne? No se asuste. Soy yo, Sarah Spry.

El médico se volvió hacia la voz con espantosa lentitud.

Entonces vio ella hasta qué punto había sido mutilado —sólo podía llamarse así — por la enfermedad. Su cara era apenas reconocible y brillaba con una humedad lustrosa y blancuzca. Unos pliegues de piel cayeron sobre sus ojos, se levantaron y volvieron a caer. Pensó que el hombre parecía alarmado. Detrás de ella, pudo oír los murmullos de Ulick, que se rascaba frenéticamente el cráneo atacado por las arañas.

—No vamos a hacerle daño, doctor —dijo ella—. ¿No me recuerda? Soy cliente suya. Sarah Spry.

Era terrible, pensó, que un viejo maravilloso como Wren van Horne hubiese contraído aquella repugnante enfermedad.

Pareció que Van Horne le sonreía, y ella dio unos pasos en su dirección, con la intención de darle el mayor consuelo posible. Su zapato se hundió en un charco frío, y al mirar hacia abajo, sorprendida, Sarah vio que había pisado un pequeño lago de sangre.

—El nombre de Sarah Espía le caería mejor —dijo el hombre sonriente, desde el pie de la escalera.

Ella casi sintió que la palma de una mano infantil empujaba la ensangrentada suela de su zapato; durante un segundo sintió aquella presión, y una imagen trastornada, desdichada, se adentró en su mente. Se echó atrás, temiendo mirar abajo, y dijo «¿Qué?» al doctor. La cara de éste pareció cambiar, alargarse, mientras los ojos salían de debajo de los pliegues de movediza piel...

(«Espía», murmuró el médico.)

...y cuando ella oyó otro ruido en la escalera y pensó que se habían salvado, corrió hacia aquel ruido y después se detuvo y retrocedió hacia el rincón donde antes la había llevado el abogado... Había sido el último lugar donde se había sentido segura, y volvía allí impulsada por su instinto. Pues en el peldaño superior de la escalera de la cocina de Bates Krell, había visto al pequeño y muerto Martin O'Hara que la miraba fijamente. Su hermano Thomas, también muerto, estaba junto a él y miraba por encima del hombro de Martin con la misma expresión indiferente; sus ojos fríos se encontraron con los de ella.

## DOS: EL MURCIÉLAGO DE FUEGO

### 1

Todo el día siguiente, Clark y su amante estuvieron bebiendo con delicado abandono, como si participasen en un concurso y esperasen ganar un premio. Habían empezado con cerveza, botellas frías de «Molson's Ale» sacadas del frigorífico, mientras Berkeley abría perezosamente un paquete de tocino ahumado y echaba toda la loncha en la ennegrecida sartén; habían pasado al licor fuerte alrededor de las once («Jameson's» para Clark, vodka «Stolichnaya» para Berkeley, tan fría que daba dentera), y abrieron una botella de vino para beberla con el almuerzo. Éste fue a base de salchichas de hígado y pan de centeno —incluso estando serena, Berkeley Woodhouse pensaba que cocinar era una tarea servil que había que dejar para los otros—, pero el vino era un «Napa Valley Chardonnay». Hasta un par de horas después del almuerzo, Tabby pensó que su padre y Berkeley aguantaban la bebida un poco mejor que de costumbre, y que probablemente se dormirían viendo la televisión. Solían hacerlo de vez en cuando, y Tabby apagó las luces y pasó sobre sus piernas para irse a la cama. En realidad, pensó que parecían menos embriagados que de costumbre: Berkeley le revolvió los cabellos un par de veces y su padre hizo un chiste por primera vez desde la partida de Sherri Stillwell.

—Dios mío, Clark —dijo Berkeley—, acabo de darme cuenta de que estuviste dos veces casado, y apuesto a que no fuiste feliz más de seis meses con cada una de tus mujeres.

—La felicidad no compra el dinero —dijo Clark.

Berkeley soltó una carcajada y Tabby levantó la cabeza, sorprendido; el chiste disfrazaba una mentira, pero no dejaba de ser un chiste, a pesar de su amargura.

Después del almuerzo, incluso esta frágil ligereza desapareció.

Clark y Berkeley subieron al dormitorio, para echar «una siestecita», dijo Berkeley. El viejo eufemismo hizo que Clark frunciese las cejas.

—Esto significa un revolcón, muchacho, ¿lo entiendes? Un emparedado de piel, Una «siestecita», ¡qué tontería!

Y empujó a la mujer hacia la puerta.

Tabby conocía la mayoría de los ruidos que acompañaban a las fornicaciones de su padre, y para no oír una vez más el concierto de ronquidos y gruñidos, se metió en su propio cuarto. Veinte minutos más tarde, se sorprendió al oír ruidos procedentes del dormitorio de Clark; generalmente, no llegaban tan lejos. Y los



propios sonidos parecían diferentes de los acostumbrados, que eran como de corral. Tabby pensó que su padre estaba llorando.

Alrededor de las dos, Clark y Berkeley volvieron a la cocina, donde estaba Tabby sentado a la mesa, leyendo una novela de H. P. Lovecraft que había encontrado en la biblioteca. Berkeley presentaba unos grandes tiznajos negros debajo de los ojos, y los cabellos de su padre estaban revueltos. Clark tenía la boca torcida en un gesto de amargura.

Berkeley fue directamente al congelador del frigorífico y sacó la botella de «Stolichnaya», vertió varios dedos en el vaso que había utilizado por la mañana, y añadió un puñado de cubitos de hielo.

—¡Clark! —dijo, con voz tentadora—. ¿Quieres un poco de whisky irlandés?

—¿Qué otra cosa puedo querer? —gruñó él—. ¡Maldita zorra!

Ella le preparó en silencio la bebida.

Clark la engulló con semblante hosco; hizo una mueca.

—No tienes que atropellarme de esta manera —dijo Berkeley.

—Dime dos buenas razones para no hacerlo —masculló Clark.

Tabby salió; pensó que aquel par de infelices apenas se habían dado cuenta de ello. Al subir la escalera para ir a su habitación, primero pensó que oía a su padre sollozando de nuevo, y después, que estaba gritando. Cerró la puerta y se tapó los oídos con las manos. Cuando cesaron los fuertes gritos, Tabby puso un disco —*The Doctor Is In*, de Ben Sidran— y borró todo lo demás aumentando el volumen hasta el máximo a que se atrevió.

A las cuatro, bajó de nuevo a la cocina para tomar una «Coca-Cola». Clark y Berkeley habían dejado abiertas las puertas de la nevera y del congelador, y Tabby las cerró cuando hubo sacado su botella. Platos grasientos de varios días estaban amontonados en el fregadero, y después de sorber su «Coca-Cola», Tabby vertió jabón líquido sobre ellos y abrió el grifo del agua caliente. Berkeley sentía tan poco interés por la limpieza como por la cocina. Cuando su padre lavaba los platos, los rompía adrede. Tabby lavó rápidamente todos los platos en el fregadero, se enjugó las manos y se dirigió a la biblioteca. Era una de las cuatro habitaciones que tenían chimenea, y un pequeño y humeante fuego ardía en el hogar. Tabby vio que la persona que había preparado el fuego había utilizado sólo papel de periódico para encenderlo, arrojando después más periódicos doblados sobre las débiles llamas. El televisor emitía estruendosamente un anuncio de pasta dentífrica para la vacía habitación. Tabby sintió el olor del papel quemado, del whisky, y una emoción tan fuerte y amarga..., mientras seguía pensando que la habitación estaba vacía; la amargura del sentimiento que se había derramado allí era tan fuerte como el olor del whisky irlandés de su padre.

Y entonces, por un instante, vio que las paredes se movían y oscilaban. Tuvo la débil impresión de que se deslizaban hacia él, y se apartó a un lado, recordando lo que le había ocurrido en la biblioteca..., un hombre con ojos de color de té levantando una pistola mientras estallaba una tormenta sobre sus cabezas...

«Tendrías que haber ido a Fairlie Hill con los otros, muchacho.»

Se le secó la boca; su corazón palpitó.

Si no hubiese oído el regüeldo de su padre en aquel momento, se habría desmayado.

Tabby giró en redondo, en dirección al ruido, y vio a Clark apoyado en las cortinas pardas que cubrían la ventana, y que le miraba echando chispas por los ojos. Sostenía con inseguridad un vaso lleno de un líquido de color castaño. Tenía los cabellos caídos sobre la frente. Clark parecía casi confundirse con las cortinas, a punto de volverse invisible. Un par de moscas pasaron zumbando por delante de su cara. Entonces vio Tabby que Berkeley Woodhouse yacía en el canapé adosado a la pared del fondo, con la falda descuidadamente arremangada y los cabellos esparcidos sobre la mitad de la cara. También ella tenía algo de fantasma..., como si el vodka ruso se hubiese llevado la mitad de su sustancia.

—Vete —dijo su padre, con voz ronca, desgarrada, rota por la emoción.

Tabby salió de la estancia.

Estuvo un rato sentado en la escalera, demasiado confuso por lo que les ocurría a él y a su padre para saber lo que tenía que hacer. Y mientras estaba allí, con los brazos cruzados alrededor de las rodillas, Clark pasó dos veces tambaleándose por delante del pie de la escalera, para ir a la cocina en busca de más bebida, que llevaba después, inseguro, a la biblioteca. La pequeña y mal encendida fogata lanzaba humo: Tabby podía oler sus acres ráfagas. Las voces de la televisión se confundían con los gritos de borracho de Clark.

—«Goteras» —oyó que decía su padre—. *Goteras*.

Y también le oyó decir:

—Yo no tuve la culpa.

Percibió de nuevo el acre olor de la chimenea y, por primera vez, se extrañó de que su padre se hubiese tomado el trabajo de encender fuego en un cálido día de agosto.

Clark echó otro montón de periódicos sobre las brasas humeantes, y Tabby oyó gemir a Berkeley. «Cuatro Corazones» parecía invadida por la noche; por sombrías intenciones que requerían la oscuridad de la noche y la embriaguez. Tabby estaba sobre todo seguro de una cosa: su padre estaba atormentado, y dañaría a cualquiera que tratase de ayudarlo o de calmarlo. También atormentado, Tabby volvió a su habitación. Se puso unos auriculares, cerró los ojos, y se sumergió lo más posible en la música.

Una hora más tarde, salió al pasillo, que estaba excesivamente caldeado; el aire era seco, como después de una tormenta de arena. El olor a fuego y a ceniza llegaba hasta él desde la planta baja. Tabby se acercó a la escalera.

—¿Papá?

La voz ebria y angustiada seguía sonando abajo..., retardada por el licor, pero inextinguible. Tabby oyó el crujido de la pantalla del hogar del cuarto de estar al cerrarse.

—¡Papá! ¿Qué pasa?

—¡Eh! —oyó que decía Clark. Unas fuertes pisadas se acercaron al pie de la escalera; después apareció su padre, sujetando el cuello verde de su botella de whisky con la mano ennegrecida, y con tiznajos de ceniza en el semblante—.

Enciendo fuego, eso es todo. Fuego en todas las chimeneas de «Cuatro Corazones». Para calentar de nuevo esta maldita casa. ¿Vas a ayudarme?

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Tabby.

—Trae más leña de fuera..., montones de ella. Berkeley sólo arrojó periódicos al maldito fuego, y no es así como se hace. Sal fuera y trae más leña.

—¿Tienes frío?

—Ya no —dijo Clark—. Creo que casi lo he remediado.

Tenía los ojos empañados: parecían conchas pintadas. Las manchas de ceniza parecían endurecerse en su cara; y fuesen cuales fueren las emociones de Clark, también se endurecían en ella. Tabby pensó que la cara de su padre era como una armadura impenetrable.

—¿Estás bien, papá? —preguntó.

—¿Vas a traer esa leña, o tendré que obligarte?

El semblante acorazado, con sus pétreos ojos pintados, le miró fijamente.

Tabby bajó rápidamente la escalera y pasó por delante de su padre, sin atreverse a mirarlo.

El prudente Monty Smithfield había comprado tres quintales de leña cada invierno y gastado menos de dos en las chimeneas de «Cuatro Corazones». Ahora, los leños partidos y aserrados estaban amontonados contra la larga valla de atrás... y había al menos para tres crudos inviernos. Parte de ellos estaban tan secos que la corteza se había levantado de la madera gris y enroscado como una falda arremangada. Tabby descolgó el juego de correas de transporte del gancho de la puerta de atrás y salió al patio cubierto de mustias hierbas. Olió el humo de las chimeneas, levantó la cabeza y lo vio enroscarse sobre la casa. Negros jirones que debían haber sido hojas de periódico quemadas bajaban de lo alto.

Tabby dejó las correas sobre el suelo y cargó en ellas todos los trozos de madera vieja y seca que calculó que podría levantar. Respirando hondo, arrastró la pesada carga a través de la puerta, donde chocó contra los montantes.

—Muy bien —dijo su padre, con los ojos chispeantes en su rostro manchado de ceniza—. Echa eso en la chimenea de la biblioteca.

—¿Todo?

—Después, sal y trae más. Casi tanto como lo que has traído ahora. Y échalo en la chimenea del cuarto de estar.

—Papá...

—Lo necesitamos, Tabby —dijo Clark, y se bebió un trago de su botella.

—Pero aquí hace ya mucho calor...

—¿Vas a hacer lo que te digo?

Tabby, haciendo un gran esfuerzo, levantó las correas y, empleando ambos brazos, llevó la carga a la biblioteca.

La estancia estaba tan caliente como una sauna. Soltó las correas, retiró la pantalla y empezó a levantar trozos de leña del pequeño montón y a ponerlos sobre el fuego que chisporroteaba.

Una lengua de llamas brotó de una raja de la leña amontonada, y se enroscó en el aire; la siguió un brazo de llamas, rojo y musculoso. La leña seca ardía como una

fogata de hojas muertas. Tabby retrocedió ante la súbita intensificación del calor y golpeó dolorosamente con la espalda el borde de bronce de una mesa de café. Se irguió, frotándose la espalda. Ahora surgieron muchas llamas del hogar y subieron hacia la chimenea, tan entrelazadas y numerosas, que formaron un cuerpo de fuego gigantesco y oscilante.

Detrás de Tabby, Berkeley Woodhouse gimió en su canapé. Tabby se dio la vuelta para mirarla, pues casi había olvidado su presencia en la estancia. Sostenía un vaso manchado de lápiz de labios, y Tabby se acercó rápidamente a ella y lo tomó de su mano.

—Ponme otro, querido —le pidió, y Tabby pensó por un momento que ella lo tomaba por su padre.

Pero Clark estaba ya detrás de él, y Berkeley pestañeó y su cara se cerró: ahora sabía quién era.

—El chico tiene trabajo, y va a hacerlo —dijo Clark, tomando rudamente el vaso de su mano—. Yo te serviré otro trago, si crees que lo necesitas.

—¿Por qué eres...? ¿Por qué eres...?

Berkeley luchó un momento con la frase, pero se dejó caer de nuevo en el diván, sin terminarla.

—Muévete —ordenó Clark a Tabby—. La leña, ¿te acuerdas? No eres el encargado del bar.

Clark parecía todavía afligido, pero ahora era una aflicción agresiva.

—Quieres más leña —dijo llanamente Tabby—. Para la chimenea del cuarto de estar. Después para la chimenea de la cocina. Y después para la de tu habitación.

Clark se limitó a mirarle.

—Muy bien —dijo Tabby—. Se hará lo que tú quieras.

—Lo que *yo* quiera —dijo Clark—. Exacto. No lo olvidéis, tú y esa zorra.

Sonrió fieramente a Tabby, y entonces levantó la mano que sostenía la botella verde de «Jameson's» para oxear un par de moscas que revoloteaban delante de su boca. El whisky salió del cuello de la botella y se derramó en el suelo. Clark seguía sonriendo como un lobo.

—¿Sabes lo que quiero? Todo un plato de fuego. Esto es lo que quiero.

Tabby no reconoció el latiguillo de *Papá está aquí*; salió de nuevo y trajo más leña.

Al extinguirse la luz del sol, las habitaciones de «Cuatro Corazones» se enrojecieron con los fuegos; Tabby seguía yendo de la puerta de atrás al montón de leña y viceversa, y al aumentar la oscuridad vio que las habitaciones de la planta baja y el dormitorio de su padre eran casi imposibles de reconocer: las fogatas parecían hacer más ruido de lo que era normal, y las llamas saltarinas alteraban las dimensiones de las estancias a las que daban color, acercando una roja pared y alejando otra más oscura. Tabby podía oír en toda la casa el insistente y absorbente ruido del aire subiendo por las chimeneas; estaba pegajoso a causa del sudor, y su cara, como la de Clark, estaba tiznada de hollín y de ceniza. Al transcurrir las horas, Tabby dejó de preguntarse por qué insistía su padre en convertir la casa en un horno

—era otra idea de borracho, forzosamente mala, y al día siguiente sería olvidada— y se concentró en satisfacer la obsesión de Clark. Le dolían los brazos, sentía palpitaciones en su cabeza; después de varias horas de alimentar los fuegos de su padre, apenas si podía recordar su nombre. Tenía una vaga conciencia de Berkeley Woodhouse rondando por la casa, desdeñada por su padre. Y pensaba que, una de las veces que había entrado en la casa trajinando cuarenta kilos de leña, había oído que su padre lloraba de nuevo y decía: «¡Jean! ¡Jean...!», como si viese el fantasma de su difunta esposa. Pero esto era imposible y, en todo caso, Tabby estaba entonces tan fatigado que casi no reconocía el nombre de su madre.

Berkeley abrió de golpe la puerta del frigorífico y sacó una vieja morcilla de «Greenblatt's», la cual empezó a morder; el calor y el dolor muscular mataron el hambre de Tabby. Por fin, éste subió al piso alto para lavarse la cara y las manos — demasiado cansado para una limpieza mayor— y dejó a su padre en la planta baja, sonriendo a las rojas y furiosas llamas.

En la pared de una habitación que había presumido que era la suya, vio un gallardete desconocido..., un gallardete de universidad o de escuela superior, ARHOOOLIE. ¿Arhoolie? Tampoco pudo identificar esta palabra. Al tumbarse en la cama, la habitación pareció dilatarse y envolverlo. Sentía su piel como si la hubiesen asado a la parrilla.

—*¡Todo un plato de fuego!* —oyó que chillaba Clark, antes de sumirse en un pesado sueño.

Soñó, claramente, que viajaba hacia un inmenso bosque. Enormes árboles oscilaban en un llano, oscureciendo con sus sombras la tierra ante ellos. Sus frondosas copas oscilaban también; se inclinaban hacia el caminante Tabby, y sacudían las hojas en su dirección. Él sabía que debía correr, dar media vuelta y correr como un demonio..., incluso los árboles se lo estaban diciendo. Del inmenso bosque llegó una ola de aflicción, de maldad..., de lo que parecía maldad al muchacho, debido a la fuerza de su amargura. Tenía que echar a correr, pero debía acercarse más, debía ver lo que se ocultaba entre o debajo de aquellos árboles que se estiraban. Y al acercarse, cruzando el herbazal del llano, tostado por el sol, empezó gradualmente a oír ruidos de animales..., de animales que sufrían, chillaban o temblaban de pánico y de angustia, cruelmente heridos en combate. Acompañando los terribles ruidos de dolor y de muerte, sonaban los violentos sonidos de las luchas que proseguían: cuerpos estrellándose contra los árboles, la tierra rajada por garras y pezuñas. Algún animal chilló con voz de mujer, estridente y temerosa. En el bosque, las bestias se habían vuelto contra ellas mismas; se habían vuelto completamente salvajes, y si Tabby se aventuraba a dar un paso entre los espesos e inclinados árboles, saltarían sobre él y le arrancarían el corazón del cuerpo. En los últimos segundos de este sueño —parecía como si el mundo quisiera suicidarse, degollarse a sí mismo—, Tabby oyó que todos los locos y furiosos animales del bosque maldito advertían su presencia, y sintió que lo acechaban entre el follaje. Casi podía ver sus ojos enloquecidos. Aquel grito que parecía de mujer vibraba sobre su cabeza. Los asesinos sabían que él estaba allí.

Cuando abrió los ojos, con las manos agarrando el borde caliente de una sábana, vio un charco de luz blanca en medio de su oscura habitación. El charco de luz brillaba y se retorció. Lo había visto antes de ahora, no recordaba dónde. Y entonces recordó a su padre sentado embriagado a la mesa de la cocina, unos días antes, y que la misma luz había jugado detrás de su cabeza.

En el cuarto de Tabby reinaba ahora un calor asfixiante. El olor a humo de leña, fuerte pero agradable, llenaba la habitación.

La temblorosa mancha de luz, más allá de los pies de su cama, se encogía, se concentraba. Todos aquellos animales enloquecidos del bosque... Tabby se acurrucó en la cama, consciente por primera vez de que su sudor había humedecido las sábanas.

Por un instante, estuvo seguro de que iba a ver que Dicky Norman tomaba forma en aquella oscilante mancha de luz..., Dicky, tan malo y tan loco como los animales de su sueño.

La variable mancha blanca se encogió, se retorció y convirtió en una cara de momento impersonal. Tabby contrajo el cuerpo sobre la cama húmeda y aspiró una gran bocanada de aire perfumado de humo. La cara que tenía delante, inmóvil y cambiante, era inexpresiva e infantil; pero la frente se inclinaba hacia atrás y tenía bultos sobre los ojos, y el mentón se alargaba como una pala, y las orejas se doblaban sobre ellas mismas. La cara que Tabby tenía delante se endureció e hizo una mueca.

Era la de Gideon Winter, la verdadera cara bajo la que se había mostrado al mundo.

La cara de Gideon Winter se estiró hacia él, como habían flecho los árboles frutales en su sueño. Tabby tuvo vaga conciencia de un ropaje negro impregnado del olor penetrante del humo de leña. La enorme boca se abrió: dientes afilados. Una lengua como una larga serpiente se enroscó, obscena, en dirección a Tabby.

Más allá de la ventana, el animal herido aulló de nuevo. Pero no era un animal: era el grito de una mujer.

La cara se evaporó ante él y osciló en el aire como una voluta de humo. Después se fundió en la nada, dejando sólo un olor acre en el aire.

Tembloroso, Tabby saltó de la cama; ahora se dio cuenta de que su habitación se había vuelto vaga no sólo a causa de la oscuridad, sino también del humo. Llegó a la ventana en el momento en que otro grito lastimero rasgaba la noche. Cuando miró hacia abajo, hacia el jardín de «Cuatro Corazones», vio dos personas que luchaban en la noche y entre el humo. Había visto muchas escenas parecidas en las últimas semanas; todos los de Hampstead habían presenciado estas oscuras pero apasionadas reyertas, y quizá por esto tardó Tabby unos momentos en identificar a las dos personas que reñían en su jardín.

Pero incluso cuando hubo visto las inconfundibles facciones, incluso cuando hubo visto el conocido color del lápiz de labios, se negó a identificar a los dos contendientes: su mente se esforzaba en rechazar su identidad. Eran su padre y Berkeley Woodhouse.

Clark parecía enardecido, lo bastante vigoroso para derribar un roble con la palma de la mano; tanto, que, incluso después de reconocerlo Tabby como su padre,

llegó a dudar de que fuese verdad. Clark no había demostrado tener tanta energía, tanta confianza en su fuerza física, desde los casi olvidados tiempos de sus victorias en el tenis. La satisfacción se traslucía y el placer cantaba en los músculos de Clark, en sus batientes brazos y en toda su espalda. Una de las primeras cosas que advirtió Tabby fue que su padre no se había divertido tanto desde hacía años.

Y entonces vio que el simétrico rostro de Berkeley estaba manchado de sangre, no de lápiz de labios.

Los músculos de la espalda de Clark rieron de nuevo, y su puño aplastó la nariz de la mujer, convirtiéndola en una pulpa sanguinolenta. Al llevarse Berkeley las manos a la cara, Clark le segó las piernas de una patada. Y al caer su amante al suelo, empezó a patearle las costillas con regocijada exactitud. Otro aullido terrible llegó a los oídos de Tabby. Clark dio un salto impaciente, un paso de danza —para colocarse en posición de ataque— y largó una patada a la cabeza de Berkeley. Ésta lanzó un gemido y Clark saltó sobre la hierba apuntando al diafragma de ella. Las largas piernas de la mujer temblaban, se agitaban sobre las matas. Clark tomó puntería y le propinó una fuerte patada en el vientre; el cuerpo de ella retrocedió dos palmos. Tabby vio manar abundante sangre de su boca. Pero no pudo moverse.

Berkeley se estremeció de nuevo —una voluta de humo blanco ocultó momentáneamente su cara— y Clark pudo golpearle la cara sin los inconvenientes del movimiento. Tabby vio que la pierna de Clark se movía dos veces, como un pistón, e inmediatamente después observó que la hierba a los pies de su padre tomaba otro color, de un tono más oscuro. Aparecieron manchas rojas en los pantalones de Clark. La blanca ráfaga de humo se desvaneció, y Tabby vio lo que había sido de la cara de Berkeley Woodhouse. Entonces pudo moverse.

Tabby levantó el cristal de la ventana, se asomó al cálido exterior.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Basta!

Clark dio una última patada al pecho inerte de su amante, se revolvió en redondo y miró a su hijo. Su cara estaba tan gozosa como Tabby había temido, inconscientemente radiante: la cara de un *gourmet* que acaba de darse el mejor banquete de su vida.

—Vuélvete, Tabby —dijo Clark—. Ahora te toca a ti.

—Papá —jadeó Tabby—, voy a llamar una ambulancia.

—Mira a tu alrededor, Tabby —dijo Clark, con voz ligeramente incitante.

Su padre le sonrió —una sonrisa que no parecía de Clark, sino más dulce y más formal— y volvió hacia la casa, dejando descuidadamente detrás de él el cuerpo de Berkeley sobre la hierba oscura y brillante.

Tabby se inclinó más en la ventana y observó que la figura de su padre se acortaba al pasar por debajo de él. Clark desapareció bajo el tejadillo del porche. Tabby oyó que la puerta se cerraba de golpe. Miró angustiado la forma inmóvil de Berkeley Woodhouse, esperando que gimiese o se moviese... Pero sabía que estaba muerta. Estaba muerta, y su padre la había matado.

Se cerró una puerta interior..., la puerta de la biblioteca.

Tabby se volvió, y fue como si toda la casa estallase en carcajadas.

La habitación no era la suya. Era más pequeña, estaba más llena de cosas. Vio unos esquís apoyados en la puerta de un armario, una funda de trombón al lado de la cama, un atril delante de la ventana opuesta. Tabby no esquiaba ni tocaba el trombón; no sabía leer una partitura; y no había ninguna ventana en aquella pared. El gallardete ARHOOOLIE que había visto antes, el heraldo de todo este cambio, parecía mirarlo desde su sitio sobre la cabecera de la cama.

Tabby miró rápidamente por encima del hombro, sintiendo una solidez donde sólo hubiese tenido que haber un vacío, oscuridad donde hubiese debido brillar una débil luz. La ventana a la que acababa de asomarse había desaparecido, y en su lugar se veía una pared. Un papel de pálido color de rosa, con un dibujo de hiedra entrelazada, cubría las paredes.

Todavía percibía el penetrante olor a humo de leña, aunque ya no lo veía.

Tabby cruzó con precaución la habitación desconocida, y se acercó a la ventana. Lo que vio al asomarse no era Greenbank. Estaba contemplando un jardín más largo, que no terminaba en talud sobre la calle, sino en una valla blanca. Al otro lado de la calle había modestas casas rústicas de madera, mucho más apretujadas que las de Hamnstead. Los árboles eran diferentes; recordaban a Tabby los que había visto en el norte de Florida. Negras rayas de húmedo alquitrán surcaban la calzada. En una esquina —una esquina inexistente— se veía un rótulo callejero sobre un alto poste. Tabby frunció los párpados para leerlo: MAPLE LANE.

Como todo el contenido de la habitación, esto no le era familiar, y sin embargo, le resultaba en cierto modo conocido; como si lo hubiese visto en sueños.

En la planta baja, su padre rugía como una bestia, y el pecho de Tabby se encogía al darse cuenta de que no eran rugidos, sino carcajadas.

Maple Lane. Una habitación empapelada con dibujos de hiedra y unos esquís apoyados en la puerta de un armario. Arhoolie. Pensó que casi sabía lo que encontraría detrás de la puerta. Se preguntó: si llamaba por teléfono, ¿le contestaría la Policía de Hampstead, o la Policía de un mundo inventado como éste?

Una nueva ráfaga de humo, una nueva conciencia del calor reinante en la habitación, hicieron que se volviese hacia la puerta. También ésta se hallaba en una ubicación desacostumbrada pero extrañamente conocida, a la izquierda de la camita del muchacho, y el cuerpo de Tabby o la habitación en que se hallaba parecieron oscilar y retorcerse.

Fuera, había un pasillo lleno de humo invisible. Un humo que era como papel de lija en los ojos de Tabby o como sal en sus pulmones.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Papá!

—¿Quieres algo? —preguntó tranquilamente la voz de su padre detrás de él.

Tabby giró en redondo, tan asustado, que se le removieron las tripas.

Era la voz de su padre, pero no su padre. Un hombre delgado, mucho más joven, se desprendió de la pared. Tenía la cara salpicada de pequeñas cicatrices de acné; a Tabby le pareció un tipo de los que habrían buscado los gemelos Norman: tenía un aspecto de delincuente. Llevaba gorra y lo que sólo ahora reconoció Tabby como un traje *tweed* perteneciente a su padre. Tabby dio un paso atrás.



—Vuelve a tu habitación, Spunks —dijo aquella criatura—. Tengo una bandeja llena de dulces para ti. —Sonrió, y su sonrisa dejó helado a Tabby—. Toda una bandeja, amiguito.

—Papá —dijo Tabby.

—Papá está aquí —dijo la criatura con la voz de su padre, y empezó a deslizarse en dirección a Tabby.

Tabby dio media vuelta y corrió a la escalera, que sabía misteriosamente que estaba al final de aquel pasillo. Detrás de él, la criatura se echó a reír con la voz de su padre.

El calor aumentó al bajar Tabby la escalera. Podía oír, pero no ver, las fogatas del cuarto de estar y de la biblioteca..., un ruido de chispas, de llamas devorando toda la leña que ponían. Llegó al pie de la escalera y corrió al cuarto de estar, decorado con un diván tapizado de cretona y visillos fruncidos en las ventanas. Un reloj de pie se alzaba sobre una arrugada alfombra junto a un hogar de piedra. La habitación estaba tan caliente que parecía que iba a inflamarse por sí sola. Puertas holandesas de madera separaban esta estancia de la gran cocina, y Tabby la cruzó corriendo, sólo deseoso de salir al exterior, al verdadero exterior, a Greenbank.

Una mujer que estaba de pie delante del fregadero se volvió y le sonrió. Y entonces se dio cuenta por primera vez de dónde estaba. Con un modesto vestido castaño con cuello blanco de Peter Pan, Grace Jameson —una Grace Jameson con la cara de su verdadera madre— le saludaba en la cocina de *Papá está aquí*, donde habían tenido lugar tantos enfrentamientos y transacciones. Junto con el simple y primitivo olor del fuego, percibió el de carne asada. Se detuvo; dejó de respirar.

—¡Oh, querido! —dijo su madre—. Estás aquí. Te hemos estado esperando mucho tiempo. La comida está casi a punto. ¿No deberías ir a lavarte en tu habitación? Tu papá te está esperando, ¿sabes?

—Billy Bentley —susurró él, mirando ávidamente la cara de Jean Smithfield, que parecía igual que el día de su muerte, diez años atrás.

Pero era diferente de como él la recordaba; sus recuerdos habían sido indeleblemente alterados por fotografías que había conservado Clark, y ahora vio que ella había fruncido la boca y se había estirado para posar ante los fotógrafos. A los veintinueve años, su madre era más baja de lo que él pensaba, más dulce, más frágil.

—Ahora te estás portando como un tonto —dijo ella—. Vuelve arriba, jovencito.

—Mamá —dijo él.

Su madre le dirigió una mirada de tierno reproche..., una mirada que le hizo sentir decorosamente su pérdida. Vio, porque *el Dragón* se lo permitió, cuan profundamente le había amado aquella mujer, cuan íntimamente se adaptaban sus almas.

Jean Smithfield se acercó a Tabby, con aquella expresión de amor profundo mezclada con el reproche a un hijo difícil, pintada en su semblante; como si fuese a empujarlo escaleras arriba. Entonces sonrió y alargó un brazo, con aire juguetón, para asirle el hombro.

Tabby vio su sonrisa y el movimiento de su brazo para tocarle, y quiso arrojarle en sus brazos. Pero una ráfaga de aire cálido, como salida de un alto horno —un aire que parecía capaz de fundir el hierro—, fluyó hacia él, y Tabby se echó atrás, sobresaltado.

Su madre todavía le sonreía, pero sus manos eran los centros de dos bolas de llamas; en un momento, las llamas subieron por sus brazos y saltaron a sus cabellos. Detrás de la cara sonriente, Tabby vio el hueso blanco y brillante. Retrocedió de nuevo, y al avanzar su madre, tambaleándose, en su dirección, las llamas se extendieron por su cara y bajaron hasta el pecho.

Sin mirar, Tabby extendió una mano a un lado y sintió en ella el intenso calor de un fuego invisible; gritó de dolor, y su mente casi se paró como una máquina sobrecargada. La casa ardía a su alrededor, y él no podía ver las llamas.

Su madre cayó de rodillas, tendiéndole aún los brazos. Tabby se apartó del lado donde había tropezado con las llamas, pero sin poder apartar los ojos de su madre. Ésta era un montón amorfo de fuego, del que salían dos brazos levantados.

La mano quemada latía y se estremecía de dolor. Incluso antes de mirarla, supo que le salían ampollas y se ponía roja.

Su padre se echó a reír detrás de él, y Tabby giró en redondo, apercibiéndose para ver a Billy Bentley. Pero era su padre, vestido con su traje gris y sosteniendo en la mano un vaso lleno de whisky irlandés. Cuando Clark derramó parte del contenido del vaso en el suelo, pequeños dedos de fuego enjugaron el whisky en el momento de caer.

—¿No es estupendo? —preguntó Clark—. Todos juntos de nuevo por última vez..., ¡y también la Televisión! —Clark se tambaleó hacia un lado y se enjugó el sudor de la cara. Sonreía como un perro, estúpidamente—. Arriba, ha dicho tu madre; ya lo has oído, jovenzuelo. Sube, pues, y arréglate para la comida.

Unas fibras de la manga izquierda de su chaqueta habían empezado a echar humo y a oscurecerse.

Dentro del crispado montón de fuego que había consumido a Jean Smithfield, pugnaba por nacer una forma que Tabby había visto ya dos veces..., estirándose horriblemente, desplegando sus alas. El calor rugió alrededor de la cabeza de Tabby.

—Todo un plato de fuego —dijo reflexivamente Clark—. Era esto, ¿no? «Todo un plato de fuego.» Recuerdo que lo dijiste muchas veces. Aquí, en esta cocina.

Richard: esto se refería a Richard Allbee, no a él. *El Dragón* le estaba diciendo que también Richard iba a morir esta noche; *el Dragón* quería que lo supiese.

—Te ayudaré a subir la escalera, Spunky —dijo su padre, tambaleándose y acercándose a él.

Tabby se apartó otro paso de la parte más cálida de la habitación y miró de nuevo la cambiante y devoradora fogata en medio del suelo de la cocina. Casi podía ver la cabeza con sus grandes ojos vacíos, unos ojos llenos de noche, irguiéndose allí dentro. Después, otro movimiento le llamó la atención, y miró a través de las llamas que se estiraban, y vio a Billy Bentley apoyado en una pared ardiente, sonriéndole amablemente desde las profundidades de su cara picada de viruela. Billy descruzó

los brazos, bajó una mano y mostró el dedo medio extendido, como en un truco de prestidigitación.

—Tienes que irte —dijo Clark, inquieto—. Es hora..., no queda mucho tiempo...

Tabby se retiró, sin saber adonde iba, queriendo sólo alejarse de aquella pira móvil y de aspecto casi sólido en medio de la cocina. Sentía que sus cejas se chamuscaban y que los pelitos de la nariz amenazaban con arder. Billy Bentley seguía tendiéndole el dedo, sin dejar de apoyarse en la pared ardiente.

—¿Es éste el fin de la serie? —preguntó Clark, pestañeando.

Billy abrió la boca en una muda carcajada.

Tabby iba a morir. La casa ardía, y él y su padre estaban tan atrapados en esta alucinación de *Papá está aquí*, que ni siquiera podrían encontrar la salida. Tabby retrocedió más, viendo ahora la cabeza del murciélago de fuego surgiendo de la pira, mirando en su dirección con las cuencas vacías de sus ojos. En cuanto le viese el murciélago de fuego, moriría... Toda la cocina y toda la casa estallarían como la «Estrella de la Muerte» en *La Guerra de las Galaxias*.

—¡Eh, muchacho! —preguntó Clark—. ¿Qué diablos le ha pasado a Berkeley? ¡Jesús! ¿Por qué está tan caliente esta maldita bebida?

—Papá —dijo Tabby—. ¡Sal! ¡Sal de la casa!

La cabeza del murciélago de fuego se volvió ávidamente hacia Clark; un ala muy grande salió restallando de las llamas y se desplegó en toda la anchura de la cocina, lanzando a su padre dentro del fregadero y cubriéndolo de llamas al instante. Tabby vio arder la bebida de Clark; después vio que la ropa se desprendía de su cuerpo. Su padre lanzó un grito de agonía al empezar a tostarse su piel.

—¡Nooo! —chilló Tabby, presenciando impotente la muerte de su padre.

Otra ala enorme surgió de las llamas. Tabby giró en redondo, sollozando, y se alejó corriendo del calor... No sabía adonde iba en la casa real que se ocultaba detrás de esta visión de la casa de *Papá está aquí*, pero la temperatura del aire le decía dónde era el fuego más débil.

Sus dedos tocaron una pared caliente. Oyó chasquidos de alas enormes detrás de él. Deslizó los dedos a lo largo de la pared, esperando estar equivocado y sabiendo que no lo estaba.

Una moldura de madera resbaló debajo de sus dedos. Encontró el borde de una puerta y tiró de él, casi sin creer que estaba allí... sintió una ráfaga de aire fresco y se arrojó en aquella abertura.

Una cuerda ardiente le golpeó la espalda, como una espada de fuego, y Tabby cayó en la oscuridad, fuera de control, chocando su cabeza y sus brazos y su espalda contra madera dura... Rodó y golpeó el fondo. Tenía la cara húmeda, fría. Pensó que estaba sangrando; le dolía la cabeza en una docena de sitios, donde había recibido los golpes, y se le hinchaban los labios. El aire parecía helado. Abrió cautelosamente los ojos y sólo vio oscuridad.

Poco a poco, se dio cuenta de que estaba en el sótano. Su mejilla descansaba sobre tierra apisonada. La humedad de su cara era sudor, no sangre... El sótano parecía una nevera, después del intenso calor de la casa. Se arrastró apartándose del pie de la escalera, temiendo que aquella cosa de arriba lanzase llamas detrás de él. Le

dolían las piernas y los brazos, pero podía moverlos: no se había roto nada al caer por la escalera. Tabby consiguió ponerse en pie; de momento, se quedó plantado, agitando la mano quemada en el aire y respirando despacio. Retrocedió hasta la pared y se apoyó en ella. Sintió, más que supo, que estaba llorando.

Caminó junto a la pared, arrimados los hombros al bloque de hormigón, trasladándose a la zona de mayor oscuridad. Llegaban desde el techo ruidos de guerra y de tumulto; podía oír que el fuego cobraba intensidad, reclamando más y más trozos de la casa. Y en medio de aquel ruido, oyó una corriente subterránea de voces que gritaban algo confuso y que podía ser su nombre.

Aspiró y contuvo el aliento, tratando de interrumpir su inútil llanto. Se enjugó la cara con la mano ilesa.

Ahora pudo oír las voces que gritaban su nombre. Se alejó lo más posible de la escalera.

Una sola voz gritó:

—Sube, hijo.

Era la voz de su padre. Tabby vio a Clark saltando en el jardín, destruyendo a patadas la vida de Berkeley.

—Sube. Ahora.

Tabby giró en redondo y apretó la cara contusionada en el duro y frío bloque de hormigón. Era áspero, y pareció clavar alfileres en su piel. Tabby se apretó temblando a la incómoda pared.

Se oyó un fuerte rugido y una nube de calor entró en el sótano... Tabby volvió rápidamente la cabeza, pero antes vio que una pared de fuego rodaba escalera abajo. Se pegó con más fuerza a la pared.

Oyó que el fuego devoraba la escalera y empezaba a morder el suelo.

Levantó la cabeza y vio la tierra ardiente reflejada en uno de los ventanucos del sótano.

## 2

Nueve horas antes, Graham Williams había mirado desesperadamente a un joven de camisa a rayas rojas, corbata de lazo y chaqueta azul, sentado a una mesa antigua en un elegante edificio georgiano de arqueada fachada, en la «Old Post Road» de Hillhaven. El edificio albergaba la sección de Hampstead de la «Sociedad de Historia», y el joven —única persona en la casa, aparte Gram.— era uno de los estudiantes graduados de su personal. Aunque momentáneamente confuso, el joven parecía hallarse en la «Sociedad de Historia» como en su casa, y a esto se debía en parte la irritación de Graham: aquel mozalbete se comportaba como si hubiese nacido en las estanterías de libros de referencia.

—Va a tener más problemas de los que se imagina, muchacho —dijo Graham, metiéndose las manos en los bolsillos de los holgados pantalones y encorvándose

más que de costumbre y frunciendo el ceño para clavar al joven en su sillón de cuero —. Olvídese de ese nuevo y presunto reglamento que acaba de inventarse. Olvídelo.

—Ya se lo he dicho. El director insistió en esto. No podemos admitir al público en los archivos. Este verano tuvimos demasiados problemas... No puede usted imaginarse algunos de los...

—Y no me interrumpa, amiguito. Le he dicho que olvide esas monsergas. Si se llama usted historiador, tiene un verdadero problema. Es usted un ignorante. Nunca oyó hablar del «Verano Negro». Fue uno de los períodos más cruciales de la historia de esta región, y para usted no es más que una página en blanco.

El chico suspiró y se inclinó a un lado en su suntuoso sillón, como si quisiera librarse de la mirada de Graham.

—Estoy especializado en Historia de Europa. Usted habla de intereses regionales... No creo que esté capacitado para atacarme como historiador...

—Yo he visto más historia que la que usted ha leído.

—Mr. Williams. Así no vamos a ninguna parte. En realidad, he oído hablar de ese «Verano Negro», aunque es verdad que no estoy al corriente de todo lo que ocurrió entonces, y si quiere usted sentarse a una de las mesas, iré a los archivos y buscaré todo lo que parezca guardar alguna relación con ello. ¿Le basta con esto?

—Me conformaré, pero la respuesta es: No.

Williams dio un paso atrás y renunció a fulminar al chico con la mirada.

—Ahora vamos a alguna parte —dijo el muchacho, levantándose y abrochándose la chaqueta. Parecía relamido, un poco meticuloso a los ojos de Graham; pasó por detrás de la mesa con una sonrisa casi invisible de satisfacción en los labios—. Si quiere sentarse en el salón de lectura, Mr. Williams...

Graham volvió a mirarlo con ceño.

—Dice que ha oído hablar de ello. ¿Qué ha oído usted?

El joven irguió la cabeza.

—Trataré de recordarlo cuando coja sus libros de las estanterías.

Graham le volvió la espalda, disgustado, y pasó de la antesala con paneles de caoba al mucho más amplio salón donde la «Sociedad de Historia» había instalado largas mesas de lectura. Mapas con marco y cuadros de hombres y de casas cubrían las paredes; vitrinas adosadas a los muros contenían manuscritos encuadernados y libros de apuntes y dibujos. Graham dejó caer sus plumas y sus blocs sobre una de las mesas de delante, lo más ruidosamente posible. Entonces volvió a meter las manos en sus bolsillos e inspeccionó rápidamente las pinturas, todas las cuales había visto muchas veces con anterioridad. Se detuvo delante de un mapa pintado a mano de las costas de Hampstead-Patchin; marismas y aguazales habían sido esbozados en él; un indio levantaba su arco en el lugar de la matanza de 1645; un soldado de casaca roja aparecía plantado en actitud de firmes sobre Kendall Point. El autor del mapa, que había diseñado con muy poca exactitud la forma de la costa y calculado mal las distancias entre los puntos de referencia, había escrito la fecha en el ángulo inferior derecho: 1803. Graham había lamentado muchas veces no poder conocer al anónimo cartógrafo, para sugerir que esperase otros ocho años antes de acabar su trabajo. Si

hubiese dibujado el mapa en 1811, Graham estaba seguro de que habría colocado otra imagen más interesante sobre Kendall Point.

—¿Mr. Williams? ¿Mr. Williams?

Graham se volvió vivamente, casi con nerviosismo, apartándose tanto del mapa pintado a mano como de sus preocupaciones. El joven estaba plantado delante de un montón de libros y papeles; parecía incluso más satisfecho de sí mismo que antes.

—He encontrado muchísimo material —dijo—. Aquí tiene ejemplares de los periódicos y folletos de New Haven correspondientes a los meses de verano de 1873; ejemplares del periódico de Patchin; todos los libros que he pensado que podrían serle de alguna utilidad... y he recordado aquella otra cosa a la que me referí. —Con el índice empujó sobre la mesa un libro delgado con encuademación gris de biblioteca —. ¿Oyó hablar alguna vez de Stephen Pollock?

Graham sacudió la cabeza con impaciencia.

—Se presume que Pollock influyó en Washington Irving. En todo caso, Pollock escribió un libro titulado *Viajes curiosos*, un libro de viajes. Y esto es lo que antes pensé. Estuvo en Connecticut en 1873, y tomó un carruaje desde Nueva York hasta New Haven. —Sonrió entusiasmado y señaló la puerta de entrada con un bolígrafo de oro—. Lo cual significa que pasó por delante de esta casa. Estuvo en Old Post Road.

Graham dejó a un lado el libro de Pollock, con la intención de verlo más tarde, y pasó varias horas repasando las copias de los periódicos del verano de 1873. Lo más sorprendente, pensó, era la tremenda indiferencia, la calma, con que se había tomado «El Verano Negro». De vez en cuando aparecía una referencia al cambio de horario de las diligencias o de los planes de embarque; y en el periódico de Patchin encontró una jocosa referencia a la súbita prosperidad de los empresarios de pompas fúnebres de la zona, y la profusión de monedas en los bolsillos de los enterradores. Lo más sorprendente era que nadie había parecido sorprendido...; la mitad de la población había muerto, y los moradores de los pueblos vecinos cerraban los ojos y gastaban bromas sobre los ricos sepultureros. Habían pasado años pretendiendo que Hampstead había dejado de existir.

Sin tomar aún el libro de Pollock, Graham envió al estudiante graduado al archivo, en busca de información sobre el incendio de Patchin en 1779: quería repasar los diversos acontecimientos ocurridos en el ciclo de treinta años. Tyron desembarcando en Kendall Point; los ingleses y los mercenarios Jaeger desparramándose sobre la boscosa y pedregosa tierra; incendiando casas y granjas con inusitada violencia.

Los soldados habían pasado sobre la tumba de Gideon Winter para saquear la villa.

Kendall Point. A veces Kendall Point parecía alargar los brazos hacia Hampstead, agarrarla..., como si se alimentase de la población.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Graham, y se vio tal como era, un hombre viejo y encorvado, ya no muy vigoroso..., y cuya parte más fuerte era ahora su voz. Y ésta era la que se proponía emplear contra Kendall Point y Gideon Winter; debido a

las ideas que había perseguido durante cincuenta años; debido a que una vez había luchado contra un hombre malvado y vil en una barca, e imaginando que tal vez había luchado todavía más.

¿Cuánto tiempo hacía que no había visto Kendall Point? Graham se dio cuenta de que no había estado allí desde que había empezado a estudiar la historia de Hampstead; en aquellos tiempos, siendo todavía un muchacho, había ido allí a echar un vistazo. Y había visto... nada. Había mirado los árboles, las rocas, el agua. Había bajado a las grietas dejadas por la catástrofe de 1811, y también allí había observado los guijarros, la tierra descubierta, cavernas destruidas por la erosión, ásperas hierbas correosas cubriéndolo todo. Nada. Había mirado, pero no había visto. Había estado pensando en los soldados de Tyron y en cómo habían desembarcado; no había prestado bastante atención a la Punta misma, al corazón de todo lo que le rodeaba.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Graham se separó de la larga mesa y se puso en pie. Aún sentía la impresión de carne de gallina en la espalda y en los brazos.

Volvió al mapa pintado. En su ligero marco de madera, tenía un aspecto de cuadro al pastel, decorativo, como algo encontrado en la habitación de un niño pequeño. Graham se acercó al ingenuo e inexacto mapa. «Kendall Point —murmuró para sus adentros—. Kendall Point y Greenbank.»

Donde estaba Greenbank, el cartógrafo había dibujado dos casitas de campo y una extensa marisma. Graham las observó un momento, pensativamente, y después miró de nuevo Kendall Point.

Era más grande, más importante que en la realidad. El casaca roja estaba en posición de firmes en medio de esta deformada punta, con el mosquete rígidamente apoyado en el hombro. Graham frunció los párpados y se acercó más al mapa; en realidad, nunca había observado con atención la cara del pequeño soldado.

Entonces se quedó petrificado, con la cara a pocos centímetros del cristal que protegía el mapa, porque había visto que aquella figurita se movía. El casaca roja bajaba su mosquete, separaba las piernas.

La boca del pequeño personaje se abrió en amplia sonrisa: ya no era un dibujo; era un tipo raro vivo, y bajaba el mosquete. En medio de su pasmo, Graham tuvo vaga conciencia de que las líneas del mapa desaparecían, formando dibujos dentados alrededor del soldadito. El casaca roja guiñó un ojo a Graham, levantó el arma y apuntó. Cuando apretó el gatillo, Graham oyó un *plop!*, como la explosión de un globo pequeño.

Un segundo después, un agujerito estrellado apareció en el cristal que cubría el mapa. Graham dio un salto atrás, temiendo por un instante haber sido alcanzado por la bala. Entonces la vio, incrustada en el vidrio roto: una manchita de metal, del tamaño de un mosquito. Una llama diminuta saltó en mitad del pecho del casaca roja.

Un momento antes de que el joven de la corbata de lazo entrase corriendo en el salón de lectura, Graham advirtió al fin lo que había pasado a las líneas del mapa. La costa desde New Haven hasta el límite de Norrington era el hocicudo y cornudo

perfil de un dragón. Lanzó un gemido, sintiendo como si hubiese recibido un balazo real en los intestinos, una viva contracción de súbita angustia.

—¡Mr. Williams! ¿Ocurre algo? —dijo el joven.

Había entrado con tanta prisa, que no se había abrochado la chaqueta. Entonces vio el mapa.

—¿Qué ha hecho usted? —gritó a Graham, que había vuelto a acercarse a la pared.

Brotaban llamas debajo del cristal, enroscándose sobre la deformada representación de Kendall Point. La figura del casaca roja aparecía encogida y arrugada.

—¡Dios mío! —exclamó el muchacho. Corrió hacia el mapa y tocó el marco para descolgarlo. Inmediatamente retiró las manos y lanzó un gemido—. ¡Está ardiendo! —gritó, todavía aturdido.

Se quitó la chaqueta y la empleó para agarrar uno de los lados del marco. Descolgó torpemente el mapa de la pared, y el cristal chocó con las tablas.

—¿Qué...? —dijo el chico, mirando furiosamente a Graham.

—El extintor de incendios —dijo Graham—. Necesita un extintor.

—En el despacho —dijo el chico—. Espere aquí, Mr. Williams. Lo digo en serio. No se mueva de aquí.

—Creo que debe darse prisa —dijo Graham.

El joven miró angustiado las llamas que surgían del mapa, se volvió y salió corriendo del salón de lectura.

Graham se acercó más al mapa. Pisó las llamas y las apagó. En el fondo del edificio, el muchacho abrió de golpe una puerta. Graham se acercó despacio a la larga mesa y recogió sus plumas y sus libretas de notas. Todavía sentía retortijones y dolor en la panza. Deslizó los *Viajes curiosos* de Pollock entre su montón de papeles. Salió por la puerta principal y recorrió la mitad del paseo empedrado para volver a su viejo coche, antes de que sonase de nuevo la puerta en el fondo del edificio.

Respirando fuerte, hizo girar la llave de contacto. Antes de arrancar, miró de soslayo las arqueadas ventanas de la «Sociedad de Historia» y vio la cara del joven en una de ellas, gritándole desesperadamente algo. Graham metió la marcha, pisó el acelerador e hizo una de las arrancadas más imponentes de su vida.

Marchaba en dirección a Patchin, alejándose de Hampstead, y puso el intermitente antes de doblar la esquina de la manzana; pero cuando hubo girado hacia el Sur, no continuó en línea recta por Harbor Road, ni retrocedió hacia Mount Avenue y Greenbank. Iba a Kendall Point.

La carretera terminaba en un montón de cascajos delante de un muro en ruinas. Graham aparcó allí su coche y cruzó lentamente la rota calzada asfaltada hacia el montón de cascotes. Apoyó un pie sobre el murete, sintiendo una excitación a duras penas reprimida. Era el *tono* que antes no había comprendido, el febril y jubiloso *tono* del Dragón.

Mirando hacia Kendall Point, Graham sintió que tenía veinte años menos, quizá treinta. Notaba un dolorcillo en el pecho, latidos en la rodilla derecha y pinchazos



regulares en la espalda, pero estaba al borde del descubrimiento, de dar el paso decisivo. Lo sabía. Y el Dragón lo sabía también. Como Tabby Smithfield, solo en Gravesend Beach, Graham habría podido gritar: «¡Muéstramelo!», con la misma voz desafiadora de Tabby.

Delante de Graham había una herbosa garganta, tal vez de seis metros de profundidad, de márgenes suaves y grandes piedras en el fondo que facilitaban el paso al otro lado. Más allá, había un llano cubierto de hierba, con un bosquecillo de viejos robles y abetos en su centro; en sus bordes, este llano degeneraba en marisma, que degeneraba a su vez en playa rocosa frente al agua. Desde donde estaba Graham, al final de la carretera, hasta el extremo de la Punta, había una distancia de unos doscientos metros.

La tierra deshabitada a la que se llegaba por la terminación de Harbor Road — terreno que quedaba ahora detrás de Graham— parecía, sorprendentemente, igual que la última vez que Graham Williams había venido a Kendall Point. La Depresión había alcanzado de algún modo a este oscuro rincón de Hillhaven diez años atrás, y no lo había abandonado.

Tal como Graham lo vio ahora, *el Dragón* había asolado este lugar. Precisamente al lado del curvo final de la carretera, se alzaba un edificio blanco con una terraza de hormigón, parcialmente visible detrás de una alta valla. El edificio tenía una larga ventana en la planta baja de cara al sur, e hileras de ventanas más pequeñas en los pisos superiores; en una de éstas, unos pantalones estaban tendidos a secar en un cordel; en otra, centelleaba una lámpara «Budweiser». Graham había estado siempre seguro de que aquel edificio era un bar, pero no tenía nombre, ni rótulo alguno; por esta razón y por la hilera de ventanitas, presumía también que era un prostíbulo; tenía todo el aspecto de un prostíbulo, y de los peores; uno de esos lugares donde pueden robarle a uno, y darle de palos si se queja. En la mal cuidada calle, más allá del gran edificio blanco, había media docena de casas pequeñas, el equivalente, en Hillhaven, de Poor Fox Road. Lo mismo que una generación y media atrás, aquellas casas parecían abandonadas, traidoramente vacías, invitaciones a la tragedia: si un niño entraba en una de ellas para jugar, se caería al ceder un suelo podrido y se rompería el espinazo, o caería por una escalera rota... y las ratas se ensañarían con él. Ahora tuvo Graham la impresión, al observar la hilera de casas arruinadas y traidoras, que estaban allí esperando a sus víctimas.

Graham subió al murete, miró hacia atrás a su coche y al amasijo de edificios, y saltó a la tierra del *Dragón*.

Primero tenía que bajar a la pequeña garganta, cruzarla pisando las piedras del fondo y subir por el lado opuesto a lo que era la Punta propiamente dicha. El descenso hasta los guijarros parecía bastante fácil: si hubiese sido un chiquillo, habría tratado de deslizarse sobre las suelas de los zapatos. Pero como no lo era, los rododendros silvestres que crecían en los lados de la quebrada casi parecían invitar a Graham a emplearlos como agarraderos o como freno, si bajaba con demasiada rapidez.

Moviéndose con gran cuidado y apoyándose sobre todo en el pie derecho, Graham empezó a descender poco a poco la pendiente. La tierra se mantenía sólida bajo sus zapatos de baloncesto. Tendió el brazo izquierdo para conservar el equilibrio y bajó unos cuantos pasos más. Pronto llegaría a los rododendros y podría agarrarse a ellos durante casi todo el trecho hasta los guijarros. Unos pocos pasos más, y sus tobillos empezaron a protestar por la forma en que les obligaba a doblarse. Graham se inclinó un poco más hacia la pared y apoyó en el suelo los dedos de la mano derecha, estabilizándose.

El pie izquierdo encontró un punto de apoyo a un palmo cuesta abajo; el derecho pasó torpemente sobre él y encontró otro punto en que apoyarse. Graham suspiró, casi gimiendo: esto era más difícil de lo que había pensado. Bajó de nuevo el pie izquierdo y sintió que la suela del zapato resbalaba sobre musgo. Vaciló un momento, a punto de soltarse, y clavó los dedos en la hierba: su pierna resbaló debajo de él hasta que el calzado de baloncesto encontró tierra sin hierba y quedó clavado en ella.

«¡Jesús! ¿Por qué estoy haciendo esto?», pensó Graham, salvando un metro de pendiente gracias a clavar los dedos de la mano derecha en la tierra, agarrándose a raíces y a unas matas de hierba. «¿Por qué he bajado aquí?» Miró hacia arriba, hacia lo alto de la garganta, y vio que el cielo giraba oscuramente sobre el borde y que la tierra se elevaba a su espalda como una pista de montaña rusa.

Graham gimió en voz alta. La pendiente a la que se agarraba se alzaba como una escalera de mano que se pusiese de pronto perpendicular. La luz se había apagado. Graham tuvo absurda conciencia de la esfera luminosa de su reloj... y de un sonido ahogado y asmático que pensó era la risa de las arruinadas casas, hasta que se dio cuenta de que salía de su propio pecho.

Su cabeza oscilaba hacia atrás, y sus pies hacia delante, en la súbita noche. Donde había clavado los dedos, la tierra le quemó la mano. Una raíz tubular adosada a la palma de su mano pareció de pronto una tubería de agua caliente.

Graham agitó los brazos, buscando cualquier agarradero que se pusiese a su alcance, e inmediatamente resbaló ocho o diez palmos cuesta abajo, y las afiladas piedras le arañaron el vientre y la cara. Entonces pareció que un rododendro entrelazaba los tallos alrededor de sus manos, evitando deliberadamente que cayese sobre los guijarros. Graham se agarró al arbusto, y tuvo la impresión de que éste aceptaba sus manos y buscaba después sus piernas. Momentáneamente, se sintió a salvo.

—¡Auxilio! —gritó, pensando que alguna de las chicas del bar podría oírle—. ¡SOCORRO!

Sabía, y lo lamentó, que las chicas de aquel lugar debían de oír muchos gritos extraños desde Kendall Point, sin prestarles atención.

—¡AUXILIO! ¡SOCORRO...!

El arbusto o la pendiente, o ambas cosas a la vez, se aflojaron y le soltaron. Sintió que los músculos de la tierra se contraían, que las ramas y las hojas del arbusto al que se agarraba se enroscaban y se hinchaban monstruosamente, y después sólo

sintió que el aire escapaba de sus pulmones y que su estómago caía más de prisa que él.

Mucho después de chocar con los guijarros, no sintió nada.

Mucho después, Graham abrió los ojos y se encontró en un llano inmenso y rojo. Gimió, se lamió los labios, movió las piernas. Le dolía todo el cuerpo, y tan intensamente que no se daba cuenta de ninguna lesión particular; todo él estaba lesionado. Sin embargo, al cabo de unos minutos, empezó a percibir síntomas aislados: su cabeza estaba sumida en un dolor enorme, y la mejilla derecha había doblado su tamaño; el brazo derecho le dolía terriblemente si trataba de levantarlo, y el dolor se extendía y después se contraía para concentrarse en el codo; sus caderas le enviaban mensajes de entumecimiento y confusión. Con el tiempo, también éstas gritarían de dolor.

Pestañeó dos veces rápidamente, y después otras dos. Levantó cuidadosamente la mano izquierda y exploró su cara; se frotó los ojos. Encima de él, el mundo tomaba forma de nuevo, surgiendo de aquella rojez.

El borde de la quebrada era como una raya negra debajo del azul estrellado y oscuro del cielo. De momento, Graham no recordó por que no estaba en su casa, y miró intrigado el paisaje vertical que tenía delante. Podía recordar que había estado contemplando el mapa en la «Sociedad de Historia»... Después de esto, todo se confundía en una oscuridad precipitada que, de algún modo, había culminado en su actual dolor.

Recordó un orificio estrellado abriéndose en la superficie de un cristal. ¿Qué lo había producido?

Graham se valió del brazo izquierdo para incorporarse. El mundo se volvió de nuevo rojo y giró a su alrededor en grandes y mareantes órbitas. Graham trató de serenarse; esperó a que cesara el movimiento; jadeó. Movié el brazo derecho, y el codo reaccionó como si le hubiesen dado una coz. Gimiendo de dolor, abrió de nuevo los ojos y vio que estaba muy cerca del borde de la quebrada. Si pudiese mover las piernas, podría subir.

El dolor del codo cedió un poco al apretarlo él con la mano izquierda. Graham pensó que podría moverse. Cuidadosamente, bajó el brazo derecho y apoyó la palma de la mano izquierda en la suave superficie de la piedra, para ponerse en pie. Las caderas le dolían terriblemente, pero pensó que sólo se había contusionado un hueso o desgarrado algún ligamento; en realidad, se congratulaba de haber sobrevivido a la caída sin sufrir lesiones graves. Al mirar ahora la pendiente, vio unas rayas oscuras que eran las huellas de sus zapatos al bajar; terminaban a unos cuatro metros del pedregal, y a media distancia entre la última señal y la roca, había un sitio en que el musgo y las hierbas habían sido eliminados, arrancados. El rastro de la cadera de Graham. Era una suerte que estuviese vivo, y más aún que estuviese entero. Casi entero. Deslizó la mano izquierda sobre la plana y lisa superficie de la roca y trató de persuadir a sus piernas de que lo aguantasen.

La mano se posó sobre un charquito de algo pegajoso y Graham lo miró con curiosidad y después con sorpresa. Era negro..., parecía negro a la luz de las estrellas.

Graham no identificó aquel fluido como sangre hasta que lo olió, y entonces sacudió débilmente la cabeza, preguntándose si la herida del lado de su cara sería peor de lo que había imaginado.

Confuso, apartó la mano a un lado, y tocó otro cuerpo que había estado yaciendo al lado del suyo. Era más pequeño que el cuerpo de un adulto. Graham gimió de nuevo y, esta vez, se obligó a ponerse en pie. Entonces pasó tambaleándose alrededor de la roca, para poder ver la cara. Se inclinó hacia delante, a pesar del dolor de las caderas. Sintió un nudo en las tripas y en el corazón: era la cara de Tabby.

Tabby tenía un corte en el cuello, tan profundo, que casi lo habían decapitado. Le habían matado en el borde de la quebrada y habían arrojado el cuerpo junto al de Graham: aquel cuerpo tenía la flaccidez de un muñeco tirado a la basura.

—¡Oh, Dios! —exclamó Graham—. ¡Oh, Dios mío!

Empezó a llorar e, inconscientemente, se llevó la mano derecha a la nariz... El codo protestó. Graham hizo una profunda inspiración, se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda, y alzó el brazo derecho sobre el izquierdo para poder frotarse la nariz con la manga.

—¡Oh, Dios mío! —repitió, y acudieron las lágrimas a sus ojos—. ¡Tabby!

Tabby abrió los ojos, y los pies de Graham se inmovilizaron sobre la piedra.

—Estoy muerto. Estoy muerto, y tú tienes la culpa.

Graham estuvo a punto de caerse de la peña. El rostro de Tabby era implacable.

—Tú deberías estar muerto, no yo —dijo Tabby—. Él quiere que lo sepas.

El viejo pudo ver en los ojos de Tabby los puntitos de luz que eran las estrellas.

—Él me ha matado..., me ha matado porque tú te entrometiste..., me ha matado porque nos llevaste a aquella lápida y nos leíste su nombre... ¡Maldito seas! ¡Maldito seas! —La cabeza del niño cayó de nuevo sobre la roca y brotó más sangre de la mellada boca—. *Tú provocaste esto, ¡tu alma arderá en el infierno!*

—Tabby —dijo Graham—. Si eres realmente Tabby, sabes que yo nunca habría...

La cabeza del niño rodó hacia atrás, riendo y escupiendo grumos de sangre.

—Tú sabes lo que ocurrió en «El Verano Negro», ¿no? ¿No lo sabes? ¿NO LO SABES?

Graham sacudió la cabeza.

—No todo. Tabby...

—Tú no..., tú no sabes nada. Porque *esto* es lo que ocurrió. *Esto*. —La cabeza se volvió a un lado, mirando a Graham con ojos de idiota regocijo—. Yo. Yo soy lo que pasó. Yo. ¡Cabezota estúpido! Nunca lo supiste. Y esto no es aún lo que parece ahora..., tampoco sabes esto. ¿Quieres verlo? ¿Quieres ver lo que soy realmente ahora? Lo verás de todos modos, y quizá sabrás lo que estás buscando.

—¿Lo que estoy buscando?

—«Cuatro Corazones» es ahora un solo corazón, Graham.

Los labios babosos se abrieron en una carcajada, y entonces todo el cuerpo se encogió súbitamente, se ennegreció, hasta convertirse en una momia enana. La seca y

pequeña cascara sobre la llana superficie de la roca. Pedazos cenicientos se desprendieron de ella.

Graham miró horrorizado los ennegrecidos restos del cuerpo de Tabby. Temblando, se inclinó hacia delante, sin darse ya cuenta del dolor del codo y de las caderas, y tocó con la punta de los dedos la negra corteza. En cuanto lo hubo tocado, la pequeña cascara se rompió en innumerables pedazos..., y se elevó un polvo gris, más ligero que el aire, de sus fracturas. Los millares de hebras de ceniza se agitaron sobre la superficie de la roca, se rompieron en partículas del tamaño de moscas y se separaron girando locamente.

Todavía temblando, Graham se irguió dolorosamente. Durante un segundo, el mundo se volvió de nuevo rojo y ascendió oblicuamente como la cubierta de un buque en el mar..., mientras él se agarraba el codo derecho y su cara se fruncía en una mueca de viejo maya. Tabby estaba muerto. «Cuatro Corazones» había ardidado y Tabby había muerto allí. *El Dragón* había convertido al simpático Tabby en una especie de capullo seco y negro. Apretando el codo lesionado contra las costillas, Graham lloró por Tabby..., y también por su propia flaqueza.

Por último se apartó de la lisa superficie de la roca y volvió a la pared de la garganta. *Maldito seas*, le había dicho Tabby con sus labios manchados de sangre y su cuello desgarrado. Y había condenado su alma a arder en el infierno. Los cansados pies de Graham subieron de costado la musgosa pendiente; a través de la humedad de sus ojos, vio el sitio donde había arrancado un trozo de arbusto. Hojas negras, tallos moribundos, tapizaban el suelo. «Tu alma arderá en el infierno. Maldito seas.» Cuando llegó a la cima de la pequeña garganta, las luces de las ventanas del bar le hirieron los ojos como alfileres. Detrás de los cristales, hombres y mujeres, también condenados, aparecían y desaparecían a través de una luz submarina. Peces en una pecera, pensó Graham; peces en un barril. Cayó una vez al suelo mientras se dirigía a su coche.

### 3

Tres días antes, Richard Allbee había iniciado a pie el trayecto hacia su lugar de trabajo en Hillhaven. John Roehm, que no sabía nada de lo que le había ocurrido a Richard la semana pasada, le había animado torpemente a dejar su coche en casa. Por lo visto, Roehm creía que, cuando a uno lo derriba su caballo, tiene que volver a montarlo en seguida. Algo desagradable le había ocurrido a Richard durante su caminata; había dejado de ir a pie; por consiguiente, lo adecuado era hacer frente a lo que fuese y subir andando por Mount Avenue, con una sonrisa entre los labios. «El mejor ejercicio del mundo», había dicho Roehm, mientras el aserrín saltaba de la sierra a su barba y caía como caspa dorada sobre su camisa roja. «Conservarás la salud toda la vida, si andas tres kilómetros cada día.» Richard había accedido — mejor dicho, se había rendido— y, a pesar de sus temores, las caminatas se habían desarrollado sin tropiezos.

Desde luego, los propios temores hacían que el paseo de tres kilómetros fuese inquietante. Siempre que se acercaba un coche, Richard miraba fijamente hacia delante y mantenía el paso regular, aunque el ruido le daba ganas de saltar y echar a correr. Si había algo extraño oculto detrás del volante de los coches que le adelantaban, no quería verlo. Y si pasaba otro peatón, un *jogger* o un paseante, Richard cruzaba automáticamente la calle. Su miedo —su *expectativa* miedosa de algún fuerte desastre emocional— lo acompañaba; no podía ser de otra manera.

La benigna sonrisa de aprobación total del barbudo John Roehm al saludarle en las dos primeras mañanas, fue como una recompensa. El tercer día —el día del fuego en «Cuatro Corazones»— la sonrisa se repitió, pero Richard estuvo menos seguro de la prudencia de aplicar en el Condado de Patchin metáforas de adiestramiento de caballos.

Se acercaba al punto de su trayecto donde el peligro parecía siempre más inminente, cuando el desastre emocional que temía se le vino clamorosamente encima; era el sector de Mount Avenue comprendido entre las dos puertas de piedra, treinta metros más abajo de la casa que había habitado Tabby en su infancia. Al pasar por delante de la mansión gris, Richard irguió los hombros y apretó el paso, sudando durante toda aquella distancia y esperando solamente llegar al otro extremo del paseo.

El día en que ardería «Cuatro Corazones», matando a todos los que estaban allí, Richard Allbee había recorrido sólo la mitad de la distancia entre las dos puertas de piedra cuando vio que habría recibido de buen grado la visión del febril y pequeño Charle Daisy. Una mujer, con un vestido largo que él recordaba bien, salió de detrás de un árbol y le esperó. Iba descalza y sus pies aparecían pálidos en contraste con el oscuro mirto que crecía entre los postes de hierro de la valla y la calzada. Aquella mujer era Laura. En cuanto él la vio, empezó a avanzar ella en su dirección.

El sudor brotó en seguida copiosamente del cuerpo de Richard, empapando su camisa. Apretó el asa de su cartera de mano, sujetó con fuerza los planos enrollados bajo el brazo, y mantuvo firmemente fija la mirada en la calzada de la calle. Chinás, grietas del asfalto, una pluma de pichón mellada con un viejo cepillo de dientes, surgieron como aumentados por una lupa y desaparecieron al pasar él sobre ellos.

Ella quería que él la mirase, pero él no lo haría, no podía hacerlo. Su cuerpo no le permitía ver lo maltratado que había sido el de ella.

*Sintió* la súplica de Laura y meneó la cabeza. Si la veía desgarrada y destruida —si la veía una vez más—, sería el fin para él, Ella se apoderaría de él. Sintió susurrar sus pies sobre las hojas gomosas del mirto. Su silencio era peor de lo que habrían sido las palabras... Oyó también que el vestido se deslizaba sobre las caderas, rozaba las pequeñas plantas gallardamente erguidas sobre la tierra parda. ¿Morirían al tocarlas el vestido? No miraría atrás para saberlo; frunció los párpados, apretó los dientes y siguió adelante. Ella era como una mariposa gigantesca, aleteando en su aflicción. Si él seguía moviéndose, si fingía no sentir que ella sacudía sus emociones, no podría detenerlo. De vez en cuando, echaba una rápida mirada a la tela blanca del vestido y sacudía la cabeza como un caballo molestado por las moscas.

Cruzó la segunda puerta —al otro extremo del largo paseo hacia la antigua casa de Monty Smithfield— y gruñó con fuerza al advertir que el espectro de Laura no desaparecía. Allí ya no había mirtos, y los pies de Laura avanzaban sobre la gravilla, produciendo un ruido parecido al de unos dados al rodar.

No lo dejó hasta que él llegó a la curva del camino, exactamente delante de la larga y blanca franja de la playa de Hillhaven. Ahora no había niños en ella —los padres temían dejar que sus hijos se acercasen al agua—, pero hileras de mujeres en bikini yacían en la arena, leyendo novelas de verano y tostándose al sol. Richard tenía los ojos casi cerrados; fruncía los párpados para ver lo menos posible sin echarse de cabeza contra un coche que viniese en sentido contrario. Sintió, y después vio con sus ojos empañados, que la playa estaba cerca; entonces supo que ella se había ido. Sólo oía el agua deshaciéndose en la suave espuma que susurraba sobre las piedras; percibió el apartamiento de Laura de su lado como una súbita ráfaga de aire cálido contra sus rodillas.

En la obra, John Roehm le echó una mirada y le dejó solo toda la mañana; un sacrificio para él, pues al viejo le gustaba charlar. Richard sabía que se estaba preparando para poner aceite de linaza sobre el nuevo entarimado del comedor, y que quería conversar sobre la cantidad de color a añadir al aceite. John Roehm podía estarse media hora debatiendo ideas sobre un tema como aquél. Pero Richard conferenció con el cliente, que no pareció advertir nada desacostumbrado en él; retocó un poco más sus planos, y trabajó dos horas solo, dando forma a una cornisa del techado. Pero no podía concentrarse en nada; su oído interno seguía oyendo el susurro de los pies descalzos sobre las verdes hojas de mirto.

Laura volvió para Richard mientras el inconsciente Graham Williams se movía sobre una roca plana, y mientras Tabby Smithneld se apretaba contra la pared del sótano y trataba de no oír aquella voz, que era la de su padre pero procedía de un ser que no era su padre. Llegó por la noche, y Richard estaba casi preparado para recibirla.

Se había acostado temprano, prometiéndose que mañana volvería a recorrer a pie Mount Avenue, y pasado mañana, y todos los días hasta que Laura dejase de aparecer. Ni siquiera cruzaría la calle. Haría lo mismo que hoy: seguir andando leyendo, *La mujer de blanco*, y trató de perderse en los problemas de Marian Halcombe. La letra impresa parecía huir de él, y más de una vez releyó el mismo párrafo sin darse cuenta: había presumido que le costaría dormirse, como solía ocurrirle estos días, y esta presunción le impidió advertir que, en realidad, estaba ya amodorrado. Durante un rato, luchó con la prosa de Wilkie Collins, con tanta terquedad que en dos ocasiones volvió a coger el libro que se le había caído de las manos. La tercera vez, el libro le cayó sobre el pecho, y puso el marcador entre las páginas y dejó la novela sobre la mesita de noche. Y, al hacerlo, se dio cuenta de que no sólo había presumido que estaría despierto la mayor parte de la noche, sino también que quería estarlo; el estado de vigilia era como una protección. Cuando esta idea se hizo consciente, vio que era una tontería. Richard apagó la luz y se deslizó entre las sábanas. La casa estaba a oscuras.

Un momento después, se encendieron las luces del pasillo y un chorro de luz entró en la habitación. El corazón de Richard latió con fuerza, sobresaltado. Se incorporó y vio la puerta abierta, el pasillo iluminado y la puerta de la *nursery* también abierta de par en par. Aquella puerta había estado cerrada desde que el último policía había salido de la casa. Richard no había querido nunca entrar de nuevo en aquella habitación. Si hubiese encontrado la llave, la habría cerrado con ella definitivamente.

—¿Quién está ahí? —preguntó, esperando que hubiese habido un contacto en la vieja instalación, provocando que se encendiese la luz—, ¿Quién está ahí?

Laura salió por la puerta de la *nursery* al iluminado pasillo. Por un instante, se quedó plantada fuera de la habitación de Richard, completamente inmóvil. Su cara y su pecho estaban manchados de sangre, y se veían coágulos en sus cabellos; debajo del tórax, había una enorme herida abierta, y las partes del cuerpo que estaban enteras parecían pintadas con sangre. Esta vez, él tuvo que mirar. No se atrevió a apartar los ojos de ella, Laura deseaba que él supiese —o *el Dragón* quería que él supiese— lo que le había ocurrido.

Miró el cuerpo mutilado de su esposa y saltó de la cama. *El Dragón* la había enviado; o ella misma era *el Dragón*. Recordó aquella noche, después de la espantosa cena en casa de los McCloud, en que él y Laura se habían desnudado al mismo tiempo y hecho el amor en su casa alquilada. Amor en una cama de agua, amor de panzuda estufa. Ella le había parecido totémica, absolutamente hermosa. «No quiero perderte, Richard.» Ahora estaba temblando, no sabía si de miedo o de asco o de rabia. Había sido él quien la había perdido.

Laura se acercó, y Richard comprendió que *el Dragón* le hacía esto deliberadamente. *El Dragón* quería que viese una vez más el cuerpo destrozado de Laura; *el Dragón* quería arruinar su vida antes de quitársela. Richard retrocedió hacia el cuarto de baño, manteniendo la cama entre él y Laura. Ésta salió despacio de la luz y se sumió en la oscuridad del dormitorio; durante un largo momento, sólo fue una sombra, una silueta con la forma de Laura contra la luz, y Richard se sintió desfallecer: su esposa había vuelto. Entonces percibió los olores que otro espectro, el de Billy Bentley, le había lanzado desde un ascensor de un hotel de Providence: de podredumbre de cloaca, de gases de pantano, de heces, de muerte.

—Vete de aquí —dijo.

Ella avanzó en dirección a él, dando vuelta a los pies de la cama. Sus ojos tenían un brillo blanco. La herida del vientre se agitaba como el faldón de una camisa.

—Tú no eres Laura —dijo él.

La comisura de los labios de ella se alzó en una inquietante media sonrisa.

—¿Vas a tratar de matarme? —preguntó él—. Está bien, mátame. No puedo soportarlo más. Me volví loco al morir tú. ¿Piensas que quiero vivir aquí yo solo? La mayor parte del tiempo desearía estar muerto.

Si la criatura que estaba ante él era su esposa, pensó, todo esto sería verdad; pero se había parecido más a Laura, había habido en ella más de Laura, cuando se le había aparecido por la mañana en Mount Avenue.



Pero es Laura, pensó, cuando la vio pasar alrededor de los pies de la cama. No podía moverse: estaba como petrificado, tan irremediabilmente perdido como habría estado por la mañana si la hubiese mirado.

Ella pasó a través de una rígida sombra vertical, y al salir de nuevo a la luz del pasillo, su pie estaba entero. La sangre y la herida habían desaparecido, como si los recuerdos de Richard la hubiesen creado de nuevo. Ahora volvía a ser su esposa, que se acercaba más y más bajo la pálida luz.

A Richard se le cortó la respiración; sintió un cosquilleo en la piel, súbitamente fría.

Laura se puso delante de él, jugando todavía en su boca aquella media sonrisa. Alargó un brazo, y él se echó atrás: los dedos sólo rozaron su pecho.

La piel se irritó, y surgieron ampollas donde ella lo había tocado. Sintió un dolor como si le hubiesen clavado unos cuchillos. Fuese o no fuese Laura, era lo bastante real para matarlo. Ella volvió a avanzar, sonriendo y estiró el brazo.

—No —dijo él, retrocediendo hacia la puerta del cuarto de baño—. Vete, No puedo luchar contra ti.

Ella le obligó a entrar en el cuarto de baño, y él siguió retrocediendo. El blanco de los ojos de ella brillaba en la oscuridad del cuarto de baño, y la piel de Richard se estremeció de miedo.

Podía escapar por la puerta del cuarto de baño que daba al pasillo; no estaba acorralado, disponía de toda la casa. Laura se acercó y él dio un salto atrás, buscando a su espalda el tirador de la puerta del pasillo.

Aquí, la luz de encima de la escalera, la luz que había anunciado la presencia de Laura, daba a todas las cosas su aspecto corriente; ya no estaban en el claroscuro del dormitorio, con sus sombras y su media luz, ni en el oscuro cuarto de baño, sino en la cima de la escalera principal. Bajo una luz real. Y su desnuda esposa salía alegremente en su busca desde el cuarto de baño, y la luz real iluminaba su carne verdadera y sus cabellos. Su sonrisa era ahora la típica de Laura. Richard retrocedió despacio, tocando la punta del pasamano. Aquí, a la luz, la presencia de Laura parecía casi natural. Ella levantó la cabeza, hizo un pequeño movimiento juguetón en dirección a él, y Richard saltó hacia atrás.

Durante un momento, permanecieron inmóviles en lo alto de la escalera. Richard sabía que ella quería matarlo, y aquí, bajo la luz vulgar cotidiana, le pareció imposible que hubiese estado dispuesto a morir. Ella no era Laura, era una criatura del *Dragón*. Laura había sido de un mundo de afecto, de amistad y de trabajo. Lo que tenía ante él, tan perfecto, era una imitación de ella.

Richard, que conocía palmo a palmo su nueva casa, sabía que uno de los barrotes que sostenía el pasamano era como un diente flojo; veinte veces lo había sacudido, prometiéndose arreglarlo. Observando cautelosamente a Laura retrocedió otro paso y estiró el brazo hacia atrás y hacia abajo; su mano tocó una madera tallada que osciló a su contacto. Él tiró con fuerza, y el barrote se desprendió del único clavo que lo sujetaba. Antes de que pudiese empuñar con seguridad aquel trozo de madera de tres palmos, Laura se lanzó contra él.

Richard trató de apartarse de un salto y golpearla. Ella alargó los brazos, pero él se movió a un lado y golpeó con el barrote. Éste alcanzó el hombro suave e hizo que ella diese contra el pasamano; al contacto de su piel, la madera se ennegreció y soltó una nubécilla de humo.

Laura se enderezó y, después, tocó deliberadamente el extremo del pasamano, con el dedo índice. Una llamita anaranjada, del tamaño de una cerilla, brotó de la madera tallada, provocando ampollas en la capa de barniz. Richard recordó el dolor que le había producido su contacto. La llamita se apagó. Laura se arrojó sobre él, y Richard golpeó de nuevo, alcanzándola en un brazo. Una llamita brotó del barrote y se extinguió cuando Richard blandió su arma en el aire.

El terrible hedor a podredumbre y muerte le atacó de nuevo. Vio que la alfombra estaba negra y chamuscada donde Laura había puesto los pies. Ésta le embistió de nuevo, obligándole a retroceder a través de la puerta abierta de la *nursery*.

Al entrar ella, Richard descargó el barrote contra su cabeza y los brazos de ella se levantaron demasiado tarde para evitar el golpe. El impacto la hizo caer de lado; quedó despatarrada sobre las duras tablas del suelo, ennegreciendo el barniz. Richard saltó hacia delante y descargó de nuevo el barrote, golpeándole la frente. Lo que estaba haciendo le parecía casi geométrico, una serie de pasos que tenía que dar limpiamente, en perfecto orden y sin emoción. Largas contusiones aparecían ya sobre la piel de Laura; su brazo derecho pendía inerte. Le golpeó de nuevo la cabeza, y ella estiró un brazo y le asió el tobillo con la mano izquierda.

El agudo dolor le hizo caer al suelo. Ella le sonreía, y era como si un caimán hubiese cerrado sus mandíbulas sobre el tobillo de él. Enfurecido ahora, Richard clavó el mellado extremo del barrote en la cara de ella. El barrote se inflamó, y ella soltó el tobillo.

Richard se puso de rodillas y la golpeó mientras ella trataba de acercarse arrastrándose.

Entonces ocurrió algo que él no comprendió, que ni siquiera estuvo seguro de que hubiese ocurrido, hasta que Graham Williams habló con ellos más tarde aquella noche. El barrote, que ardía ahora como una antorcha, parecía temblar en sus manos, parecía vivo. Richard lo dejó caer sobre la cabeza de aquella cosa que parecía Laura y, por un instante, semejó iluminado por dentro, con una luz plateada. Él lo levantó y golpeó de nuevo y tembló en sus manos como si fuese un pájaro

— *Tú no eres Laura* —jadeó él, golpeando de nuevo la cabeza.

Ella ya no se movía. Él se apartó, arrastrándose en el suelo.

Una película de llamas azules cubrió ligeramente el cuerpo desnudo sobre el suelo de madera y centelleó débilmente sobre las piernas descubiertas. Richard se incorporó y observó cómo las llamas se alimentaban las unas a las otras, enrojecían y crecían. No se había portado como un geómetra; había derrotado a aquella cosa en la misma habitación donde había sido asesinada su esposa, y ahora le invadía un sentimiento de rabia y de triunfo.

Una forma se movió y creció dentro del fuego que cubría el cuerpo de Laura; antes de que aquélla se definiese, Laura rodó *dentro* de las llamas y se consumió.

Entonces se concentraron las llamas, y Richard vio que unas grandes alas salían del centro de la hoguera; se echó atrás, para librarse de la súbita intensificación del calor, y un murciélago hecho de llamas se elevó rápidamente del chamuscado suelo.

La ola de calor cayó sobre Richard, se metió dentro de él y le lanzó contra la pared..., como empujado por la mano de un gigante. Por un instante, resplandeció débilmente toda la estancia; rayas azules de fuego se persiguieron por el suelo y las paredes, y entonces la ventana estalló y el flexible murciélago de fuego estalló con ella.

Richard se apartó de la pared. Tenía la cara dolorida y seca, como quemada por el sol. La *nursery* estaba llena de cenizas flotantes y de un olor de madera quemada. En el suelo había un gran círculo socarrado dentro de cuyo perímetro yacía su barrote, o lo que quedaba de él. El fragmento de madera estaba también ennegrecido, y unos destellos rosados aparecían y se extinguían en toda su longitud. Richard consiguió ponerse en pie. Avanzó lentamente sobre el suelo quemado hasta el agujero donde había estado la ventana. Un furioso incendio se elevaba con sus propias alas en el cielo negro. Cuando miró hacia abajo, vio a Tabby Smithfield plantado en su jardín, mirándolo con una cara que parecía una mancha blanca.

—Y miré hacia abajo —le dijo Tabby, con voz temblorosa— y vi un tubo de plomo..., tirado en el suelo del sótano. Por consiguiente..., lo cogí y rompí el cristal de la ventana..., sí, lo rompí... Había allí algunos trastos viejos, baúles y otras cosas de mi abuelo, y los amontoné y me subí encima de ellos. Y entonces salí por la ventana. Me hice algunos cortes, pero nada grave. La cuestión es que pude salir... Vi que mi casa estaba ardiendo..., era como un inmenso mar de llamas..., y supe que mi padre había muerto. Entonces vine corriendo aquí.

—Y viste el murciélago de fuego. ¿No lo llamas así?

Tabby asintió con la cabeza.

—¿Cuándo lo habías visto anteriormente?

—Una noche que estaba en la playa... Aquella noche ardieron todas las casas de Mill Lane. Y murieron todos aquellos bomberos.

—¡Jesús! —exclamó Richard.

—Y esta noche, en mi casa. Pero más bien parecía la casa de *Papá está aquí*.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Richard, recordando la pesadilla de sus primeros días en Hampstead—. Billy Bentley.

—Él estaba allí. ¿No deberíamos llamar a Mr. Williams y a Patsy? ¿No cree que deberíamos asegurarnos de que están bien?

Richard no quiso decir al chico que había tratado ya de llamar a Graham y a Patsy; mientras Tabby se lavaba la cara en el cuarto de baño de la planta baja, Richard había marcado los números de ambos. Ni Graham ni Patsy estaban en casa. Dijo:

—Mira, son casi las once de la noche. Graham estará en la cama, durmiendo como un bendito. Y, probablemente, también Patsy. Los llamaremos por la mañana. Mientras tanto, pienso que deberías quedarte aquí como en tu casa, si no te parece mal. También yo necesito compañía.

Tabby se metió en la cama de la habitación de invitados de Richard, y ahora se dio media vuelta y hundió la cara en la almohada. Le temblaron los hombros; Richard, demasiado cansado para ser perceptivo, comprendió al fin que el chico estaba llorando. Le acarició la espalda y estuvo sentado a su lado unos minutos. Por último, dijo:

—Tu padre y mi esposa. Supongo que deberíamos compadecernos el uno al otro en vez de llorar por nosotros. ¿Quieres que lo probemos?

Tabby asintió sin levantar la cabeza de la almohada. Richard le dio unas palmadas en la espalda y dijo:

—Además, tú necesitas alguien como yo y yo necesito alguien como tú. Mañana iremos a comprarte alguna ropa y todo lo demás que necesites. ¿De acuerdo?

Sin dejar de llorar, Tabby asintió de cara a la almohada; no quería que Richard le viese el semblante.

—Me voy a la cama —dijo Richard—. Si necesitas algo, mi habitación está al final del pasillo.

Y se dirigió a su dormitorio, después de pasar por la cocina para coger una botella de whisky.

Richard pensó que no podría dormir; estaba agotado, pero el pulso le latía con fuerza. Yació en su cama, con todas las luces apagadas, tratando de calmar su motor interno que roncaba y roncaba, diciéndole que se vistiese y saliese en busca de Graham y de Patsy, y lo habría hecho, si hubiese tenido la menor idea de dónde se hallaban. Él y Tabby habían escapado del *Dragón*, ¿podrían Patsy y Graham hacer lo mismo? Con estos angustiosos pensamientos sobre aquellos dos mezclábase su preocupación por el muchacho que dormía en la otra estancia; una parte de Richard sabía ya que deseaba que Tabby Smithfield lo acompañase de un modo permanente, pero, ¿lo aceptaría el chico como padre adoptivo? ¿Y podría ser él un verdadero padre adoptivo? ¿No rechazaría Tabby cualquier intento de remplazar a su verdadero padre? ¿Y no tendría parientes, familiares, a quienes correspondiese ciudar de su educación? Pero cuando Richard pensó en la familia de Tabby Smithfield, se vio a sí mismo y a Patsy McCloud y a Graham Williams. ¿Dónde estaban éstos ahora? ¿Los había visitado también el murciélago de fuego? ¿Estaban vivos? En medio de este torbellino, Richard se quedó dormido. Y soñó inmediatamente...

Llevaba una espada enorme y pesada en las manos; tan grande que tenía que apoyarla en el antebrazo, y tan pesada que le dolían todos los músculos de los brazos. Pero no podía detenerse, no podía descansar. Le rodeaba el puro y primigenio País del Mal: un húmedo paisaje de cráteres y de árboles sin hojas, de casas de campo incendiadas y charcas hediondas. Las ratas chillaban en humeantes montones de basura. Animales moribundos yacían en los campos lejanos. El humo se elevaba y se deslizaba en el aire cansado. Richard avanzaba, temblando los brazos de dolor, hacia un horizonte llano y amarillo. A su debido tiempo, cuando hubo llegado al lugar adecuado, se detuvo. Ahora, las casas incendiadas estaban muy lejos detrás de él; de la superficie de la laguna gris, unos siete metros delante de él, se alzaba un remolino de humo o de niebla. Afirmó los pies sobre el húmedo suelo; la espada se

hizo más ligera en sus brazos, empezó a brillar. Agarró la empuñadura con ambas manos y la alzó lo más posible en el aire. Entonces, al empezar a bajarla, vio que Laura yacía en el suelo directamente delante de él. Laura estaba desnuda y tenía los ojos cerrados. Richard gritó, pero no pudo detener el descenso de la espada; ésta rajó el cuerpo de Laura y se clavó en el suelo. De ambas heridas brotó un manantial de sangre, que empapó e inundó inmediatamente todo el paisaje. Richard gimíó, abrió los ojos y esperó ver un mundo rojo..., pero, en vez de esto, vio la cara de Tabby, contraída por una enorme preocupación.

—Se trata de Patsy —dijo Tabby—. Va a morir.

#### 4

Patsy estaba sola, y había tratado de llamar a Graham Williams; al no responderle éste, había marcado los cuatro primeros dígitos del número de teléfono de Richard, y entonces había vacilado..., pensando que quizá no debía incomodar a Richard Allbee. Sobre todo a una hora tan avanzada de la noche, y considerando el estado de ánimo en que se hallaba. Patsy se había sentido inquieta, casi atolondrada, durante la mayor parte del día, y había tenido muy poco que hacer, salvo leer y ver la televisión. Había encontrado un ejemplar de uno de los libros de Graham, *Corazones Retorcidos*, en «Books'n Bobs», y había leído la mitad, pero no quería tragárselo de golpe... Era demasiado bueno para esto, pensó Patsy. Le había sorprendido un poco lo mucho que le gustaba la novela de Graham. Pero ahora no tenía ganas de leer, y la televisión sólo daba las sandeces de costumbre. Le habría gustado pasar unas horas con Richard, sólo para ver lo que ocurría si se encontraban a solas en la misma habitación. Pero sabía que Richard no se insinuaría nunca con ella; le faltaba práctica, había estado casado demasiado tiempo. No estaba seguro de sí mismo. Y Patsy no estaba segura de que pudiese iniciar algo con Richard, ni de que estuviese bien intentarlo. Richard estaba aún en pleno luto, y sus emociones eran muy confusas. Si ella iniciaba algo con él, lo tomaría demasiado en serio..., le afectaría muy profundamente. Si Patsy quería a Richard, al menos no quería un Richard subordinado a ella. ¿Y no parecería demasiado conveniente, casi vulgar..., el viudo y la viuda? Sería antiestético. Patsy colgó suavemente el teléfono. Debía tomarse un baño. Si mañana se sentía como ahora, saldría y gastaría demasiado dinero en trapos. Cuando cogiese su tarjeta de crédito, sólo quería saber lo virtuosa que era. Se apartó del teléfono, preguntándose qué estaría haciendo Graham Williams a las nueve y media de la noche, y qué habría ocurrido si hubiese acabado de marcar el número de Richard.

Se había alejado unos seis pasos del teléfono cuando resolvió llamar a Richard de todos modos: no necesitaba un baño, y no tenía ganas de ir de compras. Giró en redondo y precisamente entonces sonó el teléfono. Habría apostado cien dólares a que la persona que la llamaba era Richard Allbee.

Pero los habría perdido. El que llamaba dijo:

—Patsy, me alegro de que esté en casa. Soy Graham.

—¡Acabo de llamarlo! —exclamó ella—. ¡Y usted no estaba!

—Acabo de llegar. He descubierto algo, Patsy, y podría ser la clave de todo... Pienso que sé dónde está él, Patsy. Y quién es.

—Dígamelo —pidió ella—. ¿O no puede decírmelo por teléfono? Por qué no viene y hablamos de ello? Tendremos que hacer algunos planes y, después, llamar a Richard y a Tabby...

—Todavía no —dijo la voz de Graham—. De momento, debe quedar entre nosotros. Confíe en mí, Patsy, hay un motivo para ello. Quiero que se reúna conmigo en algún lugar.

—Desde luego —dijo ella, complacida y un poco halagada...—. Dígame dónde.

—¿Conoce Poor Fox Road? ¿En Greenbank?

—Nunca lo oí nombrar —dijo Patsy.

—Está un poco oscuro, pero es...

—¡Ah, ya sé! Ahora me acuerdo. Es donde mataron a aquel hombre llamado Fritz. El jardinero.

—¿Podrá encontrarlo? Es al otro lado de Mount Avenue, frente a la entrada de Gravesend Beach. Aunque tendrá que fijarse para verlo..., pues no hay rótulo. Parece un camino para el ganado más que una calle urbana.

—Creo que lo he visto —dijo Patsy.

—Bueno, hay tres o cuatro casas al final de la calle. Ahora están desocupadas todas ellas. Quiero que nos encontremos en una pequeña construcción de tablas de color castaño, junto a una casa cuyo patio está lleno de coches destrozados. El lugar es un asco..., lo descubrirá en seguida.

—¿No tiene número?

—No lo tiene, pero no puede confundirse. Tablas de madera de color castaño. Techumbre combada. Busque el lugar que elegiría si quisiera guardar una colección de cabezas reducidas de tamaño. Entre. Si no estoy allí, llegaré al cabo de un momento. Tengo que recoger algunas cosas..., algunas cosas que quiero enseñarle.

—Tablas de color castaño, techumbre combada, colección de cabezas. Parece usted muy excitado, Graham.

—Pronto sabrá la razón. Nos veremos en Poor Fox Road en cuanto pueda llegar allí.

Y colgó.

Patsy fue directamente en busca de su bolso, que estaba abierto sobre la tabla de la cocina, y empezó a buscar las llaves del coche en su interior.

Sólo cinco o seis minutos más tarde, pisaba el pedal del freno y miraba por la ventanilla lo que casi con toda seguridad debía de ser Poor Fox Road.

Los faros iluminaron un camino estrecho sobre el que parecían inclinarse unos árboles desmesurados y unos bustos altos como bambúes. Patsy captó la inquietante imagen de la luna deslizándose en el cielo —sólo una imagen entre dos altos y negros arcos— y por fin, al cabo de un momento, comprendió que su inquietud se había debido a que la luna parecía demasiado grande, de un tamaño casi el doble del normal.

Avanzaba muy despacio, todavía no del todo segura de ir por el buen camino, y cuando dobló el recodo donde Bobby Fritz había tenido la mala fortuna de encontrar al doctor Wren van Horne, empezó a oír lo que parecía un ruido de maquinaria en funcionamiento: un golpeteo rítmico. Patsy presumió, sin razonar exactamente por qué, que el ruido procedía de la Academia. Entonces sus faros iluminaron la primera casa; después la segunda, que se levantaba junto a un cementerio de automóviles, y después la tercera. Y se le encogió el corazón.

Era de color castaño, o algo parecido, y de madera. Y la línea de la techumbre aparecía claramente combada. Unas ventanas negras centellearon al detener ella el coche delante de la casa; pero inmediatamente vio que se había equivocado, porque los cristales habían desaparecido hacía tiempo. Este error parecía a tono con la casa. Lo que había causado su impresión de angustia no había sido el aspecto ruinoso del inmueble, pues esto lo esperaba, había sido el ambiente que lo rodeaba, un ambiente de soledad permanente, de encierro en sí mismo. No quería entrar allí. Los faros del coche acercaban el edificio, acentuaban su aislamiento y su rigidez. Patsy paró el motor y apagó las luces.

Contempló la casa. Examinó las masas claramente definidas de los árboles y los bultos de los coches abandonados..., algo casi bello a la fuerte luz de la luna. Miró sin interés las otras casas que podía ver, y advirtió que ninguna de ellas estaba habitada. Poor Fox Road era una pequeña ciudad fantasma. Miró otra vez la casa que le interesaba y descubrió que había perdido todas las particularidades que había tenido antes. No era más que otro edificio vacío. Realmente, no había razón para no echarle un vistazo..., y Graham estaba tan excitado.

Abrió la portezuela del coche y se apeó. El ruido de maquinaria, aquel golpeteo como de martillos mecánicos trabajando en el centro de la tierra, cesó de pronto. Sobresaltada, miró por encima del hombro hacia la Academia, pero sólo vio confusamente la valla coronada de hojas iluminadas por la Luna.

Delante de la casa, vaciló un momento, esperando oír los chirridos del viejo coche de Graham. No había un verdadero camino que condujese a la puerta de la casa, sino sólo una alfombra de hierbajos. Patsy miró otra vez calle abajo, esperando realmente ver los faros de Graham entre el fulgor de la Luna. Pensó un momento: «no va a venir», y después sacudió la cabeza. Esto era una tontería.

Subió entre las espesas matas y sintió lo que quedaba del camino bajo las suelas de sus zapatos.

—No tardes, Graham —dijo en voz alta.

La casa, pensó, debía de estar relacionada con lo que le hubiese ocurrido a Graham en los años veinte; al apoyar la mano en el tirador de bronce, comprendió que la mezquina y ruinoso casa debía representar un papel importante en la historia que los afectaba a todos. Decidió cumplir la orden.

Hizo girar el tirador, empujó la puerta y la abrió, y un murciélago chillón salió de la casa y se agarró a su mejilla. Demasiado espantada para gritar. Patsy trató de arrancar aquella criatura de su cara, y sintió que sus pequeñas garras escarbaban entre sus cabellos y se clavaban en su mejilla. Sus dedos encontraron el pequeño y aterciopelado cuerpo. Los agudos chillidos del murciélago taladraron sus oídos.

Sintió que la cabecita se movía y hurgaba en sus cabellos. Cerrando los ojos, oscilando frenéticamente hacia delante y hacia atrás, Patsy tropezó a medias en el umbral y entró en la casa.

La puerta se cerró de golpe, pero Patsy, aterrorizada, apenas si lo oyó. El tacto de la piel aterciopelada del murciélago le repugnaba, pero no sólo tenía que tocarlo, sino también agarrarlo con los dedos. Golpeándolo con la mano sólo había conseguido aumentar la frecuencia de aquellos chillidos llenos de odio que se le metían en la cabeza; incluso parecía que el murciélago había apretado su presa. Ahora podía sentir los pequeños dientes royendo su cuero cabelludo. La respiración de Patsy era en este momento breve y rápida, y la joven empezó a lanzar una serie de gemidos impropios de ella, mientras metía los dedos debajo del cuerpo del animal que seguía agarrado. Al final pensó que lo tenía bastante sujeto para desalojarlo —el corazón del murciélago latía como el de un pájaro contra su mano—, y lo arrancó de su cabeza.

El murciélago se había alejado volando al soltarlo ella, y Patsy abrió los ojos, extendió los brazos y se movió en un círculo agitado. Sus ojos no le decían nada; estaba en un medio oscuro y llano. Levantando las manos y los brazos sobre la cabeza, y todavía jadeando, Patsy empezó a cruzar rápidamente la habitación. Aquel ruido de martilleo parecía envolverla, removerlo todo a su alrededor. Patsy no podía ver realmente el suelo: tenía vaga conciencia de que había un dibujo con manchas más oscuras y más claras, pero no tenía tiempo de imaginar lo que significaba. Ahora estaba tan aterrorizada por el abrumador ruido como por la posibilidad de que el murciélago la atacase de nuevo, y avanzó en derechura hacia la puerta.

Aquel ruido parecía brotar de las paredes. Patsy había dado solamente dos pasos vacilantes y presurosos, cuando pareció que el suelo se levantaba, haciéndola caer.

Cayó de lado y lanzó un gemido, Ahora podía ver lo que la había derribado: ante la ventana cuadrada iluminada por la luna, una tabla rota del suelo se alzaba como una lanza partida. Su cabeza estaba sólo a unos centímetros del suelo. De pronto advirtió la presencia de alas negras sobre ella; más de un cuerpo volaba en zigzag en el recinto. Patsy se arrastró alrededor del agujero del suelo. Las tablas crujían debajo de ella. Pudo sentir que fluía sangre de su mejilla y resbalaba por su cuello y dentro de su blusa. El ruido de martilleo brotaba ahora directamente del suelo. Patsy siguió arrastrándose sobre aquel suelo traidor hasta lo que debía ser la mitad de la distancia hasta la puerta de la entrada. Los murciélagos chillaban sobre su cabeza; no habría podido decir cuántos eran. Su mano tocó una tubería metálica y Patsy lanzó un grito: se había adentrado más en la casa. Sus esfuerzos sólo habían servido para alejarla más de la puerta.

Se valió de las tuberías y del depósito metálico de encima para ponerse en pie. Algo pegajoso y hediondo cubría sus manos, y sintió que también cubría sus piernas. Después vio que dos murciélagos pasaban por delante de la ventana —¿o eran dos ventanas?— y se alejaban, pero no antes de que ella se diese cuenta de que sus caras eran blancas. Los dos murciélagos volaron junto a ella, chillando furiosos, y Patsy vio que uno de ellos tenía largos cabellos rojos y cara de mujer.



La puerta del lado opuesto se abrió de pronto, descubriendo una sólida muralla de moscas que inmediatamente se disolvió en un millón de partículas zumbadoras. Instantáneamente la cubrieron, cayeron en el fregadero, ennegrecieron el aire. Patsy levantó las manos para oxear las moscas de su cara, y vio que una capa sólida de ellas cubría sus brazos. Tuvo una súbita visión, como si hubiese sido grabada en su cabeza, de Les McCloud chillando y pisando con furia el acelerador en los últimos segundos de su vida. Sus ojos, extrañamente tranquilos sobre la boca, frenética, estaban ya muertos. «Yo también lo estoy», pensó, y comprendió que sus ojos serían iguales que los de su marido.

A través de la cortina de moscas había empezado a filtrarse una luz rojiza que parecía latir al compás de los zumbidos. La puerta del sótano origen de aquella luz rojiza, se abrió de par en par girando sobre sus goznes.

Patsy se quedó petrificada al pasar la luz roja sobre ella; los millones de moscas se elevaron de nuevo en el aire. Al pie de la escalera del sótano, un líquido rojo lamía y saltaba sobre los peldaños de madera. Este líquido cubría el suelo; Patsy no habría podido decir cuál era su profundidad, pero, al parecer, debía ser de varios palmos. Con un destello de luz roja, cubrió otro escalón. Entonces vio Patsy que una mano roja surgía de la superficie del turbulento lago. Después apareció otra mano. Les siguió una cabeza, pequeña, bien formada; la cabeza de una persona joven.

El cuerpo chorreante trató de afirmar el pie en el último escalón. Otra mano surgió de la superficie detrás de él; y otra. El primer cuerpo, advirtió Patsy, era el de un niño o de un joven; se agarró a la barandilla con una mano y empezó a subir.

El pecho era delgado y masculino. Patsy pudo ver que los ojos empeñados giraban en las órbitas sin ver, dolorosamente. La cabeza de otro nadador apareció en la roja superficie, abierta la boca en un grito mudo de triunfo.

«¡Tabby! —exclamó Patsy, sin pensarlo—. ¡Tabby! ¿Dónde estás, Tabby?»

«¡Tabby! ¡Tabby!»

«Patsy —pensó Tabby, saliendo bruscamente de su triste modorra, atormentado por imágenes de fuego y de murciélagos y de una roja rompiente en Gravesend Beach—. ¿Patsy?» Sintió como si le hubiesen pinchado con un aguijón, como si una fuerte corriente eléctrica hubiese pasado por su cuerpo.

Patsy estaba en peligro, en peligro de muerte. Tabby apartó la sábana y se incorporó en la cama, más espantado de lo que había estado en su propia casa.

«¿Estás bien, Patsy, estás bien, estás bien?»

No sentía nada, sólo la convicción de un peligro mortal.

Saltó de la cama. Se sentía pequeño, frenético. ¿Dónde estaba la habitación de Richard? «Patsy», pensó desesperadamente, y vio pronto una habitación desnuda, con un fregadero inundado y un suelo quebrado. Tabby salió ciegamente al pasillo y fue hacia la escalera, envuelto en la oscuridad. Oyó una respiración profunda y rítmica, interrumpida esporádicamente por unos ronquidos, y se volvió en dirección a aquel ruido. Extendió las manos, temblando porque no veía nada y sabía que aquello era urgente, y buscó tentando hasta encontrar el marco de una puerta. Cruzó

el umbral y pasó las manos por la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Gimio.

Richard Allbee yacía sobre la espalda, con la boca abierta y resoplando. La súbita luz no le despertó.

Tabby se acercó corriendo al lado de la cama. Richard roncó con fuerza, pero no se despertó. Tabby le sacudió los hombros, enérgicamente.

—¡Despierte! —gritó— ¡Tiene que despertarse, Richard!

Richard movió los párpados y chascó los labios. Emitió un débil gemido.

—¿Eh? —dijo.

—Es Patsy —dijo Tabby—. Va a morir.

—¿Qué?

—Que va a morir —dijo Tabby, y se le quebró la voz—. Está en una vieja casa horrible, y algo va a matarla, Richard. Tenemos que ayudarla.

—Ayudarla, ¿cómo? ¿Y cómo sabes esto? ¿Qué podemos hacer?

Richard estaba completamente despierto, pero todavía no plenamente dueño de sí.

—Llame a Graham —dijo el muchacho—. Él sabrá dónde está la casa..., *tiene* que saberlo.

—¿Estás seguro? —preguntó Richard. Después se frotó la cara y miró al chico—. Claro que estás seguro. Lo llamaré inmediatamente. Ojalá haya vuelto a casa.

Richard cogió el teléfono de encima de la mesita de noche, lo puso sobre su regazo y empezó a marcar el número.

Para Tabby, todo transcurría con angustiosa lentitud. Se volvió de espaldas a Richard, oyendo los terriblemente lentos chasquidos del disco, y cerró los ojos.

Oh, Patsy, Patsy, aguanta por favor;

te encontraremos, Patsy; Dios mío no queremos

que mueras, yo te quiero...

Detrás de él, Richard hablaba con Graham y parecía sorprendido; Tabby oyó que decía:

—¿Piensa que conoce la casa? —Y Tabby no pudo seguir concentrándose—. ¿Cree que tiene usted un *brazo* roto? —oyó que decía Richard, y esto acabó con su concentración.

—Ponte los zapatos —le dijo Richard—. Graham vendrá en seguida; yo me echaré una bata encima, y saldremos en mi coche. Cree saber dónde está ella.

Al oír a Tabby hablando en su mente —y sólo vagamente—, el ambiente que rodeaba a Patsy se cargó de algo que era particular de Tabby, una fresca emanación de su personalidad curiosamente desprendida de Tabby como persona; la esencia sin la forma que daba a la esencia su significado. Inmediatamente pareció aclararse el enjambre de moscas que llenaba el aire. Patsy agitó las manos ante su cara y vio que una espesa nube de moscas volvía al sótano.

Allá abajo, la rojez y la luz pulsátil decrecían segundo a segundo. La criatura empapada en sangre en la escalera del sótano se retiró, extendiendo todavía un brazo en dirección a Patsy como si esperara que ella lo ayudaría a escapar.

Incluso después de desaparecer la cabeza bajo la roja marea, el brazo siguió tendido, implorante. Observando aquel brazo que se hundía lentamente en el rojo líquido, primero hasta el codo, después hasta la muñeca, mientras los dedos seguían agitándose desesperadamente, Patsy empezó a serenarse. De alguna manera, la conexión con Tabby la había salvado. La ola de sangre del sótano se retiró despacio de la escalera, fluyendo por algún invisible desagüe cósmico.

Miró al techo manchado. Centenares de moscas zumbaban en círculos allá arriba, arrojándose contra la arruinada estructura, tratando de escapar.

Patsy se tambaleó y salió ciegamente de la cocina. Pasó sobre los agujeros del suelo, evitó la tabla que antes la había hecho caer. Ahora podía ver claramente la puerta desde el interior iluminado por la luna; incluso estaba entreabierta y una mancha oblonga de luz había entrado en la estancia. Al otro lado de Poor Fox Road se movía y susurraban hojas negras y blancas.

Esperó en medio de la calle. Se entretuvo sacudiendo de su ropa las escamas amarillentas de una sustancia pegajosa que empezaba a secarse. Si pasaba las palmas de las manos por las pantorrillas, la mayor parte de aquella pastosa sustancia amarilla se desprendía. Patsy cruzó la calle hasta el sitio en que se hallaba su automóvil. Pocos segundos después, unos faros aparecieron en la curva de la herbosa calleja.

Pudo ver las caras a través de la ventanilla abierta del coche de Richard; tres óvalos blancos avanzando en dirección a ella. Patsy vio que Graham llevaba el brazo derecho en un cabestrillo improvisado con un pañuelo de lana de vivos colores. Una enorme contusión enrojecía su mejilla derecha.

Y vio en la cara de Tabby una complicada y cálida expresión de angustia y de amor.

—¿Puede conducir su coche, Patsy? —le gritó Graham—. No debemos dejarlo aquí toda la noche.

Patsy asintió con la cabeza.

—¿Seguro? —preguntó Richard, inclinándose sobre Tabby para verla mejor.

—Sí.

—Entonces conduzca hacia mi casa —dijo Graham—. Ninguno de nosotros podría dormir esta noche.

## 5

Patsy y Richard estaban sentados en el viejo diván de Graham, y éste lo había hecho a horcajadas sobre la silla que empleaba cuando escribía a máquina, y miraba por encima de la mesa del café, con el ceño fruncido. Tabby se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas, delante de Richard, y sabía que aquella mirada iba principalmente dirigida a él, y también estaba seguro de que Graham estaba tan irritado contra sí mismo como contra él. Ahora cada uno sabía lo que les había

ocurrido hoy a los demás, y cada uno de ellos, pensó Tabby, creía que su buena suerte se estaba agotando.

—Te he hecho una pregunta, Tabby —dijo Graham—. ¿Cómo supiste que Patsy estaba en peligro? ¿Y cómo pudiste describir tan bien el lugar, de modo que yo pudiese identificarlo? ¿Qué significa esto, Tabby?

—Sólo lo supe —dijo Tabby.

—Sólo lo supiste. ¡Bah! ¿No te das cuenta, hijo, de que *todo* lo que nos ocurre es importante, es parte de la trama, y de que, si no podemos descifrar esta trama, no podremos realizar nuestro trabajo? No debes ocultarme nada, Tabby; no debes hacerlo, si en serio quieres ayudarnos.

—Claro que quiero —dijo Tabby.

No le importaba, si no le importaba a Patsy, contarles a Graham y a Richard, la conexión existente entre Patsy y él, pero no podía decir a Graham Williams y a Richard Allbee lo que había estado haciendo la noche en que él y Patsy habían descubierto tal conexión, aunque se sentía más cerca de ellos que de nadie, a excepción de Patsy. Ellos no comprenderían —ni siquiera él mismo lo comprendía ya — cómo se había dejado llevar por los gemelos Norman. Tabby lo quería en serio, como sabrían muy bien Graham y Richard cuando descubriesen que él había destruido al *Dragón*.

«Vaya si lo haré», pensó Tabby, y dijo:

—Está bien. ¿Quieres que lo diga, Patsy? —La miró y ella asintió con la cabeza—. Muy bien. No sé cómo lo llaman ustedes exactamente, pero Patsy y yo..., bueno, podemos...

—Telepatía —dijo Patsy—. Podemos comunicarnos a distancia.

Detrás de Tabby, Richard Allbee inhaló con fuerza.

—¡Ah! —dijo Graham. Sonrió—. Claro, tenía que ser esto. La primera vez que os vi juntos supe que erais de la misma clase. Bien. Gracias por decírmelo. ¿Cuándo descubristeis que teníais esta facultad?

La pregunta llevaba por caminos que Tabby no estaba dispuesto a seguir.

—Sucedió porque sí.

—Nada «sucede porque sí». ¿Patsy?

—Fue la primera noche que los cuatro estuvimos juntos —dijo Patsy—. La noche que tuve aquel ataque y vi salir del libro la cabeza de *dragón*.

Graham se irguió y se ajustó el cabestrillo.

—¿Tanto tiempo hace? —preguntó—. Pero esto *coincide*, ¿lo ves?, coincide perfectamente. Porque *nosotros* llegamos juntos y *coincidimos*. Y coincidimos porque no podía ser de otra manera; y la razón de ello es que nuestro enemigo estaba encontrando entonces su verdadera fuerza. Él y nosotros cuatro doblamos juntos una esquina. Tabby, ¿tienes algo que contarnos? ¿Algo que añadir?

Tabby negó con la cabeza.

—Bueno, voy a contarte lo que nos espera..., voy a hablarte del «Verano Negro», y tal vez quieras entonces cambiar de idea. Desde luego, probablemente adivinas ahora lo que sucedió entonces. Al menos parte de ello. Porque nos está rondando ahora a nosotros... Creo que Gideon Winter trata de reproducir el verano

de 1873, y pienso que lo está haciendo bastante bien. Tenemos gente que abandona la población, tenemos los incendios y las muertes... —Su cara se contrajo de dolor, y se ajustó de nuevo el improvisado cabestrillo—. Pronto los trenes pasarán de largo por las estaciones de Greenbank y de Hampstead. Sus conductores se «olvidarán» un día de pararse, y muy pronto volverán a «olvidar», y antes de mucho casi no verán estas estaciones al pasar por ellas a toda velocidad. Muy de tarde en tarde, mirarán y verán el rótulo rojo de «HAMPSTEAD» y se rascarán la cabeza y se preguntarán por qué se estremecen al mirarlo. Pero dará lo mismo, porque nadie estará esperando el tren, los andenes estarán vacíos. Quedaremos aislados, amigos míos, y la población lo aceptará..., ya lo está aceptando a medias. Y Hampstead no será más que un vasto cementerio durante los próximos dos años, o cinco, o diez...

Graham los miró a todos, brillándole los ojos, y después se frotó el cuello con la mano izquierda.

—Tengo la garganta seca. Voy a necesitar un poco de lubricante. Tabby, ¿quieres llegarte al frigorífico y traer una botella de cerveza? ¿Quiere tomar algo, Patsy? ¿Un poco de ginebra? ¿Y Richard? Será mejor que nos pongamos cómodos, porque el discurso va a ser largo. Voy a hablar de aquel verano de 1873, pero también les confiaré lo que ocurrió entre Bates Krell y yo. Esta noche hemos visto su casa. Ya es hora de que suelte todo lo que llevo dentro.

Tabby también cogió una cerveza para él.

## TRES: EL RÍO EN LLAMAS

### 1

—Yo tenía veinte años —empezó diciendo Graham—. Más próximo a la edad de Tabby que a la de cualquiera de los otros dos, y esto es algo que conviene recordar a lo largo del relato. Estaba trabajando en mi primera novela..., que fue publicada ocho años más tarde. Pensé que tenía un buen tema para una novela, tema que en realidad se desarrollaba a mi alrededor, pues quería tratar de las desapariciones de mujeres de Hampstead. Mis padres habían conocido a una de estas mujeres: Daisy West. Y yo sabía que el marido de Daisy, Richard, que era en realidad un hombre muy tranquilo, había perdido la cabeza al desaparecer Daisy. Fue a la Jefatura de Policía y le largó un puñetazo al jefe, Nails Kletzka. Y Nails lo metió en una celda para que pasara la noche en ella. Era la clase de incidente sobre el que yo quería trabajar. El efecto que produce en otros la desaparición de alguien, la manera en que cambian las vidas por esta causa.

»En fin, yo tenía una libreta en la que había garrapateado mis ideas, y daba largos paseos, apartándome de la gente (creo que quiero decir de mi familia) y escribiendo las cositas que se me ocurrían. Casi todos los días daba mi paseo por Rex Road, la carretera que discurre paralela al río desde Grevesend Road hasta la villa. En aquellos tiempos, casi todo el lado izquierdo de Rex Road era campo sin edificar hasta llegar al río. Se podían andar tres o cinco kilómetros sin perder de vista el agua. Yo observaba el tráfico en el Nowhatan, tomaba algunas notas y seguía caminando. Cuando tenía hambre, me sentaba y sacaba un bocadillo de mi mochila de lona; también llevaba siempre en ella un par de libros, tal vez un pequeño volumen de John Donne o de Rupert Brooke. Yo era un joven engreído, aunque no siempre tan perspicaz como me imaginaba. Engreído. Ingenuo... y casi tan incapaz de escribir el libro que quería como un hámster. Yo y Miss Donne y Rupert Brooke..., no fueron éstas las armas que me permitieron sobrevivir aquel verano.

»Bueno, un día estaba sentado allí, en el campo de la orilla de Rex Road, observando las embarcaciones en el Nowhatan y comiendo mi bocadillo. Levanté la cabeza y me fijé en un hombre que trajinaba en la cubierta de una barca de pesca de langosta que se dirigía al Sound. Era un tipo alto, barbudo, con una gruesa chaqueta azul sobre la espalda y una gorra torcida sobre la cabeza. Por alguna razón, sentí una súbita confusión..., quiero decir que me sentí confuso, pero algo más. Sentí una *confusión*, un tropiezo, un error en la pauta normal de las cosas: como si hubiese visto dos lunas en el cielo. Sentí que algo andaba mal; quizá sea ésta la mejor manera de

expresarlo. Dejé mi libro, y el bocadillo se secó en mi boca. La barca se desvió hacia afuera, dejándose llevar por la corriente, y el hombre de la gorra se apoyó en la barandilla junto a su cabina y levantó la cabeza. Me estaba mirando directamente, como si siempre hubiese sabido que yo estaba en la ribera.

Graham se interrumpió. La cara de Patsy había palidecido y parecía alarmada. Tenía los ojos muy abiertos, y Graham supo que, fuese lo que fuere lo que estaba viendo, no era a los cuatro sentados en el desaseado cuarto de estar.

—Usted lo supo —dijo entonces Tabby.

Y él miró al muchacho, que tenía el mismo aspecto de afinidad con Patsy y que Graham había advertido la primera vez que los había visto: también Tabby tenía el semblante inmóvil y pálido.

—Usted lo supo —repitió Patsy.

Estaban viendo aquello con él..., viéndolo mejor que él, porque él miraba a través de su memoria y ellos lo veían directamente, como algo natural..., y esto le dio mucha pena. Deseó haber podido ahorrarles esto, y entonces se dio cuenta de que, en parte, el motivo de este deseo no era preocupación por el bienestar de ellos, sino el hecho de que la habían asustado.

—Sí, lo supe —dijo—. Supe que había visto a un demonio. Como vosotros lo estáis viendo ahora.

—¡Dios mío! —exclamó Richard—. ¿Lo ves, Patsy? ¿Lo ves, Tabby?

Ellos sólo asintieron con la cabeza.

—¡Dios mío! —repitió Richard—. Supongo que deberíamos empezar a estar acostumbrados a estas cosas, pero...

—¿Vio que el mundo se volvía loco? —preguntó Tabby.

—Una vez en mi vida fui como vosotros dos. Tuve una especie de visión, y me *trastornó*. Vi que el mundo se volvía negro, o tal vez fue mi visión la que se volvió negra por un segundo, y entonces vi humo que brotaba del suelo, y llamas que cubrían la superficie del Nowhatan. El río no era más que llamas. Hedía como un estercolero. Después se desvaneció la visión. Ahora volvía a contemplar únicamente el viejo Nowhatan gris, y una barca de pesca de langosta que se dirigía al Sound. El hombre que iba en ella no me había prestado más atención de la que habría dedicado a un perro.

—Y usted sintió que tenía que seguirlo —dijo Patsy.

—Y averiguar quién era —terció Tabby.

—Volví el día siguiente; llevaba conmigo la libreta de notas y el almuerzo, pero no tenía hambre y no había escrito nada. Estaba tenso como un galgo. Creo que esperaba que se repitiese aquella visión... y estaba seguro de que se repetiría. Era la confirmación que yo quería..., la confirmación de que había reinos de existencia, reinos del ser, más allá de lo que hasta entonces había conocido. No podía apartar los ojos de la pequeña barca, atracada sólo un poco más abajo de donde yo me hallaba. Bueno, el hombre apareció; puso en marcha los motores, y la barca pasó por delante de mí, exactamente igual que el día anterior. Y, como había hecho el día anterior, el hombre levantó la cabeza y me vio plantado en la orilla... y su mirada sólo resbaló sobre mí. Era un hombre robusto, de fuerte complexión. La barca se alejó trepidando.

No pasó absolutamente nada. Pero yo sentía el contacto de aquellos ojos. Permanecí inmóvil, observando cómo se alejaba, como un galanteador rechazado. Me sentía vacío y torpe. La barca, una barca corriente de pesca de langosta, desapareció detrás de una curva del río... y yo seguí plantado allí, con la boca abierta.

«Conque tienes razón —siguió diciendo Graham—, tenía que averiguar quién era, A hora avanzada de la tarde, crucé el río. Dije que tenía un mensaje para uno de los pescadores de langosta, pero que había olvidado su nombre. «Un hombre corpulento —dije—, con barba. Lleva gorra. Atraca su barca allí.» Un hombrecillo flaco y huesudo sonrió a los otros y dijo: «Es Krell. Se refiere a Bates Krell.» Se volvió de nuevo a mí y vi un brillo de malicia en sus ojos. «Tienes un mensaje para Bates Krell, ¿eh? También él tendrá uno para ti, muchacho.» Todos se rieron, y otro pescador dijo: «Tendrá algo más que un mensaje, hijito.» Desde luego, no comprendí lo que querían decir, pero de algo estuve seguro: le tenían miedo.

»Bueno, esperé a que volviese con su pesca. No tenía la menor pista sobre lo acaecido, pero creía saber que, de algún modo, el tal Krell era responsable de lo que me había llevado a verlo por primera vez: la desaparición de Daisy West y de las otras mujeres. Krell regresó con su barco momentos antes de ponerse el sol. Tenía un pequeño queche, y yo me quedé en el borde del muelle, observando cómo discutía el precio de sus langostas con los comerciantes de pescado que acudían allí para este fin. Parecía grosero, agresivo y en modo alguno estúpido..., parecía un hombre vulgar, pero yo sabía que no lo era. Quería conocerlo todo acerca de su vida. La aureola de mi extraordinaria visión seguía envolviéndolo, y me sentía en cierto modo obsesionado por aquel hombre.

»Cuando se marchó a casa, lo seguí. Pensé que no me veía. Caminó los tres o cinco kilómetros de Greenbank Road mirando fijamente hacia delante, sobre sus botas de caucho y con su pequeña gorra, como si todo el mundo le perteneciese... Había oscurecido, y en aquellos tiempos sólo había campos y marismas a ambos lados de Greenbank Road. No había luces. Yo anduve campo a traviesa, ocultándome entre matojos y espinos, estropeándome los zapatos y los guantes.

»Así descubrí dónde estaba su casa..., y en cuanto la vi supe que era tan poco vulgar como su dueño. Una casita horrible, una casita fea, pero, sobre todo, era propia de él. O él era propio de ella. Me oculté entre los árboles de Poor Fox Road y observé cómo subía por el sendero, abría la puerta y entraba en la casa. La terrible casita se cerró sobre él como un puño. Retrocedí, casi con la impresión de que la casa me estaba mirando con los ojos de Krell... De pronto me quedé como hechizado; todo lo que me rodeaba parecía amenazador, y eché a correr hacia mi casa. Y cuando hube llegado a ella y sobrevivido a la reprimenda que recibí de mis padres, por presentarme tan tarde y en tan lamentables condiciones, tuve que pensar en lo que haría a continuación..., pues, sabiendo lo que estaba seguro de que sabía, tenía que hacer algo. No podía limitarme a escribir un libro sobre un pescador que mataba a la gente: tenía que saltar la valla y actuar. Creo que aquella noche tuve la peor pesadilla de mi vida.

«Pero, por la mañana, sabía lo que iba a hacer. Conseguir la prueba que enviaría a Bates Krell a la cárcel. Y la obtendría irrumpiendo en secreto en su barca en mitad



de la noche y encontrando algo que hubiese dejado caer allí una de las mujeres..., pues me había dado cuenta de que, como pescador, Krell tenía la bolsa más grande del mundo para esconder cosas: el Nowhatan, Long Island Sound, el océano Atlántico. Hubiese podido arrojar a la mitad de las mujeres de Hampstead por la borda, y, con sólo tomar la precaución de lastrarlas, nadie las habría encontrado jamás.

Graham, absorto ahora en su propio relato, no vio la extraña expresión, medio de aprensión y medio de terca resolución, que pasó por el semblante de Tabby Smithfield.

## 2

—Dos noches más tarde, lo hice —siguió diciendo Graham—. Subí a la barca de Krell. Encontré algo, pero no era lo que había esperado que iba a encontrar..., y lo que encontré allí me llevó indirectamente a un muchacho, y lo que me dijo el muchacho me llevó más cerca del derrumbamiento total de lo que he estado jamás.

»Tuve que esperar a que mis padres estuviesen dormidos, y asegurarme de que no los despertaría. Sabido es cómo son los padres: cualquier cosa los despierta. Por consiguiente, no me moví hasta después de medianoche, y entonces me vestí sin hacer ruido y bajé la escalera como un fantasma, temiendo que mi viejo empezase a gritar. Cuando salí, cerré la puerta con tanto cuidado que ni siquiera pude percibir su chasquido. Después anduve de puntillas por la calle hasta alejarme unos cincuenta pasos... y eché a correr como un demonio.

»Y no paré de correr hasta que llegué al puente. No había visto alma viviente en todo el camino, ni siquiera un automóvil. En aquellos tiempos, Hampstead no era más que un pueblo, y en los pueblos, la gente se acuesta temprano. Corrí: no habría podido andar al paso aunque hubiese querido; mi cuerpo no lo habría permitido. Supongo que mis pisadas debieron de turbar el sueño de un par de vecinos, pero pensaba que lo que iba a descubrir sería mucho más perturbador: la prueba de que Daisy West y las otras mujeres habían sido asesinadas, como otras antes que ellas, desde principios de 1924. Cuando llegué al puente había corrido tres o cinco kilómetros, y las piernas me dolían bastante; pero no creo que mi respiración fuese fatigosa. ¡Tan excitado estaba! Me sequé el sudor del rostro, me apoyé en la baranda de hierro del puente y miré hacia el río. La vi. La barca de Krell, la Fancy, estaba amarrada en el mismo sitio del día anterior. No había señales de ser humano a la vista.

»Seguí andando el resto del camino. Ya entonces había allí un par de tabernas, lugares donde se servían clandestinamente bebidas alcohólicas, y unos pocos bebedores noctámbulos se cruzaron conmigo en Riverfront Avenue. Volví la cabeza, y supongo que ellos hicieron lo mismo. En cuanto pude, me metí entre las casas y me acerqué más al río.

»Éste murmuraba al lamer los pilotes. El olor del agua parecía mucho más fuerte que durante el día, pero, tal vez, esto se debía a que mis sentidos eran demasiado... *refinados*. Todos los pequeños detalles se clavaban en mí como cuchillos... Recuerdo que, a la luz de la luna, las vetas de las tablas del muelle parecían oscilar, ondear muelle abajo... Yo las seguí hacia la *Fancy*.

»La barca de Bates Krell subía y bajaba con el movimiento del agua, rozando el muelle como un perro grande y viejo. Lo único que tenía que hacer era saltar a bordo. No había nadie a la vista. Con aquel ligero vaivén, la barca parecía darme la bienvenida, invitarme a subir a bordo. Pero yo vacilaba... ¿Iba realmente a morder la manzana, a cometer un crimen? Apoyé la mano en la áspera madera de la barca..., que subía y bajaba, subía y bajaba..., y entonces me dije mentalmente: «al diablo con ello», y salté a la cubierta de la *Fancy*.

»Mis zapatos levantaron una nube de polvo. Percibí un olor a pescado y a moho. Cuando aparté la mano de la borda, la tenía negra... La barca de Krell era una de las cosas más sucias que había visto en mi vida. Me agaché por debajo del nivel de la borda, para el caso de que alguien mirase en mi dirección, y crucé como un rayo la cubierta. No sabía exactamente lo que buscaba, pero supongo que tenía la idea de que Krell había guardado algún recuerdo de sus hazañas. Me imaginaba que abriría un pequeño armario en algún lugar de la *Fancy* y encontraría bolsos o zapatos de mujer guardados allí.

»Lo malo fue que no pude encontrar aquel armario en parte alguna. Di la vuelta completa a la barca, agachado de aquella manera, y lo único que conseguí fue un dolor en la espalda y tiznajos en la ropa, dondequiera que hubiese rozado con algo. No encontré nada en la caseta del timón. El único sitio que me faltaba ver era la cala, y había dos motivos por los que me resistía a bajar allí: olería a pescado y a langosta todo el día, y una vez estuviese allí, no podría ver si se acercaba alguien. ¡Y lo último que quería era que me pillasen a bordo de la *Nancy*! Entonces, casi por casualidad, vi algo que antes me había pasado inadvertido.

»La luz de la luna cayó sobre un pequeño asidero de metal a poca distancia de donde yo me hallaba y a unos quince centímetros por debajo de la borda. Creía ver una especie de línea de sombra junto al asidero. Parecía que Krell había construido un armario secreto en el costado de la barca. ¡Era esto! Sabía lo que iba a ocurrir: abriría aquella puerta, y toda clase de collares y sortijas rodarían sobre la cubierta. Encontraría el tesoro, un verdadero tesoro, y lo único que tendría que hacer para acabar con Bates Krell sería darle el soplo a Kletza: el asesino estaría entre rejas antes de que saliese el sol.

»Me deslicé hacia el brillante asidero y lo empujé hacia un lado; la puerta corredera se abrió como si estuviese engrasada. Debí de poner unos ojos como platos. Pues ahora estaba convencido de que no encontraría solamente un montón de zapatos de mujer, sino una fortuna en joyas.

»Pero el pequeño armario que Krell había construido en el costado de la *Fancy* estaba casi vacío. Había una vieja y sucia taza de café y, a su lado, un vaso para vino. Esto era todo. Una taza y un vaso. No lo entendía en absoluto. Tomé el vaso y lo miré. El cristal tenía un dibujo de flores y hojas y era casi tan ligero como el aire.

Centelleó al alcanzarle la luz de la luna. El maldito y caprichoso vaso me intrigó bastante, rodeado como estaba por toda la porquería de aquella barca. Era como si tuviese una linterna eléctrica en la mano. Volví a ponerlo en el armario secreto y cerré la puerta. Ahora sólo me quedaba un sitio por registrar: la cala. Decidí que sólo *miraría*, sin meterme en ella.

»La cala de la *Fancy* se abría por medio de un palo alisado de un palmo de longitud. Se introducía en un gancho y servía de palanca para levantar una de las grandes escotillas. Así lo deduje cuando vi el palo colgando de una correa en un montante próximo a la entrada de la cala. Descolgué el palo, lo introduje en el gancho y tiré con fuerza. La escotilla se abrió y a punto estuve de desmayarme y caer.

»Lo que veía allá abajo era un lago de sangre..., sí, como el que vieron ustedes. Parecía que estaba subiendo y que iba a alcanzar el techo de la bodega y la escotilla. *Hervía* y, por un instante, me pareció que aquello era en cierto modo *consciente*. Me tambaleé y conseguí cerrar la escotilla para no desmayarme y caerme dentro.

»Desde luego, tenía que asegurarme de que lo había visto. Cuando me serené de nuevo, abrí un poco la escotilla..., pero esta vez sólo percibí olor a pescado. Ya no olía a sangre en absoluto. Abrí un poco más y sólo vi una cala vacía. Ya era bastante. Me alejé de la barca lo más de prisa que pude, y no respiré normalmente hasta hallarme de nuevo en el puente, camino de mi casa.

»Al día siguiente concebí otra estrategia. Me habían ocurrido cosas demasiado extrañas, y no estaba dispuesto a abandonar mi empresa... En todo caso, ahora estaba más seguro de que Krell había matado a todas aquellas mujeres. Y de que, por alguna razón, yo era el encargado de acabar con él. Era mi misión. Por consiguiente, forjé otro plan.

»Estaba seguro de que tenía ayudantes, como los tenían todos los pescadores de langostas. Ningún hombre, por vigoroso que fuese, podía hacer el trabajo por sí solo. Generalmente los ayudaban sus hijos, o contrataban muchachos que rondaban los muelles. En los últimos años, siempre se veía algún adolescente en los puestos de gasolina, buscando trabajo; y aquellos días, en esta parte del mundo, se veía a los mismos muchachos rondando los muelles. Estaba seguro de que averiguaría algo si podía encontrar a uno o dos antiguos auxiliares de Bates Krell. Pero esto resultó mucho más difícil de lo que había imaginado.

»Pregunté en los muelles y pregunté en las pequeñas tabernas de la orilla del río. «Blue Tern» era una de ellas, y todavía sigue allí. Inventé una complicada historia... que tal vez no engañó a nadie. O quizá no querían hablar de Bates Krell. Por fin, una vieja rata del río, a quien acorralé en «Blue Tern», me dijo algo, después de haberse tragado un galón de whisky de centeno pagado de mi bolsillo: Krell maltrataba a sus ayudantes. «Huyen de él —me dijo—. Escapan en mitad de la noche, y lo mismo haría yo en su lugar. Se puede ser duro, y los muchachos lo respetan a uno, pero nadie aguantaría hoy que lo dejaran medio muerto a palos. Cuando yo tenía esa edad, uno se agarraba a lo que podía y daba gracias por ello.»

»Le pregunté si sabía el paradero de alguno de aquellos chicos, y me respondió que pensaba que se habían ido tierra adentro, lo más lejos posible de Krell.

»—¿Todos? —le pregunté—. ¿No hay *uno solo* de sus antiguos ayudantes en el pueblo?

»Pensó durante un rato, y vertí más whisky en su vaso. Al menos lo llamaban whisky, aunque supongo que llevaba tanto tiempo en el barril que había perdido todo su químico aroma. «Quizá quede uno —dijo al fin—. Un chico llamado Burgess. Pitt Burgess, se llamaba. Y era muy raro. Un tipo adecuado para Krell, tan bravo como puede serlo un perro rabioso. Después no volvió nunca a los muelles, y nadie le echó en falta. No le tenían simpatía, ¿sabe? Nadie le tenía simpatía.»

»—¿Dónde vive el joven Burgess? —le pregunté.

»—En las marismas —me dijo, y vi un brillo maligno en sus ojos.

»Ahora ya no hay barracas en las marismas, pero en los años veinte, y en realidad durante toda la Depresión, había gente que vivía en casas de cartón embreado en los terrenos pantanosos próximos a Gravesend Beach. Hombres solitarios, en su mayoría, que vivían de los mariscos que cogían cuando la marea estaba baja. Sabía, pues, dónde tenía que buscar, aunque no me hacía ninguna gracia. Estropearía otro par de botas. Y aquellas barracas de las marismas..., bueno, a nadie que estuviese en su sano juicio podía entusiasmarle la idea de ir allá abajo. Aquellos pocos solitarios hacían sus propias leyes. Pero pensé que el joven Burgess era probablemente mi última esperanza de averiguar algo sobre Krell. Y, así, la tarde siguiente, bajé por Greenbank Road hasta la entrada de la playa y crucé el pequeño estuario estando baja la marea. Después chapoteé en las marismas y me dirigí a las barracas. Había seis o siete de ellas, fuera del alcance del mar y en dirección a Mill Pond.

»No habría sabido a cuál dirigirme primero, de no haber visto a un muchacho alto y flaco, de rubios y sucios cabellos, trajinando delante de una de las chozas más lejanas. Él me vio también, y no lo pensó dos veces: se metió dentro de su choza. «Es mi chico», pensé. Caminé sobre el mojado suelo hasta la cabaña y llamé a la puerta...

### 3

...y un muchacho de aire asustado abrió la puerta y pestañeó mirando a Graham. No tendría más de diecisiete años. Sus ojos parecían los de una rana, y entonces advirtió Graham que carecía absolutamente de pestañas.

—Márchese —dijo—. No tiene nada que hacer aquí.

—Necesito tu ayuda —dijo rápidamente Graham—. Te pagaré por ello. Mira..., he traído un poco de comida.

Le mostró el paquete que traía en las manos: había latas de judías, unas cuantas tajadas de carne y tres botellas de cerveza. El muchacho tomó recelosamente el paquete y empezó a palparlo y acariciarlo. Sus manos, igual que su fruncido rostro, eran grises de tan sucias que estaban.

—Eres Pitt Burgess, ¿verdad?

El muchacho lo miró como miraría un reo a su guardián, y asintió con la cabeza.

—¿Es comida esto?

—Pensé que te haría falta.

El chico asintió de nuevo, y pareció casi estupefacto. Graham se dio cuenta de que era algo retrasado, en el último nivel de inteligencia normal o por debajo de ella.

—Y también un poco de cerveza —dijo Graham.

Burgess se lamió los labios y sonrió.

—¿Qué clase de ayuda necesita?

—Sólo hacer unas preguntas.

—No le daré cerveza.

—Es para ti.

Burgess se apartó nerviosamente de la puerta y Graham entró en la única y destaralada habitación. Hacía en ella un calor asfixiante, y estaba tan sucia como el muchacho. Mientras Burgess rasgaba el paquete y abría una de las botellas de cerveza, Graham advirtió que había gotas de agua en las paredes y los barrotes de las dos sillas de bejuco. La humedad apareció inmediatamente en el exterior de la botella de cerveza que sostenía el chico. El suelo de madera estaba lleno de moho. Debajo del catre del muchacho, el musgo parecía un bosque en miniatura. Una foto de un cupé «Marmon», arrancada de una revista, estaba clavada en una de las paredes.

—La cerveza es buena —dijo Burgess—. Puede sentarse, si quiere.

—Gracias —dijo Graham. No quería alarmar a Pitt Burgess. El muchacho todavía parecía nervioso y capaz de salir corriendo como un gamo—. ¿Te importaría contestar algunas preguntas?

—Pregunte, y ya veré.

Graham observó cómo echaba el joven otro trago de cerveza.

—¿Cuándo trabajaste por última vez?

Burgess lo miró de reojo y se enjuagó la boca con cerveza.

—A propósito, ¿quién le ha enviado?

—Nadie me ha enviado, Pitt. Ya te lo he dicho: necesito ayuda y tú puedes prestármela.

El muchacho irguió recelosamente la cabeza.

—Está bien. Trabajé hace cuatro o cinco meses. Fue la última vez.

—¿De qué trabajaste?

—De marinero. En una barca de pesca.

—¿Por qué te despidieron?

—¡Eh, señor...! Me marché yo. Nadie me despidió. Me marché. Me fui, Nadie me despidió. No, señor. ¿Le han dicho que me despidieron? ¿Se lo han dicho?

—Entonces, ¿por qué te marchaste?

Ahora el muchacho pareció aún más nervioso. Sus ojos sin protección no podían estarse quietos.

—No me trataban bien —murmuró.

—¿Te pegaba? ¿Te pegaba Krell?

Entonces, nada cambió en la habitación, pero todo fue distinto. Bajo la capa de suciedad gris, la cara del chico se volvió del color de la leche cuajada; incluso las gotas de agua que resbalaban por la pared parecieron detenerse y temblar.

—No tengo nada que ver con él —dijo Graham—. En realidad, sólo le he visto una o dos veces.

—Me pegaba —dijo Pitt Burgess en voz baja. Se estaba relajando de fuera adentro, en círculos concéntricos—. Sí, por esto lo dejé.

Todavía no quería mirar a Graham, y éste no dijo nada, sagazmente, tratando de ganarse la confianza del muchacho como se habría ganado la de un perro. Miró la foto del «Marmon» y no se movió.

—Me pegaba mucho —dijo al fin el chico.

Otra larga pausa. Graham temía no poder soportar la tensión de sus músculos.

Entonces, Pitt Burgess dijo a media voz:

—Y empezó a parecer más joven, ¿no? Más joven. Vaya que sí. Y guapo.

—¿Piensas que era guapo, Pitt? —susurró Graham.

El chico asintió con la cabeza, y su nuez de Adán saltó en el cuello. Después, por primera vez en media hora, los ojos desnudos del muchacho se fijaron en la cara de Graham.

—Lo era« Era *terriblemente* guapo. A veces, a uno no le importan estas cosas, ¿sabes? Si...

Una vena empezó a latir en la frente de Graham. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Comprendo —dijo.

—Ha sido muy amable al traerme comida —dijo el chico.

Hizo una pausa, como dando a Graham ocasión de expresar algo que él no se atrevía o la situación no le permitía decir.

—No tiene importancia —dijo Graham, ahora terriblemente confuso.

—Él me espantó cuando se volvió tan guapo —dijo Burgess, después de otra de sus pausas—. Empecé a pensar en lo que habría hecho.

—¿Para parecer más joven? —preguntó Graham.

—En lo que había hecho *antes* de parecer más joven. Tuvo otros chicos antes de mí, señor.

Pitt Burgess miró a Graham con otra expresión en los ojos; había cálculo en ellos, y vergüenza, y jactancia, y algo misterioso que hizo que Graham deseara salir corriendo de la cabaña.

—Y también les pegaba, ¿eh? ¿Cuántos fueron? ¿Tres o cuatro?

El muchacho carraspeó.

—Más o menos. Tres, cuatro. Los llevaba a su casa. Yo no dejé que me llevase. Le tenía miedo.

—Pitt —dijo Graham—, ni siquiera estoy seguro de lo que pregunto, pero, ¿viste alguna vez algo raro a bordo de la *Fancy*?

El chico se había enroscado de nuevo dentro de sí mismo, y sus ojos parecían los de un reptil.

—Escucha —dijo Graham—, esto te parecerá muy extraño, pero, ¿viste alguna vez algo que parecía mucha sangre?

Pitt sacudió la cabeza.

—¿Viste alguna vez *algo* que no fuese normal?

Por la expresión extrañamente inteligente (porque era irónica) de la cara del chico, supo Graham que nada a bordo de la Fancy había sido completamente normal.

—Tal vez no he formulado bien la pregunta —añadió, con aire compungido.

—Lo sé —dijo el chico—. Sé lo que quiere. Algo que él no querría que yo dijese. Pero a usted... se lo diré. Una vez oí un ruido terrible. Miré a la caseta del timón. No podía creerlo. Toda la caseta estaba llena de moscas. Quizá había allí un millón de ellas. Pero supe una cosa..., supe que en realidad no estaban allí. Pero él me pegaba porque sabía que las había visto. Le gustaba pegarme.

La última frase la dijo casi con coquetería.

—¡Oh! —dijo Graham.

—A los otros chicos los llevaba con él —dijo Burgess—. No sé qué más haría, pero los llevaba con él a su casa. Y nadie lo supo.

—¿No se supo?

—Supongo que los chicos se irían a otra parte del Estado. A buscar trabajo en los muelles de New Haven, digo yo. Creo que nadie volvió a verlos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Graham, comprendiendo al fin.

—Nadie —dijo Pitt Burgess, medio sonriendo a Graham—. Y nadie se preocupó. Eran vagabundos, venidos de ninguna parte. Conque me marché y vine a las marismas, y no he vuelto a ver al guapo Mr. Bates desde aquel día.

Coqueteo..., esto era coqueteo.

Graham se levantó, habiendo averiguado menos y más de lo que había pretendido; murmuró una convencional, inadecuada y temerosa despedida, y salió lo más de prisa que pudo. Mientras chapoteaba cruzando la marisma, supo que Pitt Burgess estaba plantado en la puerta de su mísera cabaña, observándolo. ¿Qué sentía aquel chico...? No habría podido decirlo.

#### 4

Ya en casa, Graham tomó un largo baño; tenía la impresión de que la atmósfera húmeda y grasienta de la choza de Pitt Burgess se había metido en su piel, y se frotó con la piedra pómez hasta que pensó que iban a salirle ampollas. Nunca había sentido verdadera repulsión moral, y nunca había conocido a nadie a quien considerase degradado; pero Pitt Burgess se había degradado, y Bates Krell era el responsable. Tenía la sensación de que había estado mirando al fondo de un pozo y había salvado la vida por los pelos... Un paso más, un segundo más, y habría caído en el pozo.

Probablemente, fue ésta la razón de sus pesadillas. Tres noches seguidas, Graham se sintió trastornado, febril. Soñó que dormía en un ataúd en una habitación con cortinas de terciopelo negro. Sus manos y su boca estaban manchadas de rojo. Quería volar, salir del ataúd y volar en el cielo nocturno. Las dos noches siguientes, el sueño varió: dormía junto a un pozo en un bosque muy vasto. Se agitaba y gemía en sueños. En el fondo del pozo había algo terrible y poderoso, una cosa o un

conjunto de cosas que lo llamaban una y otra vez. No podía mirar; si se arrastraba hasta el borde del pozo y miraba hacia abajo, no podría soportarlo.

Estas dos mañanas, se había despertado con la clara y particular impresión de haber mirado hacia atrás en el tiempo. Se sentía incapaz de hablar con sus padres. Cuando miraba sus rostros amables, triunfales y alegres, se sentía como un paria: quería llorar, o escapar corriendo. Y corrió. Se encerró en su habitación. Se mostró cortés cuando ellos llamaron a su puerta, pero no quiso salir. Si le dejaban la comida delante de la puerta, comería; si no, no comería. Al poco rato, pudo sentir la aflicción de sus padres saltando sobre él..., y pudo sentir sus preguntas arañando la puerta. Este período de locura efectiva, de minitrastorno de Graham, duró cuatro días. El quinto se despertó sintiéndose vacilante, pero de nuevo con su personalidad: no había tenido pesadillas en dos noches. Había perdido la impresión de un yo monstruoso jadeando debajo de su propia piel.

Bajó a desayunar y pidió disculpas a sus padres por su comportamiento. Dio a entender que había trabajado excesivamente en su libro. Y en cuanto hubo terminado, el desayuno, se dejó llevar por su obsesión, bajó por Greenbank Road, cruzó el puente, siguió por Riverfront Avenue y volvió a los muelles.

La *Fancy* estaba en su amarradero..., cosa que Graham apenas había esperado. Vestido con un mono y llevando un gorro azul de punto calado en la cabeza, Bates Krell iba y venía de un desordenado montón de nasas para langosta y las arrojaba sobre la cubierta de su barca. Cuando Graham lo vio esta vez, un miedo instintivo e irracional saltó sobre él desde su propio corazón: pensó en aquellos tres o cuatro muchachos a quienes Krell había llevado con él y que no habían sido vistos nunca más. Graham era incapaz de apartar los ojos de Krell, pero no quería que el hombre lo viese. Retrocedió despacio hasta llegar a un estrecho callejón entre el mercado de pescado y la «Blue Tern». Y allí remoloneó, esperando en silencio que Krell acabase de cargar las nasas en su barca.

El mundo no temblaba; el río no estallaba en llamas. No había ninguno de estos fantásticos y sobrenaturales signos. Un hombre como un toro, tocado con un gorro azul de punto, arrojaba nasas sobre la cubierta de una barca de pesca.

Graham lo observaba como hipnotizado. La cara de Krell era mate y llana, y sus cejas eran negras y espesas, como su barba. Un hombre avezado a las tormentas, a los estallidos meteorológicos, habría pensado cualquiera nada más.

Graham advirtió que estaba jadeando, absorbiendo el aire en breves inhalaciones

Un hombrecillo salió por la puerta de la «Blue Tern», dirigió a Graham una mirada de sorprendido reconocimiento y se alejó en dirección a los muelles. Era el flaco ex pescador que le había dado el nombre de Pitt Burgess. A Graham se le encogió el estómago al ver que el hombre agitaba una mano en dirección al menguante montón de nasas. Entonces el hombrecillo volvió la cabeza a un lado y Krell dejó de moverse: el hombrecillo le había dicho algo.

Ahora el hombrecillo se alejaba muelle abajo, mirando solamente a sus zapatos. Krell había interrumpido su trabajo y permanecía inmóvil, inclinada la cabeza y



descansando el mentón sobre el pecho, y metidas las manos en los bolsillos de atrás del mono.

«Vete, vete —pensó Gram—. ¡Él lo sabe!»

Krell se volvió, levantó la cabeza, y su mirada pareció clavar a Graham en la pared de la taberna.

Graham se irguió: a pesar de su pánico, se dio cuenta de que estas teatrales actitudes de matón solían divertirle.

Krell esbozó una sonrisa y dio un paso en dirección a Graham, el cual salió del callejón para encontrarse con él en el muelle, a la vista de todos.

El hombre estaba ahora plantado delante de él, a pocos centímetros de distancia. Un olor a pescado y a sudor rancio, sobre todo a lo primero, flotaba a su alrededor. Era, aproximadamente, de la estatura de Graham, y sus ojos turbios miraban fijamente a éste. Aquellos ojos contenían una cantidad enorme de regocijo reprimido. Un segundo después de mirarlos, Graham se preguntó por qué había pensado que eran turbios.

Graham sintió primero la amenaza del hombre; un segundo después, sintió lo que sólo habría podido llamar su hechizo.

—¿Sabe una cosa? —preguntó Krell, con voz ronca y estridente—. No he podido evitarlo. Siento curiosidad.

—¿Sí? —dijo Graham.

—Curiosidad —repitió Krell, asintiendo con la cabeza—. No puedo imaginarme por qué ha venido usted a hacer preguntas acerca de mí, Nos hemos visto antes, ¿no? Usted estaba en la orilla del río.

—Sí —dijo Graham—. Allí estaba.

—Bueno, confíeme su secreto. Supongo que querrá invertir dinero en una barca de pesca de langostas.

Millones de impresiones contradictorias caían sobre Graham: percibía un aire de violencia alrededor de Krell, pero junto con esta violencia había una sensación de enérgica personalidad, poderosamente unificada. Krell era un ser no regenerado, con el atractivo primitivo de los que son totalmente ellos mismos. Cualquier conocido de Graham habría pensado que Krell era horrible, pero el hombre había aceptado tan plenamente esta condición que casi había logrado convertirla en una cualidad positiva.

Entonces Graham comprendió algo más: aquel hombre tenía que haber resultado muy atractivo a las mujeres.

Le dijo la verdad, hasta donde se atrevió.

—No, claro que no. Soy escritor..., aunque sólo estoy empezando. Me llamo Graham Williams, Mr. Krell.

—¿Escritor de libros?

—Estoy tratando de escribir un libro. Cuando lo vi el otro día, pensé..., bueno, pensé que podía ser un personaje interesante.

—¿Fue el primer día que me vio, o el segundo?

Ahora los ojos echaban realmente chispas.

—Los dos.

Krell dio un paso atrás, todavía sonriendo a medias; miró la *Fancy* y, después, de nuevo a Graham.

—Un personaje de un libro, ¿eh? Un libro por Graham Williams. Esto es algo nuevo para mí. Pero se me ocurre una idea. En cuanto haya cargado la última nasa, saldré un par de horas en mi barca. ¿Por qué no me acompaña? Entonces podrá ver si le interesa poner a un pescador de langostas en su libro, Graham Williams. —Se apartó repentinamente de Graham y volvió al pequeño montón de nasas. Arrojó otra sobre la cubierta, mientras Graham lo miraba, y se volvió de nuevo, con una mirada calculadora. Se acarició la espléndida barba con la mano—. Incluso le daré un vaso de vino mientras observa la faena. Tengo entendido que a los escritores no les disgusta un traguito de vez en cuando.

Graham recordó el reluciente vaso de vino en el polvoriento armario. El recuerdo estaba ensombrecido por un aire de amenaza; y se dijo: *este hombre es un asesino*. Pero si la historia que había contado a Krell hubiese sido verdadera, ¿no habría aceptado la invitación? Y si Krell sospechaba sus motivos, ¿no los confirmaría si no aceptaba? Aquel hombre podía ser cualquier cosa menos comediante.

Si iba en la barca y tenía los ojos abiertos, pensó Graham, podría enterarse de algo que le ayudase para hacer que condenasen a Krell.

Graham se adelantó y cogió las dos últimas nasas.

—Vayamos allá —dijo.

Krell arqueó las tupidas cejas, asintió con la cabeza y sonrió. Con burlón ademán de cortesía, invitó a Graham a subir a la barca.

Un momento después, navegaban contra corriente por el Nowhatan.

—¿Cómo puede recordar dónde ha colgado sus nasas? —preguntó Graham, mirando el lugar de la ribera donde estaba la primera vez que había visto a Bates Krell.

—Señales —dijo el pescador—. Las verá cuando lleguemos.

—La villa parece muy diferente desde el río —dijo Graham—. Nunca la había visto así. Parece...

—Salvaje y boscosa —gritó Krell, desde la caseta del timón.

No eran los términos que Graham habría elegido, pero resultaban adecuados. Vista desde el centro del Nowhatan, Hampstead parecía tosca y sin terminar, como un pueblo de la frontera. Las partes posteriores de las casas parecían inclinarse hacia el río. Cuando hubieron dejado atrás los últimos edificios y la última serie de embarcaderos, las riberas parecieron sumidas en interminables marismas y altos matorrales oscilantes. Hampstead habría podido estar a miles de millas de allí, y, sin embargo, estaba allí mismo, en la tierra que acababan de dejar.

La ilusión se desvaneció cuando la *Fancy* dobló la punta en la desembocadura del río y salió al Long Island Sound. Las casas de Mount Avenue, bastante más arriba de la línea de la costa, encaramadas en sus cantiles sobre las playas particulares, parecían farolillos de colores entre los árboles; más cerca, las playas de la villa se extendían, ostentosas, junto a la rompiente.

—¿Vamos a ir muy lejos? —gritó Graham a Krell, que se limitó a señalar con la mano el extremo superior del Sound.

Un débil y azulado fulgor en el aire ocultó Long Island.

La *Fancy* siguió alejándose de la tierra, y pronto las casas de Mount Avenue quedaron reducidas al tamaño de cajas de cerillas. Árboles enanos se combaban sobre ellas. La playa de Hillhaven, a la derecha de aquellas casas diminutas, se alzaba sobre el agua como una nubécilla de humo.

Graham vio unos destellos amarillos oscilando en el agua, y otros dos bastante más lejos, apareciendo y desapareciendo con las ondulaciones de las olas. Las señales de Krell. Estuvo a punto de volverse hacia la caseta del timón y preguntar por ellas, pero resolvió no hacerlo, porque la primera, ahora identificable como dos palos pintados y clavados en forma de cruz, se alejaba ya detrás de la popa. Debían de ser señales de otro pescador. Graham se apoyó en la borda.

Y entonces su intuición —o aquel don que había compartido momentáneamente con Patsy y Tabby mucho antes de que éstos naciesen— le salvó la vida. Percibió de pronto un olor a sangre, como si acabasen de matar un buey sobre cubierta, detrás de él.

Y algún animal estaba detrás de él..., una cosa grotesca, un monstruo. Lo sabía. Era algo tan terrible que su vista haría que sus músculos flojeasen como si fuesen de caucho. Sin embargo, aquello lo mataría en el acto si no se volvía. En su mente se pintó la imagen de una araña del tamaño de la caseta del timón, y Graham se volvió para hacerle frente.

Bates Krell estaba en la mitad de la cubierta y avanzaba en su dirección. La puerta de la caseta del timón estaba abierta y oscilaba sobre sus goznes. Krell empuñaba un palo provisto de una afilada punta metálica, como una bayoneta. Mientras se acercaba a Graham para ensartarlo, el pescador sonreía. Sus ojos centelleaban bajo los gruesos arcos de las cejas. La cara de Krell era una máscara regocijada, poderosa, resuelta... «Me espantó cuando se volvió tan guapo», recordó Graham.

Krell soltó una carcajada y siguió acercándose.

## 5

—Allí estaba yo —dijo Graham—, desarmado... y con aquel loco acercándose a mí con un arpón. Sabía perfectamente que iba a rajarme. Me rajaría desde el cuello hasta el ombligo y me arrojaría a los peces. Bates Krell. No habría parecido más dichoso si alguien le hubiese ofrecido un succulento banquete. —Graham cerró los ojos. Sentado en su silla y echándose atrás, bajó un momento la cabeza. Unos pocos cabellos blancos brotaban de su cráneo. Cuando levantó de nuevo la cabeza, sus ojos parecieron muy grandes—. Y así habría terminado la cosa. Yo no podía vencer a Bates Krell en una riña. —Pestañeó y, por un momento, pareció muy joven a Tabby, tan joven y asustado como cuando se había enfrentado con el asesino Bates Krell en la cubierta de la *Fancy*—. Pero lo vencí. Tabby lo sabe. Tabby lo presencié, la primera vez que nos vimos. Pero no creo que lo comprendas, Tabby.

—No lo sé —dijo Tabby, levantando la cabeza para mirarlo—. ¿Qué vi? Vi que cogía usted algo, ¿no? ¿No era algo que...?

—Bueno, ¿qué era? —preguntó Patsy—. ¿Un garrote? Tengo una imagen..., como de un garrote, ¿no?

—No, no era un garrote —dijo Graham—. Pero era la única arma en que se me ocurrió pensar entonces: aquel madero pulido de veinte centímetros que había empleado para abrir la escotilla. Miré hacia un lado, y allí estaba, pendiendo aún de la correa. Di un salto hacia aquel lado y Krell me atacó, pero erró el golpe. No le importaba. Sabía que acabaría conmigo. No le detendría un palito como aquél. Me atacó de nuevo, y yo corrí... y agarré aquel trocito de madera y lo enarbolé, y me enfrenté a él como si supiese lo que estaba haciendo. Como si tuviese alguna posibilidad de triunfo.

Graham los miró, porque había llegado a la parte más difícil de su historia.

—Y Krell se abalanzó sobre mí, dispuesto a clavarme aquel arpón mortal en el vientre. Dijo: «Tú no sabes nada, Williams. *No sabes nada.*» A punto estuve de derrumbarme, tal era el pánico que sentía. Precisamente entonces, creí oír el zumbido de un millón de moscas... Estaba de espaldas a la caseta del timón, y recordé lo que me había dicho Pitt Burgess y pensé que estaban allí, un millón de moscas oscureciendo los cristales. Y entonces...

Escrutó las caras de los otros y vio que habían seguido su relato.

—Y esto es precisamente lo más difícil de contar —dijo—. De alguna manera...

La expresión de la cara de Patsy le interrumpió. Resplandecía como una llama; lo había visto. Estaba viendo el triunfo que había logrado él aquel día, y sentía aquel triunfo como propio..., y al leer esto en su cara, Graham sintió que se deshacía de amor por ella. Alargó un brazo y asió la mano que ella le ofrecía.

—¡Oh, tenías una espada! —exclamó Patsy, brillándole los ojos y mirando a más de cincuenta años atrás—. ¡Oh, Graham! Tenías una espada. Tenías una espada y eras muy hermoso.

Ella le había salvado de la dificultad, ¡y era tan bonita!

—Así ocurrió —dijo—. Me sentí como un gigante. Me sentí tan poderoso como Dios. Y aquel palito corto y pulido... era una espada en mi mano, como Patsy acaba de decir. —Graham se cubrió los ojos con la mano libre y guardó silencio unos momentos—. Una *espada*. —Le tembló la voz y meneó la cabeza—. No voy a llorar, no voy a hacerlo. Pero, comprendedlo, estoy reviviendo todo aquello...

Sacudió resueltamente la cabeza y apartó la mano de los húmedos ojos. También puso esta mano sobre la de Patsy.

—Todo cambió... Sentí una especie de loca irradiación a mi alrededor. Krell me gritaba algo. Sus ojos eran diferentes. Eran grandes, grandes como pelotas de golf. Ya no tenían globos blancos ni pupilas. Eran completamente negros, negros como el azabache, con una especie de motitas doradas en su superficie... Parecían piedras.

Piedras preciosas. Se arrojó contra mí, sin dejar de chillar, y supe lo que sentía..., el mismo triunfo salvaje que me invadía a mí. Pero supe también que yo iba a vencer. Todo se había vuelto del revés; iba a destruir a Bates Krell, y blandí la espada en el aire y partí el arpón de Krell por la mitad. Krell chilló de nuevo y se lanzó contra mí.

Graham se irguió en su sillón; senguía asiendo con ambas manos la de Patsy.

—Y descargué de nuevo la espada, sabiendo lo que iba a ocurrir. O se descargó ella sola. La cara de Krell estaba a sólo dos palmos de la mía cuando la hendió la espada, y pensé que veía dos caras allá..., ambas enloquecidas de maldad y de salvaje regocijo. Sentía que la espada la partía por la mitad y puse en ello toda la fuerza de mis músculos. Pareció que la cara de Krell se agrandaba, se hinchaba como un globo; y entonces sentí que la espada partía su espina dorsal, y la empujé, y la punta salió por el otro lado. Brotó la sangre como de una manguera. El impulso de la espada y su peso casi hicieron que saltase por la borda. La cara de Krell cambió de nuevo, se volvió blanca, y la mitad superior cayó con un chasquido sobre la cubierta. Las piernas permanecieron tiasas durante un momento, y después se derrumbaron. Sentí ganas de cantar..., fue un momento de logro total o salvaje. El momento más intenso de mi vida. ¡Jesús!

»Y entonces se desvaneció..., todo se desvaneció. El día volvió a ser como un día cualquiera: la chispa de oro se apagó en el aire, la barca trazaba círculos en el agua y mi espada volvía a ser un trozo de madera. La sangre seguía fluyendo del cadáver de Krell, y vi que se filtraba, espumosa, por las rendijas de las tablas de la cubierta.

Graham soltó delicadamente la mano de Patsy McCloud.

—Yo recordaba sus ojos, unos ojos que no eran humanos ni siquiera bestiales. Muchachos, cuando me vi en apuros en los años cincuenta, la fuerza de este recuerdo me salvó. Pensaba que había luchado contra el diablo y que algún poder me había salvado. Entonces me abandonaron todas mis fuerzas y casi tuve que sentarme, tan débil me sentía. El extraño y maravilloso momento se estaba ya volviendo mítico, vago. Dos mitades de un hombre rezumaban sangre sobre la sucia cubierta, delante de mí. Casi me mareé, pero tenía que librarme de los horribles restos de Bates Krell. Esto era lo que más me preocupaba; no pensé nunca en las consecuencias. ¡No se me ocurrió pensar que nadie me creería!

»Cerré con fuerza los ojos y agarré aquel tronco por debajo de las axilas. Icé aquella parte de él y la arrojé por la borda. Oí el chasquido que produjo en el Sound. Como un viejo perro fiel, la *Fancy* siguió dando vueltas alrededor del sitio donde habían caído el pecho y la cabeza; como si esperase que volviesen. Agarré los tobillos con ambas manos y arrojé el resto del cuerpo. Me incliné sobre la barandilla y observé cómo desaparecían las botas bajo el agua; se hundieron como piedras, yendo directamente al fondo. Después me volví. El pequeño barrote rodaba sobre la cubierta, y lo agarré un segundo antes de que tocara aquella sangre. También lo arrojé por la borda.

»Entré en la caseta del timón y dirigí la barca hacia alta mar... Por un instante, sólo pensé en remontar el Sound, salir directamente al Atlántico y no regresar jamás. Pero hice virar la barca y la dirigí hacia la desembocadura del Nowhatan.

«Desde luego, no tenía la menor idea de cómo había que amarrar una barca como la *Fancy*. Entendía más en barcas de vela, y conducirlas a un atracadero era bastante fácil para mí. En cuanto divisé las ventanas de atrás de la «Blue Tern», giré el timón hacia el muelle, paré el motor y me confié a la suerte. Bueno, la *Fancy* chocó contra aquel muelle como un camión sin frenos cuesta abajo y arrancó un trozo de madera a la propiedad municipal. Probablemente hice caer también algunos vasos de los estantes de la «Blue Tern», e hice una buena melladura en el costado de la barca. Salté a tierra, amarré los cables a los postes más próximos y salí corriendo hacia la Jefatura de Policía.

»Bueno, aquel mágico aplomo me había abandonado. Me senté en la oficina de Nails Kletzka y se lo conté todo, desde la primera vez que había visto a Krell hasta los desperfectos que había causado en el muelle de detrás de la taberna. Y él pensó que estaba escuchando a un chiquillo que había perdido la cabeza a fuerza de atiborrarse de libros. Nails Kletzka era un buen jefe de Policía, y también un tipo duro. Incluso era lo bastante bueno en política para mantenerse en su puesto durante más de treinta años. Pero lo que le estaba diciendo era demasiado para él... y, desde luego, tenía que habérmelo figurado. Hubiese tenido que suavizar el relato, para hacerlo más aceptable a un rudo polaco en su primer año de jefe de Policía. Habría tenido que ceñirme a la tradición realista. Pero me senté allí y desgrané mi loca historia, y vi que Nails se sentía cada vez más incómodo al principio, y se ponía después francamente nervioso y acababa enojándose de veras. Cuando llegué a la muerte de Krell, dije que le había arrancado el arpón y le había golpeado con él... lo bastante fuerte para hacerle saltar por la borda. Al menos tuve la suficiente cordura para contarlo así.

»—Así que decidiste que ese Krell había asesinado a las mujeres. A todas aquellas mujeres. Y ese chalado de la marisma te convenció de que había matado a sus ayudantes, por si aquello fuera poco. A tres o cuatro de ellos.

«Nails me miró, y comprendí que me encerraría por hacerle perder el tiempo con semejante historia.

»Le dije que así era.

»—Entonces, ¿a cuántos ciudadanos decidiste que había liquidado Krell? ¿Siete? ¿Ocho? Diez?

»—Algo así —le dije.

»—¿Y dónde están los cadáveres —me gritó Kletzka—. Quiero decir, ¿dónde están todos esos chicos muertos? ¿Dónde están sus madres? ¿Por qué no ha denunciado nadie su desaparición? ¿Y qué pruebas tienes de que Krell tiene algo que ver con las mujeres que desaparecieron? ¿O incluso con las infelices que encontramos muertas? ¿Tienes alguna maldita prueba de ello?

»Tuve que negar con la cabeza.

»—Ni siquiera sabemos de fijo que has matado a ese hombre en defensa propia y has arrojado su cadáver por la borda.

»—Pero lo he hecho —dije—. Puede ver la sangre en la cubierta de su barca. Esto es una prueba.

»—Esto no prueba nada —dijo él.

«Tengo que deciros que pasé todo el día en aquella oficina. Kletzka envió un hombre a los muelles, y el agente vovió y dijo que sí, que la *Fancy* parecía haber sido amarrada por un aficionado, pero que nadie la había visto entrar. Y nadie me había visto salir en la barca con Krell. Había un poco de sangre en la cubierta de la embarcación, pero esto no demostraba nada. En 1924, no se contaba con nuestros medios refinados de análisis de sangre.

»Por último, aunque Kletzka no lo dijo claramente, empecé a concebir una idea que explicaba en parte su irritación. Comprendí que algunos hombres de la villa se habían quejado del tal Bates Krell: pensaban que había molestado a algunas mujeres de la localidad. Sus hijas... o sus esposas. Alguien pensaba haber visto una noche a Krell con una mujer en su barca. Y empecé a darme cuenta de que había entorpecido las investigaciones de Nails, por no emplear un término más severo. En realidad, no había empezado ninguna investigación en serio, porque todo lo que tenía contra Krell era la sospecha de algún tipo que pensaba que podía ser engañado por su mujer.

»Al final de aquella noche comprendí otra cosa. Kletzka se inclinaba a medias a creer que yo había matado a Bates Krell, pero no iba a detenerme por ello. En realidad, fingiría que no le había dicho nada importante. Diría a su departamento que era «aquel joven escritor en ciernes» y que tenía demasiada imaginación. Y esperaría ver si cesaban las muertes y las desapariciones. Era una justicia tosca, pero él sabía que esto valía más que nada. Aquella noche volví a mi casa sin haber sido acusado, y quemé todas las notas que había tomado. Las muertes cesaron, y lo que me había ocurrido en el Long Island Sound pareció cada vez más un sueño, algo que me había imaginado.

»No volví a ver al jefe Kletzka hasta veintisiete años más tarde, en 1952, cuando era un personaje bastante caído en desgracia. Empinaba bastante el codo en aquellos días y no estaba muy seguro de mi posición legal. La mayoría de la gente de aquí había decidido que era una amenaza para el estilo de vida americana, aunque sólo fuese porque lo pensaba el senador McCarthy. Por no hablar de Martin Dies. Estaba a punto de volver a Inglaterra; quería irme mientras tuviese un pasaporte válido. Pero un hombre de la villa me echó una mano. Johnny Sayre. Él sabía que yo no era comunista; Johnny Sayre sabía que, para mí, la gente de la izquierda eran mejores compañeros, mejores conversadores y, ¡qué diablos!, más interesantes que los republicanos del Condado de Patchin en los años cincuenta, con sus ternos y su receta del perfecto «Brandy Alexander». Por consiguiente, me invitó a comer. En el Club de Campo, donde todo el mundo pudiese verlo conmigo, y a mí con él. Nos

reuniríamos en Londres para su cumpleaños —él y su esposa partirían dentro de un par de días y yo les seguiría poco después—, pero Johnny quería que Hampstead supiese lo que él pensaba de mí. Y al final de aquella velada tuve mi primera conversación con Nails Kletzka después de veintisiete años.

«Había pasado tanto tiempo que nadie, salvo los viejos como yo, lo llamaban ya Nails, o sea *Clavos*. Su trabajo de carpintero no lo había desempeñado desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Ahora no era más que el Jefe. Tenía muy gorda la barriga y muchas arrugas en la cara. Pero me recordó; vi en sus ojos que recordaba aquel día en su oficina... y todas aquellas mujeres que habían muerto. Y allí estábamos, junto al cadáver de uno de los mejores hombres que jamás han vivido en esta población. «¿Qué te importa a ti, a fin de cuentas?», casi le oí decir. Entonces pensaba yo que lo sabía, aunque no habría podido decirle mucho más que en 1924.

»El día siguiente asistimos a una pequeña reunión en la oficina de Johnny; yo, la viuda de John, el jefe Kletzka y aquella pequeña periodista pelirroja de *la Gazette*, Sarah Spry. La que escribe la columna de sociedad. Yo quería animar a Bonnie Sayre; Nails tenía malditas las ganas de verme allí, pero ¿podía negarse a la petición de la viuda de John? Fue Sarah Spry, la periodista, quien vio primero la agenda de teléfonos de John. «¿Sabe alguien quiénes son estos hombres?», preguntó. Nails y yo nos inclinamos para mirar la agenda y ambos vimos aquel nombre al mismo tiempo. Bates Krell. Tuve la impresión de que alguien me había dado un mazazo en la cabeza. Nails no dijo nada. Salió. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle si conocía el otro nombre escrito en el bloc. Sarah Spry siguió preguntando: «¿Significa esto algo? ¿Significa esto algo?», y su voz rascaba los oídos como una uña una pizarra. Pero no se lo censuré: era una pregunta propia de una periodista, y ella había sido una de las primeras en ver el cuerpo de John. Yo podía decírselo. Bajé la escalera para hablar con Nails, pero ya se había marchado.

## 6

—Después de aquel episodio entre Bates Krell y yo, empecé a estudiar la historia de la villa —le dijo Graham—. No tenía la menor idea de lo que me había sucedido; después de un par de semanas, apenas podía estar seguro de que realmente había *ocurrido* algo. Cada día parecía más un sueño. Bajaba a los muelles y contemplaba la *Fancy*, y trataba de convencerme de que no estaba tan loco como pensaba Nails Kletzka... La única prueba de mi cordura era que Bates Krell había desaparecido realmente. Su barca estaba allí, acumulando polvo y cada vez más estropeada, y seis meses más tarde, la villa de Hampstead la subastó para cobrarse los impuestos.

«Había otro factor que me impulsaba a investigar la historia local. Cuando había desaparecido Daisy West, había oído a mi padre decir algo a mi madre sobre un verano negro; se había callado de pronto al advertir que yo estaba escuchando,



pero la frase quedó grabada en mi cabeza. Verano negro. En cierto modo, yo había pasado entonces mi propio verano negro, ¿sabéis? Y entonces sentí algo, uno de esos sentimientos que no podemos probar que sean verdad, pero que pensamos que lo son. Este sentimiento me decía que siempre habían pasado cosas raras en Hampstead, que Hampstead era un sitio ideal para los veranos negros. Por consiguiente, empecé a hurgar en los viejos periódicos y en la *Historia de Patchin*, y siguieron mi entrevista con la propia Dorothy Bach y todas mis investigaciones sobre lo que ocurrió en «El Verano Negro». Y todavía estoy aprendiendo cosas. Un antipático y engreído joven de la Sociedad de Historia me ha dado otra clave este mediodía.

Richard no pudo abstenerse de preguntar:

—Bueno, ¿qué pasó, Graham? A juzgar por lo que dijiste antes, supongo que la villa quedó como aislada...

—Gradual pero indefectiblemente —dijo Graham—. Y debido a esto, Hampstead casi feneció: sin correo, sin que parasen las diligencias, sin que arribasen barcos. Se acabaron el comercio y las relaciones que mantienen viva una ciudad. Naturalmente, no empezó de esta manera. Como este verano, empezó con una serie de brutales asesinatos. Entonces *el Dragón* se volvió más poderoso..., como ha ocurrido claramente este verano. Hubo un terrible incendio de Mill Lane. Donde este verano mató a la mayoría de los bomberos de tres poblaciones. Y ahora, ¡pensad esto! Unos cien años antes del «Verano Negro», los hombres del general Tryon, ayudados por uno de nuestros caballeros locales, quemaron la mayor parte de Greenbank y de Hillhaven. Hubo, pues, tres incendios importantes, con un intervalo aproximado de cien años... Un Williams y un Smyth murieron en 1779; al menos un miembro de cada una de nuestras familias murió en «El Verano Negro», y este verano se han cometido graves atentados contra nuestras vidas. Sólo os sugiero que *el Dragón* parece más poderoso y más hambriento una vez cada cien años.

Los otros le miraban, pero sus ojos tenían momentáneamente una vaga expresión: recordaban lo que *el Dragón* les había hecho aquel día. Curiosamente, Tabby Smithfield, que había quedado huérfano a causa de los sucesos de aquel día, era el que parecía prestar mayor atención. Sólo había bebido la mitad de la botella de cerveza, y estaba inclinado hacia delante, con las piernas cruzadas, contraídos los músculos de la mandíbula inferior.

—¿Qué había en Mill Lane en 1873? —preguntó Richard—. ¿Casas?

—Una fábrica de tejidos de algodón —dijo pausadamente Graham—. La fábrica de «Royal Cotton» ocupaba toda la península. «Royal Cotton» no era una de las empresas más importantes del país, y el negocio del algodón había sido siempre un poco bajo en Hampstead, pero la «Royal Cotton» era parte importante de esta villa. Daba trabajo a cientos de personas. Y si hubiese prosperado, todo el carácter de Hampstead habría cambiado, sería ahora completamente distinto. En realidad, ¿qué somos, sino un dormitorio de lujo para los de Nueva York? Habríamos podido ser una ciudad que se mantuviese *a si misma*, que dependiese *de sí misma* en lo tocante a su destino... ¿Comprendéis lo que estoy diciendo? Cuando «Royal Cotton» ardió en junio de 1873, Hampstead perdió su significación.

Se levantó, cruzó las manos sobre la rabadilla y se estiró hacia atrás. Dio unos pasos sin objeto hacia su mesa escritorio, y después se volvió de nuevo de cara a ellos.

—Nadie descubrió nunca el origen de aquellos incendios. Ni cómo se habían propagado con tanta rapidez. Fue un auténtico misterio, amigos míos, y todavía sigue siéndolo. «Royal Cotton» no tenía hornos. Había chimeneas en las oficinas de los directores, pero en junio estarían frías como el mármol. ¿Fueron incendios provocados? Nadie lo sabe.

Tocó el lado contuso e hinchado de su cara. Graham parecía ahora extrañamente pálido, como si el esfuerzo de hablar se hubiese llevado la mayor parte de su fuerza y de su energía. Incluso su voz tonante parecía cascada y cansada.

—Se había presumido que «Royal Cotton» traería prosperidad a Hampstead, pero, en vez de esto, le trajo la ruina. El incendio se propagó a través de las marismas, saltó el pequeño estuario junto a Poor Fox Road y devoró las casas a lo largo de Greenbank y de Hillhaven. La zona debió parecerse mucho a la que habían dejado los hombres de Tryon al retirarse a su nave. Y el incendio se propagó también en la otra dirección, quemando las cosechas y las casas hasta el lugar donde se encuentra actualmente el Club de Campo. La villa estaba arruinada. La habían pasado a cuchillo. Había cientos de muertos. —Graham se volvió a la ventana, como si quisiera aniquilar a un fantasma burlón plantado allí—. Pero esto no fue lo peor que iba a ocurrirle a Hampstead.

Se acercó a la mesita del café, delante de los otros tres, y cogió un librito gris.

—La mitad de los habitantes de la villa recogieron los bártulos y se marcharon. Muchos de ellos abandonaron todo lo que poseían. Pienso que *sintieron* algo; tuvieron miedo y sólo pensaron en marcharse. —Entonces, Graham lanzó un largo y triste suspiro—. Sabían que vendrían cosas peores. Y nosotros sabemos lo que son estas cosas peores, las hemos visto ahora. Richard lo ha visto... y yo lo vi en el fondo de la quebrada. Tabby oyó su llamada. Y Patsy... —Su rostro reveló su angustia—, Patsy lo vio y sufrió su ataque, y sólo Tabby pudo salvarla. —Sacudió la cabeza—. Los que abandonaron la villa hicieron lo que debían. Los equivocados fueron los que se quedaron. Dejad que os hable de este libro.

Lo levantó.

—*Viajes curiosos*, de Stephen Pollock. Si éste es recordado actualmente, se debe solamente a uno de sus relatos. *Pavor*. Aparece de vez en cuando en las antologías. Pero Washington Irving conoció a Pollock y escribió *El jinete sin cabeza* después de que Pollock hablase con él. El verdadero escenario de *El jinete sin cabeza* no es Tarryton, Nueva York, ni los otros pueblos que se mencionan algunas veces... El verdadero escenario es Connecticut. Donde, según Washington Irving, nació y se crió Ichabod Crane.

Richard Allbee arqueó las cejas. Por un momento, pareció casi senil.

—Sí, Richard. Ichabod Crane. Una de las visiones de Mount Avenue. Se te apareció porque tú eras el único de nosotros que podía reconocerlo. *El Dragón* quería divertirse.

Graham dio la vuelta a su sillón y se sentó.

—En uno de los capítulos de este libro, Pollock describe un viaje que hizo en diligencia de Nueva York a New Haven durante el verano de 1873. Voy a leeros un par de párrafos. No nos llevará mucho tiempo.

Abrió el libro y empezó a leer:

—Mis compañeros de diligencia empezaron a dar grandes señales de nerviosa inquietud al acercarnos a Hampstead. Éste había sido un pueblo provisto de cierto encanto, muy bien situado en la costa de Connecticut, pero había sido arruinado meses antes por los incendios.

»Estos pobres ciudadanos sitiados de América, todos ellos del tamaño de un barril de cerveza y dotados de excelente salud, dientes sanos y carencia republicana de excesiva humildad, encontraron que no podían soportar la mención de Hampstead... ¡y mucho menos el espectáculo! Lo único que cabía hacer era correr las cortinillas de la diligencia y sujetarlas lo mejor posible.

«Pronto llegamos al lugar, al desdichado Hampstead. Los otros que iban en la diligencia interrumpieron sus conversaciones; las dos mujeres cerraron los ojos con expresión de dolorosa severidad, y sus maridos fijaron tenazmente los suyos en unos horizontes inexistentes. Los cuatro habían palidecido. Gradualmente, se me ocurrió pensar que todos y cada uno de mis compañeros estaban paralizados por el miedo.

»Al aumentar su terror, creció mi curiosidad. ¿Qué diablos había podido inspirar aquel miedo supersticioso a un oscuro pueblo de la costa? Resolví mirar a través de las cortinillas y ver el lugar con mis propios ojos. La diligencia avanzaba ahora a una velocidad doble de la normal, y nosotros cinco saltábamos en su interior. En cuanto fui lanzado contra la ventanilla de mi lado, aparté la cortinilla y miré al exterior. Una de las mujeres chilló, y su marido a punto estuvo de arrancar la mano imprudente de su muñeca. Dejé caer la cortinilla y lo tranquilicé. Esperé que la velocidad de nuestro carruaje doblase y redoblase. Ninguno de nosotros volvió a respirar normalmente hasta que hubimos cruzado el límite de Patchin.

»Dos noches más tarde, en mi alojamiento provisional en la ciudad universitaria de New Haven, escribí para demorar los compromisos que había contraído y me dediqué a escribir un cuento. En el transcurso de unas horas febriles, escribí mi relato *Pavor*.

Graham cerró el libro.

—Echó un vistazo a Hampstead y dos noches después escribió *Pavor*. ¿Conocéis el cuento?

—Yo sí —dijo Richard—. Lo leí en la escuela superior. Trata de un hombre que teme estar viviendo en una ciudad poblada únicamente por los muertos. En el college, uno de mis profesores dijo que se suponía que había ejercido cierta influencia en James Joyce.

—¿Qué vio Pollock en aquellos pocos segundos? Creo saberlo... y pienso que vosotros también lo sabéis. —Graham los miró directamente a todos—. Creo que vio, o se imaginó ver, cadáveres andando por la calle. Porque pienso que esto fue lo que ocurrió en Hampstead. Y pienso que es lo que sucede ahora. ¿Lo dudas, Richard?

Richard sacudió la cabeza.

—No puedo dudarlo, después de lo de esta noche.

—¿Y tú, Patsy? ¿Y tú, Tabby?

Patsy dijo:

—Yo no..., creo que no.

Y Tabby se limitó a asentir con la cabeza a lo dicho por Patsy y por Richard.

—Es *el Dragón*, en su máximo poderío —dijo Graham, poniéndose de nuevo en pie—. Pero, ¿qué hora es? Las cuatro y media. Demasiado tarde para que un viejo como yo siga hablando con cordura. Tendréis que permitir que me vaya pronto a la cama. Aunque pienso que deberíamos hablar cuanto antes de cambiar nuestro estilo de vida. No podemos estar desperdigados por más tiempo. Tenemos que inventar algo.

—Quisiera hacerle una pregunta —dijo Tabby.

Graham hizo una señal de asentimiento.

—¿A qué se debe que *el Dragón* sea más poderoso en determinados años? Como lo es ahora.

—Creo que puedo responder a esto —dijo Graham. Se acercó a su mesa escritorio y apagó la lamparita que ardía sobre ella. Inmediatamente, la estancia se llenó de sombras, produciendo una especie de espejismos, y los otros tres permanecieron aislados en un charco de luz amarilla—. Cada una de nuestras familias tenía al menos una persona empleada en «Royal Cotton». Y pienso que miembros de nuestras familias, al menos una persona de cada una de las cuatro familias, estuvo en Hampstead durante «El Verano Negro». Se quedaron para luchar contra *el Dragón*. Y pienso que, en definitiva, lo encontraron y lo mataron. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Pero nunca fue tan fuerte como ahora.

Patsy le preguntó:

—*El Dragón*, ¿es siempre un hombre?

—En el libro de Dorothy Bach hay una referencia a una mujer llamada Hester Poole que fue enterrada en Kendall Point en 1812. «Por haber delinquido gravemente», fue la explicación. No, no creo que *el Dragón* sea siempre un hombre; sólo pienso que se cebará en nosotros mientras se lo permitamos.

Levantó las manos, en ademán casi desesperado.

Los otros se levantaron y se separaron, vacilantes. Tabby se puso después al lado de Richard. Patsy permaneció sola junto a la mesita de la máquina de escribir de Graham.

Graham abrió la puerta para que saliesen Richard y Tabby; se quedó un momento en el umbral, viendo cómo cruzaban la calle en la oscuridad. Después se volvió a Patsy.

—No quisiera parecer atrevida —dijo ella—. Pero me gustaría quedarme aquí esta noche. —Sonrió, y el agotamiento se reflejó claramente en su semblante—. ¿Hay alguna cama de sobra en esa biblioteca?

Graham sonrió a su vez.

—Hay una enterrada bajo un montón de libros..., al otro lado del pasillo, delante de mi habitación. Incluso tiene cuarto de baño. Buscaré un par de sábanas y una almohada. Te me has anticipado, ¿sabes? Iba a pedirte que te quedases.

—Me parece que no podría estar sola en mi casa —dijo Patsy—. No, después de lo de hoy.

—No tendrías que estar sola en parte alguna —dijo Graham—. En realidad, ninguno de nosotros debería estarlo. Es demasiado peligroso. Debí pensar que ocurriría esto..., aquella primera noche, cuando fuimos a ver aquella lápida. De hecho, lo sabía. Pero no podía creerlo.

Patsy bostezó de pronto.

—¡Oh! Te acompañaré arriba —dijo Graham—. Sólo quiero darte otro consejo. ¿De acuerdo?

Ella ladeó la cabeza.

—Adelante.

—Si oyes que alguien llama a tu puerta esta noche, no le abras.

Patsy soltó una carcajada y rodeó con sus brazos el cuello de Graham.

## CUATRO: EL FONDO DEL ESPEJO

### 1

En la segunda semana de agosto, mientras Tabby Smithfield se disponía a imitar a Graham Williams y atacar al *Dragón* por su propia cuenta, ocurrieron dos sucesos aparentemente independientes que podían afectar a la vida de todos los seres humanos en Hampstead, Hillhaven y Patchin. Pero, desde luego, nada era lo que parecía, y estos dos sucesos —el primer anuncio por el doctor Chaney del «síndrome de Dobbín» y la conferencia de Prensa del doctor Theodore Wise y el doctor William Pierce en un motel de Butte City— estaban íntimamente relacionados; y Hampstead y las otras poblaciones continuaron como si nada hubiese ocurrido. Esto habría confirmado su locura, si hubiese necesitado confirmación; pero ésta holgaba, después de la conferencia de Prensa.

La docena, más o menos, de «goteras» supervivientes, temiendo por sus vidas y cansados de ocultarse en casas abandonadas, habían buscado y hallado refugio en el «Yale Medical Center». Allí, el doctor Chaney estudió sus casos e inventó una serie de brillantes sistemas de conservación de vida para ellos. Chaney diseñó al fin una estructura de espuma y de fibra de vidrio que podía adaptarse a las cambiantes exigencias de los pacientes. Cuando éstos se hallaban en la fase final de la enfermedad, eran envueltos en una especie de exoesqueleto, una capa de una sustancia gomosa, firme pero plegable. El doctor Chaney pensó que estaba en condiciones de anunciar la aparición de «síndrome de Dobbin» en el Condado de Patchin en un foro mucho más resonante que *The Lancet*, que había retenido su artículo durante más de un mes... El «síndrome de Dobbin», si no el propio Dobbin, se había convertido en su causa. Invitó a un reportero médico del *New York Times* a New Haven y acudió personalmente en su coche a la estación del ferrocarril para recibirlo. En la negra cartera de cuero que sujetaba bajo el brazo mientras esperaba en lo alto de la rampa, había ocho fotografías en color, ocho por diez, que servirían para preparar al joven reportero para lo que vería en el «Medical Center». El reportero, huelga decirlo, no había visto nunca nada parecido a las fotografías de Chaney; ni había vislo nada, en el campo de su labor, que le afectase tanto como la vista de los restos de Pat Dobbin... En aquel punto, el ilustrador estaba suspendido en un contenedor como una pequeña bañera colorada.

Ted Wise y Bill Pierce leyeron el artículo del reportero en sus pantallas de computadora en Montana; desde la desaparición y presunta muerte del general Haugejas, su sección había quedado reducida a ellos dos y una secretaria. Su

laboratorio había sido desmantelado seis días antes, y todos los demás científicos habían sido distribuidos en las fábricas e instalaciones de «Telpro», o bien, algunos, en universidades de todo el país. Wise y Pierce habían supervisado la virtual destrucción del proyecto que habían dirigido durante casi dos años, despedido al resto de su personal y aislado y envasado todas las existencias de DRG-16. Sabían que nunca inventarían el DRG-17. Por la tarde de su octavo día de residencia en un limbo prácticamente de holganza, un camión de «Telpro», conducido por un especialista del Ejército en traje de paisano, se había llevado la caja acolchonada que contenía las grandes botellas metálicas. Éstas eran todo lo que quedaba de los esfuerzos mentales de Otto Bruckner. Wise y Pierce habían cargado personalmente la caja en la parte de atrás del camión. El soldado especialista saltó dentro del camión y pegó un marbete a la caja: ACCESORIOS DE MAQUINARIA.

—¿Qué crees que van a hacer ahora con eso? —preguntó Bill Pierce a su jefe, mientras observaban desde la verja al camión que giraba hacia el Este por el camino polvoriento, en dirección a la carretera general.

El camión parecía muy pequeño, reducido de tamaño por la inmensa desolación del paisaje.

Wise lo sabía, y dijo:

—Lo arrojarán al agua. Lo pondrán en otro contenedor, lo echarán por la borda de una embarcación y confiarán en que permanezca en el fondo para siempre. Y no quedará constancia de nada.

—¿Crees que nos encargarán otro proyecto? —preguntó Pierce.

El camión estaba todavía a la vista, como un juguete del tamaño de una caja de cerillas.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Wise.

Tenía los labios secos y agrietados, y sus dientes prominentes parecían sucios.

—Digo que tienen que darnos una oportunidad.

—Seguro. Si resulta que Haugejas es inmortal. —Se pasó la lengua por los dientes—. ¿Te acuerdas de Leo Friedgood? —preguntó de pronto—. Espero que le hayan dado su merecido a ese hijo de perra.

Después de otros ocho días de limbo. Pierce lanzó un grito peculiar mientras leía el *New York Times* en el servicio de computadora. Wise lo miró cuidadosamente desde su litera en la oficina.

—¿Han encontrado a Haugejas? —preguntó.

—¡Dios mío! —exclamó Pierce—. Ven y mira esto.

Wise avanzó tambaleándose hacia el aparato. Cuando hubo leído los dos primeros párrafos del artículo que había escrito el joven reportero sobre Pat Dobbin y los otros, ya no pareció cansado.

—Es esto —dijo. El recuerdo de Tom Gay, gritando detrás de una pared de cristal, nunca ausente de su memoria, borró por un momento las palabras en verde sobre negro de la pantalla—. Es realmente esto. Una carta loca..., como le dije a Friedgood, ¿no?

Se frotó los ojos y se acercó más a la pantalla, como si con esto pudiese cambiar las palabras.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó Pierce—. Creo saber lo que haría yo. Y pienso que lo haré aunque tú no estés de acuerdo.

Wise le dirigió una mirada que, por un momento, fue de puro terror.

—Sabes cuáles serían las consecuencias, ¿no?

—No lo sé. Y tú tampoco. Pero pienso que hemos estado callados demasiado tiempo. Propongo que llamemos a ese reportero, a su director y cualquier otra persona que nos parezca adecuada, y empecemos a decir la verdad.

Wise se pasó la lengua por los dientes. Miró de nuevo la brillante pantalla.

—Pienso lo mismo —dijo.

Dos de las consecuencias previstas por el doctor Theodore Wise se produjeron inmediatamente después de la improvisada conferencia de Prensa en el «Best Western», en las afueras de Butte; él y el doctor Pierce fueron despedidos y, media hora más tarde, los detuvieron para ser interrogados por la Policía del Estado de Montana, a requerimiento por télex de la Policía del Estado de Connecticut. La conferencia de Prensa había sido mucho más sonada de lo que él había imaginado: cámaras de Televisión se habían materializado a su alrededor, los reporteros habían preguntado a voz en grito, a cada instante había aparecido alguien provisto de auriculares y con otra pregunta tonante.

—¿Qué se siente al saber que se ha matado a un montón de niños? —preguntó a Wise una mujer con gafas de sol y chaqueta de ante ribeteado.

Wise tragó saliva; sabía a cigarrillos, aunque él no fumaba.

—Bueno, aquel resultado... —empezó a decir, tratando de responder honradamente a la pregunta—. Aquel resultado fue una de las razones de que el doctor Pierce y yo presumiésemos que nuestro trabajo no guardaba ninguna relación con las tragedias de Connecticut. Nuestros resultados caían dentro de ciertos parámetros, y aquello estaba muy fuera del mapa. Me refiero a los niños que se ahogaban por su propia voluntad —su cara enrojeció—. Todavía no puedo creer que nuestro producto fuese el causante de aquello. De acuerdo, es moralmente impresionante. Pero nuestros sujetos no mostraron nunca tendencias suicidas, individual o colectivamente.

—¡Sus sujetos eran MICOS! —gritó un hombre de camisa a cuadros desde el fondo de la estancia.

—Eran monos —dijo Wise—. Vimos frecuentes casos de muerte instantánea, en un porcentaje global de cinco a ocho, según las categorías de DRG.

Más alboroto, y un alud tal de preguntas que Wise contestó únicamente la que estaba seguro de haber oído correctamente.

—Sí, presumo que el DRG fue la causa de varias de las muertes ocurridas en la zona el día del accidente.

Bill Pierce se levantó, había visto entrar dos policías en la suite.

—¿Qué deberían hacer en Hampstead? —preguntó una voz masculina entre el griterío provocado por la respuesta de Wise.

—Rodear la villa con una verja —dijo Pierce.

Ésta fue sólo la primera entre docenas de conferencias de Prensa referentes a Hampstead y al DRG. El delegado de Prensa de «Telpro» sostuvo una, después otra,



y después otra; en cada una de sus apariciones negó las que llamaba «alegaciones»; defendió el historial del general Haugejas; prometió un estudio profundo de la situación. No dijo nada. El agregado de Prensa del Pentágono dijo lo mismo, pero sólo dos veces. Los padres de Harvey Washington, uno de los tres jóvenes que habían muerto, sostuvieron una conferencia en su cuarto de estar, para acusar de racismo a los científicos de «Telpro». El secretario de Defensa, interrogado sobre el frenesí de Hampstead —pues en esto se había convertido ahora—, dijo: «Afortunadamente, estamos en condiciones de negarlo rotundamente.» Eran tantos los manifestantes que se reunían todos los días delante del edificio de «Telpro», que la Policía de Nueva York acordonó la acera de la Calle 59 Este para que pudiesen pasar los peatones. Se constituyó un subcomité del Senado; el subcomité se incautó de un camión de fichas y documentos de «Telpro», y pronto se perdió en ellos. Se empezaron dos películas antes de que los doctores Wise y Pierce llevasen igual número de semanas repitiendo su historia. (Más tarde, ambos estudios dieron marcha atrás... y despidieron a los ejecutivos que habían apoyado el proyecto.) La revista *Time* publicó un artículo titulado *La extraña historia del Condado de Patchin*. *Newsweek* preguntó: «¿Qué pasa en Hampstead?» *Newsday* escribió: «¿Creó el DRG un asesino?»

Como había pronosticado Graham Williams, los trenes de cercanías pasaban de largo por las estaciones de Hampstead, Greenbank y Hillhaven... Pat Dobbin había compadecido una vez a los hombres tan atropellados que se acumulaban en aquellos andenes incluso en domingo pero si ahora le hubiese quedado compasión bastante para transportar a alguno de ellos, no habría tenido a quién llevar. Los trenes pasaban frente a andenes vacíos. De vez en cuando, un hombre, no siempre el mismo, se presentaba donde solía antes de tomar el tren para Grand Central. Probablemente llevaba la chaqueta desabrochada y reyuelto los cabellos; su cartera estaba vacía; no habría podido explicar qué estaba haciendo allí. En todo caso, había llegado en mal momento. El extraño caballero se frotaba la hinchada mejilla y se tocaba con la lengua un diente flojo; tenía un confuso pero agradable recuerdo de una riña en la zona de aparcamiento de Kiddietown (o en el bar de «Chez Normand», o delante del mostrador de «Grand Unión»), pero no podía recordar del todo por qué se había peleado y por qué le había sabido tan bien. En definitiva, el hombre se alejaba de allí, o saltaba a la vía para tocar los raíles, o se quitaba la ropa, o sonreía y metía la cartera a través de una ventanilla de la estación, o..., hiciera lo que hiciera, si aún estaba allí cuando pasaba zumbando el próximo tren, el ruido y la furia y el color de la apresurada visita de Conrail probablemente le asustaban.

Graham Williams no había previsto que la Policía del Estado instalaría vallas en las salidas y entradas de la carretera en Hampstead y en Patchin, pero hubiese debido saber que el aislamiento de aquellas poblaciones tendría efectos casi insignificantes para las propias poblaciones. Los vecinos de Hampstead ya no podían ir en coche a Nueva York, a menos que tomasen la carretera 1 hasta el extremo de Patchin y lograsen convencer a los agentes del puesto de Policía para que los dejaran pasar...; pero los vecinos de Hampstead difícilmente tenían ganas de salir. Cuando Wise dio su conferencia de Prensa, todos los que querían marcharse lo habían hecho

ya, y los que se habían quedado tenían demasiadas preocupaciones para pensar en viajes a «Bloomington's».

Porque incluso para los desequilibrados y violentos, incluso para los adolescentes que habían encontrado un loco motivo de regocijo en verter gasolina en una casa de madera y arrojar en ella una caja de cerillas encendida, Hampstead estaba llena de extraños terrores y amenazas; como si también ellos fuesen «goteras» disimulados y pudiesen ser descubiertos y destruidos. Los vecinos de Hampstead oían voces por la noche, en la escalera del desván o gimiendo a través de la ventana del dormitorio. Aquellas voces eran casi conocidas, pero no del todo...; quizás era la mente quien se esforzaba en reconocerlas. Cuando andaba por las calles flanqueadas de árboles, la gente miraba fijamente al frente; cuando jugaba al golf, convenía tácitamente en evitar ciertos sectores..., como si hubiese lugares en los que uno se sentía extraño, sólo esto, y fuese mejor no acercarse a ellos.

Progresivamente, aparecieron súbitos agujeros en la tela de la vida cotidiana, agujeros que un día habían estado llenos de gente. Tanto Archie Monaghan como su socio, el gordo Tom Flynn, dejaron de ir a su oficina la última semana de julio. Sus secretarías siguieron acudiendo al trabajo hasta que hubieron pasado a máquina el último contrato de venta de tierras, copiado el último testamento y redactado la última instancia. Después se trasladaron a otro bufete de abogados del mismo piso, «Shobin Schuyler Mink Fine & McFeeley», donde las secretarías habían traído un aparato de televisión y pasaban los días viendo programas musicales y de entretenimiento..., y enviaban a buscar el almuerzo en la tienda de comestibles. Shobin y Fine habían abandonado la población a primeros de junio. Schuyler lo había hecho una semana más tarde; Mink había muerto en una reyerta delante del restaurante «Framboise», y el cadáver de McFeeley había sido encontrado más tarde en el mismo lugar escabroso del campo de golf donde habían yacido los cuerpos de Archie Monaghan y Tom Flynn. Pero las mujeres se sentían mejor estando juntas, en mutua compañía.

Alrededor de la casa de Krell en Poor Fox Road, las plantas se estaban muriendo; nadie vio nada, nadie preguntó la razón, pero los dientes de león, la alfalfa silvestre y la hierba cana, empezaban a mustiarse y a ennegrecerse en los bordes. En Kendall Point, las plantas se morían también, y a veces parecía que la tierra exhalase un humo sucio y gris..., pero debía de ser niebla, ¿no? La niebla corriente en una noche fría que sigue a un día cálido.

Por la noche, algunas personas —como las secretarías que iban en busca de sus coches después de un día de *All My Chitaren* y *As The World Turns*— miraban al cielo y se echaban atrás, temblorosas y confusas. Pensaban haber visto algo en la luna, aunque no podían decir qué.

Al atardecer del tercer día después de la larga velada en el cuarto de estar de Graham, Tabby Smithfield bajaba por Beach Trail y estaba muy confuso. Durante tres días había estado dándole vueltas a una difícil cuestión de conciencia..., sabiendo que tenía que tomar una decisión, pero logrando únicamente confundirse más. Tabby se había apartado un poco de los otros tres, temerosos de que su incertidumbre le obligase a hablar demasiado. No quería discutir con nadie lo que le preocupaba hasta estar seguro de sus sentimientos; e incluso entonces, quería hablar sólo con Patsy de su decisión, antes de que interviniesen los dos hombres. Con un poco de suerte, no intervendrían hasta que todo hubiese terminado; sabía que Richard y Graham no aprobarían nunca que se enfrentase solo contra *el Dragón*.

Cuando llegó al final de Beach Trail, torció a la izquierda. Miró por encima del hombro y cruzó corriendo Mount Avenue, sencilla manera física de olvidar sus problemas franqueando la destrozada y bituminosa calzada. Después de unos segundos de relativa tranquilidad, redujo la marcha y anduvo de nuevo al paso. Un momento después, volvió a mirar por encima del hombro. Lo único que vio fue la cinta curvada de Mount Avenue discurriendo bajo los robles hacia Gravesend Beach. Tabby se detuvo, metió las manos en los bolsillos de su pantalón de pana y se aseguró de que nadie se escondía detrás de alguno de los altos y viejos árboles. Por último, se encogió de hombros y se volvió; echó a andar hacia la casa donde había nacido.

Todavía tenía la inquietante y persistente impresión de que alguien lo seguía.

Cuando miró de nuevo a su alrededor, sólo vio la resquebrajada calzada llena de hoyos, los corpulentos y viejos árboles, las brillantes matas de mirtos delante de las paredes de ladrillos. La luz del sol poniente temblaba en el suelo, formando dibujos al pasar entre las hojas. Tabby se puso de puntillas, se apoyó de nuevo en las plantas de los pies y reemprendió su marcha.

Pero aquella impresión punzante persistía.

Los cuatro habían comido siempre juntos desde aquella larga noche de conversación; Graham y Richard pasaban casi todo el tiempo tratando de decidir si había alguna coincidencia en las personas elegidas por *el Dragón*, o si las muertes habían revelado algo que a ellos les había pasado inadvertido. Patsy participaba en estas discusiones, fingía reflexionar tan intensamente como los dos hombres, pero Tabby tenía siempre la impresión de que se escabullía, de que le lanzaba breves miradas interrogadoras. Él las había resistido, pero la idea de rechazar cualquier cosa que le ofreciese Patsy McCloud contradecía lo que sentía por ella y contribuía a que se encerrase más dentro de sí mismo. Comía poco y casi no hablaba.

Podía hacerlo: se aferraba a esto. La larga historia de Graham sobre Bates Krell había sido narrada en una especie de clave que sólo él había comprendido; una vez descifrada, esta clave quería decir que, de los cuatro, sólo Tabby Smithfield podía destruir al *Dragón*. Pero ¿significaba esto que tenía que hacerlo sin ayuda, como Graham? Una buena parte de sí mismo quería hacerlo a solas, ponerse a prueba delante de los otros y mantener al mismo tiempo el secreto de su participación en el

robo frustrado... que ahora llenaba de vergüenza y de confusión a Tabby, que no podía imaginarse ni recordar cómo se había acurrucado en la camioneta de Gary Starbuck; todo lo que había conducido a aquel momento había sido como un torbellino que lo había arrastrado contra su voluntad.

Graham había hecho hincapié en que, cuando se había enfrentado con Bates Krell estaba más próximo a la edad de Tabby que a la de Richard o de Patsy. Y, al menos para Tabby, lo más importante de la historia de Graham había sido su aislamiento. Graham había tenido la confianza suficiente en sí mismo para actuar solo, y cuando había necesitado ayuda la había encontrado. No se podía rondar por tantos patios de escuela como había hecho Tabby, sin enterarse de que la vida recompensa solamente a aquellos que actúan como se espera de ellos. Al menos... él pensaba que lo haría.

Cuando pensaba en aquella larga ala de fuego que había restallado para matar a su padre, Tabby sabía que tenía que matar al *Dragón*; sólo cuando pensaba en la manera de hacerlo, debía reconocer que tenía miedo.

Y al pensar en volver a la casa del doctor Van Horne, se le helaban las entrañas.

Ahora estaba plantado delante de los barrotes de hierro de la verja, mirando por encima del césped amarillento la casa que había sido de su abuelo, la casa que Monty Smithfield había pensado probablemente que, con el tiempo, sería de Tabby. En esta tierra, trescientos años atrás, Gideon Winter había puesto en movimiento la serie de acontecimientos que indefectiblemente alterarían la vida de Tabby. Para Tabby, ésta era la prueba más firme de que su misión era destruir al hombre que moraba en la casa levantada sobre Gravesend Beach. El mero hecho de haber nacido él en esta casa había contribuido a que fuese el elegido.

Sí, se dijo Tabby. No podía librarse de esto. Su misión era matar a Wren van Horne.

Una sombra se proyectó sobre la seca hierba, delante de él, y Tabby pegó un salto... Había estado sumido en un mundo privado. Giró en redondo para enfrentarse con el que proyectaba la sombra; frenético, convencido de que Wren van Horne lo había seguido por Mount Avenue y estaba dispuesto a matarle... Pero en vez del doctor, vio delante de él a la única persona a quien sinceramente habría deseado ver.

—Lo siento —dijo Patsy—. Me parece que te he estado espiando... No quería asustarte, Tabby.

—¡Jesús! —exclamó Tabby—. Quiero decir, está bien. Es verdad que me asustaste. ¡Huy! ¡Menudo salto habré pegado!

Sonrieron los dos, y Tabby sintió que la mente de ella rozaba la suya. Deliberadamente ocultó sus pensamientos, y sintió la brusquedad de su acción: si Patsy le hubiese excluido de esta manera, habría sentido lo mismo que si se hubiese pillado los dedos en una puerta.

—Perdóname —dijo Patsy—. No debía hacerlo.

Tabby meneó la cabeza.

—No, la culpa es mía. Supongo que estoy un poco nervioso. ¿Qué están haciendo Richard y Graham?

—Lo mismo que cuando te marchaste. Hablar, hablar, hablar. Creo que, en realidad, lo están pasando estupendamente, a pesar de sus frustraciones.

—Y tú decidiste seguirme. ¿O te dijo Graham que me siguieras? Supongo que todo el mundo piensa que les oculto algo.

Patsy sacudió enérgicamente la cabeza.

—Desde luego, Graham no me envió detrás de ti, Tabby, y si lo hubiese hecho, le habría mandado al infierno. Me crees, ¿no? Vine porque quería hablar contigo y pensé que te encontraría aquí... Nadie me envió. Y no te estaba espiando.

—Sí, me parece que te creo —dijo sonriendo él.

(me crees, ¿no? Es importante)

(te creo y tú lo sabes)

(pero todavía nos ocultas algo)

(Patsyyyy...)

(pienso que quieres decírmelo..., pienso que quieres ayuda)

(sí sí sí, de acuerdo)

—De acuerdo —repitió Tabby—. Tienes razón, te creo. Y necesito ayuda. Pero sólo la tuya.

(la mía es la única que puedo ofrecerte)

—Sabes lo que quiero decir.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo único que no sé es el porqué.

—¿No hiciste nunca nada que después te inquietase? ¿No puedes comprenderlo?

Un débil rubor apareció en el rostro de Patsy.

(¿arriesgarías todas nuestras vidas por una INQUIETUD? ¿Es sólo esto lo que te impidió...?)

—No, no es sólo esto —dijo rápidamente Tabby—. Quizá la palabra inquietud no es la adecuada.

—Apuesto a que la cosa no es tan grave —dijo ella, acercándose más y atreviéndose ahora a apoyar una mano en su hombro—. Hicieras lo que hicieras, Tabby, a nosotros no nos parecería terrible.

Él sacudió la cabeza.

—Y sabes también que no puedes seguir guardando silencio. Si sabes algo...

Sus miradas se encontraron.

—Oh, ya sé —dijo Tabby—. Precisamente estaba pensando en esto.

—Te observé cuando Graham nos contó lo de Bates Krell. Y supe lo que querías hacer... Quieres matar al *Dragón* tú solo, ¿no? Como hizo él. Lo tenías escrito en la cara.

Tabby asintió con la cabeza. Si ella había visto tanto, sabía lo más importante.

—Puedo matarlo —dijo él—. Si Graham pudo hacerlo cuando tenía veinte años, yo puedo hacerlo ahora.

—Sabes quién es —dijo Patsy, abordando al fin el verdadero tema de su conversación—. Pensé que lo sabías.

—Quisiera ofrecerte su cabeza en una bandeja —dijo Tabby, sonriendo con hosquedad—. Es lo que quisiera hacer, de veras.

Hubo un momentáneo y eléctrico silencio entre los dos; después, antes de que Tabby pudiese hablar, Patsy dijo:

—Quisiera ir contigo. Pongamos los dos su cabeza en una bandeja.

Era precisamente lo que él había estado pensando; un paso más en su razonamiento. Respiró hondo. Ahora ella no le dejaría solo el tiempo suficiente para hacer algo por su exclusiva cuenta. Le había forzado lindamente la mano, y le había impedido cualquier alternativa diferente de la que más deseaba aún sin proponérselo. Él y Patsy matarían juntos al *Dragón*.

—Él mató a mi padre —dijo Tabby—. Él hizo que todo *fuese* así. Vi su cara cuando tenía yo cinco años... Entonces era un chiquillo, y vi que *asesinaba* a alguien. —Tabby se había exaltado, pero se calmó—. Quiero hacerlo esta noche —dijo—. Hagámoslo esta noche.

—Los dos juntos tendremos más probabilidades de triunfar que uno solo —dijo Patsy—. Y los dos nos hemos dado suerte, ¿no?

Tabby pudo ver el miedo reflejado en el semblante de ella, y supo que era igual que el que sentía él; pero ella era lo bastante fuerte para hacer que triunfasen los dos. La vacilación de Tabby se extinguió.

—Dime su nombre —dijo ella.

—Es el médico que vive en la casa grande de encima de la playa. El doctor Van Horne.

—¿Y estás seguro de ello...? No quiero preguntarte cómo lo sabes; sólo quiero asegurarme de que realmente lo sabes.

Tabby asintió con la cabeza, viendo que el asombro y la sorpresa y, más que esto, la confianza en él, sustituían al miedo en el semblante de Patsy.

—Estoy seguro —dijo Tabby—. Tiene que ser él. Pero debes prometerme... que no se lo dirás a Richard ni a Graham.

—Debería hacerlo. —Miró su rostro implacable—. Pero no lo haré. Te lo prometo.

Ya lo había dicho todo, y la mujer y el muchacho sólo podían mirarse recíprocamente, en silencio, calculando la enormidad y el riesgo de lo que habían decidido hacer.

—Esta noche —dijo Tabby, al fin.

—¿A las seis, o las seis y media? Generalmente, salgo a dar un paseo a esta hora. No quiero que Graham sospeche. Y deseo recoger algo en mi casa.

—Nos encontraremos en la calle. Richard y Graham están tan enzarzados en sus discusiones que ni siquiera advertirán que hemos salido.

Patsy sonrió nerviosamente, reconociendo lo acertado de esta observación.

—¿De veras no se lo dirás? —insistió Tabby.

—Te lo he prometido.

—Eres muy especial —le dijo Tabby.

De pronto y por primera vez, no la veía como una persona distanciada de él por el sexo y por la edad, sino como a su igual. Plantado a dos palmos de Patsy McCloud,

a la vaga luz del sol poniente, delante de la antigua casa de su abuelo, Tabby se identificó con aquella mujercita de pómulos salientes y delicadas y pequeñas arrugas alrededor de los grandes ojos castaños...

(tú también, amigo)

...y se sintió como el adulto que sería algún día, mirando a una mujer a la que conocía desde hacía tanto tiempo y con tanto afecto...

(¿qué??? ¡Tabby!)

...que su imaginación podía seguir a la de ella por instinto. El mundo oscilaba furiosamente alrededor de Tabby, y él tenía veinte años más, era el verdadero compañero de Patsy McCloud, y era tanta la información sobre él y sobre Patsy McCloud que fluía de ella, que él no podía oscilar con el mundo y los campos floridos que brillaban con la lluvia a su alrededor. Dio un torpe paso atrás y esto rompió el hechizo. El mundo estaba inmóvil, y la historia de Patsy, que de alguna manera milagrosa había sido la historia de él y Patsy, había dejado de fluir en su interior. La extraña y cantarína visión lo había abandonado.

(¿qué diablos???)

(¿qué diablos???)

(Patsy, yo... Patsy yo..., ¿cómo...?)

—¿Qué ha sido eso? —le dijo ella, con semblante borrascoso. Se acercó a él y le rodeó el pecho con los brazos—. ¡Dios mío! —dijo.

—No puedo, hum... —empezó a decir él—. No puedo... —Pestañeó rápidamente y se apartó de ella, sin soltarle los brazos—. ¡Maldita sea...!

Dejaron caer los brazos y se separaron.

—Está bien —dijo Tabby—. Está bien. A las seis.

Observó cómo se alejaba ella y se volvía y lo saludaba con la mano antes de subir por Beach Trail.

Tabby decidió subir hasta el cráter lleno de cascotes que, hasta tres días atrás, había sido «Cuatro Corazones». Era la única tumba de su padre.

Al subir la cuesta, Tabby volvió a tener la inquietante sensación de que alguien lo seguía, pero no se molestó siquiera en mirar por encima del hombro. Esta impresión era parte de la debilidad que hallaría su remedio en Patsy McCloud y en «Cuatro Corazones».

### 3

—¿Qué hora es, Richard? ¿Entramos en casa?

Richard Allbee, tumbado en una silla extensible, levantó el brazo y miró su muñeca.

—Las seis menos cinco, más o menos. ¿Por qué quieres entrar? Aquí se está muy bien. Pero supongo que pronto comeremos.

Graham dio una larga chupada a su cigarro y exhaló una densa nubécilla de humo.

—Creo que el pensamiento no se aviene con mi jardín de atrás. Pensar es un trabajo de puertas para dentro. Pero si quieres quedarte un rato más, no tengo inconveniente. ¿Adonde ha ido Patsy?

—No lo sé —dijo Richard—. Tal vez quería hablar con Tabby.

—Sí —dijo Graham.

Ya no llevaba el brazo en cabestrillo; a fin de cuentas, no se había roto el codo, sólo había sido una contusión. También yacía en una silla extensible de jardín, que no parecía muy segura y cuyas correas estaban gastadas y llenas de orín. El dibujo blanco y amarillo se había confundido hacía tiempo en algo uniforme y sucio. Las hierbas más altas llegaban hasta las cintas de plástico y parecían más sólidas que éstas, de modo que Richard pensó que si las cintas se rompían, probablemente le sostendrían los hierbajos.

—Son muy amigos —dijo Graham—. Y es lógico que lo sean, dado lo que tienen en común. Siento que no estuvieses allí la primera vez que se vieron.

Richard se volvió sobre un costado para mirar directamente a Graham. Detrás del viejo, que esta tarde aparecía particularmente llamativo con su camiseta roja y los pantalones amarillentos de *tweed*, de lo que debía ser un traje de cuarenta años atrás, el descuidado jardín estaba sumergido en una selva de hierbajos que llegaban hasta la rodilla, en una extensión de cuarenta metros hasta una impenetrable muralla de follaje.

—Cuando Tabby y Patsy se vieron, creo que Patsy se rejuveneció diez años en el acto —dijo Graham—. Comparten algo que nosotros no comprenderemos nunca realmente, como el ciego de nacimiento no comprende el concepto de color. Pero aún así, creo que nos será útil. Es parte de nuestro arsenal.

—Graham —preguntó Richard—, ¿qué piensas que va a pasarnos realmente? Puedes creermelo si te digo que no lo preguntaría si Tabby y Patsy estuviesen aquí, pero, ¿tenemos alguna posibilidad?

—Sí —dijo Graham—. ¡Claro que la tenemos! Incluso después del «Verano Negro», nuestra gente destruyó a Hester Poole. Desde luego, para nosotros es más difícil, y además, todo ha cambiado. Hace un centenar de años, no importaba tanto que Hampstead quedase aislada. Teníamos aquí nuestra comida, ¿comprendes? La mayor parte de esta tierra era de labor..., vivíamos de ella. Pero ahora se vaciarán muy pronto las abacerías, y la situación se pondrá grave. Tendremos algaradas por causa de la comida. La gente se matará por la carne, la harina y el azúcar. —Chupó de nuevo su cigarro y lo sostuvo en alto mientras exhalaba el humo—. También se agotará esto. Bueno, no sé si el Gobierno dejará que las cosas lleguen tan lejos, al menos en lo tocante a los disturbios. Supongo que nos darán la comida suficiente para que no muramos de hambre.

—Estás pensando en lo que dicen los periódicos de «Telpro» —dijo Richard—. El mundo piensa que *ésta* es la razón de todos los problemas que tenemos aquí; piensa que ese gas nos está volviendo locos a todos. Y yo también lo pienso. El DRG.

—Una de las bromas de la historia —dijo Graham—. Me refiero al nombre. Puede ser una señal de que nuestro enemigo tiene un millón de armas apuntando



contra nosotros... o bien, observa esto Richard, puede que todo se reduzca al DGR. Tal vez hemos perdido completamente la cabeza.

—¿Lo crees realmente así?

—¡No! —dijo Graham, e iba a añadir algo cuando una gran conmoción al otro lado de la cortina de árboles hizo que los dos hombres se incorporasen de sus tumbonas.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir Graham, y miró a Richard, que ya se había puesto en pie.

El ruido procedente de detrás de la densa aglomeración de árboles había doblado de volumen, era tan fuerte como una orquesta de rock y con más cacofonía, llenando todas las partículas del aire.

—¡Levántese! —gritó Richard.

Pero vio que sus palabras eran inútiles; Graham parecía estar imposibilitado; su cara se agitaba tontamente, y sus manazas se movían arriba y abajo. Por último, vio Richard que Graham no podía levantarse de la silla, por lo que lo agarró de los antebrazos y tiró de él. Un viento cálido, llegado de ninguna parte, pegó la camiseta del viejo a su espalda y tiró de los cabellos de Richard.

Al sonido de hierros al rojo sumergidos en agua fría ésta era la imagen que se forjó en la mente de Richard se añadieron ahora los ruidos más evidentes del fuego. Graham se puso en pie en el preciso instante en que se inflamaban los árboles más próximos.

Y entonces Richard se quedó inmóvil, asiendo todavía las muñecas de Graham, porque lo que estaba viendo le impedía moverse. El cálido viento le socarraba la piel; las vellosas puntas de los hierbajos más próximos al linde de la finca se encendían como pequeñas velas. Una terrible bola de luz había salido silbando de entre los árboles, dejando un agujero negro y humeante. Richard permaneció boquiabierto hasta que la bola de luz chocó contra el suelo.

En medio de un círculo ardiente, apareció un perro negro gigantesco. Sacudió la cabeza y mordió el aire.

Richard y Graham retrocedían ya hacia la casa, y en la súbita claridad del silencio oyeron el chasquido de los dientes del can. Su gruñido pareció salir del suelo, y el grave y fuerte ruido vibró en el vientre de Richard. Percibió vagamente que Graham agarraba su tumbona y la arrastraba al retroceder ellos. El perro volvió la enorme cabeza en su dirección. Al levantar los negros labios, unos dientes largos y blancos brillaron en sus mandíbulas. Richard calculó que Graham y él se hallaban quizás a cuatro metros de la puerta de atrás..., unos tres o cuatro segundos. Graham se movía lo más rápidamente posible, sin abandonar su silla. Ninguno de los dos quería volver la espalda al perro, que se agachaba con los pelos erizados. Un rígido mechón se erguía entre sus tensos hombros.

La boca del can se estremecía frenéticamente sobre los largos dientes blancos. Hilos de saliva brotaban de ella y caían sobre las hierbas.

Si saltaba sobre ellos, podría hacerles pedazos antes de que se acercasen a la puerta.

La enorme y negra cabeza miraba alternativamente a Richard y a Graham; una y otra vez.

El perro avanzó despacio en su dirección, todavía agachado, acosándolos. Richard sintió que una ola de sudor brotaba de su piel y lo empapaba inmediatamente. Una gota tembló en una de sus cejas, cayó en el ojo y le nubló la visión. No se atrevió siquiera a pestañear. El gigantesco perro se acercó más, babeando y temblando.

Por fin, Richard no pudo resistir más el no saber la distancia a que se hallaba la puerta, y volvió la cabeza y miró por encima del hombro. Inmediatamente advirtió un enorme desplazamiento del espacio..., como si un edificio hubiese levantado el vuelo. El ronco y grave gruñido flotaba ahora en el aire detrás de él, y la puerta de Graham, abierta por motivo de ventilación, estaba sólo a unos palmos de distancia. Alargó un brazo hacia Graham un momento después de la confusa y absurda mancha de color en que se había convertido el convulso viejo.

Richard agarró un brazo levantado, lo sujetó sobre el pecho de Graham y tiró hacia atrás, y se dio cuenta de que Graham había arrojado la silla al gigantesco perro. Cayeron pesadamente dentro de la casa, sobre el suelo de la cocina, Graham encima de Richard. El morro del perro avanzó hacia ellos a través de la puerta y se detuvo de pronto, al quedar sus hombros sujetos por el marco.

—¡La persiana! —chilló Graham, y se apartó rodando.

Richard se deslizó fuera del alcance de los crujientes dientes y se aplastó contra la pared. Mientras el perro gruñía y lo miraba con sus negros ojos, grandes como pelotas de fútbol, Richard se acercó a la persiana y la dejó caer sobre la cabeza del can, sintiendo que el borde inferior se combaba al chocar contra el hueso. El perro retrocedió un momento; después se lanzó de nuevo contra la puerta, haciendo temblar toda la casa. Richard oyó unos golpes al otro lado de la casa; era que unos libros caían de los estantes. Empleó toda su fuerza para golpear de nuevo la cabeza del perro con el borde de la persiana. Ahora el animal chillaba y rugía enloquecido. Richard tuvo la impresión de que el corazón iba a saltar de su pecho. Golpeó de nuevo al animal, esta vez en el morro, y el perro apartó violentamente la cabeza, haciendo que Richard perdiese el equilibrio y cayese al suelo. «Un empujón más, y derribará la pared», pensó Richard, poniéndose de nuevo en pie.

El ojo negro y brillante como una pelota se movió furiosamente en dirección a Richard. Éste apoyó el hombro en la persiana y la empujó de nuevo contra el morro.

El perro aulló y se retiró, dejando un reguero de babas sobre el suelo. Richard vio que un hilo de sangre brotaba de la nariz del perro y empapaba los pelos debajo del morro. Una franja roja se formó debajo del hocico, y el perro *acabó* de apartarse de la puerta, lanzando agudos aullidos.

—¡Lo he pillado! —gritó Graham—. ¡Le he dado su merecido a ese bastardo!

El gigantesco animal apoyó la cabeza en el suelo y se cubrió el morro con una pata. Richard abrió la persiana, agarró rápidamente el tirador de la puerta y cerró ésta de golpe. Después corrió el cerrojo. Todavía se oían los aullidos del perro en el exterior, tan fuertes como si el animal tuviese un micrófono en la garganta. Richard se volvió en redondo y miró a Graham.

El viejo bailaba sobre las puntas de los pies, flotando sus largos cabellos blancos alrededor de la cabeza.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto? ¡Se lo he *clavadol* —Dio unos pasos de baile hacia atrás y saltó de nuevo hacia delante, blandiendo un largo cuchillo de trinchar carne—. Le he metido esto en la maldita nariz. ¡Ja, ja!

—Buen trabajo —dijo Richard—. Creo que estaba a punto de derribar la pared de la cocina.

—¿Qué está haciendo ahora? ¿Todavía curándose la herida?

Graham corrió a la ventana, y Richard lo siguió. El perro estaba echado sobre la alfombra de hierba. Cuando vio a los hombres que lo miraban, se levantó y ladró dos veces. Después volvió la cabeza a un lado y otro, rociando la hierba con gotas de sangre, y buscó algo a lo que atacar. Por fin vio la silla extensible que Graham le había arrojado, la cogió con sus largos dientes y la sacudió arriba y abajo hasta dejarla convertida en un haz de largas astillas sujetas por jirones de plástico.

—¿Tratamos de salir por la puerta principal? —preguntó Richard.

—¿Y adonde iremos? —replicó Graham. La pregunta pareció serenarlo. Dejó el cuchillo en el fregadero y se pasó las manos temblorosas por la cara—. ¿Crees que llegaremos muy lejos? Ni siquiera podríamos cruzar la calle.

Aunque sangraba todavía, el perrazo paseaba arriba y abajo por el hermoso jardín de Graham, observando la puerta y la ventana.

—Probemos una cosa —dijo Graham—. Ve a la puerta principal y echa un vistazo. Veamos lo que ocurre.

En cuanto salió Richard de la cocina, el perro interrumpió su paseo y trotó hacia el lado de la casa. Graham siguió a Richard, y vio que estaba mirando por la ventanilla de la puerta principal. No tuvo que mirar al exterior. El perro estaba desgranando su repertorio de aullidos, ladridos y gemidos interrogadores, con tal fuerza que Graham habría tenido que gritar para hablar con Richard. En vez de esto, le dio unas palmadas en la espalda, asintió con la cabeza y señaló hacia la cocina con el dedo pulgar.

El perro llegó antes que ellos al otro lado de la casa y estaba paseando de nuevo por el jardín cuando miraron por la ventana.

—Estamos atrapados —dijo Richard.

—Creo que así es —dijo Graham. Por un momento, le abandonó toda la fuerza de su carácter y pareció un cansado y desaliñado payaso—. ¿Tienes alguna idea de dónde están Patsy y Tabby?

Richard sacudió la cabeza.

Todavía no lo entendía.

—Esa cosa de ahí fuera nos aísla de ellos. Si hubiese podido matarnos, habría sido miel sobre hojuelas, pero su principal objetivo es que no podamos ayudar a Patsy y al muchacho. Gideon Winter va tras ellos. —Los ojos de Graham parecían agobiados—. Él sabe dónde están, Richard. Y tratará de matarlos. Apuesto a que Tabby reflexionó sobre mi relato acerca de Bates Krell y piensa que puede vencer él solo al *Dragón*.

—Y Patsy insistió en acompañarlo. Porque ella lo sabía.

—¡Maldito chico! —exclamó Graham—. Yo lo sabía, lo sabía, lo sabía. Tabby nos estuvo ocultando algo.

—No estoy seguro de esto —dijo Richard.

Miró hacia fuera, donde el gigantesco perro trotaba incansablemente arriba y abajo entre las hierbas.

—Bueno, de una cosa estoy seguro —dijo Graham—. Tenemos que salir de esta casa.

—Supongo que no tendrás un arma de fuego.

Graham irguió la cabeza y frotó las manos en la camiseta roja, enjugándose las palmas.

—¿Un arma? ¡Jesús! Tengo algo en alguna parte. Una escopeta de caza. Y también municiones. No la he tocado en veinte años. La compré en Londres. Espera, veré si puedo encontrarla.

Graham pasó por delante de Richard y salió de la cocina, rascándose la cabeza.

Richard observó al perro paseando arriba y abajo en el jardín de atrás, y escuchó los movimientos de Graham dentro de la casa. Al cabo de un par de minutos, Graham gritó desde la parte de delante del inmueble:

—¡La he encontrado! —Entró en la cocina, con grandes manchas de polvo en las rodillas y una escopeta de dos cañones en la mano—. Estaba en el desván, todavía en su funda. Ni siquiera se ha ensuciado de polvo.

Tendió la escopeta a Richard, y puso una caja de cartuchos sobre la mesa.

—Prueba tú. Yo nunca fui buen tirador.

Richard dio vuelta a la escopeta entre sus manos. El metal estaba reluciente; un complicado dibujo adornaba los cañones.

—Una «Purdy» —dijo—. Cuando dijiste que tenías una escopeta de caza, no hablabas en broma.

Miró curiosamente a Graham; después abrió la escopeta y miró al interior de los cañones. Satisfecho, introdujo los dos cartuchos, y después cogió un puñado de ellos y se los metió en el bolsillo.

—Nunca cacé nada. Por eso sé que no soy buen tirador —dijo Graham—. Pero en aquellos tiempos era lo bastante joven para pensar que, si compraba algo, tenía que ser lo mejor.

Richard levantó el cristal de la ventana sólo lo suficiente para introducir por la rendija los cañones de la «Purdy». Entonces amartilló uno de ellos, se arrodilló y esperó a que el perro pasara por delante del punto de mira.

## 4

A las seis y media de aquella tarde, aproximadamente al mismo tiempo que Richard Allbee hacía su segundo disparo inútil contra un perro gigantesco, Tabby Smithfield y Patsy McCloud estaban plantados inmediatamente dentro del cercado de la propiedad de Wren van Horne. Aquí no había macizos de flores. Los árboles

bajo los cuales había aparcado Gary Starbuck su camioneta los ocultaban de quien estuviese en la casa: por un momento, Tabby pensó que todas las ventanas de la larga fachada blanca eran ojos, y tuvo miedo de que el terror le impidiese moverse y lo dejase en ridículo. Entonces se esforzó en recordar a su padre, plantado confuso en la cocina mientras una larga lengua de llamas se acercaba a él, y recordó también los gritos de su padre. Después de proyectar estos recuerdos en la pantalla de su mente, no disminuyó su miedo, pero supo que, a pesar de todo, trataría de matar al *Dragón*. Se inclinó y cogió un palo nudoso de unos dos palmos de longitud, del suelo apisonado y cubierto de hojas de abeto. Entonces se volvió a Patsy y le sonrió, con todo el aplomo de que fue capaz.

—¿Cómo vas a hacerlo, exactamente? —preguntó Patsy.

—Cuando lo necesitemos, recuerdo el relato de Graham —dijo Tabby.

—Sí —dijo Patsy—. Parece sencillo. Llamaremos a la puerta, y cuando la abra el doctor Van Horne, le partirás por la mitad con la espada que enarbolarás de pronto.

—Algo así —dijo Tabby—. Pero no creo que debamos llamar a su puerta. Debe de haber alguna manera de meternos en la casa. —Vio que se acentuaban las pequeñas arrugas alrededor de la boca de ella—. ¿Te burlas? Realmente, eres una mujer muy extraña.

—No sabes cuánto, querido.

—No puedo creer que estemos bromeando aquí, cuando dentro de veinte minutos podemos estar muertos.

Ahora Patsy sonrió de veras.

—Yo sí que puedo creerlo. Tengo un miedo atroz. ¿Piensas que nos quedan aún veinte minutos?

—Tal vez diecinueve —dijo Tabby.

—Tú y tu estúpido palo —dijo ella—. Sí, ya sé. Yo llamaré a la puerta. Entonces tú saldrás de entre los arbustos y lo partirás por la mitad con tu palo.

—Fantástico —dijo Tabby.

—O tal vez yo le pegaré un tiro en el corazón.

—¿Un tiro?

Patsy asintió con la cabeza e introdujo una mano debajo del cinto del pantalón. Cuando sacó la mano de debajo de la holgada camisa —de su marido, pensó tontamente Tabby—, tenía en ella una pequeña pistola.

—Tal vez no eres tan rara, a fin de cuentas —dijo el chico—. ¿Vamos?

—¿No podríamos esperar otros treinta segundos?

—Recuerda que debemos poner su cabeza en una bandeja.

Durante un segundo, sólo se miraron, percibiendo el propio miedo y viéndolo reflejado en la cara del otro.

(muy bien, amigo, adelante)

(no más llanto)

Salieron juntos del refugio de los abetos. Como por tácito acuerdo, caminaron despacio por el borde izquierdo de la finca, fuera de la línea directa de visión desde las ventanas de delante. Tabby no trataba de ocultarse detrás de los árboles junto a los que pasaba, ni caminaba agachado; Patsy lo seguía a un paso de distancia. Él

sentía su vaga presencia en la mente, con un cálido zumbido de emociones. Patsy lo ayudaba.

Al llegar a la última y pequeña elevación de terreno, Tabby se agachó y corrió hacia el lado de la casa. Agazapado, pegada la espalda a las largas tablas blancas, vio que Patsy se deslizaba junto a él. La mujer hizo varias rápidas y profundas inspiraciones. La pistola seguía en su mano.

(ahora, ¿adonde?)

(a la parte de atrás)

Patsy se levantó a medias, agachándose para poder pasar por debajo de las dos ventanas de la planta baja en este lado de la casa, y se deslizó hasta la esquina del edificio. Después miró hacia atrás a Tabby y asintió con la cabeza. Él avanzó hacia ella, viendo que, detrás, el Sound se alargaba y se volvía más imponente a medida que él se acercaba al borde del acantilado. Patsy le miraba con ojos interrogadores y, cuando él estuvo a su lado, señaló las dos grandes tablas verdes de la puerta levadiza, hincadas en el suelo. Él hizo una señal de asentimiento. Cualquiera que estuviese en la casa, tendría que estar mirando directamente aquella puerta para verles entrar.

(estupendo)

(¿cerrada?)

(vamos a verlo)

Tabby se deslizó alrededor de Patsy y se agachó entre los pequeños arbustos al otro lado de la puerta. Éstos reseguían toda la parte posterior de la casa, hacia la larga pared de ventanas. Se arrodilló junto a la puerta levadiza. De los densos y espinosos arbustos brotaba un olor a savia y a bayas verdes, un olor a fecundidad inexorable. Tabby apoyó las manos en la puerta y se inclinó hacia delante para probar el tirador. Éste giró en su mano, y él tiró expertamente hacia arriba. La puerta verde crujió y se elevó un poco. Él puso un pie en la abertura, se inclinó de nuevo y acabó de levantar la tabla. Pero cuando estaba a punto de volverse triunfalmente a Patsy, algo enorme salió de detrás de los arbustos y se cerró sobre su muñeca. Tabby palideció con la impresión. Una mano enorme y sucia le agarraba la muñeca. Miró por encima del hombro y vio la cara muerta de Dicky Norman que lo miraba ceñudo.

## 5

Richard se apuntaló entre el suelo y el antepecho de la ventana cuando vio que el gigantesco perro llegaba al final de su circuito y volvía en su dirección.

—Procura darle en la cabeza —dijo Graham—. Es donde le hará más daño.

—¿Has pensado en la posibilidad de que esa cosa no esté siquiera allí?

Richard apoyó cuidadosamente el dedo en el gatillo. En la mira apareció el fino y moteado tronco de un arbolito joven.

—Para mí es demasiado real —dijo Graham—. Ha estropeado mucho esa puerta.

—Es lo bastante real para hacer una cosa así, de acuerdo —dijo Graham—, pero me pregunto si podrá verlo alguien distinto de nosotros.

—Aquí viene —dijo Graham, tirando de su camiseta con fuerte excitación—. Amartilla los dos cañones, hijo. Esto va en serio.

Richard amartilló el otro cañón y apoyó el dedo en ambos gatillos. La negra cabeza se puso delante del punto de mira y Richard vio que el perro registraba inmediatamente la presencia de la escopeta. Dejó de pasear, bajó la cabeza y trotó en su dirección.

—¡Viene a por la escopeta, Richard! ¡Viene a por la escopeta! ¡Dispara!

Richard estaba levantando los percutores.

La detonación, fuerte como una bomba en la cocina, le hizo retroceder y caer sobre una silla. Sintió como si le hubiesen dado una coz en el hombro. Miró hacia arriba y tiró de la escopeta esperando ver caer el animal.

El rabioso perro se arrojó contra la ventana. Richard oyó ruido de madera al astillarse: el perro había roto el marco. El can retrocedió y Richard vio dónde había hecho blanco. En la base del cuello del animal, una espiral de humo gris brotaba de la chamuscada herida.

—Ni siquiera sangra —dijo Richard, mirando a Graham—. No creo que la «Purdy» nos saque de este apuro.

—Apúntale a los ojos —dijo Graham.

El perro se arrojó de nuevo contra la ventana, haciendo añicos el cristal inferior. Tanto Richard como Graham vieron que la pared se combaba al chocar contra ella el pesado cuerpo.

—Por el amor de Dios, vuelve a cargar —dijo Graham—. Trata de darle entre los dos ojos.

## 6

La cara enorme se volvió hacia Tabby, con su piel como caucho y unos ojos que parecían de color de agua encharcada. Otra mano se apoyó en su hombro. Durante un terrible segundo, Tabby pensó que Dicky Norman iba a morderle la cara. Sintió el pasmo y el terror de Patsy, casi tan fuertes como los suyos, comunicándose a él desde el lado de la casa; pero ni siquiera pudo decirle que echase a correr: su mente estaba paralizada.

—Eres un pequeño idiota, Tabs —dijo Dicky—. Sabía que vendrías. Sabía que me ayudarías.

—Ayudarte... —consiguió decir Tabby, y entonces se dio cuenta de que aquel monstruo le asía con ambas manos.

Dicky había perdido un brazo la noche de su muerte. La sucia cara que tenía delante respiraba, y le echaba un aliento hediondo. Los muertos no necesitaban respirar.

—¿Bruce? —preguntó.

—Sí, claro —dijo la carátula.

(*Patsy, no dispares, no dispares*), transmitió Tabby poniendo en ello toda su energía.

—¿Quién es? —preguntó Patsy, bajando la pistola y apareciendo en su campo visual detrás del enorme brazo de Bruce.

Tabby la había detenido un segundo antes de que metiese una bala en la cabeza de Bruce, y aún se hubiera dicho que a ella no le parecía mala idea.

—Es Bruce Norman —dijo Tabby—. *El Dragón* mató a su hermano.

Bruce miró sin curiosidad a Patsy y vio la pistola con que ella seguía apuntándole. Soltó la muñeca de Tabby y, suavemente, cerró los dedos sobre el arma. Patsy retrocedió a su contacto. Bruce apenas si pareció verla. Volvió a mirar a Tabby.

—Bueno y pequeño idiota —dijo.

Tabby señaló con la cabeza.

—Vayamos hacia el lado de la casa, Bruce. Donde no puedan vernos.

Sin soltar el hombro de Tabby, Bruce Norman se dejó llevar hacia el lado de la casa. Los tres se arrodillaron sobre la hierba seca.

—¿Viniste a matar a Van Horne? —preguntó Tabby.

—Te he estado siguiendo —dijo Bruce—. No me viste, ¿eh? Ni una vez. Sabía que volverías, Tabs. Tenemos que matarlo.

—¿Mató el doctor Van Horne a tu hermano? —preguntó Patsy.

Bruce no contestó; la pregunta resbaló en su piel.

La enorme cara de luna osciló ante Tabby, gris de fatiga y cubierta de salpicaduras y churretes de barro. En la boca abierta de Bruce, los dientes amarillos sobresalían como púas de verja. Partículas de tierra, fragmentos de hojas muertas, cubrían sus largos cabellos de indio.

—No he dejado de oírle, Tabs —dijo Bruce—. ¿Sabes? A veces, es como si Dicky estuviese a mi lado en mi cacharro. Y podía oírle en el cuarto de estar. Al fin me embrujó de tal manera que tuve que dormir fuera de casa..., llevo varias semanas haciéndolo. Y he visto algunas cosas raras, Tabs, algunas cosas muy raras... —Los ojos de Bruce se desenfocaron—. Vi una serpiente del tamaño de una casa reptando y tragándose a un chiquillo, Tabs; sólo abrió la enorme y condenada boca y pilló al chiquillo y se lo tragó... Cuando dormía en la playa, veía muchachos muertos que salían del agua... Y toda esta asquerosidad, Tabs, viene de *él*. Él hace que ocurra todo esto. —Los ojos de Bruce se nublaron—. Por fin resolví dormir sobre la tumba de Dicky. Es donde voy ahora por las noches. Sólo a dormir sobre la tumba de Dicky.

—¿Acaso Dicky...? —empezó a decir Tabby, pero se interrumpió.

No quería saber si Brucee conversaba con su hermano por la noche en el cementerio de Gravesend. Bruce Norman —vio ahora Tabby, casi sin querer— era como sin duda había sido Graham Williams cuando mató a Bates Krell. Todo lo que había pasado le había dado una autoridad innegable, pero no sana. Este grado de realidad había dejado muy atrás la cordura.

—Está bien, lo haremos —dijo a Bruce.

La enorme cara soñadora accedió a la decisión de Tabby con una sonrisa.



Bruce les precedió en la escalera del sótano, y Tabby cerró sin ruido la puerta metálica a su espalda. Descendió en la penumbra hasta encontrarse con los otros. El sótano de Van Horne era un vedado lleno de pequeñas habitaciones y cámaras, algunas de ellas repletas al parecer de montones de leña, y otras conteniendo esteras y yacijas de los criados que antaño habían dormido en ellas. Tabby vio que Bruce Norman se movía confuso por los estrechos pasillos y le dio un empujón al doblar una esquina.

—Tenemos que encontrar la *escalera*, Tabs —murmuró Bruce, con voz teatral.

—Está aquí —dijo Patsy en voz baja, y Bruce y Tabby se volvieron en su dirección.

En medio del inmenso sótano se hallaba un pequeño horno de petróleo, absurdamente moderno, sobre un círculo de ladrillos que habían soportado antaño un gigante de múltiples brazos. En lo alto, tuberías de cobre y brillantes aparatos de ventilación aparecían entre una red de cables de electricidad sujetos a las vigas. Patsy estaba plantada al lado de una ancha y recta escalera que terminaba a un metro y medio del pequeño horno.

De pronto, Bruce se quedó inmóvil. Tabby chocó con él y tuvo la impresión de que se había estrellado contra una estructura de hormigón con cantos de acero, en vez de carne.

—¿Qué? —preguntó.

—Tabby —dijo Patsy, desde el otro lado de Bruce—. Mira la pistola. Es como la de Graham... Creo realmente que es igual que la de Graham.

Tabby pasó alrededor del costado de Bruce y vio inmediatamente el retorcido rayo de luz que se enroscaba y centelleaba sobre la palma de su mano abierta. Una irradiación de plata vibraba sobre la pequeña pistola de Patsy, apagándose y encendiéndose después en un amplio rayo cegador que barría el lleno techo del sótano como la luz de una linterna eléctrica.

—¡Dios mío! —exclamó Patsy.

Tabby no podía hablar..., estaba preso entre el pasmo y la alegría, y también entre los celos y la impaciencia. Captó la expresión de ingenuo placer en el semblante de Bruce Norman.

—Esto va a funcionar —dijo, casi como si no hubiese creído en el relato de Graham hasta este momento.

La deslumbrante barra de luz centelleó de nuevo y, por un instante, quizá menos de un segundo, pareció irradiar un arco iris de colores; y en la misma fracción de segundo, algo resplandeciente y dorado centelleó alrededor de Bruce Norman.

Después desapareció. La pequeña pistola pareció absorber toda la luz y encogerse al dar en su cañón el último destello fugaz.

—Voy a *matarlo* —dijo Bruce, y Patsy se apartó para dejarle pasar, mientras él se dirigía, tambaleándose, a la escalera.

Salieron a un pasillo vacío. Los tres permanecieron indecisos delante de la puerta abierta, mirando en direcciones diferentes. Tabby advirtió que todavía llevaba en la mano el palo nudoso que había cogido al pie del abeto, y lo agarró con más naturalidad. Bruce Norman miraba fijamente a lo largo del pasillo, hacia la gran

habitación del fondo; Patsy pareció de pronto insegura de sí misma... Tabby observó cómo miraba nerviosamente a su alrededor. Entonces vio por qué.

Al dejar de mirar la cara de Patsy, advirtió unas rayas y franjas de viscoso aspecto en las paredes... Parecían los rastros de caracoles gigantes, pero también como si hubiesen embadurnado repetidamente las paredes con alguna sustancia podrida.

Tabby tuvo también tiempo de captar el fuerte, penetrante y agrio olor que llenaba la casa, y entonces Bruce le apretó la mano.

—Está aquí —dijo Bruce, y sonrió tontamente y tiró de Tabby hacia el cuarto de estar. En la otra mano sostenía la pequeña pistola.

Entraron en la larga estancia de muchas ventanas con gran estrépito, volando Patsy detrás de sus dos compañeros. Tabby se desprendió del agarrón de Bruce, pensando: «Aquí hay algo que no está bien, les han asaltado...» Había una silla volcada, una lámpara rota sobre el suelo. Entonces vio una mancha de sangre en forma de ameba y de dos metros de diámetro, oscurecida por el tiempo, sobre el suelo de madera y parte de la alfombra.

—¡Dicky! —rugió Bruce, y Tabby giró en redondo.

El espejo del adornado marco ovalado estaba haciendo algo imposible. Era esto lo que había provocado el grito de Bruce Norman, pero, ciertamente, Tabby no vio a Dicky en el espejo; ni vio ningún reflejo de la estancia ni de la ahora bastante abigarrada pared de ventanas. La superficie del espejo se había revestido de una espesa humareda surcada por súbitos destellos que parecían relámpagos; y Tabby tuvo una ilusión de profundidad, como si pudiese meter las manos en aquella extraña tormenta.

—¡Diiicky! —chilló Bruce, y todo cambió.

De pronto, Tabby oyó aquel monstruoso y rítmico zumbido de un millón de moscas que había oído por primera vez en Gravesend Beach; pero ahora lo dominaba el sonido de muchas voces, como si una vocinglera multitud estuviese al otro lado de la puerta. El aire se oscureció, o se oscureció la visión de Tabby, y éste comprendió que las cosas estaban totalmente fuera de control, que él, Bruce Norman y Patsy McCloud nada podían contra el doctor Van Horne... Trató de buscar mentalmente a Patsy, pero sintió que su aterrorizado y vacilante esfuerzo se estrellaba contra algo duro y frío.

El aire estaba lleno de moscas y de manos como garras y de bocas abiertas, y él había perdido a Patsy. Ruidos inhumanos atronaban sus oídos. Tabby llamó a gritos a Patsy y no pudo oír su propia voz.

Alguien entró en la estancia por la misma puerta que habían utilizado ellos, y Tabby dio un salto atrás, tropezando con una mesita de cristal y derribando una figurita de bailarina que se estrelló en el suelo. En la confusión de todo aquel ambiente, tuvo una fugaz visión de Patsy apoyada de espaldas a una ventana, y avanzó tambaleándose hacia ella.

«Conque al fin ha venido, Mr, Smithfield —dijo o pensó alguien dentro de su cabeza—. ¿Le gusta esto?»

A pocos palmos de Patsy, se volvió para enfrentarse al hombre que le había interpelado. De nuevo oyó a Bruce Norman gritar el nombre de su hermano; el ambiente se había despejado, y los ruidos y las manos como garras habían desaparecido.

—¡USTED MATÓ A DICKY! —chilló Bruce, y levantó la pistola.

Entonces vio Tabby por primera vez que Wren van Horne se había convertido en un «goteras». El médico estaba en una fase muy avanzada de su enfermedad; la piel destrozada brillaba y se movía, y el hombre llevaba ya las manos enguantadas.

—En cierto modo, sí —dijo el doctor—. Éste es tu pequeño pelotón de asalto, ¿no? —Hizo una espantosa parodia de sonrisa—. Llegáis en la que será aquí mi última noche. Ha calculado bien el tiempo, Mr. Smithfield.

—Se está muriendo —dijo Tabby, sin acabar de creer que estaba condenado..., a pesar de todas las tretas que pudiera gastarles a sus mentes.

—¿Qué más da? ¡Es hombre muerto! —dijo Bruce, apuntando la pistola al pecho del médico.

Apretó el gatillo.

La detonación fue menos ruidosa de lo que Tabby esperaba, como el chasquido de una rama al romperse; una nubécilla gris brotó de la pistola. El doctor Van Horne se llevó las manos al pecho y dio un paso atrás, casi un paso de baile. Cuando Bruce disparó por segunda vez, el médico se derrumbó como un guiñapo.

Bruce bajó la pistola y quedó inmóvil, como si su voluntad le hubiese llevado al fin de su designio. Jadeaba ligeramente; abrió la mano y contempló la pistola, sin reconocerla y sin curiosidad; después la dejó caer sobre la alfombra manchada de sangre.

Tabby vio que Patsy se acercaba a recogerla. Después, todavía pasmado por la facilidad y la rapidez con que Van Horne había sido destruido, se volvió a mirar el cuerpo del médico. La mano derecha arañaba la alfombra, los dedos escarbaban las fibras. Se dio cuenta de que se sentía casi defraudado: los monstruos no deberían morir tan fácilmente. Se acercó un paso más y vio una mueca en la cara cenicienta. El doctor no había muerto aún, pero estaba sin duda agonizando.

«Bueno, por fin se acabó», pensó, aproximándose cautelosamente al cuerpo del doctor. Quizás esta vez *el Dragón* había acabado para siempre..., quizás el ciclo había terminado. Se acercó más, desatendiendo el murmullo de advertencia de Patsy, y se agachó a mirar al moribundo, que seguía clavando los dedos en la alfombra. El doctor Van Horne volvió la cara para poder mirar el semblante de Tabby, y el muchacho se sobresaltó al ver la expresión de malicioso regocijo de aquel rostro arruinado..., salvando la distancia entre los dos.

Y entonces, como si todo hubiese sido producido por aquella mirada del médico, estalló en la estancia una cacofonía y Tabby volvió a oír los millones de moscas que zumbaban a su alrededor, y las agudas y excitadas voces, y vio los brazos que se extendían para agarrarlo.

—¡No! —gritó Tabby, y cruzó el atestado ambiente hasta plantarse sobre el cuerpo del doctor Van Horne.

Vio los cabellos blancos extendidos sobre la alfombra, y la cambiante y extraña cara de un hombre del Neandertal, de ojos chispeantes, poderosos.

Enfurecido y asqueado, Tabby gritó algo —que se perdió en el torbellino de voces a su alrededor—, y, en un deliberado acto de venganza por la muerte de su padre, pateó el pecho de Van Horne con todas sus fuerzas. Su pie se hundió en el cuerpo del médico; fue como patear un montón de arena. Sintió una sustancia floja y blanda, como las plumas de un cojín, desintegrándose bajo la presión de su pie. Y antes de que pudiese retirarlo del cuerpo del doctor, un líquido blanco fluyó alrededor de su tobillo.

Quizá durante un segundo, la vasta y ruidosa habitación se sumió en un silencio absoluto. Cesaron de pronto los alucinantes sonidos en los oídos de Tabby; éste se hallaba plantado sobre el ahora indefectiblemente muerto cuerpo del doctor Van Horne, y un fluido cálido y blanco empapaba su zapato. La interrogadora mirada de Patsy se encontró con la suya.

La luz del sol brillaba en las altas y rayadas ventanas.

Entonces, una explosión mucho más fuerte y resonante que el disparo de la pistola de Patsy sacudió la habitación. Tabby se tapó los oídos con las manos y se apartó tambaleándose del cadáver del médico... Le vibraba toda la cabeza con la fuerza de la explosión. Alguien chillaba, y la estancia estaba llena de humo. Delante de él, Patsy señalaba hacia el espejo.

Tabby volvió la cabeza, irritados los ojos a causa del humo, y, sin comprenderlo, vio que el humo salía del espejo: una negrura grasienta hervía a través de los trozos de cristal que seguían adheridos al marco; y dentro de aquel montón de nubes, tomó forma una figura. El grito que sonaba detrás de Tabby subió de tono y se apagó de pronto, y, todavía aturrullado por la rapidez con que había alcanzado su triunfo, Tabby se volvió de nuevo y vio lo que le había sucedido a Bruce Norman.

Al estallar el espejo, los trozos de cristal habían rasgado la cara de Bruce. Largas astillas sobresalían como plumas de ave de su pecho y de su vientre, pero la cara de luna estaba completamente desfigurada..., brotaba sangre del tejido rajado y magullado. Las facciones de Bruce habían sido arrancadas de su rostro, y en el momento de darse Tabby cuenta de esto, Bruce se dobló hacia delante y cayó al suelo con un sordo chasquido.

Un hombre alto y delgado, de cara alargada y pálida, entró en la habitación; volutas y espirales de humo surgían de su negro traje.

—¡Eh...! ¡Ha salido del espejo! —oyó Tabby que decía Patsy, en tono de absoluta incredulidad.

Gideon Winter se deslizó hacia Tabby entre los cuerpos de Wren van Horne y Bruce Norman. Tabby, incapaz de moverse, vio que los negros brazos se alzaban sobre él. Entonces su corazón estalló y su cabeza reventó y su vida se fue a otro lugar. Gideon Winter lo envolvió en sus brazos.

Richard disparó los dos cañones directamente contra la cabeza del perro, y esta vez casi pudo ver cómo volaban los perdigones —semejantes a un enjambre de avispas— a través del corto espacio intermedio y se introducían silbando en la negra y ancha frente. Apareció otra docena de agujeros humeantes, todos ellos concentrados alrededor de los ojos, y entonces el animal chocó de nuevo contra la pared de atrás de la casa de Graham. El marco de la ventana se desprendió unos centímetros de la pared, y una lluvia de polvo de yeso cayó sobre el suelo, mientras aparecían largas grietas en la pared. El perro había dado media vuelta y retrocedía hacia el fondo del jardín, antes de lanzarse de nuevo contra la casa. Al expulsar los cartuchos vacíos y sacar otros del bolsillo, Richard pudo ver que chispas y llamas brotaban de la cabeza y del morro del can.

—Otra embestida y lo tendremos aquí con nosotros —dijo Graham, con admirable calma—. Mira si puedes arrancarle la maldita nariz. Creo que es lo único que puede detenerle.

—Pienso que nada podrá detenerlo —dijo Richard—. ¿Qué te parece si echásemos a correr?

Miró por encima del hombro, pero Graham estaba ya meneando la cabeza.

—Dale en la nariz. ¿Recuerdas cómo aulló cuando le clavé el cuchillo?

—Lo que tú digas, jefe.

Richard se apercibió de nuevo. Observó cómo se volvía el perro y agachaba la cabeza, preparándose para embestir nuevamente la ventana.

Entonces el perro voló en su dirección, y Richard trató de encontrar la mancha negra de la nariz en medio de toda aquella negrura veloz. Hizo puntería en un estrecho círculo, a punto de descubrir su objetivo, y entonces creyó que lo tenía. Empezó a apretar lentamente los gatillos... y pestañeó. Aquella masa negra que casi había llegado a la pared perdió intensidad; casi instantáneamente, no fue negra, sino gris, y también casi inmediatamente, el gris palideció... Y antes de acabar de apretar el gatillo, Richard pudo ver aquel agujero en la verdura, todavía humeante, a través de la cabeza del perro.

Richard levantó la cabeza y aflojó el dedo.

—¡Eh! —dijo Graham, a su espalda y por encima de él.

Como el gato de Billy Bentley, el perro gigante se hacía invisible, se desvanecía en la nada, incluso mientras saltaba para su ataque final contra la ventana. Por un segundo, fue sólo una silueta, una enorme sombra suspendida sobre el herboso jardín; después, desapareció. Una ráfaga casi impalpable de aire caliente se filtró por la ventana.

Richard se sentó en cuclillas, incapaz de respirar.

—Esto significa que todo ha acabado para Tabby y Patsy —dijo con voz ronca Graham, encima de su cabeza—. Pasara lo que pasara, terminó. Supongo que deberíamos ir allí y verlo.

—Ver, ¿qué? Ir, ¿adonde?

Richard no se atrevía aún a moverse.

—¡Ah! Pregúntame algo más fácil —dijo Graham, dándole unas palmadas en el hombro con mano temblorosa.

Richard se puso en pie y miró a Graham. El viejo parecía casi feliz por el alivio que sentía.

—¿Crees realmente que podría haberle dado en la nariz? —preguntó Richard, y se sorprendió al ver que también podía sonreír.

—Ésta es más fácil, pero no quiero contestarla —dijo Graham—. Salgamos y comprobemos los daños.

En cuanto salieron al jardín de atrás, olieron a humo. Richard presumió que era de la pelambre chamuscada de los costados del perro, y echó una mirada a la pared exterior de la cocina. La armadura de madera estaba fuertemente agrietada, y combada toda la pared, y Richard calculó que los perjuicios debían de elevarse a unos quince mil dólares.

—No te preocupes por esto —le ordenó Graham—. Ven a este lado y mira en dirección a la playa.

Richard siguió a Graham y éste no tuvo que darle más indicaciones sobre el sitio al que tenía que mirar. Una gigantesca columna de llamas y de humo se alzaba sobre el Sound hasta unos quince metros en el aire, antes de deshacerse en pavesas y humo barrido por el viento.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Richard.

Graham le dirigió una mirada de afligida compasión.

—Creo que es en la casa de mi viejo amigo Wren van Horne. No hay otra allí abajo. A menos que se trate de una hoguera en la misma playa.

—¿La casa del médico? ¿El que...?

Richard recordó la primera vez que había visto aquella casa con Laura, desde el coche de Ronnie Riggley..., y había preguntado precio. A este recuerdo siguió otro: Wren van Horne había sido el médico de Laura.

—Creo que nuestros amigos salieron a la caza del *Dragón* —dijo Graham.

Se dirigía ya a su coche, y Richard le siguió rápidamente.

Richard se deslizó sobre el asiento del pasajero en el momento en que Graham soltaba el freno de mano y hacía marcha atrás en dirección a Beach Trail. Giró el volante, cambió de marcha y salió disparado. Graham no se detuvo en la esquina de Mount Avenue; ni siquiera miró; pisó el acelerador y dobló la esquina hacia la derecha.

—Supongo que Wren era el médico de tu Laura —dijo.

—Sí —respondió Richard.

—Sólo estoy pensando en voz alta —dijo el viejo, sin saber que estaba a punto de expresar algo que se le había ocurrido, y eludido después, a Bob Farnsworth, una noche, delante del «Pennywhistle Cafe»—, pero, mira, las únicas personas que reconocieron a nuestro asesino fueron las mujeres que le abrieron la puerta. ¿Cuántos hombres saben la cara que tiene el ginecólogo de su esposa? Si lo viesen en «Franco's», ¿sabrían quién es?

—¡Jesús! —exclamó Richard.

Pero ni él mismo sabía ni respondía con ello a la sugerencia de Graham o a la espectacular hoguera que vieron en la cima del acantilado en cuanto cruzaron la verja de la finca del doctor Van Horne. Casi toda la larga casa blanca era invisible detrás de las llamas saltarinas y del espeso humo. Desde el fondo de la larga cuesta que conducía al acantilado, la columna de humo y fuego era aún más imponente que vista desde el jardín de atrás de Graham.

—¡Pobre Wren! —exclamo Graham—. ¡No era tan fuerte como Johnnie Sayre!

—¡Jesús! —repitió Richard.

Al acercarse por el paseo a la casa incendiada, Richard vio al fin a Patsy McCloud en el jardín delantero. Patsy temblaba de la cabeza a los pies, estremeciéndose violentamente como en estado febril, y cuando él saltó del coche y corrió hacia ella, vio que estaba llorando.

## CINCO: GRAHAM A TRAVÉS DEL ESPEJO

### 1

Ahora quiero hablaros de nuevo con mi propia voz, porque lo que sucedió inmediatamente después de que Richard Allbee y yo saltásemos de mi viejo cacharro y corriésemos hacia la pobre y temblorosa Patsy, tiene que contarse de esta manera. Los tres —Patsy, Richard y yo— entramos en el país-espejo, y nada fue real, pero todo pudo matarnos a pesar de ello. Por consiguiente, yo diría que estos sucesos son iguales al perro gigantesco, y cuando Richard Allbee me preguntó si pensaba realmente que todos nosotros habíamos perdido la cabeza a causa del DRG, le dije que no; pero la cosa no era tan sencilla.

Lo único que puedo contaros es lo que vi con mis propios ojos; lo que pensé que veía, lo que estaba seguro de que veía. Así seré sincero, y si queréis rumiar acerca de la «realidad», podéis hacerlo por vuestra cuenta.

Mientras Richard tranquilizaba a Patsy y trataba de hacerle decir si Tabby había conseguido salir a tiempo de la casa, yo estaba mirando el edificio, tratando de aceptar que mi viejo amigo y camarada de viudez había sido nuestro enemigo. Wren van Horne... Era un gran golpe para mí; difícilmente podía admitirlo. Él había estado integrado en Hampstead incluso más que yo, y era uno de esos hombres que realizaban su función con esa gracia espontánea que ilumina lo que toca. Cuando veía a Wren yo me sentía siempre mejor. Había sido siempre garboso, y la vejez me ha enseñado que es ésta una cualidad muy valiosa, pues se necesita realmente valor para conservarla después de los veinte años. Sus pacientes lo habían querido; había sido una de esas personas que instintivamente saben vivir bien, pero, más importante aún, Wren van Horne había sido uno de los míos, *de los míos*. Y *el Dragón* lo había convertido en basura. Pensé en mi admirado y viejo amigo llamando a las puertas de las mujeres en la villa, recogiendo a Stony Friedgood en «Franco's», haciendo todo lo que *el Dragón* le había obligado a hacer, y sentí una terrible mezcla de emociones.

Richard estaba tratando todavía de sacar a Patsy de la parálisis en que había caído por la causa que fuese, y yo me acerqué a ellos y apoyé una mano en un hombro de la joven. ¡Cuánta energía había allí dentro! La casa que había ante mí se estaba convirtiendo en nada, consumiéndose con terrible voracidad. Las casas alquiladas de Mill Lane debieron de haber ardido de la misma manera... y también la fábrica «Royal Cotton», pensé, sobresaltado. Las llamas se habían extendido por toda



la bella fachada de la casa de Wren, ocultándola completamente. No muy por encima de las ventanas de la primera planta, el edificio se veía como una llama compacta que ascendía y se retorció en el aire, y vi a través de las ventanas que las habitaciones de la planta baja eran un remolino de fuego. Oí o me imaginé que oía los gritos de una docena de voces perdidas en el interior de la casa. Después miré hacia arriba, donde el humo y las llamas se retorcían juntos en lo alto, y, precisamente cuando Patsy recobraba el habla, vi algo que nunca había visto, aunque os lo he descrito un par de veces. Vi un gran murciélago de fuego, que abrió las enormes alas entre el remolino de humo, allá arriba, y me miró con lo que sentí que era regocijo cruel. El hombro de Patsy McCloud se estremeció al contacto de mi mano, y brotó sangre de su piel o de la mía, y me di cuenta de que mi mano temblaba también.

—Creo que Tabby está muerto —sollozó Patsy—. Gideon Winter se lo llevó. Y ahora no puedo establecer comunicación con él... —Su cara buscó la mía, volviéndose para verme por encima del hombro de Richard—. Ahora..., ahora sólo hay una terrible frialdad donde debiera estar Tabby.

Entonces recordé todas mis fáciles y agoreras observaciones sobre el caos que se cernía sobre nosotros, y lamenté no haberme cortado la lengua. Cuando miré de nuevo hacia arriba, el murciélago de fuego había desaparecido.

Tanto Richard como yo percibimos desesperación en la voz de Patsy. El temblor de su hombro se estaba calmando, pero no el de mi mano... La levanté para no contagiárselo.

—Todo se acabó... Tabby no está allí...

Richard y yo nos miramos y llevamos a Patsy unos metros hacia el fondo del largo jardín, para apartarla del fuego. Por el semblante de Richard, vi que había perdido el control de sí mismo y que estaba más convencido que yo de la probabilidad de la muerte de Tabby Smiethfield.

—Has dicho que Gideon Winter se llevó a Tabby —dije a Patsy. Ésta tenía una expresión aturdida, opaca, que me dio ganas de gritar—. ¿Quiere esto decir que Tabby salió de la casa?

Ella asintió con la cabeza y pestañeó, y percibí al menos una pizca más de optimismo; había estado pensando en aquel pellejo ceniciento que había visto sobre una roca plana en Kendall Point.

—Explícanos exactamente lo que ocurrió, Patsy —dije—. Si no nos ayudas nunca volveremos a ver a Tabby.

—Tabby ha muerto —dijo ella, lisa y llanamente.

—Si es así, quiero que tenga un buen entierro. Pero antes he de estar seguro. Y quiero matar al *Dragón*, Patsy. Quiero romperlo en un millón de pedazos.

Esto la sacudió y le hizo dar otro paso interior hacia delante. Abrió mucho los ojos, levantó la cabeza y nos contó su encuentro con Tabby delante de la vieja casa de su abuelo, y todo lo que siguió después.

—Tabby —acabó diciendo— se derrumbó cuando él..., cuando aquella *cosa* lo tocó. Se puso blanco. Entonces se fueron... y yo traté de establecer comunicación con Tabby, pero sólo encontré frío, frío, frío.

—¿Se fueron? —le preguntó Richard.

—Entonces todo se encendió a mi alrededor. Corrí. Salí al exterior, y llegasteis vosotros.

—¿Y ellos no estaban allí? —preguntó Richard, mirando primero a Patsy y después a mí—. ¿Lo mataron o no, Graham? Yo pensaba que si alguien destruía a *nuestro Dragón* como tú destruiste a Krell, todo habría acabado. ¿Qué diablos pasa aquí?

—Pienso que siempre fue igual —dije, y traté de pensar lo que íbamos a hacer ahora—. Parece que Gideon Winter no está dispuesto aún a renunciar.

—¿Piensas que fue Gideon Winter?

—Lamento decirlo, pero estoy seguro —dije—. Es lo bastante fuerte para sobrevivir a la muerte del cuerpo elegido por él. —Hice una larga y temblorosa inspiración—. Nos ha lanzado el guante. Esto es. Se ha llevado a Tabby porque quiere que vayamos tras él. Esta vez nos quiere a todos juntos, para liquidarnos al mismo tiempo. —Aquellas dos personas que eran la mitad de la única familia verdadera que tenía se acercaron aún más—. De no haber sido así, habría matado a Patsy —dije—. Quería que nos contase su historia, y quería, quiere, que lo persigamos.

—Si supiéramos adonde ir —dijo Richard.

—Bueno, creo que yo lo sé —les dije—. Y a Patsy no va a gustarle mucho.

Ella se puso tiesa, escrutando mi cara con sus ojos. Había comprendido, y yo había acertado: se resistía instintivamente.

—¡Oh! —dijo Richard, y la estrechó con fuerza con su brazo—. Ya veo —añadió, asintiendo con la cabeza.

—El sitio donde varios muchachos fueron asesinados. Tanto él como yo lo conocemos. La casa de Krell.

Desvié la mirada del rostro desesperado de Patsy, y contemplé el Sound. El agua estaba agitada, hervía, y se lanzaba sobre la costa de una manera que nada tenía que ver con las mareas.

Mientras observaba, el agitado Sound se volvió rojo.

Miré de nuevo a Richard y a Patsy. Ella temblaba todavía, pero vi que recobraba su energía, y dije:

—No conviene ir allí a solas. —Aunque de pronto estuve tan inseguro de esto como de todo lo demás—. Bueno, yo iré de cualquier modo —dije—. Tengo que hacerlo. Pienso que Tabby está vivo. Es el cebo.

Eché a andar por el inclinado jardín, olvidándome al principio de mi coche, y pensando después que no lo quería. No iría en coche a aquella casa; quería ir a pie, como lo había hecho en 1924. Ellos podían acompañarme o no. Di unos pasos engañosamente resueltos, sabiendo que nada en el mundo podría salvarme si entraba solo en aquella casa. No estábamos en 1924, y la caza era diferente. Di otro paso solitario, viendo mentalmente el Long Island Sound rompiendo contra la playa. Después oí unas leves pisadas detrás de mí, y un brazo se agarró al mío.

—Loco y viejo bastardo —dijo Richard—. Después de todo lo que ha pasado, ¿crees que te dejaremos ir solo a cualquier parte?

Miré a Richard y después a Patsy, que se habían colocado a ambos lados de mí, y pensé que éramos como los tres incompletos compañeros de *El Mago de Oz*.

—Creo que será un buen paseo —dije.

## 2

Cuando hubimos cruzado la verja y nos hallamos de nuevo en Mount Avenue, vi que Richard comprobaba los cartuchos en los bolsillos de su chaqueta, y me di cuenta de que aún llevaba mi escopeta. Como de costumbre, al menos cuando no arrancaba ladrillos de una cornisa o no rascaba la pintura de una pared, iba vestido a la manera debida, es decir, como solía vestir entonces todo el mundo, incluido yo: chaqueta deportiva y pantalones de verdad..., no vaqueros. Y también zapatos verdaderos, en vez de ese calzado deportivo que llevan esos tipos de Hampstead, aunque no corran más allá del paseo de entrada de su casa. Digo esto porque, cuando advertí que llevaba todavía mi escopeta, ésta parecía formar parte de él: Richard y la vieja «Purdy» y aquella ropa de hombre de negocios eran extrañamente coherentes, como Magritte y su sombrero hongo. Su presencia a mi lado me inspiró una súbita confianza. O al menos la resolución de seguir realmente el camino que me había trazado, de aceptar todo lo que tuviese que ocurrir, como si Richard y su excelente ropa, así como la «Purdy», pudiesen darnos a los tres un grado irracional de protección. Richard Allbee, con la escopeta en la mano, tenía mucha autoridad, y en aquel momento, me sentí más joven que él.

Tal vez diría mejor que sentí que la dirección de la empresa pasaba de mí a Richard, o que comprendí que siempre la había llevado él. Y cuando el hilo nos condujo en dirección equivocada, pensé que comprendía por qué había poseído él, momentáneamente, aquella aureola paternal.

Gente atraída por la columna de humo y de llamas de la casa de Van Horne empezó a aparecer en Mount Avenue, caminando despacio hacia nosotros y levantando la cabeza como si estuviesen presenciando un espectáculo funambulesco.

Me pregunté si mi corazón estaba apercebido para lo que se avecinaba. Me pregunté si Tabby podía estar realmente vivo. Los tres entramos en Poor Fox Road más o menos de consuno.

El cielo cambió; sin la menor transición, pasó de un azul deslumbrante a un rojo gaseoso e hirviente. Patsy se detuvo, y yo hice lo propio. Lo que había encima de nosotros parecía expresión de un furor definitivo, de una ira en su límite extremo. Mil mudas pero vividas explosiones desgarraban el tejido del cielo. Un momento después, el rojo se convirtió en amarillo brillante; después, en un azul uniforme que el cielo no ha tenido jamás; después, en violeta purpúreo, y por último en negro. Dos lunas pendían sobre nosotros; una, de aquel rojo gaseoso y furioso, y la otra, blanca y muerta.

Toda Poor Fox Road estaba iluminada por la fría luz plateada de la Luna. Patsy se asía con tal fuerza a mi brazo que me hacía daño.

—Está bien —dijo Richard, y reanudamos la marcha en dirección a la casa de Bates Krell.

Cuando llegamos a la curva del camino, vi una sombra oscura que pendía de uno de los grandes árboles que flanquean la verja de la Academia. Giró lentamente y se torció al acercarnos, como un sombrío y alargado capullo. Patsy y Richard lo habían visto también, y sentí que Patsy volvía a apretar mi brazo con más fuerza. Un segundo después, vi que era un cuerpo que pendía boca abajo de las enmarañadas ramas.

El cuerpo giró en redondo hasta colocarse de cara a nosotros, y la luz dio de lleno en él. La cavidad torácica había sido rajada, y rotas las costillas; y toda la sección media del cuerpo era un agujero abierto y negro. A pesar de los cortes y las heridas, reconocí la cara de Bobby Fritz. Aquel rostro terrible se burlaba de nosotros, con la boca abierta en una mueca de carnaval. El cadáver de Bobby Fritz gritó: «¡Estáis muertos! ¡Estáis muertos!»

Patsy jadeó y tiró de mí. Los brazos colgantes de Bobby se inflamaron. Sus cabellos se agitaron y se retorcieron con el calor y, al cabo de un instante, empezaron también a arder, haciendo un débil *puf* al inflamarse.

«¡MUERTOS», gritó Bobby.

Richard alargó un brazo y me dio un tirón, y yo tiré a mi vez de Patsy.

Avanzamos torpemente algunos pasos, y entonces pareció Patsy encontrar de nuevo el ritmo.

—Estoy bien, Graham —dijo—. No hace falta que tires de mí.

Desprendió su brazo del mío y miró por encima del hombro. Por un movimiento reflejo, también miré hacia atrás.

El ardiente cadáver de Bobby Fritz giraba como un juguete mecánico, y pude ver entre las llamas sus facciones mutiladas. Regocijado, seguía gritando: «¡MUERTOS! ¡MUERTOS!»

Patsy McCloud volvió rápidamente la cabeza hacia delante, y sus ojos se encontraron con los míos. Vi miedo y angustia en ellos, pero también mucho más que esto: vi determinación de enfrentarse con todos estos trucos fantásticos, de seguir adelante, de encontrar la fuerza que difícilmente podía estar segura de tener. Esto se reflejaba no sólo en sus ojos, sino en toda su cara.

—Ya te he dicho que estoy bien —aseguró, y me adelantó.

Unos minutos más tarde, vimos la casa de Krell más allá de un erial de coches destrozados, y los tres aflojamos el paso, como si pensáramos que podíamos escurrir el bulto. Las ventanas o los agujeros negros donde habían estado las ventanas, tenían un brillo rojo, como si el interior de esta residencia del *Dragón* ardiese como la otra al final de la estrecha calleja; pero sabíamos que la casa de Krell no estaba ardiendo. Y sabíamos que no podíamos escurrir el bulto; caminábamos más despacio porque, de pronto, no teníamos prisa en hacer lo que sabíamos que teníamos que hacer.

Incluso cuando tenía yo veinte años y caminaba erguido y tenía buenos músculos, aquella casa me había infundido pavor. Y ahora sabía mucho más de ella.

Richard se adelantó rápidamente y fue en derechura hacia la puerta, pisando los hierbajos bañados por la luz lunar. Mantenía la escopeta apoyada en la cadera y se volvió para mirarnos. Vi palpar los músculos de su mandíbula inferior. Patsy fue directamente a él. Yo me puse a su lado, y Richard me dijo:

—Aquí no pasa nada.

Hizo girar el tirador y empujó la puerta con el cañón de la escopeta. Patsy se cubrió la cabeza con las manos. Una luz roja iluminó nuestras piernas.

Habréis adivinado ya que Patsy se cubrió la cabeza a causa de los murciélagos, pero yo no me di cuenta hasta mirar dentro. Richard tenía apuntada la escopeta al interior de la habitación, como esperando que apareciese algo para disparar contra ello. Tal vez media docena de murciélagos se descolgaron de los rincones de la habitación; Richard trató de espantarlos con los cañones de la escopeta, pero dos de ellos se limitaron a esquivar el golpe y volaron de nuevo hacia nosotros. El resto revoloteaba furiosamente alrededor de la estancia.

Entonces vi una larga cabellera roja en la cabeza de uno de los dos murciélagos que volaron junto a Richard, y percibí que eran blancas las caras de los dos. No quise fijarme en estos rostros...; sabía que los reconocería y que esto sería mucho peor que la visión de Bobby Fritz colgando cabeza abajo de aquel árbol.

Richard lanzó un grito ahogado y bajó el arma: había reconocido una de aquellas caras diminutas.

Mi genio saltó dentro de mí como un animal salvaje. La cara de Tabby brilló en mi mente, y agarré el brazo libre de Richard como había agarrado él el mío unos minutos antes, y le empujé para que entrase conmigo en la casa.

—¡Es de día! —le grité—. ¡Es de día!

Y lo fue, durante un segundo o dos o tal vez más: vimos la verdadera luz del sol bañando una pared, y la desnudez verdadera del lugar. Tablas rotas en el suelo, paredes agrietadas, gruesas capas de polvo: lo vimos. No había murciélagos. Patsy entró corriendo y se colocó a mi lado, y me sentí lo bastante fuerte para matar a tres Bates Krell. El mal genio silbaba aún dentro de mí. ¡Perros gigantes y murciélagos con caras humanas! ¡Dos lunas! Todo esto me revolvía el estómago.

Por el rabillo del ojo, vi que algo se movía a un lado, y volví la cabeza y avancé al mismo tiempo. Vi a Les McCloud plantado en el umbral de la puerta de otra habitación; llevaba un pijama a rayas y una bata abierta, y apretaba ya el gatillo de una pequeña pistola. Un largo rayo de llama brotó del pequeño cañón de la pistola, pasó entre Patsy y yo, y entró, inofensivo, en la habitación a nuestra derecha.

Inmediatamente volvió la oscuridad de la noche, y el disparo de la escopeta brilló en el mismo instante en que veía yo que Les se estaba desvaneciendo en la nada. Los perdigones se estrellaron contra la pared.

—Se ha ido —dije, pero ya no tenía ganas de desafiar la oscuridad.

Oí que Richard respiraba fuerte al expulsar el cartucho vacío y rodar éste por el suelo.

Lo único que podíamos ver era que la luz roja que se filtraba e iluminaba débilmente la oscuridad procedía de la habitación en cuyo umbral había aparecido el espectro de Les. La luz no era tan fuerte como cuando Richard había abierto la puerta

de la entrada, pero se derramaba desde aquella habitación, llenando el umbral de un resplandor rojizo.

—Sé dónde tenemos que ir —dijo Patsy, mirándome de reojo—. Abajo.

Su cara parecía huesuda y macilenta bajo la débil luz roja, ni varonil ni femenina.

—Patsy —le dije—, nadie te hará bajar allí.

—Tiene razón —le dijo Richard—. No, después de lo que pasó la otra vez. Puedes esperar fuera... Has venido hasta aquí, y ya es bastante. Si Tabby está allí, nosotros lo encontraremos.

—Tabby está muerto —dijo ella, con la misma certidumbre de antes—. Pero, de todos modos, iré con vosotros. Tenemos que estar juntos, ¿no? Tú también lo piensas, ¿verdad, Graham?

Se volvió a mirarme, con más bravura que antes.

—Ya no sé lo que pienso —respondí sinceramente.

—Bueno, hay que poner fin a esto —dijo. Entonces nos sorprendió a los dos sacando la pistolita del cinto. Sospecho que tanto Richard como yo pensábamos que la había dejado en la casa de Wren van Horne—. También yo la emplearé, en caso necesario. Vosotros podéis esperar en la acera, si queréis.

Metió la pistola debajo de su camisa y nos miró, para saber lo que íbamos a hacer. Era menuda, pero valiente y terca, mucho más madura que aquella mujercita que había llegado corriendo desde la esquina, al encuentro de tres hombres y un muchacho, aquella noche en que los primeros pájaros muertos habían caído del cielo. Patsy había recorrido una distancia mucho mayor que cualquiera de nosotros, y un segundo antes de que Richard dijese lo mismo que yo pensaba, reconocí lo mucho que la quería. Y esto me pareció de pronto más que justo: era parte de la esencia de todos nosotros.

—Bueno, vamos allá —dijo Richard, apretando la escopeta bajo el brazo—. Todos queremos acabar con esto.

Me miró, y vi que, a pesar de la calma de su voz, también él se había sentido conmovido por Patsy.

Ésta se volvió bruscamente en redondo y cruzó la débilmente iluminada puerta de la cocina de Bates Krell. Richard y yo la seguimos de cerca. La puerta del sótano seguía abierta y colgando de sus goznes, y vimos que Patsy había estado en lo cierto: la luz procedía del sótano. Cuando los tres miramos hacia abajo, vimos lo fuerte y tenebrosa que era aquella luz, y percibimos sus pulsaciones. El resto de la casa parecía reflejar esta pulsación regular de la luz, reverberar silenciosamente con su ritmo. Bajar allí sería como meterse en un enorme corazón.

Yo empecé a bajar el primero. Si sucedía algo —si había alguna trampa en la escalera—, prefería que me ocurriese a mí, no a aquellos dos. El hecho de tener setenta y seis años tiene pocas ventajas, pero una de ellas es que la muerte prematura es ya imposible. Sin embargo, bajé los peldaños despacio y con cuidado, manteniendo los ojos bien abiertos. Me envolvía aquella rojez, y las pulsaciones luminosas vibraban a través de los escalones y del frágil pasamano.

Richard bajó detrás de mí; también él quería estar entre Patsy y lo que pudiese haber en el sótano. Giró hacia el lado de la escalera.

No sé lo que esperábamos encontrar allí. Pesadillas de *El Bosco*, demonios devorando a Tabby, Gideon Winter volando contra nosotros: cualquier cosa, menos el amplio espacio vacío que estábamos viendo. Placas de vidrio, distribuidas aquí y allí a lo largo de la parte superior de las paredes, reflejaban la luz rojiza que llenaba el sótano. Al fondo, un estropeado banco de carpintero estaba adosado a la pared. Y esto era todo.

—Tabby no está aquí —dijo Richard, momentáneamente perplejo.

La súbita distensión consiguiente a la entrada en un recinto donde no había más que un estropeado banco de carpintero y una luz roja inexplicable hizo que se quedase inmóvil en el centro del sótano. Patsy se apartó a un lado, y yo me dirigí a aquel banco. Estaba seguro de que habíamos llegado al lugar debido, y pensaba que tal vez encontraría allí algo que nos condujese a Tabby.

En el aire que me rodeaba, en la misma atmósfera del sótano, percibí una especie de espesamiento, como si aquella rojez pulsátil ejerciese presión sobre mi piel. En realidad, era una elevación gradual de una condición que había estado presente desde que habíamos bajado la escalera. Por decirlo así, estábamos superando la impresión de no estar impresionados, y el verdadero carácter del lugar nos alcanzaba al fin.

El sótano de Krell no estaba vacío, sino lleno de las emociones que se habían desatado en él. Terror, desesperación, un miedo absolutamente insensato, una masa de aflicción humana, flotaban en el aire a nuestro alrededor. Hasta el verano de 1980, yo habría rechazado la idea de que una experiencia semejante fuese algo más que la proyección de un observador sugestionable. Pero, en el sótano de Krell, sabía que no proyectaba toda aquella miseria, y sentía que el mal que percibía a mi alrededor no era imaginario. Me había asaltado la *malignidad* del lugar, la monstruosidad del placer que proporciona la tortura. Quería salir de allí lo más rápidamente posible. Malignidad, maldad y aquel regocijo febril: por fin había aprendido a reconocerlos. El gran corazón del sótano latía casi audiblemente alrededor de Patsy, de Richard y de mí, y por un segundo vi que las paredes se poblaban de arañas, odiosas formas negras que se echaban sobre mí, tendido angustiosamente sobre el banco. Estas imágenes procedían de libros que había leído en mi infancia. Pero los tres teníamos que salir de allí.

Di un paso en dirección a Patsy, viendo en su semblante que también ella había sido envenenada por este lugar, y la tierra apisonada empezó a temblar bajo mis pies, y a punto estuvo de hacerme caer al suelo. Una mano surgió de éste. Después, otra mano brotó de la tierra. E, inmediatamente, otro par de manos surgieron a sólo tres palmos de donde yo me hallaba. En todo el sótano surgían manos, encorvando los dedos, estirándose al liberarse los antebrazos.

—¡Salgamos de aquí, por el amor de Dios! —exclamó Richard, golpeando un par de manos con la culata de la escopeta.

—No sé si podremos llegar a la escalera —dijo Patsy, y comprendí la razón de sus palabras.

El suelo entre nosotros y la escalera se estaba fragmentando como una especie de azúcar moreno, granuloso, y se hinchaba en una docena de lugares.

—No lo creeréis, pero allí hay una puerta —dijo Richard, y, al volvernos, señaló la pared más próxima a nosotros.

Implantada en los bloques de cemento, había una puerta de madera con grandes goznes de hierro y anchas barras de sujeción de hierro negro. Desde luego, antes no estaba allí, y por un instante pareció tan siniestra y amenazadora como todo lo demás que había en el pequeño cuarto de juego de Bates Krell.

Patsy gritó al apartarse de otro par de manos que se estiraban ciegamente.

Tanto Richard como yo avanzamos, tratando de saber si valía la pena de correr hacia la escalera. Richard empujó a Patsy hacia un sector despejado y, mientras lo hacía, la primera cabeza y el primer torso surgieron del suelo destrozado. Era el cuerpo de un muchacho en su primera adolescencia. Trataba de quitarse el fango de los ojos cuando otro cuerpo delgado brotó súbitamente a través de la corteza del suelo, siguiendo a los estirados brazos.

Y empezaron a surgir cuerpos del suelo en todas partes del sótano. Delante de la escalera, el primer muchacho que había escapado de su tumba luchaba por ponerse en pie, vacilando sobre las inseguras piernas. Observé pasmado el cuerpo de una mujer que se liberaba entre un surtidor de fango. Una visión o alucinación descrita por Richard en nuestras largas charlas volvió a mi memoria: el cementerio abriéndose y vomitando muertos. Vi que otra mujer salía de la tierra al lado de la primera. La visión de Richard era nuestra verdad. Lo vi, y entonces pensé: «Claro, así es como actúa *el Dragón*.»

—¡Graham! —exclamó Richard—. ¿La puerta?

Estaba pensando que, tal vez, teníamos un segundo o dos para llegar a la escalera, si corríamos como diablos..., y que él sería el único que conseguiría hacerlo. Yo no podía correr tan de prisa, y Patsy parecía a punto de caerse.

Me acerqué a él, y él rodeó la cintura de Patsy con un brazo y la obligó a moverse. Los miré por encima del hombro y vi que Patsy se recobraba y aceptaba casi visiblemente la idea de emplear aquella puerta, aunque parecía que sólo podía conducir a otra cámara de tortura.

Richard empujó la puerta y la cruzamos apresuradamente. Yo tuve que agachar la cabeza para no golpearme la frente con el dintel.

### 3

Ya habréis visto por qué quise describir esta serie de sucesos en primera persona: la actitud de un narrador imparcial y objetivo no habría sido buena, nos habría engañado a vosotros y a mí. Aquella puerta de pesados barrotes de hierro *no estaba allí*. La crucé y, si no me hubiese agachado, habría dado de cabeza contra el dintel; pero incluso entonces sabía que nunca había existido tal puerta en el sótano de Krell. Y pienso que Richard Allbee y Patsy McCloud lo sabían tan bien como yo. La



puerta era el sueño de una puerta; nuestro sueño; pero también el instrumento del *Dragón* para llevarnos donde él quería.

La otra cosa que todos sabíamos era que no había menos peligro al otro lado de la puerta que en la casa encantada de Bates Krell. Nuestra puerta no era una salida..., pero no podíamos volver atrás después de haberla elegido.

Nos encontramos en un túnel oscuro y hediondo, tan estrecho que teníamos que ir en fila india. Richard delante, después Patsy y después yo. Toqué la pared curva del túnel con la mano, y la retiré rápidamente; la pared húmeda, esponjosa, elástica como el caucho, tenía la consistencia de un tejido vivo. Mucho más allá de Richard, una luz débil y vaga brotaba de una curva del túnel, como una promesa de que saldríamos sobre el nivel del suelo en algún punto de Poor Fox Road o en los fangosos terrenos contiguos. Al avanzar nosotros hacia aquella luz, las paredes se ensancharon gradualmente y, al fin, casi pudimos avanzar los tres en línea.

—Espero que podamos salir pronto de aquí —dijo Patsy—. ¿Crees que llegaremos a subir al exterior?

Encogí los hombros.

—Aquí apesta —dijo Patsy—. Parece una cloaca.

—Con tal de salir de esta casa, no me importa el mal olor —dijo Richard—. Visteis las mujeres, ¿no? Krell no las arrojó por la borda. Y mató a muchas más personas de lo que nadie sospechó.

Esto se me había ocurrido a mí también. Al cruzar nosotros la puerta, al menos trece o catorce muchachos y mujeres habían salido de sus poco profundas tumbas. Algunos otros empezaban a abrirse paso, y, por alguna razón, yo había tenido la impresión de que los cadáveres habían sido depositados allí en capas, unos encima de los otros, de manera que cuando saliesen los primeros, otros pudiesen empezar a levantarse. El sótano de Krell se había ganado sus fuertes ecos y resonancias.

Llegamos a la curva del túnel y entramos de pronto en un lugar tan fuertemente iluminado que la luz borraba todos los detalles. Por un momento, quedé cegado, me escocieron los ojos y los cubrí con una mano. Nos detuvimos. Cuando bajé la mano, miré a través de los párpados entornados aquella luz deslumbradora y vi que una persona estaba en pie junto a la pared del túnel, delante de nosotros. Era una forma negra, sin sexo.

—¿Estás bien? —preguntó Patsy, y yo asentí con la cabeza.

Avanzamos de nuevo.

—¿Quién eres? —preguntó Richard, levantando la escopeta al nivel de la cintura.

Precisamente entonces tuve una idea del sitio en que nos hallábamos, de lo que pretendía ser el túnel.

Caminamos lo suficiente para ver que aquella persona era una mujer, e incluso antes de poder ver algo de su cara y de su ropa, supimos que estaba llorando.

—¿Patsy? —preguntó la mujer.

Patsy no respondió. Asió mi brazo con la mano izquierda, y el de Richard con la derecha.

Su cara vulgar y severa surgió de la luz. Graves gafas oscuras, cabellos lisos. La mujer llevaba un viejo vestido de *tweed* que convertía su cuerpo en un tubo vellosa. No tenía aspecto de llorona.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Patsy—. Marilyn Foreman.

—Marchaos de aquí. Marchaos de aquí. Ya estáis muertos, igual que el chico. Cuanto más lejos vayáis, será peor.

Patsy gimió, bajó la cabeza y, prácticamente, nos arrastró a Richard y a mí.

—¡Déjame en paz!

Ahora pasamos por delante de la mujer, y ésta cruzó las manos sobre la cintura y se apretó siseando contra la pared del túnel para dejarnos pasar. Yo rocé con un brazo sus manos cruzadas y sentí su frío, un frío absoluto que quemaba.

Pero ya la habíamos dejado atrás, y Patsy McCloud seguía tirando de nosotros como una madre llevando a sus dos hijos al colegio. Tenía torvo el semblante. La mujer volvió a sisear detrás de nosotros.

Patsy se detuvo y aflojó la presión sobre mi brazo.

Miré a mi alrededor. Richard Allbee hizo lo propio. El túnel estaba vacío.

—¿Acabamos de ver una sencilla mujercita con aspecto de maestra de escuela? —preguntó Patsy—. ¿Nos ha dicho que volviésemos atrás?

—Hemos visto una sencilla mujercita y nos ha dicho que volviésemos atrás —dijo Richard.

Nos pusimos de nuevo en marcha.

—Demos gracias a Dios —dijo Patsy—. Si nos volvemos locos, al menos lo hacemos juntos.

Dimos otro paso adelante, y la luz aumentó con rapidez brutal. Patsy se estremeció. Mis ojos se coagularon dolorosamente, como la clara de un huevo escalfado. Tropecé, sintiéndome súbitamente solo, y cuando pude abrir de nuevo los irritados ojos, también agradecí tener compañía en mis fantasmagorías.

Pareció que había salido del túnel y entrado en una larga estancia con estanterías de libros en todas las paredes; sin embargo, la habitación tenía el mismo olor a gas de cloaca que el túnel. Patsy y Richard, a unos metros de mí, se acercaron más. Pienso que ellos reconocieron la estancia antes que yo. Miré de soslayo un estante lleno de libros en rústica que me resultaron familiares. Como el sótano de Krell, este lugar tenía resonancias de aflicciones inauditas, de una sórdida vida emocional. También era uno de los Sitios Malos. Una espesa sustancia que parecía brea goteaba de los lomos de dos libros contiguos. Parte de ella caía sobre otros estantes y sobre el suelo.

Hacía un calor enorme en la habitación; todo exhalaba un débil olor a quemado, como si algo ardiese sin llama en alguna parte muy escondida. «¿Dónde estamos —me pregunté—. ¿Qué es este horrible lugar?»

Entonces vi una mesa para máquina de escribir que me era familiar, instalada delante de una ventana que también me era familiar. Parecía estar a cuarenta metros de distancia. La ventana era negra. Volví la cabeza en dirección a Richard, casi esperando que negase lo que yo sabía ya, y detrás de su cara preocupada vio el póster de Glenda apoyado en los estantes. Nos hallábamos en mi cuarto de estar.

Había sido alargado hasta tres veces su longitud real, pero el Sitio Malo era mi cuarto de estar.

—¡Eh, Graham! —dijo Richard—. No...

—No, ¿qué? —chilló otra voz en el otro extremo de la habitación.

¡Ay! Pensé que también conocía aquella voz. Me volví y vi que un hombre rechoncho, vistiendo un traje cruzado, y con unas mejillas tan oscuras que parecía que le hubiesen tatuado una barba, estaba plantado detrás de mi mesa. Era él.

—¿No quieres que tu pimpante amiguito sepa lo que le pasa? ¡Williams! —El Senador me apuntó con un dedo—. Eres un puerco comunista, ¿lo saben tus amigos?

—Nunca fui un comunista decente, y mucho menos un puerco —le dije.

—¡Eres DÉBIL! —vociferó—. ¡Eres un BORRACHO! ¡Un LIBIDINOSO! ¡Un pozo de alcohol! Abandonaste a dos esposas. ¿Conocen tus amigos tu asqueroso historial? ¿Saben que, con artimañas, te casaste dos veces y después engañaste a tus mujeres? Mr. Williams, tengo en mis manos una lista que no sólo contiene tus intensas actividades comunistas desde 1938 hasta 1952, sino también tus relaciones sexuales durante aquel período. —Blandió algo que parecía una lista de la compra—. Es un historial repugnante, Williams, la prueba de tu degradación moral. Y es repugnante porque eres débil. ¡DÉBIL! Eres un comunista débil, traidor y borracho.

—Fui borracho —dije—. Y también engañé a mis esposas tanto como ellas me engañaron a mí. Pero nunca abandoné a nadie.

Empezaba a temblar. Y aquella cara que parecía engañosamente tatuada estuvo de pronto a dos o tres palmos de mí.

—Débil y traidor —dijo, y su aliento olía a alcohol y también a cebolla—. Dime una cosa, Williams. ¿Sabes que Tabby Smithfield aún estaría vivo si no le hubieses contagiado tus morbosas fantasías?

Me dispuse a largarle un puñetazo a aquella cara cruel, pero ésta cambió antes de que mi puño tomara impulso. Él se había convertido en un saltarín diablo rojo. Ahora era al menos tres palmos más alto que yo, y se inclinó sobre mí, haciendo una mueca, y una lengua bífida salió de su boca. Brotaba de él un terrible calor. Sentí que Richard tiraba de mí hacia atrás, y me olvidé de los puñetazos y sólo pensé en retroceder a toda prisa. Si no hubiese empezado a mover los pies, el tirón de Richard me habría hecho caer sobre las posaderas.

El demonio ardiente alargó un brazo en mi dirección: su mano llegó tan cerca de mi cara que vi que estaba compuesta de un millón de llamas entrelazadas, pequeños chorros de fuego tan unidos que formaban un cuerpo sólido, una carne sólida. Si me hubiese alcanzado, se habría llevado mi cara. Richard me empujó hacia atrás con la furia de una inundación o de un tornado, y me mantuve en pie, y aquella mano roja pasó por delante de mí sin alcanzarme.

Bueno, me alcanzó un poco. Rozó mi mano, aquella con que había pretendido pegarle, y fue como si cien dagas se clavasen en mi piel y alguien vertiese ácido sobre las heridas. Chillé desaforadamente, y todo se volvió negro; pero antes oí una profunda y obscena risita.

Volvíamos a estar en el túnel, y el olor era aún peor que antes. Otra luz pálida fulguraba lejos, delante de nosotros, iluminando débilmente el carnoso tubo del túnel.

—¿Estás bien, Graham? —preguntó Richard.

No pude mirarlo a los ojos, pues los míos le habrían dicho la verdad.

—Claro que sí —le dije.

Estaba trastornado, tanto por lo que me había dicho aquella mofeta de imitación, como por lo que había pasado después. Bueno, esto es casi verdad, debería ser verdad. Sin embargo, sabía que había estado tan cerca de la muerte como aquella vez en Kendall Point. Todavía estaba viendo aquella cara roja, de sonrisa cruel, flotando sobre la mía, y sabía que mi espanto había sido terrible, tan terrible que no hubiese podido moverme si Richard no hubiese intervenido. La mano tocada ligeramente por aquella criatura me dolía aún como si un tanque hubiese pasado por encima de ella.

—¿De veras lo estás? —preguntó Patsy.

—Nunca abandoné a nadie —dije—. ¡Jesús! Nunca hice cosa igual. Algún día os contaré la historia de mis matrimonios.

Pero incluso mientras decía esto, veía aquella cara roja y grotesca inclinada sobre la mía, y sentía de nuevo aquel terror primitivo. ¡Un diablo! Los diablos no existen, salvo como metáforas.

Entonces recordé algo que había dicho en Londres: «Aquel diablo está contaminando los pozos de toda América.»

¡Oh, sí! Lo vi. Y me pareció que podía empezar a moverme de nuevo.

—¿Qué demonios suponéis que hay allí delante? —les pregunté.

—Ojalá no tuviese que averiguarlo —dijo Richard.

Echamos a andar de nuevo. Volví dolorosamente la mano en la penumbra del túnel, y vi que no tenía ninguna señal.

Esta vez no tuvimos que seguir una curva del túnel y quedar cegados por una súbita oleada de luz, que era lo que habíamos esperado. En vez de esto, el túnel se ensanchó gradualmente y la luz se hizo más difusa. Pareció que el suelo estaba ligeramente inclinado hacia abajo. Después, la pendiente se hizo gradualmente más pronunciada, y al aumentar el brillo de la luz, el suelo del túnel se hizo tan inclinado que tuvimos que avanzar más despacio y doblando las rodillas para contrarrestar la fuerza de la gravedad. Cuando el túnel empezó a nivelarse de nuevo, las paredes y el techo se alejaron. Y precisamente cuando pensé que aquello iba a convertirse en una cámara abovedada, vi los primeros muertos.

Eran gordos y estaban desnudos, plantados a un lado del ahora enorme túnel; un viejo y una vieja, inmóviles como maniquíes de almacén. Tenían los ojos cerrados y su piel era blanca como el yeso. No eran más que unos viejos y abultados sacos de carne, tan muertos que habían perdido toda señal de carácter o de personalidad. Entonces vi que eran mis viejos amigos de la playa, Harry y Babe Zimmer. Bajé los ojos apresuradamente. Cuando pasamos, me pareció sentir que se volvían lentamente hacia nosotros.

— ¡Oh, no! —dije, al ver lo que había delante.

Las paredes del túnel se ensancharon un poco más, creando un enorme espacio que parecía tener una anchura de decenas de metros y la altura de una catedral. El doctor Norm Hughardt, tan blanco y muerto como los Zimmer, se volvió de cara a nosotros en la entrada de esta enorme cámara. Su barbita al estilo de Lenin había rebasado sus límites y parecía ahora espesa y mal cuidada. Como los Zimmer, se movía como en una tina de cola. Un gusano grueso y blanco reptaba sobre el voluminoso vientre de Norm. Norm levantó una mano en ademán de casi insensata súplica.

Detrás de él, otros cientos cruzaban trabajosamente y con dolorosa lentitud la vasta cámara.

Pasamos por delante de Norm Hughardt, en su desesperada situación intermedia entre los muertos. Yo tenía los nervios destrozados; no quería ver a nadie, no deseaba mirar sus caras, sólo quería salir de aquel horrible lugar. Sentí gravitar sobre nosotros la muda aflicción de todos aquellos muertos, la infelicidad implorante que no podían dejar de manifestarnos.

Al menos no parecíamos hallarnos en verdadero peligro: los muertos se movían tan lenta e inquisitivamente que incluso yo habría podido burlarlos. Pensé que esto era un ejercicio para desanimarnos, para ablandarnos. Los cientos de muertos nos suplicaban que los rescatásemos, que los devolviésemos a la superficie de la tierra, y nosotros no podíamos ayudarlos, sino sentir solamente la fuerza de su súplica. Gideon Winter quería debilitarnos por medio de la compasión —es decir, debilitar a Patsy y a Richard, porque a mí me había dejado ya sin fuerzas— y presentarse entonces para la matanza. Ciertamente, teníamos que compadecer a aquellas pobres criaturas. Vi tanta gente alargando los brazos, que éstos se entrelazaban.

Y entonces creí ver la prueba de esta teoría. En el centro de la vasta cámara había un hirviente charco de un líquido gris y espumoso; vomitaba acres vapores sulfurosos. Richard empezó a guiarnos por el borde de la hedionda charca, tratando al mismo tiempo de asegurarse que ninguna de las manos tendidas hacia nosotros llegase a tocarnos. Yo sólo me esforzaba en mover los pies. Estaba tan cansado que una parte de mí se habría tumbado en el suelo y renunciado a seguir luchando. Entonces, Patsy se quedó rígida, como electrizada, a mi lado; y, a pocos palmos de nosotros, Richard Allbee se detuvo.

—No, no, no —dijo Richard, como rebatiendo un argumento—. Eso no es verdad.

Miré con renuencia la espumosa charca. Un cuerpo se agitaba en el otro extremo, luchando con lenta y paciente desesperación por encaramarse sobre el suelo. Era un cuerpo ligero, joven, infantil. Debajo de los regueros de espuma gris de la charca sulfurosa, su piel era blanca como el yeso, igual que la de los demás. Cuando el muchacho consiguió salir de la laguna, otra cabeza asomó en la superficie. El cadáver de un hombre trataba de subir a tierra firme, y cuando hubo emergido a medias de la charca, lo reconocí. Acababa de ver a Les McCloud en la puerta de la cocina de Bates Krell; por eso me fue fácil identificar su cuerpo. Entonces tuve que volver a mirar el cuerpo del muchacho y enfrentarme con lo que había visto en las

primeras milésimas de segundo de su aparición..., algo que había visto con el corazón más que con los ojos. Aquel muchacho muerto era Tabby Smithfield. Los gordos gusanos lo habían descubierto ya y se deslizaban por sus piernas.

Podría liquidarnos uno a uno; no tendríamos valor para luchar contra él; era mejor que nos tumbásemos en la cámara de los muertos y nos acostumbrásemos a estar allí.

Unas cuantas moscas se fijaron en el cuello de Tabby.

Por fin acepté la posibilidad —no, la probabilidad— de que Tabby estuviese muerto. Aquel lastimoso y delgado cuerpo del otro lado de la charca rodó sobre la orilla con horrible lentitud.

Lancé un gemido, y la débil luz que llenaba la enorme cámara adquirió un color rojo. Sobre los cuerpos que seguían cojeando en nuestra dirección, los gusanos blancos empezaron a hincharse, tan rojos ahora como la luz. A nuestro alrededor, todos los muertos empezaron a gemir.

Dos de ellos se destacaron de la suplicante multitud y se plantaron ante nosotros. Vi unos cabellos ásperos y rojos, y entonces reconocí la cara de la periodista que había estado conmigo junto al cadáver de Johnny Sayre: Sarah Spry. Había conseguido abrir un ojo, dando a su cara un aire de pirata tuerto.

—Marchaos, renunciad —dijo, y su voz era un áspero murmullo—. Ya os habéis ido, tenéis que renunciar. Estáis muertos, Graham.

El hombre que estaba plantado al otro lado de Sarah, como aturdido, abrió de pronto los dos ojos y chilló:

—¡MUERTOS! ¡MUERTOS! Algo gordo y blanco cayó sobre Patsy desde arriba, haciéndola caer al suelo. A Richard y a mí nos sorprendió tanto este súbito ataque que nos quedamos como petrificados durante lo que pareció varios minutos.

Yo empezaba a darme cuenta de que lo que había caído sobre Patsy, era el cuerpo de un hombre, y no uno de los hinchados gusanos, cuando ella empezó a gritar. Patsy trató de ponerse en pie, y el muerto caído sobre ella levantó los puños y la golpeó, haciéndola caer de nuevo. Su cuerpo había sido roído y devorado a medias, y sus nalgas eran sólo jirones de tejido blanco. Patsy volvió a chillar. Traté de apartar al hombre tirando de sus hombros, pero era como tratar de mover una estatua de cemento. Él volvió la cabeza e hizo una mueca, y vi que era Archie Monaghan, el abogado que se había hecho famoso en el campo de golf. Estaba tratando de matar a Patsy, y yo no podía impedirselo. Le agarré las orejas y traté de apartarlo. Después empecé a golpearle el lado de la cabeza. Patsy se retorció frenéticamente en el suelo.

—Apártate, Graham —gritó Richard—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿Eh?

Por fin vi que Richard apuntaba la escopeta al mismo lado de la cabeza de Archie Monaghan que yo había tratado de machacar.

—¡Apártate! —gritó, y me eché atrás.

Richard apoyó la «Purdy» en la sien de Archie y apretó los dos gatillos.

La cabeza de Archie quedó hecha añicos. Tejidos blancos y grises, así como astillas de hueso blancas cayeron sobre la espumosa superficie de la charca. El resto

de Archie Monaghan permaneció en pie menos tiempo del que tardó en apagarse el estampido. Cayó de lado, lejos de Patsy, como un cangrejo muerto. La escopeta relució débilmente en la mano de Richard.

Ambos estiramos los brazos para ayudar a Patsy, y ella asió nuestras manos extendidas. A nuestro alrededor, menguaba la luz y se convertía en una oscuridad rojiza.

Patsy se puso en pie y permaneció un segundo abrazada a los dos.

—Tenemos que correr —dijo Richard.

El último cadáver que vi antes de que se extinguiese del todo la luz y volviésemos a nuestro túnel era el de un niño pálido cuyo cuerpo estaba manchado de barro. Unas algas pendían de su cara como una corona marchita, y estaba sollozando. Bajé la cabeza y pasé rápidamente por delante de él. La compasión por otro muchacho no nos devolvería a Tabby Smithfield.

Al cabo de unos minutos volvimos a hallarnos en un lugar más estrecho, y las paredes se acercaron aún más, y Patsy y Richard caminaron delante de mí. El paso de Patsy era rápido y firme, pero yo podía ver que sus manos temblaban. El olor del túnel era aún peor que antes, y unas llamas rojas brillaban aquí y allá, alimentadas por los gases. La puerta del sótano de Krell nos había conducido a las entrañas del mundo... y también a las entrañas del espejo. Yo sabía que nos llevaría indefectiblemente a Gideon Winter; y los tres sabíamos que ahora le tocaba a Richard.

## SEIS: KENDALL POINT

### 1

El sentido de orientación de Richard Allbee, siempre infalible, había sorprendido a su propio dueño al funcionar bajo tierra. Después de abandonar el sótano de Bates Krell, había seguido la pared del Norte y torcido hacia el Este, y ahora seguían en dirección Nordeste. Pensó que esta ruta los llevaba a Kendall Point: el campo de enterramiento de Gideon Winter parecía ser el lugar inevitable para su definitivo enfrentamiento. Richard no quería demostrarlo, pero le preocupaba que sus amigos no estuviesen preparados para este encuentro.

Tanto Graham Williams como Patsy McCloud parecían medio aturridos por lo que les había sucedido; buena parte de su estupor se debía a la visión de Tabby, evidentemente muerto, emergiendo de la hedionda charca. Ni Graham ni Patsy habrían sobrevivido en el túnel de no haber sido por la actuación de Richard; después de caer el pálido cadáver sobre Patsy, el aturdimiento de Graham había sido tan grande que sólo le había permitido golpear a aquél en la cabeza. Evidentemente, Winter le reservaba alguna tortura especial, pensó Richard, algún espectáculo peor que el de la «Gran Central» de los muertos de la que acababan de escapar; y se preguntaba si Patsy, en particular, sería capaz de actuar rápida y lógicamente. Patsy, que caminaba a su lado, manteniendo el paso, miraba a Richard como si necesitase de toda su energía para no desmayarse.

Pasara lo que pasara, pensó Richard, tendría que valerse por sí solo para salvarse. Y, al mismo tiempo, tendría que proteger a Patsy y a Graham, para que éstos no cayesen en la trampa.

Delante de ellos había aparecido una luz débil, y Richard sintió que, involuntariamente, sus músculos se ponían rígidos. Su ordalía, fuese la que fuese, estaba allí, y Richard se debatió ante la alternativa de volver por donde habían venido o correr hacia delante para acabar cuanto antes. Siguió andando, y la luz, juguetona, se alejó.

Sus testículos parecían haberse congelado y reducido al tamaño de los de un niño. Patsy apoyó una mano en su brazo.

A cada paso que daban, retrocedía la luz, sin cambiar nunca su intensidad, no más fuerte que la de una lámpara de mesita de noche en la habitación de un niño. Richard apretó el brazo de Patsy contra su cuerpo; su corazón pareció dar tumbos dentro de su pecho.



Avanzó otro paso, y la pálida luz retrocedió de nuevo. Se preguntó qué ocurriría si disparaba contra ella. Patsy y él dieron otro paso juntos, y la movediza luz retrocedió una vez más.

Entonces, de pronto, aquella luz, sin estar más cerca le resultó familiar. La conocía. La había visto en alguna parte, pero sin fijarse en ella: era algo referente a su trabajo, un elemento de un escenario.

Exacto.

Sabía lo que era, y al avanzar de nuevo Patsy y él, la luz ya no retrocedió. Dieron otro paso y Graham los siguió en el discretamente alterado espacio. «Un escenario —pensó Richard—. ¿Qué otra cosa podía ser?» Las paredes del túnel se habían ensanchado y aparecían con más detalle. Había objetos envueltos en sombra a su alrededor. A pocos palmos de la pálida luz —era, en efecto, una lámpara de mesita de noche infantil—, un gallardete triangular celebraba a ARHOOLIE.

Vio sus largos esquíes apoyados en la pared junto al armario ropero.

La luz se difundía en el dormitorio, dando realidad indiscutible a su infantil contenido. Si daba una patada a aquella silla, se haría daño en el pie. Si arrojaba los esquíes por la ventana, caerían en un jardín real. Richard oyó ruido abajo: eran los operarios y los hombres de las cámaras que se movían de un lado a otro; todos los que habían constituido su verdadera familia durante aquellos años. De algún lugar más próximo, llegó el zumbido cansado y estival de un par de moscas.

Un momento antes que los otros, Richard vio los cuerpos destrozados sobre la cama de Spunky Jameson. Las moscas que habían oído corrían sobre ellos, se elevaban y se posaban de nuevo. Era casi imposible reconocer a Tabby y a Laura. Desnudos, yaciendo de costado y enfrentados como dos amantes, su esposa y el muchacho aparecían llenos de cortes y de heridas, despellejados, pisoteados, aplastados. Sus caras habían sido casi arrancadas del cráneo. ¿Podrían Graham y Patsy soportar esta horrible visión de Tabby? Richard se volvió, pensando que quizá debería taparles los ojos con las manos; pero ellos lo habían visto ya y se hacían la misma pregunta acerca de él.

—¡Oh, Richard! —exclamó Patsy.

Y Richard advirtió que estaba más preocupada por él que por ella misma.

Entonces, un gato gris avanzó hacia ellos sobre la alfombra, y Richard sintió que todos sus músculos se ponían rígidos de nuevo. El gato se detuvo a tres o cuatro palmos de Richard y Patsy, y se sentó, mirándolos sin pestañear. Un segundo más tarde, Billy Bentley entró también, viniendo de ninguna parte.

## 2

Richard se apartó de Patsy y desafió la cara burlona y picada de viruelas de Billy.

—Tú eres Gideon Winter —dijo.

La cara sombría de Billy esbozó otra sonrisa divertida.

—No, no lo soy. Ya lo verás, hermano.

—Queremos a Tabby Smithfield —dijo Richard—. No me importa quién seas o lo que seas, pero quiero que saques a Tabby del maldito agujero en que se encuentra y lo traigas aquí.

Billy arqueó las cejas.

—Vivo o muerto —dijo Richard—. Devuélvenoslo.

—¿Como te devolví a tu sexy esposa? —preguntó Billy—. Supongo que te gustó.

El gato abrió la boca y rió con risa de mujer.

Algo golpeó el suelo delante de Billy; el gato dio un salto y se alejó corriendo, y un modelo de avión dio otra voltereta y se detuvo. Graham se plantó al lado de Richard, cerrando con fuerza los ojos. La vieja «Purdy» tembló en las manos de Richard.

Billy Bentley levantó los brazos con cómico espanto.

—¡Piedad! ¡No seas violento!

—Queremos el cuerpo de Tabby —dijo Richard.

—Está bien, tomadlo. Te daré dos por el precio de uno, Spunks; harás un buen negocio. —Inclinó la cabeza y señaló magnánimamente los cadáveres de encima de la cama—. Pero antes de irte, queremos presentarte a alguien. Alguien a quien *quieres* conocer, Spunks... No te engañe, hombre. Es verdad.

—No sé... —empezó a decir Richard.

Pero el espacio que le rodeaba estaba cambiando de una manera que ahora le resultaba ya familiar, elevándose y alargándose, y comprendió que lo que él quisiese o no quisiera carecía de importancia.

Muy apartados a uno de sus lados, bajo un teatral chorro de luz, un hombre y una mujer estaban sentados a la mesa del comedor de Jameson. Ambos le miraban cariñosamente, y aunque trató de resistirlo, Richard se sintió conmovido por la sinceridad de aquel afecto. La emoción era real, aunque no lo fuese todo lo demás. Ruth Branden, la mujer sentada a la mesa, le había querido de verdad. Durante un rato, Richard contempló a la mujer: era la primera vez que veía una Ruth Branden viva, desde que él tenía catorce o quince años. La temprana muerte de ella le había privado de conocer a su «madre» como adulto. A los catorce años, Richard había estado enamorado de Ruth Branden, y ahora comprendía perfectamente la razón: era una mujer muy hermosa, y la mitad de su belleza estaba en la inteligencia y la generosidad que brillaban en su rostro. Era una belleza del alma, imposible de ocultarse o falsearse. *El Dragón* había hecho un buen trabajo.

El hombre sentado frente a Ruth era un desconocido para Richard, pero demostraba también la excelencia de aquel trabajo, y aún lo demostraba de un modo más concluyente, puesto que aquel hombre bajo y rechoncho era sólo un desconocido en el sentido más técnico de la palabra. Richard supo instintivamente —en su espina dorsal, en sus entrañas, en sus células— que era Michael Allbee, su progenitor. Michael Allbee tenía unas facciones amables aunque bastante confusas, y parecía un marino mercante o un poeta bohemio con muchas botellas en su historia.

Su padre le miraba con la mezcla adecuada de curiosidad, simpatía, regocijo y cansancio. Oh, sí, *el Dragón* había hecho perfectamente su trabajo; tan perfectamente que el chispeante personaje que Richard tenía delante ejerció un inmediato e ilógico poder sobre sus emociones. Richard luchó contra esto, comprendió muy bien lo que le sucedía; pero la visión de aquel truhán de cabellos grises sentado frente a Ruth Branden le produjo el efecto de un mazazo en la cabeza.

Incluso adivinó cuáles serían las primeras palabras de aquel hombre —estaban preordenadas—, pero también ellas le trastornaron.

Su padre se levantó y dio la vuelta a la mesa. Richard vio que tenía exactamente la misma estatura que él.

—Papá está aquí, Richard —dijo—. Papá está ahora aquí y todo irá bien. Quisiera que bajases esa estúpida escopeta. Está descargada, ¿verdad?

La pasión hirvió dentro de Richard con fuerza tan inmediata que hasta que oyó sus propios gritos no se dio cuenta de lo irritado que estaba y de lo que iba a decir.

—¡Tú me abandonaste! —exclamó—. ¡Te fuiste! ¡Maldito seas!

Y cuando hubo pronunciado estas palabras, no se arrepintió de haberlo hecho; el furor seguía latiendo en todo su sistema.

Su padre sonrió y dijo:

—Tienes mis genes, muchacho; llevas mucho de mí en tu interior. Esto es lo que cuenta. —Sus ojos brillaron—. Sea como fuere, volvemos a estar juntos.

Richard apartó la mirada de aquella cara burlona y cansada, y vio que Ruth Branden seguía sentada y le sonreía; pero no era más que un esqueleto con vestido casero y delantal escarolado. Sus lustrosos cabellos oscuros habían caído sobre sus hombros y sobre su falda. Mechones de ellos parecían puntear el suelo: comas y apostrofes de cabellos castaños oscuros.

Su padre y Billy Bentley se acercaban lentamente a él. Richard se dio cuenta de que sólo tenía diez años. Sus brazos y sus piernas eran delgados como palos, y tenía que levantar la cabeza para ver la cara de su padre.

—Baja ese trasto tan pesado, Spunks —dijo Billy—. ¿No lo has oído, muchacho? Hemos vuelto atrás... ¡Jesús! Hemos vuelto atrás. Ahora podremos seguir eternamente.

Richard sintió que Patsy y Graham tiraban de él, tratando de apartarlo de allí..., de despertarlo.

—Quiero a Tabby —dijo, pero la frase sonó con la voz aguda de un niño de diez años, sin consistencia alguna.

Trató de levantar la escopeta y apuntar, pero era demasiado pesada para él. Los cañones oscilaron y bajaron. ¿Estaba realmente descargada? Miró hacia arriba y vio que su padre avanzaba en su dirección, radiante, como si se sintiese de pronto orgulloso de su hijito.

—¡Qué diablos, Spunks! —murmuró Billy—. Ya sabes lo que ha sido de ese niño; lo has visto en la cama.

Richard sabía que Tabby estaba realmente muerto; estaba muerto y todo se había perdido. Sus brazos eran demasiado cortos para sostener la escopeta como era debido, y el retroceso le rompería el hombro.

—¿Y sabes otra cosa, Spunks? —siguió diciendo Billy—. Lo que has visto allí... es lo que habría debido sucederte a ti, en Providence. Pero te largaste, y tuve que sustituirte por tu esposa. ¡Qué vergüenza, Spunks!

La habitación se balanceó y giró, y el chiquillo que era Richard Allbee vaciló perdiendo el equilibrio; se había doblado el peso que tenía en los brazos. El eje que formaba con su cuerpo, la resistencia que daba a sus músculos, su densidad, todo había pasado imperceptiblemente a una nueva dimensión, y, al ascender y girar la habitación, a punto estuvo de caer al suelo.

—¿No lo crees? —murmuró Billy Bentley, inclinándose más sobre Richard con su cara de buen conocedor.

Richard trató de clavar su espada en la picada mejilla de Billy, pero éste la esquivó echándose atrás.

Era una espada: blandía una brillante espada de doble filo, dos veces más pesada que la «Purdy», y lo había comprendido de algún modo antes de saberlo.

—¡Oh! Eso no te servirá —dijo su padre, con voz serena y amable—. Es muy pesada. —Al inclinarse sobre él, la cara de Michael Allbee pareció alargarse, y su pecho se hizo más largo y más delgado—. Pienso que ese viejo trasto es demasiado pesado para un chiquillo.

El pesado metal era como hielo en la mano de Richard, tan frío que le quemaba los dedos y chamuscaba la piel que lo tocaba. Richard gimió al caer la espada de sus manos y resonar en el suelo, Michael Allbee, en medio de una gozosa transformación, estiró los brazos hacia él.

Richard lanzó un grito inarticulado, y la pistolita de Patsy McCloud, sostenida por ésta, apareció al lado de su cabeza. Richard comprendió, como si lo viese en movimiento retardado, que Patsy iba a disparar contra su padre. ¿Daría resultado? Vio que el dedo índice de Patsy apretaba despacio el gatillo.

La explosión pareció haberse producido dentro de su cabeza.

Un agujero apareció súbitamente en mitad del pecho de Michael Allbee.. Richard supo que Patsy lo había salvado, y al ver surgir una llama y una voluta de humo de aquel agujero, supo también que se había convertido de nuevo en adulto. Volvía a tener su propia estatura. Unas moscas irritadas brotaron del pecho de su padre. Otra voluta de humo las persiguió.

Su padre chilló de dolor y de rabia. Richard se agachó para recoger la escopeta. Al cerrar la mano sobre la empuñadura, vio que Michael Allbee se había convertido en una alta columna de sangre, por un momento intacta en el aire encima de ellos. Entonces la torre de sangre se desintegró sobre ellos, empapando al instante sus ropas y su piel, resbalando por su cuello, quemando dolorosamente sus ojos y sus bocas...

...sensaciones que cesaron casi con tanta rapidez como habían empezado. Cuando Richard abrió los ojos, vio que Patsy McCloud lo miraba enloquecida al bajar la mano de sus ojos. Detrás de Patsy, una docena de abetos blancos extendían largas y plumosas ramas en el aire gris. El mar susurraba contra una playa pedregosa casi visible detrás de los árboles; marea alta. Richard estaba de pie a medias sobre una enorme roca gris y una capa de hierbajos amarillos. Bajó de la roca. Patsy miraba ahora, pasmada, la pistola que tenía en la mano; después la arrojó a un pedregoso montículo de tierra, y la pequeña «22» cayó entre unas matas de ortigas y bardanas. Richard se volvió en redondo: el aire fresco era como algo deliciosamente vivo sobre su piel, en movimiento, con perfumes de agua salada y de lozana vegetación. Cardos y hierbas húmedas se adherían a sus pantalones, y tallos sin cabeza pendían de los cordones de sus zapatos.

Al volverse, vio que detrás de él había un corte profundo en la tierra, demasiado hondo para que pudiese verse lo que había en el fondo de las herbosas paredes. Aunque debía hallarse bastante alejado en la tierra que conducía a este promontorio, vieron un largo edificio blanco con una desmesurada ventana correspondiente al bar. Un rótulo anunciador de una cerveza resplandecía en una ventana del piso alto.

Graham Williams estaba sentado con la espalda apoyada en una raíz del tamaño de un taxi, que había brotado del suelo y se había hundido de nuevo en él. La llamativa ropa de Graham estaba sucia de barro, y el agua había ennegrecido las vueltas de su pantalón.

Richard miró más allá de Patsy los abetos blancos que bajaban suavemente los brazos como en un ademán de rendición. Entre ellos, el Sound centelleaba al romper sobre la playa pedregosa.

—Estamos en Kendall Point —dijo.

—Y algo más —dijo Graham, respirando con fatiga—. En el lugar preciso. Y él está aquí. ¿No lo *sentís*? Gideon Winter tiene a Tabby, y está aquí. Esperándonos.

Patsy dijo con voz monótona:

—Tabby está muerto.

—No puedo creerlo —dijo Graham—. Winter quiere que los cuatro muramos juntos..., creo que se sentiría realmente satisfecho si lo consiguiese. Por eso estamos aquí, ¿no?

—Sí —dijo Richard—. Supongo que sí.

Graham apoyó los hombros en la monstruosa raíz que tenía detrás.

—Bueno, ojalá salga y ponga manos a la obra. —Miró a un lado y otro como si esperase que Gideon Winter saliese del Sound y se acercase a él—. Empiezo a tenerle menos respeto que antes. Sólo emplea lo que nosotros le damos, ¿lo habéis advertido? No sabe nada, salvo lo que nosotros le decimos. Está claro. Patsy ve personas muertas, y él le muestra una especie de «Waldorf Astoria» de difuntos. Tú, y *Papá está aquí*. A pesar de todo su poder, parece tener limitaciones, ¿no?

—¿Limitaciones? ¿Es esto lo que crees?

La voz vino de detrás de Patsy, de entre los altos abetos. No era una voz humana, pensó Richard, no lo era en absoluto. Demasiado gruesa, demasiado untuosa, y tan fuerte que parecía transmitida por un micrófono a un altavoz.

—Mis queridos hijos. Todavía no conocéis al verdadero Gideon Winter.

Graham se había puesto en pie en cuanto había oído las primeras palabras, y Patsy, Richard y él miraban ahora una enorme forma oscura que yacía tranquilamente a la sombra del abeto más alto. Entonces la forma se levantó, y vieron aquel ser que les había hablado.

¿Era de veras? ¿Podía ocurrir una cosa así? Era tan inverosímil como todo lo demás que les había sucedido; pero los tres estaban en un sitio real, en la mitad de un día real. Primero vieron su cara, de tamaño al menos doble del de un rostro humano, y de facciones grotescamente exageradas. A escala humana, estas facciones habrían parecido casi hermosas; pero, tan grandes, parecían la viva imagen de la maldad. Las orejas eran largas y colgantes; los ojos negros y brillantes; la nariz, firme y aguileña; el mentón, fuerte y puntiagudo. Una lengua larga y carnosa lamía los torcidos labios.

Aquella criatura avanzó, envuelta en un olor a excrementos, a sudor y a piel sucia. Debajo de la cintura, arrancaban unas ancas y unas patas de macho cabrío. El monstruo transportaba el cuerpo de Tabby Smithfield sobre un hombro. Se echó a reír al ver la expresión de sus semblantes; después se irguió y levantó una pata. Un chorro espeso de líquido humeante cayó sobre el suelo y formó riachuelos entre la hierba seca. Una profusión de diminutos y activos bichitos nadaban en los orines de la criatura; pero Richard no quiso mirarlos..., no podía apartar los ojos del cuerpo de Tabby.

Al lado de Richard, Patsy McCloud transmitió desesperadamente una llamada (*¡Tabby! ¡Tabby!*) y sólo le respondió el vacío frío y muerto-que ambos esperaban y temían.

—¡DÁNOSLO! —rugió de pronto Graham.

La diabólica criatura miró de soslayo a Graham, levantó a Tabby de su hombro y sólo necesitó emplear una mano para arrojar el flaccido cuerpo del muchacho sobre un montón de tierra que había a su lado.

—Lo que tú mandes —se burló el demonio, y empezó a andar hacia ellos.

Inmediatamente se hizo de nuevo la oscuridad, como cuando habían puesto los pies en Poor Fox Road. La criatura que se acercaba a ellos rió entre dientes, y Graham, Patsy y Richard, se dirigieron tambaleándose hacia el sitio donde se hallaba el inerte Tabby. A un lado, el agua se elevaba en grandes olas y rompía sobre la playa pedregosa de Kendall Point. La enorme y estrafalaria forma del diablo quedó atrás, recortándose a la luz de la luna que fluía en todas partes. Richard hurgó en los bolsillos de su chaqueta en busca de cartuchos, pero se encontró con que no le quedaba ninguno: sin duda los había perdido en algún lugar del túnel. Confiando en la magia y en lo que le había ocurrido al enfrentarse con Billy Bentley, levantó la «Purdy». Pero la «Purdy» se negó tercamente a convertirse en un cuchillo de Boy Scout, y mucho menos en una espada.

Patsy y Graham se arrodillaron junto a Tabby. Delicadamente, Graham se cargó al muchacho al hombro.

Cuando Patsy repitió su intento, oyó un débil

(...)

—¡Dios mío! Está vivo —murmuró Patsy tan rápidamente que pareció una sola palabra.

Después sollozó blandamente, tontamente..., produciendo un sonido de confusa emoción.

—Claro que está vivo —dijo Graham, pero sus ojos también estaban húmedos.

—Mirad —dijo vivamente Richard—. Mirad eso.

La pesada silueta de la criatura se estaba transformando a la luz de la luna. El cabrío cuerpo crecía, se estiraba; lo que parecía una gruesa cola restalló entre las oscuras matas. Incluso Patsy miró hacia arriba, después de oír otro soplo de vida de Tabby, y vio momentáneamente a la criatura a la luz de la luna, al empezar a sumergirse en la profunda grieta del borde interior de la Punta. Una cabeza de mandíbula larga y mortífera, con afiladas púas a lo largo del morro de reptil, y ojos malignos incrustados en hueso..., la misma cabeza que había visto surgir de *la Historia de Patchin* de Dorothy Bach, en el cuarto de estar de Graham.

(dragón? ¿Qué... dragón? ¡Patsy!)

El pecho de Tabby se dilató al aspirar aire el muchacho, y sus párpados se abrieron en una rendija tan pequeña que sólo Patsy la advirtió.

(¿qué... qué?)

—Un dragón —dijo Richard, como si hubiese oído los mensajes dirigidos a Patsy McCloud—. ¿Qué diablos...?

Uno de los grandes abetos se derrumbó detrás de ellos; el tronco se partió como tronchado por la mano de un gigante invisible. Cuando el árbol chocó contra el suelo, pareció que la tierra saltaba.

—Marchémonos de aquí —dijo Richard.

La tierra tembló al derrumbarse otro abeto. Richard se arrodilló y pasó los brazos por debajo de Tabby; cobró aliento; levantó al muchacho.

—¡Huy! —exclamó Tabby.

Una ancha grieta se abrió en el suelo, anunciándose primero con un rumor de tierra suelta cayendo en la abertura y después con el chasquido de raíces al quebrarse, y Richard vio la redonda copa de un rododendro silvestre inclinarse a cinco metros de él y rodar por una abrupta pendiente... «¡Salta!», gritó Graham detrás de él, y por fin comprendió lo que ocurría, un instante antes de que la tierra se abriese a sus pies. Sosteniendo a Tabby en sus brazos, se agachó y dio el salto más largo de su vida.

Sus pies tocaron tierra sólida, pero había perdido el equilibrio al iniciar el salto. Se tambaleó y cayó de bruces, con Tabby, sobre un suelo rocoso. Volvió la cabeza y vio que la grieta se tragaba los dos abetos caídos. Una gruesa raíz cayó detrás de los troncos cortados.

Tabby murmuró:

—¿Tratas de matarme, Richard?

Richard le estrechó más fuerte.

De la profunda grieta abierta delante de ellos brotó una lengua de llamas que se extendió entre las altas hierbas, quemando todo lo que tocaba. Tabby había cerrado de nuevo los ojos, pero estiró el cuerpo como un bebé en la cuna, apoyando la cabeza en el pecho de Richard.

Éste oyó un ruido que se acercaba a él, y vio a Patsy y a Graham deslizándose en la oscuridad y evitando las múltiples y pequeñas fogatas provocadas por el último aliento del Dragón. Graham se sentó a su lado y Patsy tomó a Tabby de sus brazos y lo acomodó en los suyos. Algo frío y duro tocó la palma de la mano de Richard, y, al apartar la mirada del laxo rostro de Tabby, vio que Graham le había devuelto la escopeta.

—No sé qué decirte —dijo el viejo—. Pero ya sabes lo que tenemos que hacer si queremos salir de aquí con vida.

—Sí, lo sé —dijo Richard, consciente de su impotencia—. Tenemos que matar a esa cosa. Tenemos que bajar a la hondonada y destruir al Dragón. Pero ¿cómo diablos vamos a hacerlo?

—Eso te pregunto yo —dijo Graham.

Richard pensó en levantarse y dirigirse a la pequeña quebrada del *Dragón*, blandiendo su escopeta. Pero no viviría más de cinco segundos. *El Dragón* le echaría su aliento, y su piel se volvería roja y después negra, y arderían sus cabellos y reventarían sus ojos, y antes de caer al suelo no sería más que una corteza. Y después saldría *el Dragón* y haría lo mismo con Patsy, Graham y Tabby. «Un buen material para interesantes artículos necrológicos en el New York Times», pensó Richard, salvo que nadie del Times-se enteraría nunca.

—Estoy dispuesto a hacerlo —dijo Richard—, pero quiero saber cómo.

Graham asintió con la cabeza.

—¡Maldición! —exclamó Richard. Y después—: ¿Cómo está Tabby?

Patsy lo estaba meciendo sobre su pecho.

—Está mejor.

Richard vio que una sonrisa iluminaba el semblante de ella y, por un instante, tuvo celos de Tabby Smithfield..., le habría gustado estar él en aquellos brazos y haber provocado aquella sonrisa. Patsy le miró, pestañeando, y él sintió una complicada mezcla de diversión y contrariedad y satisfacción, y se preguntó si ella habría recibido sus sentimientos de la misma manera que podía percibir los del muchacho. Patsy había vuelto a mirar a Tabby con una lentitud casi deliberada.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Richard.

El murciélago de fuego se cernió de nuevo en el aire, incendiando un abeto.

—Creo que no es conveniente que Tabby esté dormido —dijo Richard.

—Probaré una cosa —dijo Patsy—. Le pediré que cante.

—¿Que cante? Que cante, ¿qué? —preguntó Graham.

—Cualquier cosa que se le ocurra.

El abeto ardiente chasqueaba y silbaba detrás de ellos.

—¿Por qué no? —preguntó Richard. Casi podía captar la canción inaudible y familiar, y, por un instante inexplicable, sintió el peso de la espada de doble filo sobre sus músculos—. Sí, prueba —dijo—. Prueba, Patsy.



Patsy acercó la boca al oído de Tabby y murmuró:

—Cántanos algo, Tabby. Canta la primera canción que se te ocurra... Nosotros te ayudaremos.

—Que Dios nos ampare si es una pieza de *rock and roll* —dijo Graham.

La imagen de Tabby Smithfield cantando y de todos ellos haciéndole coro resonó en su mente con la misteriosa claridad que había sentido un momento antes. Graham le miró de un modo extraño, pero no añadió más.

—Cántanos una canción, Tabby —susurró de nuevo Patsy.

Entonces, según les dijo Tabby más tarde, el muchacho rebuscó en su memoria y encontró algo: una vieja canción infantil de la casa de Mount Avenue. Era una canción que solía cantarle su madre, mucho antes de que ocurriese nada malo, cuando era un chiquitín con una linda mamá y un papá que jugaba al tenis y un abuelo que lo quería mucho. No se le ocurrió que la canción pudiese tener alguna significación para Richard Allbee. Había vuelto a la casa: de su abuelo.

Débilmente al principio, y después con un poco más de fuerza, Tabby cantó *When the red, red robin goes bob, bob, bobbing along*. (Cuando el rojo petirrojo llegue dando saltitos.)

Richard se quedó boquiabierto mirando al muchacho: era la canción no escuchada.

—No habrá sollozos cuando empiece a cantar su vieja canción —cantó sorprendentemente Graham, con destemplada voz de bajo.

La escopeta que descansaba en los brazos de Richard empezó a temblar súbitamente, con el frenesí de un faisán levantando el vuelo desde un refugio, y él lo apretó con los dedos para que se estuviera quieta.

—Despierta, despierta, dormilón —cantó Patsy, uniéndose a los otros dos.

Richard no había oído nunca la letra de esta canción, durante todos sus años en *Papá está aquí*. Por consiguiente, cuando se incorporó al coro, dijo: *Alégrate, alégrate, alégrate, el sol está rojo*, aludiendo inconscientemente a Poor Fox Road.

La escopeta resplandeció de pronto con una luz blanca.

—Eres un genio —dijo Richard a Patsy—. ¿Qué te hizo pensar...?

—Habría podido ser cualquier cosa, cualquier cosa —dijo Graham—. La cuestión es que lo hagamos juntos los cuatro.

—Bueno, sigamos —dijo Patsy—. ¡Tabby! ¡Más fuerte esta vez!

Y los cuatro, agrupados, cantaron otra vez la estrofa, recordando añadir esta vez un verso olvidado.

Cuando el rojo petirrojo llega dando saltitos,  
No habrá más sollozos cuando empiece a cantar su vieja y dulce canción.  
Despierta, despierta, dormilón,  
Levántate, levántate de la cama,  
Alégrate, alégrate, alégrate, el sol está rojo...

Richard se levantó oyendo cantar todavía las palabras en su mente. Sostenía una larga espada de doble filo, aunque no había tenido conciencia de ninguna

transformación, ni de un momento concreto en que el objeto que tenía en las manos hubiese dejado de ser una escopeta. Tenía la boca muy seca. «Dormilón», se dijo en voz alta, sin saber por qué. Las voces de los otros rompieron a cantar de nuevo la canción, y después se extinguieron. Un enorme y pesado cuerpo paseaba arriba y abajo en la quebrada, incansable como el perro gigante del jardín de Graham... Richard avanzó en su dirección, con los aires de un hombre mucho más valiente que él.

Detrás de él, sólo Patsy cantó: Patán, patán, patán, / Ahora camino a través / De campos floridos: / Puede brillar la lluvia, / Pero yo sigo escuchando, / Durante horas y más horas...

El propio vallecico se había alterado, y el lugar donde estaba tan profundamente oculto *el Dragón* parecía ahora un arco dentro de la tierra, una caverna frondosa. Richard confió en que algunos de ellos saliesen vivos de Kendall Point.

Vuelvo a ser un niño, cantaron Patsy y Tabby, Volviendo a hacer lo que hice, Cantando una canción.

#### 4

Sin dejar de cantar, Patsy se levantó y observó cómo se acercaba Richard a la grieta de la tierra que se había convertido en guarida del *Dragón*. Caminaba él con una especie de aplomo natural que Patsy encontró muy conmovedor: igual habría podido ir él a comprobar el comedero de un pájaro. Si Richard Allbee tuviese que subir al cadalso, sin duda lo haría con esta misma visible e inconsciente confianza. Ella sabía que no miraría atrás al pasar entre las dos grandes piedras que se alzaban en el borde de la garganta y parecían marcar la entrada de la caverna, y no miró. Richard pasó entre aquellas piedras tan altas como hombres como si no las viese, y empezó a bajar la pendiente. Inesperadamente, Patsy oyó que la mente de Richard hablaba a la suya... como le había parecido oír anteriormente, cuando ella mecía a Tabby en sus brazos. Richard quería volverse y mirarlos una vez más: era esto lo que Patsy oía, y sólo la presencia de Tabby a su lado hizo que contuviese sus ganas de llorar.

Se concentró en la canción. Tenía ahora tanto miedo por Richard, tanto miedo por todos ellos, que cantar era para ella un remedio necesario. Había logradocontener el llanto, pero no podía abstenerse de temblar. También su mente parecía fuera de control. Desde que había rozado los pensamientos de Richard, sentía que su mente se doblegaba de un modo alarmante..., como si un nuevo color pasara por ella, y le asustaba esta sensación.

Pasó un brazo sobre los hombros de Tabby. La espada que blandía Richard centelleó al hundirse con él en aquella profunda y frondosa oscuridad. Oyó la voz cascada de Graham Williams cantando *Levántate, levántate, levántate de la cama*, una

voz monótona que era medio susurro y medio pensamiento. Patsy tembló violentamente y sintió que se le ponía la piel de gallina en los brazos.

...el sol está rojo...

(el sol está rojo)

—No puedo aguantar esto —dijo Tabby.

Ella alzó la cabeza y advirtió que lo que había tomado por dos lunas era en realidad el sol y la luna..., rojo aquél y blanca ésta. La boca abierta, roja y grande, quería devorarlos.

(¡Vive, ama, ríe y sé feliz!)

y arrancarles del mundo para siempre.

—Iré con él —dijo Tabby—. No puedo estarme aquí plantado.

—Todavía estás muy débil, muchacho —dijo Graham.

—Estoy bien —dijo Tabby, escurriéndose por debajo del brazo de Patsy—. Voy a bajar con Richard.

Avanzó unos pasos y se volvió a mirar a Patsy.

(¡tengo que hacerlo!)

(¡oh, Tabby!)

Tabby siguió andando hacia las piedras. Gruñidos y rugidos salían de la caverna. ¿Acaso no les había avisado *el Dragón*, aquella primera noche en casa de Graham, que no debían llevar las cosas tan lejos? Patsy dirigió una mirada angustiada a Graham.

—Tengo que ir con él —dijo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla inmediatamente; cualquier cosa que dijese sería mera repetición. Haciendo un gran esfuerzo, se apartó del bulto protector de Graham. Después del primer paso, pudo correr.

—¡Maldita sea! —exclamó Graham—. Creo que voy a unirme al grupo. Pero no esperes que corra.

Tabby se detuvo, se metió las manos en los bolsillos y esperó. Patsy dejó de correr y, cuando Graham la alcanzó, los dos se acercaron a la delgada figura de Tabby en la oscuridad.

—Bravo —dijo Tabby.

Una ola de calor cayó sobre ellos al acercarse a las rocas. Patsy apoyó la mano en una de ellas para mirar hacia abajo y sintió el calor que brotaba de la piedra. La mitad de la pendiente que llevaba a la entrada de la cueva estaba en llamas. Todos los pequeños arbustos estaban ardiendo, y la propia tierra aparecía chamuscada en algunos lugares. Richard Allbee era vagamente visible a un buen trecho cuesta abajo, tanteando el camino entre el fuego para llegar al fondo.

Un humo pálido brotaba de la caverna. Patsy vio que Richard vacilaba un segundo y seguía andando después hacia las rocas planas.

Tabby saltó sobre el borde y resbaló un par de metros, enviando una cascada de chinasy de tierra suelta sobre un ancho cinturón de llamas. Graham siguió inmediatamente al chico, con mucha más lentitud y asegurándose de afirmar sólidamente ambos pies antes de seguir bajando de costado.

Patsy se volvió de lado y dio un paso cuidadoso sobre el borde. Extendiendo los brazos para conservar el equilibrio, hincó el pie izquierdo en la pendiente y bajó el derecho un par de palmos. Unas piedras sueltas rodaron debajo de su zapato, y se tambaleó. Entonces advirtió que la nube de humo que había salido de la cueva no se alejaba ni se disipaba, sino que ascendía recta, como si lo hiciese adrede, como si tuviese mente propia. Cuando alcanzó el borde superior de la caverna, Patsy dio otro medio paso hacia abajo, temblando como si soprase un viento helado.

(¡*Maldición!*!) oyó que pensaba Graham al fallarle momentáneamente un pie y resbalar con una lluvia de tierra.

Dentro de la nube estacionaria, se movió algo enorme y de muchos brazos, empujando masas y jirones de aquel pálido humo. Aquella cosa se agitaba y zumbaba dentro de la nube, queriendo salir de su prisión. Cuando Patsy abrió la boca para llamar a los otros, la nube se deshizo y apareció otra más oscura en su lugar, que estalló en súbito movimiento. Partículas del tamaño de petirrojos giraban alejándose, se agrupaban de nuevo y volvían a separarse. No una criatura, sino muchas, estaban atrapadas en la nube. Patsy vio unas alas correosas y se estremeció, pensando que aquellas criaturas eran murciélagos. Un ruidoso grupo de ellas se arremolinó sobre una piedra plana del tamaño de un perro de pastor, y una corriente de fuego fluyó inmediatamente sobre la piedra, formando un arroyo de un líquido amarillo que cubrió el lado de aquella y empezó a deslizarse hacia el fondo entre los pedruscos. Al volar las criaturas junto a la pendiente, Patsy vio sus diminutas bocas y sus cuellos largos de reptil. Pequeños dragones... No eran murciélagos, sino pequeños dragones.

(*Todo irá bien*), le transmitió Tabby.

(Procura no morir por segunda vez, amigo.)

Entonces se dio cuenta de que parte de su temblor no era debido al miedo..., era el efecto de su alivio al ver que Tabby había sobrevivido a su secuestro por Gideon Winter. Sin darse plena cuenta de ello, había compartido los pensamientos de Tabby desde que éste había abierto los ojos: no sólo los mensajes que él le había enviado, sino todos sus pensamientos, cada destello que pasaba por su mente. Todas aquellas ideas que eran como pájaros habían alimentado su confianza; aunque habían sido silenciosas, casi inaudibles, su canto la había acercado más a Tabby.

En vez de dar una voz de alerta, Patsy empezó a cantar. Todas aquellas ideas como pájaros vibraron de nuevo en su mente, añadiendo otra franja de color (o al menos le daba esta impresión) a la primera. Empezó a cantar suavemente, insegura de sí misma: una parte de Patsy pensaba todavía que era una estupidez cantar en voz alta en una cuesta ardiente que conducía a la caverna de un dragón..., a la caverna inexistente de un dragón inexistente.

Y a fin de cuentas, ¿no era normal que, en semejante situación, mantuviesen las mujeres la boca cerrada y esperasen a ser rescatadas?

¿No era *exactamente* esto lo que había hecho durante casi todo su matrimonio, mes tras mes, desde que Les se había vuelto agrio e inseguro, envenenado por su propio éxito? ¿No había mantenido la boca cerrada, esperando que la rescatasen?

Un áspero, asustado, pero todavía tenaz retazo de pensamiento voló en su dirección, y reconoció en él la contextura, el color, el gusto de Graham Williams; o era inarticulado o no podía oír las palabras, pero éstas no le hacían falta para identificarlo.

Cuando el rojo petirrojo llega dando saltitos...

Su voz pura y aguda brotaba de ella y ascendía, más fuerte a cada palabra. Desde un par de metros más abajo, y tratando de no verse obligado a saltar en el aire, Graham Williams se volvió a mirarla, asombrado y, al principio, también furioso. Se había esforzado en hacer el menor ruido posible, pensando que, aparte de la espada, la sorpresa era la única arma que tenían. La canción de Patsy era como un anuncio a Gideon Winter de que los cuatro le esperaban en la boca de la cueva. *No habrá más sollozos cuando él empiece a cantar su vieja canción.* Entonces, al cobrar vigor la voz de Patsy, se sintió dominado por ella, casi como si aquella voz lo envolviese físicamente. Bajó fácilmente otros dos metros, moviendo las piernas como un joven de veinte años. Y empezó a murmurar la letra al mismo tiempo que Patsy, súbitamente seguro de que ella podía oírlo aunque, en realidad, sólo cantaba mentalmente.

Porque en aquel instante la sintió junto a él: sintió que, donde se hallaban, se derrumbaban todas las barreras de la edad y el sexo, de la fealdad y la belleza, de todas las lecciones contradictorias enseñadas por la experiencia.

Graham comprendió, incluso antes que la propia Patsy, que, hiciera lo que hiciera Richard con la espada, sería Patsy quien salvaría sus vidas. Se sentía vigorizado; en medio de su auténtico terror, lo que le enviaba Patsy, lo que le hacía Patsy, le fortalecía. Aunque sólo esbozaba las palabras, podía oír su propia y ronca voz cantando en su mente.

Y Patsy, encima de él, sabía todo lo que Graham acababa de experimentar.

(*Canta, Tabby, ¡canta!*) transmitió al muchacho, y pronto oyó las dos voces de él, la voz interior y la voz física, haciendo eco a su canción.

Ahora podía oírlos a todos en su mente: el canturreo nada musical de Graham, el ansioso pensamiento de Richard que había cogido el ritmo de su canción, y el de Tabby funcionaba en perfecta coincidencia con la suya. Como ella había sentido la impresión de fortalecimiento encontrada en Graham, Tabby la había sentido también.

Un grupo de pequeños dragones en formación que recordaba una cometa voló en dirección a ella, incendiando una franja de más de un metro de longitud en la pendiente, y se alejó de nuevo.

La canción no importaba, pensó Patsy; la canción era ridícula; el hecho de cantar era lo poderoso, y lanzó al aire las absolutamente inadecuadas palabras *Vive, ama, ríe y sé feliz*, Patsy bajó hasta la mitad de la pendiente, viendo cómo Richard se acercaba a la boca de la cueva, y por un instante pensó que empezaba a hallar la conclusión a que la habían estado impulsando su energía y sus dotes. Su personalidad se alargó y ensanchó casi físicamente dentro de ella. Sintió que la sangre subía a su cara, y se animó su corazón; lo que Graham Williams había creído ver en ella, fuese lo que fuere, y lo que le había dado a él aquel aumento de vigor, casi se manifestó visiblemente en ella.

Por un instante, Patsy se vio como una red tendida debajo de sus amigos: una Patsy gigantesca, dispuesta a cogerlos si se caían. Sus voces diferentes cantaron dentro de ella. Sintió que su rubor se hacía más febril... y entonces, en vez del olor a hierba quemada y a tierra tostada (un olor parecido al sabor del ginseng), y a humo, percibió un olor a pescado. El poderoso movimiento interior cesó de pronto, tan extrañamente como cesan las contracciones durante el parto.

Un hombre corpulento y desnudo, de barba negra, estaba plantado a su lado. Sonreía, pero su sonrisa no tenía nada de agradable. Patsy vio la larga cicatriz que le cruzaba el vientre de una cadera a otra. El concentrado olor a pescado brotaba de su piel, de sus poros. Bates Krell se acercó a Patsy. Ella sintió una morbosa ola de pasión, más fuerte que aquel olor, brotando de él: una pasión negra y retorcida, más fuerte a causa de su perversidad.

Detrás del cuerpo amenazador de Bates Krell, vio Patsy la cabeza cornuda del *Dragón* surgiendo de su cueva.

La sonrisa de Krell se hizo más auténtica y aún más desagradable. Sus ojos tenían un brillo negro; eran los mismos ojos, surcados de venas y de iridiscentes hilos verdes, que había visto salir de las páginas de un libro siguiendo a una espiga que se deshacía.

Entonces, un movimiento invisible causó un gran desplazamiento de aire, un río de fuego de un metro de anchura surcó el suelo delante de ella, y *el Dragón* de la caverna volvió la cabeza hacia ella. Bates Krell se había desvanecido en humo, y *el Dragón* que salía de la caverna miraba fijamente a Patsy con los ojos del pescador.

—Cuando el...

Las palabras se extinguieron en su boca, y las otras voces en su mente, que parecían aspectos de una sola voz, menguaron de intensidad. *El Dragón* se arrastró otro paso en dirección a Patsy, y de pronto pareció más grande.

—«¡Rojo!» —gritó Tabby—. «¡Rojo petirrojo!»

La voz grave y monótona de Graham medio gritó y medio cantó:

Llega dando saltitos...

Y oyó que Richard cantaba también, cantaba desesperadamente en su mente.

*El Dragón* volvió la cabeza, y un pequeño cuerpo alado cayó del cielo a los pies de Patsy. El minúsculo dragón plegó las alas y corrió unos centímetros cuesta abajo. No era mayor que un ratón. Patsy sintió náuseas, pero lo pisó. Las alas se estremecieron. Ella levantó el pie y pisó de nuevo el pequeño dragón, y sintió que reventaba como un escarabajo.

—¡No habrá más *sollozos*! —gritó Tabby—. ¡Cuando empieza a *palpitar*!

Todas sus voces volvieron a ella, y vio su propia imagen y la de Tabby delante de la vieja casa Smithfield... No era una imagen enigmática. Patsy sintió agitarse una fuerza dentro de ella, y sintió que casi había llegado irreflexiblemente a esta conclusión antes de que apareciese Bates Krell para asustarla: uno de los otros estaría ahora en el mismo peligro de que la habían salvado a ella, y al estrujarse las manos y buscar con la mirada a Richard Allbee, vio que él estaba a sólo cinco metros del *Dragón*.

¡Dulce canción! —gritó él.

Y esto la impulsó a avanzar resueltamente sobre el borde. Patsy abrió su mente a todos ellos; desplegó sus alas y éstas se extendieron más que las del murciélago de fuego. Era como abrir su cuerpo, comunicando su esencia a todos ellos, y por un instante fue tan físicamente receptiva que pensó que podía ver el mapa de sus arterias y sus venas impreso sobre su piel. Una vez, medio desesperada, había escrito una lista de los hombres con quienes se imaginaba que podría hacer el amor; pero, al aceptar ahora su mente a Tabby Smithfield, a Graham Williams y a Richard Allbee dentro de ella, al desplegar sus alas sobre ellos, se convirtieron en los únicos varones sobre el planeta. Se confundían con ella, y esto era insoportablemente fuerte y sensual, y era su fuerza.

Los pequeños dragones empezaron a caer del cielo alrededor de Patsy. Ésta aplastó los más que pudo, y vio que otros caían al suelo, como habían caído los pájaros a finales de mayo.

Cuando los tocaba con el pie, estallaban en pedazos, lanzando humo y chispas.

«¿DRG? —se preguntó Patsy—. ¿Los está matando el DRG?»

Rozó con el pie otro dragoncito del tamaño de un ratón, que se arrastraba por el suelo, y se abrió a lo largo de la cresta de la espina dorsal. Un chorrito de fuego salió de la abertura, y las alas de la criatura chisporrotearon y se convirtieron en una especie de telaraña y después en negros burujos.

## 5

Richard estaba a cinco metros de la boca de la cueva y oyó cantar a Patsy en su mente con mayor fuerza que antes. Aquella voz era más que una simple voz, era el sonido mismo de su propio cuerpo, la corriente de sangre en sus venas, los latidos de su corazón. La enorme cabeza negra verdosa del *Dragón* bajó hacia él casi confusa, y él sintió, más que oyó, los chasquidos de los hijos de aquél sobre las rocas. Richard levantó la espada, calculando que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de acercarse lo bastante para herirle en el cuello antes de que el monstruo se recobrase.

(Richard-Richard)

Entonces sintió que Patsy McCloud se metía dentro de él, en su cabeza y en su cuerpo, en su corazón, en sus costillas, en sus pulmones, en sus ojos y en sus manos..., con tanta fuerza que a punto estuvo de caerse. Sintió el sabor de ella: durante un vivido momento, la voz de ella se hinchó en su mente, y sintió en ésta aquel sabor. Casi sintió que se elevaba del suelo, como si la presencia de Patsy dentro de él le librara de la fuerza de gravedad.

Richard miró hacia arriba y vio que dos de los pequeños dragones caían del cielo como murciélagos moribundos.

Ignoraba si lo veía con sus propios ojos o con los de Patsy.

Su mente se vertió irremisiblemente en la de ella; al menos fue esto lo que sintió, como si sus mentes diferentes fuesen dos líquidos mezclados en la misma jarra. En un instante, habían pasado más allá de la intimidad, a un reino de

conocimiento y aceptación totales, a una cámara rosada y palpitante donde se revelaban total y recíprocamente; como si Patsy McCloud y él llevarsen cuarenta años casados, y cada cual supiera la pasta dentífrica que prefería el otro, cómo le gustaban los huevos, cuáles eran sus chistes y novelas preferidos, qué películas le gustaban o disgustaban, a qué personas quería y a qué personas aborrecía. Todo este conocimiento tenía algo de sexual, estaba teñido de colores sexuales: la sexualidad de Patsy lo llenaba todo. Era como si toda ella se hubiese abierto y hubiese introducido sus nervios y su torrente sanguíneo en el organismo de él.

Un dragoncito del tamaño de una ardilla cayó junto a sus pies con el ruido de una bolsa de papel al reventarse; pocos segundos después, brotó humo de su correosa piel.

Graham Williams y Tabby Smithfield estaban en el fondo de la barranca, delante de la cueva, expuestos a las iras del *Dragón*; Patsy estaba en mitad de la pendiente, aislada al parecer por un acto espiritual que Richard no empezaba siquiera a comprender. Podía oír a Graham y a Tabby cantando aquella tonta canción. Un grueso capullo de humo envolvía ahora completamente el dragoncito a los pies de Richard. Un ruido de siseos y chisporroteos brotaba de aquella bolita de humo aparentemente sólida. Patsy cantaba también, pero su boca estaba cerrada.

La espada que Richard tenía en la mano adquirió un color más fuerte, se alzó por sí sola, como una vara. Ahora tenía un brillo rojizo de oro, y la empuñadura desprendía un calor que le llegaba al codo. El aliento de Patsy dilataba sus pulmones. A un lado de él, Tabby y Graham estaban rodeados de una luz fluctuante, dorada y rojiza, del mismo color que la espada.

Otro dragón diminuto cayó sobre las rocas y se partió en dos trozos ardientes.

Richard tuvo tiempo de pensar: «Esto no puede ser verdad.»

Y el enorme y viejo *Dragón*, que parecía entumecido en la entrada de su caverna, volvió la cabeza y fijó en él sus ojos sin pupilas. Abrió la ancha boca. Richard saltó a un lado, rozando con el pie algo viscoso y caliente, y el *Dragón* siguió el movimiento con sus ojos de piedra. Un terror absoluto inmovilizó momentáneamente a Richard. El aliento de Patsy sacudió sus pulmones, y Richard gritó: «¡ROJO PETIRROJO! ¡SIGUE SOLLOZANDO!» Ya no sabía de cierto la letra ni el orden de las palabras, pero veía a Patsy en su mente, la veía plantada desnuda en aquella cámara rosada donde estaban aún absolutamente unidos; y entonces vio a Laura en pie, desnuda, detrás de ella; Laura, con su bello vientre grávido.

Risas femeninas llegaban hasta él, desde todo su alrededor al parecer, desde todas partes, desde el mismo mundo.

Richard vociferó: «¡DORMILÓN!», y levantó su resplandeciente espada.

Entonces, su sueño, el sueño de todos, cobró realidad a su alrededor, y ya no supo si estaba despierto o soñando, y volvió a gritar: «¡DORMILÓN!», y dio un paso adelante.

La tierra se estremeció; un fluido negro se filtró y surgió de entre las rocas, y un fino alud de chinas y de tierra repiqueteó en las paredes de la quebrada. Richard avanzó directamente hacia el *Dragón* expectante y oyó que alguien gritaba: «¡DORMILÓN! ¡DORMILÓN!» El hediondo líquido negro cayó sobre las rocas



planas, pero Richard oía las risas de mujer y sabía que aquello no podía perjudicarlo..., ni siquiera tocarlo. Pensó que sabía lo que era: aquella cosa negra que goteaba del ataúd de Emme Bovary. Él y Laura habían dejado aquel libro por terminar, entre un millón de cosas no terminadas. Una gruesa pared de llamas se echó sobre él y lo envolvió; pero Richard sabía que podía caminar entre las llamas: no tenían poder para dañarlo.

Los otros tres vieron que Richard Allbee avanzaba hacia *el Dragón* y pasaba entre las fulgurantes llamas como si éstas no existiesen; parecía encerrado en una lustrosa armadura de acero. Vieron que alzaba la espada en medio de las llamas, y le oyeron gritar «¡DESPIERTA!» en el momento de descargar aquélla. Richard no podía oír lo que gritaba, y en realidad no se daba cuenta de que había gritado. El *Dragón* rugió furioso, con un ruido ensordecedor. Sus afilados dientes eran del tamaño de postes de vallados. El hedor a muerte y podredumbre, el hedor del túnel, atacó a Richard al mismo tiempo que las inofensivas llamas.

Él saltó hacia *el Dragón* y descargó la resplandeciente espada sobre el largo hocico. El filo se hundió en la carne del *Dragón* y se alzó de nuevo, arrancando un trozo de pellejo verdoso. Un fuego líquido brotó de la pequeña herida, y *el Dragón* retrocedió unos centímetros y rugió. Cuando Richard se acercó de nuevo, *el dragón* atacó y a punto estuvo de apresarle entre sus mandíbulas. Richard blandió la espada y le pinchó en la boca. Retrocedió y saltó a un lado, cuando *el Dragón* adelantaba la cabeza, arrojándose sobre él. Esta vez consiguió introducir la espada debajo de la mandíbula inferior.

Un chispeante chorro de fuego brotó de la herida, y *el Dragón* aulló de dolor y atacó. La larga cabeza buscó de nuevo a Richard, y éste, en vez de apartarse a un lado, levantó la espada como en su sueño y la descargó con toda su fuerza. La espada se hundió en la punta del morro. Un río de fuego brotó de la cola del *Dragón*.

Enfurecido, rugiendo de dolor, *el Dragón* se estiró y se irguió. La espada latió en la mano de Richard, y ésta saltó hacia delante, colocándose debajo del largo y curvo y poderoso cuello de la criatura. Richard asió la espada con ambas manos, sintió hincharse sus bíceps y los músculos de los hombros, y levantó aquélla en el revés más formidable de su vida. La hoja rasgó la gruesa piel y se adentró en el hueso. Richard empujó con toda la fuerza que le quedaba y partió el obstáculo. Una húmeda llamarada cayó sobre las manos de Richard. Entonces, *el Dragón* estalló.

Richard se apartó, tambaleándose, de aquella masa de fuego, y vio restos de llamas cayendo sobre las piedras. La espada se desprendió de sus manos; ya no era una espada. Él dijo: «Despierta», y cayó de rodillas.

Graham y Tabby avanzaron despacio entre las piedras, seca la garganta y temblorosas las piernas. Richard estaba doblado sobre las rodillas, casi tocando con la cabeza su larga sombra la roca.

—¡Richard! —gritó Graham, con voz ronca.

Richard se estremeció. No podía, o no quería, mirarlos.

—¿Estás bien? —preguntó Tabby.

—No —respondió Richard.

—Lo has conseguido, Richard —dijo Graham, en voz baja.

—Dime lo que he conseguido —dijo Richard a la piedra.

—Yo te lo diré —dijo Graham—. Te lo mostraré. Ni siquiera tendrás que caminar; te bastará con levantar la cabeza.

Richard levantó despacio la cabeza y lo único que vieron los otros en su cara macilenta fue una profunda desorientación; y parecía quince años más viejo. Largas arrugas surcaban sus mejillas. Todavía temblaba, y estaba muy pálido.

—Vuelve a ser de día —dijo.

Graham y Tabby apenas si habían advertido que volvía a brillar el sol. Richard vio la expresión de sus caras y dijo:

—Confío en no tener peor aspecto que vosotros dos. —Se pasó las manos temblorosas por la cara—. ¿Qué vas a mostrarme?

—Ahí viene, sí, ahí viene —dijo Graham, pareciendo de pronto nervioso y tímido—. Patsy.

Tabby se volvió como un hombre en trance hipnótico, y Richard se agarró al brazo de Graham y se puso en pie. Patsy descendía el último tramo de la abrupta pendiente y saltó sobre las rocas entre un débil repiqueteo de chinas. Estaba sofocada, pero al acercarse a ellos, la envolvía la aureola de un gran triunfo, un aire de significación casi épica que le sentaba tan bien como su ropa. Si alguno de ellos hubiese estado a solas con ella en aquel momento, habría llorado y la habría abrazado; pero el conocimiento de la presencia de los otros impedía estas demostraciones.

—¡Oh, Patsy! —dijo Tabby—. ¿Cómo has...?

Ella sacudió la cabeza, avanzando hacia ellos. Las mejillas de Patsy tenían una rojez febril.

Tabby trató de hablarle en aquel lenguaje particular que sólo había sido de los dos, pero sus pensamientos perdieron el rumbo..., envió su mensaje y comprendió que no había llegado a su destino. Aquella dimensión los había abandonado.

La tierra tembló debajo de ellos, pero apenas lo notaron.

—Quiero que veas... —empezó a decir Graham, y su voz tembló también.

—Sostenedme —le interrumpió Patsy, y alargó los brazos al correr ellos a su encuentro.

Y así, los tres rodearon a Patsy con sus brazos y se abrazaron entre ellos, formando un círculo... Ninguno de los hombres podía escapar al sentimiento de que ahora pertenecía a Patsy McCloud, de que era parte de ella.

Por fin, Patsy se echó atrás, y los brazos se separaron.

—Ibas a enseñarme algo, querido Graham —dijo Patsy.

Ahora fue Graham quien enrojeció. Señaló la pendiente rocosa donde había estado la cueva del Dragón. Éste, lo mismo que todos los pequeños dragones, había desaparecido. Apoyado contra la pared de la quebrada, había un pequeño esqueleto. Todos vieron que sus piernas estaban un poco deformadas, torcidas. El cráneo, de un tamaño y longitud casi arrogantes, parecía haber sido diseñado para otro cuerpo. Cuatro mellados agujeros del tamaño de monedas de cinco centavos aparecían en las partes superior y posterior del cráneo.

Debajo de sus pies, las piedras se movieron perceptiblemente hacia la izquierda y volvieron a su posición.

—Todos nuestros antepasados... acabaron con él. Lo mataron juntos. O sucesivamente, o como fuera. Pero todos lo mataron. —Graham se metió las manos en los bolsillos y miró a los otros con algo de su antigua vehemencia—. Y nosotros lo hemos hecho aún mejor. ¡Maldita sea! Creo que ese monstruo ha terminado para siempre.

Las rocas temblaron una vez más debajo de ellos y, desde el extremo de Kendall Point, oyeron una serie de fuertes golpes y chasquidos, seguidos del sonido de objetos pesados chocando con el agua del mar. Piedras sueltas repicaron a su alrededor.

Patsy levantó la cabeza, alarmada; Richard la asió de un brazo y empezaron a subir la cuesta que llevaba a la base de la Punta. Confiaron en que los otros los siguiesen. Richard llevó a Patsy a tierra llana y la condujo hasta cerca de la carretera.

—Quédate aquí —le dijo, y volvió atrás para ayudar a Graham.

Cuando miró por encima de la Punta, vio que un gran pedazo del extremo se había desprendido y caído al agua. Una enorme fisura se abrió en la tierra a un metro y medio del mellado borde, y otro trozo de la Punta resbaló y se hundió en el Long Island Sound. Richard se deslizó por la pendiente hasta que casi chocó con Tabby Smithfield, que tiraba de Graham cuesta arriba. Asió el otro brazo del viejo, y entre los dos izaron rudamente a Graham sobre el borde.

—Creo que debo daros las gracias —dijo Graham.

Se reunieron con Patsy junto al murete y observaron cómo se desgarraba Kendall Point. La tierra retumbó; se abrieron grietas en el suelo, dividiéndose y ensanchándose, uniéndose con otras grietas y fisuras. Las rocas sobre las cuales se habían enfrentado con *el Dragón* se alzaron en un terremoto que lanzó otros dos metros de la Punta al agua. Los abetos que quedaban en pie oscilaron locamente y cayeron los unos encima de los otros; segundos después habían desaparecido, sorprendidos por otro estremecedor desplazamiento. El esqueleto de Gideon Winter apareció momentáneamente en su campo visual, agitando los brazos y las piernas como si estuviese vivo, rodó sobre el borde y cayó al agua. Un peñasco que se derrumbaba lo enterró inmediatamente.

Entonces, una grieta del suelo se ensanchó y se prolongó en dirección a ellos, y retrocedieron corriendo y saltaron el murete que había en el extremo de la carretera.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Tabby, señalando el largo y blanco bar que se levantaba cerca del principio de la Punta.

La destrucción aumentaba, reclamando más tierra, y una enorme fisura se había alargado rápidamente hacia el edificio, como si conscientemente quisiera devorarlo. El patio cercado delante de la larga ventana de la parte posterior del edificio se perdió ruidosamente de vista, y las gruesas paredes y el suelo de hormigón crujieron como pan seco. Todo el edificio resbaló unos metros hacia delante... y hubo más ruidos de cosas que se quebraban o se partían, de tuberías arrancadas y de tabiques de yeso que se derrumbaban. Oyeron gritos, y se abrió una puerta por la que salieron tres mujeres jóvenes y cuatro o cinco hombres maduros. Dos de éstos llevaban botellas de cerveza en la mano. El asustado grupo corrió hasta la carretera y observó cómo el bar daba un nuevo paso de baile hacia delante, sacudía las caderas y caía en la grieta. Un lado del edificio se desprendió y cayó como una lámina plana, dejando al descubierto un suelo embaldosado, un bar curvo de madera y, en una habitación del piso alto, un farolillo de papel amarillo oscilaba furiosamente a un lado y otro, como si un niño lo hubiese golpeado con un palo. Entonces el edificio pareció gemir, mil tablas de madera se arrancaron de sus clavos, y toda la estructura se dobló sobre sí misma y cayó en la fisura.

Las personas que habían escapado se volvieron, aturdidas, a nuestros cuatro amigos. Una de las mujeres y los dos hombres dieron unos pasos vacilantes hacia delante. Era la primera vez que Patsy, Richard, Tabby y Graham veían aquella expresión de admiración perruna que más tarde les sería familiar. Les hizo sentirse incómodos. «¡Mierda!», exclamó uno de los otros hombres, y todos se volvieron. Graham había estado seguro de que aquellas tres personas, que ahora se volvían a mirar cómo una hilera de casas se hundía en el Sound, se disponían a pegarles.

Las desvencijadas casas contiguas al arrumado bar se estremecían y movían como juguetes mecánicos. Trozos de ellas se desprendían con el movimiento, y lienzos de pared se derrumbaban. La creciente grieta que había engullido el bar las empujó inexorablemente sobre una franja de arena demasiado mísera para ser una playa y las arrojó al agua. Después, la franja de arena cayó pesadamente en el hoyo.

Desde el otro lado de la Punta, en dirección a Greenbank y Mount Avenue, llegó otra serie de angustiosos ruidos producidos por un gran edificio que moría violentamente. Piedras, maderas y cristales parecían gritar al romperse y caer. Articulaciones y ligamentos proyectados para durar cien años más se partieron, tejidos que debían permanecer enteros se rasgaron por la mitad. Y cayeron maderos, ladrillos, hierros, plomo y porcelana.

Después de esto terminó la destrucción. Un silencio absoluto y abrumador lo envolvió todo a su alrededor y flotó hacia arriba, sólo turbado por el deslizamiento de un lagarto sobre la arena o el rebote de una última piedra suelta en una profunda grieta.

El grupo que había salido del bar miraba ahora sin disimulo a Richard y a los otros. Los hombres miraban a Patsy con franco pavor: también ellos percibían la aureola que la rodeaba.

—Vayamos a casa —dijo Graham.

Tabby le preguntó si pensaba que también Greenbank había sido destruido.

—Pronto lo sabremos. Pero no nos separemos cuando pasemos por delante de esa gente.

Los tres hombres rodearon a Patsy y subieron despacio carretera arriba. No miraron a los del bar, que se echaron atrás para dejarlos pasar. Nadie habló ni hizo el menor movimiento, pero Richard y los otros sintieron que los hombres del bar eran presa de confusas emociones.

Cuando Bobo Famsworth salió jadeando de los bosques rocosos de la izquierda, habiendo sin duda atajado desde Mount Avenue, nuestros amigos se detuvieron. Los que estaban detrás de ellos empezaban ya a alejarse.

## 7

Bobo se detuvo a unos seis metros de la carretera. El uniforme azul estaba manchado de barro, y una de las perneras de su pantalón se pegaba húmeda a la pierna. Parecía presa de una súbita y nada característica timidez en él; como si ya no estuviese seguro de poder acercarse a estas cuatro personas. Bobo miró a Patsy, después a Richard Allbee y finalmente de nuevo a Patsy.

—¡Ah! —dijo—. Quería verte.

Su cara se frunció a causa de alguna aflicción particular, y el hombre se movió indeciso a un lado; después dio un paso al frente, igualmente indeciso. Entonces se permitió mirar de nuevo a Patsy McCloud y, casi como disculpándose, salió a la carretera.

—¿Qué ha pasado, Bobo? —preguntó Richard.

La verdad es, aunque esté mal decirlo, que los cuatro que se enfrentaban con el ahora mudo Bobo deseaban que se explicase de una vez y se largase. Todos ellos apreciaban de veras al alto policía y, en cualquier otra circunstancia, habrían aceptado de buen grado su compañía. Naturalmente, estaban más agotados de lo que ellos mismos advertían, y eran tan incapaces de olvidar lo que acababa de sucederles como de arrojar a Bobo Famsworth por el acantilado que había sido Kendall Point. Pero la verdadera razón de que considerasen a Bobo un intruso era que se sentían unidos como amantes. Se necesitaban mutuamente sin reservas, y también necesitaban tiempo para descubrir lo que esto significaba y cuáles eran sus dimensiones. Lo único que querían era meterse en una habitación y cerrar la puerta.

Así, el amable Bobo era una distracción, y la pregunta de Richard un acto de pura caridad.

—A mi coche se le acabó la gasolina —dijo, de un modo poco esperanzador—. No se encuentra gasolina en toda la villa; la aguja estaba tan baja que casi no se veía, pero pensé que podría llegar hasta aquí. Tuve que recorrer la mitad de Mount Avenue y cruzar todo Hillhaven para llegar aquí. —Miró de nuevo a Patsy, todavía respirando fuerte. Su honda preocupación se reflejaba en su boca y en sus ojos—. No me preguntéis cómo, pero sabía que estaríais todos aquí..., y tenía que veros. Las

cosas no son..., no son... —Se cubrió la cara con las manos, como un chiquillo—. Pienso que Ronnie se está muriendo. Incluso es posible que esté ya muerta. Sé que la noche pasada estuvo a punto de morir. —Sus palabras sonaban ahogadas; bajó las manos—. Esta mañana me ordenó salir. No quería que estuviese allí. —Bobo observó la gravilla de la orilla de la carretera, luchando contra su aflicción y las sensaciones que le producía el hecho de expresarla—. Tengo miedo de volver a su casa. Si entrase allí y la encontrase muerta, no podría soportarlo.

—Pienso que la encontrarás mejorada —le dijo Graham—. En realidad, estoy seguro de ello. Y apuesto a que se sentirá encantada de verte.

Esto resultó verdad en sólo un cincuenta por ciento.

—¿Estás seguro? —preguntó Bobo.

—Ya te lo he dicho.

El policía asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo seriamente—. Gracias. Gracias por todo. De veras.

Ninguno de ellos respondió a esto, y Bobo rebulló un momento.

—Bueno, supongo que podremos volver juntos.

—Como quieras —dijo Richard, todavía caritativo, pero un poco menos.

Anduvieron en silencio hacia el final de Mount Avenue en Hillhaven. Bobo quería andar más de prisa que los otros, y no paraba de volver la cabeza y de esperar a que lo alcanzasen.

—Puedes adelantarte, Bobo —dijo Graham—. Comprendemos que estás ansioso por volver junto a Ronnie.

—Prefiero ir con vosotros —dijo lisa y llanamente Bobo.

Cuando hubieron dejado atrás la playa de Hillhaven, Richard llevaba casi a cuestas a Tabby. Graham y Patsy se sostenían mutuamente, cada cual con un brazo ceñido a la cintura del otro, mientras avanzaban hacia Beach Trail con mecánica determinación. Ninguno de ellos había respondido a los distraídos intentos de Bobo de iniciar una conversación, y hacían todo lo posible por ignorar sus frecuentes y apremiantes miradas.

—Estamos llegando, Patsy —dijo Graham.

—Claro que sí —convino Bobo.

Al fin llegaron a su coche patrulla, aparcado debajo de los árboles a un lado del camino.

—Ese hijo de perra —dijo Bobo, golpeando el techo del automóvil con el canto de la mano.

Anduvieron otros veinte metros en silencio, y Bobo exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Mirad eso!

La vieja casa de Monty Smithfield se había derrumbado sobre la pendiente de atrás y dejado un extraño e inquietante agujero en el paisaje. Brotaban surtidores de agua de las rotas cañerías; columnas de piedra se destacaban de los cimientos. Una polvareda espesa como humo flotaba todavía en el aire.

—¡Oh, Dios mío —repitió Bobo—. Esa horrible casa... Habrá ido a parar al agua, ¿no? Ese terremoto o lo que fuese la ha derribado de la colina. No pensé que una casa

tan sólida pudiese... —Saltó sobre los mirtos para acercarse a la valla—. Espero que otras casas no sufran la misma suerte.

—Ésta será la única —dijo Graham.

—Tengo que ver lo que ha ocurrido ahí —dijo Bobo—. Tal vez alguien necesite ayuda. —Rebulló indeciso junto a la valla, no queriendo separarse de ellos—. Podréis llegar a casa, ¿no?

—Seguro —dijo Graham, y los cuatro se dispusieron a caminar el breve trecho hasta Beach Trail.

—¿Por qué tiene que ser ésta la única casa que desaparezca de este modo? —preguntó Bobo.

—Adiós, Bobo —dijo Graham—. Eres un buen muchacho. Todo terminará bien.

—Os he visto..., os he visto en Kendall Point —farfulló Bobo, y se evidenció que había estado dudando en hacer esta revelación desde que se había encontrado con ellos.

Incluso Patsy y Tabby lo miraron ahora.

—Estaba lo bastante alto para ver casi todo el espacio hasta..., ¡hum...!, aquella garganta. —Ahora parecía casi avergonzado, temeroso de que lo acusasen de espiarlos—. ¿Qué era aquella cosa de allá abajo? Estabais luchando contra ella, ¿no? ¿Qué era?

—¿Qué viste tú? —preguntó Richard.

Tabby, Graham y Patsy se habían acercado instintivamente a él.

—Creo que una especie de animal —dijo Bobo—. Muy grande... ¡Oh...! Me fastidia decir esto..., pero, me pareció que tenía un rostro humano.

—Ojalá pudiese explicártelo —dijo Richard—. En serio, Bobo..., quisiera poder hacerlo.

—Ya —dijo Bobo—, también yo lo quisiera. —Hizo una pausa—. Será mejor que eche un vistazo a los restos de esta casa. —Pero aún se entretuvo junto a la valla—. Ahora cuidado bien a esa dama.

—Nos veremos más tarde —dijo Graham, tirando de Patsy y empezando a andar.

Ninguno de los cuatro oyó que Bobo se apartase de la valla antes de doblar la esquina hacia Beach Trail.

Graham abrió la puerta y cedió el paso a los otros. Patsy cruzó el umbral y se apoyó en la pared. La cabeza cayó sobre su pecho.

—Lo siento —dijo—. No me queda una pizca de energía. Nada en absoluto.

Richard y Tamby se empujaron en el pasillo abarrotado de libros, deseosos de ayudarla. Pero fue Graham quien puso un hombro debajo del brazo de ella y la ayudó a entrar en el cuarto de estar.

—Sólo necesito estar un rato echada —dijo Patsy.

Graham la condujo al canapé y la ayudó a tumbarse sobre un costado. Los ojos de Patsy se cerraban ya. Él le puso las piernas sobre el diván y buscó una manta a cuadros que había al lado de su mesa escritorio. La sacudió y cubrió a Patsy con ella.

Incluso durmiendo, la cara de Patsy aparecía macilenta y tensa, casi angulosa, tirante la piel sobre los huesos.

—Puedes sentarte, Tabby —dijo Graham—. No se moverá de aquí en un par de horas.

—Yo tampoco —dijo Tabby, apartándose del diván y dirigiéndose al sillón de detrás de la mesa.

Pero se detuvo antes de llegar a él, se volvió a mirar a Patsy y regresó junto al canapé. Tampoco Richard había podido alejarse mucho de Patsy, y estaba plantado de cara al otro lado de la mesita de café.

—Muchachos, parecéis leones en una biblioteca —dijo Graham—. Hacedme el favor de sentaros. Nadie irá a ninguna parte durante un rato... En esto estoy de acuerdo con Tabby.

—Está bien —dijo Richard, acercándose al raído sillón de cuero.

Tabby se sentó al lado del diván, lo bastante cerca para acariciar los cabellos de Patsy si estiraba el brazo.

—Supongo que así está bien —dijo Graham—. Voy a echar un trago. Tengo unas ganas de acostarme... Me siento como si no hubiese dormido en tres días. Pero confío en que los dos os quedaréis aquí hasta que hagamos nuevos planes.

—No quiero hacer más planes —dijo Richard.

—Está bien —dijo Graham, y sonrió—. Aquí hay mucho sitio. Arriba hay habitaciones que no he visto en quince años. Está bien. Me alegro.

—¿Me quedará yo también? —preguntó Tabby, pareciendo de pronto impresionado.

—Si tratas de ir a alguna parte, te encadenaré a la mesa —dijo Graham—. Bueno. Asunto resuelto. ¿Alguien más desea un trago? Todavía queda un poco de aquella ginebra que gustaba tanto a Patsy.

Los tres contemplaron a la joven, que respiraba suavemente bajo la manta a cuadros.

—Yo sí —dijo Richard.

—Yo también quisiera un poco, por favor —dijo Tabby—. Es decir, sí...

—Hoy tendrás todo lo que quieras —dijo Graham.

Se dirigió despacio a la cocina, y empezó a echar hielo en los vasos.

Tabby recordó a Berkeley Woodhouse sacudiendo el hielo de la bandeja sobre el fregadero de «Cuatro Corazones», y encogió las rodillas y las rodeó con los brazos.

—¿Richard?

—¿Qué?

—¿Está bien que nos quedemos aquí durante un tiempo?

—Sí.

—¿Todos juntos?

—Todos juntos.

—En realidad, no quisiera estar en ninguna otra parte.

—Lo sé. Todos sentimos lo mismo, Tabby.

—¿Crees que ese policía, Bobo, vio realmente un animal con cara humana?

Richard se retrepó en el sillón.



—Probablemente hablaremos de Kendall Point durante el resto de nuestras vidas. Ahora es demasiado pronto, Tabby. Ni siquiera sé lo que pienso.

Graham se acercó a ellos con tres vasos medio llenos de hielo y un líquido claro.

—Richard tiene razón, Tabby. Es demasiado pronto. A propósito, he puesto un poco de agua en tu bebida. —Les dio un vaso a cada uno y dejó el suyo sobre la mesa del café—. Volveré en seguida. Tengo que hacer algo mientras aún me queden fuerzas.

Tabby sorbió la bebida e hizo una mueca.

—¿Os parece bueno esto?

—Nos parece el mejor de los venenos.

Sonaron las lentas pisadas de Graham en la escalera.

—¿Qué va a hacer?

—Se lo preguntaremos cuando vuelva.

—Me parece que nunca podré separarme de Patsy —dijo el muchacho.

—Sí —dijo Richard—. Y a mí me parece que nunca podré levantarme de este sillón.

Graham bajó la escalera y reapareció, cargado con un fajo de papeles de un palmo de grueso. Sin decir palabra, pasó junto a ellos y entró en la cocina. Pocos segundos más tarde, Richard y Tabby oyeron que algo pesado caía en el cubo de plástico de la basura.

Graham volvió al cuarto de estar, con una expresión peculiarmente animada en el semblante. Se acercó cojeando a la mesa del café, cogió su vaso, engulló un tercio de su contenido y, también cojeando, se dirigió al sillón de la mesa escritorio.

—¡Caray! —exclamó. Sonrió a su vaso y, después, a la dormida Patsy—. Acabo de liberarme. Perdí tanto tiempo en ese libro que no podía admitir que murió hace cosa de un año. Lo único que hacía era darle vueltas a lo mismo. No quiero volver a verlo.

—¿Ha tirado su libro? —exclamó Tabby, con asombro.

—Escribí trece novelas —dijo tranquilamente Graham—. Tengo que llegar a catorce antes de hacer mis bártulos. —Sorbó otro buen trago de ginebra y se enjuagó la boca antes de engullirlo—. Creo que, durante un tiempo, lo único que haré será ayudaros a cuidar de Tabby.

No dijeron nada durante un largo rato..., el silencio se alargó y se alargó, llenándose con sus pensamientos. Todos observaban a Patsy, inhalando y exhalando bajo la manta.

Tabby agachó la cabeza sobre las rodillas; su boca había empezando a temblar y le escocían los ojos.

—Está bien —dijo Graham—. Habla.

Tabby levantó la cara y miró de nuevo a Patsy.

—Ella... —empezó a decir, y no pudo continuar—. Ella..., ¡oh...!

No podía decirlo.

—Lo sé —dijo Richard—. Se ha casado con nosotros.

Tabby se levantó impulsivamente y besó a Patsy McCloud en la mejilla.

—Sí —dijo Richard, y, dejando el vaso en el suelo, pasó alrededor de la mesa y puso los labios sobre la frente de Patsy.

Entonces, Graham cruzó cojeando la estancia y besó a Patsy cerca de la ceja izquierda. Era como un rito; era como la firma de un contrato o el reconocimiento de un sacramento, y hubiese debido significar alguna transformación importante e inmediata. Pero permanecieron inmóviles junto a ella, y Patsy siguió durmiendo.

Graham gruñó y volvió a su silla de trabajo. Tabby se sentó en el suelo. Richard se arrellanó en el viejo sillón de cuero. No hablaron. Graham apuró su bebida, hizo girar el viejo y agrietado vaso en su mano y sintió una alegría total. Le dolía el pecho, le ardían los pies, cinco minutos antes había tirado muchos años de trabajo (e incluso ahora pensaba si no podría recuperar algunas de aquellas páginas de la basura), estaba al borde de una fatiga alucinante, pero, por un tiempo inconmensurable, era irreflexiva y absolutamente feliz. Cada uno de los tres que se hallaban en su cuarlo de estar resplandecía con una esencia única y necesaria..., resplandecía como la espada de Richard en Kendall Point. ¿Se había desarrollado realmente la escena en aquel lugar y de aquella manera? No importaba, ahora no importaba. Se sentía más feliz que en cualquier momento de su vida; había ido más allá de la felicidad, pensó, y se imaginó que percibía reinos más allá de los reinos, mundos empapados de sol donde jugaban los dioses. Abrió los ojos con el tiempo justo de no dejar caer su vaso. Richard y el muchacho dormían, tan inocentemente como Patsy McClaud. Graham se levantó de su silla, llevó el vaso a la cocina y recuperó los capítulos más plausibles, sacándolos del alto cubo de plástico de la basura. Después subió la escalera, dejando el cuarto de estar lleno con la respiración, las suaves inspiraciones y sutiles exhalaciones, de sus amigos dormidos.

## DESPUÉS DE QUE LA LUNA...

*Después de que la luna* hubiese salido y se hubiese puesto una veintena de veces, Hampstead habla adelantado mucho en la curación de sus fiebres y de sus ataques; las visiones que habían asomado en los armarios, llamado a las puertas y circulado al fin libremente por las calles, se encerraron y desvanecieron en los bolsillos fuertemente abrochados de la mente; Hampstead empezó a contar sus pérdidas y a llorar a sus muertos..., estaba en condiciones de reintegrarse al mundo. Y el mundo, para bien o para mal, no sólo estaba dispuesto a recibir a Hampstead, sino que corría a abrazarla y a prodigarle sus deslumbrantes y entremetidas atenciones. Hampstead, como todas las poblaciones afectadas, estaba pálida y delgada, pero ahora podía andar, y su voz era de nuevo cuerda. No era una amenaza, sino una valerosa víctima. Se quitaron las barreras de las carreteras y los reporteros, los articulistas y las cámaras de Televisión acudieron en tropel.

En definitiva, la mayoría de los moradores de Hampstead había hablado con un periodista o con alguien que lo había hecho, y los cuatro habitantes de la casa de Graham Williams no eran ninguna excepción. Durante este período, en que la vida parecía imitar la normalidad más que haberla alcanzado, Patsy, Richard, el viejo y el muchacho consideraban a menudo que lo que les ocurría ahora era tan extraño como todo lo que les había ocurrido antes.

Al principio, fue lo que Richard llamaba su «estrellato». Durante poco más de una semana, no pudieron salir de la casa de Graham sin que se formase un pequeño séquito tras ellos. Casi siempre, el seguimiento era callado y pasivo: si Richard se detenía en la esquina de Main Street, esperando que cambiase la luz del semáforo, las otras dos o tres personas que esperaban se volvían en su dirección. Según su temperamento, lo miraban descaradamente o con discreción; querían hablar, pero no se atrevían. No estaban seguros de saber lo que querían decir. Al menos algunos de ellos lo seguían tímidamente por Main Street, fingiendo mirar los escaparates.

Una vez, mientras Patsy estaba comprando en la todavía mal provista «Greenblatt's», una anciana con pesados brazaletes de oro le tocó el brazo con mano temblorosa, amparándose en el pretexto de admirar su blusa. Otro día, una joven abrazó a Tabby Smithfield en la zona municipal de aparcamiento de detrás de «Anhalt's». Richard dijo: «Creo que empiezo a comprender a Frank Sinatra», pero lo que pensaba en realidad era que aquella gente tenía una pizca de aquel talento propio de Patsy y de Tabby: el suficiente para proyectar una especie de foco sobre ellos cuatro. Incluso los periodistas parecían dar vueltas a su alrededor siempre que podían.

A ellos no les gustaba salir. Lo único que querían realmente era su mutua compañía. Pero cuando se veían obligados a salir de la casa, lo más probable era que apareciese alguien con una libreta de notas y una pluma, o alguien con un micrófono,

y empezase a hacerles preguntas. Lo difícil era contestar de manera que no pudiesen tacharles de visionarios o de locos. No podían aludir a ellos mismos y a Gideon Winter, único tema que les interesaba aquellos días, y trataban de dar respuestas lo más sencillas y vulgares que les era posible; todos los demás estaban excitados con las querellas y los pleitos contra «Telpro Corporation», y con las investigaciones del Departamento de Defensa; pero Richard Allbee y sus compañeros no habían llegado aún a esto.

—¡Oh! Creo que la población se está levantando de nuevo —dijo Richard a la «CBS»—. Es curioso, pero a la mayoría nos cuesta incluso recordar lo que ha pasado este verano.

—Temo que he estado tan absorta en mis propios asuntos, que he descuidado un poco lo del verano —dijo Patsy a *Newsweek*—. No pienso querellarme contra nadie.

—Somos un grupo muy resistente —dijo Graham a la «NBC»—. Ningún gas puede aturdimos mucho tiempo.

—¿Hemos tenido verano este año? —preguntó Tabby a *Eyewitness News*.

Al cabo de una semana, advirtieron que las miradas y las preguntas habían menguado, y dos semanas más tarde volvieron a ser ciudadanos anónimos, con gran satisfacción por su parte.

Los trenes de cercanías volvieron a detenerse en las estaciones de Hillhaven, Greenbank y Hampstead. «Greenblatt's» y las otras tiendas de comestibles volvieron a llenarse gradualmente de productos frescos y de tajadas de carne, al enterarse los almacenistas y los transportistas de que sus camiones ya no corrían peligro en Hampstead. La tercera semana de setiembre, todos los escaparates de Main Street habían sido nuevamente instalados. Y una semana después, mientras Graham y Richard reparaban desde fuera el marco de la ventana y las tablas rotas debajo de ella, Graham vio que un gorrión salía de entre los árboles del fondo de su jardín. Pocos días después, aves de todas las clases habían regresado a Hampstead: gaviotas, cardenales, petirrojos, pinzones, tordos y grandes y agresivos cuervos.

Volvieron toda clase de pájaros errantes. Una mañana, Graham y Patsy se tropezaron con Evelyn Hughardt, cuando daban un paseo hacia la playa. Mrs. Hughardt se apeaba de su coche, y cuando Graham le dijo «Hola, Evvy, me alegra ver que has regresado», ella miró su reloj, lo miró a él, dijo «¿De veras?», y echó a andar hacia la puerta de su casa.

—Ahora sé que todo vuelve a la normalidad —dijo Graham.

Charlie Antolini contrató a un pintor, sacó de su casa todos los muebles que había pintado de color de rosa y los amontonó junto al bordillo. El aparato de televisión, dos divanes, un juego de sillas, una mesa grande de comedor: todo ello embadurnado con la llamativa pintura rosa de Charlie. Al ver aquellos patéticos pero en cierto modo esperanzadores muebles, Graham evocó las exactas sensaciones del verano. Recordó el olor del elixir dentífrico de Norm Hughardt cuando había rodado sobre el cuerpo del médico; percibió el sabor salino de la sien de la dormida Patsy cuando la había besado. Veinte minutos más tarde, un camión «Goodwill» se llevó los muebles.

A veces —y durante mucho tiempo— la vista de un error de imprenta en *la Gazette* de Hampstead podía dar a Graham una impresión de recuerdo total de lo que había sido vivir en unos tiempos en que todas las normas y convenciones estaban en suspenso; pero, en realidad, ahora no había más errores de imprenta que antiguamente. La única diferencia entre *la Gazette* de septiembre y el mismo periódico de los pasados abril o mayo, era que no publicaba una columna de sociedad y chismorreos. Sarah Spry no había sido una gran escritora, pero sí insustituible.

Las que habían sido víctimas más tristes del verano, los pacientes del doctor Chaney, habían muerto a mediados de octubre; pero entonces ya no parecían seres humanos, y cuando dejaron uno a uno de dar señales de vida, incluso Chaney se sintió aliviado. Ahora escribiría un libro.

Cinco semanas después de la noche en que Graham Williams se fue a la cama y dejó a sus amigos dormidos en el cuarto de estar, Richard y Tabby se trasladaron a la casa de Richard, al otro lado de la calle. Esta división —que sólo lamentaron un poco menos al comprender su necesidad— se debió, en buena parte, a que la casa de Graham era inadecuada para tres o cuatro moradores adultos. Las habitaciones no utilizadas del piso alto eran hornos en verano y neveras en invierno. Patsy dormía todas las noches en el diván, y Tabby acabó por hacerlo en una pequeña y atestada habitación contigua a la cocina. Si Graham hubiese estado dispuesto a mudarse de casa, probablemente habrían ido todos al otro lado de la calle... y habrían permanecido juntos durante otras pocas semanas de creciente incomodidad. Graham echaba en falta su soledad, y Richard Allbee quería alojarse en su casa o venderla; la necesidad obsesiva de estar siempre juntos había menguado. La realidad, el mundo de la otra gente, los reclamaba, y ellos habían empezado a responder a la llamada. Tabby había vuelto al colegio, y Richard quería asegurarse de que tuviese un lugar tranquilo donde estudiar; también quería volver a trabajar con regularidad y dejar de apoyarse en John Roehm. Quizá Graham era a veces dictatorial; quizá Richard se impacientaba a veces.

El viejo no había esperado nunca que Richard vendiese su casa, y no se disgustó cuando Richard le dijo que, a fin de cuentas, había resuelto conservarla.

—¿Vas a adoptar a Tabby? —preguntó Graham.

—Me gustaría hacerlo —dijo Richard, admitiéndolo conscientemente por primera vez.

—Eso está bien —dijo Graham, que no tenía motivos para interrogarle acerca de Patsy.

Todos la querían, pero de una manera que, misteriosa pero firmemente, prohibía la expresión física del amor... Graham no comprendía la razón, pero lo que había hecho Patsy por ellos en Kendall Point había sellado aquella puerta para siempre.

Como una excéntrica parodia de vida social suburbana, los moradores de ambas casas comían a menudo juntos, salían de paseo, reían tomando unas copas e incluso iban al cine. Richard pensó que nada le impedía adoptar a Tabby e inició el

procedimiento legal a finales de octubre. Graham y Patsy convivieron cómodamente durante un tiempo, como si fuesen padre e hija.

Pero al fin advirtió Graham que sus papeles se habían invertido. En vez de cuidar él de ella, Patsy parecía ahora protegerlo, mimarlo, casi cuidarlo como a un enfermo. Para Graham, esto era terriblemente desconcertante. No quería sentirse tan viejo. Como Richard, quería volver a su trabajo. Y, en definitiva, Patsy tomó la decisión.

Richard Allbee ayudó a Graham a empezar de nuevo. Tomaban unas cepas juntos en el cuarto de estar de Graham, la víspera de Navidad. Un arbolito de plástico sobre un estante era la única señal de aquel momento, Graham vivía ahora solo y se sentía ligera y secretamente aliviado de que la mujer a quien más quería en el mundo no le obligase a tomar su desayuno todas las mañanas. Richard también estaba solo: Tabby le había persuadido de que lo dejase ir a Aspen con la familia de un amigo del colegio. Los dos hombres celebrarían solos su pequeña y desafiadora Nochebuena. Richard estaba asando un pavo, y había traído dos botellas de excelente «Margaux» para regarlo.

—¡Eh! Yo soy un *ex* alcohólico —protestó Graham—. No puedo beber toda una botella de eso.

Se había acicalado para la cena; había desenterrado en el desván una chaqueta smoking de terciopelo verde con solapas negras de seda, y esta maravillosa prenda de etiqueta cubría una camisa de lana azul pulcramente planchada y encuadraba una corbata de punto con irregulares rayas horizontales. Calzaba unos pesados zapatos negros a los que no se había molestado en quitar el polvo.

—Entonces deja de beber ginebra —le dijo Richard.

—¡Oh! Casi nunca la tomo... Sólo en ocasiones especiales, ya sabes.

Por un momento, pareció que Patsy McCloud estuviese con ellos en la habitación; tan claramente la había evocado aquella alusión.

Graham rompió el silencio.

—¿Has sabido algo de Tabby últimamente?

—Me llama cada dos días; precisamente hablé con él antes de venir aquí. Lo está pasando en grande. Le echo en falta, pero me alegro de haberle dejado ir allá.

Ambos sabían que el otro estaba pensando aún en Patsy.

—Graham —dijo Richard— Todavía no sé lo que ocurrió en realidad.

—No —dijo el viejo.

—Pensé que, de algún modo, lo entendería mejor con el paso del tiempo. Creí que llegaría a pensar que el asunto de «Telpro» fue más importante de lo que nos pareció entonces.

—La instalación de «Telpro» estaba allí —dijo Graham—. Creo que Gideon Winter pudo apoderarse de ella y utilizarla debido al nombre: DRG. O quizás el nombre fue pura coincidencia, y el accidente fue un verdadero accidente, y Winter se limitó a aprovechar la ocasión. Existe otra posibilidad, pero no me gusta.

—Que nosotros fuimos en parte responsables del llamado accidente —dijo Richard.

—Que contribuímos a que el veneno se extendiese en todo el Condado de Patchin. —Graham hizo una mueca de disgusto—. Pienso que fue lo que aquel investigador, Wise, dijo que era: una carta loca. Pienso que, cuando se dio cuenta de lo ocurrido, *el Dragón* se hizo cruces de su suerte. Todo contribuía a aumentar su fuerza. En realidad, habría podido causar otro «Verano Negro». Bueno, supongo que lo causó. —Alzó la cabeza y miró casi alegremente a Richard—. Al menos sabemos lo que causó el incendio de «Royal Cotton».

—¿Piensas que fue *el Dragón*? ¿Lo piensas de veras?

—Tú lo mataste, ¿no?

—Pienso que Patsy lo mató —dijo Richard—, fuese aquello lo que fuere. —Guardó silencio unos instantes—. Deberías escribir toda la historia, Graham; escribirlo todo tal como nos pareció. Al menos aclararía las cosas para nosotros.

—Me sentiría demasiado tentado a inventar cosas —dijo Graham—. Inventaría diálogos. Especularía sobre lo que les ocurrió a ciertas personas. Sin darme cuenta, escribiría una novela.

—Tampoco estaría mal —dijo Richard—. Es lo que parece.

Graham asintió con la cabeza.

—Pero aún es imposible. A pesar de lo mucho que hemos hablado, todavía no sé bien lo que estuvisteis haciendo, tú y Patsy, en los meses de mayo y junio. Tendría que inventarlo, y probablemente os defraudaría lo que escribiese de vosotros.

—Dejaré que uses mi Diario —dijo Richard.

—Lo pensaré.

—Patsy lleva también un Diario —dijo Richard, sonriendo.

—Lo sé. Pensaré en esto.

A la mañana siguiente, Graham telefoneó a Richard y le pidió que le trajese su Diario.

Dos años más tarde, poco antes de que Graham Williams acabase de escribir su excelente libro *Dragón*, Richard Allbee llevó a su nueva esposa, a un nuevo bebé y a Tabby Smithfield a Francia, para unas cortas vacaciones. Había terminado dos importantes trabajos de restauración en Nueva Inglaterra, y pronto empezaría otro en Virginia. Había sido invitado por una asociación francesa de arquitectos a pronunciar una conferencia en su asamblea general, y Richard aprovechó encantado la oportunidad de llevar a su nueva familia a París. Su esposa, que tenía diez años menos que él y trabajaba en el «Museo de Arte Moderno», hablaba un francés casi perfecto. Regresarían dos días antes del ingreso de Tabby en la Universidad de Connecticut para estudiar el primer curso, y el pequeñín sólo tenía tres meses, no estaba sujeto al calendario y era sumamente manejable.

Richard los llevó a los museos, a los parques y a restaurantes: dio su conferencia en un francés inculcado por su esposa; acompañado de ésta y de Tabby, paseó la murmuradora criatura por calles elegidas al azar y sintió una alegría inverosímil. Si algún poder maligno le había dado el verano de 1980, otras fuerzas le habían dado éste.

Entonces, dos días antes de aquel en que debían regresar, Richard, esta vez sin acompañamiento, sacó el cochecito del bebé por la lujosa entrada del hotel «Intercontinental» y, por ninguna razón particular, se dirigió a la Place Vendôme. Su esposa se había llevado a Tabby de compras —había dicho que para una hora— y Richard quería que su hijo disfrutase de un poco de aire fresco; además, como su estancia en París tocaba a su fin, no quería perder el poco tiempo que le quedaba. Vagó distraídamente por la Place Vendôme, mirando los escaparates, y con igual indiferencia tomó la dirección de la Ópera. Después de andar cinco o seis manzanas, empezó a pensar en lo agradable que sería tomar una cerveza, y miró a su alrededor buscando un café.

Entró en una calle que no conocía y vio un grupito de mesas en la próxima esquina. Empujó el cochecito hasta el café, eligió una mesa exterior y se sentó. El niño hacía ruidos de motor con la boca y, muy contento, movía las manos arriba y abajo. El camarero se acercó y él pidió la bebida con un acento que su esposa habría calificado de «serbo-francés». Richard miró a los otros nueve o diez parroquianos del café, confiando en que ninguna señora amante de los niños se acercase a hacerle mimos a su hijo y le obligase a seguir exhibiendo su «serbo-francés». *Oui, rnadame, il est tres beau*. Poco podría decir aparte de esto. Entonces vio un hombre grueso y de cabellos grises sentado de cara a él en el lado opuesto del café, y pensó que había perdido la cabeza. El verano de 1980 volvió hacia él con todo el peso de su locura. Reconoció aquella cara y, por un instante, se quedó paralizado. *El Dragón* le había mostrado aquella cara en un túnel interminable, y había tratado de asesinarlo con ella.

Unos fríos segundos más tarde, se dio cuenta de que aquel hombre no iba a hacer nada semejante. El individuo era justamente lo que parecía, y no una criatura letal de Gideon Winter. Richard apreció detalles que había observado en el túnel, el aire que este hombre tenía de ser un marino mercante o un poeta bohemio, pero también se fijó en su apariencia completamente normal: era un hombre a quien le gustaba dar la imagen tradicional del poeta típico. Su padre pudo ser un buen conversador, un buen bebedor, y en muchas ocasiones un buen trabajador; su irresponsabilidad esencial le debió de aparecer sólo en caso de ser presionado. Siempre tuvo muchos amigos. Richard comprobó hasta su propio parecido con aquel hombre. Dentro de veinticinco años no sería muy distinto a él.

Richard se marchó de allí con su hijo y se dirigió al lado opuesto del café. Sujetaba al niño en sus brazos y, mientras el corazón le latía apresuradamente, dijo:

—Michael Allbee, es Michael Allbee.

Un desconocido, desconcertado, levantó el rostro hacia él. No se trataba de su padre; ni siquiera se parecía ya a la figura del túnel. Aquel hombre era un ciudadano parisino, que parecía asombrado y ofendido en igual medida. Richard se fue de aquel lugar con el niño, el cual empezó a chillar.

Un misterio tras otro. Richard se dirigió con el pequeño Michael hacia donde él creía que se encontraba el «Intercontinental», pero casi inmediatamente advirtió que se había extraviado. Prácticamente por vez primera en su vida, le había fallado el sentido de la orientación. Desistió de encontrar el camino y paró un taxi cuando el



bebé, que todavía mamaba, empezó a chillar pidiendo leche, en tono fantástico y dominador. Él no habló a su sensata, atractiva y agresiva segunda esposa, de su ridículo encuentro con su «padre»; ella presumía que su padre y su madre estaban muertos desde hacía tiempo. Richard no volvió a sentirse realmente cómodo hasta que se halló con toda su familia en el gran reactor de «Air France» con rumbo al aeropuerto «JFK».

Un misterio tras otro.

Patsy McCloud se había desvanecido de sus vidas, aunque ninguno de ellos había aceptado la realidad de esta desaparición. Durante sus semanas con Graham, Patsy había tomado la costumbre de salir sola por la noche. Graham Williams solía acostarse antes de las diez, y no podía oponerse a sus no explicadas salidas, sobre todo habida cuenta de que sólo se enteraba de ellas porque el ruido de la puerta del garaje al cerrarse de golpe lo despertaba a las tres de la madrugada. Siempre que ocurría esto, Patsy le saludaba seis horas más tarde, ofreciéndole café recién hecho y dándole órdenes sobre el desayuno; se mostraba enérgica y jovial, parecía descansada, y se empeñaba en que él consumiese huevos. Grandes cantidades de ellos.

Al fin confió a Graham que había conocido a un hombre que le gustaba. Este hombre era un abogado de Chappaqua, Nueva York, y era viudo; había conocido a Patsy hacía años, en el «Club Med» de Martinica, donde había ella pasado diez días con Les y otras cuatro parejas de la compañía. El hombre había visto su retrato en Newsweek, se había enterado del número de su teléfono por el servicio de información, y había logrado comunicarse con ella en una de las raras horas que pasaba en su casa de Charleston Road. Se llamaba Arthur Powers. Se había acordado de ella, y lo que más había gustado a Patsy había sido que Arthur Powers no le había gastado bromas sobre los sucesos del último verano.

Patsy vendió su casa por medio de Ronnie Riggley: Hampstead era todavía un grande y conveniente dormitorio para la gente de Nueva York, y el accidente químico de unos meses atrás no podía mantener a la gente alejada por mucho tiempo, en especial cuando las fincas habían bajado tanto de valor. Les había tenido un seguro de hipoteca y una importante póliza de seguro de vida. Si Patsy perdió dinero con la venta de la casa, le quedó casi tanto como el que había heredado y despilfarrado Clark Smithfield.

Patsy pasó la Navidad de 1980 en Chappaqua con Arthur Powers.

Por aquellos días, se había ido ya definitivamente. Después de las cinco semanas de estancia en casa de Graham, se había marchado a Manhattan, a casa de una amiga, sin darle más explicaciones. «Te quiero mucho —le había dicho por teléfono—, te quiero porque no puede ser de otra manera», y estas palabras le hicieron desear ardientemente que volviese, aunque lo incordiasen con el desayuno.

Doce días más tarde, Graham recibió una postal desde alguna isla. El matasellos borraba la inscripción, y por mucho que trató de descifrarla, las negras rayas ocultaban todo lo que había debajo. El texto decía: *AP ha sido todo un hallazgo, a fin de cuentas. Te echo muchísimo en falta. Arena blanca. Cálido sol. Delicioso. Tómate un martini «Bombay» y piensa en mí. Te quiere, P.* La foto de la postal mostraba un sol poniente,

unas palmeras, un mar lánguidamente azul. El brutal matasellos apenas si le permitió identificar un sello británico. ¿Británico? ¿Las Bermudas? ¿O parecía realmente británico lo que podía ver del sello?

Patsy le telefoneó desde Nueva York, desde Chappaqua. Siempre tenía prisa, siempre se mostraba cariñosa. Arthur Powers y ella pensaban comprar juntos una casa. «¡La suya se parece demasiado a la tuya, Graham! Soy una chica malcriada. Necesito aislamiento.»

Después, le envió una tarjeta con una dirección: The Birches, 28 Woodland Glen, Chappaqua, Nueva York. *Casada de nuevo, pero todavía Patsy McCloud, os quiero a todos siempre y para siempre*, rezaba la nota manuscrita que figuraba en la tarjeta.

Se había ido; para siempre. Richard conoció a la mujer con quien se casaría en una fiesta celebrada en Nueva York, y le preguntó si había estado alguna vez en Hampstead.

—¿En Londres? Claro que sí.

—No. En Connecticut.

—¿Todavía vive alguien en Connecticut?

Sobrevivieron a esta conversación.

Tabby se enamoró de una chica de su clase, no tuvo suerte, y después volvió a enamorarse. Graham trabajó en su intrigante libro. Richard pasó más y más tiempo con la mujer que había conocido y por fin la trajo a casa para presentarle a Tabby.

Patsy se había ido. Estaba casada con un abogado llamado Arthur Powers y vivía en Chappaqua. O no estaba casada y no vivía allí. Una noche, Graham trató de averiguar su número de teléfono por el servicio de información del Condado de Westchester, pero le dijeron que ningún Arthur Powers y ninguna Patricia McCloud figuraban en la lista de Chappaqua. Richard envió una carta a 22 Woodland Glen para notificar a Patsy que pensaba casarse de nuevo, pero la carta le fue devuelta con el sello de dirección desconocida.

Todos soñaban en ella. Richard soñó en Patsy McCloud plantada en la cima de una colina, la noche antes de su boda. Ella le sonreía, y él comprendió al fin que lo quería bien.

Su teléfono sonó a las cuatro de la mañana del día en que nació su hijo; acababa de llegar del hospital.

—¿Te ha ocurrido algo feliz esta noche? —le preguntó la voz querida de Patsy.

—¡Oh, Patsy! —exclamó él—. Ha sido algo maravilloso: acabo de ser padre. Pero, ¿cómo diablos lo has sabido?

—Las Tayler tenemos nuestros secretos —dijo ella—. Ahora me siento feliz. ¿Lo eres tú?

—¿Ahora? Estoy a punto de reventar. Soy muy feliz.

—*Bravo* —dijo ella—. Si sientes esto, yo también.

—Te envié una carta —consiguió decir él, pero Patsy hablaba de nuevo, y las palabras de él oscurecieron las de ella.

*¿La recibí? ¿Cambié de casa?* Podía ser cualquiera de ambas cosas.

—Perdón —dijeron los dos.

—Tengo que irme —dijo la voz clara de Patsy—. Me alegro de que al fin seas padre.

—¿Cuál es tu número de teléfono, Patsy? Hemos tratado de llamarte...

—Vamos a cambiarlo. Te mandaré el nuevo número cuando lo tenga.

—Hazlo, por favor. Quiero verte de nuevo, y Graham te añora, y Tabby quiere contarte todo sobre su amiguita.

Ella se echó a reír.

—Bueno, ¡habéis hecho algo grande!

—*Nosotros* hicimos algo grande una vez —dijo Richard, pero se había cortado ya la comunicación.

Tomó el dragón, la serpiente antigua,  
que es el diablo, Satanás, y le encadenó  
por mil años.

Apocalipsis XX, 2

Fin